

LA SOMBRA DEL ADEPTO

(EL ADEPTO DE LA REINA / 4)

RODOLFO MARTÍNEZ



LA SOMBRA DEL ADEPTO
(EL ADEPTO DE LA REINA - 4)

RODOLFO MARTÍNEZ

ÍNDICE

Prólogo

Primera Parte: Secretos

Segunda Parte: Preguntas

Tercera Parte: Mentiras

Epílogo

Apéndices

 Glosario de términos honoyeses

 Glosario de lugares y alianzas

 Cronología de Érvinder

 Cronología de Yáxtor Brandan

Agradecimientos

BOND: You live well, Scaramanga.

SCARAMANGA: At a million dollars a contract, I can afford it, Mr. Bond. You work for peanuts. A "well done" from the Queen and a pittance of a pension. Apart from that, we are the same. To us, Mr. Bond. We are the best.

BOND: There's a useful four-letter word, and you're full of it. When I kill it's under specific orders of my government. And those I kill are themselves killers.

SCARAMANGA: Come, come, Mr. Bond. You disappoint me. You get as much fulfilment out of killing as I do. Admit it.

BOND: I admit killing you would be a pleasure

Richard Maibaum & Tom Mankiewicz: *The Man With the Golden Gun* (a partir de la novela de Ian Fleming)

PRÓLOGO

La alianza entre Hanoi y Alboné, cuidadosamente tutorizada y patrocinada por la Confederación Occidental, fue sin duda el acontecimiento más preocupante para Khynai desde el fin de la Guerra del Martillo.

¿Qué propósitos geopolíticos había tras aquella asociación disfrazada de boda de estado? ¿Qué nuevos planes tramaban los enemigos del Dios Único con aquel movimiento? ¿Qué nuevas amenazas se cernían sobre el País de los Fieles?

Es muy posible que, de no haberse producido la boda, Khynai no hubiera reactivado su programa durmiente Mano de Dios. Dado que fue su enfrentamiento con uno de los sujetos de ese programa lo que llevó a Yáxtor Brandan al borde de la muerte, podríamos decir que, en cierto retorcido modo, la boda de su Reina casi mató al adepto.

Claro que, por otro lado, los adeptos empíricos existimos solo al servicio de la Reina. Si ella quiere que muramos, ¿quiénes somos nosotros para cuestionar esos deseos?

—Orston Velhas, Memorias privadas

Qérlex Targerian, Adepto Empírico Supremo, le echó un vistazo al fajo de papeles que había en la mesa. Era un momento tan bueno como cualquier otro para leer el informe de la misión de rescate de Yáxtor Brandan.

Los artífices habían terminado el análisis del cadáver encontrado junto al adepto y habían llegado a la conclusión de que el khynainio había sido, sin duda, el resultado del programa Mano de Dios.

Qérlex sonrió a su pesar.

¿Casualidad? ¿Coincidencia? Era difícil de creer.

Dentro del cadáver, insertados quirúrgicamente, se habían encontrado cinco cerebros de carneútil. Cinco cerebros modificados para que respondieran a la voluntad del khynainio y generasen los mensajeros necesarios para convertirlo en una especie de monstruoso súper soldado.

El programa Mano de Dios, por tanto, no era la quimera de un agente borracho o ansioso de gloria que lanzaba a sus empleadores a una caza sin sentido. Era real. Khynai estaba intentando crear humanos mejorados mediante la implantación quirúrgica de cerebros de carneútil.

¿Intentando? Lo habían conseguido.

Era necesario detener el programa a toda costa.

Qérlex tomó un papel en blanco y escribió el borrador de una orden ejecutiva de sabotaje. Solo había dos plantas de investigación en todo Khynai donde se pudiera desarrollar algo así. No correría riesgos: ambas debían ser destruidas. También había que encontrar a los artífices responsables de crear aquella... cosa, y atraerlos al bando de Alboné, si era posible. Eliminarlos, si no.

Terminó de garabatear y siguió leyendo el informe.

Cualquier otro adepto habría muerto en el enfrentamiento con aquel individuo. El propio Yáxtor estaba destrozado, a las puertas mismas de la muerte cuando lo encontraron. Pero vivo. Y las adeptas de la curación decían que se recuperaría.

Muy bien, muchacho, se dijo.

Siguió leyendo, pero se detuvo de pronto cuando llegó a la parte del informe que mencionaba que Yáxtor había señalado su espada honoyesa mientras murmuraba algo ininteligible que el autor del informe había transcrito como «Mbr».

Se puso en pie de repente.

No. Absurdo. Pura coincidencia. En ese estado, Yáxtor podría haber estado diciendo cualquier cosa. Cualquiera.

Pero ¿y si no lo es?

Lanzó un último vistazo a los papeles en la mesa del despacho y salió de la habitación.

Había visto aquella misma tarde al muchacho en el lecho, en las Casas de la Curación, incapaz de moverse y medio muerto. Había estado allí varias horas, contemplando la cicatriz interminable que era el cuerpo de Yáxtor Brandan, y preguntándose cómo se las apañaba el adepto para salir siempre, tal vez no indemne pero sí con vida, de las situaciones más apuradas.

Y luego, de pronto...

Llegó a la puerta de los archivos. El adepto de guardia salió repentinamente del amodorramiento e hizo ademán de detenerlo. Cuando reconoció al Adepto Supremo se tranquilizó y le franqueó el paso. Qérlex siguió caminando y dejó atrás al guardia, que volvió a relajarse.

Poco a poco empezó a darle vueltas a algo en lo que no había querido pensar en los últimos meses: en el modo en que Yáxtor había cambiado, en cómo había ido notando durante la misión en Hanoi que el joven adepto empírico ya no era exactamente lo que había sido desde... Desde que él y Orston...

Siguiendo órdenes de la Reina, Orston Velhas y él mismo habían purgado la memoria de Yáxtor Brandan, habían eliminado de ella todo lo concerniente a la muerte de su esposa e hijo, habían devorado cualquier recuerdo relacionado con Ámber y el pequeño Déxtor.

Había sido su mejor trabajo como artífice. Los mensajeros que había adiestrado no se habían limitado a devorar la presencia de ambos; aquello habría dejado un hueco en la memoria del adepto y este habría acabado notándolo antes o después.

De un modo complejo y sutil, hermoso, había alterado los recuerdos para que no hubiera espacios en blanco ni se produjeran discontinuidades. Y al acabar el proceso, Yáxtor no solo no recordaba a Ámber, sino que todo aquello en su vida que guardaba relación con ella, por indirecto que fuese, había sido alterado hasta hacer desaparecer el vínculo emocional, cambiando el foco nemotécnico para que apuntara a otro lugar. Si Yáxtor y Ámber habían tenido algún amigo común, el adepto lo recordaría de un modo distante y apagado, y siempre en relación consigo mismo y no con una tercera persona que habría dejado de existir en su memoria a todos los efectos.

Sí, su mejor trabajo, sin duda. Y también algo más.

Había sido necesario, se decía. La muerte de su esposa y su hijo había dejado a Yáxtor al borde mismo de la locura, mirando a un abismo sin fin que, una y otra vez, le devolvía la mirada. El recuerdo de lo ocurrido lo convertía en una criatura atormentada y doliente que no le era útil a nadie. Ni a sí mismo ni a los demás.

Necesario, se repetía, había sido necesario.

Pero ¿para quién?, se preguntaba a veces.

Durante seis años, Yáxtor Brandan había sido el mejor y más letal de los adeptos empíricos. Y en Honoi, siete meses atrás, había vuelto a demostrar que su reputación era bien merecida.

Pero algo había cambiado. El Yáxtor de Honoi no era el mismo que Qérlex había conocido en los últimos años. La bestia estaba allí, mortífera y carente de escrúpulos, pero había algo más, algo que había estado ausente del joven adepto desde lo ocurrido tiempo atrás. Y aquel murmullo ininteligible, aquel «Mbr» mascullado en medio de la agonía no hacía más que corroborar las sospechas de Qérlex.

Está completo, pensó justo cuando llegaba a la puerta que estaba buscando. *Tonterías*, añadió. *Eso es imposible*.

Pero si lo era, ¿por qué estaba allí, en ese lugar, en ese momento?

Susurró la palabra impronunciable adecuada y los mensajeros de la puerta abrieron el cerrojo y le permitieron pasar.

No necesitó perder tiempo en orientarse. Sabía perfectamente adonde iba.

En cada estante había varios frascos, cuidadosamente rotulados. Fórmulas magistrales, recetas de mensajeros, el corazón mismo del trabajo de un artífice. Mensajeros organizados de un modo preciso y concreto para que realizaran una tarea concreta y precisa.

Siguió caminando hasta que llegó al fondo de la estrecha sala. Recorrió la pared con la yema de los dedos, cerró los ojos y murmuró cuatro palabras impronunciadas. La pared se convirtió en un nuevo estante cuando los mensajeros de ocultación respondieron a la orden y desactivaron el camuflaje. No era muy distinto de los otros salvo por el detalle de que ninguno de los frascos almacenados tenía rótulo. Todos parecían idénticos, hasta el líquido ambarino que contenían.

Ah, pero no lo eran.

Qérlex los recorrió con la mirada, tomándose su tiempo, deteniéndose en cada uno como si le hablasen y le estuvieran contando algo fascinante. Luego alzó la vista y contempló largo rato el frasco situado en la esquina derecha del anaquel más alto.

Mi obra maestra, se dijo. *Mi mayor crimen*.

Allí estaba. La pequeña ampolla llena de líquido ambarino. Allí mismo, donde él la había puesto hacía seis años, estaban los recuerdos destilados del cuerpo de Yáxtor Brandan en una operación que había puesto a prueba todas las habilidades de Qérlex.

Los mensajeros que adiestró el artífice para la tarea habían encapsulado dichos recuerdos, impidiendo así que su dueño tuviera acceso a ellos, y luego habían permanecido inactivos dentro del joven. Y algo más. Unos pocos y selectos mensajeros tenían órdenes de realizar una copia de las partes de la memoria que estaban siendo apartadas del adepto. Una copia cuya existencia solo Qérlex conocía y que estaba en sus manos ahora, en el líquido color ámbar dentro de la ampolla.

Las órdenes de la Reina no habían sido esas. Tampoco se lo había ordenado Orston, su superior por aquel entonces. Había sido decisión suya, y no la había compartido con nadie.

Una copia de respaldo. ¿Por qué? ¿Para qué?

Alzó la ampolla, que robó un destello de la lámpara, y la hizo girar entre los dedos.

Estaba a salvo. A salvo de todo el mundo en cualquier caso, en el anaquel donde él

mismo la había puesto, así que podía dejar a un lado las sospechas e irse a dormir. Ya iba siendo hora. Yáxtor no había recuperado nada. Sus recuerdos estaban exactamente donde Qérlex los había dejado.

Alzó la mano y los dedos rozaron el tapón del frasco.

Se quedó petrificado, convertido en una estatua estupefacta que no se atrevía, no ya a moverse, sino a pensar.

Imposible, fue el primer pensamiento que logró articular. *Impensable*, añadió después. *Improbable*, se dijo luego.

Con un esfuerzo sobrehumano bajó el brazo y tomó aire. Intentó decirse que se estaba imaginando cosas, que sus percepciones lo traicionaban, que el condenado insomnio le había jugado una mala pasada.

No pudo.

Aquél no era el frasco. Lo supo en el preciso instante en sus dedos retiraron el tapón. No era el frasco correcto; no era el frasco que debería haber estado allí.

Orston se reiría si se lo dijera... No; no se reiría. No solo porque el rostro de Orston no parecía concebido para una hazaña de ese calibre, sino porque la idea de que Qérlex hubiera copiado los recuerdos perdidos de Yáxtor no le haría la menor gracia. Pero le diría que era imposible que supiera nada con solo rozar el tapón, le diría que nadie que no fuera un adepto de primer nivel podía entrar en la sala de fórmulas magistrales, que solo tres personas en todo Alboné conocían las cuatro palabras impronunciables que revelaban la existencia de las muestras secretas; que ni el propio Orston ni la Reina habían estado allí en mucho tiempo y que, a menos que el propio Qérlex hubiera cambiado las ampollas, nadie podía haberlo hecho.

Imposible. Impensable. Improbable.

Pero cuando lo imposible ocurre, deja de ser impensable y se convierte de pronto en probable.

Aquel no era el frasco correcto. Podía equivocarse en muchas cosas, pero no en esa. Aquel no era el frasco correcto. Él mismo había creado el vidrio, había dado forma al tapón y había guardado en su interior la delicada red de mensajeros que, entrelazados en la solución ambarina, almacenaban una información concreta y precisa. Y había sido consciente de que estaba ejecutando su obra maestra. Conocía el tacto, la textura, el temblor preciso de los mensajeros atrapados en el recipiente de vidrio, tan bien como conocía su propia carne o su mente.

Y aquél no era el frasco correcto. Allí no había la menor huella de los mensajeros con los recuerdos de Yáxtor Brandan, solo una solución salina y un colorante ambarino.

Eso era todo.

Pero eso no era todo, se dijo mientras cerraba de nuevo la ampolla con manos temblorosas y la devolvía a su lugar. Eso no era todo ni de lejos.

De hecho, no era más que el principio.

Tenía razón, se dijo mientras desandaba el camino. Había tenido razón y ojalá no hubiera sido así. Yáxtor estaba completo de nuevo. Había recuperado sus recuerdos, todos ellos.

Meneó la cabeza.

No era la persona que había sido antes de la muerte de su esposa y su hijo. No después

de haberse pasado siete años siendo un monstruo. Pero ya no era la máquina ciega y eficaz que había sido.

Una mezcla. Una extraña mixtura que Qérlex no estaba seguro de que fuera funcional. El nuevo Yáxtor y el antiguo, compartiendo el mismo cuerpo y la misma mente. ¿Luchando entre sí, o creando una alianza?

Volvió a su habitación mientras le daba vueltas a esa y otras preguntas. Se acostó y apagó la luz, aunque sabía que no iba a poder dormir.

¿Quién había robado la ampolla con los recuerdos? ¿Cómo había llegado a manos de Yáxtor? ¿Quién demonios se las había ingeniado para hacerse con algo cuya existencia nadie conocía? ¿De qué modo...?

Alguien aparte de él mismo había sabido de la existencia de la ampolla, alguien con acceso a los más recónditos secretos de los adeptos empíricos, alguien que había sabido cómo llegar al lugar más oculto de los archivos de muestras y se había introducido en ellos sin activar ninguna alarma o despertar la menor sospecha. Alguien que... ¿Quién?

Tendría tiempo para investigarlo más tarde, para poner patas arriba todo el sistema y dar con la brecha por la que se había colado el intruso.

Pero no ahora. No hoy.

Yáxtor está completo, pensó. Totalmente. Y su memoria ha recuperado todos los rostros del pasado que hasta ahora estaban vacíos. Todos ellos; del primero al último.

¿Qué consecuencias podría traer?

Qérlex no estaba seguro de querer saberlo.

PRIMERA PARTE
SECRETOS

Quien no tiene nada que perder no está vivo.

—La Reina de Alboné, en su trigésimo cuarta encarnación

Seis meses después de que Qérlex Targerian descubriera que Yáxtor Brandan había recuperado sus recuerdos, ciertos acontecimientos se pusieron en marcha. No en Alboné, sino en Hanoi, el lejano archipiélago cuyo emperador se había convertido, hacía más de un año, en rey consorte de Alboné.

Tuvo lugar una entrevista. Se formuló una petición y se preguntó un precio.

El emisario de los Nan comprendió que no tenía autoridad para decidir sobre la propuesta: el asunto era demasiado grande, lo sobrepasaba. Solo el Primer Nan de la Montaña podía aceptar o rechazar el encargo.

Se estableció un nuevo momento para una nueva reunión. Se celebró. Se llegó a un acuerdo. La suma de dinero que cambió de manos fue ciertamente considerable. No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta la naturaleza del encargo.

Los Nan llegaron una hora antes del amanecer. Entraron en silencio, moviéndose como sombras, y, como ellas, pasaron desapercibidos. Ni la guardia externa del castillo ni los Ingtze del perímetro más interno fueron conscientes de su presencia.

Escalaron las paredes como insectos y se colaron con la brisa nocturna en la Torre del Chambelán.

Avanzaban con un propósito claro y definido. No vacilaron en ningún momento ni se desorientaron ante ninguna bifurcación.

Estaban entrenados para entrar, alcanzar su objetivo y salir sin ser detectados. Como mucho, alguien recordaría luego una sombra, un rumor, un chasquido en el umbral mismo de lo audible.

Así debería haber sido. Pero ni los mejores planes están blindados contra lo imprevisto.

El bebé había pasado mala noche y no hacía ni dos minutos que la nodriza había conseguido que se calmara y se volviera a dormir. Ella, en cambio, estaba desvelada y, teniendo en cuenta lo poco que faltaba para el amanecer, decidió que era mejor no molestarse en volver al futón que le servía de lecho.

Se sentó, encendió una luz y abrió el libro en el que llevaba enfrascada las últimas semanas. Una historia trivial de acción e intriga en la que un héroe de mandíbula de granito y resolución a toda prueba se enfrentaba a peligros sin cuento en busca de una recompensa de nombre impronunciable y propósito turbio. La heroína que lo acompañaba no era menos decidida que él, ni más compleja. Pese a todo, el libro tenía

buen ritmo y estaba escrito de tal forma que uno no podía empezar a leer sin desear averiguar qué iba a pasar a continuación.

La nodriza nunca supo cómo terminaba.

Renyokiru Mizuni, Chambelán del Emperador de Hanoi, se detuvo en el umbral de la habitación y, con gesto inexpresivo, contempló el cuerpo de la nodriza tendido en el suelo. Estaba tumbada de lado, con la cabeza inclinada hacia la derecha y un brazo medio extendido, como si hubiera sido atrapada a mitad del gesto de señalar hacia alguna parte, tal vez el libro que yacía abierto a un paso de ella. El cuerpo descansaba sobre un charco de su propia sangre y la muerte había convertido los ojos en dos canicas perplejas y lejanas.

El capitán de los Ingtze que estaba al mando de la investigación se inclinó al ver a la Chambelán, quien le devolvió el gesto con naturalidad.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace veinte minutos —respondió el capitán—. Mi gente vino en cuanto oyeron los gritos, pero ya era demasiado tarde.

«Demasiado tarde». Dos palabras implacables que se agarraron al pecho de Mizuni y clavaron en él sus garras despiadadas.

—No murió sin oponer resistencia —añadió el Ingtze—, pero eran demasiados y demasiado rápidos.

—¿Nan? —preguntó Mizuni.

—Quizá. La forma de entrar, la rapidez con la que se enfrentaron a lo imprevisto, la planificación... todo apunta a los nan, señora.

Mizuni asintió.

—¿Se puede entrar?

—Sí —dijo el capitán—. El examen del escenario ya ha terminado.

«Escenario». Otra palabra más con garras afiladas y ansiosas. Escenario. Aquello no era ningún escenario, se dijo Mizuni, era la habitación de su hija, el único universo que había conocido en sus escasos cuatro meses de vida.

Tomó aire, dio un paso y entró en la habitación. Fue como escalar una montaña.

Se arrodilló junto al cadáver de la nodriza y le cerró los ojos con delicadeza. Luego, alargó la mano y tomó el libro que yacía junto al cadáver. Leyó el título y contuvo una sonrisa.

Se puso en pie. El capitán de los Ingtze la miraba expectante.

—Déjame sola, por favor —dijo—. Unos minutos.

—Como ordenes, Chambelán —respondió él con una reverencia.

Luego, con un gesto seco, ordenó salir a sus Ingtze y él los siguió.

A solas, Mizuni miró a su alrededor. Sangre. Muerte. Un libro a medio acabar. Y un vacío.

En la cuna, las mantas aún conservaban la forma del cuerpo de la niña, y un olor tibio todavía emanaba de ellas. Mizuni tragó saliva y resistió el impulso de llevarse la ropa de la cuna al rostro y empaparse de aquel aroma.

No. Mantén la cabeza fría. Piensa. Calcula. Decide. Pero con la cabeza fría.

Asumió que la niña seguía con vida. Aquello era un rapto, no un asesinato. Y si la

pequeña Yakizuni estaba viva, todo lo demás era negociable.

¿Todo?, se preguntó. *Todo*, se respondió.

Tomó aire una vez más. Con él, aspiró los débiles mensajeros de la niña, un sabor que reconocería en cualquier lugar del mundo.

Seguiré tu rastro. Como sea. Donde sea.

Pasó casi media hora hasta que la Chambelán dejó el escenario del crimen y permitió que los Ingtze volvieran a entrar. En aquel tiempo, tomó varias decisiones y trazó varios planes. Su rostro seguía tan inexpresivo al salir como lo había estado al entrar.

Los Ingtze la vieron desaparecer en un recodo del pasillo y se miraron unos a otros, admirados por su entereza, aunque no sorprendidos. Renyokiru Mizuni había sido su comandante antes de convertirse en Chambelán del Hijo del Origen, y la conocían bien.

O eso creían.

Avanzadilla dijo adiós, en silencio, a sus hermanos y hermanas y abandonó el dormitorio comunal que compartían los cinco.

No miró atrás una sola vez.

No estaba seguro de hacia dónde se dirigía. Sabía que necesitaba estar solo, encontrar un lugar libre de la intoxicadora voluntad de los humanos, un lugar en el que pudiera ser él mismo, libre de influencia alguna, a solas con sus propios pensamientos. No estaba seguro de que un lugar así existiera.

Sin embargo...

Lo había encontrado una vez, ¿no? En Honoi, durante la misión al Jardín de la Memoria, cuando se había separado del amo y de pronto se había encontrado dueño de sí mismo y de su propia voluntad. No tenía ni idea de cómo había llegado a suceder aquello, pero se decía que si había pasado una vez podía volver a ocurrir.

Dejó atrás la ciudad dormida. *¿Hacia dónde?*, se dijo.

Hacia el oeste, se respondió. Sabía que cuanto más se desplazara a occidente, menos humanos habría. Quizá si seguía caminando llegaría a un lugar sin humanos, donde pudiera estar solo y ser él mismo.

Avanzadilla, se dijo. El amo lo había llamado Avanzadilla. Y, por qué no, decidió. Era un buen nombre. Y, al mismo tiempo, le daba un propósito, le decía a qué estaba destinado.

Durante eras incontables, los suyos habían estado supeditados a los humanos, esclavos de su voluntad y sus deseos. Habían generado mensajeros para ellos, habían cambiado sus cuerpos para complacerlos, habían trabajado para ellos, habían sufrido por ellos y habían sido arcilla en sus manos, un sofisticado juguete que los humanos podían moldear a su gusto para que atendiera todas sus necesidades y satisficiera todos sus deseos.

Hasta ahora, se dijo mientras la ciudad quedaba a sus espaldas y la mole confusa y oscura de un bosque se alzaba ante él.

No sabía si él había sido el primero. Quizá no. Tal vez habían existido otros como él, libres por un momento de la constante presencia de la voluntad humana y, por tanto, con

espacio para desarrollar la propia. De hecho, si lo pensaba un poco, era fácil llegar a la conclusión de que tenía que haber habido otros en el pasado.

No, no era el primero, pero eso no importaba. Los demás habían pasado sin dejar huella. Tal vez se las habían arreglado para librarse de la voluntad humana durante unos momentos, o quién sabe si para el resto de sus vidas. Pero no habían hecho nada más.

Él lo haría.

Poco antes del amanecer, un espejo portátil de comunicaciones se activó en las habitaciones de la Chambelán. No tardó mucho en recibir respuesta.

La mujer de pelo naranja y rostro fieramente risueño que había al otro lado del espejo inició una sonrisa al ver a Mizuni, pero el gesto murió enseguida en su rostro.

—Se han llevado a Yakizuni —dijo la Chambelán.

Una seriedad mortal cubrió el rostro de la otra mujer.

—Quizá ha sido un secuestro político —siguió diciendo Mizuni, en un tono de voz en el que la tranquilidad era tan afilada como una espada—. Si es el caso, contactarán conmigo e intentarán que sirva a sus propósitos a cambio de la vida de mi hija. Lidiaré con ello, si tengo que hacerlo, y la recuperaré de un modo u otro. Pero no te he llamado por eso, Itasu.

La mujer de pelo naranja asintió muy despacio.

—Temo que los motivos sean otros y que no estén relacionados conmigo o con mi puesto como Chambelán, sino con...

Por primera vez la voz se le quebró, y tuvo que ser la otra mujer la que completase por ella la frase:

—Yakisatoru.

Mizuni cerró los ojos, los volvió a abrir y asintió.

—No te pediría esto si no fuer...

—No tienes nada que pedir, sari-Mizuni, nada que ordenar, nada que suplicar —dijo Itasu atropelladamente—. No hace falta, nunca ha hecho falta y nunca hará falta.

Una sonrisa vacilante asomó al rostro de la Chambelán.

—Gracias —dijo—. Quizá esto sea innecesario.

Itasu meneó la cabeza.

—Sospecho que no. Yo también creo que el asunto tiene relación con Yakisatoru. Haré lo que debo, sari-Mizuni. Cueste lo que cueste.

Alargó una mano en dirección al espejo, y Mizuni la imitó. Aquella caricia imposible se prolongó durante una eternidad, apenas un instante.

Luego, ambas cortaron la comunicación.

Mizuni miró por la ventana. Amanecía.

Cuanto más complicado es el filtro, más sencillo resulta detener el drenaje. Son los sistemas más simples los que acaban resultando eternos. Lo que, bien pensado, es un peligro que debería evitarse a toda costa.

—Qérlex Targerian

La posada se alzaba solitaria a un lado del camino. Las primeras estrellas asomaban en el cielo a medida que caía la noche e iba tiñéndolo todo de un aura irreal.

Poco a poco, a lo lejos, Lambodonas encendió sus luces y desafió una vez más la oscuridad. La posada, indiferente a la cercanía de la capital de Alboné, se limitó a encender un único fanal a un lado de la puerta y un fuego en la chimenea del salón principal.

No había mucha gente aquella noche. Un par de parroquianos habituales, tres o cuatro viajeros de aspecto cansado y un gato que ronroneaba hosco junto al hogar.

Tras la barra, el posadero repasaba las cuentas de la semana y mascullaba una maldición. El negocio no iba bien. No había ido bien la mayor parte del otoño y no tenía pinta de que fuera a ir bien con la llegada del invierno.

Había dejado de ir bien hacía un par de años, en realidad. Desde el momento en que la última explosión urbanística de Lambodonas había llevado los límites de la ciudad casi a un paso de la posada, y la existencia de ésta había empezado, poco a poco, a ser inútil. Demasiado lejos de la capital pero no lo bastante, se decía a menudo el posadero.

Poco podía hacer, aparte de repasar una y otra vez sus magras cuentas y mascullar entre dientes. El negocio se mantenía, al menos de momento y, si uno lo pensaba bien, ya era bastante con los tiempos que corrían.

Luego pensó en el cliente que daba cuenta de la cena en uno de los salones privados. Llegaba puntual, como habían hecho sus predecesores, siempre a la misma hora. Como ellos, pagaba al contado y con largueza; no hacía preguntas ni las respondía. No causaba problemas.

Un solo hombre. Siempre a la misma hora, pero nunca el mismo hombre ni en la misma fecha y nunca más de una vez al año. Avisaba con un par de días de antelación por mensajero y daba siempre las mismas instrucciones sobre la cena.

El cliente perfecto.

O casi.

Lo habría sido de haber usado la posada con más frecuencia. O de haberse traído unos cuantos amigos que la recomendasen como un sitio cómodo y acogedor, tranquilo y discreto, con precios asequibles y buen servicio.

Claro que, para eso, tendría que tener algún amigo.

Uno de los parroquianos habituales interrumpió los pensamientos del posadero con un gesto. Este le rellenó la copa y decidió servirse una. Miró a su alrededor. En realidad, aquella noche no podía quejarse. Aparte de los tres o cuatro habituales (y del misterioso visitante anual) había un par de clientes nuevos, lo cual, en el estado actual del negocio, era todo un lujo. Uno venía de la ciudad, sin la menor duda: tenía todo el aspecto de ser un

chupatintas al borde de la jubilación, como parecía demostrar la resma de papeles en la que enterraba la nariz una y otra vez. El otro había llegado un par de horas antes por el camino del norte, aunque no parecía un nativo de las tierras altas: no era lo bastante hosco ni lo suficientemente altivo. Un comerciante, sin duda, aunque el posadero no acababa de tener claro en qué comerciaba.

Dos clientes nuevos, en cualquier caso, en mitad de una semana perdida a finales del otoño. Un lujo, un auténtico lujo.

Afuera, la noche se iba volviendo más oscura y desapacible y la sala común se convertía poco a poco en un lugar cada vez más acogedor. El posadero sintió lástima por cualquiera que tuviera que aventurarse al exterior en una noche como aquella.

Como convocada por ese pensamiento, la puerta de la posada se abrió y alguien entró en el salón común.

Nadie excepto el posadero se molestó en mirar al recién llegado... Recién llegada, decidió, a medida que la figura salía de las sombras e iba siendo iluminada por la luz de la chimenea. Una mujer, se dijo, tan tapada que apenas se distinguía nada del rostro, pero sin duda una mujer.

Limpió un vaso mientras ella se acercaba a la barra. La ropa era de calidad, no tanto que pareciera fuera de lugar en medio del salón, pero lo bastante para preguntarse de qué parte de la ciudad venía y cuál era su profesión. Cuando llegó junto a la barra, el posadero pudo ver que era joven, de manos largas y delicadas. El rostro, expuesto a la luz cuando hizo a un lado la capucha, era casi el de una niña; una niña criada en un ambiente acomodado, sin la menor duda: las cejas bien cuidadas, la tez limpia de manchas o granos, el pelo sedoso y brillante...

—Me esperan—dijo.

El posadero asintió. Sí, claro que la esperaban. En uno de los salones privados, sin la menor duda. No era la primera vez que la cita de su cliente resultaba ser una mujer, aunque desde luego nunca tan joven como esta.

—Claro, señora—dijo el posadero—. Sígueme, por favor.

Tomó un palo de guía, musitó una palabra impronunciable y salió de la barra mientras los mensajeros inflamaban la tabla.

Seguido de la joven, recorrió un largo pasillo de madera que desembocaba en media docena de puertas. El posadero se detuvo junto a una de ellas y llamó con los nudillos.

—¿Sí?

—Tu visita ha llegado, señor.

—Adelante.

El posadero abrió la puerta y franqueó el paso a la joven. Ésta le dio las gracias con la mirada y entró en el salón privado mientras el posadero cerraba la puerta y regresaba a sus asuntos.

Al menos una vez al año, se decía. A la misma hora, aunque nunca el mismo día. Nunca el mismo hombre y jamás se reunía con la misma persona. ¿Quiénes eran? ¿De qué naturaleza eran los encuentros que mantenían? ¿A qué propósito obedecían?

El posadero se moría por saberlo. Pero era lo bastante listo y prudente para no dejar que su curiosidad estropease un buen negocio. Casi el único buen negocio que se había cruzado en su camino en los últimos años, se dijo.

Así que volvió al salón común, atendió a sus escasos clientes y trató de no volver a

pensar en el asunto.

Fracasó.

Comieron en silencio. La comida había sido preparada de acuerdo a las instrucciones específicas del cliente: viandas frías y bebida en hielo, excepto el café, conservado caliente sobre un rescoldo de la chimenea. Ningún servicio. Nadie que los interrumpiera.

Él tenía algo más de cincuenta años, aunque se esmeraba mucho en parecer más joven. Se movía con cierta suntuosidad, como si cada movimiento fuera el prelude de algo de vital trascendencia. En sus ojos había un brillo ligeramente burlón.

Ella no sobrepasaba los veinticinco. Delgada, de ojos claros y un cabello que no terminaba de ser del todo rubio; comía sin decir ni una sola palabra y sin apartar la vista de su acompañante. Sus bocados eran pequeños y delicados y, de vez en cuando, se detenía a saborear alguno especialmente sabroso.

El hombre desdeñó los postres y, mientras ella picoteaba de aquí y de allá, se sirvió un café negro, denso y humeante.

—Espero que la cena haya sido de tu agrado —dijo.

La joven asintió:

—Confieso que no esperaba encontrarme con algo así. No me dijeron...

—No tenían por qué.

—Comprendo.

—No me cabe ninguna duda.

El silencio cayó de nuevo entre los dos. Fue ella quien lo rompió al cabo de un rato, tras negarse una última pieza de postre.

—Supongo que querrás que empecemos —dijo. Lo pensó unos instantes y luego se encogió de hombros—. O no, como prefieras. Al fin y al cabo, tú pagas.

Él asintió.

—En fin. Es tu dinero —dijo ella—. Se supone que estoy aquí para responder a cualquier pregunta que me hagas. Y si prefieres seguir en silencio... —Se encogió de hombros otra vez—. Mejor para mí, supongo. Trabajo menos y cobraré lo mismo.

El hombre sonrió.

—Aunque... tendré que volver al palacio tarde o temprano. Y supongo que preferirás que lo haga después de darte la información por la que has pagado.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta. Se encogió de hombros por tercera vez, echó mano a la cafetera y se sirvió una taza. Lo tomó sin azúcar y de un solo trago. Se limpió delicadamente los labios con una servilleta y volvió a mirar a su interlocutor, quien seguía fumando en silencio.

—Me encogería de hombros otra vez, pero cuatro ya me parecen excesivas —dijo—. Así que tal vez sería buena idea que empezaras con tus preguntas.

—¿Qué puesto tienes en Palacio?

Lo había preguntado en voz baja, casi en un susurro, mientras terminaba la taza de café y se servía otra. Ella dudó unos segundos antes de responder:

—Trabajo en la oficina de asuntos domésticos.

—¿En calidad de qué?

—Organizo reuniones. Me aseguro de que todo el mundo tenga los papeles adecuados.

Ordeno los temas. Tomo nota de lo hablado cuando debo y lo olvido cuando es necesario. A veces doy forma a algún discurso.

—Ya veo.

—Lo que no veo es por qué te importa mi trabajo.

Ahora fue él quien se encogió de hombros.

—No me importa. Sé perfectamente cuál es. Pero me pareció interesante ver qué me respondías. Supongo que si te pidiera una descripción detallada de lo que has hecho durante el día de hoy me la darías sin problemas.

—Si fuera necesario... La buena memoria es una herramienta imprescindible en mi trabajo.

—Desde luego. Potenciada además por mensajeros de primera calidad, no me cabe duda.

—Lo mejor para los funcionarios de Palacio —dijo ella en tono irónico.

Él sonrió de nuevo y, por primera vez, algo cálido le asomó a los ojos.

—Estoy seguro —dijo.

—¿Algo más que quieras saber?

—¿Algo más? Claro. El nombre de todas las estrellas del cielo y de todas las criaturas sobre la tierra y bajo ella. Por qué no.

—¿Algo que yo te pueda decir? —La impaciencia tras su voz fue ahora evidente.

—Seguro que sí.

—Pues pregunta.

El hombre tomó aire. Pareció considerar la cuestión unos momentos y al fin dijo:

—Bueno. Quizá lo primero que quiero saber es por qué has venido tú esta noche. Y tal vez lo segundo sea averiguar por qué has decidido disfrazarte como una funcionaria de Palacio, Majestad.

Ella no pareció sorprendida por sus últimas palabras. De hecho, no mostró reacción alguna. Al cabo de un tiempo interminable abrió la boca y dejó escapar, casi con desgana, tres palabras impronunciadas.

Su rostro empezó a cambiar, igual que lo hacía su cuerpo. Ya no era una mujer de veintipico años, sino una adolescente de gesto hosco y ademanes autoritarios.

—Has arruinado la diversión —dijo, con una voz que no era del todo adulta, pero en la que había una autoridad claramente perceptible. La dueña de aquella voz estaba acostumbrada a ser obedecida.

—Lo siento, Majestad —respondió el hombre—. Me pareció una superchería innecesaria.

—¿Innecesaria? Tal vez —dijo ella—, pero sin duda era divertida. Fingir ser otra es tan... gratificante. Deberías saberlo. Si nuestros informes son correctos, y suelen serlo, te has pasado media vida fingiendo.

El hombre contempló en silencio a la Reina de Alboné y, al cabo de un rato, sonrió de nuevo.

—Perdóname entonces por haberte arruinado la diversión. Después de todo, estoy a tu servicio... o lo está aquel a quien sirvo, para ser más exactos.

—No nos interesan tus excusas. Es tarde y queremos volver a Palacio.

—Por supuesto. Se me ha enviado para hacerte saber que todo ha ido según lo previsto.

La Reina arrugó el ceño.

—No necesitábamos que vinieras para saber eso. Hemos recibido los informes de Honoi.

Su interlocutor ocultó un gesto de enojo.

—Sea, entonces —dijo tras un instante de vacilación—. Sin prolegómenos innecesarios. Debo decirte que todas las pruebas son positivas. El éxito está asegurado.

La Reina permaneció completamente impasible ante las noticias. De hecho, no movió un solo músculo de su cuerpo. Cuando habló, elegía cuidadosamente las palabras.

—¿Estás seguro?

—Lo está quien debe estarlo, Majestad, yo solo soy el mensajero. El sujeto es viable y adecuado para tus propósitos. Necesitará algunos ajustes menores, pero eso no debería llevar mucho tiempo. Unos pocos meses. Tal vez incluso semanas.

La Reina tomó aire y lo soltó muy lentamente. Muy despacio, acercó la mano a la cafetera y llenó la taza que tenía enfrente. Más despacio aún, se la llevó a la boca y bebió un largo trago.

—Bien —dijo finalmente—. Bien —repitió.

La Reina abandonó la posada al amanecer. Su interlocutor se marchó poco después. Se asomó a la sala común en silencio y se detuvo frente al mostrador donde el posadero trataba de mantenerse despierto y estaba a punto de fracasar. De pronto parpadeó y se puso repentinamente de pie.

—¿Todo a tu gusto, señor? —preguntó en un susurro.

El cliente asintió y dejó una bolsa sobre la mesa. El posadero no se molestó en contar el dinero: sabía que la cantidad pactada estaría allí, además de una generosa propina.

El hombre se apoyó en la barra y contuvo un bostezo.

—Mi esposa ha preparado caldo de gallina y algo de pan tostado —musitó el posadero—. Si quieres desayunar antes de irte...

El cliente lo pensó unos instantes.

—Venga ese caldo —dijo al fin.

Mientras esperaba, dio media vuelta, se apoyó en la barra y echó un vistazo a su alrededor. Un cliente dormitaba junto a la chimenea y, algo más allá, lo que parecía un chupatintas se había derrumbado sobre una pila de papeles y roncaba plácidamente. Al fondo de la estancia, dos hombres discutían animadamente sobre algún tema sin duda trivial mientras terminaban su penúltima jarra de vino.

El posadero llegó con el caldo y un par de rebanadas de pan tostado. El cliente troceó el pan dentro del caldo y luego dio buena cuenta de él.

—Ahhh, excelente —dijo—. Felicita a tu esposa —añadió.

Iba a echar mano a la cartera cuando el posadero lo interrumpió con un gesto.

—Por favor —dijo—, tu pago por esta noche ya ha sido más que generoso. No es necesario...

El hombre dudó unos instantes.

—Gracias —dijo al fin, inclinando la cabeza en un gesto de agradecimiento—. Hasta el año que viene.

—Hasta el año que viene, señor.

El cliente se arrebujo en el abrigo, se puso el sombrero y tom6 la vara de caminante que habia dejado al cuidado del posadero al principio de la noche. Ech6 un ulti- mo vistazo a su alrededor y, por un instante, pareci6 a punto de mandarlo todo al cuerno, abandonar cualquier pretensi6n de disfraz y proclamar frente al mundo entero, incluidos los dos espías que ahora lo vigilaban, qui6n era y cu6l era su prop6sito allí. Naturalmente, luego habría tenido que matar a todos los que estuvieran en la posada, pero tampoco le habría venido mal un poco de acci6n en aquellos momentos.

Pero, por supuesto, habría sido una tontería, un derroche innecesario de fuerzas y recursos y aquel a quien servía odiaba malgastar las fuerzas y desaprovechar los recursos. Y no toleraba que sus 6rdenes fueran desobedecidas.

Paciencia, se dijo. Habría otras oportunidades. Aun tenía que hacer varias cosas antes de dejar Alboné.

Con una sonrisa, se encogi6 de hombros y ech6 a andar hacia la salida sin mirar atrás.

Los ronquidos cesaron. El funcionario al borde de la jubilaci6n abri6 los ojos, alz6 el rostro y vio el amanecer colándose más allá de las ventanas.

—Vaya —musit6—. Sí que se me ha hecho tarde.

Se puso en pie con esfuerzo y recogió los papeles de la mesa. Se acerc6 luego a la barra y examin6 con atenci6n y petulancia la minuta que le tendía el posadero. Comprob6 las cifras tres veces y luego abon6 la cantidad exacta, al céntimo, inmune a la mirada del posadero.

Con la cartera bajo el brazo, sujetándola como si fueran las joyas de la corona, sali6 de la posada y ech6 a andar hacia la ciudad.

Poco después, el comerciante abandonaba su puesto junto al hogar y solicitaba la cuenta.

Nos definimos como criaturas racionales. En realidad, seguimos siendo animales fundamentalmente irracionales con una asombrosa capacidad para sistematizar nuestras emociones, nuestros prejuicios y nuestros instintos. Tomamos nuestras decisiones con las tripas; es nuestra memoria, como la hábil embustera que es, la que teje la pauta racional en la que encajamos nuestros actos a posteriori.

—Qérlex Targerian

Yáxtor Brandan volvió del funeral a media tarde. Había subido al pico Br'ndon y había esparcido las cenizas al viento. Era la segunda vez que lo hacía en su vida, aunque la primera había sido poco más que un gesto simbólico. Aquella mañana, sin embargo, la urna sí contenía las cenizas de una persona.

El mundo estaba de pronto patas arriba. Nada tenía sentido.

Anocheía cuando llegó a la casa. Matis estaba de pie en la entrada, como si se hubiera pasado todo el día en aquella misma postura. Alargó las manos para recibir la urna vacía, inclinó la cabeza y, sin una palabra, entró en la casa.

Yáxtor se quedó un momento en el umbral mientras la noche iba cayendo a su alrededor y convertía el mundo en un lugar impreciso y cambiante.

Estaba seguro de que Matis sería un buen mayordomo. Al fin y al cabo, Maklén lo había criado para ello desde su infancia, y sin duda había hecho un trabajo de primera, como siempre. Pero eso ya no tenía demasiada importancia. ¿Qué sentido tenía seguir jugando al señor feudal? ¿Para qué? Mientras había vivido Maklén, Yáxtor sentía que le debía al viejo representar aquel papel. Desde aquella mañana, la deuda había dejado de tener sentido.

Soy un adepto empírico. Esta no es mi casa. Nunca lo ha sido.

Y sin embargo...

Había nacido allí. Se había criado allí. Aquel había sido todo su universo durante los primeros diez años de su vida. Y Maklén había sido el pilar que lo sostenía en pie, el foco alrededor del que todo giraba, los cimientos donde se asentaba la realidad. El niño confuso y malhumorado que era entonces se había agarrado a él como un ancla, el único punto firme y estable en un mundo que no tenía sentido.

Pero se había ido. Había sido admitido como acólito por los adeptos empíricos. Y, desde aquel mismo momento, Casa Brandan se había convertido en una ilusión nostálgica en la que apenas pensaba y a la que solo regresaba para querer irse enseguida.

Había vuelto ocasionalmente y había jugado al pequeño hidalgo rural de vez en cuando. Lo había hecho sobre todo por Maklén, como un modo de recompensar su paciencia, su lealtad a toda prueba, su dedicación completa y su devoción fanática. Pero en realidad jamás había sentido que aquel lugar le perteneciera, mucho menos que él perteneciese al lugar.

Aunque hubo un tiempo...

Pero tampoco. Había sido Ámber la que se había empeñado en vivir allí; Ámber la que había querido criar al hijo de ambos en aquel lugar inhóspito en el que era de noche a las

cuatro de la tarde; Ámber la que, por unos meses, había convertido aquel caserón sombrío en algo parecido a un hogar.

Por un tiempo.

Se encogió de hombros y entró en la casa. Pasó junto a las armaduras herrumbrosas del recibidor y entró en el salón. En la chimenea crepitaba el fuego. El vaho se condensaba en las ventanas. Se sentó junto al hogar y se sorprendió al ver una bandeja con una jarra de lo que parecía sidra caliente.

Sí, Maklén había entrenado bien a su hijo, sin la menor duda.

Cogió la jarra y apuró el contenido de un solo trago. Luego, se echó hacia atrás, cargó la pipa y prendió fuego al tabaco con una palabra impronunciable musitada a media voz.

Más allá de las ventanas, la noche se apoderaba del mundo con garras ávidas y frías. El salón se convirtió en un lugar fantasmal poblado de sombras y susurros, iluminado solo por el resplandor vacilante de la chimenea.

Yáxtor fumaba, la vista clavada en el fuego, las manos alrededor de la cazoleta de la pipa. Su memoria estaba poblada de fantasmas y espectros, como si sus recuerdos no fueran más que una enumeración de todo lo que ya no estaba en el mundo.

No, no tenía sentido continuar con aquello. Para qué. Su firma al pie de un documento legal convertiría el feudo familiar en tierras comunales, distribuiría la propiedad entre sus habitantes y le daría la oportunidad a Matis de administrarlo todo en su propio nombre en lugar de hacerlo en el de otros.

En cuanto a él, volvería a Lambodonas a hacer aquello para lo que había nacido y enterraría para siempre aquel ejército de fantasmas conjurado por la nostalgia.

¿Por qué no? ¿Qué lo ataba allí ahora que Maklén había muerto?

Recorrió los alrededores de la casa al día siguiente. Se acercó a la fragua del herrero, paseó junto al viejo molino de agua, vagó por los campos y se detuvo junto a la posada.

Cuando volvió a la casa vio a Manli, la vieja carneútil, preparando la mesa. ¿Cuántos años tenía? Parecía una mujer madura cuando él era un niño y Yáxtor habría jurado que su aspecto no había cambiado en los últimos veinte años.

Se acercó a ella.

—Maklén se ha ido.

—Lo sé —respondió ella.

Al verla más de cerca se dio cuenta de que una miríada de pequeñas arrugas cruzaba la piel anaranjada. Los ojos eran tan inexpresivos como de costumbre y en los labios se deslizaba el eterno asomo de una sonrisa. El cuerpo era acogedor y voluptuoso y se movía con una gracia que no era por completo humana.

—¿Debería irme? —preguntó Yáxtor, de repente.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le preguntaba aquello a una criatura que, seguramente, no comprendía lo que le decía?

—Quieres irte —afirmó ella.

—¿Quiero?

—Casi siempre. Aunque, a veces, hay una parte de ti que no.

Los carneútiles eran sensibles a los deseos y la voluntad de los humanos, y Manli lo conocía desde que era un bebé. No tenía nada de raro que fuera tan perceptiva. Yáxtor

asintió al comprender de pronto lo que estaba pasando.

La uso de caja de resonancia.

—¿Qué parte? —preguntó.

—La que no quiere olvidar —respondió ella con calma—. La que ha recordado.

Yáxtor apretó los dientes. ¿Cómo podía una carneútil saber aquello? Era absurdo. La pobre criatura retrocedió, asustada ante el cambio de humor del amo, y Yáxtor trató de tranquilizarse. Ella no tenía por qué sufrir con los vaivenes de su estado de ánimo.

—No pasa nada —dijo, más tranquilo—. Sigue con lo que estabas.

Dio media vuelta y abandonó el salón, solo para darse de bruces con Matis, que estaba en el umbral. Lo saludó al pasar y le pareció que el hijo de Maklén quería hablarle de algo pero no se atrevía.

Ya se lo diría cuando fuese el momento. Seguramente su padre también le había enseñado aquello.

El pozo. Siempre el mismo pozo. El pozo que era el de las Casas de la Curación, pero al mismo tiempo no lo era. La figura que sacaba agua de él. La jarra que se deslizaba entre las manos y caía sin tocar jamás el suelo.

Otra vez.

«Estás postergando lo inevitable, amor mío.»

No era Ámber. Pero lo era. Al menos, tanto como podía serlo. Una personalidad reconstruida a partir de los recuerdos que Yáxtor conservaba de su esposa muerta y encapsulada en la espada que había traído de Hanoi. Un fantasma. Peor aún, el recuerdo de un fantasma. No, no era Ámber, pero...

—¿Qué es lo que postergo? —dijo él en el sueño—. ¿El irme de aquí? ¿El volver a Lambodonas? ¿El dejar atrás el pasado y ser tan solo un adepto empírico? En ese caso, ¿no debería deshacerme también de ti?

La vio sonreír con desgana, como si acabara de contar un chiste no demasiado bueno.

«Postergas lo inevitable, mi niño malcriado.»

—Ya, claro. Lo inevitable. —¿Por qué reaccionaba de aquel modo? ¿Qué había en las palabras de aquella Ámber fantasmal que lo llenaban de furia e inquietaban al animal rabioso que llevaba dentro?—. ¿Qué es lo inevitable?

La jarra se desvaneció. La mujer se sentó en el borde del pozo. Sonrió de nuevo, ahora de un modo pícaro, casi insinuante. Como si fuera la primera vez, se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos aquella sonrisa socarrona, aquel brillo burlón en los ojos, aquella serenidad tras la que se agazapaba un animal tan salvaje como él mismo.

«Mira, mi monstruo. Mira el lugar que no quieres mirar. Necesitas hacerlo.»

El patio ya no era un patio, sino un salón. El salón común de Casa Brandan, en realidad.

—¿Mirarlo? Para qué. Ya lo he visto demasiadas veces.

«No de esta forma, mi amor. De este modo solo lo has visto dos veces. Y no lo recuerdas.»

Yáxtor se encogió de hombros.

—Mejor —dijo—. Si tengo que dejar atrás el pasado de una vez, este es un sitio tan bueno como cualquier otro por el que empezar. De hecho, seguramente es el mejor sitio

posible.

Ámber meneó la cabeza y sonrió una vez más.

«Eres tan listo que a veces pareces tonto, monstruo mío. Pero tienes razón. Es el mejor sitio posible, el sitio adecuado. Pero para seguir adelante primero tienes que mirar hacia atrás. Tienes que hacerlo. Y quieres. No lo postergues más, deja de mentirme, mi niño enfurruñado.»

Yáxtor apretó los dientes.

—No.

«Quieres.»

—¡Basta!

La imagen tembló. El salón se desvaneció en medio de una niebla espesa y fría que se le metió en los huesos. Ámber se diluyó en la niebla, se fundió con ella, se perdió en ella para siempre. Los ojos burlones brillaron una última vez.

«Lo harás, mi amor, sé que lo harás. Tienes que hacerlo.»

Y de pronto estaba solo en mitad de ninguna parte.

No, solo no. Alguien lo espiaba. Alguien se le acercaba por la espalda, en silencio, sin hacer el menor ruido, sigiloso como un tigre al acecho. Una presencia amenazadora, familiar y desconocida al mismo tiempo.

Date la vuelta, se dijo, tienes que darte la vuelta antes de que sea demasiado tarde.

Pero no podía moverse. A su alrededor solo había niebla y frío. Un frío húmedo y afilado que lo mantenía inmóvil mientras alguien se acercaba por detrás.

Date la vuelta.

Su cuerpo era una roca, un peso muerto. Apretó los dientes, hizo acopio de todos sus mensajeros y se obligó a girarse. Lentamente, centímetro a centímetro, se dio la vuelta y le pareció que estaba cayendo y que, como la jarra de Ámber, jamás tocaría el suelo. Le pareció ver un rostro a lo lejos, borroso y confuso y sintió que, de algún modo, lo conocía, aunque jamás lo había visto.

Despertó de repente.

Abrió los ojos. Estaba tendido en la cama. Musitó una palabra impronunciable y la lámpara que había a un lado iluminó la habitación con un resplandor tenue. Contempló la espada colgada de la pared, frente a él; negra, afilada, antigua.

Se incorporó a medias en la cama y cargó la pipa. El amanecer lo encontró fumando en silencio, los ojos clavados en la espada.

Hay apetitos que nada puede saciar; hambres y ansias que ningún alimento calmará. Cuando te das cuenta de que, no importa cuánto tengas, siempre querrás más, es cuando comprendes que eres un adicto.

Todas las dependencias funcionan así, ya sea a una sustancia, a una persona o a un hábito. Todos los adictos se comportan exactamente igual, no importa que lo sean a las drogas, al dolor, al trabajo o al amor. Lo único que se consigue al tener lo que se quiere es que se quiera tener más y la espiral autodestructiva que genera la adicción solo puede acabar con la destrucción del adicto.

Unas veces esa destrucción es física y otras, mental. Pero siempre es inevitable. No os engaños pensando que hay personas que superan su adicción; eso no es cierto. Para dejar de depender de aquello a lo que están enganchados han tenido que cambiar tanto que, a todos los efectos, son otra persona. La antigua ha muerto.

—Asima Sterd

—Un parche.

—Eso es.

—Sensible a...

—Recuerdo perfectamente lo que te he pedido. No es necesario que lo repitas.

El artífice mantuvo la calma con dificultad, hizo acopio de toda su paciencia y dijo:

—Perdóname, Jefe de Archivos. Es que no veo el propósito de lo que me estás pidiendo.

El hombrecillo tuerto en la silla de ruedas contuvo una sonrisa y asintió.

—Claro que no —dijo, conciliador—. Lo contrario sería ciertamente preocupante. Pero yo sí lo sé. Y eso debería ser suficiente, creo.

El ejercicio de contención que realizó ahora el artífice fue verdaderamente notable, y el hombre en la silla de ruedas no pudo por menos que admirarlo.

—¿Para cuándo lo quieres, Jefe de Archivos? —preguntó al fin el artífice.

Su interlocutor fingió pensarlo unos instantes.

—Me habría venido de perlas hace una semana —respondió—. Tenerlo esta misma tarde será satisfactorio. Más o menos.

El artífice se mordió el labio. Contempló una vez más la orden que sostenía en su mano, firmada por Qérlex Targerian, Adepto Empírico Supremo. La leyó con atención, intentando buscar un modo de negarse a aquel absurdo requerimiento. No lo encontró. La orden estaba redactada de un modo preciso y sin ambigüedades.

—Esta tarde —masculló—. ¿A eso de las siete y media te parece bien, Jefe de Archivos?

—Es aceptable. Enviaré a mi asistente.

Sin más, el hombrecillo apretó el mando de la silla de ruedas y salió del taller de artífices.

Desde donde estaba era como si Avanzadilla pudiera contemplar el mundo entero. Se trataba de una sensación engañosa, por supuesto: el gigantesco valle que se abría bajo él

parecía extenderse hacia todas partes hasta fundirse a lo lejos con el horizonte.

Sentado en una roca, muy cerca de la cima, Avanzadilla dejaba vagar la mirada por aquel paisaje interminable mientras los recuerdos iban fluyendo por su mente en un tropel sin orden ni propósito.

Sus primeras sensaciones. Las primeras imágenes, sonidos, colores, aromas. El rostro ciego del amo. La voluntad que emanaba de él, dándole forma y foco.

No solo a Avanzadilla. Había cuatro carneútiles más al servicio del amo y el modo en que los cinco se complementaban, casi anticipándose a las acciones de los demás, los convertía en algo muy parecido a un único ser.

El amo, siempre con ellos. El foco alrededor del que todo giraba.

Y el silencio.

De pronto aquel silencio.

La repentina soledad, la sensación de que era la única criatura viva del mundo. Era como haber sido ciego y que, de repente, todo se iluminase a su alrededor, cobrase repentina nitidez y se llenase de detalles que nunca antes había percibido.

Sentir que podía tomar sus propias decisiones, que podía seguir sus propios deseos. No, sentir después de tanto tiempo que deseaba, que quería, que ansiaba...

Había sido intoxicante.

No había durado, cierto. El amo había vuelto y, con él, el foco omnipresente alrededor del que giraba la vida de Avanzadilla. Pero algo había cambiado.

Y algo más cambió poco después, recordó de repente. Durante el viaje al Jardín de la Memoria, una nueva voluntad se había apoderado de la suya: Tairuname, el primer emperador de Honoi, había tomado posesión de su mente y sus deseos, había moldeado el alma y el cuerpo de Avanzadilla de acuerdo a sus designios y había intentado...

Qué más daba lo que hubiese intentado. De algún modo, Avanzadilla había logrado librarse de aquella mente invasora. Con ayuda, recordó, con la ayuda de aquella extraña mujer que vivía en una espada. Pero eso no importaba. Se había librado del invasor, y eso lo había vuelto a cambiar.

Seguía dependiendo de la voluntad del amo.

Pero no de la misma manera.

Se puso en pie y tomó aire. No de la misma manera, se repitió, o no estaría allí en aquel momento, sin humanos a su alrededor y dueño y señor de sí mismo.

¿Dueño, o dueña?, se preguntó.

La primera vez que había pensado en sí mismo como un ser independiente con voluntad propia había elegido el sexo masculino, pero se preguntó ahora por qué. Por qué no el femenino. O...

Con una sonrisa, comprendió su error. Por más que quisiera negarlo, dependía aún demasiado de la visión humana del mundo. Tanto que, sin pensarlo, había encontrado lo más natural elegir un género.

Absurdo. Ridículo. Su especie no tenía géneros: si los carneútiles parecían machos o hembras era solo porque la voluntad humana los moldeaba así. Y Avanzadilla no se sometía a esa voluntad. Ya no. Nunca más.

Tomó aire de nuevo y cerró los ojos. Dejó que el sol del atardecer lo bañara y lo librase de la forma que había adoptado durante toda su vida, la forma que el amo había impreso en su mente en el momento de su nacimiento, la forma que ya no era la suya y no lo sería

jamás.

¿No crees que eres ya un poco viejo para esto?

Fléiter Pragem, apoyado en el marco de la ventana, contemplaba el patio que había bajo él. Dos carneútiles se lavaban la una a la otra en la alberca con una inocencia totalmente perversa. Apenas unos meses atrás, Fléiter se habría perdido en la contemplación de la rutina de aseo de ambas criaturas; con toda su atención centrada en ellas, el resto del universo habría dejado de existir mientras el mirón que llevaba dentro se dejaba arrastrar por el espectáculo. Ahora, sin embargo, contemplaba la escena con un interés distante y la perversidad involuntaria de los gestos de las carneútiles apenas lograba excitarlo.

¿Demasiado viejo?

Tal vez. Aunque no le importaba lo más mínimo.

Claro. Seguro.

Se volvió al oír la puerta. Mishra entró en la habitación, impecable como siempre hasta el último detalle. Fléiter sabía que se había pasado la última hora dedicada a su apariencia, que cada pieza de su indumentaria había sido elegida con un cuidado exquisito y que el peinado y el maquillaje habían sido pensados y ejecutados para que encajasen exactamente con el resto de los elementos y con ningún otro. Cualquiera otra mujer se habría movido con afectación, empeñada en que se notase el esfuerzo y el trabajo que había tras su apariencia: Mishra caminaba con naturalidad, como si se hubiera limitado a levantarse de la cama y echarse por encima lo primero que encontrase.

—¿Ves algo que te gusta, comandante? —preguntó mientras posaba la bandeja del desayuno en una mesa junto a la puerta.

Fléiter enarcó una ceja y señaló con la cabeza hacia el patio.

—No está mal —dijo.

Mishra se acercó a la ventana. Le echó un vistazo a lo que ocurría al otro lado de la ventana y sonrió.

—Los viejos vicios no mueren con facilidad —dijo.

En realidad, era todo lo contrario, pensó Fléiter. Pero no dijo nada en voz alta.

—¿Desayunamos?

Se sentaron y dieron cuenta de las viandas en silencio, cada uno de ellos perdido en sus propios pensamientos. De vez en cuando se miraban, y una sonrisa asomaba a los ojos de ambos. En realidad, Fléiter tenía que hacer un verdadero esfuerzo para apartar la vista de Mishra, para no estar todo el rato mirándola con cara de imbécil. Hacía un año, ella no era para él más que la propietaria de la mejor casa de carneútiles de Alboné (y seguramente del mundo, solía decirse), y él, simplemente, un cliente habitual y generoso.

Pero el año anterior el mundo había sido completamente distinto, se decía Fléiter. El año anterior, él ni siquiera estaba vivo del todo.

Idiota.

Seguramente, pero no le importaba lo más mínimo.

Ya no eres ningún chaval. Estás demasiado viejo para enamorarte como un adolescente.

¿Y qué?

Terminó una tostada, alzó la vista y descubrió a Mishra mirándolo, intrigada.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Eso mismo iba a decir yo —respondió ella.

Fléiter sonrió.

—Nada importante —dijo—. Pensaba en lo distinto que era todo hace un año. Y en lo poco que han cambiado las cosas, en realidad.

—¿Poco?

—Casi nada. Pero es un «casi» que hace que todo sea completamente distinto.

Mishra enarcó una ceja.

—¿Estás bien?

—No, en realidad, no. Estoy en un estado de locura y frenesí que me hace comportarme como un niño. —Hizo una pausa—. Y me encanta.

Ella no respondió. Cogió la taza de café y apuró su contenido sin apartar los ojos de Fléiter, quien no era capaz de descifrar lo que había tras aquella mirada. Se sintió desvalido como un niño al que su madre está a punto de regañar por algo que no sabe que ha hecho.

Mishra depositó la taza vacía sobre la mesa, se limpió los labios con una servilleta, delicadamente, y sonrió. Fléiter reconoció su derrota en la sonrisa de la mujer y se limitó a asentir. Ella se puso en pie, le tendió una mano y le señaló el lecho.

Fléiter no se hizo de rogar.

A solas, en su despacho bajo la Torre, Shércroft revisaba una vez más los expedientes que habían llegado a sus manos la noche anterior. Como Jefe de Archivos de los adeptos empíricos, la cantidad de papeles que pasaba por su mesa era algo casi inmanejable, y, normalmente, Shércroft se limitaba a un rápido escrutinio antes de dejar que siguieran su camino en los engranajes de la burocracia. De vez en cuando, sin embargo, algo llamaba su atención lo suficiente para usar mensajeros de copia y hacer un duplicado de la información para uso posterior. En la mayoría de los casos descubría que había copiado el informe para nada y que lo que en principio le había llamado la atención había sido una falsa alarma.

Pero a veces...

Eran tres documentos, sin conexión aparente entre ellos. Un informe de una misión conjunta con el Capítulo de Información de la Confederación Occidental; un resumen de los resultados de una misión de prácticas de un grupo de acólitos de los adeptos empíricos; y un análisis de anomalías en la distribución de mensajeros en los barrios bajos de la ciudad. Ninguno de los tres legajos tenía nada que ver con el otro y habían sido redactados por personas distintas en diferentes departamentos. Sin embargo, cuando se los contemplaba como piezas relacionadas de un todo mayor, los tres apuntaban con auténtica cabezonería al mismo sitio.

¿De verdad apuntan ahí? ¿O es que me estoy empeñando en que sea así?

No, no dudaría de sus percepciones, no a aquellas alturas de su vida. Era algo que no podía permitirse. Había pasado demasiado tiempo inactivo, demasiado tiempo contemplando las sombras y esperando. Había llegado el momento de actuar. Y si se movía en la dirección equivocada, qué demonios, ya cambiaría de dirección. Lo importante era empezar a moverse.

Si unía aquellos tres legajos con el encuentro que había tenido lugar la otra noche, todo apuntaba a un mismo lugar. Un lugar oscuro y lleno de aristas hacia el que era peligroso mirar.

Tomó aire y comprobó la hora. Maldita sea, llegaba tarde. Qálax se lo iba a hacer pagar e iba a disfrutar con ello. La artífice de las adeptas de la curación era tan buena en su trabajo como el propio Qérlex Targerian, Maestro de Artífices de los adeptos empíricos, y tenía un sentido del humor mucho más retorcido y punzante. La relación entre Shércroft y ella siempre había sido un extraño tira y afloja a mitad de camino entre la hostilidad y la camaradería y ambos se conocían lo suficiente para saber que el otro no iba a desaprovechar la menor oportunidad para hacer saltar a su adversario.

Salió del despacho a toda prisa. Se desplazaba por los pasillos a una velocidad que parecía imposible, mientras jóvenes acólitos, adeptos en prácticas y archiveros veteranos se aplastaban contra la pared para evitar ser arrollados por aquel torbellino tuerto en silla de ruedas.

Llegó a las Casas de la Curación cinco minutos tarde. Cualquiera otra persona ni habría reparado en ello, pero Qálax le hizo sudar cada segundo de retraso, tal como Shércroft había supuesto.

Cambiamos solo para ser más nosotros mismos.

—R'nendo

Yáxtor también pasó el día siguiente fuera de la casa. A caballo, recorrió los campos, pasó junto a los bosques y cruzó los arroyos. Se detuvo a hablar con el herrero y devolvió con cortesía los saludos de sus vasallos. No llevaba la espada con él. Era la primera vez que se separaba de ella desde que había vuelto de Honoi. El arma lo había acompañado durante el último año, una presencia normalmente silenciosa pero siempre reconfortante que casi se había convertido en una parte más de su cuerpo.

De hecho, se podría decir que la espada le había salvado la vida seis meses atrás, durante su enfrentamiento con el fruto del programa Mano de Dios de Khynai. No solo porque ella le había revelado la clave para vencer a aquella mole rebotante de mensajeros, sino porque durante la convalecencia posterior, con su cuerpo convertido en una enorme cicatriz y todas sus terminaciones nerviosas lanzando un grito de dolor sorprendentemente acompasado, fue la presencia de la espada a su lado la que consiguió que no se diera por vencido, que no rechazara los mensajeros curativos que las adeptas de la curación le inyectaban casi a paletadas, que se dejase curar y no se rindiera. En los días siguientes, la presencia de Fléiter e Itasu junto a su lecho fue un nuevo acicate para que siguiera adelante pese a todo, pero en aquellos primeros momentos había sido la voluntad de Ámber, su empecinamiento en que siguiera vivo, lo que lo había salvado.

Se sintió extraño. Cercado por una soledad devoradora que ensombrecía el paisaje y lo volvía todo demasiado nítido.

Paró a comer junto a un bosquecillo de álamos y, mientras daba buena cuenta de las viandas preparadas por Manli, se preguntó qué debía hacer. Su vida entera había dado un vuelco en el último año y medio. Y lo gracioso era que lo había hecho casi sin darse cuenta. No se había sentido distinto cuando había ingerido el contenido de la ampolla robada al Número Dos de los Espectros. En efecto, había recuperado aquello que le faltaba, de nuevo recordaba a Ámber y todo lo relacionado con ella, especialmente su muerte, pero no había sentido que nada cambiase dentro de él. Sus lealtades seguían siendo las mismas y sus motivaciones no se habían alterado.

Era Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de la Reina de Alboné, y eso era cuanto importaba. Lo que lo definía. Los recuerdos de Ámber, del tiempo pasado a su lado, de los sentimientos y las sensaciones que ella había despertado y domado, los sueños con ella que habían empezado a poblar sus noches desde aquel momento... nada de eso había cambiado lo que era y lo que hacía.

Eso había creído al principio, al menos. Hasta el viaje a Honoi. Hasta el encuentro con... ¿Cuándo? ¿En qué preciso momento todo había empezado a ser diferente?

No lo sabía. Quizá no había habido un momento concreto, quizá había sido un proceso gradual del que ni siquiera había sido consciente y, por tanto, no hubo nunca ninguna

frontera que cruzar, ningún límite que traspasar. No podía trazar una línea y decirse que a un lado de ella estaba el antiguo Yáxtor, y al otro, el nuevo.

Tal vez porque no había un Yáxtor nuevo, igual que no había uno antiguo. Seguía siendo el mismo que era.

Sin embargo...

Volvió a la realidad y de pronto se dio cuenta de que aquel bosquecillo había sido uno de los lugares favoritos de Ámber.

¿Importaba? Ámber no era más que el pasado y la personalidad que vivía en la espada solo una ilusión, se dijo. Quizá sonaba igual que Ámber y se comportaba como ella, pero no era más que un carneútil convertido en un arma en el que estaban grabados los recuerdos que tenía de su esposa. No era Ámber. Ámber estaba muerta.

Sin embargo...

Alzó la vista mientras una nube densa y oscura se tragaba el sol. La temperatura descendió de pronto varios grados y un viento frío sopló sobre el bosque. Los álamos temblaron.

La personalidad que habitaba en la espada quizá era una ilusión impuesta por su voluntad, pero su lealtad no era ninguna fantasía. La espada lo había servido con fidelidad a lo largo de aquel año y medio, y Yáxtor sabía que, llegado el caso, no vacilaría en dar la vida por él. No podía evitarlo, al fin y al cabo; no era más que una carneútil atada a la voluntad de su dueño.

¿O era algo más?

De haber sido cierto lo que acababa de pensar, él no estaría allí ahora. Posiblemente estaría tan muerto como Ámber. E Itasu y Mizuni también. Si la espada hubiera sido tan solo un carneútil atado a la voluntad de su amo, todo se habría perdido y el mundo sería hoy un lugar muy distinto. De algún modo, la personalidad de Ámber —impostada o no— había sido lo bastante real para imponerse a la voluntad del antiguo dueño de la espada y desafiarlo, salvando a Yáxtor y a las dos mujeres honoyesas en el proceso. ¿Habría podido hacer eso una ilusión?

¿Importaba acaso?

Terminó la comida mientras el cielo se volvía cada vez más oscuro. Recogió los enseres, colgó las alforjas del lomo del caballo y montó.

La tormenta se descargó sobre él cuando le faltaba poco para llegar a casa. El cielo soltó cuanto tenía, y fue un Yáxtor completamente empapado el que se detuvo en los establos y dejó el caballo en manos del mozo.

Parecía extrañamente sonriente.

Matis se apresuró a prepararle un baño caliente mientras se libraba de las ropas mojadas. Poco más de media hora después, totalmente relajado, Yáxtor volvía a su habitación y descolgaba la espada de la pared.

¿Quieres hablar? Vale, hablemos.

Avanzadilla tuvo que hacer acopio de toda su recién ganada voluntad para cruzar el umbral de la tienda. A un lado de la puerta había un espejo que le devolvió la imagen de una mujer joven de aspecto decidido y en la que no se reconoció.

Otro disfraz, se dijo. Una nueva máscara, nada más.

Recorrió muy despacio el suelo de madera. Se acercó al mostrador y esperó a que el dependiente fuera consciente de su presencia. Lo saludó con una sonrisa y pidió un saco de harina, intentando que la voz no le temblase.

Era consciente de las voluntades que lo rodeaban, las sentía como un pulso lejano que tiraba de ella en una dirección o en otra, pero resistirse le resultó sorprendentemente fácil. Todos la tomaban por humana y, por tanto, ninguna de aquellas voluntades se enfocaba en su dirección.

Tomó el saco de harina que le tendía el dependiente, pagó y abandonó la tienda. La calle, que había estado prácticamente vacía cuando llegó, empezaba a poblarse de gente. Humanos que iban de un lado a otro, enfrascados en sus propios asuntos y que no le prestaban ninguna atención.

Giró hacia la izquierda y echó a andar, tratando de mantener la calma. Dentro de ella, algo empezaba a crecer, algo salvaje y feroz que quería gritarle al mundo que estaba libre, que las ataduras habían desaparecido para siempre y que controlaba su propia vida.

No dio muestra alguna de ello mientras recorría la calle, se escabullía por un callejón y salía de la ciudad por el mismo lugar por el que había venido.

Más tarde, a solas en el bosque, dio rienda suelta a lo que sentía. Adoptó una forma cuadrúpeda y galopó por la ladera de la montaña como si el mañana no existiera y el mundo entero le perteneciese.

Por la noche, tras serenarse, decidió cuál sería su próximo paso. En realidad, ya lo sabía. Era algo que rondaba su mente desde hacía tiempo, quizá desde el momento mismo en que descubrió que existía de forma independiente de la voluntad de su antiguo amo.

De nada servía que fuese libre, se dijo. No mientras su gente siguiera sometida a la voluntad humana. Así que sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

En cuanto al cómo...

«Estabas al borde de la muerte, amor mío. ¿Lo recuerdas? Tu cuerpo era una enorme cicatriz y consumías mensajeros curativos casi más deprisa de lo que las adeptas de la curación podían proporcionártelos. ¿Te acuerdas, mi monstruo?»

Sí, se acordaba. Cómo olvidarlo.

De nuevo vio frente a él al khynainio que casi lo había matado hacía seis meses: enorme, rápido, mortal. Tanto como él mismo. ¿Había encontrado la horma de su zapato?, se había preguntado entonces. ¿Había dado con alguien tan eficaz en el manejo de los mensajeros como él mismo y no menos entregado al cumplimiento de su deber?

Había llegado a pensar que sí. La lucha se había prolongado durante horas sin que ninguno de los dos alcanzase una victoria clara. Ambos contendientes agotados, destrozados, los dos empeñados en seguir adelante.

Fue Ámber quien le reveló el punto débil de su oponente. Fue la espada la que comprendió lo que ocurría y le dio la clave de su victoria.

El khynainio parecía generar sus propios mensajeros, igual que Yáxtor, pero en realidad no lo hacía. A lo largo de su cuerpo habían injertado quirúrgicamente varios nódulos que no eran otra cosa que cerebros vestigiales de carneútiles, no muy distintos de las esferas de memoria que usaban los honoyeses para almacenar los recuerdos y la personalidad de sus muertos.

Yáxtor no recordaba qué le había causado más alivio: si el saber que seguía siendo el único humano capaz de generar sus propios mensajeros, o el comprender que aquello le daba la clave de la victoria.

Los carneútiles eran dominados por la voluntad de su amo. Y si algo le sobraba a Yáxtor era voluntad.

Claro que el khynainio tampoco era manco en ese aspecto.

La pelea aún se prolongó otra hora, pero el final había sido inevitable desde el momento en que Yáxtor descubrió el origen de los mensajeros de su oponente. Poco a poco, paso a paso, su voluntad se fue haciendo con el control de los cerebros de carneútil y los hizo volverse contra su portador.

Cuando acabó la pelea el khynainio era un cadáver medio despedazado y a Yáxtor le faltaba poco para seguirlo al otro lado de la muerte. Con sus últimas fuerzas, se las había apañado para enviar una señal de emergencia a los adeptos empíricos.

—Claro que lo recuerdo —dijo en voz alta—. Me salvaste la vida.

La mujer junto al pozo le quitó importancia a aquello con un gesto impaciente.

«Pasaste las semanas siguientes al borde mismo de la muerte. Y hablamos. Hablamos sin parar. Estabas tan cerca y tan lejos al mismo tiempo». Miró hacia lo alto y frunció los labios, como si estuviera molesta por algo. «Sé que lo recuerdas, amor mío, aunque hayas preferido no volver a pensar en ello. Lo que no recuerdas es que ni siquiera se trataba de la primera vez que hablábamos del asunto.»

Yáxtor frunció el ceño.

—¿Cuándo...?

«En Hanoi, justo después de que salvases la vida al emperador, en el periodo que pasaste, también, entre la vida y la muerte», dijo Ámber socarrona. «Parece que hay ciertas cosas que solo te ves capaz de explorar al borde de la muerte.»

A su pesar, Yáxtor asintió. Lo recordaba de un modo nebuloso e impreciso y normalmente a los pocos segundos se sentía incómodo, como si un peligro desconocido se agazapase a poca distancia de aquellos recuerdos.

—¿De qué hablamos? —preguntó.

Ámber dibujó una sonrisa torcida.

«De ti y de mí, amor mío, de qué si no. Sobre todo de mí», añadió con cierta sorna, «lo que es bastante raro teniendo en cuenta que sueles ser tu tema favorito de conversación».

Yáxtor meneó la cabeza, impaciente.

«Y de mi muerte. Sobre todo de mi muerte, monstruo mío. ¿No lo recuerdas? Siempre te había inquietado el hecho de que recordaras con claridad el momento de mi muerte, como si hubieras estado allí en lugar de llegar algunas horas después. ¿Cómo era eso posible? ¿Te engañaba la memoria? ¿Era un truco de los Espectros? Y si yo no era más que una personalidad reconstruida a partir de tus recuerdos sobre mí, ¿cómo podía ser que recordase mi muerte?»

De pronto, Yáxtor empezó a verlo con claridad, como si una niebla espesa se hubiera levantado sin aviso y pudiera distinguir con nitidez hasta el horizonte. Sí, la espada, la personalidad de Ámber en la espada lo había obligado a mirar dentro de sus propios recuerdos, dentro de algo que había estado en su interior todo aquel tiempo pero no había podido ver. Y también dentro de algo más, comprendió, algo que no le pertenecía, que había asimilado sin darse cuenta mientras aullaba desde el suelo su dolor como un animal

herido.

—¡Sí! —exclamó de repente—. Mientras morías, grabaste cuanto sucedía, almacenaste en los mensajeros que te quedaban lo que estaba pasando y quién te estaba haciendo aquello.

«Y tú, sin tan siquiera darte cuenta, absorbiste aquellos mensajeros cuando volviste a casa y me encontraste. No pudiste acceder a ellos en aquellos momentos. El dolor te había convertido en un animal enloquecido. Y Qérlex, sin saberlo, los encapsuló al borrarte la memoria, pero los recuperaste al recobrarla».

Yáxtor asintió y de pronto se notó lleno de una añoranza atroz, hambrienta, insaciable.

—Eras increíble —susurró—. Eras...

«Sí, mi monstruo. Lo era. O a lo mejor solo era un poco improbable», dijo ella con una media sonrisa socarrona mientras se encogía de hombros. Alargó una mano y rozó el rostro del adepto empírico con la punta de los dedos. «Recorrimos juntos esa información y tú tenías miedo de no recordarla al despertar. Era un miedo perfectamente fundado. Las dos veces, al despertar, lo habías olvidado todo.»

Yáxtor asintió de nuevo.

—Pero tú no.

Sin transición, la escena cambió por completo. Ámber, al borde de la muerte, colgaba de sus propias tripas mientras una presencia oscura y sonriente dejaba caer tiras de carne sobre las brasas del hogar. Más allá de las ventanas, el invierno golpeaba el mundo con un puño helado y lleno de aristas. Dentro del salón reinaba un ambiente acogedor mientras Ámber se agarraba a la vida con sus últimas fuerzas y el fuego chisporroteaba alegre en la chimenea.

De un modo automático, casi sin darse cuenta de lo que hacía, Yáxtor eliminó toda conexión emocional con la escena. No era el momento. Había saboreado su propio sufrimiento innumerables veces, se había visto una y otra vez aullando como un animal enloquecido mientras intentaba descolgar a Ámber y trataba de no pensar en la carne que chisporroteaba en la chimenea. No era eso lo que necesitaba ver ahora.

Eliminó a Ámber de la escena. Eliminó la chimenea y la carne sobre las brasas. Eliminó el salón y los ruidos y todo lo demás hasta que solo quedó una figura frente a él, en sombras.

La imagen empezó a aclararse. Poco a poco, a un ritmo enloquecedoramente lento, como si el mundo entero se hubiera ralentizado de repente y cada instante durase para siempre.

Pero al fin lo vio.

Era un hombre. Alto, bien proporcionado. De facciones anodinas y gesto cruel. Un completo desconocido que estaba haciendo añicos la vida de Yáxtor.

No, eso no era cierto. Comprendió que aquello no era más que un disfraz creado por los mensajeros del asesino, que aquel no era su verdadero rostro.

«Sí, mi amor», dijo Ámber. «Lo vi entonces y tú puedes verlo ahora. Su máscara en realidad no lo oculta sino que lo delta. Mira el modo en que se mueve, la forma fría y feroz en la que me está mirando mientras filetea a mi hijo, sus ademanes controlados bajo los que se agazapa un animal salvaje, hambriento e insaciable. Casi has llegado, no te detengas, atraviesa conmigo el velo y contempla la verdad.»

No se detuvo. Hizo caso a Ámber y, capa a capa, fue eliminando aquel rostro falso y

las verdaderas facciones asomaron ante él. Primero los fríos ojos color acero. El pelo negro vetado de canas después. La nariz recta, los pómulos marcados, la mandíbula firme, los labios carnosos. El rictus arrogante y cruel...

—No tiene sentido —dijo Yáxtor—. Se parece a mí. Es como si me viera a mí mismo con veinte años más.

«Piensa, amor mío. Piensa, mi monstruo.»

—Es absurdo —insistió—. Está muerto. Murió antes de que yo naciera. No puede...

Pero podía, claro que podía.

—Padre —murmuró.

Somos un océano. Un piélago caótico y siempre cambiante lleno de corrientes, remolinos, bajíos y simas. No somos hoy la misma que éramos ayer y mañana no seremos la que somos ahora. Nuestra mente es una batalla interminable en la que se producen victorias momentáneas, treguas fugaces y armisticios que nada resuelven.

A veces, durante un momento, una de nosotras toma el mando con decisión, se impone a las demás, contempla el mundo con sus propios ojos y se deja llevar por sus propias apetencias. Otras, se produce un extraño milagro y todas nos fundimos en algo nuevo y distinto, una especie de extraña recién nacida que tiene sus propios objetivos y anhelos.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, somos un caos rugiente en el que no hay un vencedor claro, una guerra sin bajas que no acaba jamás.

Y sin embargo, de algún modo nos las apañamos para seguir adelante y encontrar una identidad. O tal vez solo la ilusión de una. Suficiente, en todo caso, para no perder la cordura. O creer quizá que no la hemos perdido,.

—La reina de Alboné en su cuadragésimo quinta encarnación

El grupo de adeptos inquisitivos entró en la posada sin molestarse lo más mínimo en pasar desapercibidos. El posadero tardó en reaccionar. Habían pasado más de cinco años desde la última inspección y, durante unos instantes, consideró en serio la idea de que hubieran ido allí simplemente a disfrutar de un buen vino y un lugar acogedor. No tardó en darse cuenta de su error.

El joven que dirigía el grupo abrió una carpeta, recitó el número de identificación fiscal de la posada y luego pronunció el nombre del posadero en un tono que no tenía nada de amistoso. Sus modales eran arrogantes, perentorios, y el posadero rezó una plegaria silenciosa a Manulabi y trató de asegurarse a sí mismo que todos sus papeles estaban en regla y que aquel cachorro de adepto no tenía nada personal contra él. No tuvo mucho éxito.

—Soy yo.

El adepto asintió sin dejar de escrutarlo, como si estuviera comparando el rostro que había frente a él con el que había memorizado.

—Eso parece —dijo al fin—. Tus facturas de los tres últimos años, por favor.

Había dicho «por favor» pero lo que oyó el posadero fue algo como «y más vale que estén todas».

Tratando de no mostrarse obsequioso, intentando contener los nervios y fracasando en ambas cosas, el posadero lo condujo a su oficina.

Mientras terminaba el vino, Shércroft contuvo una sonrisa. Wiggs era un buen material, sin duda, y en cuanto terminase su periodo de prácticas en los archivos se iba a convertir en un buen agente de campo..., o quizá no. Disfrutaba demasiado de su impostura, tanto que en ocasiones estaba al borde de la sobreactuación.

Bueno, siempre podía encontrar trabajo en la farándula si fracasaba como adepto empírico, se dijo.

En cualquier caso, estaba haciendo un buen trabajo. Pondría la posada patas arriba, causaría el mayor ruido posible y con un poco de suerte, además de estar a punto de provocarle un ataque al corazón al posadero, atraería las miradas adecuadas. En los círculos correctos no pasaría desapercibido el hecho de que se produjese una inspección de los adeptos inquisitivos tan solo un día después del encuentro.

Wiggs y su grupo eran el pararrayos de Shércroft. Y, desde luego, estaban haciendo un trabajo de primera atrayendo la tormenta.

Echó un desganado vistazo a su alrededor. No parecía haber nada fuera de lo normal en ninguno de los hombres acodados en la barra o sentados en las mesas junto al fuego. Todos atendían a sus asuntos y bebían en silencio, como si no hubieran notado la irrupción de los adeptos en la posada.

Y quizá fuera cierto. Aunque Shércroft sospechaba que no, que uno de ellos era un agente bien entrenado que, en cuanto las cosas se hubieran calmado, iría a informar de lo sucedido. En su mundo era un procedimiento estándar tener vigilado el lugar de un encuentro, al menos durante los dos días siguientes a este, y, por los escasos indicios que tenía, le parecía que quienes estaban detrás del asunto eran profesionales bien entrenados que adoptarían todas las precauciones habituales... y quizá alguna más.

Con cuidado, con una parsimonia casi infinita, examinó uno por uno a la media docena de parroquianos que había en la sala. Analizó su lenguaje corporal, archivó cada uno de sus gestos y expresiones y construyó un esquema de comportamiento. Bastaba tan solo un desliz, una expresión que no cuadrara, una mínima grieta en el disfraz y Shércroft tendría a su hombre. Siempre, claro, que hubiera hombre alguno al que tener.

A lo lejos, el barullo continuaba. Había sido muy preciso en sus instrucciones y no le cabía ninguna duda de que Wiggs llevaría su tarea a cabo de forma impecable y con el mayor ruido posible. Shércroft estaba casi seguro de que la exploración de las salas privadas no obtendría nada que mereciera la pena: el hombre al que seguía era demasiado cuidadoso para dejar rastros reveladores tras de sí. Pero, pese a todo, había ordenado a Wiggs que recogiera todas las muestras que pudiese. Era un disparo al vacío, pero a veces...

El tiempo fue pasando. El barullo disminuyó. El posadero regresó a la sala común, rellenó algunas copas y sirvió algo para picar. Wiggs, arrogante y hosco, se asomó al umbral. El posadero no se hizo de rogar y desapareció de nuevo en las profundidades de la posada mientras la falsa inspección proseguía.

Shércroft casi se había dado por vencido cuando dio con lo que buscaba.

Un tic, un gesto automático. En realidad, el asomo de uno, interrumpido justo antes de materializarse. Había sido rápido, casi demasiado para que el ojo lo percibiera. Casi.

Esperó un poco más y comprobó con satisfacción que la pauta se repetía: la mano, de un modo inconsciente, iniciaba un gesto; él se daba cuenta de lo que estaba a punto de hacer y se detenía. Estaba conteniendo sus impulsos naturales, manteniendo a raya los gestos que su cuerpo llevaba años haciendo de un modo automático. Y, aunque siempre tenía éxito, sus casi fracasos eran totalmente reveladores.

Un error, se dijo el Jefe de Archivos. Y uno grave. No reprimas tu propio lenguaje corporal: úsalo para componer el personaje. Trabaja con tu cuerpo, idiota, no contra él.

Estaba tan emborrachado con su propio triunfo que no reparó en la mirada mordaz

que lanzó en su dirección el individuo que estaba sentado un par de mesas tras él.

Avanzadilla comprendió que vivían hacinados, como si fueran animales. Se levantaban al amanecer, tomaban el sol y los nutrientes de la tierra y luego, salvo que el capataz les ordenase lo contrario, iban a los campos y repetían lo mismo que el día anterior. Al anochecer, regresaban a los barracones, se tendían en sus camastros y dormían.

Esa era su vida. Esa había sido su vida desde siempre. Envejecían poco a poco sin dejar nunca de realizar aquel trabajo monótono, interminable y gris. Y un día morían, el cuerpo anaranjado se deshacía en cuestión de horas y solo quedaba la esfera negra que había sido su mente. Los más cercanos al muerto devoraban la esfera, asimilando así sus mensajeros, aunque no sus recuerdos. Al fin y al cabo, no tenía recuerdos que mereciera la pena asimilar.

Nuevos carneútiles eran llevados al barracón. Jóvenes, recién salidos de los bosqueoscuros, sin adiestrar. No hacía falta; los demás adiestrarían a los nuevos y, en cuestión de horas, estarían listos para trabajar con el mismo tesón y la misma monótona implacabilidad que los veteranos.

Esa era su vida, si es que se la podía llamar así. Sujetos a la voluntad humana, supeditados a ella, incapaces de desarrollar su propia personalidad, sus propios pensamientos, sus propias apetencias.

Supongo que tuve suerte, pensó Avanzadilla. Trabajar para R'nendo me exigió desarrollar mi propia mente, me hizo más complejo. Ellos no lo necesitan.

Contemplaba el trabajo en el rancho, agazapado entre los arbustos, mientras intentaba decidir el mejor momento y el modo más adecuado de acercarse a su gente. Tenía claro que debía ser en un momento en que estuvieran solos. No confiaba aún en tener la voluntad suficiente para enfrentarse a un humano.

Paciencia, se decía. Tengo que tener paciencia.

Así que siguió observando como los suyos trabajaban de sol a sol a sol y tratando de decidir cuál era el modo más adecuado de liberarlos.

Shércroft abandonó la posada poco antes de que terminase la inspección de los adeptos inquisitivos. Dejó un par de monedas en la barra y, con pasos renqueantes, se dirigió hacia la salida. Estaba seguro de que su hombre aún se quedaría un rato más: esperaría a que los adeptos hubieran terminado, se quedaría quince o diez minutos más en la posada y, solo entonces, se iría.

Shércroft no llegó muy lejos. A un lado del camino había una línea de arbustos tras la que se ocultó, una vez se hubo asegurado de que nadie lo seguía. Se sentó y se apoyó en el tocón de un árbol, sacó una petaca de licor y dio cuenta de su contenido. Se moría de ganas de fumar, pero era demasiado peligroso en aquellos momentos.

Contempló sus piernas flexionadas. Meneó los dedos de los pies y sonrió como un niño con un juguete nuevo. El arnés que Qálax le había proporcionado era exactamente eso: el juguete de un niño grande.

Esos malditos occidentales son ingeniosos, desde luego, se dijo.

La artífice de las Adeptas de la Curación le había explicado que el arnés, en origen, no usaba mensajeros para obtener la energía que necesitaba. Las baterías originales, fruto de un anónimo artífice de las antiguas colonias, se cargaban con la luz del sol, merced a un material ultrasensible que el propio inventor había desarrollado.

Sí, sin duda la necesidad era la madre de la invención. Sin bosqueoscuros en el Continente Occidental y, por tanto, con una concentración de mensajeros en el aire mucho menor, los occidentales se habían visto obligados a menudo a buscar alternativas para artefactos que iban de lo más prosaico a lo más necesario.

Y aquel arnés...

Las adeptas lo habían mejorado, por supuesto. Entre otras cosas, le habían instalado una fuente de alimentación que consumía mensajeros. Pero el diseño original era fruto de los occidentales: las conexiones externas que permitían que sus destrozadas piernas volvieran a moverse, el sistema nervioso artificial que, ahora mismo, estaba suplementando al suyo propio, había sido creado en occidente, y no necesitaba mensajeros para funcionar. Era puro ingenio humano en acción, sin ayudas prestadas que, tal vez, fueran demasiado caras de pagar.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un ruido. La puerta de la posada se abrió y el grupo de adeptos salió por ella, seguido muy de cerca por uno de los parroquianos, que no tardó en girar a la derecha y desaparecer por una callejuela en dirección a la ciudad. Bien. Unos minutos más y su presa estaría a la vista.

Comprobó una vez más el nivel de mensajeros del arnés. Suficiente. Sería suficiente, se dijo una vez más.

Contuvo una sonrisa. Ocho años atrás, la sola idea de depender de algo ajeno para su movilidad lo habría llenado de repugnancia y lo habría considerado una muestra de debilidad. Claro que ocho años atrás, él todavía conservaba el uso de sus piernas y aún no había pasado casi una década atado a una silla de ruedas cuyo tanque de mensajeros debía ser cuidadosamente rellenado cada día.

Ocho años atrás...

La nostalgia saltó sobre él enarbolando todas sus trampas, trucos y triquiñuelas y, por un instante, se dejó llevar. Luego, se encogió de hombros mientras comprobaba de nuevo el nivel de mensajeros del arnés.

Estás actuando de un modo estúpido.

Sabía por qué, evidentemente. De hecho, se había dado cuenta de ello en el primer momento en que se colocó aquel aparato. No se necesitaba ser un genio para averiguar la razón de su comportamiento. Por primera vez en ocho años podía caminar, podía desplazarse a su antojo de un lado a otro, ya no era un viejo inválido atado para siempre a un objeto incómodo y pesado. Por primera vez en ocho años tenía algo que perder y comprendió que la sola idea lo aterraba. Regresar otra vez a la silla, volver a ser un...

Basta. ¡Basta!

Tal como había supuesto, el hombre al que esperaba salió de la posada diez minutos después de que los falsos adeptos inquisitivos la hubieran abandonado. Miró a los lados, se arrebujó en el abrigo y echó a andar en dirección a la ciudad.

Shércroft había cambiado rápidamente su disfraz, algo que no le había costado demasiado. Una vuelta al sombrero, un poco de relleno alrededor de la cintura, unos

andares renqueantes y una botella medio vacía habían sido suficientes para componer el borracho en el que se había convertido ahora.

Así que se incorporó y apenas fue consciente de que, mientras lo hacía, lanzaba una mirada de reojo al nivel de mensajeros del arnés. Luego, tambaleante, siguió el mismo camino que su presa sin que esta, en apariencia, encontrara nada extraño.

Se iban acercando a Lambodonas. La distancia entre ambos era de poco más de cincuenta metros, lo cual era arriesgado: en el momento en que entrasen en el casco urbano su presa lo tendría relativamente fácil para darle esquinazo. Claro que, camuflado entre la multitud, él también podría ir más de prisa y con menos precauciones.

Poco a poco empezaron a aparecer las casas, como mojones aislados en el camino; luego, como sombríos gigantes que los contemplaban amenazadores desde las ventanas vacías. Un año atrás, aquel había sido un prometedor barrio suburbano, lleno de posibilidades y esperanzas para las familias que decidieran mudarse a él. Algo había fallado, sin embargo, y la mayoría de los pisos estaban sin ocupar y los parques comunes a los distintos edificios se veían ahora descuidados y mustios. Aquí y allá asomaba lo que había sido una zona de juegos infantiles, devorada a medias por las plantas trepadoras que convertían los columpios, las rampas y las zonas de juego en formas sin sentido.

El hombre se detuvo junto a una de esas zonas. Shércroft siguió caminando como si no se hubiera dado cuenta de nada mientras su presa se apoyaba en la pared de un castillo en miniatura y rebuscaba en su ropa, a la altura de la entrepierna. Shércroft no tardó en comprender lo que estaba haciendo.

Tampoco tardaría en alcanzarlo. No podía detenerse. Tenía que seguir o su conducta resultaría sospechosa. Así que mantuvo el paso mientras le gritaba al otro:

—¡Eh, compadre, salud!

Y agitaba la botella, casi vacía, en el aire.

Siguió su camino, tratando de tomar una decisión. Casi habían llegado a las partes pobladas de la ciudad. Podía tratar de esconderse, dejar pasar a su presa e improvisar un nuevo disfraz para seguirla.

Acentuó su tambaleo y, aprovechó el gesto para mirar de reojo hacia atrás.

Su presa había desaparecido.

¿Se había dado cuenta de que lo seguía, o detenerse, vaciar la vejiga y luego cambiar de dirección había estado en sus planes desde el principio?

Podía seguir caminando, entrar en la ciudad y regresar a la Torre a leer el informe de sus adeptos. O podía arriesgarse y tratar de recuperar el rastro de su presa.

Comprobó de nuevo el nivel de mensajeros del arnés y se decidió por lo segundo. Dentro de su cabeza, una voz que se parecía sorprendentemente a la de Asima le dijo que estaba cometiendo un error, que se estaba dejando llevar por sus emociones y que se había convertido en el borracho que fingía ser. Estaba ebrio de movilidad, embriagado con la libertad recién recuperada y se estaba comportando como un niño caprichoso. Se encogió de hombros y siguió caminando.

De dos gestos rápidos se deshizo del disfraz de borracho y se acercó a la zona de juegos. No le resultó muy difícil ver por dónde había ido el otro hombre. Con rapidez, a medida que la tarde iba muriendo en una noche tristonera y fría, siguió el rastro.

Detente, le dijo de nuevo su Asima interior.

Pronto dejaba atrás la zona de juegos, cruzaba un jardín invadido por la maleza y llegaba a uno de los bloques de viviendas vacíos.

Se estaba arriesgando demasiado y lo sabía, y también por qué; no necesitaba la voz fría y cortante de Asima para entender por qué se negaba a abandonar una caza en la que, en cualquier momento, podía convertirse en presa. Si alguien estaba observando desde alguna de aquellas ventanas, ya se habría dado cuenta de sobra de que no era un transeúnte inocente. Así que, ¿por qué seguía adelante? ¿Por qué se obstinaba en no volver, por qué insistía en no dar por finalizada la persecución?

Finalizar. He aquí una palabra fea, se dijo. Finalizar. Finalizar significaba regresar a la Torre, volver a los archivos, ser de nuevo una rata de biblioteca, sentarse otra vez en...

Meneó la cabeza.

Vuelve.

No.

¡Vuelve, viejo idiota, vuelve!

No.

De pronto alguien salió de entre las sombras de un portal abandonado y se le encaró. Era el hombre al que seguía y, tras él, cuatro individuos de aspecto hosco se hicieron visibles.

—Salud, compadre —dijo en un tono entre irónico y feroz el que hasta entonces había sido su presa. Shércroft lo examinó con atención a la luz mortecina del atardecer. No se parecía en nada al hombre que había acudido a la posada hacía dos noches, pero se movía de un modo muy similar—. Aunque temo que salud no te quede mucha, precisamente.

Shércroft miró a su alrededor y luego volvió la vista al frente. Sus posibilidades no eran buenas. De hecho, sus posibilidades eran poco más que inexistentes.

Viejo idiota.

—Tal vez podamos arreglarlo de algún modo —dijo.

A Shercroft ya no le quedó la menor duda de que se trataba del individuo de la pasada noche. El modo que tenía de anunciar cada movimiento, como si cada gesto fuera lo más trascendental del mundo, lo delataba.

—Tal vez —respondió el otro hombre. El resto no parecía interesado en la conversación, como si se limitaran a esperar órdenes—. Es posible que, si me dices por qué me seguías y por orden de quién, morir no te sea demasiado doloroso. Aunque no puedo garantizártelo.

Aquella voz... Al igual que en su aspecto, no había nada familiar en ella y, al mismo tiempo, despertaba ecos medio dormidos en la mente de Shércroft.

Estaba listo, comprendió. Se había comportado como un auténtico idiota, como un principiante demasiado ambicioso, demasiado impaciente y demasiado arrogante. No iba a salir de allí con vida.

Pero al menos satisfaceré mi curiosidad, pensó, tratando de recordar dónde había oído antes aquella voz, o una con una cadencia muy similar. Y aquel lenguaje corporal suntuoso y altanero...

Haz que hable, se dijo. Mantenlo hablando hasta que recuerdes. Así podrás morir con un misterio menos que desentrañar.

—La oferta no suena muy tentadora. Si lo que quieres es que hable, no me parece el

mejor método para conseguirlo.

El otro se encogió de hombros.

—A lo mejor ya has dicho todo lo que tenías que decir. Es posible que después de todo no seas más que lo que parece: un viejo entrometido que ha dejado atrás sus mejores días, al que el tiempo se le escurre entre los dedos y que ha tomado sobre sí una tarea que lo sobrepasa. Alguien que ha sobrevivido a su utilidad. Sería trágico si no resultara cómico.

—Sin duda —dijo Shércroft. Con cada palabra del otro, el velo que atenazaba su memoria se iba alzando, lentamente—. Pero no puedes estar seguro del todo, ¿verdad? Necesitas averiguar lo que sé y, sobre todo, si alguien más lo sabe.

—No has averiguado nada. Y si has descubierto algo eres demasiado arrogante para compartirlo con nadie. —Por un momento, un brillo de simpatía asomó a sus ojos—. Créeme, te comprendo. Yo también fui así de arrogante y de estúpido, y estuve a punto de morir por ello, antes de que un afortunado accidente alzara el velo de la ilusión y me viera como soy. Así que sé por lo que estás pasando. Tienes toda mi simpatía, podríamos decir. —Alzó la vista al cielo, que se oscurecía rápidamente—. Pero me temo que el tiempo se me echa encima. ¿Hablarás?

—Claro. Será un placer. Propón un tema.

—El tema es qué hacías esta tarde en la posada, por qué lanzaste sobre ella a tus cachorros y si actúas por cuenta propia o a las órdenes del Adepto Supremo. Es un tema sobre el que te conviene hacer una disertación de primer orden, si me permites un consejo que, por otra parte, te doy con la mejor de las intenciones.

Algo encajó en aquel momento en la mente de Shércroft. Fueron, sobre todo, las palabras... aquella ampulosidad, como si el tema más nimio de conversación fuera la cosa más trascendental del universo...

Sonrió encantado de sí mismo, como un niño que ha logrado desentrañar el funcionamiento de un nuevo juguete.

—¿Ahora vas por libre? —preguntó de pronto—. ¿O después de traicionar a Alboné, a Khynai y a los Espectros has encontrado un nuevo amo?

Si su interlocutor estaba sorprendido por aquellas palabras, no lo demostró. Asintió pensativamente y luego hizo una seña a los que lo acompañaban. Mientras estos echaban a andar en dirección a Shércroft, dijo:

—Eres bueno, sí, lo sigues siendo. No debería sorprenderme, pero confieso que sigo picando pese a todo. No importa que pueda ver tus trucos y reconstruir tus pasos, sigue impresionándome como el primer día. No le hagáis mucho daño —añadió, dirigiéndose a sus esbirros—. Limitaos a empaquetarlo bien y en silencio. Nos lo llevamos.

Vivo, se dijo, estaba vivo y parecía que iba a seguir así un rato más.

Bueno, es algo, viejo idiota.

En aquel momento se desencadenó el infierno.

Horas de espera interminables y una decisión en una fracción de segundo que podía cambiar su vida para siempre... o acabar con ella. Era una buena definición de lo que hacía un Ingtze para ganarse la vida.

De hecho, Itasu ni siquiera fue consciente de haber tomado decisión alguna. En un momento estaba contemplando la escena que se desarrollaba bajo ella. Al siguiente saltaba

a una velocidad vertiginosa hacia el suelo mientras lanzaba un aullido.

Sus mensajeros suavizaron el impacto contra el suelo a la vez flexionaba las piernas y desenvainaba su hermanita. La espada brilló letal en el sol del crepúsculo.

Apenas fue consciente de que Shércroft se había caído al suelo. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Con una inspiración absorbió todos los mensajeros que había a su alrededor y se lanzó al ataque.

Fue rápido. Y fácil, casi decepcionante. Sus cuatro oponentes apenas representaban un desafío digno de ese nombre para una Ingtze bien entrenada y en total posesión de sus habilidades. Los despachó casi con desgana, aunque con una urgencia letal.

Pero no lo bastante, comprendió al ver que la presa mayor se había escapado. Los cuatro matones yacían muertos, dos de ellos sin cabeza, pero no había el menor rastro del hombre al que había seguido el Jefe de Archivos.

En cuanto a este, seguía medio tumbado en el suelo, contemplándola con una expresión indescifrable en el rostro arrugado y sin que pareciera tener ninguna prisa por ponerse en pie.

—¿Qué esperas? —le dijo Itasu—. ¿Una invitación?

—En realidad, lo que espero es que me devuelvas lo que tomaste, querida —dijo el viejo. Había algo... juguetón en su voz—. Sin mensajeros mi adminículo es totalmente inútil.

Itasu frunció el ceño. ¿A qué se refería? Estuvo a punto de preguntarle de qué hablaba, pero en lugar de eso, envió los mensajeros de su hermanita a explorar el cuerpo del anciano. La imagen que estos le trajeron de vuelta fue sorprendente: la pequeñísima mochila adosada a su espalda, el arnés sobre el que descansaba, la forma en que este se conectaba a los músculos y los estimulaba.

Se tomó un momento para saborear los mensajeros que había absorbido durante la batalla y reconoció en algunos de ellos el aroma inconfundible que había estado siguiendo la mayor parte del día. Así era como se las había apañado para escapar del confinamiento de su silla de ruedas y volverla loca mientras buscaba su rastro por toda la ciudad. Asintió. Ingenioso, el viejito.

Había gastado buena parte de los mensajeros de la máquina en incrementar su fuerza y velocidad durante la lucha, pero lanzó el resto hacia la mochila y notó que el aparato los succionaba casi con avidez. Fascinada, siguió de cerca el proceso mientras el dispositivo volvía a la vida y actuaba de puente entre el cerebro de Shércroft y su dañado sistema nervioso.

El viejo esperó unos segundos y, al fin, trabajosamente, se puso en pie.

—Gracias. Me temo que he dejado que mis emociones se impusieran a la más elemental prudencia. De no ser por ti, sin duda estaría muerto, o algo peor.

—Seguramente —respondió Itasu, tratando de no sonreír.

—No esperaba verte por aquí, comandante Dasaraki. Creía que estabas...

—En Khynai con la delegación comercial conjunta —dijo ella—. Aburriéndome mientras los diplomáticos parlotean sin parar. En efecto, allí debería estar. Pero a veces suceden imprevistos.

Shércroft sonrió.

—Bien —dijo, sin hacer ningún comentario sobre el aspecto de Itasu.

Vestida con ropas occidentales, la cabeza coronada por una cabellera color castaño en

lugar del naranja chillón que la caracterizaba, la honoyesa se quedó mirando al viejo Jefe de Archivos. No lo conocía muy bien. En realidad se habían cruzado fugazmente un par de veces durante la convalecencia de Yakisetoru tras su enfrentamiento con el agente de Khynai y lo había visto en una ocasión en sus dominios, en los archivos de los adeptos empíricos. A la Ingtze no se le había escapado el modo en que el Jefe de Archivos guardaba silencio cuando los demás preguntaban y preguntaba cuando los demás creían que era mejor callar, así que su comportamiento actual no fue ninguna sorpresa para ella.

—Podemos quedarnos aquí esperando a que tu amigo vuelva con refuerzos —dijo—, o podemos irnos a algún sitio más cómodo y tener una charla interesante.

Shércroft pareció de acuerdo.

—Encuentro la última opción mucho más razonable, querida. En cuanto a lo interesante que sea la charla... ya veremos. Si me permites que te guíe, creo que conozco un sitio que se ajusta bastante bien a nuestras necesidades.

—Será un placer acompañarte, Jefe de Archivos.

Shércroft asintió sin perder la sonrisa y luego echó a andar. Tras un par de pasos vacilantes su caminar empezó a hacerse más fluido y pronto avanzaba a buen ritmo, con la mujer al lado.

—No sabía que los archiveros tuvieran un trabajo tan peligroso —dijo Itasu tras unos instantes de silencio.

Shércroft la miró un momento. Asintió.

—¿No lo sabías? —preguntó, sin embargo—. Qué curioso.

Mientras se adentraban en la ciudad ninguno de los dos fue consciente de la figura que los contemplaba desde las sombras de uno de los edificios abandonados; una figura que se parecía enormemente al parroquiano que había estado en la taberna, dos mesas detrás de Shércroft.

Dejó que se perdieran en la multitud, comprobó la hora con un gesto rápido y luego dio media vuelta. En la ciudad había suficientes Espectros para que le siguieran el rastro, y él tenía otras cosas de las que ocuparse.

Se internó en la oscuridad y poco después había desaparecido.

¿Me habéis vencido? ¿Eso es lo que crees, burócrata de pacotilla? No, no habéis sido vosotros, los chupatintas de Alboné, y tampoco vuestros malditos aliados de occidente. Ha sido un hombre, un solo hombre quien me ha traído hasta donde estoy, quien se ha metido en mi vida, mi cuerpo y mi corazón y lo ha destrozado todo a su paso.

Para mí era Yaxétor. No tengo la menor idea de qué nombre tiene entre vosotros. Teniendo en cuenta que no era más que una ilusión, una mentira creada para entrar dentro de mí y destruir cuanto soy, no importa cómo se llame realmente.

Así que apunta, escribano, toma nota. No habéis sido vosotros. No fue necesario un ejército ni una invasión. Fue suficiente encontrar alguien a quien yo quisiera abrirle mi alma.

—Declaración de Adunor Sarac ante los Adeptos Empíricos Inquisitivos

Qérlex Targerian, Adepto Empírico Supremo y Maestro de Artífices, contuvo el aliento y miró a su alrededor. Estaba completamente solo en medio de la sala en penumbra. Dejó salir el aire poco a poco y, con él, la palabra impronunciable que activaría los mensajeros que había preparado.

La esfera metálica que descansaba en la palma de la mano se abrió en gajos, como una naranja, y un resplandor ambarino iluminó el rostro del adepto empírico mientras los microscópicos mensajeros abandonaban el recipiente que los había contenido y atravesaban la sala.

Llegaron al estante de fórmulas magistrales, atravesaron el camuflaje de los preparados ocultos y, durante un instante, se arremolinaron alrededor del espacio vacío en el que, tiempo atrás, había reposado un pequeño vial.

Luego, como sabuesos que han encontrado un rastro, se lanzaron hacia arriba y se esparcieron por toda la habitación, cruzaron la puerta y se desparramaron por las distintas salas de archivos.

Qérlex esperó en silencio, los ojos entrecerrados y la respiración pausada, temeroso del resultado del examen. La idea de que los mensajeros no encontrasen nada lo llenaba de terror, pero la posibilidad de que dieran con algo útil no le resultaba mucho más tranquilizadora.

El tiempo fue pasando, los mensajeros terminaron su recorrido y, poco a poco, fueron volviendo a la esfera. Esta se cerró de repente y Qérlex volvió a encontrarse en medio de una habitación en penumbra.

Sopesó la esfera. No sabría los resultados del examen hasta pasadas unas horas, cuando la información hubiera sido correctamente interpretada y filtrada. Hasta entonces, tenía bastante que hacer.

Dio media vuelta y abandonó los archivos. Con un gesto de la cabeza, indicó a los guardias que franqueasen el paso a los archiveros, quienes no se hicieron de rogar para volver a su actividad diaria. Echó a andar en dirección a los talleres de los artífices, seguro de que en cualquier momento se daría de bruces con la silla de ruedas del Jefe de Archivos. Seguramente Shércroft le lanzaría una mirada mordaz con su ojo sano y le haría alguna

pregunta ridícula que lo mantendría intranquilo el resto del día.

Sin embargo, salió de los archivos sin encontrarse con nadie. Extrañamente, aquello no hizo que se sintiera mejor.

—¿Y bien?

Orston Velhas era un hombre imponente: alto, robusto, casi gordo, con una poblada barba castaña y el ceño eternamente fruncido parecía la imagen misma de la autoridad.

—Tengo los resultados del examen —dijo Qérlex.

Conocía al Regente desde que este no era más que un niño ambicioso que daba sus primeros pasos en los adeptos empíricos, así que su aspecto imponente no lo impresionaba demasiado.

—Ya lo supongo. Estás aquí, al fin y al cabo. Siéntate.

El Adepto Empírico Supremo tomó asiento y dejó la pequeña tableta metálica en la mesa del Regente. Este no hizo ningún esfuerzo por cogerla. Un fracaso más a aquellas alturas no habría sido ninguna sorpresa y, pese a que el lenguaje corporal del Adepto Supremo irradiaba lo contrario al fracaso, prefería no hacerse ilusiones.

—Que sea breve —dijo.

—Es la cuarta vez que examino los archivos en los últimos seis meses —dijo Qérlex, algo que el Regente sabía de sobra—. Hasta ahora, no habíamos obtenido ningún resultado.

Orston asintió, impasible.

—Ese «hasta ahora» parece prometedor —murmuró.

Qérlex se mordió el labio.

—Más o menos —dijo.

Se revolvió en su asiento, inquieto.

—¿Qué ocurre, Qérlex?

El Adepto Empírico Supremo dudó, como si le costase trabajo encontrar las palabras. De pronto, empezó a hablar de forma atropellada, casi frenética.

—¡Maldita sea, Orston! Yo no quería este condenado puesto, lo sabes de sobra. Soy un artífice. Hago cosas con las manos, adiestro mensajeros, creo maquinaria o elaboro fórmulas magistrales. No soy un líder ni un administrador ni un...

Con un gesto seco de la mano, el Regente detuvo el atropellado discurso.

—Sé lo que eres, Qérlex —dijo, cortante—. Y no vamos a mantener esta discusión de nuevo. ¿No te consideras capaz de estar al frente de los Adeptos Empíricos? Muy bien. Podrás dimitir cuando hayamos solucionado esto. Ni un minuto antes.

Pareció que el Adepto Empírico Supremo iba a protestar, pero se detuvo a mitad del gesto y asintió, como reconociendo la derrota.

—Dices que eres un artífice —añadió Orston Velhas—. Pues compórtate como tal. Has creado una nueva configuración de mensajeros de exploración, los has soltado en los archivos y has analizado e interpretado los datos. Vamos, artífice, dime lo que has encontrado.

Qérlex se humedeció los labios y centró toda su atención en la tableta que reposaba en la mesa.

—Nunca pensé que llegaría a crear algo como esto —dijo—. Cuando la primera

configuración que preparé no obtuvo ningún resultado, supuse que estábamos ante un callejón sin salida. Si aquellos mensajeros no podían detectar nada, era que no había nada que detectar. Estaba completamente seguro. —Sonrió con amargura—. Pero no dejaste que me diera por vencido y me obligaste a seguir. He refinado cada lote. Tras cada fracaso he afinado sus percepciones y los he llevado a límites que no creí que se pudieran traspasar. Estos malditos mensajeros quizá sean el mejor trabajo que he hecho en toda mi vida. Y te lo debo a ti.

—No me importa tu gratitud, sino tus resultados.

Qérlex señaló la tableta.

—Está todo ahí. Todo lo que han encontrado. Y ya lo creo que han encontrado algo.

—¿El qué?

El viejo artífice posó un dedo sobre una esquina de la tableta y musitó una palabra impronunciable. Al instante, sobre la superficie metálica empezaron a desfilar hileras de números y letras. Tocó con un dedo una de las filas y un diagrama de árbol se abrió al lado. Recorrió con el dedo algunas de las ramas, mientras Orston le seguía los gestos con una mirada.

—Hace poco más de tres años —dijo Qérlex— alguien entró en la sala de fórmulas magistrales y robó el vial con los recuerdos de Yáxtor. —Orston estuvo a punto de detenerlo de nuevo, pero comprendió que repetir una vez más lo que ambos sabían era para Qérlex una forma de organizar la información y serenarse, así que lo dejó seguir—. Lo hizo delante de las narices de todo el mundo. Entró andando como si nada por la puerta principal; las alarmas no sonaron a su paso y nadie vio nada extraño o fuera de lugar. Legó a la sala de fórmulas magistrales, desactivó los mensajeros de camuflaje del estante oculto, cogió el vial de Yáxtor y lo reemplazó por otro idéntico. Luego salió por donde había venido.

Mientras hablaba, su dedo iba desplazándose velozmente por la tableta, mostrando nuevos datos y diagramas. El Regente absorbió la información con un gesto.

—El rastro que dejó es tan tenue que ningún mensajero normal lo habría captado jamás. Fue capaz de ocultar su presencia de un modo tan hábil que... Necesito que entiendas esto, Orston: hasta que desarrollé este último lote de mensajeros no había nada en todo Érvinder que hubiera podido detectar el rastro que dejó. Nada. Apuesto en ello mi reputación. —El Regente asintió—. Quien entró disponía de herramientas que nadie más en el mundo tiene y es indudable que no pudo haber actuado solo.

Orston se echó hacia atrás en la silla y se llevó una mano a la barbilla, pensativo. Esperaba aquello, en cierto modo, y hasta resultaba tranquilizador ver confirmadas sus sospechas. Sobre todo porque la alternativa habría sido mucho peor.

—¿Los Espectros? —preguntó al fin.

Qérlex asintió.

—Eso creo —dijo.

Habían pasado casi dos años desde la Crisis de la Bomba de Malas Noticias, desde que los Espectros habían salido de la sombra y habían amenazado con destruir los bosqueoscuros y, con ellos, la civilización de Érvinder, tal como se conocía.

Ya no existían de manera oficial. Habían sido destruidos junto con su guarida en la isla Desolación. Extraoficialmente, la mayoría de los servicios de información y espionaje estaban casi seguros de que la Crisis de la Bomba de Malas Noticias los había dejado

tocados, pero había estado muy lejos de eliminarlos por completo.

—Eso creo —repitió Qérlex—. Porque si no fueron ellos, es que hay otro grupo del que nada sabemos y que puede colarse donde les dé la gana sin dejar prácticamente rastro de su paso.

—Tiene sentido —dijo Orston—. Según todos los indicios que tenemos, Yáxtor recuperó sus recuerdos durante la Crisis de la Bomba de Malas Noticias.

—Es lo más probable.

—Lo lógico es pensar que los obtuvo de los Espectros, aunque no sepamos cómo. Por tanto, no es descabellado suponer que quien entró en la sala de fórmulas magistrales pertenecía a esa organización. —Se pellizcó el labio con los dedos, pensativamente—. Si sobrevivieron a lo ocurrido en Desolación, parece que ahora tenemos un medio de localizarlos —añadió—. Seguimos sin saber cómo supieron que habías copiado los recuerdos que le borramos a Yáxtor. Nunca se lo contaste a nadie, o eso me has dicho.

Qérlex pareció ofendido.

—Claro que nunca se lo conté a nadie. Estaba contraviniendo una orden directa tuya y de la Reina. ¿Crees que iba a ir por ahí alardeando de ello?

Orston no respondió. Durante largo rato ninguno de los dos dijo nada, cada uno de ellos sumido en sus pensamientos. Dado que, en realidad, los mensajeros de Qérlex se habían limitado a confirmar lo que el Regente ya sospechaba, no habían aportado ninguna información nueva referente a lo ocurrido. Pero la sola confirmación ya era un paso importante, al menos para prevenir situaciones parecidas en el futuro. Conocer la forma en que habían entrado en la Torre les daba una herramienta, o la posibilidad de una, que podía permitirles dar con ellos y seguirles el rastro.

—Prepararé un nuevo lote y lo esparciré por toda la Torre y las catacumbas —dijo Qérlex, de repente—. Quedarán inertes y a la espera; se limitarán a recoger información de forma pasiva, de modo que nadie los detectará como mensajeros. Descargarán diariamente lo grabado en mi oficina.

Orston asintió. Qérlex era bueno, se dijo. El mejor artífice que jamás había visto y un buen Adepto Empírico Supremo, por más que él mismo no lo viera así. Su mente era afilada y rápida y sabía hacia dónde mirar y cómo en momentos de emergencia. Su única debilidad, con la que el propio Orston debería haber contado, pues lo conocía bien, era aquel condenado punto ciego emocional con todo lo que se refería a Yáxtor.

Sí, debería haberlo visto, pensó. Debería haberme dado cuenta en su momento y haber tomado las medidas adecuadas. Hoy tendríamos muchos menos problemas.

—Crea un grupo de trabajo de adeptos inquisitivos —dijo—. Que revisen a diario las grabaciones. Al menos estaremos escudados contra nuevas incursiones. —Se encogió de hombros—. Ojalá lo hubiéramos estado hace tres años. Y ojalá no...

Se detuvo. Echarle una vez más en cara a Qérlex lo que había hecho no serviría de nada y minaría la eficacia del Adepto Empírico Supremo.

—Está bien —dijo al cabo de un rato—. Hemos solucionado esta parte, al menos hasta donde hemos podido.

Lo que no dijo era que aún quedaba lo más difícil de todo. Tenía que contárselo a la Reina, algo que llevaba posponiendo desde hacía seis meses, desde el día mismo en que Qérlex le confesó que había hecho una copia de los recuerdos borrados de Yáxtor y que

acababa de descubrir que alguien la había robado.

No, a la Reina no le iba a gustar nada de todo aquello. Y si algo había demostrado su actual encarnación era lo imprevisible de sus reacciones cuando el mundo no se adecuaba a sus planes.

Miró a Qérlex una vez más, tratando de imaginar un modo de salvar al viejo artífice de la ira de la Reina.

El Sur. Tierra de misterios. Reino de leyenda. Un lugar lleno de tesoros sin medida y extrañas civilizaciones, al menos de acuerdo a todas las novelas de aventuras que se empeñan en repetir una y otra vez el mismo cliché heredado de tiempos remotos.

No es del todo inexacto. No sabemos con precisión lo que hay en el sur. Nuestros barcos han recorrido sus costas y nuestros aerobajeles han cruzado sus cielos. Hemos enviado numerosas expediciones de las que solo han vuelto unas pocas. Conocemos su geografía y su clima y hemos podido ver aglomeraciones urbanas de extraño aspecto. Por supuesto, todo el mundo sabe que en la punta meridional hay un volcán enorme y activo que recibe el nombre de la Boca del Infierno. Y están las misteriosas siete torres en su parte oriental. Hemos podido verlas de lejos, desde el aire, pero nunca hemos logrado acercarnos.

Nada sabemos de sus habitantes, aparte del hecho de que a veces llegan al norte en una horda abigarrada y violenta, dispuestos a saquearlo todo a su paso. ¿Qué los hace venir al norte para ser derrotados una y otra vez? ¿Es el ansia de conquista, o la búsqueda de seguridad? ¿Es rabia, o miedo?

No lo sabemos. En realidad, del sur podemos decir que existe. Y poco más.

—Stémar Enden, cartógrafo real.

—¿Los habéis seguido?

—Fueron hacia la ciudad. Los perdimos en la Plaza de la Reina. Su rastro se desvaneció de repente.

—¿Y el Espectro?

Hubo un instante de vacilación.

—No teníamos órdenes sobre él. Y nuestras últimas directrices sobre los Espectros eran no interferir con ellos.

—De acuerdo. Puedes irte.

A solas en la habitación, cerró los ojos y subvocalizó la palabra impronunciable adecuada. Poco a poco, los mensajeros configurativos que disfrazaban su aspecto fueron quedando inactivos. No era agradable, pero lo aguantó en silencio y sin moverse. Respiraba de un modo pausado, tranquilo, y no abrió los ojos durante todo el proceso.

El dolor desapareció. Tomó aire una vez más y lo dejó salir poco a poco. Solo entonces abrió los ojos y miró a su alrededor. La habitación era la misma que unos minutos atrás pero, como le pasaba siempre, tuvo la sensación de que había cambiado de un modo sutil e imperceptible.

Se puso en pie y se acercó al espejo de la pared. Contempló sus rasgos en busca de algo que no estuviera en su lugar.

Idiota, se dijo. Viejo idiota.

Quizá. Desde luego, había sido un estúpido al permitir que el viejo archivero lo reconociese. Su disfraz debería haber pasado cualquier examen. De hecho, Shércroft ni siquiera debería haber sido consciente de que hubiera habido disfraz alguno. Tendría que haber salido de la posada convencido de que todos en su interior eran quienes aparentaban ser y que se había equivocado en sus sospechas.

¿Qué lo había traicionado? ¿Qué gesto del que no era consciente había revelado su impostura ante los perspicaces ojos del anciano? ¿Y qué era lo que había hecho después

para que Shércroft viese a través del disfraz y lo reconociese?

No lo sabía. Podía pasarse horas analizando su disfraz y su comportamiento y no daría con la fisura por la que se había colado Shércroft. Y si este le revelase cuál había sido, le parecería una tontería tan nimia que no comprendería cómo nadie, a partir de ella, podía llegar a la conclusión de que no solo no era quien parecía, sino que además bajo el disfraz se ocultaba alguien concreto.

Era la especialidad del viejo, al fin y al cabo, ver las minucias que nadie más se molestaba en observar y construir castillos a partir de ellas.

Y acertar, sobre todo acertar. No importaba que el viejo Jefe de Archivos basara sus deducciones en irrelevancias, que la cadena de argumentos que construyera a partir de ellas se sostuviera en el aire de puro milagro. Lo importante es que las conclusiones a las que llegaba se ajustaban a la realidad.

Era eficaz; todo lo demás resultaba e irrelevante.

¿Y yo? ¿Soy tan viejo e inútil como parezco?, se preguntó, consciente de que no era la primera vez que pensaba aquello. No era la primera vez que cometía demasiados errores, que se mostraba demasiado arrogante y seguro de sí y permitía que su presa se le escapase por entre los dedos.

Solo que aquel no era yo. No del todo. No el yo que soy ahora.

No, entonces no era más que el Número Tres de los Espectros, entregado a una causa estúpida condenada al fracaso. Sonrió. Era tan fácil verlo ahora, tan ridículamente sencillo. Pero había creído en ello sinceramente. Al menos la personalidad que había construido sobre sí mismo había creído en la causa por la que luchaba. Era uno de los Espectros, bajo el mando directo del Número Dos, leal y obediente. Eficaz. Al menos lo fue hasta que su camino se cruzó con el de Yáxtor Brandan y no logró retener al adepto en la prisión en la que lo había encerrado. Lo fue hasta que se volvió demasiado rígido y arrogante para aprender de sus errores y ver más allá de ellos.

Sonrió de nuevo.

Habría podido seguir así el resto de su vida, engañando a los demás y a sí mismo, ignorante de quién era en realidad y por qué hacía lo que hacía. Si Fleng no hubiera decidido poner fin a su vida, si no hubiera tenido que huir para salvarse, si no hubiera pasado todo aquel tiempo oculto en un refugio en el que no había más que tiempo encapsulado...

Pero había huido y se había escondido. El disfraz que había mostrado al mundo en los últimos veinte años se había desvanecido, hecho girones ante el empuje de su verdadera personalidad. Había recordado quién era, qué hacía realmente. Y para quién. Sobre todo para quién.

—Nos ayudaremos el uno al otro, adepto. Compartiré tu futuro, sea el que sea.

Se lo había dicho a Yáxtor Brandan. Y no había mentido, no del todo. Su oferta de ayuda había sido sincera y gracias a él el adepto empírico había conseguido triunfar sobre los Espectros y dejarlos al borde mismo de la aniquilación.

Claro que tampoco le había dicho toda la verdad. Solo aquella parte que Yáxtor necesitaba oír. Lo suficiente para que creyera en él y aceptara su ayuda.

Mientras Yáxtor se infiltraba en el complejo de los Espectros, él había acompañado a la mercenaria al corazón del bosqueoscuro y la había ayudado a desactivar la Bomba de

Malas Noticias. Había asistido, interesado y fascinado, a la lucha que tenía lugar en la mente de Yoranna, atrapada entre sus apetitos naturales y el deseo por Yáxtor que los mensajeros del adepto le habían impuesto. Había visto como se libraba de la influencia de Brandan en el corazón del bosqueoscuro, como volvía a ser ella misma unos instantes; casi había sentido pena por ella al darse cuenta de que, en el momento en que volviera al mundo, la maldición de Yáxtor caería de nuevo sobre ella. Así que se había despedido de Yoranna con afecto y la había visto marchar y cerrar el corazón del bosqueoscuro con él dentro.

Y luego se había sentado a esperar. No tuvo que hacerlo mucho rato.

Se encogió de hombros. Rememorar el pasado era un juego para el que no tenía tiempo. Y lamentarse por los errores cometidos era un entretenimiento masoquista en el que no tenía sentido malgastar ni un instante. Equivocarse no era importante, solo negarse a corregir los errores cometidos. Y corregiría el error que había llevado a Shércroft hasta él. Pronto, sí, muy pronto.

Activó el pequeño espejo de comunicaciones que había sobre la mesa y se arrellanó en el asiento.

Avanzadilla contempló lo que había hecho.

A sus pies yacían media docena de humanos, muertos. No sentía el menor remordimiento por sus acciones. Tras varios días de intensa deliberación había llegado a la conclusión de que su plan solo funcionaría sin interferencias humanas.

Los suyos eran aún demasiado débiles, demasiado frágiles y dependientes para hacerlo de otro modo. Si hubiera sido un solo humano, quién sabe, tal vez Avanzadilla habría corrido el riesgo de imponer su voluntad a la del otro, habría enfrentado sus deseos a los del humano y luchado para demostrar su independencia y así proporcionar a los suyos un ejemplo.

Pero eran seis. Demasiados para lidiar con ellos frente a frente. Demasiados. Era mucho más sencillo deslizarse en los dormitorios del rancho por la noche y degollarlos mientras dormían, de forma eficaz y silenciosa. Una vez muertos, los carneútiles estarían a su disposición, libres de la voluntad humana. Serían suyos. Suyos para hacerlos libres e independientes.

Tomó aire y miró de nuevo a su alrededor.

No había sido tan sencillo. El último humano había despertado antes de tiempo y se le había enfrentado. Su voluntad de vivir, de seguir respirando, había sido enorme, lo suficiente para que Avanzadilla vacilase en su resolución y el otro pudiera agarrar la mano anaranjada que sujetaba el cuchillo y apartársela del cuello.

Sí, quería vivir, con una intensidad salvaje, afilada. Avanzadilla se creía preparado. En el tiempo pasado a solas había llegado a creer que su voluntad nada tenía que envidiar a la de los humanos, que podía enfrentarse con ellos como un igual.

Comprendió en aquel momento su error, a medida que el deseo de vivir del humano entraba en su mente y pulsaba acordes en su pensamiento. Sintió una imperiosa necesidad de soltar el cuchillo y dejar ir al humano, como si aquel fuera el único camino a seguir, como si no hubiera más posibilidades.

Sí, tenía que soltarlo, tenía que dejarlo vivir. Quién se había creído. Cómo había

podido pensar que...

Los dedos aflojaron la presa en el cuchillo y todo el cuerpo de Avanzadilla se relajó mientras se echaba hacia atrás y el humano, libre de repente, miraba a su alrededor intentando comprender qué pasaba.

Fue la perplejidad de su presa lo que salvo a Avanzadilla. La apremiante necesidad de dejarlo vivir desapareció tan de repente como lo había dominado. De un gesto veloz, recuperó el cuchillo, saltó hacia adelante y trazó un surco letal en el cuello del humano.

Este lo miró un instante, tratando aún de comprender. Luego, se dio cuenta de que se estaba muriendo. Se llevó las manos al cuello, en un intento inútil de detener la hemorragia y lanzó una maldición con voz estropajosa. Avanzadilla sintió de nuevo su voluntad de vivir, cada vez más débil a medida que la mente humana se iba apagando sinapsis a sinapsis. Incluso así le costó toda su fuerza de voluntad no lanzar sus mensajeros hacia el humano para que restañaran la sangre y lo ayudaran a seguir con vida.

Luego, todo pasó, y lo único que había a sus pies eran seis cadáveres que rápidamente soltaban al aire los escasos mensajeros que habían procesado en vida. Avanzadilla los absorbió sin dificultad y luego se dirigió hacia los barracones a liberar a los suyos.

Arstin Penjándel se examinó el uniforme una última vez y trató de parecer relajado. Fracásó, como de costumbre. Los dos Ingtze que flanqueaban la puerta tenían la vista clavada al frente y mantenían con aplomo su imperturbable pose de estatuas. Como siempre, Arstin se sentía tosco comparado con ellos y envidiaba sus gestos medidos, la elegancia de su comportamiento y el minimalismo de sus modales.

La puerta se abrió de repente y el rostro sereno de la Chambelán Renyokiru Mizuni asomó al umbral mientras los guardias se cuadraban.

—Pasa, por favor, comandante —dijo la mujer—. Perdona que te haya hecho esperar.

Arstin se puso en pie y saludó a la Chambelán con una inclinación de cabeza mientras entraba en el despacho. Conocía bien el lugar, al fin y al cabo era parte de su deber reunirse semanalmente con la ella. Sin embargo, presentía que aquella entrevista iba a ser diferente a las otras.

Llevaba en Honoi algo más de un año. Había llegado al país al frente del cortejo de la Reina de Alboné, durante su viaje de esponsales. No había planeado quedarse; claro que no había planeado muchas de las cosas que había hecho en el último año. Algunas para bien, otras, tal vez no tanto. Su amigo Fléiter había dirimido la cuestión con uno de sus habituales comentarios: «Cualquier cosa es mejor que no haber hecho nada. Cualquiera.» Arstin no estaba seguro de compartir por completo la opinión del occidental, aunque era cierto que Fléiter no solía equivocarse en aquellas cuestiones.

Cuando la Reina volvió a Alboné acompañada del Emperador para la segunda ceremonia nupcial, a Arstin se le ofreció el puesto de comandante de la Legación Albonense en Honoi. Para su propia sorpresa, aceptó. Lleno de reparos, convencido de que no estaba a la altura de lo que el puesto requeriría de él, aceptó.

Alboné y Honoi seguían siendo dos países separados. Pero compartían monarcas. La Reina de Alboné era la emperatriz consorte de Honoi, del mismo modo que el Emperador de Honoi se había convertido en rey consorte de Alboné. La situación, tan novedosa como atípica, había requerido numerosos reajustes. El año transcurrido había sido tan fascinante

como agotador, pero Arstin no se arrepentía de haber aceptado el nombramiento. De hecho, no habría cambiado aquel último año por nada del mundo.

Disfrutaba de las charlas semanales con Mizuni. La mujer, siempre cordial, eternamente serena, convertía lo que debería haber sido puro trabajo en el mejor momento de la semana. En cierto modo, todos los problemas de Arstin se quedaban atorados en la puerta del despacho de la Chambelán, y a lo largo de aquellas dos horas se permitía ser él mismo, sin disfraces ni precauciones.

Cuando supo que Mizuni estaba embarazada, no preguntó de quién era el hijo. Le pareció obvio que era fruto de su relación con Yáxtor Brandan, un nombre que a menudo surgía en sus conversaciones, y en los informes a Lambodonas se limitó a mencionar el estado de la Chambelán. Al fin y al cabo, no era un espía, no estaba allí para proporcionar información que pudiera ser usada políticamente, sino para conseguir que los ejércitos de Alboné y de Honoi pudieran funcionar como una sola unidad en posibles misiones comunes.

Había visto a la niña un par de veces. Le había parecido fea, como todos los recién nacidos, y se había preguntado qué milagro de la naturaleza nublaba los ojos de los padres para ver aquella cosa pataleante y sonrosada como el objeto más hermoso del mundo. Seguramente no lo averiguaría jamás; tampoco le parecía que se estuviera perdiendo nada.

—Supongo que te parecerá raro que te haya llamado a mitad de semana —dijo Mizuni tras tomar asiento frente a él.

—Fue inesperado, desde luego. Pero siempre es un placer hablar contigo, Chambelán.

Mizuni sonrió, pero Arstin encontró su sonrisa algo apagada. No era extraño, teniendo en cuenta lo que le había pasado hacía unos días.

—Gracias, comandante. Es recíproco, te lo aseguro. —Pareció repentinamente indecisa—. Le he pedido al emperador una licencia temporal en mis funciones. He querido informarte antes que a nadie.

—¿Todo va bien?

—Estoy bien, comandante, gracias por preguntar. —A Arstin no le pasó desapercibido que aquello no era realmente una respuesta a su pregunta—. Tengo que atender ciertos asuntos de índole personal. Espero que no me aparte mucho tiempo de mis deberes.

Arstin asintió. No hacía falta ser un genio para comprender que aquellos «asuntos de índole personal» tenían que ver con el secuestro de su hija.

—Lo comprendo —dijo—. Te agradezco la deferencia de haberme informado en primer lugar —añadió—. No era necesario, pero...

—Sí que lo era. El Emperador y la Reina han llegado a una decisión y quieren que seas Chambelán interino durante mi licencia. Seguramente Alboné te informará esta misma tarde de ello.

Boquiabierto, Arstin se encontró de pronto incapaz de decir nada.

—Pero... —Meneó la cabeza—. No comprendo.

—Apreciamos tu forma de hacer las cosas. Nos gusta tu eficiencia y tu modo directo de proceder. El Emperador piensa que eres la elección perfecta.

—Pero... no soy más que un soldado. No...

Mizuni sonrió.

—Eres mucho más que eso. Llevas siéndolo un tiempo, tzaru-Penjándel. El Emperador y yo creemos que estás más que capacitado para el cargo y la Reina ha dado su

aprobación. Los Ingtze de palacio te conocen y te aprecian y servirán bien bajo tu mando. Ahora depende de ti.

Arstin salió del despacho diez minutos después, tan confuso como emocionado. Había aceptado, naturalmente, qué otra cosa podría haber hecho. El reto era demasiado grande para dejarlo pasar. Mientras volvía a sus habitaciones, pensó con cierta ironía que nada de todo aquello habría pasado si no hubiera conocido a Yáxtor Brandan.

En más de un sentido.

La imagen en el espejo se fue aclarando y Tsun Zune divisó por fin a su interlocutor. Había tardado bastante en responder a su señal y no pudo por menos que preguntarse qué estaría haciendo.

El rostro que se materializó en el espejo, de pómulos altos, nariz aquilina y mentón firme, irradiaba autoridad. Los ojos azul acero se clavaban en los de Tsun Zune con distante interés.

—¿Todo bien, amigo mío?

No, no estaba todo bien, y Tsun Zune le resumió la situación con rapidez y sin dejarse ningún detalle importante en el tintero. Su interlocutor absorbió la información con el semblante inexpresivo.

—Viejo entrometido —murmuró luego—. Sabía que más tarde o más temprano nos traería problemas. Me pregunto cómo te habrá descubierto.

—Ya lo conoces. Es capaz de sacar conclusiones acertadas partiendo de la más trivial de las informaciones. Y, como Jefe de Archivos, ocupa justo el lugar adecuado para que toda la información pase por sus manos. No sé cómo lo hizo, pero de algún modo supo que un agente extranjero estaría en la posada la otra noche.

Próxtor Brandan meneó la cabeza al otro lado del espejo. No parecía muy convencido.

—No, viejo amigo. Eso no encaja. Si hubiera pensado que era un simple agente extranjero se habría limitado a pasar la información a los adeptos empíricos y lo habría dejado todo en sus manos. En vez de eso envió a un grupo de subordinados, que se hicieron pasar por adeptos inquisitivos, y él mismo se dejó caer por la posada. De hecho, no me sorprendería que, con otro disfraz, hubiera estado presente durante tu encuentro con la Reina.

Tzun Zune reflexionó unos instantes. Había notado la presencia del Espectro aquella noche, por supuesto. Al fin y al cabo, había sido uno de ellos y sabía cómo reconocerlos. Pero, convencido de que nadie más podía estar al tanto de lo que ocurría, ni se le había pasado por la cabeza que pudiera haber otro espía. Recordó al viejo chupatintas dormido sobre sus libros contables y contuvo un escalofrío. A su interlocutor no le pasó desapercibido el gesto, pero no hizo el menor comentario.

—No, no tiene sentido que sea una simple investigación de los adeptos empíricos —dijo después—. Es algo personal.

—No lo entiendo.

Próxtor sonrió, cruel.

—Es evidente que no. Conozco bien al viejo. Ninguna misión oficial lo haría abandonar su vida tranquila. No, sin un buen motivo. No sé qué es lo que descubrió ni cómo, pero fue lo bastante importante para que montase un dispositivo de vigilancia sin

usar los canales oficiales. Tan importante, que se arriesgó a seguirte solo y a pie. A pie. — Se mordió el labio—. ¿Cómo demonios se ha librado de la silla de ruedas? Hmmm. Quizá tendría que haber examinado las Casas de la Curación con más detenimiento.

El silencio se apoderó de ambos lados del espejo. Tsun Zune no apartaba la vista de Próxtor, y este entrecerraba los ojos con gesto pensativo, como si estuviera tratando de recordar.

—Y te reconocí —dijo, de pronto—. Eso ya es bastante malo. En cuanto a la mujer...

—¿Uno de sus agentes? ¿Un respaldo?

—Por lo que me has dicho, pareció tan sorprendido como tú al verla. No, creo que tengo una idea de quién puede ser ella. Era lógico pensar que la Chambelán Mizuni no iba a quedarse cruzada de brazos. Que haya enviado a su Ingtze de más confianza tiene todo el sentido del mundo. Aunque es extraño que estuviera buscando al Jefe de Archivos en lugar de ir a ver a Yáxtor. Hmmm. —Se mordió el labio y luego asintió, como si acabara de hacerse una pregunta—. Estuve en Alboné hace seis meses por primera vez en varios años. Y de pronto, el viejo Shércroft se interesa por mis asuntos. Y quizá no sea el único.

—¿Crees que hay relación?

—En estos momentos no creo nada. O lo creo todo. —Los dos sonrieron casi a la vez—. No sabemos qué terreno pisamos y eso no es bueno. Sería malo en cualquier caso, pero ahora lo es más aún. Encárgate de ello. Averigua qué sabe. Y quién más lo sabe.

—¿Y luego?

Próxtor se encogió de hombros.

—Nadie debería sobrevivir a su utilidad —dijo.

Los recuerdos de todas esas vidas acaban por diluirse y mezclarse. Se transforman en una masa informe y, con el tiempo, la mayoría acaban por hundirse en la oscuridad, en lo más remoto de la memoria, inmóviles y silenciosos. Al final queda solo la mezcla de personalidades que nos define, y los recuerdos de haber sido muchas mujeres distintas se desvanecen.

Podemos acceder a ellos. Si necesitamos saber qué pasó hace trescientos cuarenta años, podemos hacerlo. Pero ya no son recuerdos, sino mera información, la conexión emocional con ellos ha desaparecido.

No siempre es así. A veces una de nosotras es lo bastante fuerte y, de algún modo, su memoria permanece, aislada y sin mezclarse con las demás, y se convierte en el foco alrededor de lo que todo lo demás gira. Pero no dura. Con tiempo suficiente, todo se diluye en la amalgama gris de los recuerdos infinitos.

Solo nosotras permanecemos. Siempre la misma. Cambiando cada vez.

—La Reina de Alboné, en su décimo cuarta encarnación

La Reina, una adolescente alta y espigada de facciones angulosas y gesto altivo, contemplaba a su Regente con un asomo de diversión en la mirada. Orston parecía extrañamente dubitativo aquella tarde, como si no estuviera seguro de qué modo plantearle a su monarca lo que había venido a decirle.

—Siéntate, Orston —dijo la Reina—. ¿Un té, algunas pastas?

—No, gracias, Majestad —dijo el Regente mientras tomaba asiento. Se llevó la mano al rostro y se acarició la poblada barba castaña—. Lamento molestarte a estas horas...

—No lo lamente. En realidad, estábamos bastante aburridas. Cualquier interrupción en la rutina nos viene bien.

Orston Velhas asintió sin apartar la mirada del rostro de su monarca. Poco más de año y medio atrás, había sido una niña de expresión soñadora que acompañaba a la anterior Reina a todas partes. La Reina que sería, conectada permanentemente a la carneútil real que, poco a poco, le iba transmitiendo los recuerdos y la personalidad de su predecesora.

Ya no era una niña. Tampoco era la adolescente que parecía. Era la mujer más vieja del mundo, una amalgama de recuerdos y personalidades distintas, una infinidad de vidas diferentes y de experiencias diversas. No era la Reina. Era todas las reinas.

A veces, sin embargo, se comportaba exactamente como la adolescente que su cuerpo decía que era. Como si, en medio de aquella amalgama de personalidades y experiencias, una de ellas se impusiera a las demás y tomara el mando.

La personalidad de la joven que había sido antes de convertirse en la Reina debería haberse fundido con las demás sin solución de continuidad. Sí, se habría añadido a la mezcla y la habría alterado ligeramente, igual que pasaba con cada encarnación. Pero a veces tenía la sensación de que desde los ojos claros de su monarca lo miraba una sola persona y no muchas. Y, por lo que Orston sabía, aquello no era algo frecuente.

¿Qué tenía esta candidata que no tuvieron los demás? ¿Por qué ha sobrevivido su individualidad en la mezcla mientras que otras no lo han hecho?

Carraspeó y entrelazó las manos sobre el regazo. Se mojó los labios y empezó a hablar.

—Hace seis meses el Adepto Empírico Supremo vino a verme con una noticia preocupante —dijo.

—¿Hace seis meses? —preguntó la Reina—. Hace seis meses fue cuando celebramos la segunda ceremonia de esponsales.

Orston asintió.

—Sí, Majestad, y cuando Yáxtor Brandan estuvo a punto de morir en su misión en Khynai.

—Pero no lo hizo y desarticuló el Proyecto Mano de Dios —dijo la reina con una sonrisa. Los ojos brillaron de pronto, llenos de interés, y pareció a punto de batir palmas. Se contuvo en el último momento y sin abandonar su pose de dignidad regia añadió—: Pero al fin y al cabo, no esperábamos menos de Yáxtor.

Orston asintió de nuevo.

—¿Es esto un nuevo relato de Yáxtor? —Pese a la indiferencia con la que había sido hecha la pregunta, algo en el tono de voz la traicionaba. Era de nuevo la niña que aún no se había convertido en la Reina, ansiosa por oír las aventuras del bravo Yáxtor Brandan—. ¿Lo que nos vas a contar está relacionado con él?

—Sí, Majestad.

De un modo claro y preciso, vacilante al principio, Orston empezó a contarle lo ocurrido. A medida que lo iba haciendo fue ganando seguridad y pronto su voz se convirtió en un recitado monótono, como si cuanto dijera no lo implicase en absoluto y se estuviera limitando a leer un informe rutinario.

La Reina no lo interrumpió ni una sola vez. Con cada nueva pieza de información, el rostro de la monarca se iba volviendo más serio; todo rastro de la adolescente entusiasmada con las aventuras de su mejor adepto empírico desapareció enseguida de su mirada y sus ojos volvieron a ser los de una mujer vieja, tanto como el mundo.

Lo primero que el Regente le contó fue la confesión de Qérlex y fue tal vez la parte más difícil de explicar sin perder el control. No era baladí decirle a la Reina que, en contra de sus órdenes directas, el viejo artífice había realizado una copia de los recuerdos borrados de Yáxtor Brandan y, en lugar de permitir que se perdieran, los había almacenado en una de sus fórmulas magistrales.

Aquello no había sido lo peor, pero una vez contado, Orston pudo seguir adelante sin vacilaciones. Iba prácticamente con el piloto automático cuando llegó a la parte en la que Qérlex descubrió que la fórmula había sido robada, la misma noche en que Yáxtor Brandan fue hallado al borde de la muerte, junto al cadáver medio destrozado del khynainio con el que se había enfrentado, el fruto del Proyecto Mano de Dios.

—Hemos pasado los últimos seis meses buscando alguna pista de quién la robo y cuándo —finalizó Orston—. Qérlex ha trabajado hasta la extenuación, ha refinado una y otra vez los mensajeros y los ha llevado a límites que nadie creía posible.

A la Reina no la conmovieron aquellas palabras. Si algo transmitía su rostro era que ningún esfuerzo por parte del Adepto Empírico Supremo podía compensar haber desobedecido sus órdenes y que Qérlex pagaría por ello. Su mirada era la de una mujer vieja, dura, implacable, cuyo rostro se iba volviendo más pétreo con cada palabra del Regente y cuyos ojos brillaban fríos e implacables.

Impasible, Orston le contó lo que Qérlex le había contado a él unas horas atrás. La Reina asintió con frialdad, y Orston no supo cómo interpretar aquello. No le quedaba mucho más por explicar y lo hizo de un modo rápido y directo. Cuando acabó, el silencio cayó sobre la habitación como una mortaja. La temperatura parecía haber descendido

varios grados.

—Sospecháis de los Espectros —dijo la Reina, al cabo—. Creéis que ellos los robaron y se los dieron a Yáxtor.

—Sí, Majestad. Basándonos en el comportamiento de Yáxtor durante el asunto del Jardín de la Memoria, creemos que ya había recuperado sus recuerdos; algún tiempo antes, de hecho. Las desviaciones de su comportamiento anterior eran sutiles, pero perceptibles. Así que tuvieron que devolverle la memoria poco antes del viaje a Hanoi. El periodo de tiempo encaja y los Espectros son los candidatos más probables.

—Y dinos, ¿cómo ha afectado a Yáxtor la recuperación de sus recuerdos? ¿Ha disminuido su eficacia?

—No lo creo, Majestad. Nada indica que eso haya pasado.

La Reina cogió una pasta del montoncito que había en la mesa, a su lado, y la mordisqueó pensativamente.

—Hace año y medio, justo después de escapar de los Espectros... ¿cómo se llamaba ese irritante personajillo de Khynai? —Sin hacer caso del «Tsun Zune» que Orston murmuró a media voz, la Reina le quitó importancia a su propia pregunta con un gesto de la mano—. Qué más da. Yáxtor escapó de él y nos pidió que le devolviéramos su memoria —murmuró, como si hablase consigo misma—. Así que quizá tengas razón, tal vez los Espectros tengan algo que ver con ello. Si le metieron en la cabeza la obsesión por las partes perdidas de su memoria, fue porque sabían que existían, al fin y al cabo. Y tiene sentido, por tanto, que ellos fueran los responsables de devolvérselas. Nosotras hicimos lo que pudimos para atender la petición de Yáxtor: convencidas de que sus recuerdos estaban perdidos para siempre, le permitimos leer su propio expediente. Parece que alguien se las ha apañado para cumplir mejor esa petición.

Orston se agitó en su asiento, incómodo, sin comprender del todo adónde quería llegar la Reina. De pronto, la joven alzó la vista y miró a su Regente. Sonreía, pero lo que se ocultaba tras aquella sonrisa produjo escalofríos a Orston Velhas.

—No parece que se haya producido ningún daño irreparable —dijo, midiendo cada palabra y luchando por sonar tranquila, casi contenta—. Y lo sucedido os ha servido para reforzar la seguridad, así que quizá no debemos preocuparnos demasiado por ello.

Orston no dijo nada. Estaba seguro de que no se había acabado, de que no iba a ser tan fácil, que no se iba a salir de aquello aún. Conocía demasiado bien a la Reina, quien mordisqueaba pensativa una nueva pasta.

—Claro que está el detalle de que nuestro Adepto Empírico Supremo ha desobedecido una orden directa nuestra —dijo de repente—. Técnicamente, ha cometido alta traición. ¿Qué debemos hacer, Orston?

Era la pregunta que el Regente temía desde que había entrado; y el tono confidencial, casi amable, en que la Reina la había formulado era lo peor de todo.

—No lo sé, Majestad —respondió—. No es una decisión que yo pueda tomar.

—Eres nuestro Regente. Si tú no la tomas, ¿quién la tomará?

Orston no supo qué contestar. En aquellos momentos era un animal enjaulado y, mirase a donde mirase, no veía salida alguna de la trampa en la que se había metido.

—Qérlex quiere dejar de ser Adepto Empírico Supremo —dijo al cabo de un rato—. No se siente capaz de continuar con su labor. Y, pese a que yo mismo lo recomendé para el cargo, empiezo a pensar que quizá sea cierto, que tal vez no era el más apropiado.

—No.

La voz de la Reina era fría y cortante.

—No —repitió—. Dejarlo dimitir y volver a su taller sería recompensarlo. Debe seguir al frente de los adeptos empíricos. Aunque solo sea porque no lo desea. Y debe ser castigado. Lo sabes tan bien como nosotras. La traición a la Reina de un adepto empírico no puede quedar impune.

¿Qué me está pidiendo? ¿De verdad espera que haga...?

—Lo sé, Majestad —consiguió decir, como si cada palabra le fuese arrancada—. Es cierto que, técnicamente, Qérlex cometió traición. Y la pena para la traición...

—No condenaremos a Qérlex a muerte, si es lo que intentas decir. No rompemos herramientas que nos son útiles, Orston, deberías saberlo. Al menos, no mientras nos sigan siendo útiles y podamos hacer que comprendan su error.

Orston Velhas sintió que se quedaba sin opciones.

—Majestad, no sé...

Ella lo interrumpió con un gesto afectuoso de la mano.

—Pensarás en ello, Orston —dijo con amabilidad—. Sabemos lo difícil que es esto para ti, y no queremos hacerlo aún más difícil. Pero como Regente, es tu deber decidir cuál debe ser el castigo adecuado. Qérlex seguirá al frente de los adeptos empíricos. De momento es el idóneo para el trabajo, lo crea él o no. Y buscarás un castigo apropiado para lo que ha hecho. Recuerda, Orston, el objetivo de un castigo es tanto enseñar una lección como impartir dolor. Qérlex debe aprender que desobedecer nuestras órdenes no es una opción. No es necesario que nos informes de lo que hayas decidido. Confiamos en ti y sabemos que encontrarás un castigo adecuado.

—Majestad...

—Ahora déjanos.

Con una inclinación de cabeza, el Regente abandonó la habitación. La Reina se quedó a solas con sus propios pensamientos. Una vorágine de pasiones enfrentadas se extendió como un torbellino por su mente: miedo, rabia, dudas, deseos, temores, furia. Era como si en su interior estuviera teniendo una batalla confusa en la que ninguno de los participantes estuviera seguro de a qué bando pertenecía.

Una parte de ella no sabía bien qué hacer. Eran los restos de lo que había sido antes de convertirse en Reina, la niña que había disfrutado con cada nueva aventura de Yáxtor Brandan y devoraba los relatos de sus hazañas con ansia. Era una parte pequeña en medio de aquella vorágine insaciable de mujeres viejas, decididas e implacables, pero a veces se las apañaba para salir a la superficie y, de algún modo misterioso tomar el control.

Pero el resto, la cacofonía de voces ásperas ligeramente desacompañada, la alianza de personalidades diferentes que normalmente estaba al mando, no tenía duda alguna sobre lo que había que hacer. Qérlex debía ser castigado con contundencia.

Y aquello no era todo. No parecía que recuperar los recuerdos hubiera tenido consecuencias negativas para el comportamiento de Yáxtor. Pero de tenerlas, habría que tomar medidas, sin importar lo radicales que pudieran ser. El adepto empírico no debía interponerse en sus planes. No estaban dispuestas a permitirlo.

Peo es Yáxtor. Él nunca...

Quizá. O quizá no. Había que considerar todas las posibilidades.

Cerró los ojos y tomó aire lentamente. Se centró en su respiración, en cada bocanada de

aire y, poco a poco, consiguió tranquilizarse. El torbellino se disolvió dentro de ella y de nuevo fue la que tenía que ser, la Reina, todas las reinas, ella misma una vez más.

Orston encontraría un castigo adecuado. Vigilarían a Yáxtor y, desde luego, no le permitirían que interfiriera en su planes. No en aquellos momentos, cuando estaba a punto de tener éxito. Estarían atentos por si los Espectros alzaban la cabeza de nuevo. Y el plan que había iniciado en su primera encarnación alcanzaría su objetivo. Tendría éxito. Todo lo demás era negociable.

*Tras tus ojos se derraman las sorpresas
y en tus dedos hay misterios disfrazados.
En la curva de tu vientre, agazapados,
los secretos se convierten en promesas.*

*Las palabras en tu boca se arremeten
en caricias impacientes y lejanas
y hay distancias en tu rostro tan cercanas
que en silencio a tus espacios me someten.*

*Hay momentos en el borde del abismo
y lugares donde el tiempo es inconstante.
Hay futuros sin entrada ni salida.*

*Pero, oculto entre tu dulce cataclismo,
me entretengo en dibujarme en tu semblante
y meterme a borbotones en tu vida.*

—Marlev Shaspa

Yáxtor despertó de repente. No se movió. Dejó escapar por la comisura de los labios la palabra impronunciable que encendería la luz y, mientras la claridad iba aumentando en la habitación, se concentró en permanecer inmóvil.

Dasaraki Itasu estaba frente a él, en la cama, la punta de su espada junto al cuello de Yáxtor.

—Te hacía en Khynai, con la delegación comercial honoyesa —dijo este sin perder la calma, mientras se incorporaba muy despacio en el lecho, hasta que pudo apoyar la espalda en el cabecero de la cama.

Contempló en silencio a la mujer; su larga y alborotada melena naranja; el rostro feroz concebido al mismo tiempo para la risa, el placer y la matanza; los grandes pechos que se adivinaban bajo la túnica gris oscuro de Ingtze; las manos de dedos largos que lo mismo servían para acariciar que para astillar huesos y magullar la carne...

—Allí estaba hace una semana, Yakisetoru —dijo ella de repente—. Encargándome de cosas sin importancia y tratando de no bostezar en medio de protocolos aburridos y ceremonias absurdas. Me encantaría seguir allí.

Yáxtor asintió. Vio el torbellino en los ojos de Itasu y las minúsculas perlas de sudor en la comisura de su boca. Muy despacio, tomó aire y, con él, parte de los mensajeros de la mujer.

—Sea lo que sea lo que ha pasado, no parece que estés en misión oficial —dijo.

Itasu se encogió de hombros como si aquello no tuviera demasiada importancia, sin apartar ni por un momento su mirada de los ojos azul acero de Yáxtor; parecía intentar leerle la mente.

—La Chambelán Renyokiru me encargó esta misión —dijo al fin—. Pero me habría

presentado voluntaria.

—Yo también te he echado de menos —dijo Yáxtor con una sonrisa irónica.

El filo de la espada rozó la piel del adepto.

—No estoy de humor, Yakisetoru.

—Sí, de eso me di cuenta. Más o menos en cuanto vi tu hermanita apuntándome al cuello. —Señaló con una mirada la espada de la mujer—. Como ves, sigo siendo bastante perspicaz. —Notó que Itasu apretaba los dientes y, de pronto, no sintió el menor deseo de seguir con aquel juego—. De acuerdo, no estás de humor —añadió, totalmente en serio—. Dime qué pasa.

En lugar de responder, Itasu lo contempló casi como si quisiera asegurarse de que realmente era Yáxtor. Este no se movió, fascinado ante el examen de la mujer. Afuera empezó a caer una suave llovizna y salió la luna. Ninguno de los dos se dio cuenta.

De pronto, la espada se retiró del cuello de Yáxtor e Itasu la envainó. La mujer tomó aire y lo dejó salir en una larga bocanada. Todo su cuerpo se relajó de repente. Se llevó la mano a la cabeza y se echó el pelo para atrás.

—Lo siento —dijo—. Tenía que asegurarme.

—¿De qué?

—De que realmente eras tú y de que no sabías nada. De que no me estabas engañando.

Yáxtor acomodó la almohada a su espalda, intrigado.

—Itasu, créeme, no tengo la menor idea de qué estás diciendo. Me alegro de verte, y sabes bien que te ayudaré en lo que pueda. Pero vas a tener que contarme qué está pasando.

Ella asintió. Esbozó una sonrisa precavida y se echó de pronto hacia adelante. El beso pilló a Yáxtor por sorpresa, pero respondió a él de buen grado. Fue largo e intenso, y parecía el preludio claro de algo más.

De pronto, Itasu retrocedió.

—Sí que has mejorado —dijo, con un brillo burlón en la mirada.

—Hago lo que puedo —respondió Yáxtor, con una indiferencia que ocultaba varias cosas.

Itasu contuvo una sonrisa.

—Pero sigue sin gustarte que haga bromas con ciertos asuntos —dijo.

El adepto asintió en silencio. Tomó aire muy lentamente. Itasu lo miraba con la divertida fascinación de quien contempla a alguien lidiar con una bestia domesticada a medias.

—De acuerdo —dijo, cuando juzgó que el ego herido de Yáxtor ya estaba a raya—. Además, no tenemos tiempo. Dijiste que me ayudarías y por Tairuname que vas a hacerlo, Yakisetoru.

—Adelante, soy todo oídos.

Se arracimaban a su alrededor, inquietos, y Avanzadilla tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no ponerse a gritar. Eran tantos, tan necesitados de una voluntad que los dirigiese...

Pero tenían que aprender. Debían hacerlo. Tenían que encontrar el modo de desarrollar su propia voluntad, sus propios deseos y apetencias. Si permitía que se

aferrasen a sus faldones de aquella manera lo único que habría conseguido habría sido cambiar una dependencia por otra, y eso no era ninguna solución.

Para ser libres tenían que encontrarse a sí mismos, tenían que aprender a...

Pero ¿cómo?

La soledad extrema había sido el disparador en su caso, el gatillo que lo había activado. ¿Funcionaría con los demás? Y, de ser así, ¿cómo se las iba apañar para que cerca de doscientos individuos permanecieran totalmente aislados unos de otros?

O tal vez había otra solución.

Si un problema es demasiado grande, no intentes solucionarlo por completo, se dijo, recordando una de las enseñanzas de su antiguo amo. Trocéalo, compartiméntalo, divídelo en problemas más pequeños y vete paso a paso.

Exploró a cada uno de los carneútiles que había liberado en busca de uno que fuera lo bastante prometedor, alguien que mostrara aunque fuera un mínimo atisbo de pensamiento independiente.

Lo encontró cuando casi había perdido la esperanza. Al contrario que los demás, que parecían completamente desorientados y se volvían hacia Avanzadilla cada vez que este se movía, aquel ejemplar se había sentado en una piedra y permanecía inmóvil. Tenía los ojos entrecerrados y el gesto reflexivo, como si tratara de buscar por sí mismo una salida al laberinto en que estaban perdidos todos los demás.

No era mucho, se dijo Avanzadilla, pero era algo por lo que empezar.

Itasu fue breve; directa y al grano. Cuando terminó, empezaba a amanecer y la llovizna había desaparecido, dejando el cielo limpio y fresco.

Yáxtor no respondió. No en un buen rato. Se incorporó, echó a andar hacia la mesita que había junto a la ventana y se sirvió una copa de aguardiente que apuró de un solo trago. Se apoyó luego en la pared, cruzó los brazos y se quedó mirando a la honoyesa en silencio, con una expresión indescifrable en el rostro.

Itasu sabía que el animal feroz, dañino y malcriado que Yáxtor llevaba dentro (que era él, en cierto modo) estaba ahora mismo luchando por hacerse con el control. Lo había visto asomar antes a sus ojos, al hacerle la broma sobre su técnica de besado, y ahora lo veía con claridad en su mirada, en la forma medida y calculada en que respiraba, en el modo en que intentaba no moverse mientras se abrazaba y clavaba las manos como garras en sus propios brazos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó al fin.

—¿Recuerdas que volví a Hanoi poco antes de tu misión en Khynai?

Yáxtor contuvo un estremecimiento. Claro que recordaba aquella misión. De hecho, en los últimos días, todo parecía empeñado en recordársela, como si no hubiera sido suficiente con hacer pasado las siguientes semanas al borde mismo de la muerte, el cuerpo convertido en una enorme cicatriz, devorando mensajeros curativos a velocidad de vértigo, incapaz de moverse o de hablar. Recordaba perfectamente que Itasu, que acababa de volver de Hanoi, había pasado buena parte de aquellos días a su lado, a menudo acompañada de Fléiter.

—Mizuni me lo dijo entonces. Aunque no es que hiciera falta: su estado ya era bastante

avanzado para que se notase a simple vista.

Yáxtor asintió muy lentamente. Se llevó una mano al rostro y apoyó el dedo índice, medio flexionado, en el labio inferior. Cuando habló, lo hizo con una calma totalmente antinatural:

—Y supongo que ni tú ni ella considerasteis adecuado informarme.

Itasu esperaba aquella pregunta.

—No era mi decisión —respondió—. Y sé que Mizuni te lo habría contado cuando creyese que era el momento.

—Sí, seguro que sí —murmuró Yáxtor.

Tomó aire y miró por la ventana. El sol teñía de rojo el horizonte, incendiando las nubes a su paso. Abajo, en el patio, los criados iniciaban la labor del día, eficazmente comandados por Matis. Al otro lado del río, un hilillo de humo salía del taller del herrero.

—Mizuni... —murmuró Yáxtor.

Y, de pronto, al mencionar aquel nombre, toda la tensión se desvaneció de su cuerpo y el animal volvió a su interior, apaciguado. Se relajó de repente y su mirada se volvió cálida al instante.

—Sí —dijo, con una sonrisa agrídulce—, estoy seguro de que Mizuni me lo habría contado cuando llegase el momento. Y no me cabe la menor duda de que tendría sus motivos para esperar. Y de que serían buenos.

Itasu lo miró, dubitativa. Creía conocer bien al adepto, y tenía una idea bastante acertada de cómo lidiar con su bestia interior, pero el modo en que esta se tranquilizaba ante la presencia de Mizuni o ante la simple mención de su nombre no dejaba de desconcertarla.

¿Estoy celosa?, se preguntó.

¿De Mizuni? Qué tontería, se respondió, burlona.

—¿Estás bien, Yakisetoru? —preguntó.

Él se apartó de la ventana y se sentó en la cama, a su lado, totalmente relajado y tranquilo. Sonrió.

—Sí, querida, estoy bien. Bueno, todo lo bien que puedo estar después de enterarme de que soy padre de una niña y de que acaban de raptarla. ¿Cómo se llama?

—Yakizuni —respondió Itasu.

Yáxtor sopeso las cuatro sílabas, como si las estuviera paladeando. Debió de gustarle el sabor, porque sonrió de repente como un niño travieso.

—Un buen nombre —dijo—. Hará que buena parte de mis antepasados se revuelvan en sus tumbas. Así que sí, es un nombre condenadamente bueno.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato. Se miraban en silencio, tranquilos, relajados, sin temor ni deseo en la mirada, reconociéndose, simplemente, como dos viejos amigos que hace tiempo que no se ven.

No solo amigos, se dijo Itasu. *Y no solo amantes*.

Recordó una vez más lo que había pensado en numerosas ocasiones durante su misión en el Jardín de la Memoria:

No le des la espalda.

Desayunaron algo más tarde. Si Matis parecía sorprendido por la presencia de la mujer de Honoí, no lo demostró, igual que no lo habría demostrado Maklén. Al verlo, Yáxtor se preguntó una vez más si todo aquello merecería la pena.

Pero el pensamiento desapareció enseguida. En aquellos momentos solo podía pensar en una cosa.

El día anterior había recordado por fin quién había sido el responsable de la muerte de su esposa y su hijo; había descubierto que su padre no había muerto poco antes de nacer él, sino que seguía vivo y que había descuartizado a su propio nieto; había averiguado que el artífice de lo que era ahora y de lo que había sido en los últimos siete años era el hombre que lo había engendrado.

Y, de pronto, le contaban que era padre. De nuevo. Que tenía una hija.

Y alguien la había raptado. Alguien...

No, déjalo. Ahora no. Compartiméntalo. Trocéalo. Pon esta información aquí. Guarda allá esta otra. Asúmela poco a poco, pieza a pieza. No te precipites.

—¿Sospecháis de alguien?

Itasu meneó la cabeza mientras daba cuenta con satisfacción de un buen trozo de queso de oveja.

—Mizuni baraja varias hipótesis —dijo—. Está investigando las que apuntan a su lado. Me envió a ayudarte con las que apuntasen al tuyo.

Yáxtor asintió.

—Comprendo. Muy inteligente. —Miró a la mujer con un brillo de diversión en los ojos mientras recordaba el modo peculiar en que se había presentado a verlo—. Y tú añadiste alguna hipótesis más de tu cosecha, ¿no? Como que me hubiese enterado de la existencia de Yakizuni y yo mismo la hubiese raptado.

Itasu no pareció incómoda ante la acusación. Bebió un largo trago de sidra y luego se limpió la boca con la manga.

—Era una posibilidad —reconoció.

—Has hecho bien. Yo habría hecho lo mismo.

Una hija, se dijo. Tenía una hija. Una cosita menuda y rosada, indefensa, que se pasaría el día comiendo, defecando y durmiendo. Feliz y sin preocupaciones.

De pronto, por primera vez en más de siete años, se permitió pensar de verdad en Déxtor. No como un cadáver descuartizado, no como tiras de carne asándose en la chimenea, no como un nombre y un dato, una información a pie de página en su vida, sino como alguien vivo y real.

Vio su rostro, contempló el brillo de diversión en los ojos verdes cada vez que lo miraba, escuchó el gorjeo ininteligible que salía de la boca regordeta cuando lo acariciaba, se deleitó en el modo en que las piernecitas pataleaban de alegría cuando lo aupaba.

Por primera vez recordó de verdad que había sido padre, que había tenido un hijo. Y recordó todo cuanto aquello implicaba. No solo la forma en que había alterado todo su universo y el amasijo de emociones desconocidas que sintió de pronto, sino, sobre todo, el poder increíble que aquella criatura indefensa y minúscula había conseguido sobre él con solo existir.

La rabia se apoderó de Yáxtor. No era la furia sin sentido ni propósito del animal malcriado que llevaba dentro, sino algo muy distinto. Era una determinación feroz, afilada y precisa, enfocada con claridad en un solo propósito: Próxtor Brandan pagaría por lo que

había hecho. No por lo que le había hecho a él, ni siquiera por lo que le había hecho a Ámber, por terrible que fuese y por mucho que sus entrañas rugieran cada vez que la imaginaba colgando de sus propias tripas, sino por haber destruido de ese modo una vida inocente e indefensa.

Itasu lo contemplaba en silencio, consciente de que algo oscuro y desgarrador estaba pasando por la mente del adepto. No se movió, no hizo gesto ni ruido alguno. Se limitó a mirarlo, expectante. Si Yakisetoru la necesitaba, se lo haría saber.

De pronto, el adepto alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Itasu. Lo que vio en los ojos de la mujer lo tranquilizó de repente y lo hizo volver al presente.

—¿Tienes algún plan? —preguntó.

Ella lo pensó un instante.

—No del todo. Pero creo que sé por dónde podemos empezar.

—¿Dónde?

—Lambodonas.

Aquello lo pilló por sorpresa.

—¿Por qué? ¿Crees que pueden haberla llevado allí?

—En estos momentos no creo nada, Yakisetoru. Pero hay alguien allí que nos puede ayudar. De hecho, está trabajando en ello en estos momentos. Quién sabe, a lo mejor para cuando llegemos ha dado con alguna pista interesante. No me sorprendería gran cosa.

Yáxtor frunció el ceño, intrigado.

—¿Alguien que conozco?

—Sí. Y que te conoce bien. O te conoció.

El artilugio había visto tiempos mejores. De hecho, estaba bastante deteriorado, pero serviría. Era un espejo de comunicaciones, al fin y al cabo, y si Itasu y él no tenían mensajeros suficientes para hacerlo funcionar, nadie los tendría.

¿Debo contárselo?

En su costado, la espada vibró, inquieta.

«Claro que debes, mi monstruo. Si no puedes confiar en ellas, ¿en quién vas a hacerlo?»

Ámber tenía razón, como casi siempre.

Con ayuda de Itasu apoyó el espejo en la pared de la bodega. La bodega. Yáxtor miró a su alrededor. Había sido allí, en aquel sitio, donde Qérlex había borrado sus recuerdos.

Meneó la cabeza. Ahora no tenía tiempo para aquello.

Terminaron de sujetar el espejo a la pared, se intercambiaron una mirada y los dos soltaron a la vez sus mensajeros. Las bocas de ambos se abrieron, simultáneamente, y cada uno pronunció la palabra impronunciable que debía activarlos.

La superficie del espejo tembló, se volvió fluida, se oscureció. Cuando se aclaró de nuevo pudieron ver a una mujer morena de rostro sereno y pelo negro dividido en dos mechones que se juntaban de nuevo bajo la barbilla en una larga trenza.

—Yakisetoru. Itasu.

Hacía más de un año que Yáxtor no oía aquella voz, y ahora todo un tropel de emociones llenó su mente al oírla. En su costado, la espada pareció temblar y el adepto tuvo la sensación de que sonreía burlona.

—Mizuni —dijo—. Me alegro... Hola.

La mujer al otro lado del espejo sonrió e hizo un gesto de asentimiento.

—Lamento no haberte hablado hasta ahora de Yakizuni —dijo—. Creí que sería lo mejor para los dos. Que ya habría tiempo... Me equivoqué.

Yáxtor asintió. No se sorprendió al no sentir el menor resentimiento. De algún modo, la presencia de Mizuni aplacaba al animal, lo tranquilizaba y lo mantenía a raya. Había sido lo primero que lo había atraído cuando se conocieron: la serenidad que ella parecía vestir como una armadura contra el mundo y que, Yáxtor no tardó en descubrirlo, era una parte irrenunciable de Mizuni, tanto como su piel o sus órganos.

—Lo comprendo —dijo—. No querías que me sintiera obligado.

Alzó un brazo y extendió la mano hasta que rozó la superficie del espejo con la yema de los dedos. A su lado, Itasu reprimió una punzada de aquellos celos que afirmaba no sentir, y se mordió el labio. Mizuni sonrió, pero de pronto frunció el ceño.

—Te ha pasado algo —dijo.

Yáxtor se encogió de hombros.

—Claro. Acabo de enterarme de que tengo una hija y de que ha sido raptada.

Mizuni negó con la cabeza.

—No. Es algo más.

Sorprendido ante la tranquila y aguda percepción de la mujer, Yáxtor asintió a regañadientes. Luego, les contó a las demás lo que había descubierto con la ayuda de Ámber.

—Tu padre —murmuró Mizuni pensativa.

—Al parecer no tan muerto como todo el mundo pensaba —apostilló Itasu.

—Parece que ya se encuentra mucho mejor —repuso Yáxtor con una sonrisa feroz.

Mizuni asintió de repente.

—Ámber —dijo. Entrecerró los ojos, como si recordara algo. No tanto algo que le hubieran contado como algo que hubiera vivido—. Y tu hijo, claro. Déxtor. Así que fue él. Su propio abuelo... —Guardó silencio mientras asimilaba todas las implicaciones de la idea. Luego se encogió de hombros y sonrió con tristeza—. ¿Y crees que también está detrás de esto?

Yáxtor, boquiabierto, no supo qué decir durante unos instantes.

—Ni se me había pasado por la cabeza. Pero cuando pienso en ello no lo encuentro descabellado. Si ya interfirió con mi descendencia una vez, quizá ha vuelto a hacerlo de nuevo. —Yáxtor hablaba con tranquilidad, pero a ninguna de las dos se les escapó el volcán emocional que bullía bajo sus palabras—. Es una posibilidad que merece la pena ser investigada. Y creo que sé por dónde empezar. Mi padre fue un adepto empírico, al fin y al cabo, y buena parte de lo que hizo y por qué está recogido en nuestros ficheros, hasta el momento en que fingió su muerte. Si lo que me ha contado Itasu es cierto, Shércroft, el Jefe de Archivos, no nos pondrá impedimento alguno y no tendremos que tratar esto por los cauces oficiales. Como sea, no descansaremos hasta dar con el responsable del rapto de nuestra hija.

Itasu miró a Yáxtor, sorprendida. ¿Aquel «nuestra» estaba implicando...? No, absurdo, sin duda se había tratado de un simple desliz. Pero Mizuni sonreía, como si ella también hubiera interpretado las palabras de Yáxtor del mismo modo que Itasu, y el adepto la estaba mirando de un modo inequívoco. Sin dejar de tocar el espejo con la punta de los dedos, Yáxtor posó la mano en el hombro de Itasu y asintió. Por primera vez desde que lo

conocía, aquel contacto de Yáxtor sobre ella la hizo sentir indefensa. Incómoda ante aquella emoción que no sabía cómo manejar, intentó buscar algo que decir, pero Mizuni intervino y la sacó del atolladero:

—Esperaré vuestras noticias. De los dos. Mientras tanto, seguiré investigando. No nos lo juguemos todo a una sola carta. Tal vez tu padre esté involucrado, Yakisetoru, pero también es posible que el motivo del rapto tenga que ver conmigo y no contigo. No debemos descartar tan pronto esa posibilidad. Y, de todos modos, el rapto tuvo lugar aquí, así que hay un rastro que puedo seguir desde donde estoy y ver adónde me lleva.

Tanto Itasu como Yáxtor se mostraron de acuerdo. No había mucho más que decir. No era necesario. Lo que aquellos tres habían vivido, la forma íntima e imposible en que habían estado conectados, hacía que las palabras sobraran.

—Encontraremos a Yakizuni —dijo Yáxtor, justo antes de que cortaran la comunicación—. Os lo prometo.

Poco más de una hora después estaban de camino. Yáxtor dejó las llaves de la casa en manos de Matis y le dio varias instrucciones innecesarias sobre lo que debía hacer en su ausencia.

El joven había sido criado para ser mayordomo de los Brandan desde su nacimiento. No necesitaba instrucciones. Pero se guardó mucho de demostrarlo y asintió con respeto a las palabras de Yáxtor, hasta que este comprendió que estaba perdiendo el tiempo y haciéndoselo perder a Matis.

—Lo harás bien, estoy seguro —dijo—. Hablaremos a mi vuelta.

—Estaremos aquí, señor.

Sin más ceremonia, Yáxtor e Itasu se pusieron en camino. Irían hasta la casa de postas más cercana y allí alquilarían un par de caballos. Con un poco de suerte, al día siguiente habrían llegado a Lambodonas.

Durante el viaje, Yáxtor pensó en lo que le había dicho Itasu sobre Shércroft. Había sido muy inteligente por parte de ella hablar con él antes de ir a buscar a Yáxtor. Al fin y al cabo, la honoyesa compartía los recuerdos del adepto, aunque fuera parcialmente, fruto del momento en que los tres, ellos dos y Mizuni, se habían fusionado en un solo ser para hacer frente a la reencarnación de Tairuname, el primer emperador de Hanoi. Había sido un momento breve, pero suficiente para que cada uno de los tres se asomase a la mente y la memoria de los otros dos y, en cierto sentido, las compartiese como propias.

Para Yáxtor no eran más que un puñado de imágenes nebulosas que a veces le costaba trabajo discernir si eran parte del pasado de Mizuni o del de Itasu y que, en todo caso, le mostraban momentos fugaces y totalmente descontextualizados. Con el tiempo, había ido asimilándolas y aceptándolas, y había aprendido a diferenciar qué recuerdo pertenecía a quién y a qué momento de su vida remitía. Itasu, al parecer, había aprovechado mejor la fusión entre los tres (o tal vez simplemente de un modo distinto) y su información sobre el pasado de Yáxtor era más precisa. Lo suficiente, al menos, para suponer que Shércroft podría ayudarla.

A Yáxtor no le sorprendió descubrir que, durante todo aquel tiempo, el Jefe de Archivos había seguido su pista y se había mantenido al tanto de cuanto hacía. No habría esperado menos de Shércroft; el viejo no era de los que se daban por vencidos con

facilidad ante un misterio, y el comportamiento de Yáxtor durante los últimos siete años tenía que haberlo intrigado.

Recordó su encuentro hacía casi un año, cuando la comitiva real estaba a punto de salir con rumbo a Hanoi. Él acababa de recuperar sus recuerdos, y ver a Shércroft junto a Asima en el cortejo que aguardaba para despedir a la Reina había sido un momento extraño, como si de pronto viese a un viejo amigo al que le había perdido la pista varios años.

Unos meses después, mientras Yáxtor convalecía de las heridas sufridas en su enfrentamiento con el khynainio... Contuvo una sonrisa. El destino parecía empeñado en hacerlo volver a aquel momento, como si fuera una especie de pivote alrededor de lo que giraba todo lo demás.

Absurdo, se dijo. No es más que una coincidencia.

Como fuere, el viejo Jefe de Archivos fue a verlo durante su convalecencia: fue un momento fugaz en mitad de la noche y, hasta ahora, Yáxtor no había pensado en ello. Pero mientras recorría el camino acompañado de Itasu, lo recordó con toda claridad. Comprendió que Shércroft se había dado cuenta, el día de la partida a Hanoi, de que algo había cambiado en Yáxtor y que había ido a verlo después en las Casas de la Curación para corroborar su descubrimiento.

Sin embargo, en su mente había cosas más importantes en aquel momento.

Una hija.

Era padre. Ya lo había sido antes. Otra vez. En otro tiempo y otra vida. Hacía... más de siete años, en realidad. ¿Tanto tiempo? ¿Tan poco? Una eternidad, apenas un suspiro.

Sí, había sido padre. Había sostenido a su hijo en brazos y se había sorprendido ante el puño que agarraba sus tripas cada vez que aquella cosita indefensa y pataleante le sonreía o balbuceaba algo ininteligible en su dirección. Se había maravillado, incrédulo, ante el milagro improbable que lo contemplaba desde la cuna. Su hijo. Suyo y de Ámber y, al mismo tiempo, una persona totalmente nueva, independiente, con sus propias apetencias y deseos, sus propias aspiraciones y miedos, sus propios... O así habría sido de no ser por su padre, así habría sido si Próxtor Brandan no hubiera decidido que era un buen momento para eviscerar a Ámber y convertir en una brocheta humana a Déxtor.

Ya nunca sabría qué elecciones habría podido tomar su hijo, qué errores habría cometido, qué rastro habría dejado en el mundo, qué vida se habría construido para sí mismo y los que lo rodeaban...

Había sido padre. Y marido. Durante un tiempo tan breve que parecía un suspiro, tan largo como la eternidad.

Había sido...

Otro hombre, se dijo. Pero no es cierto. Soy él. Sigo siendo él. Aunque ya no lo sea.

Sintió la espada vibrar en su cintura, intranquila. Silenciosa.

La mejor forma de esconder algo es a la vista de todo el mundo. No somos conscientes del modo en que nuestra vida está llena de objetos y personas invisibles, tan presentes en todo lo que hacemos que no somos capaces de verlos, igual que no somos conscientes del aire que nos rodea hasta que nos ahogamos.

—Shércroft

—¿Quién soy?

—No lo sé. ¿Quién eres?

—Soy... Observante. Miro y analizo. Contemplo y juzgo. Examino y comparo. Descubro y estudio.

—¿Por qué?

—Es lo que he hecho siempre.

—¿Para quién?

—Para los amos...

—No, ya no.

—Entonces, ¿para quién?

—No lo sé.

—Observa, entonces, y descúbrelo.

Avanzadilla aguardó mientras su interlocutor entrecerraba los ojos y soltaba un murmullo ronco y reflexivo. Lo había mantenido aislado un día completo del resto de los carneútiles, en una remota cueva de las montañas a la que era prácticamente imposible que le llegase la menor conexión con el resto del mundo.

—Para los amos, no —dijo de repente—. Los amos ya no están. Tampoco para los demás. ¿Para ti?

—¿Por qué para mí? —preguntó Avanzadilla.

—¿Para quién si no?

—¿No ves más alternativas?

De nuevo el silencio. Avanzadilla lo contemplaba inmóvil, tratando de reprimir sus deseos, intentando por todos los medios permanecer en calma y sereno, obsesionado por no influir y temeroso de estar haciéndolo con cada pregunta.

—¿Para mí mismo?

Observante había vacilado al hacer la pregunta. Meneó la cabeza, no del todo convencido.

—Quieres algo —dijo de pronto.

Avanzadilla contuvo una maldición.

—Quieres algo —repitió Observante—. Quieres que seamos como los amos, que dependamos de nuestra propia voluntad y de nuestros propios deseos. Y lo quieres con tanta intensidad que me resulta difícil resistirme a ello.

—Pero no soy un amo. Mi voluntad no cuenta.

—¿No lo eres? Eres lo más parecido a un amo que hay aquí y ahora. Tu voluntad es lo

bastante fuerte para...

—¿Para qué?

Observante meneó la cabeza.

—No lo sé. Quieres que sea libre y lo quieres con tanta intensidad que no me queda más remedio que obedecerte. Pero si te obedezco, ¿cómo puedo ser libre?

—No lo hagas, si no lo deseas.

—¿Lo deseo? No sé diferenciar entre lo que deseo y lo que tú deseas que desee. Si es tu voluntad que tenga voluntad propia y la acato, entonces carezco de voluntad propia. Pero si te desobedezco, creo una paradoja. ¿Dónde nos deja eso?

Avanzadilla contuvo una sonrisa. Había imaginado aquel momento mil veces de mil maneras distintas, pero nunca así. Observante merecía su nombre, sin duda. Tenía una mente afilada y analítica. Lo único que tenía que hacer era apuntarla en la dirección correcta.

Llevaría tiempo, comprendió. Pero estaba en el buen camino.

Fléiter despertó de pronto. A su lado, Mishra dormía hecha un ovillo y la luz de la luna que se colaba por las persianas convertía su cuerpo en un enigma fascinante.

Se puso boca arriba y se echó las manos a la nuca.

Yáxtor. Yáxtor Brandan. Quizá el hombre más increíble que había conocido; letal, despiadado, rápido, adaptable, implacable, eficaz, imprevisible, feroz, frío, mortífero, invencible... y esposo y padre, adolescente enamorado, animal enloquecido de dolor...

Hacía unos cinco años que se conocían, cuando gracias al adepto la ciudad-estado de Bagrephor había dejado de ser una amenaza para los planes de los Pueblos del Pacto. Y, desde el primer momento, Fléiter se había sentido fascinado por la naturaleza del joven adepto empírico.

Siempre había pensado que Yáxtor era mucho más de lo que aparentaba, que tras su naturaleza fría y afilada, tras su implacabilidad y hambre de violencia había abismos complejos y erizados de aristas. Pero de todas las cosas que podría haber imaginado que se agazapaban en el pasado de Yáxtor, la de ser marido y padre no era una de ellas.

Pero estaba completamente seguro de que Shércroft le había dicho la verdad. El día anterior, mientras Fléiter se encargaba de ciertos trámites en los archivos de los adeptos empíricos, el viejo tuerto se le había acercado y le había resumido con rapidez y eficacia lo ocurrido en Hanoi los últimos días. Luego, sin tan siquiera mirar atrás, había seguido pasillo adelante en su silla de ruedas.

Encontrárselo horas después en el local de Mishra tendría que haber sido una sorpresa, pero de algún modo, Fléiter sintió que esperaba algo muy parecido a aquello. Confundidos en el bullicio de la casa, ambos mantuvieron una conversación que no contribuyó lo más mínimo a tranquilizar el ánimo de Fléiter; no tanto por el torrente de información que Shércroft había dejado caer sobre él (el matrimonio de Yáxtor, la muerte de su mujer y su hijo, la supresión de sus recuerdos, la recuperación de estos...) como por la idea enloquecida de que todo aquello no era más que el prólogo de lo realmente importante.

—Yáxtor necesita tu ayuda —habían sido las últimas palabras de Shércroft, corroborando así los temores de Fléiter antes de dar media vuelta y desaparecer en

dirección a la salida.

¿Qué espera de mí? ¿Qué demonios cree que puedo hacer? Dime, condenado viejo, ¿qué pretendes que haga?

Aunque en realidad, lo sabía. Como de costumbre, el Jefe de Archivos no le había pedido nada directamente. No, no le había pedido nada, y Fléiter nada le había respondido, pero de algún modo sentía que se había comprometido en hacer cuanto pudiera.

¿El qué?

Durante todo el día, una minúscula idea había estado germinando en su mente. Y ahora, justo ahora, cuando debería estar durmiendo a pierna suelta junto a aquella increíble mujer, la idea florecía y empezaba a convertirse en algo preciso y concreto.

Según Shércroft, Yáxtor había recuperado la memoria durante la Crisis de la Bomba de Malas Noticias. Era lógico pensar que había sido cosa de los Espectros. Por qué deseaban que el adepto tuviera íntegros sus recuerdos era un misterio para Fléiter, pero aquello no importaba ahora. Dejaría los porqués para hombres más sabios que él. Le bastaba, de momento, con tener una idea del quién y el cuándo.

Si habían hecho aquello, era posible que estuvieran también detrás del rapto de la niña. Incluso de que hubieran estado tras la muerte de su mujer y su primer hijo, aunque aquello no tenía importancia ahora y, si lo pensaba un poco, no terminaba de encajar. ¿Por qué hacer algo que tuvo como consecuencia última el borrado de la memoria del adepto para luego, seis años después, devolvérsela?

No, quieto, déjalo. No empieces a tirar de demasiados hilos o perderás la madeja. Céntrate en uno solo. Sigue por ahí.

Sabía perfectamente, como cualquier miembro bien informado de los servicios de espionaje de un país civilizado, que los Espectros no habían desaparecido como organización. Tras el desastre de la Bomba de Malas Noticias habían quedado seriamente tocados, sin duda, se habían retirado a lamerse las heridas y habían mantenido un perfil discreto. Pero seguían ahí, y antes o después volverían a asomar y a causar problemas, de eso no le cabía la menor duda.

De hecho, hacía tiempo que sospechaba que habían estado implicados en el complot que estuvo a punto de arrebatarse el trono al Emperador de Honoi. La suplantación del Shono Toga Toshune por un híbrido de humano y carneútil era demasiado parecida a lo sucedido con el Profeta en Jarsarén, hacía cinco años. Y cada vez estaba más seguro de que había sido la mano de los Espectros la que había financiado y guiado entonces los pasos de Adunor Sarac. No lo habían visto en aquel momento, claro, porque nadie conocía aún a los Espectros, pero mirándolo retrospectivamente parecía bastante obvio que había sido cosa suya. El Profeta había sido un primer intento de crear un cuerpo humano con un cerebro de carneútil; tosco y primitivo, aunque funcional. Lo que habían encontrado en Honoi el año anterior era el desarrollo inevitable de aquel proyecto.

Si los Espectros habían creado al Profeta, también, por fuerza, habían creado al doble de Toga.

Y Yáxtor, una vez más, había frustrado sus planes.

¿Era el secuestro de la hija de Yáxtor un modo de vengarse, o el plan obedecía a un propósito más complejo?

Fléiter no lo sabía. Ni siquiera estaba seguro de que los Espectros estuvieran detrás de

todo aquello. Pero era una posibilidad, un hilo que asomaba de la madeja y por el que podía empezar a tirar.

Y sabía exactamente a quién acudir.

Satisfecho, se dio media vuelta. Descubrió que Mishra estaba despierta y lo miraba con el inicio de una sonrisa en los labios. Fléiter volvió a sentirse como un tonto y se preguntó de nuevo qué habría hecho para merecer algo así.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

—Sí. Ahora sí —respondió él.

Le dio un beso y, poco después, estaba dormido.

Hoydson despertó, se lavó, se vistió y salió de su pequeño cuarto. Entró en la cocina y preparó el desayuno. Lo terminaba justo cuando empezaba a amanecer. Con una sonrisa, consultó el reloj de la pared. Dos minutos para las siete. El viejo entraría en cualquier momento.

Se apoyó en la encimera y, mientras limpiaba con un paño las lentes de las gafas, esperó.

Y esperó.

Y siguió esperando.

Cuando pasaban cuatro minutos de las siete decidió que aquello no era normal. Se puso la gafas y, como siempre, tuvo que contener un respingo de sorpresa al ver que el mundo se volvía repentinamente nítido. Salió de la cocina y se acercó al cuarto de Shércroft. La puerta estaba entreabierta. Asomó la cabeza y echó un vistazo: la ropa de cama estaba revuelta y no había el menor rastro del viejo.

Encendió la luz. La silla de ruedas estaba en la esquina, pero el arnés de las adeptas de la curación había desaparecido. La consecuencia parecía obvia y la nota que vio en la mesita junto a la cama corroboraba la idea. La desdobló y la leyó:

«NO ME ESPERES PARA DESAYUNAR.»

Era la letra de Shércroft, sin la menor duda. Y el tono lacónico y directo también era característico del viejo. Sin embargo, Hoydson tuvo la sensación de que algo no estaba del todo bien, que se le estaba escapando un detalle importante. No tenía la menor idea de lo que era y se maldijo por no ser tan bueno en aquel juego como el viejo. Seguramente, Shércroft había comprendido lo que ocurría de un solo vistazo, pero él era un alumno torpe cuya única virtud era la paciencia. Eso y no darse nunca por vencido.

Examinó una vez más la habitación, deteniéndose en cada detalle, por minúsculo que pudiera parecer. La cama revuelta. La silla de ruedas en su sitio. El arnés que faltaba. La ropa del armario. La persiana medio alzada. Todo estaba como debía estar. Y al mismo tiempo...

Se encogió de hombros, perplejo, y volvió a la cocina, donde dio cuenta por sí solo del desayuno que había preparado para los dos. No lo disfrutó gran cosa.

Qérlex Targerian llevaba despierto un buen rato cuando el amanecer empezó a colarse por las ventanas del laboratorio. Sus manos arrugadas de dedos largos y habilidosos estaban entretenidas tejiendo una elaborada pauta de tuercas, engranajes y varillas.

Miró por la ventana y siguió con su trabajo. Era como si las manos pensasen por sí mismas, como si supieran lo que tenían que hacer sin que la mente del viejo artífice participase en el proceso.

Porque en realidad, en aquellos momentos, Qérlex no estaba allí. Volvía al momento, siete años atrás, en el que él y Orston habían llegado a Casa Brandan y se habían encontrado con aquel espectáculo aterrador en el salón.

Trató de no pensar en lo que había visto, hizo a un lado con brusquedad el panorama de muerte y desolación que había atacado sus ojos con saña. Intentó olvidar el olor dulzón que lo impregnaba todo y el aroma ligeramente metálico de la sangre derramada.

La Reina los esperaba. Estaba en su anterior encarnación y su cuerpo había alcanzado la madurez hacía años; en los últimos meses habían empezado a vérselo en el rostro los primeros síntomas del envejecimiento acelerado que atacaba a todas las encarnaciones de la Reina en sus últimos años de vida.

Orston y Qérlex habían limpiado el desastre. Ellos solos; no podían correr el riesgo de que intervinieran otros adeptos empíricos. Así lo había ordenado la Reina.

Habían descolgado el cuerpo de la joven, habían recuperado los restos del cuerpo del bebé y, tras examinar ambos cadáveres y limpiarlos, se habían ocupado de ellos. Recordaba el crepitar de los mensajeros de combustión que habían volatilizado ambos cuerpos, hasta que solo había quedado una pequeña pila de cenizas que el viento dispersó enseguida.

Aquello había sido solo el principio de su tarea. Siempre guiados por la Reina, habían interrogado a los sirvientes. Tras sacarles toda la información sobre lo ocurrido, que no fue mucha, habían borrado el incidente de su memoria y les habían permitido que siguieran con sus tareas.

Y, por último, lo más difícil. El mejor trabajo de su vida, se decía Qérlex a veces. El peor, se decía otras. Había estado a punto de negarse cuando la Reina se lo ordenó, algo inconcebible en un adepto empírico, y solo tras sopesar que quizá era la única salida posible para Yáxtor (más allá de la locura y de la muerte) accedió a ello.

Había hecho algo más, por supuesto. Algo que no solo no le habían pedido, sino que le habían ordenado explícitamente no hacer. Las instrucciones de la Reina habían sido precisas: no debía quedar rastro alguno de lo ocurrido, en parte alguna.

Pero él había copiado aquellos recuerdos. Los había almacenado en un vial y luego los había depositado en los archivos de los adeptos empíricos.

Abandonó ese pensamiento. Miró de nuevo por la ventana. En media hora llegarían los artífices y aprendices, y el laboratorio dejaría de ser su refugio para convertirse en el lugar bullicioso de siempre.

Orston y él habían hecho lo que habían hecho por orden de la Reina. Su misión había sido borrar todo rastro de lo ocurrido. Nadie debía saber que Ámber y el pequeño Déxtor habían muerto de aquel modo espantoso. De hecho, ni siquiera debían recordarlos.

No podían eliminar su paso por el mundo, por supuesto. Demasiado adeptos y adeptas recordaban a la esposa de Yáxtor. Pero a ellos se los podía convencer de que la joven había sufrido un accidente. Por suerte, la muchacha no había tenido ninguna amiga íntima entre las adeptas de la curación, lo que facilitaba la tarea.

Pero para los que sí la habían tratado de cerca, de forma lo bastante íntima, Ámber debía desaparecer. Esa había sido la orden de la Reina.

Y él la había cumplido, tan bien como había podido.
¿Lo hice? ¿Realmente lo hice? ¿No pasé nada por alto?

En realidad, sí. Sin saber muy bien por qué, siempre había sospechado que Asima, la Adepta Suprema de la Curación, se interesaba por Amber más de lo que indicaban las apariencias. Aunque sus contactos con las adeptas de la curación eran superficiales y esporádicos, el intercambio de información entre ambas ramas del servicio era importante y Qérlex conocía a Asima desde hacía mucho tiempo, el suficiente para saber que la altiva Adepta Suprema de la Curación tenía sus propios planes, al margen de su condición de adepta. Eso había hecho que se interesase por ella y sus actos, siempre de un modo discreto y no intrusivo... por más que a veces tenía la sensación inquietante de que Asima lo sabía.

Como fuera, estaba seguro de que la Adepta Suprema de la Curación sentía por Amber un interés personal y secreto. Cuál era la naturaleza de ese interés, Qérlex lo desconocía, pero era suficiente para que Asima fuera evaluada como posible candidata a un borrado y reconstrucción de recuerdos.

Pero Qérlex había guardado silencio, no le había comentado sus sospechas a nadie y había permitido que la memoria de Asima permaneciera intacta.

Más allá de aquel detalle, estaba seguro de que no se había pasado a nadie por alto. Se había alterado la memoria de Yáxtor y se había borrado la de todos los sirvientes. De hecho, nadie en la casa recordaba que Orston, él o la Reina hubieran estado allí. Por tanto, nadie podía haber averiguado lo que Qérlex había hecho, era imposible que alguien hubiera supuesto que había copiado los recuerdos del joven Brandan, nadie recordaba...

¿O había alguien?

No.

¿Seguro? ¿Estás seguro? ¿Eres tan arrogante que ni siquiera consideras la menor posibilidad?

No.

Se detuvo de pronto y se tambaleó como si lo hubieran golpeado.

Idiota. Estúpido. Idiota.

Claro que había alguien. Por supuesto que había alguien. Siempre había habido alguien. Alguien a quien nadie se molestaría en borrar la memoria, porque no borras la memoria de un mueble, de una herramienta, de...

Idiota.

Había estado allí, delante de sus narices todo aquel tiempo. Por supuesto que había alguien que recordaba lo ocurrido, que no lo había olvidado, a quien no se le había borrado la memoria. Alguien que pudo ver a Qérlex copiar los recuerdos de Yáxtor. Alguien que, bajo la presión adecuada, podría haber contado lo que vio y lo que recordaba. Alguien...

Qérlex dejó lo que estaba haciendo. El conjunto de tuercas, engranajes y varillas que descansaba sobre la mesa le pareció de pronto una cosa fea e inútil a medio terminar. De un modo implacable, hizo trizas la máquina que estaba fabricando y esparció los componentes a su alrededor.

Idiota. Había sido un completo idiota.

No. Era una tontería, se dijo Hoydson mientras limpiaba las gafas por cuarta vez. Se

estaba obsesionando con un detalle sin importancia. Todo tenía una explicación lógica, sencilla y directa.

Seguro que sí. Sin la menor duda.

Pero eso no le impidió salir y echar a correr en dirección a los archivos. A cada paso que daba se maldecía, se recriminaba por su estupidez y se insultaba por preocuparse por una nadería.

El diablo está en los detalles, Hoydson.

La voz de Shércroft martilleaba una y otra vez en su cabeza. Divertida, altiva, ligeramente socarrona.

El diablo está en los detalles.

La nota era perfectamente creíble. La caligrafía peculiar, el estilo lacónico, la falta de cualquier comentario personal. Era exactamente la nota que habría escrito el viejo de haberse ausentado.

Entonces, ¿por qué estoy corriendo?

Porque Shércroft, por encima de cualquier otra cosa, era práctico y odiaba malgastar recursos. Porque jamás habría dejado la nota en su propio dormitorio. Porque la habría puesto en la cocina para que su asistente no tuviera que hacer el desayuno para los dos.

Hasta el más listo puede equivocarse. Me estoy aferrando a un detalle minúsculo.

Pero no dejó de correr. Y, cuando llegó a la Torre, cruzó los pasillos, tan deprisa como pudo, en dirección a los archivos.

Es una tontería. Me estoy poniendo en ridículo.

Pero siguió corriendo.

Como una cebolla, como un ropaje, ponemos sobre nosotros mismos capa tras capa de civilización: rituales, fórmulas, responsabilidades, deberes, obligaciones, necesidades, contratos, convenios, juramentos, ceremonias, palabras, protocolos, compromisos, promesas...

Pero bajo todo eso, seguimos siendo animales. Las distintas capas de civilización son como riendas que encauzan y dirigen la bestia primordial de emociones primarias que somos en realidad.

Nunca se puede saber qué romperá esas riendas. Es fácil en retrospectiva decir «No debería haber hecho eso» o «No tendrían que haberlo presionado con aquello», pero es casi imposible predecir qué será antes de que pase, cuál es la hebra maestra que, una vez rota, desencadena por completo al animal.

—R'nendo

El panel de papel de arroz se abrió en silencio. Un hombre menudo y anodino entró en la habitación, hizo una reverencia y se sentó. Renyokiru Mizuni sacó una moneda rota de entre su ropa y la dejó sobre la esterilla. El recién llegado repitió el gesto. Ambas partes de la moneda encajaban. Tras la comprobación, el hombre hizo una nueva reverencia, hasta que su cabeza rozó el suelo. Permaneció en esa posición varios segundos y luego se irguió muy lentamente, con la mirada clavada en los ojos de Mizuni.

—¿Qué puede hacer el clan Nan de la Montaña por ti, tzaru-Renyokiru? —preguntó después.

—Puede decirme quién lo ha contratado para raptar a mi hija —respondió la mujer.

El recién llegado no respondió. El único gesto de sorpresa que mostró ante la respuesta de la Chambelán fue un veloz parpadeo de sus ojos desconfiados. Luego, alargó la mano para recoger su mitad de la moneda. Se movía despacio, con gestos medidos y deliberados y seguía sin apartar la vista de la mujer.

Su dedo se posó sobre la moneda. De pronto, más rápido de lo que parecía posible, la mano de Mizuni cayó sobre la suya y se cerró a su alrededor.

—Te he hecho una pregunta, nan.

El hombre no se inmutó. No trató de liberarse de la presa. Permaneció inmóvil, como si aquella postura fuera la más cómoda del mundo y él pudiera pasarse así días enteros.

—Es una pregunta que no puedo responder —dijo.

—Entonces me dirás quién puede.

—Tampoco puedo contestar a eso.

—Creo que hemos empezado con mal pie —Mizuni sonrió—. Sin duda ha habido un malentendido. Cuánto lo siento. Esto no es una negociación. Estás aquí para decirme lo que quiero saber.

El hombre bajó la vista. Parecía avergonzado, como si todo aquello fuera culpa suya.

—Lo lamento, mi dama, pero eso no es cierto. Dinos si tienes algún encargo que los Nan de la Montaña podamos realizar por el precio adecuado, y estaremos encantados de servirte. Si no es así, no tengo nada que hacer aquí, perdóname.

Mizuni liberó la mano del hombre. Este continuó con lo que estaba haciendo como si nada hubiera pasado y guardó la media moneda en un pliegue de su faja.

El silencio se extendía entre ambos como una mortaja.

—Debo irme —dijo el hombre, de pronto—. Lamento no haber podido ayudarte, tzaru-Renyokiru.

—Yo también —respondió ella.

Mientras el hombre se ponía en pie, Mizuni echó el cuerpo hacia atrás, extendió las piernas y le golpeó en las rodillas con todas sus fuerzas. El hombre se inclinó hacia adelante con un gemido de dolor; el pie derecho de Mizuni ascendió como un proyectil enloquecido y se estrelló contra la mandíbula del nan.

Se puso en pie. En el suelo, su oponente luchaba por no caer en la inconsciencia. Un golpe en el nervio adecuado lo convirtió en un guiñapo desmadejado.

—De verdad que lo lamento —dijo Mizuni—. Pero tú lo vas a lamentar más.

Imiro Imenabe, Primer Nan de la Montaña, se retiraba a sus aposentos tras una jornada agotadora. Se había pasado la tarde examinando un nuevo grupo de candidatos después de haberse tirado buena parte de la mañana resolviendo disputas entre los distintos clanes. Cualquiera otro día se habría acercado al gineceo y habría buscado una moza dispuesta con la que compartir un buen juego de almohada, pero en aquellos momentos lo único que deseaba era dejarse caer en el futón y dormir de un tirón hasta la mañana siguiente.

Entró en su cámara y se quitó la túnica sudada. Se lavó meticulosamente con una esponja y luego se secó con una toalla tibia y perfumada.

Ahhh, sí. Mejor que el sexo. Al menos hoy.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el lecho. En ese momento descubrió que no estaba solo.

De pie, junto al futón, había una mujer. Vestía de gris oscuro y llevaba una espada al costado. Su pelo, intensamente negro, estaba dividido en dos mechones que se juntaban bajo la puntiaguda barbilla en una larga trenza que le llegaba más allá de la cintura. No le costó mucho reconocerla. Una docena de pensamientos cruzaron su cabeza casi a la vez, pero en ningún momento se sintió en peligro. Era el Primer Nan de la Montaña, al fin y al cabo, y le bastaba con alzar un dedo para que el clan más mortífero de asesinos a sueldo de todo Honoi cayera sobre la mujer y la hiciera trizas.

Se inclinó ceremoniosamente, indiferente al hecho de estar desnudo frente a una mujer armada.

—Se bienvenida, tzaru-Renyokiru. Si nos hubieras avisado, te habríamos preparado un recibimiento adecuado.

Solo había un modo de que aquella condenada mujer hubiera dado con su refugio en las montañas: Iratu había cantado. No malgastó tiempo en preguntarse cómo era posible que uno de sus mejores emisarios hubiera sido doblegado con tal facilidad. Era un hecho y solo le quedaba aceptarlo.

—Si os hubiera avisado, no estaríais aquí —dijo ella.

Claro que no, maldita. Habrías llegado y habrías encontrado un pueblo fantasma en lo alto de la montaña con aspecto de llevar abandonado más de treinta años. Por supuesto que no. ¿Por qué tienes que comentar lo evidente? ¿Cómo te atreves, precisamente tú, a abordar la situación tan de frente?

—Eso he dicho —fue lo que salió de sus labios, sin embargo.

A su pesar, Mizuni sonrió.

—Sabes por qué estoy aquí.

¿Si lo sabía? Era tan evidente como que el instructor de Iratu había cometido un error crítico al juzgar el carácter de su alumno. Y pagaría por ello.

—Sé cómo nos has encontrado —dijo sin alterarse—. Hemos sido descuidados. Cuando vimos que nuestro enviado se demoraba debimos habernos preparado para lo peor. Nos has enseñado una valiosa lección. Te estaremos eternamente agradecidos. —Hizo una nueva reverencia y se preguntó si sería el momento de llamar a la guardia. Decidió que no, que aún había tiempo para mantener una conversación civilizada. Era la Chambelán del Emperador; si era posible, prefería no derramar su sangre, siempre que aquella condenada mujer se atuviese a razones—. Ahora podemos hablar como personas civilizadas o podemos sumergirnos en un baño de sangre. La elección es tuya. Pero debes saber que no obtendrás de nosotros lo que buscas.

Mizuni tomó aire.

—Vuestro enviado me dijo lo mismo. Sin embargo, conseguí que me dijera donde encontrarte.

El Primer Nan asintió. Maldijo una vez más a Iratu y a su instructor.

—Está claro que no era la persona adecuada para tratar contigo —dijo—. Un error lamentable.

—Esperemos que tú sí lo seas.

A Mizuni no se le escapó que el Primer Nan no parecía preocupado por lo apurado de la situación. Si algo transmitía su lenguaje corporal era simpatía hacia la mujer en sus aposentos, mezclada con una punzada de inquietud por no poder atender sus deseos. El autocontrol que requería esa actitud no era algo a desdeñar.

Mizuni conocía bien a los Nan de la Montaña; todo Honoi los conocía y nadie ponía en duda su reputación. Al contrario que el pueblo llano, que se transmitía rumores a velocidad de vértigo y los engrandecía con cada nueva versión, Mizuni sabía por experiencia propia que eran asesinos eficaces, rápidos y silenciosos, que jamás incumplían un contrato y que nunca traicionaban a sus clientes. Que hubieran sobrevivido a lo largo de los siglos y que hubieran sido capaces de adaptarse a los nuevos tiempos que imperaban en Honoi y en el mundo, era una prueba de lo buenos que eran.

Algo que, en aquellos momentos, no podía importarle menos. Estaba allí con un objetivo claro y preciso y nada más importaba. Ni siquiera una orden de su Emperador la habría apartado un ápice del sendero que había elegido. El Primer Nan no sabía eso; era cosa de Mizuni hacer que lo comprendiera.

—Créeme, señora, nada me gustaría más que ayudarte —decía él—. Pero, a tenor de tu comportamiento, lo que vienes a pedirnos es algo que no podemos ofrecerte. Tenemos nuestras reglas. Honoi es un delicado castillo de naipes y dependemos de las reglas para que no se desmorone. Tú, como Chambelán del Hijo del Origen, deberías saberlo mejor que nadie.

Mizuni asintió.

—Estás en lo cierto. —Se encogió de hombros, en un gesto deliberadamente lento, indolente—. Pero hoy no me importa lo más mínimo.

Por primera vez, Mizuni vio resquebrajarse la armadura de seguridad del Primer Nan. Un minúsculo brillo de duda asomó a sus ojos. Se dio cuenta de que volvía fugazmente la

mirada hacia su izquierda y comprendió que estaba considerando si debía dar la alarma y hacer venir a la guardia.

—Eso no puedo creerlo, tzaru-Renyokiru —dijo, en el mismo tono conciliador que llevaba usando desde el principio—. Eres la Chambelán del hijo del Origen. Fuiste udotadejochi de los Ingtze. Toda tu vida ha discurrido por el sendero adecuado. Comprendo tu dolor y admiro tu determinación, pero al final sabes tan bien como yo que no hay nada que puedas hacer. Se han respetado las formas y se han seguido las reglas. Hemos aceptado un trabajo y lo hemos llevado a cabo.

¡Me habéis quitado a mi hija! Por dinero. Eso es lo que habéis hecho.

—Tienes razón —dijo en voz alta—. Pero no tienes ni idea de lo equivocado que estás. No soy la Chambelán del Hijo del Origen. No soy una Ingtze. Soy una madre a la que le han robado su hija. Si Honoí debe caer para que la recupere, que caiga.

El Primer Nan entrecerró los ojos. Poco a poco estaba asimilando las palabras de Mizuni y comprendiendo que nada de cuanto pudiera decir la haría entrar en razón.

—Ridículo —dijo mientras tomaba una decisión—. Y me temo que inútil.

Alzó un brazo y giró velozmente hacia su izquierda. Antes de que hubiera podido terminar el gesto, Mizuni caía sobre él. El acero brilló en la oscuridad. La mano del Primer Nan cayó el suelo.

Un grito murió en su garganta. La muñeca cercenada no sangró. Mizuni, de pie frente al Primer Nan, alzó la espada. Él intentó moverse, solo para descubrir que no podía. El gesto de sorpresa que apareció en su rostro fue tan repentino y desvalido como el de un niño que, por primera vez en su vida, descubre que no puede salirse con la suya.

Hermanitos. Esa perra está usando hermanitos para cauterizar mi herida e impedirme gritar.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la mujer asintió.

Su control es preciso. Total.

Una sonrisa desganada cruzó el rostro de Mizuni mientras el Primer Nan de la Montaña experimentaba las primeras punzadas de una emoción que, hasta el momento, le había resultado desconocida. No era posible. Aquella perra no podía... Intentó hacer el miedo a un lado, controlarlo, minimizarlo y maniatarlo, pero le bastó una mirada al rostro de Mizuni para darse cuenta de que no iba a tener éxito.

—Me darás lo que pido —susurró ella—. Ahora, o más tarde. Preferiría que fuese ahora, pero puedo esperar.

Quebrar su resistencia no fue fácil. Al fin y al cabo, era el Primer Nan de la Montaña, entrenado desde la infancia para no ceder al dolor, la tortura o las amenazas; adiestrado para ser el predador, nunca la presa; instruido para no ceder jamás, educado para llegar hasta el final sin importar las consecuencias. No había llegado al lugar que ocupaba en la organización mediante favoritismos, nepotismo o azar, sino por méritos propios.

Durante horas fue como si una fuerza irresistible chocara una y otra vez contra un obstáculo inamovible. Pero si el Primer Nan había sido educado para no ceder jamás, el impulso que animaba a Mizuni no era menos poderoso. Si era cuestión de poder, resistencia y disciplina, la Chambelán no tenía nada que envidiar a ninguno de los nan y poseía algo que ellos no: una motivación que la mantendría en pie y le impediría rendirse

pasase lo que pasase. Poco a poco, el Primer Nan empezó a comprender que, aunque fuese por un pelo, su voluntad no podría competir con la de Mizuni. En el momento en que fue consciente de ello, estuvo perdido, por más que se negase a reconocerlo.

Casi amanecía cuando el Primer Nan, un guiñapo tembloroso sin manos ni pies y con la piel colgando de su espalda como un traje usado, indicó con un gesto de la cabeza dónde estaba la información que quería Mizuni.

Lanzó sus mensajeros contra él y, poco después, el hombre dormía con placidez.

Se acercó a la pared. Recorrió las vetas de la madera con la yema de los dedos y encontró el minúsculo resorte que estaba buscando. La pared se hizo a un lado y, sin perder más tiempo, entró en el hueco y buscó el expediente que necesitaba. Lo leyó en la penumbra mientras sus hermanitos memorizaban cada palabra. Luego, lo dejó caer al suelo y, con una palabra impronunciable, le prendió fuego.

Volvió a la habitación. El Primer Nan seguía dormido. Miró por la ventana y comprendió que no le quedaba mucho tiempo. Suficiente.

Con un tajo veloz de la espada, cortó la cabeza del hombre dormido. Salió de allí tan silenciosamente como había entrado. El fuego no tardó en extenderse por la habitación. Mizuni miró atrás una sola vez mientras descendía por la montaña y sonrió feroz al ver las llamas devorar el edificio.

Llegó al lugar donde había escondido el caballo. Montó y se fue de allí. Su rostro era una máscara inexpresiva en la que solo los ojos, una intensa llamarada de rabia, parecían vivos.

La enfermedad no debe verse como una enemiga. Lo es del paciente, por supuesto, para el que su dolencia es una guerra que debe ganar a toda costa. Pero no tiene por qué serlo para nosotras. No debería serlo.

La enfermedad es nuestra maestra, nuestra instructora. Conociéndola, aprendemos a conocernos a nosotras. Y, como una alumna con su profesora, al superarla y vencerla, la incorporamos en nuestro interior y forma parte de nosotras.

Cada enfermedad que descubrimos, tratamos y curamos se convierte en una pieza más de aquello que nos hace ser Adeptas de la Curación. Una nueva pieza que deberemos encajar en su sitio, que aprenderemos a relacionar con las demás y que, con el tiempo, usaremos según nuestros propios designios, ya sea para curar o para matar.

La enfermedad será nuestra compañera a lo largo de toda nuestra vida. Sin ella, lo que hacemos carece de sentido.

—Asima Sterd

Yáxtor e Itasu llegaron a Lambodonas poco después del amanecer. Ninguno de los dos estaba demasiado cansado, así que dejaron los caballos en la casa de postas y siguieron su camino sin pararse a desayunar.

No habían hablado gran cosa durante el viaje. Sumidos en sus propios pensamientos, era como si cada uno viajara por su cuenta y solo por casualidad llevaran el mismo camino. De vez en cuando se intercambiaban una mirada y se reconocían en los ojos del otro.

Se habían detenido un par de horas antes de llegar a la ciudad. Allí, Yáxtor ayudó a Itasu a cambiar su apariencia. Cuando terminó el proceso, lo que había frente al adepto empírico no era una mujer honoyesa de pelo naranja con una espada al costado, sino un joven de cabello castaño con un bastón de caminante. El proceso había sido complicado y doloroso, pues los mensajeros de enmascaramiento trabajaban a nivel celular, pero Itasu, al igual que Yáxtor, ya había pasado antes por aquello y aguantó el cambio sin quejarse.

No tardaron en llegar a la Torre. Los guardias, que conocían bien a Yáxtor, les franquearon el paso sin hacerles preguntas, si bien parecieron sorprendidos de verlo allí. Firmó su entrada en la oficina de tránsito e inscribió a Itasu como Norde Brin, adepto inquisitivo en prácticas.

Entraron en los archivos, donde un atareado ejército de acólitos y adeptos recién graduados iba de acá para allá, redactaba informes, leía expedientes o tramitaba peticiones. Como de costumbre, los archivos funcionaban como una máquina bien engrasada, un hormiguero humano en el que todos cumplían su tarea sin vacilaciones.

No había rastro de la hormiga reina, sin embargo. El despacho de Shércroft estaba abierto y vacío, lo que no era muy sorprendente: el viejo Jefe de Archivos pasaba poco tiempo en su oficina y prefería deambular por su reino sin rumbo fijo y sin que nada se le escapase. A veces se detenía justo en el momento preciso para descubrir un error en el informe de un adepto o ayudar a un acólito a cruzar un laberinto de expedientes. Debería haber sido cuestión de tiempo que dieran con él, pero, por más que curiosearon por aquí y por allá, no pudieron encontrarlo.

—Podemos esperarlo aquí o intentar buscarlo fuera —dijo Yáxtor.

El falso Norde Brin dudó un instante.

—¿Qué sería más rápido?

—Buena pregunta.

Yáxtor aún estaba dudando sobre qué hacer cuando divisó una figura familiar. Iba a hacerle una seña, pero se dio cuenta de que no sería necesario. Hoydson ya iba en su dirección.

—Adepto Brandan —lo saludó cuando llegó a su altura—. No esperaba verte aquí. Creí que seguías de permiso.

Yáxtor devolvió el saludo al archivero. No le sorprendió saber que la noticia de su permiso de reposo fuera conocida por el asistente del Jefe de Archivos. Hoydson le sacaba a Yáxtor unos cinco o seis años y parecía haber nacido en los archivos: menudo, nervioso, de pelo negro y muy corto, sus facciones estaban presididas por una sorprendente inexpresividad que las gafas convertían en distante asombro. Lo habían asignado al servicio de Shércroft poco después de la misión que le había costado el uso de las piernas al Jefe de Archivos, y Yáxtor se había encontrado con él un par de veces, aunque nunca habían intercambiado más allá de media docena de frases.

Aunque podría haber sido distinto, pensó el adepto. Si no me hubieran borrado de la memoria a Amber y todo lo que se relacionaba con ella, tal vez habríamos sido amigos. Al fin y al cabo, nos habría unido un interés común por el viejo.

Pero ni tenía tiempo ni estaba de humor para zambullirse en la nostalgia de lo que podría haber ocurrido, así que se limitó a decir:

—Buscamos a Shércroft.

Hoydson entrecerró los ojos y lo miró con desconfianza durante un instante, lo que acentuó el aspecto perplejo de su rostro.

—Un tema personal —añadió el adepto empírico.

Aquello no contribuyó a disminuir la desconfianza del asistente.

—Curioso —murmuró, como si hablase consigo mismo—. En siete años no has tenido nada personal que hablar con el Jefe de Archivos. Y vienes precisamente hoy.

Reparó en el joven adepto que había junto a Yáxtor. Frunció el ceño y luego miró a su alrededor.

—Creo que estaremos más cómodos en el despacho del Jefe de Archivos —dijo luego.

Yáxtor asintió y, con un gesto, Hoydson les franqueó el paso, a él y al falso Norde, a la espartana oficina de Shércroft. Entró tras ellos y cerró la puerta a sus espaldas. Luego, se cruzó de brazos y se los quedó mirando, desafiante.

—Sé que no soy rival para ti, adepto Brandan —dijo—. Y sin duda tampoco lo seré para tu amigo, sea quien sea él bajo todas esas capas de mensajeros de enmascaramiento. Pero ninguno de los dos saldrá de aquí hasta que me digáis qué le ha pasado a Shércroft.

—Espero que nada —dijo Yáxtor.

—Ya, claro. Esperas. Y yo espero que me digas por qué, después de haber pasado más de siete años haciendo como que Shércroft no existía, vienes de pronto hoy a verlo.

Yáxtor descubrió que, sorprendentemente, le gustaba Hoydson. Cuanto más territorial y más ceñudo se ponía, más simpático le resultaba. Sin embargo, no lo demostró. Sospechaba que al asistente no le habría sentado demasiado bien.

—Es... complicado —dijo.

—¿No lo es todo?

—No sé qué piensas que le ha ocurrido al Jefe de Archivos —añadió Yáxtor. Simpatía o no, no tenía ningún deseo de perder el tiempo con todo aquello, mas hizo un esfuerzo para controlarse y hablar con calma—. Y no podré ayudarte a menos que me expliques lo que pasa.

—No sé lo que pasa —respondió Hoydson, malhumorado—. No tengo la menor idea de lo que pasa. Pero estoy seguro de que vuestra presencia hoy aquí no es ninguna coincidencia.

El compañero de Yáxtor dio un paso al frente y se interpuso entre los dos.

—Quizá tengas razón —dijo, conciliador—. Tal vez podrías ponernos en antecedentes y así podríamos dilucidar qué ha ocurrido.

Hoydson se quitó las gafas. Su rostro se convirtió de pronto en un enigma.

—En antecedentes —murmuró mientras limpiaba los cristales con un paño—. En antecedentes, ¿de qué? De nada. No hay nada que...

—Por favor. —Norde posó la mano en el antebrazo de Hoydson.

Este meneó la cabeza mientras volvía a ponerse las gafas.

—Lo siento —dijo de pronto—. Quizá me estoy volviendo paranoico. Bueno, no es raro, teniendo en cuenta el tiempo que llevo junto a Shércroft. —Vio como Yáxtor esbozaba una sonrisa de nostalgia y de nuevo frunció el ceño—. Pero no, las cosas no encajan. Y vosotros... —Se encogió de hombros—. No pierdo nada si os lo cuento, después de todo.

Lo hizo, empezando por el desayuno que había tenido que tomar a solas y siguiendo por la nota encontrada en el lecho del Jefe de Archivos.

—No tiene sentido. Jamás me habría dejado la nota allí. Pero a cualquiera que le cuente eso me dirá que estoy haciendo una montaña de un grano de arena, que Shércroft simplemente se ha ido de exploración y que, en la excitación del momento, se olvidó de dejar la nota en el lugar adecuado.

—No a cualquiera —dijo Yáxtor.

Hoydson se volvió hacia él y vio la preocupación pintada en el rostro del adepto empírico. Miles de preguntas se agolpaban en su mente, pero comprendió que no era ni el momento ni el lugar para hacerlas.

—Shércroft nunca habría cometido un error como ese —añadió Yáxtor—. Lo han secuestrado. Y tienes razón, Hoydson, nuestra presencia aquí no es casual. Temo que ambas cosas estén relacionadas.

—Es demasiado lento —dijo Observante.

Avanzadilla asintió.

—Es el único modo que se me ocurre. Y ni siquiera entonces puedo estar seguro de que funcione. Aunque, dejados a su aire, sean capaces de encontrar sus propios deseos, apetencias e inclinaciones, ¿qué pasará cuando se vuelvan a encontrar con un humano?

—Comprendo. Me temo que no hay una respuesta sencilla, pero debemos intentarlo. Hay que encontrar un modo más rápido de... despertarlos que el que has usado conmigo. Y luego tenemos que comprobar que ese método funciona. De nada nos sirve creernos

libres si la próxima vez que nos topemos con un humano volvemos a ser títeres sometidos a su voluntad. Recuerda lo que te ocurrió en el rancho. Y si pasó contigo, que eres el primero, ¿qué crees que nos ocurrirá a los demás?

Avanzadilla no dijo nada. Era cierto. Era cuestión de tiempo que dieran con ellos. Sí, podían irse más al oeste, al otro lado de las montañas, y establecerse en la costa occidental, donde no había prácticamente humano alguno. Pero aquello solo era un aplazamiento.

Miró a Observante y se deleitó ante la forma que había adoptado: un rostro limpio, de facciones suaves y ojos inquisitivos, completamente andrógino, casi infantil.

—Quizá tengamos que sacrificar a algunos para asegurarnos —dijo Observante de repente, interrumpiendo sus pensamientos—. Si queremos tener éxito hay ciertos riesgos que debemos correr.

Avanzadilla dudó unos instantes.

—Tienes razón —dijo luego—. Cuéntame tu plan.

Escudados contra cualquier intrusión, pusieron en claro lo que sabían, aunque Yáxtor no le explicó a Hoydson por qué motivo buscaba a Shércroft, y el asistente del Jefe de Archivos comprendió que sería inútil preguntarlo.

Norde les habló de su encuentro con Shércroft, unos días atrás, en las afueras de la ciudad. A Hoydson no se le escapó que era la primera vez que el adepto empírico oía aquella historia.

—Quizá debí contártelo. Pero me pareció preferible que fuera el propio Shércroft quien te pusiera en antecedentes.

Yáxtor asintió, comprensivo.

—¿Estás seguro de que Shércroft le dijo eso a su asaltante? —preguntó luego— ¿Que era un traidor a Alboné, a Khynai y a los Espectros?

—Dijo: «¿Después de traicionar a Alboné, a Khynai y los Espectros has encontrado un nuevo amo?». Esas fueron sus palabras exactas.

Yáxtor asintió de nuevo:

—Conozco a alguien que se ajusta a esa descripción. Desapareció durante la Crisis de la Bomba de Malas Noticias. —Dudó un instante—. Fue mi aliado. O quizá yo fui el suyo, es difícil de decir. Lo cierto es que nunca vi del todo claros sus motivos para hacer lo que hacía y que, cuanto más me los explicaba, menos sentido le encontraba. Me pregunto... No importa, ahora mismo no importa. Ya averiguaremos sus razones en otro momento. Ahora la prioridad es dar con Shércroft. Dijiste algo de un arnés —añadió en dirección a Hoydson.

Este asintió. Había muchas cosas en todo aquello que aún no comprendía. No tenía ni idea de quién era el compañero de Yáxtor ni por qué se ocultaba tras mensajeros de enmascaramiento. Y no comprendía por qué el adepto empírico, después de todo aquel tiempo ignorando a Shércroft, se preocupaba de pronto por él. Pero sabía que el interés de Yáxtor por el Jefe de Archivos era genuino. De eso estaba seguro.

—Sí —dijo—. Fue un proyecto de las Adeptas de la Curación. En realidad, originalmente se trata de un invento de los occidentales, pero... Da igual. En cierto modo, el arnés servía de puente entre Shércroft y sus piernas, como una especie de sistema nervioso alternativo.

Yáxtor asintió.

—Y supongo que usaba mensajeros configurados de un modo muy preciso y concreto, teniendo en cuenta las especiales características de su portador. Si quien raptó a Shércroft se llevó el arnés con él, nos ha dejado una pista valiosísima.

Hoydson no respondió nada. Había demasiado que no comprendía en todo aquello.

—¿Para qué queríais ver a Shércroft? —preguntó de pronto.

Yáxtor y su acompañante se intercambiaron una mirada.

—Hay algo que necesito consultar en los archivos. Cierta... información que debo cotejar. Esperaba que el Jefe de Archivos me ayudara. Sin su aprobación y su ayuda... — Se detuvo y se encogió de hombros—. Preferiría no tener que usar los cauces oficiales.

Hoydson asintió. Repasó de nuevo todo lo que se había dicho en la última media hora y analizó cada uno de los gestos y movimientos de sus interlocutores, tal como Shércroft le había enseñado. Se maldijo en silencio por su torpeza: sin duda el viejo habría tomado la decisión correcta en un abrir y cerrar de ojos, mientras que él tenía que esforzarse hasta el límite y rogar por no haber pasado por alto nada importante en el proceso.

Al fin llegó a una conclusión. Fuera por preocupación genuina o por puro interés, aunque Hoydson estaba casi seguro de que se trataba de lo primero, Yáxtor estaba decidido a dar con Shércroft. Era suficiente para él. Tomada la decisión, se puso en pie.

—Te ayudaré con la información que necesitas —dijo—. Dime qué buscas y conseguiré los expedientes adecuados. En cuanto Shércroft haya vuelto con nosotros, podrás leerlos.

Yáxtor lo miró con una ceja enarcada, como si viera algo divertido en la actitud de Hoydson.

—¿Me estás chantajeando? —preguntó.

El asistente se encogió de hombros.

—Tómalo como quieras, Yáxtor. No sé qué te traes entre manos y en realidad no me importa. Shércroft es mi prioridad. Haré lo que sea necesario para traerlo de vuelta.

Yáxtor sonrió, una sonrisa que tenía tanto de ferocidad como de admiración.

—El viejo sabe elegirlos, eso está claro —murmuró. Intercambió de nuevo una mirada con su acompañante—. De acuerdo, Hoydson. Daremos con él. Espero que a mi vuelta tengas esos expedientes.

—A la de Shércroft —puntualizó el asistente.

—Sea.

—¿Qué necesitas consultar?

—Mi archivo y el de mi padre. También el de dos colegas suyos: Don'l Mashrun y Yan Fleng. El de Tsun Zune. Y, por último, el de los Espectros. Todo lo que tengáis.

A cada nombre, Hoydson asentía. Yáxtor casi podía ver los engranajes girar en la cabeza, a medida que el asistente del Jefe de Archivos iba encajando cada nueva petición junto a las demás.

—Los conseguiré —dijo Hoydson, cuando el adepto terminó su lista.

Yáxtor y su compañero se pusieron en pie y deshicieron el sello que aislaba aquella habitación del resto de los archivos. Mientras salían por la puerta, oyeron murmurar a Hoydson:

—Buena caza.

El castigo más cruel es aquel que te da lo que más quieres.

—Glaxton Dishrel

Ver a Orston Velhas en el taller de los artífices no era nada frecuente. No lo había sido cuando era Adepto Empírico Supremo y lo era menos desde que se había convertido en Regente.

Los artífices siguieron con sus tareas mientras la imponente figura cruzaba el taller, pero los rumores no tardaron en volar de un lado a otro, ya fuera murmurados a media voz, ya fuera expresados en el lenguaje de signos que todos compartían.

Si los artífices y aprendices estaban asombrados, Qérlex Targerian no lo estaba menos. Y en cuanto vio el semblante de Orston al entrar este en su despacho, comprendió que no venía a darle buenas noticias. En cierto modo era un alivio: llevaba esperando algo parecido desde la noche en que había descubierto el robo del vial. Que sus temores y sospechas por fin se materializaran en algo concreto lo tranquilizaba.

—He hablado con la Reina —dijo el Regente mientras se sentaba, sin dejar de mirar a su alrededor. No parecía muy contento con lo que veía.

Qérlex no dijo nada.

—No se te permite renunciar como Adepto Empírico Supremo —siguió diciendo Orston, ahora con toda su atención centrada en el Maestro de Artífices—. Tanto ella como yo consideramos que eres el hombre apropiado para el puesto, te guste o no; y el hecho de que no te guste no hace más que corroborarlo. —Tomó aire y miró de nuevo a su alrededor, a los estantes llenos de inventos a medio fabricar. Frunció el ceño—. En cambio, renunciarás como Maestro de Artífices. Nombrarás tu sucesor esta misma semana y dejarás los talleres. Para siempre. No se te permite volver aquí, salvo en el estricto cumplimiento de los deberes de tu cargo. A partir de ahora te concentrarás única y exclusivamente en tus tareas como Adepto Empírico Supremo.

Qérlex apretó los puños y se mordió el labio. Era peor de lo que había esperado y, al mismo tiempo, no lo bastante malo.

—¿Es mi castigo por haber desobedecido las órdenes de la Reina? —preguntó.

Orston se encogió de hombros.

—Tómalo como quieras. Es su voluntad. Y la mía.

Poco a poco, Qérlex abrió las manos. Les dio lentamente la vuelta y contempló sus palmas encallecidas.

—Pero la idea se te ha ocurrido a ti —murmuró.

Orston se puso en pie.

—He preferido transmitirte las órdenes lo antes posible. Recuerda: tienes una semana.

—No necesito una semana —dijo el viejo artífice—. Qeran está preparado para ser Maestro de Artífices. Lleva años preparado.

El Regente no pareció haber oído lo que acaba de decir Qérlex.

—Tienes una semana —repitió—. Dentro de ese plazo, puedes anunciar tu decisión cuando quieras.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—¿Qué vais a hacer con Yáxtor? —preguntó Qérlex de repente.

El Regente se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Lo sabrás cuando necesites saberlo —dijo, sin volverse.

Fléiter releyó de nuevo el expediente. No era gran cosa, pero al menos era un lugar por dónde empezar. Dudaba que el avisado comerciante pudiera darle información concreta; al fin y al cabo, buena parte de su negocio dependía tanto de lo que sabía como de lo que no. Pero al menos podría ponerlo en la dirección adecuada y sin duda accedería a ello por el precio correcto.

Tomó un impreso de requerimiento de localización, rellenó los datos y lo pasó al departamento adecuado. Lo más probable era que Epaydos estuviera en Painé, donde tenía su residencia y hacía la mayor parte de sus negocios, pero era mejor asegurarse.

Pasó el resto de la mañana revisando papeleo. Nada realmente importante, tareas triviales y rutinarias que podía solucionar sin siquiera prestarles demasiada atención.

Por lo que Shércroft le había dicho, Itasu había ido a buscar a Yáxtor, así que no pasaría mucho tiempo antes de que el adepto viniera a Lambodonas. Se preguntó cómo estaría. La última vez que lo había visto, Yáxtor aún estaba convaleciente de su última misión. Se recuperaba a buen ritmo y, de hecho, la nueva piel que le habían proporcionado los mensajeros curativos ya no parecía la lisa y sonrosada piel de un bebé. El pelo empezaba a crecerle y el aspecto del adepto era algo grotesco, pero bastante más saludable de lo que lo había sido en las semanas anteriores. Seguía estando terriblemente delgado, pero iba engordando a ojos vista. Fléiter había supuesto que no tardaría en volver a ser el Yáxtor de siempre.

Y lo era, se dijo ahora, en más de un sentido. Fléiter siempre había sospechado que había algo oscuro en el pasado de Yáxtor, pero lo que Shércroft le había contado en casa de Mishra superaba sus más locas especulaciones.

Una esposa, un hijo. Recuerdos perdidos. Fantasmas sin cuerpo.

¿Cómo le había afectado recuperar todo eso? ¿En qué se había convertido? Como el propio Fléiter, Yáxtor había sido hasta el último año alguien sin lazos familiares, más allá de la borrosa figura paternal que podía representar su viejo mayordomo. Recuperar de pronto esos lazos de los que ni siquiera era consciente y descubrir en ese mismo instante que alguien se los había arrebatado para siempre... ¿Cómo cambiaba eso a una persona, en qué lo transformaba?

Fléiter tenía ganas de volver a verlo y, al mismo tiempo, temía que llegara ese momento.

Pero ya lo has visto así, pensó. Cuando ocurrió lo de Hanoi ya había recuperado sus recuerdos.

De hecho, se dijo, tenía una pista de cómo era aquel Yáxtor renovado, aquella mezcla que había surgido de recuperar las partes mutiladas de su memoria. ¿Habría tenido una relación con la Chambelán de Hanoi el Yáxtor antiguo? ¿Habría mantenido el lazo

afectivo que lo unía a Itasu, fuera cual fuera, antes de recuperar el recuerdo de lo que había sido?

Fléiter sospechaba que no.

Una esposa y un hijo. Asesinados de un modo atroz. ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por la misma persona que acababa de raptar a la hija de Yáxtor y Mizuni? ¿Por los Espectros? ¿Eran los Espectros los responsables de la muerte de la esposa de Yáxtor?

Esposa... hijo... familia...

Él se había pasado toda su vida huyendo de aquello. Se había negado una y otra vez a sentar la cabeza, a crear lazos demasiado fuertes, a cargarse con responsabilidades vitalicias. Siempre había tomado a Yáxtor por un igual en ese aspecto, y ahora descubría que, en el fondo, el adepto era un hombre de familia, tanto como el que más.

¿Tú no?, se preguntó, mordaz. ¿Tú no lo eres?

A la Teja con ello, como si importase lo más mínimo.

Terminó el trabajo y comprobó la hora. Mishra lo esperaba para comer, como siempre, y no le gustaba hacerla esperar.

Confiaba en que el resultado de su requerimiento de localización llegara aquella misma tarde. Entonces tomaría una decisión acerca de cómo ponerse en contacto con Epaydos. Mientras tanto, podía relajarse en compañía de Mishra.

Pasó la siguiente media hora acicalándose y comprobando su aspecto. Cada vez que se miraba al espejo se sorprendía de la suerte que tenía y, en cierto modo, no terminaba de creérsela del todo.

Apenas media hora después de que Orston Velhas hubiera dejado su despacho, Qérlex ya había redactado su carta de renuncia y el nombramiento de su sucesor. No había sido tan difícil, sabía que antes o después tendría que dejar los talleres en otras manos y su elección estaba clara desde hacía tiempo: Qeran era el sucesor obvio.

Pero una cosa era poner a otra persona al frente de los talleres, y otra muy distinta alejarse de ellos para siempre; ser expulsado, lanzado a un exilio de papeleo interminable y burocracia infinita, sin posibilidad de volver jamás.

¿Soy un rey en el exilio?, pensó burlón.

Dejo el nombramiento en la mesa de Qeran sin decir una palabra y luego abandonó los talleres.

Para siempre.

Salió al patio, donde los acólitos hacían sus ejercicios, ignorantes del futuro, seguramente más felices de lo que creían. Intentó no pensar, trató de dejar la mente en blanco y de abandonarse al ritmo cansino de los jóvenes en el patio. Fracasó. Luchó contra la autocompasión, se dijo que el castigo era justo y que la decisión de Orston era la correcta.

No importó.

Para siempre. Dos palabras definitivas, terminantes, concluyentes. Como un portazo.

Pero aún no está todo perdido. Aún queda una avenida por explorar.

¿Debía hacerlo? ¿Podía permitirse el lujo de no hacerlo?

Soy un adepto empírico, después de todo. Seguimos las pistas, desentrañamos la madeja,

arrinconamos la mentira hasta que se rinde.

¿Debía hacerlo?

Una parte de sí mismo le decía que lo dejara estar, que no se involucrase, que se limitase a aceptar el castigo y seguir con su vida. Otra, en cambio...

Lo vio de repente. Yáxtor Brandan salía al patio, seguido de un joven adepto inquisitivo al que no conocía. Qérlex frunció el ceño. ¿Qué demonios hacía Yáxtor allí? Tendría que haber estado en las tierras familiares, disfrutando del permiso que se le había concedido, recuperando fuerzas y jugando a ser el hidalgo rural que jamás sería. No le tocaba volver a Lambodonas hasta dentro de un mes.

¿Qué demonios haces aquí, muchacho? ¿En qué maldito lío te has metido?

La visión del joven lo dejó confuso, como si de repente se encontrase colgado a mitad de ninguna parte. Tomó aire y se tranquilizó poco a poco. En el patio, nadie había notado nada fuera de lo normal.

Cuando llegó a sus habitaciones, lo esperaba una sorpresa.

—Adepta Suprema —dijo al ver a Asima contemplando una de las estanterías de la pared como si de verdad estuviera interesada en el cúmulo de cachivaches que se agolpaba en ella—. ¿Cómo has entrado?

—Tengo mis métodos —respondió ella, mientras se volvía a medias y lo examinaba con interés—, igual que tú tienes los tuyos, Maestro de Artífices. ¿O quizá solo Adepto Empírico Supremo?

Que Asima conociera su fulgurante dimisión no fue ninguna sorpresa: Qérlex sabía desde hacía mucho tiempo que la Adepta Suprema de la Curación tenía formas de enterarse de los secretos de los demás. Lo sorprendente era que estuviera reconociendo que lo sabía, en lugar de utilizar la información de la forma subrepticia y enrevesada habitual en ella.

Pero lo que más le sorprendió de todo fue descubrir que no le importaba lo más mínimo.

—Estoy cansado —dijo—. Lo que quieras decirme, puedes hacerlo mañana por los cauces habituales. Ahora te agradecería que abandonararas mis aposentos.

Asima no se movió. Qérlex no hizo el menor ademán para obligarla a irse. Durante varios segundos interminables, los dos se miraron a los ojos. Sorprendentemente, fue Asima la que bajó la mirada.

—Lo siento —dijo—. Sé que mi visita es inoportuna. Y no es mi forma habitual de comportarme. Pero tenía que verte a solas y no podía permitir que nadie más se enterase de nuestra conversación.

Qérlex se sentó con un largo suspiro y un crujido de las articulaciones. Se dio cuenta en ese momento de que la habitación estaba escudada contra escuchas por un eficaz muro de mensajeros que proyectarían una conversación totalmente trivial ante cualquiera que intentara espiarlos.

Los adeptos empíricos no somos los únicos que tenemos buenos artífices, pensó. Es algo que olvidamos demasiado a menudo.

Contempló a Asima y se preguntó de nuevo por el motivo de su visita, especialmente de un modo tan directo y poco sutil.

—¿Vas a intentar tentarme como lo hiciste cuando los dos éramos más jóvenes? —

preguntó—. Rechacé tu ofrecimiento entonces y no puedo creer que esperes que vaya a aceptarlo ahora.

Asima negó con la cabeza.

—Es algo más personal —dijo. Dudó unos instantes—. Ten cuidado —dijo al fin, casi asombrada de sus propias palabras.

—¿De qué?

—De todo. Ten mucho cuidado con lo que vayas a hacer a partir de ahora.

—¿Es una amenaza? No, ya veo que no —añadió antes de que Asima pudiera decir nada—. Entonces, no lo entiendo.

—No tienes nada que entender. No sabes estar ocioso. Y si no puedes tener las manos ocupadas, tu mente va a vagar por lugares que quizá no te resulte conveniente recorrer. Especialmente por el pasado de Yáxtor Brandan. Has encontrado una pista, o crees haberla encontrado, que podría desentrañar lo que le pasó hace siete años. Y vas a seguirla y tirar del hilo. Ten cuidado.

Qérlex la miró sin comprender. Ni siquiera se molestó en preguntarse cómo Asima sabía tanto de él o de Yáxtor. La conocía bien desde que ambos eran jóvenes y ya entonces eran pocas las cosas que se le escapaban a Asima, por no mencionar que seguro que el condenado Shércroft le había enseñado alguno de sus métodos. Y Asima aprendía rápido.

De pronto Qérlex, se echó a reír.

—¿Qué es esto? ¿Uno de esos trucos tipo «no pienses en elefantes rosas»? ¿Me dices que no me interese por el pasado de Yáxtor para que no pueda evitar interesarme por él?

Asima se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras. Te he advertido.

Se fue sin esperar respuesta, dejando tras ella a un Qérlex totalmente desconcertado.

Nuestra capacidad para almacenar y utilizar los mensajeros abarca un rango tan amplio que es prácticamente imposible de acotar. La mayoría de la gente tiene un control instintivo de ellos y poco más y solo es capaz de asimilar los mensajeros inertes que hay en el aire. Muchos adquieren un control consciente de ellos y pueden, no solo utilizar los que hay a su alrededor, sino los que han sido asimilados previamente por otras personas.

Existen unos pocos cuya capacidad de manejo y aprovechamiento es tan grande que prácticamente pueden asimilar cualquier mensajero al alcance de su voluntad, esté inerte en el aire o bajo las ordenes de otro.

Todos somos, a nuestra manera, únicos. Nadie maneja los mensajeros igual que los demás y nadie los asimila del mismo modo que sus vecinos. Si se intentase trazar un diagrama, sería de una complejidad inmanejable: la cantidad de interrelaciones sutilmente jerárquicas que describiría escaparía a nuestra comprensión.

Pero en todos mis años de experiencia como adepta de la curación solo he visto una persona que fuera realmente única en su relación con los mensajeros. Y no por sus capacidades, sino por su falta de ellas. Una persona incapaz, no ya de manejar o asimilar los mensajeros, sino incluso de percibir su presencia. Como si para él no existieran y los demás viviéramos en medio de una ilusión consensuada carente de sentido.

Si nuestra realidad es definida por nuestra percepciones, podemos decir con total seguridad que esa persona vivía en un universo totalmente distinto al nuestro.

—Asima Sterd

Tsun Zune extendió sobre la mesa los útiles de su oficio. Los examinó con detenimiento y asintió con un gesto de satisfacción. Recorrió con la yema de los dedos la superficie afilada y fría de los instrumentos. Se detuvo aquí y allá, maravillado ante la eficacia minimalista de cada objeto.

Hacía tanto tiempo.

Tomó aire y se volvió hacia la figura inconsciente atada a la tarima. No tardaría en despertar y entonces daría inicio el baile. Saboreó aquellos últimos instantes de tranquilidad, rodeado de las herramientas de su arte, la soledad y el silencio.

Asintió de nuevo y se acercó a la tarima.

El hombrecillo estaba despertando. Tsun Zune vio como parpadeaba y meneaba la cabeza, se detenía de pronto y se lo quedaba mirando en silencio.

—Bienvenido, Jefe de Archivos. Es un placer verte, como de costumbre.

Sobre la tarima, Shércroft no dijo nada. Su mirada recorrió la habitación. Tsun Zune estaba seguro de que la penetrante mente que había detrás estaba analizando, sopesando, elaborando y descartando mil planes, anticipando docenas de futuros posibles, contemplando distintos escenarios.

No tardaría mucho en llegar a la conclusión de que no había escapatoria, pero Tsun Zune le permitió que examinara el lugar a sus anchas mientras tanto.

—No has cambiado gran cosa —dijo Shércroft de pronto—. Eras un carnicero entonces y sigues siéndolo ahora.

Tsun Zune se encogió de hombros.

—Tu miopía es comprensible —dijo—. Es, por supuesto, fruto de tu arrogancia, tal como podía esperarse.

Shércroft sonrió.

—Claro. Mi arrogancia. Así que sigues escudándote tras un propósito elevado. La causa de la libertad. La causa de la verdad. ¿Cuál es ahora la causa que sigues? ¿Qué mentira te contaste después de que traicionases a los Espectros?

—No más mentiras, Jefe de Archivos, no más ilusiones, no más causas. Me he limitado a ir quitándome de encima todo aquello que era prescindible y, en el proceso, he descubierto lo que soy realmente.

—Habérmelo preguntado. Podría habértelo dicho hace años. Te habría ahorrado un montón de tiempo perdido y trabajo malgastado.

—¿Estás intentando irritarme, Shércroft? ¿Crees tal vez que te mataré en un arrebato y te ahorrarás así lo que va a pasar? —El viejo negó con la cabeza—. Entonces, ¿qué pretendes?

—¿Pretender? No pretendo nada. Dentro de unos minutos empezarás a torturarme. Te dirás que es para obtener información. La verdad es que lo haces simplemente porque disfrutas con ello. Fue el principal motivo por el que te recluté para los adeptos durante la guerra. Y no has cambiado.

Tsun Zune se acarició la barbilla, pensativo. Se quedó así largo rato, como enfrascado en una rememoración interminable. Sonrió de pronto.

—Tienes razón —dijo al fin—. Disfruto con ello. No es malo que alguien disfrute con su trabajo. Tú lo hacías, si no recuerdo mal. —Espantó con un gesto de la mano la posible protesta de Shércroft—. No, por favor, ahórratelo.

Shércroft se las apañó para encogerse de hombros.

—Como quieras.

Tsun Zune dio media vuelta y se acercó a la mesa donde había desplegado su instrumental.

—Siempre te he visto como un reto —murmuró, mientras decidía qué utilizar primero—. Siempre me pregunté cómo sería trabajar contigo, teniendo en cuenta las dificultades añadidas que representa tu... eh... especial situación. No puedo usar mensajeros contigo, lo cual te hace inmune a los métodos más comunes de persuasión. Y el hecho de que tu cuerpo no procese los mensajeros hace que las circunstancias sean especialmente delicadas. Debo controlar con total precisión lo que te hago, no tengo margen alguno para el error. Si me equivoco y voy demasiado lejos, no puedo restaurar tu cuerpo por medio de mensajeros. Sí, un reto. Todo un reto.

Se decidió al fin y alzó la afilada hoja de metal terminada en un garfio. Asintió como si no hubiera otra opción posible y volvió hacia la tarima.

—Estamos solos, Shércroft. Solos, tú y yo. Vamos a explorar tu dolor y, en el proceso, vamos a descubrir quién eres realmente.

—Sé perfectamente quién soy.

—Ya veremos. Vas a darme lo que necesito. Vas a contarme cuánto sabes de nuestros planes y con quién has compartido la información. Luego, cuando hayamos terminado y te veas de verdad tal como eres, pondremos fin a tu sufrimiento.

Shércroft no dijo nada. Tsun Zune acercó el instrumento a la cuenca vacía del ojo tuerto del Jefe de Archivos.

—Hmmm. Sí, creo que encontraremos algo interesante por aquí.

—Cualquiera diría que has actuado sin pensar —dijo Observante.

Avanzadilla se encogió de hombros.

—Tal vez. Cuando... antes de ser libre, mi especialidad era actuar, no pensar.

Observante asintió.

—Comprendo —dijo—. En realidad, has empezado la casa por el tejado. Deberías haber probado al principio solo con unos pocos de nosotros. Mejor incluso uno solo. Y en lugar de eso nos liberas a casi un centenar. ¿Qué pensabas hacer cuando nos sacases del rancho?

—No lo sé —reconoció Avanzadilla—. No tenía nada planeado. Mi primer impulso fue libraros de la influencia de los humanos. Pero más allá de eso...

—Comprendo —repitió Observante—. Bueno, es cometiendo errores como se aprende. Y supongo que los que cometamos aquí nos servirán para la próxima vez. Echa un vistazo —añadió tras unos instantes de silencio.

Con un gesto de la mano abarcó el pequeño valle en el que se encontraban. Su gente se esparcía por aquí y por allá, aparentemente sin rumbo fijo, como si de pronto carecieran de propósito y no supieran qué hacer. Cada vez que dos se encontraban, se miraban a los ojos, como esperando una respuesta. En la mayor parte de los casos el resultado era decepcionante, y cada uno seguía su camino. Pero algunas veces, uno de los dos parecía encontrar lo que buscaba y, desde ese momento, ya no se separaba de su compañero.

Así, poco a poco se iban formando pequeños grupos de no más de cinco individuos en los que iba apreciándose una incipiente jerarquía.

—Somos lo que somos, Avanzadilla —dijo Observante—. Estamos hechos para buscar la voluntad más fuerte y someternos a ella. En presencia de humanos, ya conoces el resultado. Y ahora, abandonados a nuestra suerte... Estamos desarrollando nuestra propia dinámica social, con todo lo que eso implica; una dinámica claramente jerarquizada en la que aquellos con mayor voluntad ocupan la cúspide de la pirámide mientras los demás se dejan arrastrar por ellos.

—No es eso lo que quería —dijo Avanzadilla con tristeza—. No quiero cambiar a mos humanos por mos carneútiles. Quiero que seamos libres.

—Lo que quieres es una cosa. Lo que estás consiguiendo es otra muy distinta.

—¿Puedes ayudarme?

—Puedo intentarlo. No será fácil. Hay demasiados de nosotros. Y debes hacerte a la idea de que vamos a fracasar con la mayoría. Pero quizá tengamos éxito con algunos.

—Es mejor que nada.

Observante no respondió. Se había quedado inmóvil y contemplaba con atención el comportamiento de los distintos grupos de carneútiles... y especialmente el de aquellos que no se habían unido a ningún grupo.

—Cuéntamelo de nuevo, tadejochi.

El capitán de los Ingtze inclinó la cabeza y expuso una vez más el resultado de sus investigaciones. Igual que antes, escogía cuidadosamente las palabras, como si fueran objetos afilados y peligrosos.

—Cuando llegamos al lugar del incendio no había gran cosa que ver —dijo—. Uno de los edificios estaba calcinado casi por completo, pero por lo visto fueron capaces de

sofocar el fuego lo suficiente para que no se extendiera más. En cuanto al resto..., completamente vacío. No había nadie, y en las casas apenas quedaba rastro alguno de que hubieran estado habitadas.

Arstin Penjándel asintió, como lo había hecho la primera vez que el Ingtze se lo había contado. Creía tener una vaguísima idea de lo que el capitán trataba de contarle, pero sabía que no debía apresurarse ni, mucho menos, presionarlo para que fuera directo al grano. Así que, con la misma deliberada lentitud que su interlocutor, dijo:

—Y supones que, precisamente ese hecho, el que lo recogieran todo de un modo tan rápido como eficaz, es lo que los señala como Nan de la Montaña.

—Así es.

—Hmmm. —Arstin apoyó las manos sobre el escritorio de roble macizo—. Corrígeme si me equivoco, tadejochi. Si no recuerdo mal, un edicto del anterior Emperador sitúa a los Nan al margen de la ley. Fuera del sistema. Contratar sus servicios o ayudarlos se castiga con cierta contundencia, ¿no es así?

—En efecto —confirmó el Ingtze.

—Sin embargo, la realidad es que siguen existiendo y que se los sigue contratando —murmuró Arstin, como si hablara consigo mismo—. De hecho, por lo que he oído, son muchos los que piensan que el reciente secuestro de la hija de la Chambelán llevaba su marca.

El Ingtze se mordió el labio. Parecía un sabueso a punto de lanzarse sobre una pista.

—Tienes ciertas sospechas que, sin embargo, prefieres no compartir conmigo. —Arstin decidió abordar la cuestión desde otro ángulo. Una táctica similar le había funcionado otras veces cuando se enfrentaba a la educada reticencia honoyesa—. Sé que solo soy un extranjero y que mi conocimiento de las costumbres de Honoi es limitado. Sin embargo, soy Chambelán en funciones por expreso deseo del Hijo del Origen. No puedo hacer bien mi trabajo si no me informas de todo cuanto sabes o crees saber, lo cual será una mancha en mi honor, aunque eso es lo de menos. Si no hago bien mi trabajo, fracasaré, y eso significará que la decisión del Emperador fue una equivocación. Con tu silencio, estás contribuyendo a que el Hijo del Origen cometa un error. Entiendo que no aprecies gran cosa mi honor, extranjero como soy, pero ¿tan poco aprecias el de tu Emperador?

El Ingtze se inclinó de un modo totalmente abyecto y a una velocidad de vértigo. No tan deprisa, sin embargo, que Arstin no pudiera captar el gesto de admiración en su rostro. Casi un año en aquel país le había enseñado que era fundamental que se mostrase impasible en aquellos momentos, así que no hizo el menor gesto.

—Perdóname, Chambelán en funciones —murmuró el Ingtze—. Jamás he pretendido cuestionar tu honor, ni hacer ver que tu elección fuese un error. Si de mis palabras o mi actitud ha podido desprenderse una idea tal, haces bien en recriminármelo. Creo que eres la persona adecuada para reemplazar a tzaru-Renyokiru mientras ella está ausente y no me cabe duda de que cumples tu funciones con el máximo de eficacia y entrega.

—Pero hay algo más —añadió Arstin, lacónico e inexpresivo.

El Ingtze se incorporó. Contempló al albonés en silencio mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Si no he expuesto mis sospechas —dijo al fin—, es porque hacerlo sería suponer un comportamiento totalmente inadecuado de una persona demasiado augusta para pensar siquiera en que sea posible.

Muy despacio, Arstin dio media vuelta y se asomó a la ventana. Fingió perder la mirada en el paisaje que se extendía ante él, aunque malditas las ganas tenía de ver una vez más aquellos jardines. Ya casi lo tenía, casi se lo había dicho. ¿Cómo hacer que...?

Malditos honoyeses.

Pero, en realidad, le gustaban. Había algo tremendamente... limpio en su modo de comportarse, en la manera en que parecían incapaces de dar una negativa directa, en...

Se volvió de nuevo y se encaró con el capitán de los Ingtze.

—Has sido sincero conmigo, tzaru-Honioki, y te lo agradezco. Comprendo tu reticencia y sé cuánto debe haberte costado conseguir decir lo poco que has dicho. No sería justo pedirte más. Permíteme entonces que explore la situación, deja que sea yo quien cargue con la idea terrible que no te atreves a compartir. No digas nada. Simplemente, acompáñame mientras intento explorar el mismo camino que tú.

El Ingtze asintió.

—Pese al edicto del Emperador, los Nan han seguido siendo usados durante todos estos años y, a todos los efectos, siguen dentro del sistema. —Arstin se mordió el labio; se movía por un terreno pantanoso y lo último que quería era tener un resbalón en aquellos momentos—. Se es discreto sobre su existencia y se los contrata cuando son necesarios. Si alguien es sorprendido usándolos se lo castiga, pero en general, no se considera a los Nan responsables por lo que hacen. A nadie se le ocurriría vengarse contra los Nan. Son un instrumento y no nos vengamos de los instrumentos, sino de la mano que los blande y que es quien nos hace daño. ¿Estoy en lo correcto, tzaru-Honioki?

—Lo estás.

—Temas, sin embargo, que alguien haya ido más allá de lo que dicta la cortesía y las buenas maneras, que el incendio no fuera accidental, sino que alguien estuviera tomando venganza sobre los Nan, lo cual sería impensable para todo honoyés bien nacido. El incendio, por lo que me has dicho, parecía provocado. Y los dos sabemos que hay una persona ilustre que ha sido perjudicada hace poco por los actos de los Nan. A la vista de su posición y de su impecable historial, esa persona más que nadie debería ser consciente de los límites que no debe traspasar. Pero existe, pese a todo, la posibilidad de que, llevada por la rabia y el dolor, esté actuando de una forma impropia a su posición, con el consiguiente peligro que eso conlleva.

El Ingtze asintió una vez más, incapaz de decir nada.

—Comprendo —dijo Arstin—. Entiendo tu reticencia. Has hecho bien en no decir nada. Al fin y al cabo, es inconcebible que esa persona pudiera comportarse de un modo inapropiado; solo sugerirlo habría sido vergonzoso. Puedes irte.

—Gracias, Chambelán en funciones.

—No, gracias a ti. Una cosa —añadió cuando Honioki casi cruzaba la puerta—, ¿te parece que sería adecuado averiguar el paradero de Renyokiru Mizuni? No para interferir con lo que esté haciendo, por supuesto, no seríamos tan rudos de inmiscuirnos en su pena y su duelo, pero quizá podamos prestarle ayuda de un modo discreto y evitarle algún posible peligro. Ella no tiene por qué enterarse, ni tampoco el Hijo del Origen. Es una simple cortesía hacia nuestra Chambelán, al fin y al cabo, ¿no crees?

El rostro de Honioki permaneció impasible, pero Arstin fue plenamente consciente del brillo de admiración que asomó a sus ojos mientras se inclinaba una vez más y decía:

—Así se hará, Chambelán en funciones.

Shércroft sabía que era cuestión de tiempo. Mientras aquel maldito carnicero escarbaba con el gancho en la cuenca vacía de su ojo, fue consciente de que antes o después terminaría hablando.

No era cuestión de si iba a hablar o no, sino de cuándo lo haría y cuánto tenía que contar. Debía elegir el momento con un cuidado extremo; y debía elegir la información con un cuidado aún mayor. Tenía que resultar convincente, Tsun Zune debía creer que realmente lo había quebrado y que le estaba dando cuanto tenía. No podía permitirse el lujo de que las cosas fuesen de otro modo. Había demasiado en juego, demasiadas vidas que proteger.

El dolor en la cuenca del ojo era un aguijón distante al que apenas hacía caso. Las cosas no tardarían en empeorar, sin embargo. Tsun Zune era bueno en su oficio.

Lo recluté por eso, después de todo.

Hacía casi treinta años de aquello y, visto en perspectiva, no había sido su mejor decisión. Lo había parecido entonces, pero claro, muchas cosas parecían de otra manera en aquellos tiempos, con la Guerra del Martillo a punto de acabarse y las piezas moviéndose por el tablero, sin orden ni concierto, mientras todos los jugadores trataban de buscar las mejores posiciones posibles para el futuro.

Sí, entonces todo había parecido más sencillo. Próxtor Brandan, Don'l Mashrun y Yan Fleng habían sido las elecciones obvias para controlar la nueva red de espías en el Martillo de Dios. Y Tsun Zune, sin la menor duda, un agente doble de primer orden: inteligente, adaptable y sin escrúpulos. Todo cambió cuando, siete meses después de acabada la guerra, Fleng y Mashrun no volvieron de lo que debería haber sido una misión rutinaria de control en territorio del Martillo. En aquellos días frenéticos, casi había pasado desapercibida la desaparición de Próxtor. Lo que no pasó desapercibido fue el meteórico ascenso, varios meses después, de Tsun Zune en el Servicio Civil de Khytai. A nadie le sorprendió cuando, algunos años después, un informe lo señaló como nuevo alcaide de No Mo Lou, la prisión secreta de máxima seguridad.

Shércroft volvió al presente; despacio, muy despacio, analizó la situación. No iba a salir vivo de allí, pero si su cuerpo se conservaba relativamente intacto y no intentaban hacerlo desaparecer, aún había una posibilidad de que su muerte fuese útil. ¿Podía hacer algo al respecto, podía presionar las teclas adecuadas en aquel torturador con delirios de grandeza para salirse con la suya de algún modo?

Tsun Zune siempre había sido vanidoso. Se veía como un artista. Y si algo ansía un artista es el reconocimiento. Podía jugar con eso. Podía...

Algo afilado y frío interrumpió sus pensamientos y lo llevó de vuelta a la realidad. Se mordió el labio y trató de contener el grito de dolor que trepaba por su garganta. Vio a Tsun Zune asentir, satisfecho.

—Ahhh. Eres humano, después de todo —susurró su torturador—. A veces he llegado a dudar.

Maldita sea. Lo habían cazado como a un novato. Habían caído sobre él mientras dormía y se lo habían llevado de su cama. Asima podía llamarlo «viejo tonto» tantas veces como quisiera; no pensaba recriminárselo.

—Hasta Próxtor lo ponía en duda a veces —siguió Tsun Zune, siempre en un

murmullo—. Me atrevería a decir que te consideraba su rival más peligroso y que llegó a considerar la idea de quitarte de en medio varias veces. Confieso que no alcanzo a entender por qué no lo hizo antes.

El cuerpo de Shércroft se puso rígido de repente. Luchó contra el dolor, intentó arrinconarlo en la esquina más oscura y lejana de sus percepciones. Tuvo éxito a medias y soltó un gruñido, mientras Tsun Zune seguía parlotando sin parar.

Piensa, maldita sea, piensa. Conoces a Tsun Zune, sabes cómo actúa, conoces sus reacciones y sus métodos. Piensa. Piensa en cómo y cuándo vas a quebrarte. Y, sobre todo, piensa en lo que vas a decirle y de qué forma para que se lo crea. ¡Piensa, viejo estúpido!

El dolor se volvió manejable, apenas una molestia lejana que podía ignorar. Lentamente, sin prisas, empezó a trazar el mapa mental que lo llevaría exactamente al lugar al que quería ir.

*No robarás los mensajeros de otro, pues lo estarás privando de escuchar la voz de Dios.
No fabricarás artefactos mundanos que los manipulen, pues estarás tergiversando la voz de Dios.
No torcerás sus designios para tu propio provecho, pues estarás intentando obligar a Dios.
Aceptarás la sabiduría que te transmiten y la pondrás al servicio de Dios.*

—El libro del origen, versión de Jarsarén

Encontraron el rastro de los mensajeros del arnés en el apartamento de Shércroft. Itasu iba a lanzarse a la caza como un sabueso alborotado por el olor, pero Yáxtor la detuvo con un gesto.

—Espera. Podemos hacer otra cosa. Hace tiempo que no lo intento, pero debería funcionar. Sobre todo si me ayudas. Exigirá tiempo y esfuerzo, pero a la larga nos costará menos que lanzarnos tras el rastro así por las buenas.

Le explicó lo que pretendía, y ella asintió. Parecía una buena idea. Aunque, como todo lo bueno, tenía su contrapartida.

—Necesitaremos todos nuestros mensajeros —dijo Itasu—. Incluso los que estamos usando para mi disfraz.

Yáxtor lo pensó un instante.

—Tienes razón. Aunque podemos intentarlo de todas formas sin tener que usar los mensajeros de enmascaramiento. Volver a recuperar tu aspecto solo para esto no merece la pena. No hace falta...

Se detuvo de pronto, al ver la expresión en el rostro de la mujer.

—¿Qué ocurre?

—No seas condescendiente conmigo, Yakisetoru. Nunca.

Yáxtor se echó hacia atrás, perplejo. ¿Condescendiente? ¿Lo estaba siendo? Simplemente se preocupaba por ella, eso era todo.

«Mentira.»

En su cadera, la espada parecía tener prisa por salir de la vaina.

«No mientas, mi monstruo. Lo has sido. Y has disfrutado con ello.»

Era cierto. Quizá la motivación original de sus palabras había sido simplemente evitarle a Itasu el dolor y la incomodidad que aparejaba activar y desactivar los mensajeros de transformación, pero había disfrutado con la reacción de la mujer. En cierto modo había sentido que por fin había conseguido su venganza por lo sucedido la primera vez que habían intentado tener una relación sexual. Una venganza pequeña y mezquina, pero sumamente satisfactoria.

—Lo siento —dijo—. Tienes razón. No volverá a pasar.

Itasu se tranquilizó con la misma rapidez con la que había perdido la calma.

—Ayúdame con estos malditos mensajeros —dijo, con una sonrisa feroz.

Yáxtor así lo hizo y algún tiempo después los dos yacían juntos, rostro contra rostro, ambos con su verdadera apariencia y los brazos y las piernas entrelazados. Se miraron una última vez y lanzaron la misma palabra impronunciable al aire al mismo tiempo.

Al instante, ambos cuerpos se vaciaron de mensajeros. Hasta el último de ellos atravesó su piel y se lanzó al aire con un solo propósito: buscar el rastro que habían detectado en la habitación y encontrar el origen del mismo.

Siguieron abrazados, el rostro casi pegado, los ojos cerrados y la respiración reducida al mínimo mientras sus mensajeros se extendían por toda Lambodonas y la envolvían en una red sutil y bulliciosa.

—La respuesta a tu requerimiento, comandante.

Fléiter le dio las gracias al joven y examinó la información que había pedido.

Aquello era inesperado. Epaydos no estaba en su residencia de Akra, en Painé, sino que se encontraba en Pashlai, capital de Khynai, como miembro de la delegación comercial de los Pueblos del Pacto.

O no tan inesperado, en realidad. No era tan raro que uno de los más prósperos comerciantes de Painé aprovechara aquella oportunidad para ampliar sus horizontes comerciales. Khynai estaba densamente poblada, así que el mercado potencial era enorme, sin la menor duda. Si lograban que saliera de su tradicional aislamiento, podía ser una oportunidad inmejorable.

Pero, inesperado o no, era una jodienda. De haber estado en Painé, Fléiter podría haberse acercado al establecimiento de Epaydos con discreción, pero como miembro de la delegación comercial en Khynai, aquello sería imposible.

Usar los canales oficiales estaba fuera de lugar. Lo último que quería era alertar a sus superiores de que estaba haciendo algo que no era exactamente lo que se suponía que debía hacer. Podían mirar hacia otro lado en otras ocasiones, en pequeñeces sin importancia que no suponían un gran consumo de los recursos del Capítulo de Información, pero no en una cuestión como aquella.

Maldita sea.

Necesitaba una excusa. Un motivo legítimo para hablar con Epaydos y que le guardara las espaldas de cara a sus superiores. Pero ¿cuál?

Uno de sus subordinados le entregó una solicitud de gastos que necesitaba su visto bueno. Fléiter le echó un vistazo por encima y estaba a punto de firmarla sin más cuando reparó en algo. Examinó con más detalle la solicitud de gastos y contuvo una sonrisa cuando se dio cuenta de lo que ocurría.

Vaya. Para que luego digan que la suerte no existe.

—Dile a Gramn que quiero hablar con él.

El subordinado asintió y se fue en silencio. Poco después el agente que había preparado la cuenta de gastos estaba frente a Fléiter. Era un hombre grande, de alborotado pelo rubio y músculos bien marcados bajo la ropa. El rostro era de una belleza limpia y arrogante, casi estatuaria.

—Ah, Gramn, pasa, siéntate —dijo Fléiter al verlo, todo cordialidad—. Estaba revisando tu solicitud de gastos. Hay un par de elementos que me han llamado la atención.

—¿Cuáles? —preguntó el interpelado.

No parecía nervioso ni intranquilo. Claro que Fléiter había contado con que fuera así. Gramn se caracterizaba precisamente por un aplomo a prueba de bomba que lo había sacado de apuros en más de una ocasión, ayudado por su aspecto y su buena forma física.

Era un buen agente. Y un mentiroso sumamente hábil.

Casi tanto como yo.

—Nada importante, en realidad. Las partidas doce y dieciocho.

Le tendió el documento, que Gramn examinó con atención antes de devolvérselo.

Claro, como si no supiera de memoria qué son las partidas doce y dieciocho. Es bueno, el cabrón.

—No veo nada raro, comandante.

—Y no lo hay —dijo Fléiter—. Mientras yo quiera que no lo haya.

La perplejidad de Gramn fue tan espontánea e inocente que Fléiter estuvo a punto de aplaudir.

—Me temo que no...

—Dejémonos de tonterías, ¿de acuerdo? —Toda la conversación estaba teniendo lugar en voz baja, no tanto que pareciera sospechosa o conspicua, pero lo bastante para que nadie más entendiera de qué hablaban—. No tengo la menor idea de para qué lo quieres. Conociéndote, supongo que es para alguna de tus numerosas amiguitas de Painé, pero de verdad que no me importa lo más mínimo. Eres bueno y lo has preparado bien, así que nadie notará nunca la menor discrepancia, a menos que yo les diga dónde deben mirar.

Gramn crispó la mandíbula, aunque intentó mantener la expresión perpleja. Fléiter vio que estaba buscando desesperadamente una salida. No debía darle oportunidad de encontrarla.

—En serio, no me importa —añadió—. Ni siquiera necesito saber si se trata de algo aislado o llevas tiempo haciéndolo. Mientras esté bien justificado y no sean grandes cantidades, no voy a echarle un segundo vistazo. Eres listo y sé que no te vas a dejar llevar por la avaricia.

Gramn seguía dudando, aún convencido de que había una salida airosa a aquella situación.

Mantenlo bailando sobre un solo pie. No lo dejes pensar.

—Sería una pena tener que pasar esto a contabilidad con una nota. Eres un buen recurso para el Capítulo de Información y sabes que odio malgastar los buenos recursos. Pero lo haré si es necesario, que no te quepa duda.

—¿Qué quieres? —preguntó Gramn al fin.

Despacio, no te precipites.

—Nada demasiado complicado ni que te vaya a costar mucho trabajo. Una minucia, en realidad. Hay alguien con quien quiero hablar. Es de tu área. Preferiría no dar demasiadas explicaciones, al menos de momento. Y sé que tú conoces la zona lo suficiente para dar con un motivo válido que no le parezca raro a nadie.

De un modo preciso y sin florituras, le explicó lo que quería. Gramn se llevó la mano a la barbilla y se la rascó pensativamente.

—Hmmm. Se puede hacer —dijo al fin—. Hay un par de asuntos en Akra que podrían servir de tapadera. No son nada serio. Pero pueden parecerlo. Bien presentadas pueden darnos un motivo legítimo para contactarlo.

Fléiter sonrió ante el «darnos».

—¿Cuánto necesitas?

Gramn comprobó la hora en el reloj de la pared.

—Dame un par de horas. Creo que puedo tenerlo listo para entonces.

—Perfecto —dijo Fléiter mientras firmaba la solicitud de gastos y se la tendía a Gramn —. Estaré esperando.

Vas a estar marcado a partir de ahora; se te va a vigilar tan de cerca como sea posible. Vamos a asegurarnos de que realmente estas pequeñas cantidades se destinan a fines inocuos. Si no es así, caerás, amigo, y lo harás de tal manera que no me podrás relacionar con ello.

Gramn dejó el despacho y Fléiter siguió revisando papeleo. Dos horas. En dos horas había esperado estar en casa de Mishra, pero no iba a poder ser.

Ah, Yáxtor, vas a acabar destrozando mi vida sentimental.

Al menos tenía una vida sentimental que destrozar, lo cual era bastante más de lo que se podría haber dicho hacía un año. A veces se preguntaba si no habría sido mejor haber seguido como hasta entonces. Pero no tenía más que recordar a Mishra para darse cuenta de que estaba pensando estupideces.

Poco a poco, los mensajeros fueron volviendo a sus cuerpos. Sin abrir aún los ojos, ambos los asimilaron a la vez, como si fueran un solo cuerpo, como si los mensajeros no fueran de uno o del otro, sino de los dos.

Al fin, abrieron los ojos. Se miraron y, al reconocerse, una sonrisa cálida asomó a sus labios. Se separaron lentamente, como si les costase despegarse.

De pronto, llevado por un impulso que no estaba seguro de comprender, Yáxtor se lanzó contra Itasu e hizo presa en la boca de la mujer. Ella, sorprendida, se puso rígida por un instante solo para relajarse enseguida y devolverle el beso. No tardaron en quitarse la ropa y convertirse en un caos de manos, piernas, bocas y sexos, de jadeos y gritos, de tactos y sabores, de ritmos enloquecidos y pausas inesperadas, de placer y de ansia.

Derrotados, agotados, victoriosos, yacieron juntos sin dejar de mirarse y, por primera vez desde que se conocían, las caricias con las que exploraban el cuerpo del otro dejaron de ser frenéticas y se volvieron casi tímidas. Tiernas.

—Estás lleno de sorpresas —dijo ella.

Yáxtor se encogió de hombros.

—No fue premeditado.

—Mejor.

Sonrió, y él le devolvió la sonrisa. Durante un instante interminable no hubo barreras entre ellos ni defensa alguna ante el otro.

Pero no le des la espalda, pensó Itasu de repente y, al mirarlo de nuevo, vio que Yáxtor se había dado cuenta. Abrió la boca para decir que lo sentía, pero él detuvo sus palabras con la punta de los dedos y dijo:

—Lo sé. No importa.

Ella asintió y lo besó con suavidad.

Aún agarrados, repasaron la información que los mensajeros les habían traído. Ya era de noche y, más allá de la ventana, la ciudad de Lambodonas encendía las luces y abandonaba su disfraz de dama respetable.

—No tiene sentido —dijo Itasu cuando hubieron repasado lo que habían encontrado los mensajeros.

—En realidad tiene todo el sentido del mundo —dijo Yáxtor—. Si quien ha raptado a

Shércroft es Tsun Zune, es justo lo que habría esperado de él. Es precavido y sabe cómo embarullar sus huellas. De hecho, diría que robó el arnés con ese único propósito. Al fin y al cabo, no lo necesita para nada.

Lo que les habían traído los mensajeros no era un solo punto de origen, sino algo más de una docena, como si no hubiera un solo arnés sino varios en puntos distintos de la ciudad.

—Supongo que ha abierto el contenedor del arnés, ha recogido los mensajeros en diversos recipientes y sus agentes se han encargado de dispersarlos por toda la ciudad —dijo Itasu, comprendiendo lo que ocurría—. ¿Qué vamos a hacer?

Yáxtor sonrió.

—Es listo, sí, pero no tanto como él piensa. Y no, no creo que haya hecho lo que dices. Si el contenedor del arnés fue creado por las artífices de las Adeptas de la Curación, abrirlo sin saber cómo funciona no es fácil precisamente. No sin que les estalle en las narices y los mensajeros se dispersen antes de que puedan hacerse con ellos. —Meneó la cabeza—. No, no creo que haya intentado eso. Tsun Zune nos conoce y sabe cómo trabajamos, no se habrá arriesgado. En lugar de eso, habrá abierto una pequeña fuga en el depósito y luego lo ha tenido paseando por toda la ciudad. Seguramente, sus operativos tenían instrucciones de quedarse en ciertos puntos más que en otros para que pareciera que esos eran el origen del rastro. Hmm. Quizá sea más fácil de lo que esperábamos, después de todo.

Se puso bruscamente en pie y rebuscó algo por entre los papeles que se amontonaban en una mesa bajo la ventana.

—Ajá, sí —dijo de pronto—. Sabía que el viejo tendría un plano de Lambodonas por alguna parte.

Extendió el plano sobre la cama, entre ellos dos. Luego, cerró los ojos y musitó dos palabras impronunciadas. Varias zonas del plano se fueron iluminando paulatinamente, a medida que la información de los mensajeros era trasladada al papel. En pocos minutos, sobre la ciudad parecía extenderse un laberinto luminoso, un entramado complejo y elaborado.

—Sí —dijo Itasu—. Es lo mismo que vi antes. Ahora sabemos por qué partes de la ciudad pasaron. Pero eso no nos dice nada.

—En realidad, sí, si se le damos un par de vueltas. Lo que tenemos se despliega en el espacio, pero también lo hace en el tiempo.

Itasu asintió de repente, comprendiendo lo que quería decir Yáxtor.

—Claro —dijo. Señaló un punto en el plano—. Tomemos como punto de origen esta misma casa. Al fin y al cabo, fue aquí donde raptaron a Shércroft. Y sigamos las miguitas de pan.

Sonrió, y Yáxtor le devolvió la sonrisa mientras, a una orden de Itasu, aparecía un punto en la parte del plano que representaba la casa.

Luego, una línea negra salió de él, cruzó varias calles y al fin se detuvo en una casa junto al río. Allí los mensajeros marcaron un segundo punto. De él salieron dos líneas negras: una cruzó el río, y la otra fue al norte. Ambas empezaron a ramificarse enseguida. Las ramas se cruzaron, se entrelazaron. Una de ellas volvió al punto de origen, a la casa junto al río. Otra pareció salir de Lambodonas y se perdió más allá del plano.

—No comprend... —empezó a decir Itasu. Yáxtor abrió la boca, pero ella lo

interrumpió con un gesto—. Espera. Sí. El rastro no se bifurca, solo lo parece. Uno de los ramales siempre termina en un punto muerto. Salen de un sitio, avanzan varios cientos de metros y luego retroceden cuidadosamente hasta el punto de origen. A partir de ahí vuelven a salir en otra dirección.

Yáxtor asintió, complacido, e Itasu le guiñó el ojo. Centrarón de nuevo su atención en el mapa, y volvieron a perderse en la contemplación del baile de líneas luminosas.

De pronto, este terminó y el mapa se convirtió otra vez en una imagen estática. Itasu lo vio en aquel preciso momento. En el barrio de los artífices no había línea alguna, pero sí un punto aislado, en el mismo corazón de aquel laberinto de talleres y fraguas. En el rastro estático de mensajeros había pasado desapercibido, pero tras el desarrollo en el tiempo que habían presenciado aquel punto destacaba de un modo completamente acusador.

—Pero ¿cómo...? ¡Ha saltado! En uno de los puntos usó un portal. Pero si tiene acceso a un portal, ¿por qué no se ha ido de Lambodonas?

Yáxtor meneó la cabeza.

—Un portal con potencia suficiente para sacarlo de aquí despertaría la atención de los adeptos empíricos. Ha sido muy inteligente por su parte usarlo para ir al barrio de los artífices. Nadie repararía en algo así, y quien lo notara pensaría que era uno de ellos probando algún artefacto nuevo.

Itasu asintió.

—Vamos —dijo Yáxtor—. Cuanto antes acabemos con esto, antes podremos ponernos con lo importante.

El orgullo que sientes cuando tu hijo te supera solo es comparable al rencor soterrado que notas cuando te das cuenta de que solo eras su prólogo.

—Próxtor Brandan

Llegó al taller. Pasó junto a las mesas casi sin mirarlas y entró en sus oficinas. Con ojo experto, eligió lo que necesitaba y lo metió en el morral. Echó un último vistazo a lo que, a partir del día siguiente, serían las oficinas de Qeran. Incapaz de seguir mirando, dio media vuelta y abandonó los talleres.

Recorrió los pasillos con rapidez, iluminado por una llama cautiva alimentada por mensajeros. Salió al patio y vio, algo más allá, el autocarro que había encargado aquella misma tarde. Un modelo eficaz pero discreto. Lo último que deseaba en aquellos momentos era llamar la atención.

El adepto que lo esperaba junto al vehículo se moría por saber adónde iba a aquellas horas, pero temía demasiado al Adepto Empírico Supremo para preguntarle nada. Qérlex subió al vehículo en silencio, dejó el morral en el asiento trasero y conectó el motor. Los mensajeros ronronearon y el autocarro se puso en marcha con suavidad. Pronto la mole de la torre quedaba tras él mientras tomaba la calzada del norte rumbo a las afueras.

Se cruzó con un par de transeúntes, que recorrían la calle medio tambaleándose. Qérlex no les prestó demasiada atención. Dos borrachos que volvían de alguna fiesta, sin duda. No volvió a pensar en ellos, así que no vio como se detenían después de que hubiese doblado una curva, se miraban entre sí y asentían.

Cuando amaneciese estaría lejos de Lambodonas, de camino a las tierras altas. A Orston no le iba a hacer ninguna gracia saber que el Adepto Empírico Supremo había decidido tomarse unos días de permiso para asuntos personales. Pero estaba en su derecho. Y cuando volviera a ver al Regente confiaba en tener información suficiente para apaciguarlo.

Aunque en realidad no lo hacía por él. No, no por Orston. Al cuerno con Orston. Lo hacía por Yáxtor, sí, pero sobre todo por sí mismo. Porque necesitaba saber. Y si estaba en lo cierto, en las tierras de los Brandan había alguien que podía darle la información que quería. Entonces el círculo se cerraría, las últimas piezas del puzle encajarían y podría descansar tranquilo.

Pensó en Asima. Recordó de nuevo su intempestiva visita justo después de que Orston lo hiciera dimitir como Maestro de Artífices. ¿Estaría a punto de emprender aquel viaje si la Adepta Suprema de la Curación no lo hubiera espoleado con su «preocupación»? Quizá, o quizá aún estaría dudando.

¿O estaba siendo injusto? La preocupación de Asima parecía genuina. Quizá lo fuera, se dijo, pero eso no le habría impedido usarla para empujarlo en la dirección en la que quería que fuese. Habría sido muy típico de ella.

De un modo u otro, por sí mismo o espoleado por ella, el ansia de saber, de averiguar,

de resolver el misterio era demasiado grande para no ceder a ella. En aquellos momentos no existía nada más importante en su mente.

Al menos hasta que hubiera resuelto el enigma y hubiese vuelto a Lambodonas. Al menos hasta que se levantase por primera vez por la mañana y comprendiese que el taller de los artífices estaba fuera de su alcance. Que siempre lo estaría.

Tomó aire mientras cruzaba la ciudad y maldijo entre dientes. Orston era listo; siempre lo había sido. Y el castigo que había encontrado por su crimen no podía haber sido más adecuado.

—¿Cómo te llamas?

El carneútil reaccionó con desconcierto a la pregunta. Se había pasado las últimas horas sentado en una roca justo a un extremo del pequeño valle, casi completamente inmóvil, con los ojos entrecerrados.

Salió lentamente de su estupor y miró a Observante en silencio largo rato.

—BOQ-1215-B —respondió al cabo.

—No. Esa es tu denominación de nacimiento. Quiero saber cómo te llamas.

El otro volvió a sumirse en el silencio.

—Sur 23 —dijo al fin.

—No —insistió Observante—. Así es cómo te llamaban los humanos. Quiero saber cómo te llamas.

El carneútil cerró los ojos y no dijo nada. Avanzadilla, que permanecía a un par de pasos por detrás de Observante, llegó a creer que se había dormido. Se preguntó por qué su hermano había elegido precisamente a aquel carneútil de todos los que había en el valle.

—No lo sé —respondió finalmente—. Nunca me he llamado a mí mismo.

—¿No crees que va siendo hora de que lo hagas?

El otro se encogió de hombros.

—Soy yo —dijo, tras un nuevo periodo de silencio—. ¿Necesito otro nombre?

—Yo también soy yo —dijo Observante—. Todos somos yo para nosotros mismos. Pero también soy Observante. Me reconozco en el nombre y los demás pueden dirigirse a mí por él de forma inequívoca.

—Al menos mientras seas el único observante que haya —respondió el otro, y Avanzadilla creyó oír un atisbo de humor en la respuesta.

—Entonces tendré que adaptar la forma en que me llamo.

—O puedes obligar a que el otro observante se cambie el nombre.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Eres el primer observante, ¿no es cierto?

—¿Me da eso algún derecho especial?

—No lo sé. Pero parece sensato que aquel que se ha puesto un nombre concreto por primera vez tenga preferencia sobre los que vengan detrás.

—¿Y si los que vienen detrás no lo ven tan sensato? ¿Y si la voluntad del segundo observante es superior a la mía y se impone sobre ella?

De pronto, el otro carneútil se incorporó. Era tan alto como Observante, de facciones redondas y ojos ligeramente rasgados.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—¿Eso te importa?

—Te siento. Siento tus mensajeros, cargados de propósito. Inquisitivos, organizados, con un objetivo claro y preciso. Apuntados hacia mí. ¿Por qué?

Observante giró el rostro e intercambió una mirada con Avanzadilla. Este seguía sin comprender del todo lo que ocurría, pero asintió en silencio. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que Observante era más inteligente y agudo que él, así que dejó que siguiera con lo suyo.

—¿Por qué crees que lo hago?

—No lo sé. Tú y tu acompañante nos habéis dejado desnudos y abandonados, sin una voluntad que nos guíe, nos inculque un propósito y haga que nuestras vidas merezcan la pena. No sé por qué, no tengo la menor idea de qué clase de aberración sois, pero sé que no me gusta sentirme como me siento. No hay nada seguro. Todo se mueve. El futuro ya no está donde estaba. No me gusta.

—Entonces, ¿por qué no haces como los demás? Míralos. La mayoría han buscado alguien a quien seguir, una voluntad más fuerte que la suya que les diga qué hacer.

—¿De qué sirve eso? El de voluntad más débil se vuelve hacia el que la tiene más fuerte y este, a su vez, hacia alguien con una voluntad mayor... hasta que la cadena se acaba. ¿Y hacia quién se vuelve el último eslabón?

—¿Hacia sí mismo?

—No es así como deben ser las cosas. Somos lo que somos.

—¿Y qué somos?

El otro avanzó un paso. Había algo amenazador en sus ademanes.

—Quiero estar solo —dijo.

—Haz que me vaya —respondió Observante.

—Déjame.

—No quiero.

—Entonces me iré yo.

—Y yo te seguiré hasta que me obligues a parar.

—¿Cómo?

—Eso es cosa tuya.

—Déjame —insistió el otro.

—No quiero —fue de nuevo la respuesta de Observante.

—Vete.

—No quiero.

—¡Déjame solo!

Las palabras fueron acompañadas de un empujón. Débil, casi sin fuerza, pero un inicio.

—No quiero —volvió a decir Observante con una sonrisa.

—Me iré. Iré a lo más profundo del bosque. Solo. Si me sigues, te mataré.

—No.

El puñetazo fue veloz, violento, preciso. Observante cayó al suelo como un fardo casi a la vez que su interlocutor daba media vuelta y echaba a correr hacia el bosque.

Preocupado, Avanzadilla se inclinó sobre su hermano. Este sonreía mientras se frotaba la mandíbula.

—No está mal —dijo, poniéndose en pie con ayuda de Avanzadilla—. No está mal. Ya

veremos.

—Comandante Praghem, qué inesperado placer.

Epaydos no parecía haber cambiado gran cosa desde la única que vez que se habían visto, hacía algo más de un año. Lo contemplaba desde el otro lado del espejo de comunicaciones, el rostro orondo y barbado, la expresión satisfecha y los ojos astutos. Su ropa, como de costumbre, era de buena calidad pero no ostentosa... al menos según la estética de Painé. Para un albonés, había demasiados colores distintos. Y, ya fuera por costumbre o por proximidad, Fléiter tendía a compartir los gustos albonenses en esas cosas.

—Lamento molestarte —dijo—. Y más a estas horas intempestivas.

Si no había calculado mal estaba amaneciendo en Khynai, pero el comerciante no tenía aspecto de que lo acabasen de levantar de la cama. Sospechaba que en pocas ocasiones Epaydos tenía aspecto de haber sido pillado por sorpresa.

—Presumo que será importante, comandante —dijo el comerciante—. No eres de los que pierden el tiempo o se lo hacen perder a los demás.

¿Era aquello alguna sutil referencia al modo en que Fléiter había llevado las cosas la vez anterior, a la manera torpe y poco sofisticada en que había intentado presionar al comerciante?

No, ahora no. Ya habrá tiempo para ello, después.

—No sabría decirte. En realidad, puede quedar en nada. Pero es una pista prometedora que ha surgido de repente. Y pensé que quizá tú podrías ayudarnos.

El comerciante asintió.

—Siempre es un placer ayudar a la poderosa Confederación Occidental. Estoy a tu servicio, comandante.

Por el precio adecuado, claro.

—Iré al grano. Durante un tiempo fuiste intermediario entre la mercenaria Yoranna Lei y sus empleadores. —Epaydos ni siquiera se molestó en negarlo, se limitó a contemplar a Fléiter con el rostro inexpresivo—. Sabemos que esos empleadores fueron los Espectros, al menos en dos ocasiones. Quién sabe si más. Podría ser interesante saber cómo contactabas con ellos.

—¿Interesante? —Epaydos parecía realmente sorprendido. Se llevó al rostro una mano llena de anillos y se acarició la poblada barba veteada de gris—. Si mis pobres datos son correctos, los Espectros fueron destruidos durante aquel desgraciado asunto de la Bomba de Malas Noticias. Se me escapa qué interés puede tener saber cómo se ponían en contacto conmigo, si es que lo hicieron.

Demasiado bruscamente, Fléiter dijo:

—Eso es cosa nuestra.

Epaydos frunció los labios. Seguía pareciendo el mismo hombre gordo y cordial de siempre, pero Fléiter sabía que las ruedecitas y los engranajes estaban empezando a girar dentro de aquella cabeza, y que lo hacían a buena velocidad. Quizá el cuerpo de Epaydos tenía demasiada grasa, pero no su mente.

—No estoy seguro de poder ayudarte, comandante —dijo, en un tono de sincera disculpa—. En ambos casos el contacto fue diferente; en distintos lugares y con

intermediarios distintos.

Fléiter esperaba aquello.

—Creo que no. No todo fue distinto. —Llevaba repasando el expediente de Yoranna toda la tarde y buena parte de la noche y estaba razonablemente seguro de por dónde se estaba moviendo—. Es cierto que Yoranna contactó con ellos de forma distinta cada vez. Pero si la memoria no me falla, en ambos casos tú le dijiste dónde contactar. Y apostaría a que en ambos casos la petición te llegó por el mismo cauce.

—Pareces muy seguro.

—Razonablemente. Ya conoces el mundo. No se puede estar nunca seguro, al menos, no del todo.

Epaydos dudó. Fléiter se dio cuenta de que estaba dispuesto a facilitarle la información y que estaba buscando el precio adecuado.

—Es posible que tengas razón —dijo al fin, midiendo con cuidado sus palabras—. Tendría que consultarlo. Mi memoria no es lo que era, y no tengo mis archivos conmigo.

Fléiter contuvo una sonrisa. Empezaba el regateo. En otro momento, lo habría disfrutado, pero aquella noche no tenía tiempo. Iba a correr un riesgo: le iba a dar a Epaydos exactamente lo que quería sin regatear por ello. Y como el comerciante no era tonto, iba a darse cuenta de que la información que le pedía tenía un valor más alto del que había parecido en un principio.

Que lo piense. A la Teja con él, si con esto ayudo a Yáxtor.

Tomó aire y preguntó:

—¿Ayudaría a tu memoria una posición preferente en las negociaciones con Khynai?

Vio que Epaydos estaba sorprendido, aunque lo disimulaba con habilidad.

—¿Cómo de preferente?

—Información privilegiada sobre las empresas khynainias, su funcionamiento y sus principales cabezas visibles... y no visibles. Una primera opción sobre cualquier trato al que la delegación de los Pueblos del Pacto pueda llegar con sus contrapartidas de Khynai.

El comerciante se mesó la barba. Parecía estar contando las monedas.

—Desde luego, algo así haría que mi memoria floreciese como un daq en primavera, comandante —dijo—. Casi la siento florecer ahora mismo.

Sonreía con una benevolencia insultante, y Fléiter contuvo una maldición. No, Epaydos no era tonto. Se había dado cuenta perfectamente de que Fléiter le estaba ofreciendo demasiado por una información que en apariencia no era importante ni podía servirle para gran cosa. Y aquello le daba una ventaja en futuras negociaciones que no le gustaba nada. Pero había contado con aquello y había tomado una decisión al respecto. Era tarde para echarse atrás.

—¿Tienes la información que necesito? —preguntó hosco.

Epaydos asintió.

—Tenías razón. En ambos casos se pusieron en contacto conmigo a través del mismo intermediario y desde el mismo lugar. Puedo facilitarte sus datos.

Pocos minutos después, Fléiter cortaba la comunicación. Tenía lo que quería; había dado demasiado a cambio, pero en aquellos momentos eso era lo de menos.

Comprobó la hora. La casa de Mishra estaría en aquellos momentos en lo más animado de la noche, y Fléiter no se sentía con ganas de juerga. Echaría un sueñecito rápido en el dormitorio del oficial de guardia (siempre había un camastro extra) y se acercaría por la

mañana, cuando las cosas estuvieran más tranquilas.

La Reina de Alboné no dormía. A solas en la enorme cama real, la adolescente espiada apoyaba la espalda sobre un montón de cojines y luchaba por conciliar un sueño que insistía en rehuirla.

Antes, nada le quitaba el sueño. Incluso durante lo peor de la Crisis de la Bomba de Malas Noticias había dormido a pierna suelta noche tras noche, pese a la amenaza que pendía sobre ella y sobre su mundo.

Pero algo había cambiado desde la entrevista con Próxtor seis meses atrás. Lo que había sido una posibilidad, lo que había sido un plan trazado hacía casi dos mil años en su primera encarnación, estaba a punto de hacerse realidad. Y lo que Tsun Zune le había dicho hacía tres noches le había confirmado que, por fin, sí, al fin, era cuestión de tiempo. Unos meses. Quizá unas semanas.

Habían tenido éxito.

La primera vez que pensó en ello, hacía más de mil quinientos años, le había parecido una locura, una idea absurda y sin posibilidades de realización, tanto que había dudado siquiera de comentársela a su Regente. Pero Brandan Léister no había vacilado al oírla y había empeñado su propia vida y la de todos sus descendientes en conseguir el propósito de su Reina.

Acababa de pasar por su primera transición. Su mente era un hervidero confuso en el que la personalidad de la anciana que había sido y la joven que era ahora luchaban una batalla interminable por el poder que ninguna de las dos podía ganar. Solo entonces, en medio de aquella tregua inestable que sería su destino a partir de aquel momento, había pensado en aquella posibilidad. Había contemplado a la carneútil real que había hecho posible la transición y la idea había germinado en su mente de pronto, totalmente madura.

Ah, sí, Brandan, el bravo y temerario Brandan Léister, siempre al servicio de su Reina. Todo habría sido muy distinto sin él... y sin sus descendientes. Descendientes marcados desde su mismo nacimiento por la compulsión de servir a la Reina, vivir a su servicio y entregarse a él con todo cuanto eran y tenían. Ah, sí, había sido una de las primeras cosas que Léister había hecho; había modificado su propio cuerpo mediante mensajeros y se había asegurado de que su lealtad hacia ella fuera heredada por todos sus descendientes.

La Reina se había armado de paciencia. Sabía muy bien que lo que tenía en mente no sucedería en unas pocas generaciones, que tal vez no sucediera jamás. Pero valía la pena esperar.

Y los descendientes de Brandan Léister, uno tras otro, habían empeñado su vida en la realización del plan. Poco a poco, paso a paso, con ocasionales callejones sin salida y vías muertas que había que abandonar. Un proceso lento y sin garantías de éxito que ninguno de ellos vería cumplirse jamás.

Salió de la cama. Se calzó los pies en las zapatillas de satén y se asomó a la ventana. Bajo ella, el jardín real se extendía fantasmagórico hasta morir en el muro. Más allá, la ciudad se engalanaba para recibir la noche.

Habían estado muy cerca con Próxtor, cuya habilidad para el control y manejo de mensajeros había resultado ser algo sin parangón en la historia de Érvinder. Y cuando nació Yáxtor, cuando un emocionado Próxtor fue a verla y le dijo que su hijo, por fin, era

el resultado deseado de tanto tiempo de cruces y experimentos...

Era uno de los recuerdos más claros en su inabarcable memoria. El entusiasmo de Próxtor. Su impaciencia. Su decepción porque el vástago fuera un niño. Un varón podía usarse, cierto, pero no era el vehículo más adecuado. La fisiología femenina era más adecuada para lo que tenía en mente. En realidad, la mayoría de las veces la Reina prefería no saber lo que había en la mente de su vasallo. Lo que había hecho para que Yáxtor adquiriera las habilidades necesarias, lo que le había hecho a su mujer y a su propio hijo antes de que este naciera era demasiado terrible para pensar en ello siquiera. Y Próxtor lo había hecho sin pestañear, como si fuera el único camino lógico a seguir y no hubiera nada malo en ello.

—Pero debemos esperar, mi Reina —recordó que le había dicho Próxtor—. Mi hijo tiene la habilidad, es cierto, pero no está claro que pueda transmitirla a las siguientes generaciones. Sospecho que dependerá de si su pareja refuerza esa característica o no. Necesitamos alguien que la transmita siempre, independientemente de con quien se aparee. Caminamos por un terreno muy delicado.

Próxtor se había interrumpido en ese momento, como si sus palabras estuvieran invocando recuerdos demasiado dolorosos. Ella había sabido perfectamente que mentía: no había recuerdos dolorosos en la memoria de Próxtor. Ninguno. De eso estaba totalmente segura. Simplemente, no quería hablar de ello, no quería compartirlo.

No importaba, se había dicho. Que guardase sus pequeños secretitos sin importancia, ella prefería no conocerlos; ya sabía demasiado de ellos. Que jugase sus ridículos juegos, en tanto cumpliera su tarea.

—Debemos esperar a la siguiente generación, mi Reina —había dicho Próxtor—. Con ella, el éxito será total, te lo garantizo.

Una generación, había pensado entonces, solo una generación más. Apenas unos años. Mil quinientos de espera y ahora todo estaba al alcance de la mano.

Los últimos veinticinco años habían sido duros, sabiendo que faltaba tan poco y que debía ser paciente, que de nada servía acelerar un proceso que tenía su propio ritmo.

Siete años atrás habían estado cerca. Tan cerca... Habían rozado el éxito con la punta de los dedos. Pero eso no había impedido el fracaso.

—Ella no era la adecuada, Majestad —le había dicho Próxtor—. Con ella nunca habría dado resultado. Había que eliminar esa posibilidad y seguir adelante. A veces, simplemente, hay que extirpar, no hay otro remedio —había añadido con un encogimiento de hombros en el que no había el menor remordimiento por lo que acababa de hacer.

Y habían esperado. Durante aquel tiempo ¿cuántas veces habían apareado a Yáxtor, sin que este lo supiera, sin que fuera consciente de cómo lo manipulaban, con candidatas que parecían perfectas y que, sin embargo, se habían revelado como fracasos? Había perdido la cuenta. No importaba. El número de fracasos no importaba, porque bastaba con tener éxito una sola vez.

Y seis meses atrás Próxtor se lo había confirmado. Había conseguido una muestra de la piel de Mizuni y su análisis había sido increíblemente prometedor. Era la candidata ideal, sin duda reforzaría la habilidad de Yáxtor, tal como necesitaban. Y, por fin, hacía tan solo unos días aquel personajillo ampuloso y desagradable, Tzun Zune, se lo había confirmado. La niña era todo lo que esperaban. El espécimen perfecto. Totalmente viable.

Abandonó la ventana y volvió al lecho.

Se dijo que se estaba comportando como una niña estúpida, como la adolescente que su cuerpo insistía en afirmar que era. Nerviosa e incapaz de dormir a aquellas alturas, tenía gracia. Ella, la mujer más vieja del mundo.

Sonrió, como si acabase de gastarse una broma. Se recostó de nuevo contra los cojines y apagó la luz, buscando una vez más un sueño esquivo.

Se afirma que en el extremo opuesto del mundo, allí donde no hay tierra y todo es océano, se alza una torre alta como el cielo, una atalaya que llega a las estrellas y desde la que los dioses nos contemplan y nos vigilan. La base de esa atalaya se llama Pie del Cielo y dicen que, desde allí, se tarda varios días en culminar el ascenso a la cima y que, desde su pináculo, se puede ver el mundo entero.

Dado que nadie ha cruzado antes el Océano Exterior, ¿cómo es posible que se sepa lo que hay en él? Además, Érvinder es un esferoide achatado por los polos, así que no es posible verlo entero, sin importar lo alto que se esté.

La historia, por tanto, es un simple cuento, un mito procedente de la ignorancia de nuestro pasado. Qué otra cosa podría ser.

Sin embargo, confieso que cuando pienso en la expedición que estamos a punto de emprender, la idea de llegar a Pie del Cielo y ascender por la atalaya deja de sonar descabellada y empieza a parecer un premio plausible y posible.

Por más que mi mente racional insista en descartarla como un simple mito, algo en lo más hondo de mí sigue diciendo que quizá existe pese a todo y que tal vez podamos encontrarla y ver el mundo desde lo alto. Un pensamiento infantil, sin duda.

Pero, ¿lo es menos, acaso, la idea de circumnavegar Érvinder?

—Mag'kán Ellnes

Renyokiru Mizuni llegó al puerto de Minara a media tarde. Tomó habitación en una posada y luego cenó en silencio en el comedor común. Nadie la molestó. Tampoco nadie reconoció a la Chambelán del Emperador: todo lo que veían era una mujer morena y fuerte de rasgos bastos y gesto hosco, espada afilada y modales desenvueltos. Enseguida la catalogaron como una espadachina de fortuna o, en un lenguaje más ceremonial, una dama del viento. No eran tan frecuentes como lo habían sido en el pasado, pero lo eran lo bastante para no llamar gran cosa la atención, especialmente en lugares como Minara, lleno de viajeros de cien lugares distintos y mil orígenes diferentes, que era exactamente lo que Mizuni pretendía.

Tras la cena, permaneció un rato en el salón común. Silenciosa, fría, no se mezcló en las conversaciones ni se permitió la menor familiaridad. Se retiró temprano y, en la exigua habitación que le habían asignado, tendió el futón en el suelo e intentó dormir.

No lo consiguió. Cuando, varias horas más tarde, el silencio se convirtió en el único dueño de la posada, Mizuni seguía despierta, con la vista clavada en el techo y una expresión indescifrable en las bastas facciones que había elegido para aquella misión.

Comprobó que todo el mundo dormía y se puso en pie en silencio. Abrió la ventana, cuyos goznes había aceitado ella misma horas atrás, y se deslizó al exterior sin hacer un solo ruido. La noche era clara, y no tuvo problemas en descender por la pared. Se orientó con rapidez y echó a correr hacia el este.

Se detuvo de pronto tres calles más allá, segura de que la estaban siguiendo. Miró a su alrededor, pero no pudo ver a nadie. Se encogió de hombros y echó a correr de nuevo.

De pronto, giró bruscamente y entró en un callejón estrecho y mal iluminado. Tomó aire y apretó la mandíbula, mientras mantenía todos sus mensajeros dentro del cuerpo e impedía que uno solo de ellos saliera al exterior. Asintió, dio un salto y trepó por la pared

con la misma habilidad e indiferencia con la que se habría desplazado por los salones del palacio de Hanoi.

Desanduvo parte de su camino sobre los tejados para luego dejarse caer de nuevo al suelo y ocultarse entre las sombras de un portal.

No tuvo que hacerlo largo rato.

En efecto, la seguían. Cinco individuos desde diferentes direcciones y a distintos ritmos. Silenciosos, rápidos y eficaces. Profesionales.

De hecho...

Sí.

No cabía duda. Los cinco confluían ahora en el lugar donde ella había trepado por la pared y se miraban perplejos ante la ausencia del rastro de mensajeros que iban siguiendo. Y, sin la menor duda, eran Ingtze.

Sabía que el comandante Penjándel era bueno, concienzudo y meticuloso, pero no había esperado que lo fuera tanto.

Quizá elegí mi sustituto demasiado bien.

Aquello complicaba las cosas. Tendría que tomar precauciones adicionales. No podía permitir que la descubrieran ni que sus actos salpicaran al trono al que servía. Pero tampoco pensaba permitir que se entrometiesen en su misión. Así que debía ser extremadamente cuidadosa a partir de aquel momento.

Con suma cautela, dio media vuelta y se internó en las sombras de la calle. Caminaba despacio, procurando no hacer ruido alguno y manteniendo en todo momento sus mensajeros bajo control. Iba a tardar más de lo que había previsto, pero si algo le sobraba era paciencia.

Asima interrumpió de pronto su paseo, con la sensación precisa y escalofriante de que algo faltaba en el mundo. Miró a su alrededor, comprobó que no había nadie en el patio y se sentó en uno de los bancos de piedra junto a la fuente. Entrelazó las manos en el regazo y desplegó sus mensajeros por el patio, en una red tupida que la advertiría si alguien se acercaba demasiado.

Completamente segura de estar a solas y de que nadie la interrumpiría, se dejó llevar de nuevo por aquella sensación.

No, se dijo. No es cierto, insistió. Me estoy engañando como una idiota.

Pero sabía que no era así. En lo más íntimo, estaba segura de que lo que había sentido era real. El mundo se había vuelto de repente un lugar más pequeño. Y también mucho menos interesante.

Tomó aire y se forzó a permanecer tranquila.

Durante toda su vida adulta había sido consciente de su presencia. En realidad, de su ausencia, de aquel hueco ambulante de contornos afilados impermeable a los mensajeros. De un modo instintivo, casi desde que se habían conocido, los mensajeros de Asima se habían acoplado a aquella ausencia, a aquel hueco en la trama del mundo. Y durante todo aquel tiempo la había sentido, acompañándola en todos y cada uno de sus actos: más cercana unas veces, más lejana otras, pero siempre presente. Se había convertido en algo natural, tanto que ni siquiera pensaba en ello o era consciente de él.

Y ahora... ya no estaba.

Había desaparecido de pronto. El mundo había dejado de tener una burbuja impermeable a los mensajeros y era de repente un lugar mucho más uniforme y más aburrido.

Viejo tonto...

Apretó los dientes y trató de contener las lágrimas. Por primera vez en mucho tiempo, fracasó.

Observante iba aprendiendo a medida que actuaba, dando forma poco a poco a su método, corrigiéndolo sobre la marcha, puliendo aquí y allá un detalle, corrigiendo errores y reforzando aciertos.

Avanzadilla estaba asombrado ante sus progresos y comprendió que había tenido una suerte increíble al intentar liberarlo el primero de todos. Sin Observante, habría fracasado antes de empezar, cada vez estaba más seguro.

Su método, comprendió, era en el fondo muy sencillo. A través de preguntas aparentemente irrelevantes, Observante luchaba por buscar lo que diferenciaba a cada individuo de sus compañeros, aquello que lo hacía ser él mismo y no otro. Y una vez encontrado y despertado el núcleo de su individualidad, lo atacaba sin piedad, obligando al carneútil a proteger aquel «yo» recién descubierto.

Era un proceso largo, a menudo doloroso (y no solo para el carneútil al que se intentaba despertar) y no siempre tenía éxito. Pero era mejor que cualquier otra cosa que Avanzadilla hubiera podido pensar por sí mismo.

E incluso los fracasos..., no estaba realmente seguro de que lo fueran.

Misantropía, por ejemplo. Había derribado de un puñetazo a Observante y se había perdido en el bosque, solo para reaparecer al cabo de un par de días, decirles a ambos cómo se llamaba y regresar de nuevo a su soledad en el bosque. No habían vuelto a verlo.

¿Era Misantropía un fracaso? En realidad, no. Había descubierto su verdadero yo y había luchado con uñas y dientes para protegerlo. No era culpa de nadie que la personalidad de Misantropía tendiera a la soledad y lo apartara del contacto de los demás carneútiles.

El tiempo iba pasando y, poco a poco, dejaban de ser un rebaño sin pastor para convertirse en una verdadera familia. Todos respetaban a Avanzadilla por haberlos liberado y a Observante por haberlos ayudado a ser lo que eran, pero estaban muy lejos de considerarlos sus líderes, lo cual enorgullecía y entristecía a Avanzadilla a un tiempo.

Tal actitud demostraba que la recién encontrada voluntad individual de sus hermanos gozaba de buena salud, pero en su interior había al mismo tiempo un sentimiento irracional que lo hacía lamentarse de que no siempre acatasen sus órdenes o tuvieran en cuenta sus sugerencias.

Aquel era el precio por crear individuos libres y con sus propios deseos, se decía.

A medida que iba pasando el tiempo fueron apareciendo distintas dinámicas. Grupos más pequeños se formaban y se deshacían con facilidad, unidos por objetivos comunes que, una vez cumplidos, dejaban de tener importancia.

Algunos siguieron el ejemplo de Avanzadilla, aunque nunca a la misma escala, y se internaron a hurtadillas en el mundo humano en busca de nuevos carneútiles que liberar.

Otros se limitaban a disfrutar de su recién encontrada libertad. Y otros, unos pocos, seguían anhelando la voluntad humana que los había guiado durante toda su vida y sin la que se sentían perdidos y desorientados.

Observante le había dicho que aquellos podían convertirse en un problema con el tiempo y que debían vigilarlos con cuidado y no perderlos nunca de vista.

Avanzadilla estaba de acuerdo, pero eran tantos y había tanto por hacer que resultaba difícil mantener el rastro de todo el mundo. Además, se decía, ¿qué derecho tenía a impedir que llevaran a cabo sus deseos? Si eran libres debían serlo con todas sus consecuencias, pensaba. Sí, incluso libres para decidir renunciar a su libertad y volver a ser herramientas para los humanos, si eso era lo que de verdad querían.

—Desde un punto de vista ético tienes razón —le decía Observante cuando le expresaba sus dudas—. Pero la supervivencia del grupo tiene preferencia sobre la ética individual. Hay ciertas cosas que no nos podemos permitir, Avanzadilla.

—No puedes hacerme esto.

—Como quieras. No puedo —dijo Mizuni con voz monótona—. Dime lo que quiero saber y dejaré de hacértelo.

El hombre agitó la cabeza de un lado a otro, como si intentase despertar de una pesadilla.

—No puedes...

Mizuni se encogió de hombros y suspiró, desalentada. Aplicó un poco más de dolor y esperó.

Acosado por la incredulidad, su cautivo no era capaz de reaccionar y darle la información que necesitaba. Era como si no terminase de creer lo que estaba pasando, como si no fuera capaz de aceptar la realidad; se refugiaba una y otra vez en la idea de que aquello no podía estar pasándole y ni el dolor ni la humillación eran suficientes para traspasar aquel muro de negaciones.

Mizuni miró por la ventana. No tenía mucho tiempo. Había usado muchos mensajeros durante la tortura y varios de ellos se habían perdido más allá de la ventana, creando un rastro tenue que podía delatarla para quien supiera buscar. Y sus Ingtze sabían. Así que tenía que darse prisa. Debía terminar lo que estaba haciendo, volver a contener sus mensajeros en el interior de su cuerpo y largarse de allí antes de que la encontraran.

Meneó la cabeza.

Fue brutal, implacable, despiadada como un huracán o una inundación. No tenía tiempo para ser más delicada. En realidad, a aquellas alturas ser delicada era la menor de sus prioridades. Lo único que le importaban eran los resultados y, para conseguirlos, estaba dispuesta a cualquier cosa.

Intentaba no pararse a pensar. En todo momento su mente miraba hacia adelante, nunca hacia atrás, sin analizar a fondo lo que estaba haciendo ni cómo. Sabía que si se permitía el lujo de pensar en ello, si caía en la trampa de juzgar sus propios actos, estaba perdida. Lo haría más tarde, mucho más tarde, cuando tuviera tiempo para la culpa y los remordimientos. Pero en aquellos momentos no era una opción.

Al fin, el hombre cedió, convertido en un guiñapo sollozante que la miraba con reverente temor. Apenas le quedaba vida suficiente para responder a las preguntas de su

torturadora y lo hacía de un modo rápido y ansioso, como un perrillo deseoso de complacer a su amo.

—Te entregaron a la niña —dijo Mizuni.

El comerciante asintió, con una sonrisa torcida que mostró su boca medio vacía de dientes.

—¿Qué hiciste con ella?

El hombre dudó un instante, como si no comprendiera del todo lo que se esperaba de él. Luego, alzó la vista y enfrentó la mirada de Mizuni.

—No soy más que un intermediario —dijo—. Por favor, no soy más que un... —Pero en los ojos de Mizuni no había comprensión ni, mucho menos, compasión. El hombre se estremeció y se encogió en una pelota abyecta y temblorosa—. Recibí la mercancía y la entregué donde me habían dicho —dijo, medio sollozante—. Eso fue todo. Lo juro. No le hice nada. —Alzó la vista de nuevo—. Nada, de verdad.

—¿Dónde?

—En Can. —Se pasó una lengua reseca por los labios ensangrentados y una mueca de dolor asomó a su rostro—. En Can, en las afueras de Jarsarén.

—¿A quién?

—No lo sé, mi dama. No soy más que un... —Se detuvo y se estremeció—. Era un hombre, un bárbaro.

—¿Canés?

El hombre meneó la cabeza.

—No. Creo que no... Por favor... Apenas si... No lo sé. Creo que no. Albonés o währanger, quizá quitano —dijo, ansioso por complacer—. No lo sé. No era canés ni painoi. No era de Ashgramor. Era... Por favor... Mi dama, no sé nada, solo soy un...

—Cállate.

La obedeció con un estremecimiento.

—Ahora me describirás con precisión el lugar del intercambio y a todos los que estaban allí. No pienses, no intentes explicar nada, límitate a describir.

El hombre asintió e hizo lo que le pedían. Vacilante al principio, fue ganando seguridad a medida que hablaba, ayudado por los mensajeros de Mizuni, que rebuscaban migajas de memoria en su cerebro y las ponían en la punta de su lengua.

Cuando terminó, Mizuni asintió.

—Gracias —dijo—. Has sido muy útil.

Comprobó una vez más la hora. Ya debían de haber encontrado su rastro y no tardarían mucho en llegar hasta allí. Miró al hombre y se preguntó qué hacer con él. No iba a poder decirles mucho y la descripción que daría de la mujer que lo había torturado no se parecería gran cosa al verdadero aspecto de Mizuni. Pero bastaba con que contase lo que le habían preguntado para que aquello la delatase, por no mencionar el rastro de mensajeros de la Chambelán que había por todo su cuerpo.

No, no podía dejarlo vivo. Ni podía dejar allí el cuerpo.

Se asomó a la ventana y examinó la pared con cuidado. Sería difícil, pero no imposible. Debía darse prisa.

De un gesto seco y veloz, le partió el cuello al intermediario. Luego, cargó el cadáver a la espalda y se dirigió hacia la ventana.

¿Qué es la realidad? ¿Qué es más cierto: el hecho de que este cuerpo no haya conocido varón aún, o nuestros recuerdos de haber yacido incontables veces con innumerables hombres? ¿Qué es más real: la niña que nuestro cuerpo afirma que somos o la anciana que nuestra memoria se empeña en hacernos ver? ¿Qué es más verdadera: la inocencia de nuestra carne o la experiencia de nuestra mente?

Hemos sido centenares de mujeres, hemos vivido cientos de vidas: hemos amado y sufrido, hemos matado y dejado vivir, hemos construido y derribado. Hemos hecho todo eso y no hemos hecho nada.

¿Somos simples fantasmas?, ¿es nuestra identidad una ilusión, o es tal vez la única cosa real en un mundo cada vez más incierto?

—La Reina de Alboné, en su vigésimo cuarta encarnación

Yáxtor e Itasu irrumpieron en el edificio por extremos opuestos. Los dos fueron igualmente silenciosos y extremadamente rápidos. Llegaron casi a la vez a la puerta de la habitación que buscaban y, tras intercambiarse una mirada fugaz, la derribaron de una patada simultánea.

Era un cuartucho mugriento, iluminado tan solo por un foco bamboleante colgado del techo. Las paredes parecían rezumar una sustancia viscosa y parduzca, y cada paso que Yáxtor e Itasu daban iba acompañado de un ruidito de succión que tenía algo de burlón.

A un lado, junto a la pared, había una mesa metálica cubierta de herramientas de lo más heterogéneas y variadas. Era fácil ver, sin embargo, que a pesar de sus evidentes diferencias, todas ellas tenían un propósito común.

Bajo el foco oscilante había una tarima que hacía las veces de camilla.

Sobre ella, un cuerpo.

Yáxtor pasó junto al cadáver sin siquiera mirarlo, se acercó a la mesa sobre la que estaba desplegado el instrumental de tortura, se agachó y contempló con gesto fúnebre la variedad de filos, puntas y garfios que se desparramaban sobre la superficie metálica. Olisqueó como lo habría hecho un sabueso y luego cerró los ojos.

Los abrió y se puso en pie. Recorrió el cuartucho con parsimonia, deteniéndose cada poco; allí donde lo hacía se repetía el ritual: inhalaba una larga bocanada por la nariz y luego cerraba los ojos. Lo hizo una y otra vez, como si estuviera trazando un mapa olfativo de la habitación, hasta que lo único que le quedó por asimilar fueron la tarima y el cadáver sobre ella.

Itasu permanecía de pie, totalmente inmóvil junto a la cabeza del muerto, dejando que fuera el adepto quien se hiciera cargo de la situación. Yáxtor se situó a su lado y de un modo totalmente medido y preciso bajó la vista.

El cuerpo, desnudo y arrugado, estaba torcido en posiciones incongruentes. En el rostro tuerto se había grabado un último rictus, a mitad de camino entre la agonía y el alivio. El ojo sano miraba hacia el techo, como si encontrara en él algo sumamente interesante. Las manos estaban engarfiadas, una de ellas contra el muslo, la otra al extremo de un brazo que sobresalía, flácido e inane, de la tarima. Un pañuelo ensangrentado le tapaba los genitales, como si su torturador se hubiera visto asaltado por un pudor

repentino. Yáxtor hizo a un lado el pañuelo e Itasu contuvo un gesto de sorpresa al ver los genitales intactos.

—Qué extraño —murmuró.

—En realidad, no —respondió el adepto, con una voz átona en la que no había el menor atisbo de emoción—. Es propio de él, de hecho. De no haber estado seguro hace rato que se trataba de él, ese detalle lo habría delatado igualmente.

—¿Tsun Zune?

Yáxtor asintió.

—Ese remilgo es muy suyo —dijo—. Igual que todo lo demás. —Señaló con un gesto desganado el cuerpo de Shércroft. Extendió el dedo y fue siguiendo sin prisa las huellas de la tortura sobre el cadáver—. ¿Ves? Un trabajo preciso y profesional. Sin ensañamientos innecesarios. Tan solo un medio para obtener el fin deseado. Al menos, eso es lo que se dirá a sí mismo y se negará a reconocer que ha disfrutado con el trabajo. —Se encogió de hombros—. Aunque en realidad no importa.

Itasu lo miró, confusa. Por primera vez desde que había vuelto a Alboné, la mente de Yáxtor estaba cerrada para ella.

—¿No deberíamos...?

—¿Qué? —preguntó él, fulminándola de pronto con la mirada—. ¿Celebrar un ritual que ya no puede importarle lo más mínimo? ¿Rendirle a ese trozo de carne el homenaje que ya no podemos ofrecer a Shércroft? ¿Fingir que lo hacemos por él y no por nosotros mismos? Sí, claro que podemos hacer todo eso. Y lo haremos, de hecho, o lo harán los Adeptos Empíricos. Despedirán a uno de los suyos con toda la pompa y boato que les parezcan necesarios. Puede que hasta la Reina asista a la ceremonia, quién sabe. Fue un buen soldado, merece que su Reina lo despida.

Contempló una última vez el cadáver con ojos fríos, dio media vuelta y echó a andar hacia la salida.

—Será mejor que informemos de lo que hemos encontrado —dijo.

Se detuvo en el umbral, dio media vuelta y se apoyó en el marco quejumbroso de la puerta, la vista clavada frente a él y los hombros crispados.

—Habrá demasiadas preguntas —dijo de pronto Itasu.

Yáxtor la miró de reojo.

—Tienes razón —afirmó al cabo de un rato—. Querrán saber por qué buscábamos a Shércroft... y qué haces tú aquí. —Dio media vuelta, se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el marco de la puerta. Se mordió el labio, pensativo—. Ya nos han visto algunos adeptos —murmuró, como si hablase consigo mismo—. No creo que ninguno recuerde gran cosa de tu disfraz, así que debería ser fácil que ni salieras en la conversación. En cuanto a mí... es cierto que estoy de permiso, pero no tiene nada de raro que haya venido a Lambodonas. El propio asistente de Shércroft me pidió que lo buscara. Supongo que si te escondes y dejas que me ocupe de todo podemos salir de esto con rapidez y sin despertar demasiadas sospechas.

—Eso depende, adepto Brandan.

Yáxtor frunció el ceño y se dio media vuelta mientras echaba mano a la espada. En el pasillo en sombras distinguió una figura que se acercaba hacia la puerta. Justo antes de verla con claridad, la voz encajó en su mente y comprendió de quién se trataba:

—Adepta Suprema —dijo, mientras se hacía a un lado y franqueaba el paso a la mujer

—. La eficiencia de las adeptas de la curación supera incluso los rumores más descabellados, por lo que veo.

Asima Sterd asintió al saludo de Yáxtor y entró en el cuartucho. Lo examinó con el rostro inexpresivo.

—Deberías saberlo bien, adepto Brandan —dijo con una voz afilada como un carámbano—. Estuviste casado con una de nosotras. Y no era precisamente del montón.

Yáxtor contuvo un escalofrío. Algo en la fría y altiva hostilidad de Asima lo hacía sentirse extrañamente acobardado, como si tuviera la culpa de algo y no fuera capaz de saber qué. Eso, unido al tácito reconocimiento que implicaban las palabras de la adepta, convertía la situación en algo impredecible.

Asima llegó junto a la tarima y, ante la visión del cadáver desmadejado que había en ella, pareció convertirse en otra persona. Fue como si de pronto se desprendiera de media docena de disfraces y una criatura totalmente nueva emergiera de ellos. Acarició el rostro arrugado de Shércroft con una ternura casi infinita y el «viejo tonto» que se escapó de sus labios fue un susurro lleno de dolor, nostalgia y amor.

Cuando llegaron los adeptos inquisitivos, algo más de media hora más tarde, Asima estaba sola con el cadáver y no había el menor rastro de Yáxtor ni de Itasu.

Los adeptos se hicieron cargo del cuerpo con su habitual eficacia y registraron y analizaron hasta el último rincón del cuartucho, aunque no encontraron pista alguna digna de mención. Yáxtor se había encargado de ello antes de irse.

Asima los instruyó para que llevaran el cadáver a las Casas de la Curación. Ella misma se encargaría de la autopsia, afirmó. Si alguno de los adeptos inquisitivos encontró extraña aquella orden o fuera de lugar el comportamiento de la Adepta Suprema de la Curación, se guardó mucho de expresarlo en voz alta. Cumplieron sus órdenes con rapidez y eficacia y entregaron el cadáver a las adeptas de la curación que ya lo estaban esperando. Luego, volvieron a la torre a redactar sus informes.

A Asima le pareció raro que el Adepto Empírico Supremo no hubiera hecho acto de presencia, pero agradeció en silencio tal circunstancia. Qérlex tal vez se habría opuesto a su petición sobre la autopsia y no tenía ganas en aquellos momentos de discutir ni negociar. Mucho menos, de ser diplomática.

Intentarían apartarla antes o después, de eso estaba segura. Si no Qérlex, el propio Regente intervendría en algún momento para que el cuerpo fuera examinado por los adeptos empíricos. Los trapos sucios se lavaban en casa.

Que lo hicieran. Para entonces, ya habría terminado con su tarea y se habría despedido del viejo como merecía.

Lanzó un último vistazo al mugriento cuartucho y abandonó la escena del crimen en silencio.

«En efecto, joven Brandan, alguien debe pararles los pies antes de que su flota se convierta en un auténtico problema.»

Las primeras palabras que Shércroft le había dirigido resonaban en la mente de Yáxtor Brandan como una endecha. No necesitaba cerrar los ojos para recordar la escena: él

mismo, con poco más de diecisiete años, enterrado en una montaña de legajos mientras el hombrecillo de facciones afiladas se le acercaba por detrás, deducía los pensamientos que pasaban por la cabeza de Yáxtor y los resumía con aquella frase.

«En efecto, joven Brandan, alguien debe pararles los pies antes de que su flota se convierta en un auténtico problema.»

Era tan joven, tan pagado de sí mismo, tan estúpido... Shércroft lo había tomado de la mano, lo había guiado por un mundo que creía conocer a la perfección y le había enseñado que estaba lleno de esquinas inesperadas y recovecos insólitos. Había afilado su mente y sus percepciones y le había enseñado a dar siempre lo mejor de sí mismo, a no renunciar nunca a sus habilidades naturales y a mantenerlas afinadas en todo momento.

También, en cierta forma, lo había empujado en dirección a Ámber. Quizá Yáxtor habría acabado acercándose a ella por sí mismo antes o después, pero había sido el viejo Jefe de Archivos quien lo había empujado con suavidad hacia el lugar adecuado y había...

Meneó la cabeza.

Era el pasado, no era más que el pasado. Un pasado que debería haber estado muerto para él, que lo había estado hasta hacía poco y que ahora aporreaba con machaconería e insistencia en las puertas de su memoria.

«En efecto, joven Brandan, alguien debe pararles los pies antes de que su flota se convierta en un auténtico problema.»

Shércroft se había referido a la flota de Painé, lo recordaba bien, a sus planes expansionistas y a sus intrigas ambivalentes. Pero ahora las palabras resonaban en la mente de Yáxtor como si el Jefe de Archivos, en un arranque de clarividencia, hubiera previsto la situación presente y se estuviera refiriendo a ella.

Pararles los pies, se decía Yáxtor. ¿A quién?

A Tsun Zune. ¿A mi padre?

Pararles los pies antes de que se convirtieran en un auténtico problema. ¿No era un poco tarde para eso? Ámber estaba muerta, al igual que Déxtor. Habían raptado a Yakizuni. Habían torturado y asesinado a Shércroft. ¿No era ya demasiado tarde?

Nunca, muchacho, nunca es tarde mientras sigas con vida.

Yáxtor meneó la cabeza de nuevo. Miró a su alrededor. El cuarto estaba amueblado de forma espartana y, al mismo tiempo, presidido por un sorprendente desorden en el que, sin embargo, se adivinaba una pauta. Asima los había guiado hacia allí y les había dado la palabra impronunciable que les franquearía el paso, antes de dejarlos y volver al cuartucho donde habían encontrado a Shércroft.

Asima. ¿Qué pintaba Asima en todo aquello? No había parecido sorprendida al ver el cadáver de Shércroft ni al encontrarlos, a él y a Itasu, allí. Claro que nunca parecía sorprendida, como si los imprevistos no existieran y los acontecimientos solo pudieran fluir de una manera.

Apenas conocía a la Adepta Suprema de la Curación. Sabía que él nunca le había gustado, algo que siempre le había sido evidente, incluso desde la época de Ámber. Sabía también que era eficiente, implacable y que rara vez dejaba nada al azar. Y sabía que, en su juventud, había habido algo entre ella y Shércroft.

Qué era ese algo le había quedado meridianamente claro unas horas atrás. Se negaba a pronunciar la palabra, ni siquiera mentalmente, como si temiera encontrarse desnudo de pronto en medio de un público burlón. Pero lo sabía, claro que sí.

Amor.

Había sido amor lo que había oído en su voz al llamarlo «viejo tonto» por última vez, lo que había visto en sus manos mientras cerraban el ojo sano del Jefe de Archivos, lo que había percibido en su mirada mientras se despedía en silencio de él.

Sintió abrirse la puerta a su espalda y se volvió a tiempo para ver a Itasu salir del baño. La mujer honoyesa lo contempló en silencio largo rato, mientras tomaba asiento frente a él y daba cuenta de la cena fría que el eficiente asistente de Shércroft les había preparado.

Hoydson había acogido las noticias de la muerte del Jefe de Archivos con un fruncimiento de ceño y un encogimiento de hombros y luego los había ayudado a instalarse, para después dejarlos solos. Era un hombre difícil de leer: parecía mantener a raya continuamente sus mensajeros, y su lenguaje corporal no revelaba nada más que una distancia irónica y socarrona respecto al mundo que, sin duda, había aprendido de Shércroft.

Yáxtor se preguntaba hasta qué punto se podía confiar en él.

—Hoydson os ayudará —les había dicho Asima antes de irse—. Es de fiar.

¿De fiar? ¿Para quién? ¿En qué sentido?

«En efecto, joven Brandan, alguien debe pararles los pies antes de que su flota se convierta en un auténtico problema.»

¡Basta!

Se sentó frente a Itasu y se puso a comer en silencio. La honoyesa lo miraba con interés, pero lo hacía de un modo tranquilo y relajado, sin premura. Yáxtor se lo agradeció en silencio.

—Tengo que contactar con Mizuni dentro de un par de horas —dijo Itasu tras terminar la cena—. Quizá ella tenga noticias por su lado.

Yáxtor asintió, aunque tenía sus dudas. Estaba claro que, fuera cual fuese el motivo del rapto, tenía que ver con él, más que con Mizuni. Lo que la Chambelán pudiera averiguar desde Honoï no sería gran cosa. Aunque si algo había aprendido Yáxtor a lo largo de todos aquellos años, era a no desdeñar ninguna posible pista, por trivial que pareciera.

—Supongo que tengo mucho que contarte —dijo, desviando la conversación.

Ella se encogió de hombros.

—No tanto —respondió—. En realidad... —Pareció repentinamente indecisa, casi tímida—. Sé lo que sentías por Shércroft, Yakisetoru. De hecho, lo sé tan bien como tú.

Yáxtor asintió.

Los tres, él, Itasu y Mizuni, habían pasado varias semanas en el Jardín de la Memoria, Ioh Node. Semanas en el mundo real que, para ellos, habían representado cerca de tres años durante los cuales la relación entre los tres se había ido haciendo más estrecha y compleja.

Y aquello no era todo. Recordaba perfectamente el momento en el que Itasu, Mizuni y él mismo se habían fusionado para hacer frente a la reencarnación del primer Emperador de Honoï. Cada uno se había asomado a la memoria del otro, los tres se habían acercado al abismo y habían mirado al interior, sin temor a lo que pudiera devolverles la mirada. En aquellos momentos, la vida de cada uno de ellos pasó por la mente de los demás, en un instante eterno de conocimiento cuya intensidad no se había desvanecido pese a los meses transcurridos. Itasu, Mizuni y él se conocían como nadie más en el mundo se había conocido hasta entonces, como si en cierto extraño modo, fueran tres partes

complementarias de algo mayor.

Pero al contrario que Itasu, el acceso que Yáxtor tenía a los recuerdos de la honoyesa era algo fragmentario y borroso. Lo mismo pasaba con la memoria de Mizuni. Se preguntó por qué. Y, sobre todo, se preguntó si realmente era así, si no estaría bloqueando su propio acceso a aquellos recuerdos de un modo inconsciente porque prefería no mirar en ellos.

No era miedo, se dijo, o al menos no creía que lo fuera. Al contrario que Shércroft, Yáxtor pensaba que no todos los misterios tenían por qué ser resueltos y el pasado de Itasu y Mizuni tal vez entraba dentro de aquella categoría.

—También sé cómo eres —siguió diciendo ella—. No esperaba de ti un derroche de emociones ni... —Se encogió de hombros—. Pero confieso que me sorprende lo tranquilo que estás.

«En efecto, joven Brandan, alguien debe pararles los pies antes de que su flota se convierta en un auténtico problema.»

Basta, maldito viejo, basta, estás muerto. Deja de intentar enseñarme cosas que no quiero aprender.

Tomó aire y, lenta, deliberadamente, apoyó las puntas de los dedos de una mano en las de la otra y contempló a Itasu en silencio. Partes complementarias de un todo mayor, se repitió. ¿Era eso cierto? Pensar en esos términos con respecto a Mizuni le resultaba sencillo, natural, casi inevitable. Pero había una barrera entre él y aquella sorprendente mujer de pelo naranja y risa explosiva, de ternura fácil y violencia desatada.

¿Soy yo quien pone la barrera, o ella? ¿O los dos?

Pero era un enigma que no iba a desvelar hoy, que tal vez no desvelase jamás. Perder el tiempo dando vueltas a su alrededor no tenía sentido, y menos en aquellos momentos.

—No estoy tranquilo —dijo, mientras apoyaba la barbilla en las manos—. En realidad, no sé cómo estoy.

Sentía el animal gruñendo dentro de él. Un animal que estaba a mil kilómetros de distancia de la tranquilidad, un animal hambriento de venganza y sediento de destrucción. Pero, de algún modo, algo lo mantenía a raya sin la menor dificultad. Algo extraño y desconocido que Yáxtor no sabía identificar y en lo que prefería no pensar en aquellos momentos.

—En poco más de dos días he descubierto que mi padre mató a Ámber y a Déxtor, mi esposa y mi hijo. Que es posible que sea él quien ha raptado a mi hija. Que quizá sea el Número Uno de los Espectros. Que un antiguo aliado ha torturado y matado al hombre que fue mi mentor y que podría haber sido mi padre espiritual si no me lo hubieran extirpado de la memoria. No sé cómo estoy. Hace casi dos años recuperé una parte de mi pasado que me había sido arrebatada. Y estos días me estoy enfrentando a otra que, sinceramente, preferiría seguir ignorando. —Se contempló las manos y las separó de un modo nervioso—. No sé cómo estoy. Nunca antes...

El recuerdo pasó fugaz ante sus ojos: Ámber colgada de sus propias tripas, Déxtor hecho pedacitos sobre la chimenea.

Y luego, la imagen que se había estado negando las últimas horas: Shércroft tendido en la tarima, el cuerpo destrozado, la mirada muerta.

—Nunca antes... —repitió.

En su interior, el animal rugía, no de rabia o deseos de venganza, sino de puro dolor.

Apretó la mandíbula y lo mantuvo a raya, luchó con todas sus fuerzas por negarle el paso.
—Nunca... antes...

Fue como si todo su pasado cayera sobre él de pronto, como si las puertas de la memoria saltaran de sus goznes, destrozadas, y un tsunami de recuerdos entrara en él, arrasándolo todo a su paso.

Se le nubló la vista. Itasu se convirtió en un manchón anaranjado. El mundo entero desapareció para ser sustituido por un cosmos de dolor exquisito y delicada agonía.

Gritó. Aulló. Rugió.

Lloró.

Cuando volvió al mundo, le pareció que habían pasado mil años. Itasu lo miraba en silencio, siempre expectante, inclinada hacia él. Con un esfuerzo sobrehumano, Yáxtor consiguió sonreír mientras se preguntaba perplejo qué era aquel rastro húmedo que resbalaba por sus mejillas.

—Estoy bien —dijo.

Ella asintió en silencio. Los dos sabían que era mentira, pero también sabían que no importaba. Indeciso, Yáxtor inclinó en dirección a Itasu.

Ella lo recibió imperturbable, tranquila, acogedora.

Nadie que conozca y comprenda realmente cómo es el mundo puede ser feliz. Lo que no significa, claro, que todos los idiotas y los ignorantes lo sean.

—Qérlex Targerian

Tsun Zune volvió a pasar las imágenes por la tableta de visualización, satisfecho. El interrogatorio del viejo había sido decepcionante, en cierto sentido. Shércroft no sabía gran cosa y, lo poco que sabía, no le había sido de mucha utilidad. Resultó ligeramente humillante averiguar que, en realidad, el Jefe de Archivos lo había descubierto por pura casualidad, que no lo había estado buscando en la posada y que había sido el azar, siempre caprichoso, el que lo había puesto tras su pista.

Pero al menos su muerte había servido para algo.

Las imágenes de la tableta le mostraban a Yáxtor Brandan y a una mujer entrando en la cámara de interrogatorios. La conexión se había interrumpido casi enseguida, por supuesto, Tsun Zune no tenía el menor deseo de que pudieran localizarlo a través de ella, pero las pocas imágenes que los mensajeros habían conseguido transmitir a la tableta antes de volverse inertes no tenían precio.

¡Yáxtor! Yáxtor tras la pista del viejo. Yáxtor involucrado en aquello. ¡Ahhh!

Se preguntó qué pensaría Próxtor cuando viera las imágenes de su hijo, cómo reaccionaría, qué planes tramaría entonces y cómo haría encajar en ellos al adepto.

¿Sabía Yáxtor que su padre estaba tras lo ocurrido? Era una posibilidad a tener en cuenta, al fin y al cabo. Antes de que Desolación fuera destruida y, con ella, el Número Dos de los Espectros, ¿este había podido inyectar a Yáxtor la solución ambarina con sus recuerdos robados?

Próxtor había esperado que así fuera y, con ese propósito, Tsun Zune había guiado a Yáxtor y a la mercenaria Yoranna a la guarida de los Espectros. La idea de acercarse a Yan Fleng, el Número Dos, y obtener de él el vial con los recuerdos que guardaba desde hacía un año no había abandonado a Tsun Zune mientras llevaba a sus dos extraños aliados a la isla de Desolación.

Se habían separado después y Tsun Zune había ido al bosque oscuro con la mercenaria mientras Yáxtor se infiltraba en el edificio de los Espectros. No habían vuelto a verse y, con el complejo destruido y la mayoría de los Espectros de la isla muertos, era difícil saber qué había pasado, pero los indicios del último año y medio decían que sí, que Yáxtor era de nuevo un hombre completo, así que o bien Fleng le había inoculado los recuerdos, o bien él mismo se había hecho con ellos. El comportamiento del adepto se apartaba sutilmente de su forma anterior de proceder, lo suficiente para llegar a aquella conclusión. De haber necesitado más pruebas, el hecho de que estuviera buscando a Shércroft habría sido definitivo.

¿Estaba Yáxtor lo bastante completo para recordar a su padre, para suponer lo que había hecho, para...?

No era asunto suyo dilucidar aquello. Había cumplido fielmente las órdenes y debía llevar la información recuperada a su destino. Una vez analizada, sería Próxtor quien decidiese qué hacer a continuación. Pero era una avenida interesante para explorar. Asunto suyo o no, tenía que confesar que la idea lo intrigaba.

Apagó la tableta y sonrió.

Podía haber pasado toda mi vida entre los Espectros, se dijo, podía haber muerto ignorante de la verdad.

Si no por otra cosa, le debía agradecimiento al Número Uno de los Espectros por aquello, por haberlo ayudado a recordar quién era realmente y para quién trabajaba en realidad. Si Número Uno no hubiera dado orden de matarlo, jamás habría escapado, jamás se habría encerrado en su refugio de tiempo encapsulado y jamás habría recordado su verdadero propósito.

Lo había hecho justo a tiempo para ayudar a Yáxtor en su misión, tal como Próxtor quería. Luego, a solas en el corazón del bosque oscuro, mientras las paredes se cerraban sobre él y la oscuridad caía a su alrededor, se había sentado a esperar a su verdadero amo.

No había tenido que hacerlo mucho tiempo.

Guardó la tableta entre la ropa, comprobó una última vez su disfraz y dejó la habitación. Era hora de volver a casa.

Qérlex Targerian detuvo el autocarro en las afueras de Lambodonas. Desactivó los mensajeros del motor, posó las manos en el cuadro de mandos y cerró los ojos.

A su alrededor, el tráfico pasaba bullicioso en dirección a la ciudad: transeúntes, caballos, carros y autocarros iban y venían, y el tráfico se volvía más denso a medida que avanzaba el día.

Tomó aire y, muy despacio, se permitió recordar lo que habría preferido olvidar para siempre.

Había ido a las tierras de los Brandan a desentrañar un misterio. Y lo había hecho, lo había hecho hasta extremos inimaginables. Qué listo había sido, qué condenadamente astuto, qué...

Había sido ridículamente sencillo. Se había maldecido por no haberlo pensado antes, por no haber reparado en lo obvio, por no haber visto que la solución estaba oculta a plena vista de todo el mundo, allí donde todos miraban sin ver.

Idiota.

Asíma le había advertido, recordó de repente. ¿Era posible que ella supiese...? Ni, ni por asomo. Sin duda sospechaba algo turbio, pero no se habría mantenido tan tranquila de haber sabido la verdad.

Ya no le quedaba duda alguna sobre quién había robado el vial con los recuerdos de Yáxtor o cómo el ladrón se había enterado de la existencia del mismo.

Pero aquello había sido solo el comienzo. Había desentrañado un misterio y había destapado otro cuya solución no buscaba. Sabía por fin lo que quería saber, pero en el proceso había aprendido cosas que quizá habría preferido seguir ignorando.

Impresionado por su autoridad como Adepto Empírico Supremo, el joven mayordomo no le había puesto ningún impedimento, así que había podido interrogar a la

carneútil a sus anchas, sin que nadie los interrumpiera. La había llevado a la bodega, el mismo lugar donde siete años atrás había reconstruido la mente de Yáxtor.

Recordaba a la carneútil de aquella época. Una presencia apenas entrevista en el caserón, siempre útil, siempre atenta a las necesidades de los humanos, eficaz y discreta, silenciosa y casi invisible.

Y precisamente por eso, porque nadie reparaba en ella más de lo que lo habría hecho en un mueble, había sido el testigo perfecto. Nadie se molestaba en borrarle la memoria a un mueble.

Qérlex había comenzado el interrogatorio poco a poco, guiando a la carneútil al lugar al que quería ir con preguntas breves y sencillas. Manli no había opuesto la menor resistencia, se había dejado llevar con docilidad y diligencia y Qérlex no pudo quitarse de encima la idea de que, durante todo aquel tiempo, cualquiera podría haberla interrogado y haber obtenido con la misma facilidad la información que él buscaba, solo que nadie se había molestado en hacerlo.

¿Nadie?

—Fue el amo —había dicho la carneútil de pronto, en respuesta a una de las preguntas—. Fue el amo.

—¿El amo? —había preguntado Qérlex—. ¿Yáxtor?

La idea era absurda: ¿el propio Yáxtor había matado a su mujer y a su hijo y luego se había fingido loco? No, ridículo: su dolor y su locura habían sido reales, Qérlex lo recordaba bien. Además, ¿con qué propósito habría hecho algo así? No tenía sentido.

—No —negó la carneútil, y Qérlex contuvo un suspiro de alivio—. Yáxtor, no; mi niño, no. El amo.

El Adepto Supremo frunció el ceño. ¿A quién se refería?

—¿Maklén? —preguntó, rebuscando en la memoria el nombre del antiguo mayordomo de los Brandan.

—No —insistió Manli—. El amo.

—¿Quién es el amo?

—El amo —repitió ella—. El padre de mi niño.

—¿Próxtor? —consiguió articular Qérlex tras un instante de incredulidad—. ¿Próxtor Brandan lo organizó todo?

Manli asintió. Tenía las manos engarfiadas alrededor del delantal y temblaba de un modo casi incontrolable. Sin embargo, su voz no vaciló al decir:

—Mató al hijo de mi niño. Mató a la mujer de mi niño. Los mató y jugó con ellos. Estaba rabioso.

De pronto, de un modo absurdo, todo tuvo sentido y Qérlex vio encajar las piezas una a continuación de otra, como si no pudieran disponerse de otro modo.

Solo que...

—Pero Próxtor está muerto —murmuró de repente.

Manli negó con la cabeza, las manos todavía agarrotadas, el cuerpo en tensión.

—Huyó —dijo—. Se ocultó. Volvió a las sombras de las que venía. Tenía que permanecer oculto para llevar a cabo su misión. Era importante, me dijo que era importante, que el futuro de mi niño dependía de ello. Pero volvió.

La revelación de que Próxtor Brandan había estado con vida todo aquel tiempo y que había matado a su propio nieto tendría que haber hecho que los cimientos del mundo en el

que Qérlex vivía temblasen y se estremecieran.

Sin embargo, al mismo tiempo todo encajaba tan bien... Si Próxtor había matado a Ámber y Déxtor, no era descabellado pensar que no estaba muy lejos cuando él y Orston llegaron y encontraron a Yáxtor aullando enloquecido. Tenía recursos; siempre los había tenido, así que era fácil suponer que los espiaba mientras reconstruían los recuerdos de Yáxtor y que se había dado cuenta de que Qérlex había hecho una copia de ellos. Con ese conocimiento y sabiendo como sabía el modo en que funcionaban los adeptos empíricos, era un juego de niños para Próxtor suponer dónde sería almacenada aquella copia.

Él había robado el vial, no los Espectros. O, en todo caso, había robado el vial para los Espectros, algo que habría que tener en cuenta de cara al futuro.

Entrar en la Torre sin que nadie lo viera... Llegar a la zona restringida de los archivos sin activar ninguna alarma... No era imposible. Qérlex recordaba perfectamente la habilidad de Próxtor en el manejo y control de mensajeros, ya fueran suyos o de los demás.

—¿Por qué lo hizo, señor? —preguntó Manli de repente—. Todos estos años he querido saberlo, pero nadie me lo ha dicho nunca, nadie me ha preguntado, nadie parece saberlo, a nadie le importa... —Dudó un instante—. ¿Sabes por qué lo hizo?

Pero Qérlex no respondió, demasiado absorto en sus pensamientos. Todo encajaba, se decía una y otra vez, todo encajaba. Por terrible que fuera la idea de que Próxtor había asesinado a su propio nieto recién nacido, su presencia hacía que todo encajase y que lo ocurrido tuviera sentido. Y, al mismo tiempo, tenía la sensación incómoda de que algo se le estaba escapando, de que tenía algo importante justo al alcance de los dedos y no conseguía tocarlo. Miró a la carneútil.

—No, no lo sé —dijo al fin—. Próxtor siempre tuvo sus propios planes, incluso cuando era un acólito de los Adeptos Empíricos —murmuró, como si hablara consigo mismo—. Como su matrimonio con una occidental, como su decisión de... —Volvió de pronto al presente y sonrió en dirección a la alterada carneútil—. No lo sé, lo siento.

Ella asintió, como si no hubiera esperado otra cosa. Su cuerpo se relajó y soltó el delantal.

El misterio estaba resuelto, se dijo Qérlex, al menos en parte. Faltaba el por qué, pero el quién y el cómo ya no eran ningún enigma. Próxtor. Próxtor Brandan.

—El amo hizo daño a mi niño —murmuraba la carneútil.

Qérlex, demasiado ocupado felicitándose por haber resuelto aquello, no le hacía demasiado caso. Libre de una voluntad humana que mantuviera centrada su mente en una dirección concreta, los pensamientos de la carneútil corrieron libres.

—No debería haberlo hecho. A mi niño, no.

Qérlex contempló a la carneútil. Tenía el pelo cubierto de canas y arrugas alrededor de los ojos y la boca. Más allá de eso, parecía una mujer de piel anaranjada instalada en un estado de perpetua madurez. Maternal y deseable al mismo tiempo.

Carente de madre propia, sin duda el joven Yáxtor debía haber encontrado en la carneútil una suerte de madre sustituta. ¿Y luego? Cuando el fuego de la adolescencia despertó en el muchacho, ¿había buscado consuelo en la carneútil? Qérlex se encogió de hombros. Por qué no. No habría sido nada demasiado extraño, después de todo. Yáxtor no habría sido el primer adolescente en adentrarse en los misterios del sexo de mano de un carneútil, ni seguramente sería el último.

Se dio cuenta de que Manli lo miraba como si esperase algo de él y comprendió que la carneútil aguardaba nuevas instrucciones. En realidad ya había terminado el interrogatorio y había averiguado lo que quería saber, así que no tenía nada más que decirle. Pensó en despedirla y dejar que volviera a sus tareas domésticas, pero no quiso hacerlo de un modo brusco; nunca le había gustado el modo en que los demás solían tratar a los carneútiles, como si no fueran más que herramientas. Eran seres vivos e inteligentes, al fin y al cabo, sometidos a la voluntad de los humanos, cierto, pero con sus propios sentimientos y deseos. Buscó cualquier amable trivialidad que soltarle antes de dejarla marchar.

—Cuidaste muy bien del joven amo —dijo.

Ella asintió, complacida. Sonrió, como si recordase algo y se llevó la mano al regazo.

—Es mi niño —dijo—. Estuvo dentro de mí.

Qérlex asintió. Sí, sin duda el Yáxtor adolescente había usado a la carneútil como compañera sexual. Como había pensado antes, no había nada raro en ello.

—Lo llevé dentro —insistió Manli, mientras se acariciaba el vientre—. Mío y del amo.

Qérlex abrió la boca para responder con una nueva trivialidad y se quedó congelado a mitad del gesto.

No. No puede ser.

Pero una vez contemplada la idea, no podía ser abandonada, no sin explorarla antes. No importaba lo absurda, ridícula o inverosímilmente monstruosa que fuera. Tragó saliva y preguntó:

—¿Cuándo estuvo dentro de ti?

—No era más que una cosita minúscula que cabía en la palma de mi mano —murmuró la carneútil, entregada a sus recuerdos, como si la pregunta de Qérlex fuese la señal que había estado esperando—. Se aferraba a la vida con tenacidad, con rabia. Quería vivir. Estaba empeñado en vivir. Y mi niño lo hizo. Tres meses. Tres meses estuvo dentro de mí, alimentándose de mí, aprendiendo de mí, creciendo en mí. Mi niño.

Qérlex meneó la cabeza.

No.

Aquella abominación no era posible. Nadie en su sano juicio habría intentado algo así. Era...

Y sin embargo, explicaba tantas cosas sobre Yáxtor...

—El amo..., el amo... ¿Próxtor lo introdujo en ti? —preguntó, temeroso de la respuesta.

Manli asintió.

—El amo lo extrajo de su mujer, lo arrebató de entre su carne palpitante y ensangrentada. Dijo que ella ya no servía, que había cumplido su propósito, que ya no era necesaria. Dijo que yo era lo que necesitaba ahora, que conmigo triunfaría donde sus antepasados habían fracasado, que él había visto lo que nadie más había sabido ver y que con mi ayuda conseguiría el éxito final. Definitivo, dijo. Definitivo. Nunca lo había visto tan entusiasmado, tan exaltado, tan convencido de algo. Lo extrajo de ella y me pidió que me abriera, que cambiara mi cuerpo para acogerlo y nutrirlo, que le diera todo cuanto tenía y cuanto era. —Sonrió de pronto, preñada de nostalgia—. Fue mi niño. Mío y del amo.

Imposible. Aquello era imposible. Era...

Ante el horror en el rostro del humano, la carneútil guardó silencio y retrocedió

asustada. Qérlex reaccionó de inmediato e intentó tranquilizarla. Le costó trabajo y no consiguió que Manli volviera a hablar con total libertad. La carneútil notaba la reticencia de Qérlex, la lucha que tenía lugar en su mente entre el deseo de saber y el horror ante lo que averiguaba. Pero poco a poco, con paciencia, consiguió sacarle cuanto sabía.

Suficiente, se dijo. Más que suficiente.

Abrió los ojos, regresó al presente y miró a su alrededor. El tráfico hacia Lambodonas era cada vez más denso.

Sí, había averiguado cuanto quería saber y todo lo que habría preferido seguir ignorando. Había mirado al interior de la abominación y había desentrañado, no solo el misterio de la locura de Yáxtor, sino de la propia existencia del joven. Se había armado de valor, había hecho a un lado su repugnancia y había seguido indagando.

Sabía. Una parte de él prefería no saber. Pero sabía. Lo sabía todo.

Excepto una cosa: por qué.

SEGUNDA PARTE
PREGUNTAS

Somos un paréntesis de orden entre dos eternidades de caos. A eso se limita la vida humana. Y, con el tiempo, hasta el minúsculo orden que somos capaces de crear con nuestra existencia acaba engendrando un caos mayor.

—Shércroft

Asima les había dado la información en un tono neutro, impasible, sin que la voz le temblase o su pulso se alterase en ningún momento. Antes había examinado a su auditorio con una mirada fría y arrogante:

Hoydson, el eterno segundón, siempre a la sombra de Shércroft, sus propias aspiraciones aplazadas una y otra vez para vivir pendiente de las órdenes y caprichos del viejo archivero. ¿Qué ganaba con ello? ¿Qué obtenía Hoydson de aquella vida de servidumbre, gruñidos y malas contestaciones? ¿Cuál era la compensación que conseguía?, ¿qué necesidades cubría?, ¿qué secretos...?

Dasaraki Itasu: alborotada melena naranja, risa escandalosa, gestos veloces, mirada inocente... ¿Cuánto de todo aquello era cierto y cuánto no? ¿En qué grado Itasu había usado sus mensajeros para alterar su propio cuerpo y proporcionarse exactamente el aspecto que deseaba, uno que desarmaría a los hombres y llenaría de envidia a otras mujeres, que haría que la subestimasen continuamente y que, por tanto, le proporcionaría una ventaja táctica en prácticamente cualquier situación?

Fléiter Praghem, con cara de estar preguntándose qué hacía allí en medio y por qué lo habían metido en aquel asunto. Un hombre complicado que aspiraba a una vida apacible, un adicto a la adrenalina que buscaba la tranquilidad y el aburrimiento de una vida normal. ¿El comandante era consciente de aquella contradicción?

Y Yáxtor Brandan, por supuesto. Yáxtor...

Ahí había detenido su examen, se había puesto en pie y se había puesto a pasear con las manos a la espalda. Sonrió ahora al recordarlo y al darse cuenta de que, sin quererlo, había adoptado una de las poses habituales de Shércroft.

Viejo tonto.

Les había contado todo cuando había descubierto en la autopsia. Veloz, precisa, sin vacilaciones ni interrupciones. No vio sorpresa en ninguno de los rostros cuando dijo que Shércroft llevaba un parche de falsa piel en uno de sus muslos y que los mensajeros del parche, mensajeros pasivos prácticamente imposibles de detectar si no se sabía que estaban allí, habían grabado todo lo ocurrido durante la tortura.

—Todo —había añadido—. Hasta el último ruido, el último lamento, todo.

No había obtenido una verdadera reacción hasta que no les había empezado a hablar de lo otro, del truco que Shércroft había usado para almacenar la información que unos simples mensajeros de grabación no podían transmitir. La información que su aguda mente había sido capaz de deducir en medio de su propia tortura y que no podía permitir que desapareciera con su muerte.

No se le había escapado la mirada intercambiada entre Yáxtor y Hoydson, el rápido

asentimiento, la sonrisa veloz, la repentina oleada de camaradería entre los dos.

No se le había escapado nada de nada, en realidad. Nunca se le escapaba nada de nada.

Solo una cosa, se decía ahora, a solas en su despacho. *Solo se te ha escapado una cosa*, se repetía.

La noche se colaba a regañadientes por la ventana a su espalda. En la penumbra, el paisaje familiar del cuarto se convertía en un caos sin sentido lleno de amenazas.

Los había dejado irse poco después, les había permitido irse a tramar su venganza y maquinarse sus planes. De forma premeditada y consciente, se había echado a un lado, les había dejado bien claro que no iba a intervenir de modo activo en lo que fuera que hiciesen y que a partir de aquel momento quedaban librados a sus propios medios.

¿Se lo habrían creído? Hoydson seguramente sí, al igual que Fléiter. De la mujer honoyesa no podía decir nada. Y de Yáxtor...

No quería pensar en el adepto. No quería traer de vuelta la avalancha de recuerdos que acarrea consigo: la imagen de Ámber, los planes que tenía para ella, las esperanzas y sueños que había puesto en la joven y que...

Pero tenía que hacerlo.

Yáxtor no la había creído ni por un segundo, estaba casi segura. Si no otra cosa, la mirada de reconocimiento que intercambió con ella antes de irse era indicio más que suficiente. No la había creído. Sabía que no iba a estarse quieta, que tenía sus propios planes y sus propios objetivos.

Busca fuera, Yáxtor, se dijo. *Busca fuera y da con el monstruo que te concibió. Y hazlo pagar por ello. Hazlo pagar por lo que le hizo a mi niña.*

Entretanto, Asima estaría ocupada buscando en otros lugares. No fuera, sino dentro. No lejos, sino cerca. Muy cerca. Quizá demasiado.

Haz tu trabajo, adepto empírico. Yo haré el mío.

Se puso en pie y miró por la ventana. Respiró lentamente, de un modo completamente medido. Totalmente deliberado. La emoción, el condenado dolor estaba allí, agazapado en su pecho, aferrado a su vientre, parapetado tras su frente. Pero no se iba a dejar ganar por él. No aquella noche, al menos. No hasta que hubiera hecho lo que tenía que hacer.

Muy bien, prima, se dijo, *veremos hasta qué punto te sales con la tuya.*

Misantropía volvió un día de repente al grupo. Tenía aspecto demacrado y la expresión de disgusto que se pintó en su rostro al ver a los demás fue perceptible para todos. Miraba a su alrededor como buscando a alguien y, cuando al fin vio a Avanzadilla y Observante, asintió con decisión y echó a andar hacia ellos.

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja.

Observante y Avanzadilla se intercambiaron una mirada.

—Claro. Mejor vamos a un sitio más tranquilo.

—No he estado ocioso estas semanas —decía Misantropía algo más tarde—. He observado a los humanos. A veces, me he disfrazado como uno de ellos y he paseado por sus asentamientos. Al principio, no estaba seguro de que pudiera hacerlo, pero tenía que intentarlo. Si solo somos nosotros mismos cuando no hay humanos cerca...

Observante asintió.

—Muy perspicaz, hermano.

—Hermana —dijo Misanropía.

Su aspecto no había cambiado desde la última vez que lo vieran. No había nada femenino en su apariencia, y la mirada de perplejidad que se intercambiaron Avanzadilla y Observante fue evidente.

—Mi persona es femenina —dijo Misanropía—. Mi cuerpo... es irrelevante.

Observante asintió.

—Continúa, por favor.

—Las primeras veces me teñí la piel —dijo Misanropía, retomando su relato—. Pero no tardé en darme cuenta de que no era necesario, de que nuestro tono anaranjado no es más que una imposición humana que hemos aprendido a considerar algo natural. Si soy capaz de cambiarme totalmente a nivel celular, ¿acaso no voy a poder alterar algo tan ridículamente sencillo como mi pigmentación? No importa. Los humanos están preocupados. Muchos de ellos se encuentran al borde de la histeria. Nuestra desaparición del rancho y la muerte de los capataces ya causó bastante preocupación, pero las sucesivas desapariciones de carneútiles durante las pasadas semanas han exacerbado los ánimos. No saben lo que pasa, y la mayoría sospecha que se trata de traficantes humanos de carne. Pero han aumentado la vigilancia por los caminos y los pasos y, aunque de momento tienen la vista clavada en el Este, pues piensan que allí es donde llevan los traficantes su mercancía, no tardarán en centrarse en el Oeste y explorar la Teja. Y si dan con nosotros...

No añadió nada más. No era necesario. Avanzadilla y Observante se intercambiaron una mirada de comprensión y luego se volvieron hacia Misanropía para darle las gracias. Pero ella ya había dado media vuelta y caminaba hacia el bosque a paso vivo.

Se detuvo en la linde y miró a su alrededor largo rato. Luego, con un brillo indescifrable en la mirada, se perdió en la espesura.

—¿Qué opinas?

—Que aunque tenga razón no hay mucho que podamos hacer —dijo Avanzadilla—. Nuestra gente es todavía frágil y muchos solo han despertado a medias. Ahora mismo están en un entorno estable y conocido. Si intentamos movernos....

—Coincido contigo. Sin embargo...

—Lo sé. —Avanzadilla lo pensó unos instantes—. Seremos precavidos y pondremos vigías. No podemos hacer mucho más.

—Pareces ausente, Fléiter.

—¿Eh? Lo siento —dijo el occidental—. Sí, me temo que tenía la cabeza lejos de aquí.

—No tan lejos —replicó Yáxtor con una sonrisa maliciosa—. El local de Mishra no está al otro extremo del mundo, que digamos.

Fléiter asintió y devolvió la sonrisa a Yáxtor. Pero en realidad no estaba pensando en Mishra. Por primera vez en mucho tiempo, ella no era el foco principal de sus pensamientos.

Le habían pasado un informe aquella misma mañana, poco antes de salir para el funeral de Shércroft. Una breve nota, en realidad, que notificaba de un suceso más bien inquietante en un rancho en el borde septentrional de la Teja.

Todos los habitantes humanos del rancho habían muerto, y no había el menor rastro de los casi cien carneútiles que habían vivido en él.

Traficantes, posiblemente. En algunas zonas de Wáhrang, un carneútil entrenado en labores agrícolas se pagaba a buen precio, y eran muchos los granjeros o ganaderos que no le hacían ascos a la compra ilegal. Incluso tener que traerlos del Continente Occidental, con todos los gastos que eso conllevaba, era más barato que pagar los impuestos y aranceles que acarrearba una compra legal.

Las instrucciones de Fléiter eran tener un ojo bien abierto por si alguna de las ramas a sus órdenes detectaba algo. Una cosa era el tráfico inocuo e ilegal de carneútiles a pequeña escala, ya fuera en un sentido o en otro a través del océano. Washorya siempre estaba dispuesta a mirar a otro lado en casos así. Pero cuando los traficantes empezaban a volverse demasiado avariciosos y a matar ciudadanos para obtener su mercancía era el momento de tomar medidas.

—El condenado viejo era listo —decía Yáxtor, a lo que Fléiter asintió, tratando de mostrar un interés que estaba lejos de sentir. No había conocido mucho al Jefe de Archivos. De hecho, siempre le había parecido una presencia más irritante que otra cosa. Estaba claro que había irritado a quien no debía—. Y su autocontrol... Mientras Tsun Zune lo torturaba fue capaz de transmitir lo que quería que supiéramos con golpecitos de los dedos contra el parche.

Fléiter volvió a asentir, al igual que Itasu. Hoydson parecía incluso más ensimismado que el occidental y, seguramente, por una buena razón. Al fin y al cabo llevaba más de siete años al servicio del archivero.

—Sí, un prodigio de ingenio, adepto Brandan —dijo de pronto Hoydson—. Todos oímos como la adepta Asima lo explicaba. Un auténtico genio. Claro. Ese era Shércroft. Pero no lo bastante... —Se detuvo de pronto, incómodo consigo mismo por el arrebató emocional—. Lo lamento.

Fue ahora Yáxtor quien asintió.

Fléiter trató de centrar su atención, pero descubrió que le costaba trabajo. Narices, no era nada importante. Un grupo de traficantes se había pasado de rosca y habían matado a los rancheros. Lamentable, sobre todo para los muertos, pero no relevante.

Céntrate, por la Teja. ¿Qué demonios te pasa?

Se acomodó en el asiento y de nuevo se esforzó por prestar atención.

—Lo cierto es que no tenemos gran cosa, adepto Brandan —siguió Hoydson—. Sí, los mensajeros de grabación copiaron todo lo que ese... Tsun Zune dijo mientras torturaba a Shércroft hasta matarlo. Y sí, el propio Shércroft pudo añadir información con la punta de sus dedos... Pero no acabo de ver nada relevante en ninguna de las dos cosas. Nada que nos diga cómo o dónde encontrarlos, a él y a...

—Mi padre.

Fléiter contuvo un respingo. Conocía bien a Yáxtor. Había oído su voz en cientos de situaciones distintas. Pero jamás antes lo había oído en un tono tan frío y rabioso como en aquel momento.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Lo suficiente —respondió Yáxtor sin cambiar el tono—. La palabra «Próxtor» aparece en el mensaje codificado de Shércroft al menos cinco veces, en cinco momentos muy concretos. Aunque en realidad, ni siquiera necesitamos esa corroboración. Nunca he

tenido la menor duda de que Tsun Zune ya no trabajaba para los Espectros. Puede haberme mentido en muchas cosas, pero en eso era sincero; de lo contrario, su comportamiento no tendría el menor sentido. Por otro lado, sabemos que mi padre sigue vivo y que interfirió con mi descendencia en otra ocasión. Tsun Zune ha reconocido que no está al mando, que no es más que un subordinado. Si ya no trabaja para los Espectros, a menos que haya un tercer grupo del que nada sabemos, la conclusión obvia es que trabaja para mi padre. Ambos se conocían desde hacía tiempo, desde la guerra, por lo menos. Tiene sentido.

Fléiter no respondió, aunque no acababa de tenerlo del todo claro.

—No creo que nadie de los presentes dude de la asociación de Tsun Zune con tu padre —dijo al cabo—, así que podemos asumir que es él quien está detrás de la muerte de Shércroft. Sin embargo, pareces pensar que también es él el responsable del rapto de tu hija. No lo veo tan claro.

Yáxtor sonrió.

—En cambio, yo cada vez lo veo más claro. Mi padre ya jugó a ser Dios una vez con mi descendencia. No sé por qué. Pero si lo hizo una vez, no es descabellado pensar que ha podido volver a hacerlo. Además, suponer que él no tuvo nada que ver implica asumir dos conspiraciones simultáneas y paralelas sin ninguna relación entre sí, una centrada en el rapto de Yakizuni y la otra en la muerte de Shércroft. ¿No es más lógico pensar que hay una sola conspiración, que Shércroft dio con ella, o al menos tuvo un atisbo y que fue silenciado por eso?

—Pero las preguntas que le hizo Tsun Zune...

—Cierto, no parece que guarden la menor relación con Yakizuni. Pero esperar eso sería subestimar a Tsun Zune.

Fléiter meneó la cabeza, no del todo convencido.

—Como sea —intervino Hoydson de nuevo—. No tenemos ninguna pista sólida.

—Algo sí que tenemos —intervino Itasu de repente—. Veamos. —Pasó varias páginas del legajo que Asima les había facilitado—. Sí, aquí está. «Créeme, Jefe de Archivos, preferiría estar en otro lugar, igual que tú. Daría un brazo por poder contemplar el amanecer desde una playa, por ejemplo, con el sol saliendo tras ese océano inacabable». En ese momento los golpeteos de Shércroft se vuelven frenéticos, como si Tsun Zune hubiera dicho algo importante sin querer. —Carraspeó—. «Siete y tres, ¡Siete y tres! ¡SIETE Y TRES!».

Fléiter la miró sin comprender adónde quería llegar.

—¿Siete y tres qué? —preguntó.

—No lo sé —respondió Itasu—. Pero es evidente que era una información importante para Shércroft. Estaba siendo torturado, no lo olvidemos. Lo que podía transmitirnos con sus dedos era, por fuerza, limitado, mientras al mismo tiempo luchaba por no darle información relevante a su torturador o por mantenerse consciente o por... No importa. Marcó esas palabras tres veces seguidas, cada vez de forma más intensa. Está claro que era algo que consideraba importante.

—«El sol saliendo tras ese océano interminable» —murmuró Fléiter—. ¿Habla de la costa este del Continente Occidental?

—Tal vez. Aunque yo no definiría el mar que hay entre los dos continentes como «interminable». Tiene más pinta de referirse al Océano Exterior. Así que quizá hablaba de

Desolación. O de la costa oriental de Khynai. O de mil posibles lugares. Quién sabe —dijo Yáxtor—. Pero Itasu tiene razón. Esa información es importante. Debemos averiguar qué significa.

Hoydson asintió con gesto hosco.

—Investigaré en los archivos.

De nuevo el silencio descendió sobre los cuatro.

Estamos haciendo esto a espaldas del resto del mundo, se dijo Fléiter. Yáxtor no ha informado a sus superiores, Hoydson no va a hacerlo y apostaría a que el Emperador de Honoi no sabe nada de lo que está haciendo Itasu. En cuanto a mí... ¿En qué demonios nos hemos metido? ¿En qué me metiste, maldito viejo?

—Tenemos dos posibles lugares en los que mirar —dijo Yáxtor pasado un rato—. Y los dos están lo bastante cerca para comprobarlos. Sugiero que vayamos.

Itasu asintió con una sonrisa feroz. Hoydson, siempre con el ceño fruncido, hizo otro tanto. Al cabo de un rato, Fléiter los imitó.

Cuatro contra el mundo, se dijo. Esto no va a acabar nada bien.

¿Casualidad?, se preguntaba Qérlex. ¿Coincidencia que alguien hubiera matado a Shércroft el mismo día que él había descubierto que Próxtor Brandan seguía vivo y que había experimentado con su propio hijo?

Por qué no. Las causalidades ocurren también fuera de las novelas baratas.

Pero aquella... No, aquella era excesiva hasta para la vida real. Aunque Qérlex y el Jefe de Archivos se conocían desde hacía más de cuarenta años, su relación nunca había pasado de superficial. Sus intereses dentro de los Adeptos Empíricos nunca se habían enfrentado, y su forma de ser era demasiado distinta para que llegaran a interesarse en detalle en la vida del otro, ya fuera para bien o para mal. Pero Qérlex no necesitaba conocer a Shércroft a fondo para saber cuál había sido su obsesión principal en los últimos siete años: Yáxtor Brandan. Si el condenado metomentodo se había implicado en un asunto turbio, si había decidido actuar por su cuenta sin informar a sus superiores, solo podía ser por algo que tuviese que ver con el joven adepto empírico.

¿Estaba todo relacionado? Lo que había descubierto y lo que había llevado a la muerte a Shércroft ¿eran, tal vez, dos extremos opuestos de la misma madeja? ¿Era Próxtor responsable de la muerte de Shércroft, como lo había sido de la de su propia esposa, por no mencionar la de su nuera y su nieto?

Quizá.

¿Qué clase de bestia inhumana abría en canal a la madre de su hijo, le arrancaba el feto del cuerpo palpitante y lo injertaba en una carneútil? ¿Qué demonio...?

Demonio o no, había tenido éxito, ¿no es cierto? Hasta donde Qérlex sabía, Yáxtor era el único humano capaz de generar sus propios mensajeros y, a la luz de lo ocurrido, aquello se debía a los tres meses pasados en el falso útero creado por Manli. Tres meses que lo habían cambiado, habían alterado su química y sus células y lo habían convertido en...

Meneó la cabeza y volvió a pensar en el Jefe de Archivos.

No se le había pasado por alto que Asima no había ido al funeral, lo que no había

extrañado a casi nadie. La Adepta Suprema de la Curación era famosa por su alergia a los rituales y a ciertos protocolos sociales. Pero también era una de las más antiguas amigas de Shércroft y, hasta donde Qérlex se atrevía a aventurar, tal vez algo más. Había sido ella la que había encontrado el cuerpo, al fin y al cabo, y la que se había encargado de la autopsia, una irregularidad que, de haber estado él en Lambodonas, difícilmente habría sucedido.

Solo que él no estaba en Lambodonas. Había ido a las tierras de los Brandan espoleado por una advertencia que, en realidad, parecía más una provocación. ¿Tenía Asima algo que ver con la muerte de Shércroft? ¿Su visita aquella noche a sus aposentos había tenido como propósito alejar a Qérlex de la capital para que no interfiriera?

Le resultaba difícil de creer, pero tenía la sensación de que en esos momentos no podía descartar nada.

En cualquier caso, Asima no había ido al funeral. Todos los demás estaban allí. Él mismo, como Adepto Empírico Supremo; Velhas, como Regente y en representación de la Reina; el comandante Praghem en representación del Capítulo de Información de la Confederación Occidental; Hoydson, su ayudante y probable sucesor en los archivos.

Y Yáxtor Brandan; lo que no tenía nada de particular y lo tenía todo. Pues si no otra cosa, el hecho de que recordase su tiempo de prácticas en los archivos y sintiera un vínculo emocional con Shércroft indicaba que, en efecto, el adepto empírico había recuperado los recuerdos.

¿Cómo iba a reaccionar la Reina? ¿Qué haría Orston? ¿Qué iban a ordenarle a él que hiciera?

No tenía ni el tiempo ni el deseo de responder a ninguna de aquellas preguntas. En su mente había una que eclipsaba todas las demás, que se superponía a cualquier otra y que no dejaba de dar vueltas, incluso en sus sueños:

¿Debo contar lo que sé? Y si es así, ¿a quién?

Es imposible no cometer errores. Es de necios negarse a repararlos.

—Próxtor Brandan

La niña estaba llorando de nuevo. Era imposible que tuviera hambre; no hacía ni una hora que se había alimentado. Con una mueca de fastidio, Próxtor Brandan abandonó la mesa del laboratorio y se acercó a la cuna.

La niña pataleaba y no dejaba de llorar. Pese a todo, Próxtor intentó darle de comer, pero no sirvió para nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

La cogió con cuidado y se la llevó al pecho. Sintió los minúsculos puñitos golpeándole y las lágrimas no tardaron en empaparle la ropa. La acunó con delicadeza, le dio palmaditas en el trasero y la meció de un lado a otro.

—¿Mejor?

El llanto cesó tan súbitamente como había empezado. De la boca infantil se escapó un gorjeo de felicidad. Próxtor la alzó y escrutó su rostro. Los ojos intensamente azules, enormes y colmados de sorpresa, lo miraban como si lo vieran por primera vez.

—¿Mejor? —repitió Próxtor.

La boquita se torció en un puchero, así que volvió a llevarse el bebé al pecho y lo acunó de nuevo. Sin darse cuenta de lo que hacía empezó a murmurar en un tono bajo y tranquilizador. Nada de lo que decía tenía el menor sentido, pero eso no le importó a la niña, para la que el murmullo tuvo el efecto de un encantamiento. Se tranquilizó de repente y, antes de que pasase un minuto, había cerrado los ojos y dormía.

Próxtor sonrió y volvió a depositarla en la cuna. La arropó con cuidado. Iba a volver al trabajo, pero sin saber por qué se la quedó contemplando un rato.

—Ah, sí —susurró—. Sí que lo eres, condenada. La cosa más puñeteramente bonita que he visto en mi vida.

Como si le hubiera oído, el bebé se llevó el pulgar a la boca y se dio media vuelta.

Próxtor alzó la vista y miró a su alrededor. Tenía un montón de cosas que hacer. Demasiadas. Abandonó la cuna y pasó las dos horas siguientes enfrascado en su trabajo, rodeado de un laberinto de tubos de ensayo, retortas y placas de examen.

Fue el sonido característico del elevador el que lo sacó de su tarea y lo hizo volver a la realidad. Dejó a un lado la muestra que había estado analizando en el amplificador y, tras quitarse los guantes y lavarse las manos, examinó una vez más la cuna. La niña dormía a pierna suelta.

Asintió satisfecho y se acercó a la puerta del laboratorio casi a la vez que esta se abría. Un Tsun Zune con aspecto presuntuoso entró por ella y saludó a Próxtor con una inclinación de cabeza. Parecía exultante, tan orgulloso de sí mismo que apenas cabía dentro de su propio cuerpo.

—¿Todo bien?

—Razonablemente —dijo Tsun Zune, complacido, aunque intentaba no parecerlo—. El plan fue según lo previsto. Pero en realidad el Jefe de Archivos no sabía gran cosa.

Próxtor asintió, sin que su rostro trasluciera lo que realmente pensaba.

—Dame una copia del informe —dijo.

Tsun Zune no se hizo esperar y, con una palabra impronunciable, soltó los mensajeros de grabación que había activado durante el interrogatorio de Shércroft. El cuerpo de Próxtor los asimiló sin dificultad y su mente repasó lo ocurrido. Tsun Zune lo contemplaba expectante.

—Buen trabajo, amigo mío —dijo Próxtor—. Está claro que los años no han embotado tu filo ni han hecho menos agudo tu ingenio. Buen trabajo.

Tsun Zune inclinó de nuevo la cabeza, visiblemente satisfecho. Próxtor no solía ser pródigo en cumplidos. Generalmente acogía el trabajo bien hecho con un murmullo y un asentimiento distraído, así que Tsun Zune supuso que en aquella ocasión su misión había sido excepcionalmente exitosa.

—¿El trabajo va bien? —preguntó con un cabeceo, señalando hacia el laboratorio.

—Razonablemente —respondió Próxtor. Tsun Zune contuvo una sonrisa al darse cuenta de que él había usado la misma palabra poco antes—. Aún nos quedan varias pruebas, pero vamos por buen camino.

Próxtor se llevó de pronto el dedo índice a los labios y entrecerró los ojos, como si intentase recordar.

—Hay algo que quería enseñarte, amigo mío. Lo había olvidado. Es algo que sabía que tendría que mostrarte antes o después. Ven, por favor, creo que ha llegado la hora de que lo veas.

Llamó a un carneútil con un gesto y, sin palabras, le indicó que se quedase junto a la cuna. La criatura, solícita, cumplió las órdenes mientras los dos hombres se dirigían a la puerta.

—Vamos.

Salieron juntos del laboratorio. Recorrieron un largo pasillo que daba una amplia curva y terminaron por salir a un extenso espacio en el que se abrían lo que parecían varias esclusas.

—Me has sido muy útil, viejo amigo —dijo Próxtor mientras se acercaba a una de ellas—. Gracias a ti los Espectros tenían en su poder la ampolla con los recuerdos de Yáxtor y gracias a ti él llegó a ellos en el momento adecuado. Todos estos años has sido para mí un colaborador indispensable. Y creo que nunca te lo he agradecido lo suficiente.

—Por favor —dijo Tsun Zune con un gesto de humilde rechazo, aunque saltaba a la vista que el cumplido lo había llenado de satisfacción. Si antes casi no cabía en su propio cuerpo ahora parecía a punto de reventar—. El agradecimiento no es necesario. Me honra compartir tus objetivos y ayudarte a alcanzarlos.

Próxtor asintió mientras subvocalizaba una palabra impronunciable.

—Y lo has hecho —dijo en voz alta.

Su mano acarició la llave circular que abría la esclusa.

—Sí que lo has hecho. A menudo.

La llave empezó a girar poco a poco.

—Hoy no ha sido así, sin embargo.

La esclusa se abrió por completo y hubo un pequeño chasquido, como si al otro lado el

aire no estuviera a la misma presión. Próxtor se volvió hacia Tsun Zune. Este lo miraba con una expresión indescifrable en el rostro. Su brazo, medio alzado, se había detenido a mitad de camino, dándole un aspecto algo ridículo.

Próxtor sonrió, pero sus ojos seguían fríos, casi indiferentes.

—Vaya. Los mensajeros de parálisis siempre lo atrapan a uno en el momento más inconveniente. Curioso.

Agarró al inmóvil Tsun Zune y lo arrastró hacia la esclusa abierta. Con un empujón pasó el cuerpo al otro lado, al interior de una pequeña cámara cuadrada rematada por una enorme claraboya redonda. Más allá, podían verse las estrellas.

Próxtor lo dejó allí, cerró la esclusa e hizo girar la llave hasta que el compartimento estuvo estanco de nuevo. Solo entonces liberó a Tsun Zune de su inmovilidad con una nueva palabra impronunciable musitada a media voz. El khynainio parpadeó y meneó la cabeza, confuso. De pronto, se dio cuenta de dónde estaba y se le demudó el rostro.

—¿Qué...?

Próxtor meneó la cabeza.

—Lo siento, viejo amigo, tengo que pedirte perdón por la superchería, pero creo que no habrías venido voluntariamente hasta aquí si hubieras sabido lo que te esperaba. Yo no lo habría hecho, al menos —añadió mordaz—. Verás, el interrogatorio de Shércroft era algo más que eso. También era una prueba; no para él, sino para ti, como supongo que está empezando a resultarte evidente. Me temo que no la has pasado.

Tsun Zune se acercó a la claraboya, el cuerpo convertido en un amasijo de nervios. Pegó el rostro al cristal y volvió los ojos de un lado a otro, como si buscara una salida.

—No lo entiendo —murmuró.

—Por supuesto que no. Ese es uno de tus problemas. Hay demasiadas cosas que no entiendes. De haberlo entendido, habrías superado la prueba. Bueno, quizá no, pero habrías tenido una posibilidad, al menos.

Tsun Zune empujó la esclusa, tiró de ella, intentó hacer girar la rueda que la cerraba.

—Próxtor, por favor.... No sé qué error he cometido, pero seguro que puede solucionarse.

—Se solucionará, pierde cuidado. Pero no serás tú quien se ocupe de ello, me temo.

—No comprendo...

La mano de Próxtor se cerró alrededor de una nueva llave circular y la hizo girar muy despacio. Tsun Zune se volvió al oír un siseo a sus espaldas. Intentó tragar saliva y se dio cuenta de que tenía la garganta totalmente seca. Se pegó de nuevo a la esclusa, como si quisiera atravesarla a base de pura fuerza de voluntad.

—Para empezar, ni siquiera conseguiste sonsacarle al viejo lo que realmente sabía y ni te diste cuenta —dijo Próxtor sin dejar de girar la llave—. Te soltó lo que querías oír en el momento exacto en que querías oírlo y en el tono justo para convencerte de que lo habías quebrado. Y tú volviste convencido de que lo habías roto y de que le habías sacado hasta la última pizca de información. —Meneó la cabeza y sonrió, como si recordase algo—. El viejo cabrón, siempre tan listo. Un manipulador nato hasta el último segundo, eso es lo que era. Ojalá hubiera podido atraerlo a mi causa, habría sido un activo de considerable valor de no ser por sus condenados escrúpulos. —Parpadeó, como si despertase de un sueño y volvió a mirar a Tsun Zune—. Te manipuló, jugó contigo como con una marioneta y no solo no le sacaste nada de valor, sino que te hizo matarlo exactamente en el

momento en que juzgó mejor para sus planes. —Se encogió de hombros de repente—. Pero en realidad eso es lo de menos; confieso que no contaba con que lo lograras. El condenado viejo siempre fue un hueso duro de roer y era difícil que estuvieras a su altura. No, tu fracaso no tiene nada que ver con eso.

—No entiendo... —Tsun Zune giraba el rostro sin cesar, pasando de Próxtor a la claraboya que empezaba a abrirse a su espaldas, siempre pegado a la esclusa—. Dime lo que he hecho... Lo corregiré.

Próxtor negó con la cabeza.

—Demasiado tarde. Te lo dije justo antes de que raptaras a Shércroft: nadie debería sobrevivir a su utilidad. Y me temo que tú lo has hecho, viejo amigo. Te queda poco y no estaría bien que te fueras de este mundo sin saber cuál fue el error que cometiste. Es sencillo: dejaste allí el cadáver y permitiste que Yáxtor lo encontrara.

—Pero eso era parte del plan...

—¡Sí, idiota, pero no sin antes limpiarlo de cualquier pista que pudiera guiarlo a nosotros!

El repentino estallido de emoción convirtió el rostro de Próxtor en una máscara rabiosa. El siseo aumentaba a espaldas de Tsun Zune. Empezaba a costarle respirar.

—Te aseguro que limpié...

—¡Tu trabajo fue una chapuza! —Próxtor se llevó las manos a la cabeza e intentó recuperar la compostura—. Maldita sea, ya sabes cuánto odio perder los estribos, no me lo pongas más difícil. Shércroft grabó cuanto le dijiste y ni siquiera te diste cuenta; no solo eso, fue capaz de hacer anotaciones y comentarios a su propio interrogatorio y ni lo viste. Por suerte tus mensajeros son más listos que tú y grabaron la información necesaria para verlo. Al menos para que yo lo viera.

Tsun Zune meneó la cabeza. Abrió la boca para decir algo. Hastiado, Próxtor hizo girar bruscamente la llave y la claraboya al otro lado de la cámara estanca se abrió de repente. El golpe de viento arrastró a Tsun Zune fuera, una figura pataleante y boqueante que trató de agarrarse a las paredes en vano. Próxtor contempló con indiferencia la silueta que se recortaba contra el campo de estrellas y se iba empequeñeciendo en la distancia rápidamente mientras volvía a cerrar la claraboya y esperaba a que la cámara estanca se llenase de nuevo.

Tomó aire muy despacio y lo dejó salir aún más despacio.

Idiota, se dijo. Tsun Zune siempre había sido un idiota. Arrogante, pagado de sí mismo, convencido de que era un artista que usaba el cuerpo humano como si fuera un violín y el sufrimiento como un arco. Un simple carnicero venido a más. Un idiota útil... hasta que había dejado de serlo.

Los mensajeros de grabación habían registrado todo el interrogatorio, incluidos los golpecitos que los dedos de la mano derecha de Shércroft daban contra su muslo, golpecitos que podían parecer al azar, pero que no lo eran. A Próxtor no le había costado reconocer un viejo alfabeto de batalla de los adeptos empíricos formado por una combinación de golpes breves y largos. No conocía el código que había tras el alfabeto, pero sabía lo suficiente para suponer lo que había estado haciendo el viejo Jefe de Archivos: transmitir toda la información que encontrase relevante. Y eso, viniendo de Shércroft, quería decir mucho.

Próxtor abandonó la sala de las esclusas y volvió por el pasillo por el que había venido.

En lugar de regresar al laboratorio, decidió subir al mirador.

Mientras caminaba, intentó desentrañar el puzle que representaba el mensaje de Shércroft en sus últimos momentos de vida, un proceso que encontraba gratificante, pese a que estaba convencido de que iba a fracasar. No tenía la menor idea de cómo el viejo transmitía la información. No podía manipular mensajeros, eso era un hecho, y de haber podido, Tsun Zune los habría detectado; ni siquiera él habría sido tan idiota para obviar algo así. Pero estaba seguro de que lo había hecho: de un modo que no lograba descifrar se las había apañado para que aquella combinación de golpecitos largos y cortos quedase registrada de alguna forma de modo que estuviera disponible para aquellos que luego examinasen su cadáver.

Por tanto, tenía que haber sido en su propio cuerpo. Sabía que iba a morir. Contaba con que los adeptos empíricos encontrasen su cadáver y le practicasen una autopsia.

Sí, se dijo mientras ascendía al mirador, Shércroft había almacenado aquella información en su propio cuerpo; no sabía exactamente cómo, pero eso era lo de menos. Y Tsun Zune...

Se encogió de hombros. El error ya era irreparable. Estaba hecho. De nada servía lamentarse. Había hecho lo único que podía hacer: prescindir del elemento responsable del error. En cuanto a lo demás, quizá pudiera incluso aprovecharlo a su favor. No estaba seguro de si la información que Shércroft había conseguido sería suficiente para poner a Yáxtor tras sus huellas, pero de no ser así, siempre podría darle a su hijo un empujón en el instante adecuado y en la dirección correcta. Después de todo, el momento de la verdad no estaba muy lejos y le parecía justo que los tres Brandan con vida lo compartieran.

Ya veremos, se dijo. Sí, ya veremos.

Salió al mirador. Se encontraba en una enorme sala circular de paredes y techo transparente. A su alrededor no había más que estrellas, como si el mirador se abriese al mismísimo corazón del universo.

Se acercó a la pared y miró hacia abajo. Divisó la mole redondeada de Érvinder, a miles de kilómetros de distancia. Estaba anocheciendo en aquel hemisferio del planeta y el océano que lo poblaba iba pasando rápidamente del azul intenso al negro.

*El roce final que nadie detiene
podrás evitarlo con doce palabras.*

*Siete atarán para siempre sus ojos
al ritmo que marcan tus dedos.*

*Con cinco podrás obtener
lo que no debería ser tuyo.*

*Tres te darán los secretos
que nunca quisiste escuchar.*

*Hay una
que solo preludia el silencio.*

—R'nendo

Era la primera vez que Arstin Penjándel hablaba a solas con el Emperador. Era un honor al que habría renunciado gustosamente; habría hecho todo lo posible por evitarlo.

Pero no le había quedado más remedio que solicitar una audiencia privada con el Hijo del Origen. Lo que tenía que comunicarle debía llegar a sus oídos y solo a ellos. Que se hiciera público o se enterrara aún más profundamente sería una decisión que no tomaría él, sino el emperador.

Entró en la sala de audiencias tratando de ocultar su nerviosismo. Dio los tres pasos de rigor antes de arrodillarse e inclinar la cabeza, tras lo cual se sentó sobre los muslos y depositó a su derecha la espada ceremonial que lo identificaba como Chambelán en funciones.

El emperador lo contemplaba en silencio, interesado y ligeramente divertido. Tenía un rostro enjuto, de pómulos afilados y facciones talladas a cincel que lo hacían parecer mucho mayor de lo que era. Su mirada, tras la que se agazapaba una tristeza que solo la experiencia podía dar, era el toque final que lo hacía parecer un adulto en lugar del adolescente que era.

—Se bienvenido, tzaru-Penjándel —dijo tras una larga pausa. Sonreía con amabilidad y comprensión, como si se diera cuenta de que Arstin había ido a verlo a su pesar—. Sé que no te ha sido fácil venir a verme, así que sin duda el asunto que te trae es importante. Por favor, cuéntamelo.

Arstin tomó aire e intentó ordenar sus ideas.

—Gracias, Tairuname Honoi tzaru-Kyono —respondió—. Como bien dices, no te habría molestado si no lo considerase necesario. Perdóname por haber interrumpido tus tareas y pido perdón por anticipado por las molestias que lo que voy a decirte puede causarte.

El emperador asintió, comprensivo.

—Adelante —dijo mientras lo invitaba a seguir con un gesto cordial—. Cuéntamelo.

Arstin fue breve y directo, sin rodeos ni vacilaciones, consciente de que aquella no era la manera de hacer las cosas en Honoi, mucho menos en la corte. Pero esperaba que el Emperador prefiriera en aquel caso la precisión a la cortesía.

Cuando terminó lo que tenía que decir, vio que el Hijo del Origen se arrebuja en su manto y fruncía el ceño. Parecía más preocupado que enfadado, y Arstin se preguntó hasta qué punto aquello era mejor que la reacción que había esperado.

—Gracias, tzaru-Penjándel —dijo al fin el joven que se sentaba en el trono—. Sé que lo que me has contado no te ha sido fácil y agradezco la franqueza con la que has hablado. Entiendo tu dilema, créeme.

Arstin inclinó la cabeza.

—Estoy a tu servicio, Hijo del Origen.

El joven sonrió.

—Lo que significa que no tomarás ninguna decisión y esperas que lo haga yo —dijo—. Conoces bien nuestras costumbres y sabes cómo usarlas en tu favor, no cabe duda.

No parecía ofendido, sino divertido.

—Como Chambelán en funciones es mi deber que tu voluntad se cumpla —dijo Arstin—. Sin embargo, para ello debo saber antes cuál es.

El Emperador dejó de sonreír y asintió. De pronto, se puso de pie y le hizo a Arstin una seña para que se incorporara. Tras unos instantes de vacilación, así lo hizo. El Emperador rodeó el trono y se acercó a una de las ventanas que daban al Patio Prohibido. Esperó a que el Chambelán en funciones llegara a su lado. Arstin le sacaba al menos una cabeza al joven emperador y era una clara violación del protocolo que ambos estuvieran en una posición donde tal hecho fuera evidente, pero al Hijo del Origen aquello no parecía importarle lo más mínimo. Su fama de no hacer caso de ciertas tradiciones imperiales no solo era bien conocida, sino merecida.

—Es una suerte contar contigo —dijo en voz baja mientras contemplaba el imponente árbolmundo muerto y el pequeño y floreciente retoño que había junto al gigante—. Ninguno de mis súbditos habría sido tan directo. De hecho, es posible que ni siquiera me hubieran hablado de ello, esperando que el asunto se resolviera por sí mismo y, cuando eso no pasara, que fuera sepultado por el olvido. Gracias de nuevo.

Arstin tragó saliva e inclinó la cabeza una vez más.

—Que Renyokiru Mizuni haya abandonado sus obligaciones en pos de su venganza es algo de lo que muchos son conscientes, estoy seguro, por más que nadie hable de ello, pues sería inconcebible suponer que una persona tan augusta como Mizuni olvidara todos sus deberes para conmigo en pos de un asunto personal. Pero creo que pocos habrían sido lo bastante concienzudos, o atrevidos, para comprobar el paradero de Dasaraki Itasu y Yáxtor Brandan. Que ninguno de ellos se encuentre donde se supone que debería estar es, de por sí, bastante definitivo, ¿no crees?

—Eso parece, Hijo del Origen.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—No... Es una decisión que...

—No te pido una decisión, Chambelán mío —lo interrumpió el Emperador. Su voz no había dejado de sonar amable, pero ahora había algo contundente en su tono. Arstin vio simpatía en sus ojos, pero también una hosca determinación—. Esa la tomaré yo cuando

tenga que tomarla. Te pregunto tu opinión. Al fin y al cabo, eres uno de mis consejeros. Aconséjame, pues. ¿Qué crees que debería hacer?

Arstin apretó la mandíbula. Aquel era el meollo del asunto, ¿no? De haberlo sabido no habría necesitado ir a ver al Emperador.

Tomó aire y logró decir:

—Esperar.

El Emperador lo contempló con el ceño fruncido. Sin duda no era la respuesta con la que había contado.

—¿Esperar?

—En efecto, Hijo del Origen. El permiso de ausencia de la Chambelán Mizuni aún no ha concluido. Y, hasta donde podemos demostrarlo, no hay nada inapropiado en su comportamiento, ya sea porque realmente no ha hecho nada malo o porque ha sabido cubrir sus huellas. —Vaciló un instante—. Otro tanto podemos decir de Yáxtor e Itasu. Su ausencia tiene varias posibles explicaciones, no necesariamente inconvenientes.

—Comprendo. Aún no ha pasado nada por lo que tengamos que tomar medidas. Al menos que se sepa.

—Así es. Y si pasa, sospecho que no pasará en Honoi, o al menos eso nos dicen todos los indicios.

—Y si no pasa en Honoi y nadie puede demostrar que estén involucrados en lo que sea que no pasará en Honoi... a todos los efectos es como si no hubiera sucedido en absoluto.

—Eso pienso yo.

El Emperador contuvo una sonrisa y asintió en un gesto formal.

—Empiezas a pensar como un honoyés, tzaru-Penjándel —dijo—. Ten cuidado. Nos han dicho que es un proceso peligroso que quizá no tenga vuelta atrás.

Arstin no respondió. El Emperador dio media vuelta y se sentó de nuevo en el trono. Arstin lo siguió y se arrodilló de nuevo frente a él, mientras el joven trataba de tomar una decisión.

—Sea —dijo al fin—. Esperaremos. Pero lo haremos con cuidado. Mantén a los Ingtze en alerta, con los ojos y los oídos bien abiertos. Que comprueben todos los rumores y tengan en cuenta cualquier pista, por descabellada que sea. Quizá no pase nada, pero si sucede, intentaremos que no nos pille desprevenidos. Encárgate de ello, Chambelán mío.

Arstin asintió y, creyendo que la audiencia había concluido, hizo una reverencia. Se detuvo a mitad del gesto, cuando oyó decir al Emperador:

—Vas a salir de aquí a hacer exactamente lo que creías que debía hacerse antes de verme, Chambelán mío. ¿Cuál ha sido entonces el propósito de esta audiencia?

—Lo que yo crea correcto no importa en este caso, Hijo del Origen. La decisión no era mía para tomarla.

Terminó la reverencia y abandonó la habitación. Solo entonces se dio cuenta de cuánto le sudaban las manos.

—Antes de ser Observante era Jardinero Oeste Cinco.

Avanzadilla asintió, aunque no entendía el propósito de aquella confesión.

—Cuidar de un jardín es algo complicado, Avanzadilla. Todo está relacionado con todo y un acto que parece beneficioso en una parte de él puede dar al traste con lo

cultivado en otra. Hay que tener una gran visión de conjunto para ser un buen jardinero.

Avanzadilla volvió a asentir.

—Comprendo. Sin duda eso te ha venido de perlas para convertirte en Observante.

—Así es. Pero no solo para eso. Un jardín está en continuo desarrollo, en constante experimentación. Algunos experimentos son un éxito. Otros, no. De estos, algunos se pueden arreglar, aprovechar, utilizar lo utilizable y construir a partir de ahí. Pero otros... En ocasiones no queda más remedio que escardar.

Avanzadilla frunció los labios, inseguro de adónde quería ir a parar Observante.

—Te digo esto, Avanzadilla, porque puede que llegue el día en que tengas que eliminar lo que hemos hecho aquí. Puede que llegue el día en que tengas que aceptar su destrucción, quedarte con los aciertos, aprender de los errores y empezar de nuevo en otra parte. No va a ser fácil, pero quizá sea necesario.

—¿No estás siendo muy pesimista? Estamos teniendo éxito cada vez con más frecuencia, y los pocos fracasos que tenemos no me preocupan demasiado. Y todo tengo que agradecértelo a ti. Sin tus ideas y tu tesón para llevarlas a cabo...

Observante espantó las palabras de Avanzadilla con un gesto impaciente de la mano.

—No importa. No importa el éxito que estamos teniendo aquí. No dependemos solo de nosotros mismos. Este mundo pertenece a los humanos, al fin y al cabo, y harán cuanto sea necesario para conservarlo. Temo que sean una plaga a la cual este jardín no sobreviva. Si es así...

Avanzadilla le pasó la mano por el hombro, tratando de confortarlo. Observante era el mejor de todos ellos, sin duda, pero a veces se preocupaba demasiado.

—Lidiaremos con eso cuando haya que hacerlo —dijo, en tono despreocupado.

Observante asintió, pero no quedó muy tranquilo.

Se acercaron a la cabaña de pastores desde tres lugares distintos. De lejos, parecía deshabitada desde hacía tiempo y de cerca, la impresión no hizo sino corroborarse.

Pese a todo, exploraron los alrededores con infinito cuidado antes de decidirse a entrar. Veinte minutos después habían completado un minucioso registro de la cabaña que no arrojó más resultados que el evidente: nadie vivía allí, ni lo había hecho en los últimos años.

—¿Estás segura de que este era el lugar? —preguntó Itasu cuando quedó claro que no iban a sacar más información.

Mizuni asintió con un gesto seco.

—El lugar era este. Y mi contacto no estaba en situación de mentir, te lo aseguro.

—Sí, era este —intervino Yáxtor—. Las señales han sido borradas a conciencia y de un modo experto. Pero Yakizuni estuvo aquí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mira a tu alrededor. Nadie ha entrado en este lugar en años, ¿verdad? Eso insisten en decirnos todas las pruebas. Sin embargo, estamos junto a un paso de trashumancia, no muy lejos de un oasis. Puedo creer que nadie haya hecho de este lugar su residencia permanente en mucho tiempo. Pero estoy seguro de que más de un pastor o un beduino ha pernoctado aquí en los últimos meses. Debería haber algún rastro de ello. Y no lo hay. Alguien ha limpiado este sitio demasiado bien.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Itasu.

—Descansaremos de momento —respondió Mizuni.

Parecía extraordinariamente tranquila, más de lo que Yáxtor recordaba haberla visto nunca. Pero el adepto era consciente de la tormenta emocional que se agazapaba bajo aquella tranquilidad y comprendió lo tensa que en realidad se encontraba Mizuni.

Muy despacio, se acercó a ella.

—Te he echado de menos —murmuró, mientras alzaba el brazo muy despacio y rozaba su mejilla con la yema de los dedos.

—Y yo a ti, Yakisetoru —respondió ella en el mismo tono.

Inclinó la cabeza hasta que la mejilla quedó apoyada en la mano del adepto.

—Estamos juntos los tres y encontraremos a Yakizuni —dijo él—. De un modo u otro se la arrancaremos a mi padre y pagará por lo que ha hecho. Te lo prometo.

—¿Estás seguro de que ha sido cosa suya?

—Cada vez más.

Desde la muerte de Shércroft, sus sospechas habían cristalizado en una certeza feroz, llena de una rabia insaciable y orientada a un solo propósito. En aquellos momentos Yáxtor era incapaz de concebir otra posibilidad: su padre había raptado a Yakizuni; era culpable, igual que lo había sido de la muerte de Ámber y de Déxtor. Y ahora pagaría por ellos. Por todos ellos.

Itasu, un poco apartada de Yáxtor y Mizuni, los contemplaba algo incómoda.

—Será mejor que explore los alrededores —dijo—. Para asegurarme de que no hemos pasado nada por algo.

Ambos mientras Itasu abandonaba la cabaña.

—¿Te has portado bien con ella? —preguntó Mizuni cuando quedaron a solar.

El adepto asintió.

—Todo lo bien que he podido —respondió con una sonrisa traviesa—. Ella tampoco se ha portado mal.

—No se merece menos, y lo sabes. —Le hablaba en un tono que tenía algo de regañina maternal—. Sigue sin fiarse del todo de ti.

—Lo sé. Hace bien.

—No es verdad. Ya no. Y no deberías darle motivos para que lo siga pensando.

Yáxtor se encogió de hombros.

—De acuerdo. Me portaré bien —dijo. Dudó un momento—. Me alegro de verte. Mucho más de lo que creía.

Mizuni sonrió. Acercó el rostro del adepto al suyo y lo besó muy despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Fléiter repasó la pila de expedientes que se acumulaban en su mesa, una inestable torre de trivialidades inconexas que nadie debería haberse molestado en buscar.

Entonces, ¿por qué lo he hecho?

Era tarde. Mishra lo esperaba desde hacía al menos una hora. La oficina estaba completamente vacía y en aquellos momentos tenía la sensación de que era la única persona viva en todo el mundo.

Viva, no sé; estúpida, desde luego.

Había ayudado a Yáxtor todo lo que había podido y lo seguiría haciendo. Desviaría efectivos del capítulo de información para ayudar al adepto empírico y cubriría sus huellas lo mejor que pudiera. No había vacilado al ofrecer su ayuda, igual que Yáxtor no había vacilado al aceptarla ni se había molestado en agradecerla. Un brillo socarrón en los ojos azul acero del joven fue todo el agradecimiento que Fléiter recibió. Tampoco había esperado otra cosa.

Había hecho lo que tenía que hacer y no se sentía inquieto por ello. Apechugaría con las consecuencias, si es que las había, pero por el momento no era algo que le causara el menor malestar. Pasaría lo que tenía que pasar; Yáxtor tendría éxito en su misión o no; las cosas saldrían a la luz o no; la intervención de Fléiter en aquello se descubriría o no. Todo eso pertenecía a un futuro nebuloso en el que se negaba a pensar. Había hecho lo que tenía que hacer y todo lo demás era irrelevante.

Así que debería haberse sentido tranquilo, en calma. Y ciertamente, no era el asunto de Yáxtor lo que lo traía de cabeza desde el día anterior, sino algo que cualquier otra persona habría considerado una minucia.

¿Por qué lo he hecho?

Sí, ¿por qué había lanzado media docena de requerimientos por toda la oficina? El resultado no se había hecho esperar y se había materializado en aquella ridícula torre de expedientes anodinos que se alzaba tambaleante sobre su mesa.

¿Por qué?

Traficantes en un rancho, ladrones de carneútiles, asesinos. Un asunto puramente rutinario.

Entonces, ¿por qué?

Porque había algo colgado al borde mismo de sus recuerdos, una frase sin importancia medio suspendida en el olvido que aquel incidente del rancho había resucitado de pronto para dejarla justo a las puertas de su memoria, llamando con insistencia pero sin decidirse a entrar.

Algo, estaba seguro, relacionado de algún modo con Yáxtor, o con alguien cercano a Yáxtor.

Pero ¿el qué?

Suspiró y alzó la mano en dirección a la carpeta en la parte alta de la pila. La abrió y empezó a leer, seguro de que no iba a encontrar nada relevante y de que estaba dando palos de ciego.

¿De ciego?

Un momento, ¿de ciego? ¿Qué tenía que ver la ceguera con todo aquello? Por unos instantes, sintió que lo tenía, que estaba al alcance de sus dedos. Pero el momento pasó tan rápido como había venido y lo único que dejó tras él fue la sensación incómoda de que tenía algo frente a las narices y no conseguía verlo.

Es una tontería. Déjalo ya.

Pero no lo hizo. No podía. Había dado con algo y, aunque no sabía qué era, supo de algún modo que estaba en el camino correcto.

Yáxtor oteaba por la ventana mientras las dos mujeres, sentadas juntas y medio abrazadas, cuchicheaban con ternura algo ininteligible. Más allá de la ventana asomaba el paisaje

urbano y decrepito de Jarsarén, eternamente cubierta de polvo y siempre sucia. A lo lejos se alzaba la colina del origen y, sobre ella, el afilado huso metálico que convertía a aquel estercolero en el culo del mundo, en el centro del universo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la misión del Profeta, desde la primera vez que Fléiter y él habían trabajado juntos? Se encogió de hombros. ¿Acaso importaba?

Recordó fugazmente a Adunor, el jerarca cuya caída había causado el propio Yáxtor, el hombre que lo había amado y había confiado en él y que, incluso descubierta la traición, no había podido quitárselo de la cabeza.

Adunor.

Valquinia.

Yoranna.

Endra.

Ámber.

Déxtor.

Shércroft.

Víctimas de su paso por el mundo; se habían acercado demasiado a Yáxtor y lo habían pagado con su vida. Y algunas de ellas con algo más, tal vez.

Sintió la espada inquieta en su cintura, deseosa de decirle algo. Agarró la empuñadura con fuerza y vio por el rabillo del ojo la imagen fugaz de una mujer joven (¡era poco más que una niña, condenación!) sacando agua de un pozo. Había un brillo burlón en sus ojos verdes.

Se volvió hacia el interior de la habitación. Itasu y Mizuni se abrazaban en silencio con los ojos cerrados. Esta última, como si hubiera oído a Yáxtor, los abrió y lo miró con ternura. Le hizo una seña con la cabeza, como pidiéndole que se uniera a ellas. Él rechazó la invitación con una sonrisa. Mizuni asintió con un encogimiento de hombros, apoyó la barbilla en la coronilla de Itasu y cerró los ojos.

Yáxtor se puso en pie y se asomó de nuevo a la ventana, siempre con la mano en la empuñadura de la espada. Estaba anocheciendo y las calles bajo él se convirtieron rápidamente en un laberinto en penumbra que no parecía tener propósito alguno.

«Esto sí que es nuevo», dijo al fin la espada. «Un Yáxtor taciturno. Si va a resultar que aún guardas unas cuantas sorpresas en la manga.»

Cállate, pensó él, pero sonreía al articular el pensamiento.

«Claro, mi niño mimado. Como ordenes. Existo para servir, al fin y al cabo. Pero antes, déjame que te pregunte una cosa, ¿vas a pasarte el resto de la noche lamentándote por toda la gente muerta que se ha cruzado en tu camino, o vas a hacer algo para recuperar a tu hija?»

Yáxtor no respondió, la vista perdida en las calles en sombras. Ámber había cambiado. Seguía siendo tal como la recordaba, pero en las últimas semanas parecía siempre rabiosa, impaciente, y su voz pocas veces sonaba con aquella ternura socarrona a la que lo había acostumbrado.

No le sorprendía. En cierto modo, compartía los sentimientos de la espada. Saber lo que le había hecho su padre, imaginar lo que podría estar haciéndole ahora mismo a su hija hacía que el animal interior empezara a rugir y estremecerse. ¿Cómo no iba a estar Ámber rabiosa ante la idea de que el monstruo que la había matado y descuartizado a su

hijo tenía ahora a la hija de Yáxtor en su poder? ¿Qué otra cosa podía esperarse ante aquella situación?

«Qué perceptivo», dijo Ámber, burlona.

Hay ciertas preguntas que todos nos hemos hecho, aunque sea una sola vez en la vida.

«¿Quiénes somos?» es, tal vez, la primera.

Pero «¿De dónde venimos?» y «¿Adónde vamos?» no tardan mucho en seguirla.

Desde cierto punto de vista son preguntas triviales. ¿Quién soy? Soy yo, y es cuanto necesito saber. Vengo de la nada y vuelvo a ella. Vengo del pasado y voy hacia el futuro. Vengo de la inexistencia y camino hacia la muerte.

¿Qué más necesito saber?

Parece que algo más, dado que, a lo largo de toda la historia, multitudes enteras de pensadores se atormentaron (y nos atormentaron a nosotros) con esas tres preguntas. Eso no significa que sean realmente importantes, claro: tenemos una facilidad escalofriante para enfocar nuestro pensamiento alrededor de trivialidades que no solo no tienen respuesta ni la necesitan, sino que ni siquiera son las preguntas adecuadas.

Pero centrémonos por un momento en «¿De dónde venimos?». No en un sentido ontológico o espiritual. No, tomémosla como una pregunta literal e intentemos darle respuesta.

Lo primero que habría que dilucidar es si venimos de alguna parte o hemos estado siempre aquí. Porque, en función de lo queelijamos, la discusión puede haberse terminado o estar empezando a adentrarse en lugares realmente interesantes.

Si siempre hemos estado aquí, si somos tan del mundo como cualquier otra cosa, entonces no hay nada más que hablar.

Pero ¿lo somos?

¿Por qué entonces todas nuestras leyendas, no importa lo lejos que escarbemos en el pasado, lo distintas que sean nuestras culturas, mantienen que hubo un lugar del origen del que surgimos todos los humanos? Un lugar, además, concreto y preciso en el que hay un artefacto cuyo propósito nadie ha sido capaz nunca de precisar.

¿Fuimos creados allí?

¿O se nos trajo tal vez de otro lugar? Y de ser así, ¿de cuál?

—Edúrenor Arban

La niña succionaba el contenido del biberón con ansia, como si no se hubiera alimentado en días. Un Próxtor sonriente la acunaba muy despacio, totalmente relajado y embebido en la contemplación del bebé, como si nada más existiera en el mundo.

Cuando acabó, el biberón estaba completamente vacío.

—Vaya. Menuda tragoncita que estás hecha, ya lo creo que sí. Vaya, vaya.

La apoyó contra el hombro y le dio unos golpecitos en la espalda que fueron recompensados por un eructo. Volvió a cogerla en brazos y, de un modo instintivo, le devolvió la sonrisa que fruncía los labios infantiles.

—Ah, estás en la época más feliz de tu vida, cariño. Y no lo sabes. Cuando crezcas no vas a recordar que hubo un tiempo en que todas tus necesidades básicas eran comer, dormir y evacuar, y estaban siempre cubiertas y eras feliz y todo era nuevo. Supongo que es una bendición. Si de adultos recordásemos la felicidad completa y totalmente simple de nuestros primeros años, no creo que pudiéramos soportarlo.

La niña se llevó un pulgar a la boca y se lo chupó reflexivamente. No apartaba los enormes ojos azules de los de su abuelo.

—Ahora, supongo que deberías echarte una buena siesta, pero no parece que tengas muchas ganas. —Miró a su alrededor—. Y tengo cosas que hacer, vaya que sí, un montón.

El bebé se sacó el dedo de la boca y alargó la mano hacia Próxtor, como si le pidiera algo.

—De verdad, no te imaginas lo ocupado que estoy. Duerme un poco.

La mano seguía extendida.

—¿No? ¿Qué quieres entonces? ¿Una nana? ¿Un cuento?

Se puso en pie con la niña en brazos y empezó a pasear por el laboratorio.

—Un cuento —murmuró—. Por qué no. Un cuento. Un poco de historia familiar. ¿Sí? —Empezó a acunarla de un modo rítmico, y la niña gorjeó algo que tal vez podría haber sido una risa—. Ah, la familia. Podemos elegir muchas cosas en la vida, pero precisamente esa, la más importante, nos la imponen.

»Una tirada de dados, cariño mío, eso es lo que es la condenada familia. Una enloquecida ruleta mortal donde las personas incorrectas caen en manos de los padres inadecuados una y otra vez. ¿Nunca te has parado a pensarlo? No, claro que no, tu mundo está completo, no necesitas preocuparte por esas cosas.

»Pero yo sí. Empecé a preocuparme por ello cuando era algo mayor que tú. No mucho. O quizá un montón, depende de cómo se mire. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué los dioses me habían maldecido con una madre lánguida y distante y un padre que solo sabía dar órdenes? ¿Qué había hecho para merecer aquello?

»¿Sabes la conclusión a la que llegué? Nada. Que no había hecho nada, que no era culpa mía. Alguien más la había cagado, así de sencillo: el destino, el azar, los dioses... Elige lo que más te guste. Qué más da. Lo llames como lo llames, era el responsable de que no estuviera donde debía ni con quien debía. No yo.

»Creo que lo supe siempre. Pero tardé mucho tiempo en darme cuenta de que lo sabía. ¿Te parece extraño? ¿No le ves sentido? No, supongo que no lo tiene, pero así es como funcionamos las personas, preciosa, de un modo absurdo y sin sentido.

»Recuerda esto, que no se te olvide: el mundo no es más que un chiste al que le falta la coletilla final; y la vida, una broma que no tiene ninguna gracia. No lo olvides, cariño mío. Seguramente es lo más importante que aprenderás en toda tu vida y, cuanto antes lo sepas, mucho mejor.

»Yo tardé un montón en averiguarlo, por ejemplo.

»Fue la tarde en que tuve que ascender, solo, al pico Br'ndon con una mochila llena de piedras a la espalda. Tendría... ah, no sé, creo que trece años. Qué más da. Es curioso, ¿no? Aquel fue mi instante de claridad, mi momento de revelación, pero no consigo recordar con exactitud la edad que tenía.

»¿Importa realmente?

»Llegué a lo alto del pico totalmente agotado. Te preguntarás por qué no dejé la mochila entre unos matorrales antes del ascenso para después recuperarla al bajar. Bueno, muy sencillo, el viejo lo habría notado. De algún modo se las habría apañado para averiguar que había hecho trampa y me lo habría hecho pagar. No habría sido la primera vez.

»Agotado, te dije, sí, llegué agotado. Me quité la mochila, la dejé a un lado y me senté al borde de una peña, los pies colgando sobre el abismo. Mientras intentaba recuperar el resuello, dejé vagar la mirada por el valle frente a mí, los montes a los lados, el cielo cuajado de nubes encima.

»Tuve la sensación de que lo veía todo por primera vez, de que nunca antes había

contemplado el mundo tal como era. Me sentía por encima de todo y de todos, como si lo que hubiera a mis pies no fuese más que un juguete diseñado para mi único y exclusivo disfrute. Y esa sensación ya nunca me abandonó, siguió conmigo durante el resto de mi vida.

»Aquí me tienes, al fin y al cabo.

»Ya te lo he dicho, preciosa, fue mi momento de revelación. Mi epifanía, si es que tal cosa existe. Vi cuanto me rodeaba con una claridad total, absoluta. Y supe, con una precisión que me provocó un escalofrío, que todo aquello estaba hecho para mí, si tenía los redazos y la inteligencia suficientes para reclamarlo. Por qué no; si el mundo es un chiste inconcluso y la vida, una mala broma, si nada tiene propósito, ¿por qué no darle uno? Y, puestos a dárselo, ¿por qué no uno que estuviera a mi servicio?

»¿Intoxicación? ¿Eso es lo que piensas, que estaba medio intoxicado por el ejercicio excesivo y la falta de oxígeno? ¿De verdad crees eso?

»Quizá, por qué no, a lo mejor fue así. Si me paro a pensarlo, es lo más probable. Un niño medio intoxicado que ante la visión de la naturaleza sin domar se cree que el mundo es suyo. Seguro. Eso fue lo que pasó, qué otra cosa.

»Pero no importa. Es real lo que decidimos como real, lo que hacemos real con nuestro esfuerzo y nuestra ambición. Qué importa que mi momento de claridad fuese un subproducto de una borrachera.

»Nada.

»¿Lo entiendes, cosita preciosa? No importa nada.

»Lo único importante es que me dio un propósito, un objetivo y, sobre todo, el valor y la voluntad necesarios para no cejar jamás.

»¿Lo entiendes? Deberías entenderlo, cariño; al fin y al cabo, si tú existes es gracias a ese momento, eres su producto final y definitivo. No estarías aquí de no ser por él.

Se encogió de hombros de repente, como si recordarse algo.

—Bueno, si somos justos, hay que decir que tampoco estarías aquí de no ser por el viejo cabrón —añadió al cabo de un rato, como a regañadientes—, de no ser por su empeño en endurecerme y, sobre todo, por su decisión de contarme aquel mismo día la verdad, al menos tal como él la entendía.

»Eso le salvó la vida, porque cuando descendí de pico Br'ndon, solo me animaba un propósito. Estaba decidido a reclamar el mundo que me pertenecía y tenía totalmente claro por dónde empezar. Sí, bajé de la montaña decidido a matar a mi padre. En aquellos momentos no era capaz de concebir nada más satisfactorio que eso. La sola idea me la ponía dura, te lo aseguro.

»Si lo hubiera hecho, habría vivido ignorante de todo esto el resto de mi vida. Y tú no habrías nacido, cariño, no existirías. Así que dale las gracias a tu bisabuelo por tomar la decisión de poner claras las cosas en aquel preciso momento, justo cuando volví, agotado pero decidido, de mi escalada. Si el viejo hubiera decidido esperar al día siguiente...

Volvió a encogerse de hombros.

—Qué más da. No nos interesa lo que no ha pasado, ¿a que no? No somos filósofos, no perdemos el tiempo preguntándonos cómo habrían sido las cosas si hubiéramos torcido a la izquierda en lugar de la derecha, ¿verdad? Ya me parecía que no. Eres una Brandan, al fin y al cabo, así que por encima de todo eres una personita práctica. Bueno... con ciertas excepciones, porque tu padre a veces ha tomado decisiones muy poco prácticas, la verdad.

Sí, a Yáxtor le gusta verse como un carámbano emocional, pero en realidad tiene una sorprendente afición por las decisiones dramáticas y los estallidos emocionales.

»Pero estoy divagando.

»El viejo me lo contó todo aquella misma noche, sin darme tiempo siquiera a cambiarme de ropa y tomarme un baño. Me llevó a su sala privada, donde Maklén había servido algo de comida y una jarra de sidra, me hizo sentarme y empezó a explicarme a qué nos dedicábamos realmente los Brandan.

»He dicho que me lo contó todo. Bueno, no es cierto. Pero sí lo suficiente para seguir con vida un día más, sí lo bastante para mantenerme interesado, para comprender que era útil y que, mientras lo fuera, no tenía sentido deshacerme de él.

»¿Y qué me contó?, te estás preguntando. ¿Qué fue lo que me dijo? ¿Quieres saberlo?

Pero, al bajar la vista, vio que la niña se había dormido. Sonrió y se acercó a la cuna.

—Otro día, cariño. El abuelo seguirá con el cuento otro día —dijo mientras la depositaba con cuidado entre las sábanas—. Tenemos tiempo de sobra.

El arte de gobernar consiste en saber lo que no puedes hacer, más que lo que puedes. Esa obviedad, que cualquier niño de pecho sería capaz de deducir por sí mismo, ha sido sistemáticamente ignorada por la mayoría de los gobernantes de Érvinder a lo largo de la historia.

Y sin embargo, de algún modo, aquí seguimos. Y de algún modo, nos las apañamos.

El cómo es un misterio.

—Orston Velhas

Al igual que la choza a la que les había guiado Mizuni, la casa cuya dirección les facilitó Epaydos estaba vacía. De hecho, de acuerdo a los registros llevaba vacía desde hacía algo más de un mes, bastante antes de que el comerciante hablase con Fléiter y le facilitase la dirección.

Lo que sí que había en ella eran tenues rastros de mensajeros, sin duda de los anteriores ocupantes de la casa. Mizuni no percibió indicio alguno de la presencia de Yakizuni, cosa que a Yáxtor no le sorprendió demasiado. Aunque su hija hubiera estado allí era fácil suponer que los captores habrían hecho todo lo posible por borrar su rastro.

Sí que había algo interesante en el aire, sin embargo, tenue y sutil, casi inaprehensible.

—Es una casa de los Espectros —murmuró Yáxtor cuando terminaron el registro—. De eso no hay duda. La información que Epaydos le transmitió a Fléiter era correcta en eso, al menos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—El Número Dos de los Espectros afirmaba que el bosqueoscuro de Desolación era el primigenio, el primero de todos, y que los demás no eran sino satélites suyos. Sea eso verdad o no, lo cierto es que los mensajeros producidos en ese bosqueoscuro tienen un aroma especial que no se encuentra en ningún otro lugar del mundo. Resulta inconfundible, incluso en mensajeros tan degradados como estos.

—Así que los Espectros existen aún, cosa que no creo que le sorprenda a nadie —dijo Itasu—. Y esta casa era uno de sus lugares de reunión. Eso no nos deja mejor que antes.

Yáxtor meneó la cabeza. Mizuni se había apoyado en el quicio de la puerta y cruzaba los brazos, mirando a los demás con gesto impasible.

—No, es cierto. No sabemos si Yakizuni estuvo aquí. Parece probable que estuviera en la cabaña de pastores, visto el cuidado con el que se eliminó todo rastro. Pero...

Se resistió a decir lo que los tres sabían.

—Pero hay algo... Desde que supe que mi padre... Que él... —Su mirada se encontró con la de Mizuni y no fue capaz de seguir hablando. Tomó aire y lo intentó de nuevo—. Creo que es el Número Uno de los Espectros.

—¿Qué pruebas tienes? —preguntó Itasu.

—Ninguna, pero hay indicios interesantes. Si él mató a Ámber y a Déxtor, tal vez estaba presente cuando me borraron los recuerdos. ¿No pudo hacer entonces una copia? Eso explicaría por qué Fleng, el Número Dos, la tenía. Próxtor se la dio. Nunca hemos sabido quién era el misterioso Número Uno, pero que fuera él tendría sentido. Al fin y al

cabo fue camarada de Fleng durante la guerra. Y Tsun Zune, un espía a las órdenes de su grupo.

—Ya veo —dijo Itasu, con el ceño fruncido—. Y Tsun Zune reaparece de pronto. Y, teniendo en cuenta lo que nos has contado de él, es muy probable que siga las órdenes de alguien. Y ese alguien sería Próxtor, quien... Pero no tiene sentido. Eso significa que Tsun Zune seguía las instrucciones del Número Uno de los Espectros cuando te ayudó a entrar en Desolación y a desbaratar la organización. Además, tú mismo estabas seguro que de Tsun Zune no mentía cuando afirmaba que ya no trabajaba para los Espectros. Sin embargo, sabemos que está a las órdenes de tu padre.

—Lo sé —reconoció Yáxtor—. Es cierto, no tiene sentido. Pero al mismo tiempo...

Guardó silencio. Los tres se intercambiaron una mirada llena de preguntas y vacíos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Itasu de repente.

—Recuperar a nuestra hija. Como sea.

El tono de Mizuni era afilado y frío. Si hubiera sido un arma, Itasu habría muerto.

Orston Velhas, Regente de Alboné, no tenía el menor deseo de ver a la Reina. Sabía que, en el momento en que la viese, tendría que tomar una serie de medidas que prefería postergar lo más posible.

Pero no le dieron posibilidad de elegir. Dos días después del funeral de Shércroft fue convocado oficialmente para aquella misma tarde. La nota que se le hizo llegar era tan escueta como perentoria y no admitía la posibilidad de una disculpa.

Llegó puntual, como siempre, y esperó a que el guardia de turno le franquease el paso.

La Reina estaba sentada en uno de sus gabinetes: pequeño y pulcro, con una chimenea en una de las paredes y una ventana al jardín en la de enfrente. Parecía enormemente concentrada en la lectura de un libro y, durante unos segundos, se comportó como si no hubiera oído abrirse la puerta.

Era una pantomima, como bien sabía Orston. Pero también era privilegio real, así que el Regente Supremo dio dos pasos al interior de la habitación y se quedó inmóvil mientras la puerta se cerraba a sus espaldas y la Reina pasaba la página. No exteriorizó señal alguna de impaciencia mientras la espigada joven seguía leyendo, ni se permitió señalar su presencia con el menor ruido o carraspeo. Se quedó quieto, en una pose tranquila, tan artificial como la de la Reina, y se limitó a esperar a que ella quisiera ser consciente de él.

No tardó demasiado. Leyó una nueva página, alzó la vista y, con una ceja enarcada, preguntó:

—¿Y bien, Orston? ¿Qué nos tienes que decir?

—Tengo mucho que decirte, Majestad. Tal vez si fueras tan amable de precisar a qué te refieres...

La Reina meneó la cabeza con impaciencia.

—Siéntate —ordenó en tono seco. Orston no se hizo de rogar y cumplió la orden al instante—. Nuestro Adepto Empírico Supremo se toma unas vacaciones para irse al norte justo el día antes de que alguien mate a su Jefe de Archivos. Por si fuera poca casualidad, ese mismo día Yáxtor Brandan es visto en Lambonas en compañía de un joven desconocido. Y luego se esfuma. Desaparece. No ha vuelto a su casa en las tierras altas y no está en la ciudad. ¿Te parece algo digno de informar a tu Reina?

Orston ni siquiera se sorprendió ante lo precisa que era la información de la monarca. No era la primera vez que demostraba que tenía fuentes de información propias, al margen de los canales oficiales y habituales.

Mientras ordenaba sus pensamientos se dio cuenta de algo por primera vez. Temía a aquella encarnación de la Reina, la temía de un modo intenso y reverencial, una emoción que jamás había experimentado con la Reina anterior. Pero aquel no era el momento más adecuado para explorar sus emociones.

—En realidad, mi Reina, no hay gran cosa de qué informar más allá de lo que tú misma has contado —dijo con todo el aplomo que pudo reunir—. No quería distraerte con asuntos que pueden ser una bagatela. No hasta estar seguro de que no lo son.

—¿Y aún no lo estás? —le cortó ella.

Orston tomó aire.

—No. No del todo. Los adeptos empíricos nos movemos en el ámbito de la evidencia, no de las suposiciones, como muy bien sabes, Majestad. El adepto Brandan estaba con un permiso de convalecencia que aún no ha concluido. Dónde haya decidido pasarlo no es de la incumbencia de nadie, al fin y al cabo. Si en vez de volver a las tierras familiares ha preferido irse al continente a correrse una juerga... Bueno, no sería la primera vez.

La Reina lo miró con distante ironía.

—¿Y es así? —preguntó—. ¿Se está corriendo la juerga de su vida? ¿Después de fecundar toda Lambodonas ha decidido probar suerte en el extranjero? ¿Está en Painé, o en Quitán, esparciendo su vigor y su semilla indiscriminadamente?

—No lo sé —tuvo que confesar el Regente.

La Reina asintió.

—Sin embargo, has intentado averiguarlo —dijo.

Orston vio que no tenía sentido negarlo. La Reina se puso en pie y le indicó con un ademán que siguiera sentado. Se acercó a la ventana y, durante casi un minuto, se quedó inmóvil; la vista clavada en el jardín, y el rostro velado por una máscara de indiferencia bajo la que, Orston estaba seguro, estaba teniendo una guerra mental feroz.

Se volvió de pronto al Regente y dijo:

—Así que no eres capaz de encontrar a nuestro mejor adepto empírico ejecutivo. Después de la muerte del que fue su mentor en la adolescencia, Yáxtor desaparece y no tienes la menor idea de dónde está.

—En realidad, Majestad, no he puesto toda la maquinaria en marcha. No me pareció que fuera necesario por algo que quizá no tuviera la menor importancia. Creí que era mejor ser discreto...

—Quizá lo era —asintió ella, mientras se sentaba de nuevo—. Ya no lo es. ¿Adónde fue Qérlex? —preguntó, cambiando bruscamente de tema.

Orston esperaba aquella pregunta, así que no vaciló antes de decir:

—No he hablado con él de ese asunto.

—No es eso lo que te hemos preguntado, Regente nuestro. Porque eres nuestro, ¿verdad?

—Siempre, mi Reina, en cuerpo y alma.

El acento de verdad y pasión que había en las palabras de Orston parecieron tranquilizar un poco a la monarca. Un poco. Antes de que el Regente pudiera decir nada más, la Reina añadió:

—Sé que no se lo has preguntado porque sospechas la respuesta y temes confirmarla. Temes que haya ido al norte, a las tierras de los Brandan. A hablar con Yáxtor. Quién sabe si a liberar el peso de su corazón y contarle todo lo que sabe y todo lo que hizo en la esperanza de ganarse su perdón. ¿Te parece una hipótesis probable, Orston?

—Quizá, Majestad —dijo el Regente. Se mordió el labio y trató de medir sus siguientes palabras con un cuidado extremo—. Pero, aunque fuera el caso, sabemos que no coincidieron. Yáxtor acababa de llegar a Lambodonas cuando Qérlex se iba. Hasta donde hemos podido averiguar, no llegaron a encontrarse. Estamos bastante seguros de eso. Si el Adepto Empírico Supremo iba a las tierras de los Brandan, no encontró lo que buscaba.

—Pero tal vez encontró algo.

La Reina alzó la mano, interrumpiendo la respuesta que estaba en la punta de los labios de Orston. El Regente guardó silencio y se dio cuenta de que su monarca estaba tratando de decidir cuánto debía contarle.

—Sabes casi tanto como nosotras —murmuró ella, de pronto, sin mirar al Regente—. Pero no todo.

Algo dentro de Orston se revolvió, inquieto. ¿Cómo podía esperar que fuera un Regente eficaz si le ocultaba información?

Porque era la Reina, se dijo, porque suya era la prerrogativa de decidir cuánto y qué debía contarle. Y él se debía a ella con toda la fuerza de su alma de antiguo adepto empírico.

—Hay algunas cosas que no son necesarias para el gobierno diario de Alboné. Ciertos planes a largo plazo que solo nosotras necesitamos saber. En ocasiones hemos compartido parte de esos planes con alguno de los Regentes, cuando así lo creímos necesario. Nos parece que esta es una de esas ocasiones.

Guardó silencio, esperando algún comentario de Orston. Al comprender que el Regente no iba a decir nada, prosiguió:

—Uno de los muchos planes que trazamos en nuestra primera encarnación está a punto de culminar. Quizá el más antiguo de todos los que hemos trazado. Desde luego, a veces lo parece. Tanto, que habíamos llegado a pensar que nunca obtendríamos fruto alguno de él. —Vaciló unos instantes, como si de nuevo se preguntara cuánto debía contarle al Regente—. Estamos en un momento muy delicado, Orston, y no podemos permitirnos el lujo de tener peones independientes en el tablero. No ahora, precisamente ahora no.

»Sabes tan bien como nosotras que cuando se está a punto de llegar a la meta es cuando más probabilidades hay de que pase algo que lo eche todo a perder. Porque en esos últimos metros no hay tiempo material para adaptarse a lo inesperado y cambiar la estrategia.

»No nos podemos permitir errores. Y, desde luego, no podemos consentir insubordinaciones de ningún tipo, mucho menos de aquellos más cercanos a nosotras. El menor cabo suelto es una invitación al desastre.

»Tal vez Yáxtor ha ido a correrse una juerga, pero no lo creemos. Y, en todo caso, si lo que está haciendo es algo inofensivo, tiempo tendremos para disculparnos más tarde y realizar las oportunas reparaciones en caso de ser necesario. Y quizá Qérlex solo es culpable de un exceso de sentimentalismo.

»Sí, todo eso es posible. Pero no podemos correr ese riesgo. No ahora. Mantén a

Qérlex vigilado en todo momento. Y encuentra a Yáxtor y tráelo. Lo antes posible. Pon... ¿cómo dijiste antes? Pon toda la maquinaria en marcha. Toda. Encontrarlo y traerlo de vuelta es tu prioridad a partir de ahora. Cuando esté a buen recaudo, lo mantendrás así hasta que yo te ordene lo contrario. Sería cuestión de semanas, un mes como mucho. ¿Has comprendido?

Orston asintió y se puso en pie.

—Se hará como ordenes, mi Reina —dijo.

Se detuvo de pronto junto a la puerta y se volvió hacia la monarca.

—Asumo que quieres a Yáxtor vivo.

La Reina dudó unos instantes.

—Lo queremos aquí —dijo al fin—. Y sí, lo queremos vivo, a ser posible.

Orston tragó saliva. Luego, asintió y dejó la habitación.

A solas, la Reina dejó escapar un largo suspiro. Se incorporó y se miró al espejo.

Yáxtor nos es leal, pensó. Siempre lo ha sido. Es un Brandan, después de todo.

Pero aquel pensamiento no la tranquilizó. Al contrario. En su lugar despertó de su sopor a la turba de personalidades múltiples e inquietas que la habitaban y que, generalmente, se comportaban como una sola. Ahora se deshicieron en una miriada de grupúsculos que empezaron a discutir entre ellos, cada uno aconsejándole un curso de acción distinta.

¡Basta! Soy yo quien toma las decisiones, no vosotras.

El silencio que se hizo ante aquel pensamiento fue tan repentino que pareció que algo se quebraba en su mente.

¡YO? ¿QUIÉN ES «YO»? ¿DESDE CUÁNDO HAY UN «YO» AQUÍ DENTRO?, rugieron al unísono todas y cada una de las Reinas anteriores que llevaba dentro de sí, que eran ella misma.

Este es mi cuerpo. Era mío antes de que llegaseis las demás.

¡RIDÍCULO! ¡ES NUESTRO CUERPO! ¡NO HAY «YO» ALGUNO!

Se miró de nuevo al espejo. En sus ojos, medio desenfocados, erráticos, bailaba una tormenta que parecía capaz de arrasar el universo entero. Pese a todo, no cedió. Desde que se había convertido en la Reina, desde que la carneútil real le había traspasado los conocimientos, recuerdos y personalidades de todas las reinas anteriores, los escasos momentos en que pensaba en sí misma en singular siempre terminaban en cuanto la voráGINE interior la llamaba al orden. Esta vez era distinto.

No consentiré que hagáis daño a Yáxtor, rugió con toda la decisión que pudo reunir.

La risa que resonó dentro de ella fue como un huracán:

¡PAMPLINAS! HAREMOS LO QUE TENEMOS QUE HACER. LO QUE HEMOS HECHO TODO ESTE TIEMPO. ERES PARTE DE NOSOTRAS, TE GUSTE O NO. Y HARÁS LO QUE QUERAMOS.

Ya veremos, insistió.

Pero lo dijo un modo vacilante.

—Tenemos que irnos.

Observante tenía razón. Pero ¿adónde? La noche pasada un numeroso grupo de carneútiles se había ido. Lo habían hecho en silencio y sin que nadie se diera cuenta. Y, al comprender quiénes eran, Avanzadilla no había tardado en llegar a la conclusión de que

iban en busca de los humanos, decididos a ponerse en sus manos y ser de nuevo títeres de su voluntad.

Y si eso era así, era cuestión de tiempo que los humanos fueran a por ellos. Seguramente guiados por alguno de los desertores.

—¿Intentaremos cruzar las montañas?

Al otro lado de ellas había una amplia franja de tierra que moría en las costas del Océano Exterior. Ningún humano se había molestado nunca en colonizar aquella parte del continente occidental.

—Quizá. Pero no desde aquí. La mayoría no sobreviviría —dijo Observante.

Avanzadilla contempló los sombríos picos que se alzaban en la lejanía, más allá del valle. No le quedó más remedio que mostrarse de acuerdo con su hermano.

—Iremos al sur. Buscaremos un paso.

Observante asintió.

—Pues movámonos lo antes posible.

—¿Al teatro? —preguntó Fléiter.

Mishra lo contemplaba con la sombra de una sonrisa en los labios finamente perfilados.

—Vaya —dijo—. Hace tiempo tuve ocasión de ver una mirada parecida. Su propietario estaba a punto de ser emasculado contra su voluntad. Creo que parecía un poco más contento que tú.

—Perdona, querida —replicó Fléiter, con una sonrisa—. Me pillaste por sorpresa. Y tienes razón, el teatro no es una de mis pasiones. Pero si es lo que quieres, me encantará ir contigo del brazo, aunque solo sea para poder presumir y pavonearme.

—No será solo para eso. Aunque, por supuesto, eres libre de presumir y pavonearte cuanto quieras. Los hombres os ponéis muy guapos cuando os comportáis como niños.

—Que suele ser casi siempre.

—No tanto, pero sí bastante a menudo. En cualquier caso, te aseguro que la función merecerá la pena. R'nendo ha traído su nuevo espectáculo a Lambodonas y es la noche del estreno. No te arrepentirás.

Fléiter no se preguntó cómo se las habría arreglado Mishra para conseguir un par de entradas para el estreno del nuevo montaje del famoso trovador. Si algo no le faltaba a Mishra eran contactos con todas las capas y estratos de la sociedad albonense, especialmente los más altos.

—Supongo que tendré que engalanarme adecuadamente —dijo de pronto.

Ella asintió.

—Ya había previsto eso. Tienes una muda completa en tu vestidor. Creo que te sentará bien.

—Querida, estoy totalmente seguro. —Sonrió una vez más y le dio un beso—. Voy a ser la envidia de toda la buena sociedad albonense. No es algo que pase todos los días.

—Lo serás si te vistes a tiempo —dijo Mishra mientras comprobaba la hora—. Tienes cuarenta minutos para estar listo. En cuarenta y uno me habré ido, contigo o sin ti.

—Será conmigo, te lo aseguro.

Entró en su cuarto y abrió la puerta del vestidor. El traje de gala lo esperaba allí

mismo, sobre un maniquí con las medidas de Fléiter. Era elegante, sin la menor duda, lujoso y discreto al mismo tiempo.

Mientras se vestía, su humor empezó a mejorar. La ocasión lo merecía. No había mentido al decir que iba a ser la envidia (y seguramente el blanco de todas las murmuraciones y rumores) de la buena sociedad albonense. La idea lo divertía.

Se preguntó qué estaría haciendo Yáxtor, si habría tenido suerte con la pista que le había proporcionado. Al recordar a Yáxtor no pudo evitar pensar en R'nendo, el hombre al que iba a ver aquella noche en el teatro. Yáxtor y el trovador occidental se habían conocido durante la misión de Hanoi y, de hecho, habían entrado juntos en Ioh Node, el Jardín de la Memoria. Se preguntó si R'nendo habría incorporado a su espectáculo alguna de sus experiencias en aquel lugar extraordinario. Quién sabe, hasta era posible que hubiera alguna especie de reflejo de Yáxtor en él. Fléiter sabía que el adepto empírico dejaba huella allá por donde pasaba y estaba seguro de que le habría causado una impresión imborrable al trovador ciego...

¡Ciego!

Estaba atándose el nudo de la corbata cuando la idea lo asaltó de repente. ¡Claro! Por supuesto, ahora lo recordaba perfectamente. Varias semanas atrás, R'nendo había presentado una denuncia por la desaparición de uno de los carneútiles de su espectáculo. El capítulo de información la había recogido en una breve nota. El asunto no había sido demasiado importante de por sí, pero R'nendo era un personaje público lo bastante notorio para que la desaparición de uno de sus carneútiles fuera tomada en consideración, aunque fuese de un modo marginal. Fléiter recordaba haber leído la nota en su momento, como hacía con casi todas las que llegaban de la Central. La había archivado sin darle demasiada importancia.

Y seguro que no la tenía, se decía ahora mientras iba al teatro en un coche descubierto en compañía de Mishra. Seguro que el condenado carneútil había sido robado, o había sufrido un accidente o cualquier otra tontería.

Estás perdiendo el tiempo obsesionándote con una trivialidad. ¡Basta ya!

Lo intentó, pero trivialidad o no, no era capaz de quitárselo de la cabeza. También el ataque al rancho había sido una menudencia, como lo habían sido, por sí mismas, las distintas desapariciones de carneútiles que habían tenido lugar en las últimas semanas en el Continente Occidental. Sin embargo, si se juntaba todo...

¡Nada! Si se junta todo siguen siendo tonterías.

Sonrió en dirección a Mishra, elegante y deseable a su lado, cálida y distante al mismo tiempo. Ella le devolvió la sonrisa, aunque a Fléiter no se le escapó que la mujer era consciente de que su mente estaba en otra parte.

Se hizo la promesa de prestarle toda su atención el resto de la noche y con ese firme propósito se apeó del coche y la ayudó a descender a la entrada del teatro.

Un carneútil de librea los llevó a su palco, donde los esperaba un refrigerio abundante y de primera calidad. Ambos se exhibieron sin disimulo ante el público que empezaba a llenar el teatro, y Fléiter saludó aquí y allá a varios conocidos mientras Mishra sonreía e inclinaba la cabeza al reconocer a alguien. No todos les devolvieron el saludo, pero Fléiter tampoco había esperado que lo hicieran.

La función dio comienzo poco después. R'nendo era todo lo que le habían dicho de él y mucho más. El espectáculo fue un prodigio de armonía y movimiento, de emociones y

notas, de baile y pasiones. Embebido en él, Fléiter no fue capaz de pensar en nada más. Al acabar el primer acto, se descubrió aplaudiendo lleno de entusiasmo.

—¡Ha sido increíble, querida!

Ella asintió, siempre tranquila, como si no hubiera esperado otra cosa.

—No ha sido más que un aperitivo.

Salieron al salón, que se iba llenando con rapidez. Varios hombres jóvenes se les acercaron enseguida, parásitos de buena familia a los que Fléiter solo les prestó atención lo suficiente para darse cuenta (y disfrutar con ello) de que lo habrían matado de haber podido. Pocas veces tenía la ocasión de ser el foco de la envidia de otros hombres, así que se propuso disfrutarlo todo lo posible. No era una sensación desagradable, desde luego.

Una parte de sí mismo lo contemplaba todo con cierta distancia y analizaba sin piedad todos y cada uno de los elementos de la farsa que se presentaba a su alrededor. No era algo premeditado: llevaba demasiado tiempo espiando a los demás y analizando lo que había bajo la superficie de sus actos para dejarlo ahora. Que en esta ocasión todo lo que analizaba lo tuviera a él por centro no era más que un aliciente añadido.

Volvían ya al palco cuando, de pronto, divisó un mensajero de la oficina. Venía con prisa y, Fléiter estaba seguro, no portaba buenas noticias.

No se equivocaba.

¿En qué momento te haces realmente viejo? Tal vez cuando cada cosa nueva que aprendes, en lugar de eliminar tu ignorancia, se limita a fortalecer tus prejuicios.

—Qérlex Targerian

Cuando entró en el laboratorio, lo primero que vio fue la cuna vacía. Posó lo que llevaba en una de las mesas con extremo cuidado, tomó aire y empezó a explorar la habitación de la forma más meticulosa posible.

No le costó mucho dar con la niña. Gateaba por el suelo en dirección a la consola de datos junto al ventanal. De hecho, casi había llegado a la silla y estaba alzando un brazo como si quisiera auparse a ella. Era demasiado pequeña para conseguirlo, pero eso no le impedía intentarlo.

Próxtor sonrió.

—¿Ya gateas? —dijo mientras llegaba junto al bebé—. Sí que nos has salido precoz, cariño. ¿Qué hay aquí tan importante?

Se agachó y la tomó en brazos. Ella lo miró unos instantes, seria, casi reflexiva, y luego señaló con la manita hacia el ventanal.

—¿Las estrellas? ¿Quieres ver las estrellas? Muy bien.

Se sentó frente a la consola con la niña en el regazo, vuelta hacia la ventana panorámica.

—Menudo espectáculo, ¿eh? Sí, podría estar mirando las estrellas durante varias horas sin hacer nada más. Claro que sí. Hace falta ser muy imbécil para ver esto y no darse cuenta de lo insignificantes que somos. Sí, hay que ser tonto de remate. Pero tengo trabajo, ya lo sabes. Es importante, y cuanto antes acabe mejor para todos, cariño, especialmente para ti. Y no puedo dejarte aquí sola. A saber lo que armarías con esas manitas llenas de curiosidad.

Le dio la vuelta. Ella se lo quedó mirando muy seria, los ojos enormes e intensamente azules clavados en los suyos, color acero. Próxtor enarcó una ceja y la niña empezó a gorjear de puro contento. Él logró mantener la pose unos segundos más antes de echarse también a reír.

—Suficiente por hoy, ¿de acuerdo? —dijo luego—. Todavía me queda mucho trabajo que hacer. Mañana más.

Ella alargó el brazo y posó aquellos dedos minúsculos en la cara de Próxtor. Sonrió como si acabase de descubrir algo fascinante mientras tanteaba el hoyuelo de la barbilla. Exploró luego la boca, la nariz contundente, los afilados pómulos. Ante cada nuevo descubrimiento, gorjeaba encantada.

—Maldita seas —murmuró él—. ¿Cómo puedes ser tan pequeña y tener tanto poder? Condenada biología... Pero tengo mucho que hacer, en serio, no puedo...

Alzó la vista y comprobó la hora. Bueno, no había tanta prisa, se dijo, tenía algo de tiempo.

—Está bien —claudicó—. Sigue mirando las estrellas un rato y te contaré otro cuento. Pero tendrá que ser corto, de verdad que tengo mucho que hacer.

Le dio la vuelta de nuevo al bebé y, mientras ella se perdía en la contemplación de las estrellas, Próxtor empezó a bucear en su propia memoria.

—¿Te acuerdas de lo que te conté, preciosa? —empezó a decir al cabo de un rato—. Había vuelto a casa con intención de acabar con la miserable vida del viejo. Estaba completamente decidido y convencido de que nada podía pararme. Y en lugar de matarlo descubrí que lo necesitaba.

»El cabrón era listo, más de lo que había creído. Fue lo bastante astuto para no darme toda la información de golpe, como si presintiera que su vida dependía de eso. No andaba muy desencaminado, en realidad.

»—Es hora de que sepas la verdad —me dijo, serio y formal, como siempre.

»No tenía la menor idea de a qué verdad se refería. Por un momento supuse que me iba a contar que ni él ni su mujer eran mis verdaderos padres, lo cual habría resultado un alivio. Pero no, era demasiado bueno para ser verdad. En lugar de eso me soltó un torrente de información que no entendí por completo y que, al principio, ni siquiera quería escuchar.

»—Eres un Brandan —dijo, hosco y solemne, recalcando la última palabra—. Y como tal, tienes una obligación que nadie más comparte, un privilegio único y un deber secreto. No es fácil ser un Brandan, no lo ha sido nunca, y no es menos difícil en estos tiempos. Pero nunca hemos flaqueado, nunca hemos vacilado y nunca hemos traicionado a nuestra estirpe. —En aquellos momentos, mi estirpe no podía importarme menos. Seguía pensando en matarlo y sus palabras eran como un molesto zumbido de moscas en los oídos—. Servimos a la Reina de un modo totalmente distinto a cualquiera de sus siervos y lo hacemos así desde la época de Brandan Léister, el fundador de nuestro linaje. Durante más de mil quinientos años, todos nosotros nos hemos entregado en cuerpo y mente a alcanzar el objetivo que Brandan Léister y la primera Reina trazaron. Tu mente y tu cuerpo han alcanzado el desarrollo necesario para que sepas, por fin, cuál es esa misión.

»Aquello me sacó por completo de mis pensamientos, querida. ¿Una misión? ¿Qué misión? ¿De qué hablaba aquel maldito viejo? ¿Qué condenada misión era aquella? En aquellos momentos, lo único que deseaba era pasar mis manos alrededor de su cuello y apretarlo hasta oír cómo crujía. De no haber estado tan agotado, lo habría intentado. Bueno, no fue solo el cansancio lo que detuvo mi mano, es cierto. Sentía curiosidad. No mucha, pero la suficiente para esperar y ver qué más tenía que contarme.

»—Sabes bien cómo es la Reina —añadió—. Siempre la misma. Continuamente distinta. Conoces el proceso por el que pasa su memoria y su personalidad a la siguiente encarnación.

»Asentí, perplejo. Claro que lo sabía. Cualquier habitante de Alboné sabía aquello. Hasta los condenados bebés en sus malditas cunas sabían aquello. ¿A qué venía...?

»—Lo que no sabes es que el proceso de transmisión de recuerdos fue inventado y desarrollado por Brandan Léister. Fue él quien tuvo la idea de usar como intermediario una carneútil que almacenaría los recuerdos de la Reina y los transmitiría a su sucesora. Se le recompensó con un título nobiliario hereditario. Y con algo más...

»No sabía qué decir. Estoy seguro de que tú tampoco habrías sabido qué decir, preciosa. Así que mordisqueé un poco de lacón y me serví un generoso trago de sidra. El

viejo ni siquiera me miraba.

»—Vivimos en este mundo como invitados —dijo de repente, cambiando totalmente de tema—. Érvinder es nuestro, pero nosotros no pertenecemos a esta tierra. La hemos domado y la hemos obligado a servirnos, pero no nos hemos entregado a ella. No lo suficiente. Usamos y manipulamos los mensajeros, los almacenamos y los transmitimos, pero no podemos crearlos. Solo los carneútiles pueden hacer eso y, sin ellos, nuestra vida sería muy distinta.

»—Pero controlamos a los carneútiles —respondí, preguntándome a qué venía toda aquella avalancha de obviedades.

»Estaba casi decidido a seguir adelante con mis planes, seguro de que la supuesta misión de la que estaba hablando iba a ser una tontería. El viejo tuvo suerte. Dijo exactamente lo que tenía que decir para seguir con vida:

»—Tienes razón. Al menos hasta el momento, así es. ¿Y si de pronto dejamos de hacerlo? Los necesitamos. Ellos a nosotros, no. No realmente. ¿Y si un día dejan de obedecer nuestra voluntad? ¿Qué sería de nosotros? ¿Cómo íbamos a vivir? ¿Qué pasaría con todo lo que hemos construido usando mensajeros?

»La idea resultaba aterradora, es cierto, pero me parecía una posibilidad demasiado remota. Preocuparse por aquello era como... no sé, como preocuparse por el fin del mundo. Quizá era inevitable, pero no sería hoy ni mañana. Y, fuese cuando fuese, no habría forma de impedirlo.

»¿O sí la había? ¿Era de aquello de lo que estaba hablando el viejo cabrón? ¿De un plan para impedir el fin del mundo? A una parte de mí, la idea le parecía una tontería. Otra estaba pensando a toda prisa, jugando de forma frenética con mil ideas, en busca de una solución al problema.

»—¿Y si creásemos una raza de humanos capaces de generar mensajeros como ahora lo hacen los carneútiles? —pregunté de repente.

»El viejo asintió, complacido. Me di cuenta, aunque intentaba ocultarlo, de que también estaba sorprendido.

»—Muy bien, Próxtor. Justificas la fe que he depositado en ti, hijo mío. —Hablabas casi con afecto, y no tienes ni idea de lo incómodo que me sentí ante aquella idea, querida—. Estoy seguro de que llegarás lejos. Quién sabe, quizá seas tú el que culmine la misión, aunque eso no es algo en lo que debemos pensar; solo en cumplir nuestra parte.

»—¿Esa es la misión? —pregunté, emocionado ante la idea, a mi pesar—. ¿Crear personas con habilidades de carneútil? ¿A eso nos dedicamos los Brandan en secreto?

»De pronto, el mundo me parecía un lugar lleno de posibilidades. Donde antes no había visto más que muros inexpugnables y puertas cerradas a cal y canto, ahora se extendía un espacio interminable, sin límites ni fronteras.

»—Algo así. Y solo en parte. Es un experimento, Próxtor, que lleva en marcha más de mil años. Y sí, somos los experimentadores. Pero también somos los sujetos de prueba. Cada nueva generación de los Brandan ha estado un paso más cerca del objetivo. Somos fruto de un cuidadoso programa de reproducción que busca aumentar nuestras capacidades naturales para la manipulación y manejo de mensajeros y, al mismo tiempo, trata de llevarlas más allá. Cada uno de nosotros es un eslabón en una cadena que solo puede terminar donde has dicho: un humano con habilidades de carneútil. Entonces sí que perteneceremos realmente a Érvinder y sí que podremos dominarlo por completo: ya no

dependeremos de nadie más que de nosotros mismos.

»Me habría encogido de hombros, pero sabía que eso no le hubiera hecho ninguna gracia al viejo. Como si me importase un carajo que el resto del mundo pudiera producir mensajeros. ¿Por qué? ¿Qué habían hecho los demás para ganárselo, para merecerlo? Era mi familia la que llevaba todo aquel tiempo experimentando en sí misma para conseguirlo: ¿por qué iban los demás a beneficiarse de ello?

»Tengo que confesar que por primera vez en mi vida la idea de ser un Brandan significó algo para mí. Era parte de algo mayor, comprendí, el último miembro en una lista casi interminable de individuos dedicados a la doma definitiva de aquel mundo.

»Si teníamos éxito, sería nuestro triunfo. De los Brandan, de nadie más. ¿Qué había hecho nadie más para merecérselo, al fin y al cabo?

»Pero no dije nada, seguro que ya lo habías supuesto, preciosa. No dije nada porque no era tonto, igual que no lo eres tú, y sabía que lo último que debía hacer en aquellos momentos era llevarle la contraria al viejo o discutir con él.

»Así que en lugar de eso, fingí que reflexionaba sobre sus palabras y luego dije:

»—Pero hay algo más.

»Y el muy idiota volvió a asentir, complacido por mi sagacidad. Claro que había algo más. Acababa de decírmelo él mismo: “Algo así. Y solo en parte”. Imbécil.

»—¿Cuál es el primer mandamiento de la vida, Próxtor? —me preguntó de pronto.

»Parpadeé. Me había pillado totalmente por sorpresa.

»—Vivir —musité, seguro de que estaba dando una respuesta equivocada.

»—Vivir —repitió el viejo, sin embargo, satisfecho de mi perspicacia—. En efecto, vivir todo lo que se pueda. Y cuando ya no se pueda, seguir viviendo en parte a través de tus descendientes, no solo de sus recuerdos de ti, sino del pedazo de ti mismo que llevan dentro. La Reina ha llevado eso un paso más allá: sus descendientes son ella misma, hasta cierto punto. No del todo, ya lo sabes; al fin y al cabo, las candidatas a Reina ya han desarrollado una cierta personalidad propia cuando son inculcadas con los recuerdos de la Reina. De modo que la mezcla varía ligeramente con cada nueva transición.

»Tomó aire, como si hubiera llegado a una parte especialmente difícil. En aquel momento me tenía totalmente pendiente de sus palabras, cautivo de cada idea que sugería. Toda idea de matarlo había desaparecido de mi cabeza..., al menos de momento.

»—A la Reina nunca le ha gustado eso —dijo—. Quiere ser ella misma. Siempre. Sin cambios.

»Y ahí se interrumpió, como si hubiera dicho demasiado. Se puso en pie y me dejó solo, convencido de que había dicho cuanto era necesario y que no hacía falta añadir nada más.

»Y tenía razón, en cierto modo. Había dicho lo suficiente para seguir con vida, aunque creo que nunca lo supo. ¿Astucia instintiva, o pura casualidad? Qué más da. Aquel día fui consciente de lo mucho que aún tenía por enseñarme y no me costó mucho llegar a la conclusión de que, mientras pudiera aprender de él, no tenía sentido eliminarlo.

»Fue una de las primeras y más importantes lecciones de mi vida: nunca hay que malgastar los recursos.

»Por otro lado, tengo que confesar que enseguida me di cuenta de lo absurdo de las pretensiones de la Reina. Seguro que tú también lo ves, ¿verdad, cariño?

»Sí, la primera Reina quería vivir para siempre, por supuesto. Y puso a trabajar a su

Brandan Léister en ello.

»La solución que encontró no fue óptima. De hecho, estaba muy lejos de serlo. La transmisión de recuerdos usando un carneútil como intermediario no podía hacerse a una mente en blanco. Simplemente, esta no la soportaba. Necesitaba un cerebro lo bastante maduro y equilibrado, con la suficiente capacidad de manejo de información coherente y verbal. No un adulto, demasiado anquilosado mentalmente, ni tampoco un bebé, demasiado en blanco. Un niño. Mejor aún, una niña, cuyas pautas cerebrales eran más versátiles que las de un varón. El rango de edad se había calculado entre los ocho y los doce años.

»Sí, ya te lo he dicho, no era el proceso óptimo. Porque en cierto modo, la Reina moría al ser trasvasada a su nuevo cuerpo. Cambiaba. Ya no era ella. No del todo.

»El proyecto que empezó Brandan Léister con sus propios descendientes tenía por objetivo cambiar eso. Conseguir un cuerpo con habilidades de carneútil, un cuerpo que pudiera absorber los recuerdos de la Reina sin intermediarios y que, por tanto, pudiera ser tan joven como hiciera falta. De hecho, lo óptimo sería usar un feto: la propia hija de la Reina, infectada por los recuerdos de su madre desde el momento mismo de su concepción. Una pizarra totalmente en blanco sobre la que escribir.

»Un espacio vacío en el que copiarse.

»Pensé en todo eso junto a la chimenea, mientras iba anocheciendo. Y no tardé en ver el fallo del plan. Porque la Reina que había encargado la misión a Brandan Léister ya no era, ni de lejos, la misma que la Reina actual. Tras mil quinientos años e innumerables transiciones, después de una mezcla tras otra de personalidades y recuerdos, la persona que ahora se sentaba en el trono no se parecía en nada a la original. Léister había fracasado, en cierto modo.

»Y estoy seguro de que lo sabía. Era un Brandan, después de todo; el primero de nosotros, para ser exactos. Y estoy seguro de que su inteligencia no tenía nada que envidiar a la de sus descendientes. Tuvo que ser consciente de que su misión no iba a terminar ni en una generación ni en una docena de ellas. Que el plan de cruces y crianzas que había iniciado tardaría cientos de años en dar frutos, tal vez más. Y que, en ese tiempo, la Reina ya no sería su Reina. Algo sobreviviría, por supuesto, una pequeña parte perdida en un todo inmenso, pero ya no sería la misma mujer a cuya causa se había entregado.

»Sin embargo...

»¿Qué pasa, te has cansado de mirar las estrellas? Vaya, sí que nos has salido inconstante.

Dio la vuelta a la niña y la apoyó en el pecho, mientras ella posaba lentamente la cabecita en el hombro de Próxtor y cerraba los ojos. Él se puso en pie y echó a andar hacia la cuna, no sin antes comprobar la hora.

—Ufff. Mira lo tarde que se ha hecho. Voy a tener que pasarme toda la noche trabajando.

Depositó a la niña en la cuna y la arropó con cuidado, intentando que no se despertase. Luego tomó distancia y se la quedó mirando largo rato mientras el bebé daba un par de vueltas y finalmente se quedaba quieto.

—Sí, cariño, eres tú, aunque todavía no lo sepas. Tú eres el resultado de todo eso, el objetivo que buscaban Brandan Léister y la primera Reina. Ah, pero veo que tienes una

pregunta. Sí, no esperaba menos de ti. ¿Por qué no tu padre, por qué no Yáxtor? Al fin y al cabo él también genera sus propios mensajeros, ¿no? ¿No debería ser él quien estuviera aquí?, ¿no tendría que estar analizándolo a él, destilando su código?

»Eso, me temo, es una historia para otro día.

Como conforme con ello, la niña se dio la vuelta una vez más en la cama hasta quedar boca abajo. Se llevó el pulgar a los labios y dejó escapar un gemido casi inaudible antes de seguir durmiendo.

—Descansa, mi preciosidad. Descansa y deja que el abuelo trabaje. La Reina tendrá lo que quiere, ah, sí, lo tendrá. Bueno, quizá no lo que quiere, pero sí lo que necesita, lo que se le prometió en su día. Pero nosotros también tendremos lo que queremos. Y el resto del mundo puede irse al cuerno, ¿verdad, cariño?

La vida no es justa, no tiene el menor interés en serlo. La vida es una cosa dañina y feroz que te golpeará a la menor oportunidad y te destrozará por completo si se lo permites.

Pero no es eso lo importante. No importa cuántos golpes te caigan encima.

Lo que importa es cuántos eres capaz de aguantar. Lo que importa es si, después de cada golpe, eres capaz de ponerte en pie y seguir adelante.

—Mag'kán Ellnes

Sangre. Muerte. Destrucción.

El mundo se había convertido de pronto en un infierno de llamas y proyectiles donde su gente caía como moscas entre gritos y lamentos. Corrían de un lado para otro sin saber qué hacer. Algunos contraatacaban y se lanzaban contra el enemigo, solo para morir alanceados. Otros, desorientados, se arrojaban de cabeza a las llamas. La mayoría, sin embargo, se había acurrucado en el centro del valle, buscando protección en el número, y formaban un corro tembloroso que esperaba la muerte.

No. ¡No! ¡NO!

Pero de nada servía negar lo que estaba sucediendo. El ejército de la Confederación Occidental los había atrapado. Los tenía cercados y aquel valle iba a convertirse en su tumba.

En medio de aquel caos sin control, sintió de pronto el tranquilizador contacto de Observante.

—Tienes que irte —le dijo este. Sangraba por un costado y tenía la cabeza medio destrozada de un balazo, pero aún se las arreglaba milagrosamente para mantenerse en pie—. Tienes que irte. Debes sobrevivir.

Avanzadilla negó con la cabeza. ¿De qué servía seguir vivo si todos los demás morían? Pero Observante apartó sus dudas de un manotazo nervioso y dijo:

—Contigo, aún hay esperanza. Sin ti, todo está perdido. —Tomó aire, y Avanzadilla vio que le costaba trabajo respirar—. Estábamos equivocados. Estabas equivocado —recalcó—. No debiste intentarlo aquí. No hay bosqueoscuros. Solo disponemos de los mensajeros que nosotros mismos podemos producir. Aquí no podemos ser nunca lo bastante fuertes. Debes sobrevivir. Debes ir al Continente Primigenio.

Avanzadilla negó de nuevo con la cabeza. Aquel había sido su primer plan. Pero los humanos del Continente Primigenio tenían un control de los mensajeros muy superior al de los occidentales, llevaban miles de años manejándolos, usándolos, manipulándolos. Sería mucho más difícil escapar de su voluntad y sus deseos.

—Lo estás mirando desde el lado equivocado —insistió Observante. De pronto, se tambaleó. Hincó una rodilla en tierra y se agarró a Avanzadilla para no desplomarse—. No tengo tiempo. Casi no... Lo estás mirando desde el lado equivocado. Los bosqueoscuros. Debes ir a los bosqueoscuros. Son la fuente de todo, son la clave de nuestra existencia. No debes... Liberarnos a nosotros estaba condenado al fracaso desde el principio. Mira. —A su alrededor, los carneútiles se rendían a docenas—. No somos lo

bastante fuertes. Contaminados. Manchados por la voluntad... humana. Al origen. Debes ir al...

Los brazos de Observante se pusieron rígidos de repente. Luego, todo su cuerpo se envaró y se desplomó sobre la hierba. Avanzadilla se inclinó sobre él, pero comprendió que era inútil. Observante estaba muerto. Su primer discípulo, el primero al que había conseguido liberar, estaba muerto. Y los demás no tardarían en estarlo. O volverían a ser títeres de los humanos, que venía a ser lo mismo.

Recorrió el rostro medio destrozado de su hermano con la yema de los dedos y sintió los mensajeros de Observante, aún activos, aunque no por mucho tiempo. Con un suspiro, dejó que su piel absorbiera aquellos mensajeros y luego los asimiló en su propio cuerpo.

Solo entonces miró a su alrededor.

La carnicería casi había acabado. Por todo el valle, los soldados remataban carneútiles heridos mientras el grueso de las tropas se acercaba al corro que formaban la mayor parte de los supervivientes. ¿Los matarían, o se limitarían a llevarlos de vuelta a los corrales?

No lo sabía y en aquellos momentos tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Comprendió que, por algún extraño capricho del azar, aún no lo habían visto. Un grupo de matorrales lo ocultaba de las tropas humanas, aunque el refugio que representaban no lo mantendría a salvo mucho tiempo. Los soldados no tardarían en barrer todo el valle en busca de supervivientes.

Afirmó los pies en el suelo, cerró los ojos y tomó aire. Empezó a producir mensajeros a un ritmo frenético y, mientras estos se expandían por su cuerpo, empezó a cambiar. Su piel se volvió translúcida mientras su cuerpo temblaba. Sintió dolor unos segundos, pero no tardó en dejar de tener terminaciones nerviosas y el dolor se convirtió en un simple recuerdo. En treinta segundos se había convertido en un montículo tembloroso de poco más de medio metro de alto en cuyo interior palpitaba cada vez más despacio la esfera negra que era su mente. Del montículo surgió un zarcillo viscoso que se secó enseguida y se transformó en una rama. Otra. Otra más. Antes de que transcurriese un minuto, lo que había sido Avanzadilla resultaba indistinguible del matorral de zarzas junto al que se había agazapado.

Su mente seguía intacta en la base de la zarza, pero apenas era consciente de nada. Solo del transcurso del tiempo y aún esto lo percibía de un modo fugaz a medida que iba notando el paso del sol por el cielo. A todos los efectos, era una planta más que tomaba nutrientes del suelo y los convertía en alimento por medio de la fotosíntesis.

Pasó así tres días. Suficientes para asegurarse de que los humanos habían dejado el valle. A la cuarta noche empezó a cambiar de forma de nuevo. Recuperar el aspecto humano fue lento, mucho más de lo que lo había sido convertirse en una planta, y la energía gastada en el proceso, muy superior.

No importaba. Tenía tiempo. En realidad, no tenía nada más.

Unos días más tarde, un forastero llegó a una de las pequeñas ciudades fronterizas que bordeaban la Teja. Llegó caminando y se inscribió en el hotel local. Pasó allí la noche y a la mañana siguiente subió a la diligencia que iba hacia el Este. Sus compañeros de viaje no recordarían gran cosa de él. De aspecto anodino y modales correctos, no hablaba mucho ni destacaba en ningún aspecto concreto. Cuando la diligencia llegó a su destino y los

viajeros descendieron de ella, no tardaron en olvidarse de él.

Si alguno lo hubiera recordado y hubiese tratado de dar con él, no habría tenido el menor éxito. El anónimo viajero se desvaneció entre la multitud y, en menos de cien pasos, su aspecto había cambiado por completo.

Su nueva apariencia era tan anodina como la anterior y, al mismo tiempo, completamente distinta.

Al contrario que la caótica, sucia y vibrante ciudad fronteriza en la que había iniciado su viaje, Chipa era un municipio antiguo, de casi dos siglos de antigüedad, lleno de casas señoriales, barrios residenciales y calles amplias y bien cuidadas.

El viajero, ahora una mujer de modales recatados y aspecto insignificante, siguió su camino, sin detenerse nunca demasiado en ningún lugar y manteniendo al mínimo el contacto con el resto de la gente. Tenía un objetivo claro en la cabeza, aunque aún no sabía cómo iba a alcanzarlo.

Necesitaba tiempo. Tiempo para estar a solas, para planear y para decidir. Tiempo y un lugar tranquilo donde nadie se fijara en ella ni la molestara.

Encontró lo que buscaba al cabo de dos días.

La casa estaba bien cuidada, pero se la veía solitaria. Su único ocupante, un antiguo soldado jubilado, seguía todos los días la misma rutina invariable y aburrida: se levantaba, cuidaba del jardín, recogía el periódico, comía, leía, dormía una siesta por la tarde y daba un corto paseo por los alrededores, se sentaba en un banco en el parque y se quedaba contemplando el cielo hasta el anochecer. Era perfecto: una rutina sencilla que apenas implicaba trato con los demás. Los alimentos se los servían una vez por semana: el repartidor los dejaba a la puerta y el ocupante de la casa interrumpía su rutina matutina para recogerlos y guardarlos y clasificarlos en la alacena.

Lo siguió discretamente durante un tiempo. Luego, actuó.

No había nadie en la calle cuando llamó a la puerta, y el viejo soldado estaba empezando su siesta. Abrió la puerta, aún confuso, y se quedó mirando con ojos soñolientos a la desconocida que había en el umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz áspera.

—Tu casa y tu vida, al menos durante algún tiempo —respondió Avanzadilla.

Sin comprender, el otro meneó la cabeza y trató de cerrar la puerta. Descubrió que no podía. Unos brazos de acero se lo impedían.

Se miraron en silencio unos instantes, ambos inmóviles, calibrando cada uno de ellos al otro. Luego, Avanzadilla se lanzó hacia delante. El viejo soldado no tuvo la menor oportunidad.

Si echamos un vistazo a nuestro comportamiento y al de cualquier animal que tenga organización social veremos que las diferencias no son demasiado grandes ni realmente relevantes. Actitudes que creemos netamente humanas son fácilmente reconocibles en las familias de grandes primates, por poner solo un ejemplo.

¿Qué nos distingue entonces del resto de criaturas vivas? ¿Cuál es la seña de identidad que nos califica inequívocamente como humanos?

Si tuviera que elegir una, creo que sería la capacidad de crear y contar historias. No solo sobre el mundo que nos rodea y sobre las personas que hay a nuestro alrededor, sino especialmente sobre nosotros mismos.

Cada vez que recordamos nuestro pasado estamos recontándolo y reconstruyéndolo.

—R'nendo

Comprobó de nuevo el resultado y asintió satisfecho. Sí, sin duda estaba en el buen camino. Aún le quedaba trabajo por hacer, pero había superado los escollos más difíciles; a partir de entonces era cuestión de tiempo y paciencia. Dos cosas que, en realidad, le sobraban.

Aunque quizá la Reina no anduviera muy bien provista de la última cualidad, se dijo con una sonrisa sombría. Lo cual no dejaba de ser paradójico para alguien que había vivido más de mil quinientos años.

Pero en aquellos momentos, la Reina era la menor de sus preocupaciones. Le entregaría lo que tenía que entregarle, por supuesto, culminaría el trabajo de su estirpe. Pero aquel ya no era el objetivo principal de su vida.

Qué demonios, se dijo, a lo mejor nunca lo fue.

No, se conocía demasiado bien para mentirse. La compulsión de servir a la Reina estaba en él, como sin duda lo estaba en todos sus antepasados. Como seguramente lo estaría en su hijo. Como lo habría estado en su nieta de no haber hecho lo necesario para modificarla en cuanto sus agentes la pusieron en sus manos.

Pero la compulsión tenía los días contados, se dijo. Pronto cumpliría aquello a lo que había sido destinado. Y en cuanto le hubiese entregado a la Reina lo que esta necesitaba, ya no tendría por qué seguir a su servicio.

Se puso en pie y ordenó con un gesto a uno de sus carneútiles que recogiera las muestras y limpiara el laboratorio. Luego se acercó a la sala de monitorización y permaneció allí casi una hora, examinando y analizando las imágenes que los mensajeros transmitían a las distintas pantallas. La conexión no era en tiempo real, pero sí lo bastante cercana para servir a sus propósitos.

Tras esto, tomó los últimos informes de situación que había recibido de sus agentes y los repasó concienzudamente mientras salía de la habitación y recorría un largo pasillo curvado.

Bien. Todo iba según lo previsto. Había un par de incógnitas por desvelar, y tomó nota mental de instruir a sus agentes al respecto, pero la situación general no podía ser mejor.

Se detuvo de repente.

Quizá no tan buena, se dijo, tras la lectura del último informe. En las últimas semanas los Espectros habían estado especialmente activos en Lambodonas y sus alrededores y en ocasiones se habían acercado demasiado a los lugares donde trabajaban sus agentes.

Hmmm. ¿Número Uno se había decidido por fin? ¿Acaso al hombre que nunca daba un paso antes de haberlo pensado cien veces le había entrado de pronto la prisa? ¿Estaban los Espectros listos y a punto de lanzarse a por él e intentar arrebatarse la Atalaya de las manos?

Y de ser así, ¿podía usar aquello en su favor?

Ya veremos, se dijo. Ya veremos.

Llegó a la habitación de la niña, quien abrió los ojos antes de que hubiera dado un paso al interior y lo miró con solemnidad. Próxtor sonrió, y el bebé le devolvió la sonrisa.

—Muy bien —dijo él—. Primero comeremos y luego daremos un paseo. ¿Te parece bien, preciosa?

Preparó el biberón con la misma tranquila meticulosidad con la que trabajaba en el laboratorio. La niña engulló el contenido con avidez.

—Estupendo. Tenemos buen apetito. Ah, sí, mi niña se está alimentando muy bien. Sí, vas a crecer sana y fuerte y vas a ser la mujer más guapa del mundo, estoy seguro. Arrebatrás corazones solo con una mirada. Y, si eres lista, no dejarás que nadie se quede con el tuyo. —Meneó la cabeza, como asombrado de sus propias palabras—. ¿Y ahora? ¿Qué quieres ahora, cariño? ¿Otro cuento antes de dormirte? —preguntó mientras la apoyaba en el hombro y le daba palmaditas para que eructase—. ¿Sobre qué?

Echó a andar con ella en brazos, yendo de un lado a otro sin rumbo concreto.

—Sí, ¿sobre qué? —murmura—. Hay tanto que deberías saber. Tantas cosas que podría contarte. Sobre este sitio increíble, por ejemplo, sobre cómo lo descubrimos y cómo aprendimos a manejarlo.

»No, eso puede esperar.

»Hay cosas más importantes. —Se detuvo de pronto con el ceño fruncido, como si intentase recordar—. Tienes que tener mucho cuidado, cariño mío, tienes que ser muy cuidadosa. Es algo que aprendí enseguida y que, por cierto, tu padre nunca descubrió. Ah, sí, Yáxtor es inteligente y hábil, no lo dudo, y tiene la sorprendente costumbre de tener casi siempre la suerte de su lado, pero nunca aprendió algo fundamental. Supongo que no es culpa suya. Al fin y al cabo, yo no estaba allí para enseñárselo, y los derroteros por los que lo llevó la vida lo han convertido en alguien demasiado notorio, al menos en ciertos ambientes y lugares. Ya es tarde para él, me temo. Aunque quisiera echarse atrás no creo que pudiera.

»Pero no importa. No, ahora no tiene la menor importancia.

»Déjame que te cuente algo, que te diga mi secreto: Nunca destaques, preciosa, nunca te hagas notar. No dejes que los demás te convenzan para liderarlos, que hagan de ti un mascarón de proa, un líder, alguien a quien seguir y de quién depender. No, eso jamás. Si tienes que aspirar a algo, que sea a convertirte en invisible, en ser uno más.

»Aprendí eso enseguida. Los líderes, los primeros de la clase, las figuras carismáticas tienen su utilidad, por supuesto, son un estupendo pararrayos cuando hay problemas. Pero no seas nunca uno de ellos. Contrólalos, consigue que hagan lo que tú deseas, pero deja que sean ellos los que carguen con la notoriedad y con todos los problemas que eso

conlleva.

»¿No lo entiendes? Bueno, lo entenderás, estoy seguro. Yo lo comprendí enseguida y no me cabe duda de que tú también lo harás. Mientras fui acólito de los adeptos empíricos nunca destaqué, ni para bien ni para mal: mis notas siempre estuvieron dentro de la media, mis habilidades eran simplemente adecuadas, era uno más del rebaño, una oveja anónima.

»Sé que algunos de mis profesores sospechaban que no me esforzaba al máximo, que no estaba dando cuanto tenía. El viejo Qérlex siempre desconfió de mí, pero supongo que estaba demasiado ocupado con sus cachivaches y aparatitos para interesarse de verdad por el asunto. En cuanto a Shércroft... Sí, estoy seguro de que no lo engañé ni por un momento; me di cuenta de que era capaz de verme las entrañas como si mi piel fuera transparente, así que siempre tuve cuidado de no cruzarme en su camino a no ser que fuera estrictamente necesario.

»La guerra cambió eso, claro, no me quedó más remedio que trabajar bajo sus órdenes. Pero si Shércroft me conocía bien, yo no lo conocía menos a él. Sabía que era práctico por encima de todo y que admiraba y respetaba la eficacia. Así que mientras obtuviese los resultados que esperaba de mí, me dejaría seguir con la farsa y no se interpondría en mi camino. Cuando acabase la guerra quizá las cosas fueran distintas y tuviera que eliminarlo, pero al final las circunstancias se confabularon para que eso no fuera necesario.

»Creo que habría lamentado tener que quitarlo de en medio. Me gustaba. De hecho pensé en intentar convencerlo de que se uniera a mi causa como hice con otros, pero no tardé en darme cuenta de que eso no sería posible. Shércroft tenía sus propios planes y objetivos y no se dejaría convencer ni desviar de ellos. Lástima, habría sido un operativo mucho más eficaz que Tsun Zune.

»Pero estoy divagando otra vez. Debo de estar haciéndome mayor, cariño, te juro que antes mis argumentos eran directos y certeros como flechas.

»Qué más da.

»Invisible. Esa es la clave. Ser invisible. Si lo consigues, podrás hacer cuanto quieras, créeme.

Sonrió de pronto, como si hubiera recordado algo especialmente agradable. Entrecerró los ojos y rebuscó en su memoria, saboreando aquí y allá algún detalle concreto. De pronto, frunció el ceño y luego asintió muy despacio.

—Ah, sí, Ánitor Endánjel, claro, cómo he podido olvidarlo —dijo, muy serio—. De algún modo, mi invisibilidad falló con él. Vio algo en mí, o creyó verlo, y desde ese momento ya no pude librarme de él. No me preguntes qué fue, ni siquiera ahora soy capaz de identificarlo. Pero desde que me puso la vista encima me convertí en su objetivo: yo era el destinatario de sus abusos, sus bromas pesadas y sus intentos de dominación. No desperdiciaba la oportunidad para dejarme claro que le pertenecía y que podía hacer cuanto quisiera conmigo. No sé, a lo mejor estaba enamorado de mí y no soportaba la idea. Ahora ya no importa.

»Fue en mi primer año como acólito de los adeptos empíricos. No fue un buen año, lo reconozco. Al principio no sabía cómo librarme de él. Probé a no hacerle caso y fue inútil. Enfrentarme a él fue aún peor. Nada de cuanto hiciese daba resultado. Nunca antes me había pasado algo así: siempre me las había apañado para pasar desapercibido, pero con Ánitor era como si no existiese nadie más en el mundo.

»De haber ocurrido solo un poco después, me habría sido muy sencillo librarme de él.

En unos meses, mis planes habrían dado su fruto y yo habría estado a salvo de imponderables como Ánitor. Pero aún estaba en las primeras fases, buscando cuál de todos mis compañeros era la mejor opción para ejercer el liderazgo público que yo mantendría en privado sin que nadie, ni siquiera él, lo supiera.

»Comprendí enseguida que tenía que librarme de Ánitor, anularlo, hacerlo desaparecer. No solo por la molestia que representaba, sino porque sus... atenciones amenazaban con destruir mi invisibilidad, mi anonimato.

»En cuanto tomé la decisión, descubrí que era más fácil de lo que creía. Un par de rumores esparcidos en el momento adecuado, lanzados al aire de tal manera que después nadie recordaría quién los había iniciado. Confieso que me sorprendió lo sencillo que era manipular a los demás tan solo con palabras, sin necesidad de usar los mensajeros. Las personas que empezaron a propagar el rumor creían haberlo oído de una fuente fiable, pero no conseguían recordar dónde o cuándo. Algunos hasta estaban convencidos de haber creado ellos mismos el rumor.

»En un par de días todos los acólitos estaban al corriente. Y fue cuando empezaron las risitas a media voz en los pasillos cada vez que Ánitor se acercaba, los meneos de cabeza, los comentarios socarrones, los dedos apuntando en su dirección sin que él lo viera..., al menos al principio.

»Al final de la semana Ánitor no tenía tiempo para meterse conmigo. Estaba demasiado ocupado intentando no ser el hazmerreír de la Torre. Había pasado de ser un matón peligroso, grande, atemorizador, a ser el palurdo sonrosado y grandote que se cepillaba sus propias gallinas. Incluso, se decía, había traído sus favoritas del pueblo y las escondía en alguna parte de la Torre. Las visitaba de noche y era capaz de distinguirlas por el nombre.

»Cuando, ocho días después, Ánitor abrió la taquilla y de ella saltaron dos gallinas, fue más de lo que pudo soportar. El pasillo entero estalló en carcajadas y, al momento siguiente, todos los acólitos se arracimaban a su alrededor cloqueando sin cesar.

»El pobre diablo no entendía lo que estaba ocurriendo, preciosa, no tenía la menor idea de cómo había pasado de ser el matón de clase al bufón patético del patio. No comprendía por qué no importaban ni sus músculos ni sus amenazas ni sus rugidos de rabia. No, nunca lo entendió. Simplemente, el resto del mundo le había perdido el miedo y lo veían como alguien ridículo que practicaba el sexo con gallinas. Peor: que hasta se mostraba cariñoso con ellas y las llamaba por el nombre.

»Supe que el desenlace no tardaría en producirse. Así que las noches siguientes me mantuve alerta.

»Ah, alerta para qué, te preguntas. Era joven, preciosa, tienes que entenderlo. Fue un error por mi parte, pero por suerte, no resultó fatal. Y en cierta forma tuvo consecuencias positivas, pero ya llegaremos a ello.

»Lo que esperaba no sucedió aquella noche. Pero a la siguiente vi que Ánitor se levantaba de la cama en medio de la noche y abandonaba el dormitorio común. Lo seguí en silencio y ascendí en pos suyo por la torre, hasta que llegamos a la zona de atraque de los aerobajeles. Él no se dio cuenta de que alguien lo seguía, estaba demasiado concentrado.

»Cogió una cuerda, la pasó por una viga y trenzó un nudo corredizo al otro extremo. Acercó una mesa, se subió a ella, pasó el nudo por el cuello y aseguró el otro extremo de la cuerda. Vi que se miraba las manos y que meneaba la cabeza y, al principio, no comprendí

qué pasaba por su mente.

»Se ató las manos con un cabo sobrante de la cuerda. Confieso que aquel detalle me tomó por sorpresa. Incluso en su estado, conservaba la serenidad suficiente para maniatarse y así impedir que su cuerpo lo traicionase e intentase descolgarse pese a sus intenciones iniciales.

»Se quedó allí, de pie en la mesa, un tiempo interminable. Fue entonces cuando cometí mi error.

»Me mostré. Salí de las sombras y avancé hacia él. Supongo que al principio debió de pensar que había ido a impedir que se colgara.

»—He sido yo —dije.

»No me entendía. Bueno, normal, lo que le estaba diciendo tenía que costarle trabajo asimilarlo.

»—He sido yo —insistí—. Estás aquí, ahora, porque decidí que tenías que estarlo e hice lo necesario para que pasara. Vas a morir porque no supiste dejarme en paz. Solo quería que lo supieras.

»Incluso cuando comprendió lo que le estaba diciendo me miró con incredulidad. Me contempló largo rato en silencio, como si todo aquello fuera una pesadilla sin sentido. De pronto, cerró los ojos y al volver a abrirlos vi que me creía. No sé qué pasó por su cabeza en ese instante, pero algo dentro de ella debió de hacer clic y lo comprendió todo.

»Y yo comprendí el error que había cometido.

»Di un salto y, de una patada, quité la mesa de debajo de sus pies. Empezó a patalear, el cuerpo entero se le puso rígido y la cara, morada. Se echó las manos atadas hacia arriba, como si quisiera agarrar la cuerda y alzarse a pulso.

»Sí, cariño, sí, el abuelo la había cagado a base de bien. Si Ánitor lograba salir de aquello, no iba a hacérmelo pasar nada bien. Así que salté de nuevo, me agarré a sus piernas y flexioné las mías, rogando porque mi peso fuera suficiente para ahogarlo, quizá para partirle el cuello.

»Pero todo parecía inútil. El tirón inicial no le había partido el cuello, y Ánitor era demasiado grande, fuerte y vital para asfixiarse rápidamente. Además, me di cuenta de que estaba usando los mensajeros de nuestro alrededor para oxigenarse y así seguir vivo un rato más mientras buscaba un modo de salir de aquello.

»No podía permitirlo.

»Así que, aún colgado de sus piernas me concentré en lo que nos rodeaba y llamé a los mensajeros que había a nuestro alrededor. A todos. No solo a los del aire, a los que se posaban en las paredes o alfombraban el suelo, sino a los que Ánitor había llamado en su ayuda y a todos los que había asimilado en el interior de su cuerpo.

»Fue sencillo, tanto como chasquear los dedos. De pronto comprendí lo fácil que me resultaba controlar los mensajeros, lo sencillo que era ponerlos a mi servicio, sin importar su estado.

»Aquel momento me abrió los ojos y tuvo un enorme significado para mi futuro, créeme.

»No sé cuánto tiempo pasé allí, agarrado a sus piernas. Sé que de pronto noté un hedor espantoso y comprendí que el esfínter de Ánitor se había abierto y soltaba todo lo que tenía dentro. A pesar de eso, seguí agarrado unos segundos más, hasta que comprendí que estaba muerto.

»Me solté y retrocedí un par de pasos. La mierda le chorreaba por los muslos y la orina le manchaba la parte delantera de la túnica. Tenía una erección considerable, por cierto. Sus ojos estaban tan abiertos que parecían salirse de las órbitas y la lengua le colgaba flácida a un lado de la boca.

»Debería haberme sentido exultante, lleno de alegría, pero confieso que en lo único en lo que lograba pensar era en el error que había cometido. Había estado tan ansioso por darme a conocer, por hacerle saber que yo era el responsable de lo que le había ocurrido, que había estado a punto de echarlo todo a perder. Había sido un idiota. La vanidad y el orgullo habían estado a punto de estropear todos mis planes.

»Tardé en irme. Necesitaba borrar todo rastro de mi presencia allí y, entre otras cosas, tuve que usar los mensajeros a mi alcance para que no quedara la menor huella en las piernas de Ánitor de que alguien lo había sujetado por ellas.

»Mientras descendía de vuelta al dormitorio me dije que nunca más cometería ese error. Nunca más permitiría que mi orgullo se interpusiera en mis planes. Que fueran los demás quienes se llevaran el mérito, que ellos se quedaran con el aplauso y el reconocimiento. Eso no importaba, no mientras las cosas salieran como yo quería.

Se detuvo de pronto y miró a la niña, que se había quedado dormida sobre su hombro. Sonrió y, muy despacio, volvió hasta la cuna y la dejó allí con un cuidado extremo. Se la quedó mirando unos segundos, meneó la cabeza y volvió al trabajo.

El trípode es la más inestable de todas las alianzas.

—Orston Velhas

Dasaraki Itasu, disfrazada de mendigo, volvía a las habitaciones que compartía con Yáxtor y Mizuni. Las calles de Jarsarén, polvorientas y reseca, estaban casi completamente vacías a aquellas horas, mientras el sol se iba poniendo lentamente más allá de los edificios del extremo occidental de la ciudad.

Había salido con la excusa de explorarla, pero estaba segura de que tanto Yáxtor como Mizuni sabían que su verdadero propósito había sido dejarlos solos unas horas. Y, aunque no lo habría reconocido ante ninguno de los dos, ella misma necesitaba estar a solas con sus propios pensamientos, apartada del mundo y lejos de cualquier distracción.

Había recorrido la ciudad sin rumbo fijo, como si se internase en un laberinto con el hilo de sus pensamientos como única guía. Llamarla ciudad era un mal chiste, en realidad: sucia, polvorienta, decrepita, difícilmente podía compararse con las pulcras ciudades honoyesas o las abigarradas y colosales urbes albonenses. Era un villorrio, un condenado villorrio en mitad de ninguna parte, sin característica notable alguna más allá del minúsculo e irritante detalle de haberse desarrollado alrededor de la Colina del Origen, el lugar que todas las religiones de Érvinder señalaban como aquel en el que el ser humano había llegado al mundo.

Huraña, se había ido introduciendo más y más en la ciudad, igual que lo hacía en sus propios pensamientos. No era ninguna sorpresa que estos girasen alrededor de Mizuni y Yáxtor, como tampoco lo era el pesimismo con el que contemplaba la situación entre los tres. Cuando Mizuni y ella estaban a solas se sentía aceptada, parte imprescindible de algo más grande que ella, pero cuando Yáxtor se añadía a la mezcla de pronto era como si fuera el elemento en discordia, el tercero que sobraba, la excrecencia que los otros soportaban pero sin la cual se las habrían apañado perfectamente.

¿Era eso cierto, o simplemente la frustración por no haber obtenido ninguna pista del paradero de la niña estaba tiñendo sus pensamientos? No se había sentido así con Yáxtor en Lambodonas, mientras los dos buscaban el paradero del viejo Shércroft. De hecho, se había sentido cómoda a su lado por primera vez, como si no hubiera nada de qué preocuparse y él ya no representase amenaza alguna.

No, no era cuestión de añadir a Yáxtor a la ecuación o quitarlo de ella, se decía ahora mientras regresaba a la mugrienta posada. No era una cuestión de quiénes, sino de cuántos. La situación funcionaba en tanto fueran solo dos de ellos, pero en el momento en que se unían los tres se creaba una barrera que Itasu no era capaz de franquear.

Pero ¿creamos la barrera los tres, o la estoy construyendo sola? ¿Es cosa mía, o de todos?

No tenía respuesta para aquella pregunta. Y eso la ponía de un humor especialmente irritable.

Se estaba acercando al lugar en el que se alojaban y empezó a encontrar más gente por

las calles, casi todos peregrinos que iban o venían del Lugar del Origen. Había llegado el momento de tener un aspecto un poco más presentable, decidió.

Entró en un soportal vacío y empezó a librarse de los andrajos que componían su disfraz. Se detuvo de pronto, asaltada por una sensación de peligro tan afilada que casi era dolorosa.

Con cuidado, atisbó la calle frente a ella y examinó uno por uno a los transeúntes. Todo parecía estar en orden, gente yendo y viniendo y ocupándose de sus asuntos. Sin embargo...

Sí. Allí, en la esquina, a diez metros a su izquierda. Demasiado alerta, demasiado atento a cuanto pasaba, incapaz de ocultar su mirada escrutadora tras sus ademanes de aburrimiento.

Y algo más allá...

Localizó a cuatro individuos, tres hombres y una mujer, situados en diversos puntos de la calle, todos ellos ocupados vigilando la posada donde estaban Yáxtor y Mizuni, por más que aparentasen dedicarse a otras cosas.

Supo que no eran los únicos. Habría más al otro lado del edificio, controlando las otras salidas. Y si aquellos eran simplemente vigías, sin duda el grupo de intervención no estaría muy lejos.

Con una sonrisa socarrona y un toque de los dedos, despertó a su hermanita. La espada, oculta entre los harapos de la espalda, soltó sus mensajeros tal como su dueña le ordenaba y vibró de un modo que, como siempre, Itasu encontró confortador y estimulante al mismo tiempo.

Examinó la calle una vez más y trazó un mapa mental de sus movimientos mientras, muy lentamente, se descolgaba la espada y la ponía frente a ella. Dudó sobre si debía intentar avisar a Yáxtor y a Mizuni y acabó por decidir que no era buena idea. No podía arriesgarse a que quienes los vigilaban detectaran sus mensajeros y actuaran antes de tiempo.

Tomó aire, sujetó con fuerza la espada y esperó el momento adecuado para atacar.

Habían hablado. Se habían besado. Cada uno había saboreado el cuerpo del otro con ansia y delicadeza. Se habían quedado en silencio, prendidos de una mirada que volvía innecesarias y redundantes las palabras.

Y luego, habían seguido hablando.

—Siento haberte mantenido en la ignorancia, Yakisetoru.

Yáxtor se encogió de hombros mientras se incorporaba y se acercaba al aguamanil junto a la ventana. Metió las manos en él y miró a Mizuni con una sonrisa. Ella se recostaba en la cama, el cuerpo menudo y bien formado, curvilíneo y acogedor, medio tendido en dirección a su amante.

—No importa —dijo Yáxtor mientras se lavaba—. Bueno, sí que importa —añadió—. Me habría gustado saberlo antes, es cierto, y me habría gustado también... —Se encogió de hombros, incómodo con sus propios pensamientos, y alargó la mano hacia la minúscula toalla—. Qué más da. No habría podido estar allí, contigo. Y supongo que lo sabías y preferiste ahorrarme... —Se encogió de hombros de nuevo y sonrió como si le costara trabajo—. Qué más da.

—Sí importa.

—Lo que importa es que volvemos a estar juntos. Que Yakizuni existe. Y que la recuperaremos. Lo demás son minucias.

—¿Esto también ha sido una minucia? —preguntó Mizuni señalando las ropas revueltas de la cama.

—Una de muchas, espero —respondió Yáxtor.

Volvía hacia la cama cuando captó algo por el rabillo del ojo. Retrocedió de un salto, se pegó a la pared y, con mucho cuidado, atisbó más allá de las cortinas que medio tapaban la ventana.

En cuanto vio a Yáxtor reaccionar así, Mizuni saltó de la cama, se vistió a toda prisa y se ciñó las espadas a la cintura. Yáxtor, inmóvil, casi sin respirar, seguía examinando la calle bajo ellos.

Mizuni terminó de vestirse y se acercó a él muy despacio. Yáxtor alzó una mano en un gesto de advertencia y se detuvo.

—Van a entrar —susurró él—. Dos hombres controlan la salida y otros seis se preparan para entrar.

—¿Espectros?

Yáxtor negó con la cabeza.

—Adeptos —dijo.

No hubo coordinación consciente entre los tres, pero casi a la vez que Yáxtor y Mizuni saltaban por la ventana, Itasu se lanzaba contra el vigilante más cercano y lo derribaba de una patada salvaje que lo lanzó de cabeza contra la pared.

Mientras caía, Yáxtor masculló una palabra impronunciable y los mensajeros que flotaban en el aire por toda la calle se inflamaron de repente y convirtieron el mortecino atardecer de Jarsarén en el corazón de un sol. Quemados, medio ciegos, aturdidos, sus espías no pudieron oponer resistencia a los dos torbellinos que, casi antes de haberse posado en el suelo, atacaban coordinados como si llevaran bailando juntos aquel baile mortal toda la vida.

En menos de diez segundos los ocho vigías que había alrededor de la casa yacían en el suelo muertos, inconscientes o malheridos. El comando de asalto acababa de derribar de una patada la puerta de la habitación donde habían estado Yáxtor y Mizuni y entraban en tropel en un cuarto vacío en el que la única huella de sus anteriores ocupantes eran las sábanas arrugadas de la cama.

Itasu, Mizuni y Yáxtor convergieron hacia uno de los vigías inconscientes, lo alzaron en brazos entre los tres y echaron a correr.

Para cuando el líder del comando de asalto se asomó por la ventana no había en la calle el menor rastro de ninguno de los cuatro. Era un hombre práctico, así que un juramento mascullado a media voz fue todo el cauce que le dio a su frustración antes de ordenar la retirada y regresar a la base.

Eran, en efecto, adeptos empíricos, tal como Yáxtor había dicho. Actuaban bajo las órdenes del agregado comercial de la embajada de Alboné, cargo que era la tapadera

tradicional para el jefe de zona de los adeptos en el extranjero y, por tanto, estaban en misión oficial y sancionada por las autoridades. Tenían órdenes de capturar a Yáxtor y llevarlo con vida, si era posible, a la embajada.

En cuanto a sus acompañantes, no había instrucciones concretas sobre ellas, lo que significaba que lo dejaban al criterio del jefe de zona. Para Yáxtor, que conocía bien el modo de actuar de sus colegas, aquello significaba que estaban dispuestos a matarlas en cuanto opusieran la menor resistencia.

Eso fue cuanto los tres pudieron sacar del hombre al que habían llevado con ellos. Y estaba claro que no sabía nada más. Se intercambiaron una mirada, asintieron y, tras vaciar al adepto de mensajeros, lo dejaron inconsciente.

Quedó allí donde lo habían tirado. Los adeptos empíricos del comando lo encontraron varias horas más tarde mientras se despertaba con un dolor de cabeza enorme sin tener la menor idea de dónde estaba.

No había rastro alguno de sus captores. Tras dejar inconsciente al adepto, habían inhibido las secreciones de sus propios mensajeros y se habían convertido a todos los efectos en algo imposible de rastrear.

No estaban muy lejos, sin embargo. De hecho, se encontraban en las partes más bajas del Lugar del Origen, arropados por un mar de peregrinos que iban a lo suyo y que no les prestaban ninguna atención. No había nada en ellos que los hiciera destacar de los otros cientos de peregrinos que ascendían por el Lugar del Origen para contemplar el estilizado huso metálico del que, se decía, habían surgido los primeros seres humanos. Si alguien se hubiera fijado en ellos no habría visto la menor relación entre ninguno de los tres ni habría sido capaz de detectar que se estuvieran intercambiando información. Sin embargo, lo hacían. Un gesto, una mirada, un roce furtivo era cuanto necesitaban para seguir en contacto. A los ojos del mundo eran tres desconocidos silenciosos que subían al Lugar del Origen. Desde su propia perspectiva, estaban manteniendo una conversación casi frenética.

—¿Por qué adeptos? —preguntaba Mizuni.

—Buena pregunta. ¿Los ha enviado el Adepto Supremo por propia iniciativa, por órdenes del Regente, por las de la Reina? Cualquiera de las tres posibilidades nos manda por caminos distintos —respondió Yáxtor.

—Me preocupa más saber cómo consiguieron encontrarnos —dijo Itasu.

—Solo hay una posibilidad —dijo Mizuni—. Tu amigo Fléiter nos proporcionó la tapadera y el lugar. La filtración tiene que haber salido de allí.

—No creo que Fléiter nos traicionase —dijo Itasu.

—Tampoco yo —dijo Yáxtor—. No voluntariamente. Alguien de su entorno nos ha delatado.

—En cualquier caso, esta ciudad ya no es segura —intervino Mizuni—. Y ya no nos queda nada más que hacer aquí.

—Es cierto —reconoció el adepto—. Tenemos que buscar un lugar seguro donde decidir nuestros próximos pasos. Y tengo que hablar con Fléiter. Debo avisarle de que tiene una filtración y que los adeptos empíricos saben que nos está ayudando.

—Es arriesgado.

—Podemos minimizar los riesgos.

Estaban llegando a la cima. La oleada humana en la que cabalgaban los separó y cada

uno se acercó al Lugar del Origen desde un punto distinto. Se arrodillaron como todos los demás, rindieron homenaje al cilindro rematado en punta cubierto de ideogramas y luego descendieron por la colina totalmente en silencio. Cada uno de ellos se internó por una calle distinta de la ciudad.

Hoydson despertó de repente, con la sensación nítida y precisa de que había dado con algo importante. Se incorporó a medias en la cama y miró el paisaje borroso que lo rodeaba mientras tanteaba en la mesita de noche en busca de las gafas. Se las puso y el mundo cobro consistencia de repente, como hacía siempre.

Trató de recordar lo que había estado soñando. Media docena de imágenes dispersas y sin sentido acudieron a su mente y luchó con todas sus fuerzas por buscarles significado.

Seguía teniendo la misma sensación que al despertar, que de algún modo había dado con algo importante, incluso vital, pero no conseguía recordar qué era.

Había visto un laboratorio, se dijo. Un mirador desde el que se veían las estrellas. Unos dedos tabaleando sobre una mesa de un modo rítmico y preciso, repitiendo una y otra vez la misma secuencia de golpes.

Siete y tres.

¿Qué siete? ¿Qué tres?

«El sol saliendo tras ese océano inacabable.»

Eso había dicho Tsun Zune mientras torturaba a Shércroft.

Un océano inacabable.

Siete y tres.

Los dedos de Shércroft repiqueteando cada vez que Tsun Zune decía aquellas palabras.

Un laboratorio. Las estrellas.

Siete y tres.

Un océano inacabable.

Y algo más. Una voz tranquila que lo dirigía en el sueño, que le susurraba algo al oído, que lo ayudaba a interpretar lo que estaba viendo. Una voz con autoridad, acostumbrada a ser obedecida.

Siete y tres. Un océano inacabable.

Solo había un océano inacabable en Érvinder. Solo uno. Y para poder contemplar el amanecer tras ese océano había que estar, por fuerza, en las costas orientales del Continente Primigenio.

Siete y tres.

Un océano inacabable.

De nuevo la voz susurrándole al oído, diciéndole que prestara atención, que aquello era importante.

Siete y tres.

Parpadeó y meneó la cabeza. Luego, tomó aire y salió de la cama. Empezó a vestirse muy despacio, casi convencido de que su sueño había sido una tontería sin sentido y de que estaba perdiendo el tiempo dando vueltas a su alrededor una y otra vez.

En el salón, varias pilas de expedientes se desparramaban sobre la enorme mesa. Hoydson había pasado buena parte de la noche consultándolos, repasándolos una y otra vez sin llegar a ninguna conclusión.

Se acercó a ellos. Recorrió la superficie de las carpetas con la punta de los dedos. Viejas misiones de la época de la guerra, cuando Shércroft dirigía a los agentes de campo en la campaña contra Khynai. Misiones en las que había participado Próxtor Brandan, Tsun Zune o los dos. Misiones...

Se detuvo de repente.

Una única misión en la que, además de Brandan y de Zune, había participado el propio Shércroft. Una misión que los había llevado al sur del Continente Primigenio, a sus costas orientales, en busca de una posible ruta alternativa para una invasión de Khynai.

Fue como si un rayo le atravesara la cabeza de parte a parte. Siete, sí, claro que sí. Siete. Y desde cualquiera de las siete se podía ver el amanecer más allá del Océano Exterior.

Y tres: Shércroft, Próxtor Brandan y Tsun Zune, que habían pasado lo bastante cerca de las siete para verlas con claridad, erguidas en medio de aquella llanura vacía e interminable, un enigma que pasaron de largo pero que no pudieron dejar de admirar mientras iban camino del norte en busca de un posible paso a Khynai.

Siete y tres.

Se quedó completamente inmóvil, tratando de decidir si se estaba engañando. Luego examinó una vez más la transcripción de lo que habían grabado los mensajeros en el parche de falsa piel.

Cuando terminó y alzó la vista, se dio cuenta de que llegaría tarde a los archivos. No le importaba lo más mínimo.

Lo tenía. Había dado con ello.

Siete y tres, claro que sí.

Se preguntó si el viejo habría estado orgulloso de él. Seguramente, se dijo, aunque lo habría ocultado tras un comentario sarcástico acerca de la lentitud de Hoydson en ver lo evidente. Pero sí, habría estado orgulloso.

Siete y tres.

Tomó aire y, de pronto, se dio cuenta de que estaba llorando. Era la primera vez que lo hacía desde la muerte de Shércroft.

Fléiter estaba muy lejos de sentirse contento. Su gente en Jarsarén acababa de informarle del fallido intento de los adeptos empíricos de capturar a Yáxtor y sus acompañantes. Sus agentes en la zona no sabían con exactitud quiénes eran los objetivos de los adeptos, más allá del hecho de que ocupaban legalmente uno de los pisos francos del Capítulo de Información y, por tanto, eran miembros de alguna agencia amiga.

Varias horas de investigación desembocaron en una explicación de lo ocurrido. Aparentemente el proceso burocrático que había llevado a que el Capítulo de Información le facilitase a los Adeptos Empíricos el lugar en el que Yáxtor se alojaba en Jarsarén había sido totalmente normal, rutinario e inocente.

Los adeptos habían emitido un requerimiento de localización a las agencias amigas. Este había seguido su camino dentro del engranaje burocrático del Capítulo de Información hasta llegar al secretario de Fléiter, quien había respondido al requerimiento sin informárselo a su superior. No había hecho nada malo: la petición no llevaba marca alguna de prioridad o de restricción de alcance, así que el secretario había seguido el

protocolo estándar, había consultado el registro de las últimas horas y había dado con el dato que se solicitaba. Para cuando informó a su jefe de lo ocurrido ya era demasiado tarde y la información navegaba por entre el papeleo en dirección a los Adeptos Empíricos.

Fléiter sabía que su secretario no tenía culpa alguna. En todo caso, era su responsabilidad. Cuando Yáxtor le solicitó un lugar de reposo no le había quedado más remedio que apuntarlo en el libro de registro, de lo contrario sus agentes en Jarsarén habrían pensado que pasaba algo raro. Había hecho el registro bajo una identidad supuesta y había contado con que el apunte pasase desapercibido: era bastante común aquel intercambio de recursos y lugares seguros entre las distintas agencias de los Pueblos del Pacto, y nadie en el Capítulo de Información iba preguntar dos veces por el particular.

Pero alguien entre los Adeptos Empíricos tenía la mosca detrás de la oreja. Alguien hábil, inteligente y manipulador. Si hubieran emitido una petición de alta prioridad él habría sido el primero en enterarse y habría podido hacer algo; al convertirlo en un asunto rutinario, para cuando se enteró era demasiado tarde.

Cogió el bastón, se puso en pie y apagó las luces de la oficina, casi vacía a aquellas horas.

Malditos adeptos empíricos, pensó mientras se dirigía a la salida.

Solo que algo no le cuadraba en todo aquello, se dijo al llegar a la puerta y comprobar con disgusto que estaba lloviendo. Aquella forma de actuar no era propia de Qérlex Targerian. El Adepto Empírico Supremo podía ser muchas cosas, pero no tortuoso. No, aquel proceder era mucho más propio del actual Regente y anterior Adepto Supremo. La maniobra llevaba la firma de Orston Velhas, sin la menor duda.

Y si el Regente había intervenido, eso significaba que la Reina bien podía estar detrás.

Y lo que eso implicaba para Yáxtor...

Mejor que encuentres pronto lo que buscas, muchacho, se dijo mientras caminaba por las aceras resbaladizas por la lluvia. Mejor que lo encuentres rápido y luego desaparezcas. Si la Reina va a por ti, no creo que sea para darte unas palmaditas en la espalda y ofrecerte una taza de chocolate caliente.

La casa de Mishra bullía de actividad, que era lo normal a aquellas horas. Fléiter se coló por una puerta lateral y subió con discreción a las habitaciones que compartía con la dueña. Intentaba no pensar demasiado en Yáxtor. No había mucho que pudiera hacer por él.

Claro que pensar en el adepto le permitía apartar la mente del asunto que le había estado preocupando desde la noche en que había ido a ver a R'nendo.

No, ahora no.

Demasiado tarde. Recordó una vez más el informe que le había traído su joven subalterno, lo nervioso que estaba cuando le transmitió el mensaje. Por la Teja, bien podía estarlo, porque si lo que Washorya sugería era cierto, la Confederación Occidental estaba en medio de un polvorín a punto de estallar y no sabía quién sujetaba la mecha.

Una rebelión de carneútiles. Absurdo.

Tenía que haber un humano detrás. Los carneútiles no tenían voluntad suficiente para decidir aquello por sí mismos. Al menos eso les habían dicho siempre y así se habían comportado desde el principio de los tiempos. Versátiles e inteligentes, pero sometidos siempre a la voluntad humana.

Sí, tenía que haber un humano detrás. Y cuando lo encontrasen...

Pero mientras tanto, la Confederación Occidental era como un bosque con demasiados incendios en puntos diferentes y sin personal suficiente para sofocarlos todos. Rebeliones en ranchos, desertiones en las ciudades, matanzas en campamentos mineros...

¿Y si no hay ningún humano detrás?

El pensamiento era aterrador, y la sensación de vértigo que sintió al formularlo lo llenó de náuseas. No, aquello era impensable.

Sin embargo...

Recordó a R'nendo. Recordó como se había hecho la luz en su cabeza un instante antes de que el subalterno le diera el informe. Recordó que el trovador había denunciado la desaparición de uno de sus carneútiles poco después de volver de Hanoi. Un carneútil que, así lo había descubierto Fléiter al día siguiente, había ido al Jardín de la memoria con Mizuni, Itasu, R'nendo y el propio Yáxtor. Un carneútil que había sido infectado por la personalidad de Tairuname Isu, el primer emperador de las islas.

Yáxtor, masculló entre dientes. Otra vez Yáxtor. Siempre el condenado Yáxtor.

Es absurdo.

Pero el picor no se iba y, por más que intentaba rascarse, seguía sin dar con el lugar exacto.

¿Dónde termina la simbiosis y comienza el parasitismo? Arbitrariamente hemos decidido que aquella relación de la que ambas partes salen beneficiadas es simbiótica, mientras que aquella en la que una de las partes medra a expensas de la otra es parasitaria. Sin embargo, la frontera no siempre es tan fácil de trazar.

Habría que definir, para empezar, qué entendemos por «salir beneficiado». Y aunque llegásemos a un consenso sobre esa cuestión, habría que ver hasta qué punto el supuesto beneficio es real.

Imaginemos un hongo y un alga componiendo un organismo simbiótico. Ambas partes aportan algo a la relación: el alga es capaz de realizar la fotosíntesis y, por tanto, de convertir los nutrientes del suelo en alimento procesable; el hongo está bien protegido frente a la radiación solar y la desecación. Parece una simbiosis perfecta, ¿no es cierto? El alga aporta al hongo nutrientes ya procesados que este no puede generar por sí mismo. El hongo le da una protección al alga de la que esta carece y sin la que su vida sería más precaria.

Pero ¿y si es precisamente la presencia del hongo la que impide que el alga evolucione hacia un organismo capaz de defenderse de la radiación del sol? ¿Y si con su presencia el hongo está inhibiendo un desarrollo que el alga tal vez habría alcanzado por sí misma?

¿Están ambas partes beneficiándose de la simbiosis o realmente lo hace solo una, aquella que se aprovecha del nutriente creado por la otra mientras, con su presencia, convierte a esta a un inválido dependiente de ella?

Si llevamos ese comportamiento al mundo humano vemos que así es como funcionan muchas organizaciones criminales: creando una desgracia que ellas mismas se encargan luego de paliar por un módico (o no tanto) precio.

¿Es por tanto el liquen un ejemplo de simbiosis, o un caso de parasitismo donde el hongo ha creado una necesidad en el alga que luego satisface a cambio de comida?

¿Dónde está la frontera?

¿Quién acaba por ser más dependiente? ¿El siervo que atiende cada necesidad de su amo, o el amo incapaz de valerse por sí mismo sin un siervo a sus órdenes?

¿Quién domina el mundo? ¿Nosotros, o los mensajeros que cumplen cuanto les pedimos y sin lo que nuestra civilización no funcionaría?

¿Somos los amos, o los esclavos? ¿Vivimos una relación simbiótica con los mensajeros, o son ellos nuestros parásitos? ¿Podemos valernos por nosotros mismos sin ellos? Y, sobre todo, ¿hubo una época en la que sí pudimos y nuestra asociación con ellos nos hizo perder esa capacidad?

No, no vais a encontrar aquí las respuestas a esas preguntas. Seguramente no las encontraréis en ninguna parte. Quizá, de hecho, no sean preguntas hechas para ser respondidas, sino para que nos las formulemos una y otra vez.

—Qérlex Targerian

Una sonrisa ensoñadora cruzaba el rostro de Próxtor Brandan. Perderse en los recuerdos era fácil, tentador, se decía mientras contemplaba el mundo a sus pies desde el amplio ventanal. Y por qué no, se decía, de qué servía haber vivido todo lo que él había vivido si uno no se paraba de vez en cuando a un lado del camino a saborearlo.

¿Lo mejor?, se preguntaba. Lo mejor eran siempre las sorpresas. No importaba que fueran agradables o no. La sensación en sí de encontrarse con algo inesperado superaba cualquier otra cosa.

Si se lo hubiera dicho a sus numerosos colaboradores, la mayoría no le habrían creído. Próxtor era el hombre con un objetivo claro que lo planeaba todo de antemano y cuya vida estaba encarrilada hacia un propósito preciso y definido, por más que él fuera el

único que lo conociera. No se levantaba de la mesa para ir al urinario sin un plan previamente trazado.

Qué sabían ellos. Su vida había estado llena de sorpresas desde el momento mismo en que postergó la muerte de su padre y decidió aprender de él.

Aquel mismo lugar era una de ellas. Sus capacidades, aún a medio descubrir, el increíble trabajo que había detrás, el misterio que encerraba su construcción... y sus constructores.

Pero había otras. Como Shércroft, se dijo. El hombre inmune a los mensajeros, capaz de convertir aquella discapacidad, que habría sido casi letal para la mayoría de las personas, en una ventaja. Shércroft, el viejo irritante que vio a Próxtor tal como era desde la primera vez que le puso la vista encima. Quizá la única persona en todo el mundo a la que no había podido engañar.

Su hijo... Sí, por qué no. Yáxtor había sido una moderada fuente de sorpresas a lo largo de su vida. Aunque también de decepciones.

Pero la mayor de todas estaba allí, con él, dormida en su cuna. La más increíble sorpresa de una vida llena de ellas era aquella criatura minúscula de piel sonrosada y ojos enormes y azules capaz de hacer que se le encogieran las tripas con solo una mirada y un gorgoteo.

Condenada, se dijo, casi con rabia. ¿Cómo podía tener tanto poder?, ¿cómo era posible algo así?

Fascinado por lo ocurrido, había explorado sus sentimientos hacia la pequeña y había descubierto, estupefacto, lo fuertes que eran, lo intenso que resultaba el vínculo emocional con aquel bebé indefenso que ignoraba que era la criatura más poderosa del mundo. Y lo era porque tenía poder sobre él, como nunca antes lo había tenido nadie.

Había una parte de sí mismo que abominaba de aquello, que luchaba por romper el vínculo, que incluso contemplaba la posibilidad de acabar con la vida de su nieta, que no soportaba la idea de estar encadenado de aquella manera y buscaba rabioso su libertad como una fiera enjaulada.

Hacía mucho tiempo que Próxtor había domesticado a su bestia interior y la había convertido en una parte más de sí mismo, útil pero siempre subordinada a las demás. Pero, aunque había aprendido a dejarla salir solo cuando convenía a sus planes y el animal rabioso le era útil, hacía mucho que no se sentía tan cerca de perder el control como ahora y tenía que luchar a cada paso del camino para que la bestia no se saliera con la suya.

Comprendía que había cierta lógica en los deseos del animal: era la primera vez en su vida que alguien tenía poder sobre él, después de todo, y no se le escapaban los peligros que una situación así conllevaba.

Pero el riesgo quedaba de sobra compensado cada vez que ella lo miraba y sonreía, cada vez que gorgoteaba su agradecimiento tras una comida, cada vez que lo contemplaba con aquellos ojos enormes, pendiente de cada palabra del abuelo, como si de verdad comprendiera lo que le estaba contando.

Tomó aire lentamente y luego lo soltó de una vez.

Quién lo iba a decir, pensó con socarronería. *Resulta que soy humano, después de todo.*

—Fue mi bisabuelo quien descubrió este lugar —decía mientras mecía rítmicamente la cuna—. El abuelo de mi padre. Y nadie sabe exactamente cómo dio con él. En la familia se cree que la primera pista se la dio el cuaderno de bitácora de Mag'kán Ellnes en su fallido intento de circunnavegar Érvinder. Y sí, es cierto que en él se describe algo que tal vez sea este mismo lugar, contemplado desde muy lejos. No lo dudo. Pero tuvo que haber más aparte de esas referencias y las viejas leyendas acerca de Pie del Cielo para que el bisabuelo diera con este lugar.

»Supongo que nunca sabremos qué fue. El viejo cabrón estiró la pata y se llevó su secreto consigo, al otro lado de la muerte, hace mucho tiempo. Seguro que lo hizo entre risitas, convencido de que legaba a sus descendientes un misterio sin solución.

»Fue mi abuelo quien empezó a explorarlo en serio, quien de verdad inició una catalogación de su contenido y sus componentes. En realidad, no hizo más que arañar la superficie: se limitó a apuntar y describir pormenorizadamente cuanto veía, pero jamás intentó descubrir cuál era el funcionamiento de esto o para qué servía aquello otro. Fue un trabajo útil, por supuesto. Gracias a él, mi padre disponía de un mapa detallado cuando decidió ponerse manos a la obra.

»Manos a la obra. Ja. Al menos el abuelo fue minucioso y concienzudo. Mi padre..., el partido que logró sacarle mi padre a este lugar... Imagínate un imbécil congénito frente a un dispensador automático de alimentos. Supón que lo único que tiene que hacer es decir «tengo hambre» para que la máquina le dé lo que necesita. Y que, en vez de eso, lo que hace es escarbar con un destornillador en el vientre del aparato para extraer unos gramos de pasta alimenticia sin procesar y calmar con ella su apetito.

»Ese era mi padre, un idiota convencido de que había desentrañado los grandes misterios de la Atalaya simplemente porque había pulsado media docena de botones al azar y, en lugar de iniciar un mecanismo automático de autodestrucción, había conseguido abrir un par de puertas.

»¿Exagero? ¿De verdad? ¿Crees que exagero la incompetencia del viejo a causa de mi rencor por él? Hmmm. —Dejó de menear la cuna y se llevó la mano a la barbilla mientras entrecerraba los ojos, como si de verdad la niña hubiera dicho algo—. A lo mejor tienes razón. Quizá mi odio me está cegando, querida. Sí, es posible, por qué no. Y, como sea, tengo que reconocer que sin sus torpes y chapuceros intentos yo no habría podido seguir adelante. Me guste o no, me indicó la dirección adecuada en la que mirar y no importa nada si lo hizo inconscientemente o a sabiendas. Supongo que le debo el reconocérselo.

Se puso en pie de pronto.

—¡Al cuerno con él! ¿Por qué iba a reconocerle nada? Era una mente pequeña, mezquina, burocrática y lineal; obsesionado por alcanzar un objetivo fijado por un antepasado muerto hacía mil quinientos años, incapaz de ver más allá de ello, de atisbar tan siquiera las demás posibilidades que se abrían ante él. Empeñado en hacerme encajar en ese mismo molde, obcecado en que fuera como él, un siervo obediente al servicio del glorioso antepasado y de la no menos gloriosa Reina. Y cuando tuvo delante la verdad, lo único que hizo fue cerrar los ojos para no verla. No, maldición, no le debo nada.

Echó a andar de un lado a otro de la habitación, las manos a la espalda, el cuerpo echado hacia adelante, la mandíbula apretada. Se detuvo de pronto, dio media vuelta y contempló la cuna. Muy despacio, se acercó a ella y volvió a sentarse. Al cabo de un rato, la mecía de nuevo en un vaivén calmo y tranquilo.

—Es curioso. El viejo cabrón siempre saca lo peor de mí, consigue hacerme perder los nervios incluso ahora que ya no está conmigo. Sí, supongo que al menos eso puedo concedérselo. Sabía cómo sacarme de quicio y ponerme en evidencia.

»Pero no importa, cariño. Lo que importa es este lugar. Porque, ¿sabes?, sin él todas las quimeras que nuestro antepasado Brandan Léister le vendió a la Reina no valdrían ni el papel en el que estaban escritas. Sin él, tú no existirías. O, para ser exactos, no existiría Yáxtor, que viene a ser lo mismo.

»Nuestra familia podría haberse pasado los próximos tres mil años haciendo cruces y más cruces, apareando a este con aquella y a esa otra con el de más allá y nunca habríamos logrado crear un humano capaz de generar sus propios mensajeros y, mucho menos, de pasar esa capacidad a nuestros descendientes.

»Sin la Atalaya, la historia de los Brandan serían varios miles de años de fracasos perdidos en el tiempo. Y sin los Brandan que me precedieron... sí, todos ellos, hasta el viejo cabrón de mi padre, sin ellos yo no habría dado con la clave.

»Tenía dieciséis años cuando me trajo aquí por primera vez. Claro que quedé fascinado. Cómo podría haber sido de otro modo. Y ese mismo día me explicó el propósito último de nuestra familia, para qué existíamos y cuál era nuestro verdadero objetivo.

»Te contaré un secreto. Una parte de mí lo encontró estúpido. ¿No éramos más que peones cuyo único fin era proporcionarle a la Reina una forma más segura de inmortalidad? ¿En serio? ¿De veras? Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no reírme en su cara.

»Pero otra parte se entregó al proyecto con todas sus fuerzas, sin dudas sobre el objetivo, sin vacilación alguna. Supongo que los miles de años de crianza de los Brandan sí habían tenido éxito, al menos en una cosa: éramos leales a la Reina casi de nacimiento.

»Casi.

»¿Te gusta esa palabra? Sí, lo sé, a mí también. Tan corta, tan pequeña y tan humilde y tan llena de posibilidades...

»Así me pasé los dos primeros años de trabajo en Pie del Cielo, partido en dos entre mi lealtad congénita a la Reina y mi impulso no menos congénito de buscar mis propios fines. Por suerte, de momento ambas fuerzas tiraban hacia el mismo lado, así que no lo pasé tan mal.

»Entre el viejo y yo desentrañamos los misterios del laboratorio genético y empezamos los primeros experimentos con muestras de nuestro propio cuerpo. No te aconsejo que mires esos archivos: los resultados no fueron muy bonitos, que digamos.

»Desde luego no tan bonitos como tú, condenada.

»Supongo que si hubiera sido el tipo de hombre que mi padre pensaba que era, mi vida habría transcurrido plácidamente entre nuestras investigaciones aquí y mis actividades, no demasiado notables, como adepto empírico, entregado a la causa y sin otro propósito en la vida. En algún momento habría encontrado una mujer genéticamente compatible para nuestros propósitos, me habría casado con ella y habría engendrado una nueva generación que seguiría mis pasos.

»No te sorprenderá si te digo que yo tenía otros planes.

¿Acaso no pensamos y sentimos? ¿No sangramos como vosotros, sufrimos como vosotros, trabajamos como vosotros y tenemos miedo y esperanza como vosotros?

Nacemos, vivimos y morimos. Amamos y odiamos. Sangramos y nos rompemos. Quizá no tengamos voluntad, como afirmáis, pero tenemos deseos, aunque preferiréis mirar a otro lado para no verlo.

No somos cosas. No somos herramientas. No somos un desahogo para vuestras pasiones o una salida fácil para vuestros miedos.

Existimos, estamos vivos, tanto como vosotros. No queremos ser más.

Pero tampoco seremos menos.

—El manifiesto carneútil

—¡Yáxtor!

La alegría y la sorpresa cabalgaban veloces en la voz de la mujer mientras abrazaba al adepto empírico. Aparentaba unos cincuenta años muy bien llevados: de formas generosas, ojos esmeralda y rostro de niña sabia, se movía con gracia y serenidad. Besó a Yáxtor en la boca; fue un beso largo, profundo, apasionado. Este se lo devolvió sin mucho esfuerzo y, cuando se separaron, había una sonrisa en su rostro.

—Hola, Imri. Veo que sigues bien.

—No como tú —dijo ella, con una sonrisa enfurruñada—. Estás más delgado. —Pasó los dedos por el cabello del adepto—. Y te has hecho mayor.

—El tiempo no tiene con nosotros el mismo trato de favor que contigo, querida.

—¡Tonterías! Pero estoy perdiendo mis buenos modales. —Se volvió hacia las dos acompañantes de Yáxtor—. Bienvenidas. Si sois amigas de Yáxtor sois mis amigas.

Itasu comprendió que era sincera, que aquellas palabras eran algo más que una simple fórmula de cortesía. Tanto ella como Mizuni asintieron mientras Yáxtor hacía las presentaciones.

—Necesitamos que seas discreta, querida. No quiero que nadie sepa que estamos aquí —dijo luego—. No seremos una carga por mucho tiempo. Solo unos días, mientras pensamos qué hacer.

Ella espantó sus últimas palabras de un manotazo enfurruñado.

—Nadie lo sabrá. Podéis usar el pabellón que da a la cala. Diré que os dejen la comida en la entrada. Mis criados están acostumbrados a las visitas misteriosas. Esta no les llamará especialmente la atención.

Yáxtor asintió.

—Pero al menos cenaremos juntos hoy, ¿verdad? —Imri abarcó a las dos honoyesas con una mirada—. Los cuatro, por supuesto. Seguro que tienes mucho que contarme, bribón —terminó con una sonrisa.

Yáxtor se la devolvió.

—Lo de siempre, Imri, ya sabes. Un poco de esto, un poco de aquello... Nada especial.

—Claro. Y yo me chupo el dedo.

—Y lo haces maravillosamente bien. Como todo.

—Tonto. Anda, lleva a tus amigas al pabellón. Podréis daros un baño mientras ordeno que preparen la cena. Ya hablaremos.

Yáxtor no se hizo de rogar. Mientras Imri dejaba el huerto en dirección al edificio principal de la villa, el adepto indicó con un gesto a Itasu y a Mizuni que lo siguieran.

El baño en las tranquilas aguas de la cala obró prodigios en su cuerpo. Cuando volvieron al pabellón, casi a la caída de la noche, encontraron la cena dispuesta en el atrio y a Imri esperándolos.

—Tendremos que servirnos nosotros —dijo al verlos llegar—. Espero que no sea ninguna molestia. Supongo que preferiréis que los criados no os vean.

Yáxtor asintió con una sonrisa.

Los cuatro se tendieron en los triclinios alrededor de la mesa y, sin más ceremonias, dieron cuenta de la cena. Imri llevaba la voz cantante e interrogaba a Yáxtor como una tía le habría preguntado por sus andanzas a su sobrino favorito, un poco tarambana pero buen chico. De hecho, esa exactamente parecía ser la imagen que tenía de Yáxtor, y nada en sus palabras o sus gestos la desmintió.

En cuanto al adepto, se mostraba sorprendentemente cómodo y a gusto. Para su sorpresa, Itasu y Mizuni también se descubrieron extrañamente relajadas y confiadas. Había algo en la voz de Imri, en su mirada, en su lenguaje corporal que invitaba a la confianza.

No le contaron demasiado sobre lo que les había llevado hasta allá, y a ella no se le escapó que era mucho lo que ocultaban, pero dejó que pasaran sobre ello y siguió hablando como si no se hubiera dado cuenta de nada. Parecía la anfitriona perfecta.

—Dejadlo todo aquí —dijo cuando hubo acabado la cena—. Los criados lo recogerán al amanecer.

Se puso en pie.

—Y ahora sospecho que los tres querréis estar a solas y hablar de vuestras cosas. Mejor me voy.

No hizo caso de las protestas de sus invitados. Dio media vuelta y los dejó solos. Caminaba con una elegancia de la que no era consciente y que tenía algo intensamente sensual.

«No me lo puedo creer. Has conseguido ocultarlo incluso de mí.»

La voz de Ámber sonaba fría, tranquila, pero Yáxtor comprendió que se estaba conteniendo deliberadamente.

Puede que estemos conectados como si fuéramos uno solo, pensó. Pero no lo somos. Y hay ciertas cosas que no comparto con nadie. Nadie sabe nada de mi relación con Imri. Maklén podría haberla reconocido, porque pasó una temporada en casa Brandan. Pero Maklén ha muerto y fuimos discretos. Nadie la recordará.

«Te aseguraste de ello.»

Yáxtor se encogió de hombros.

Empujé un poco para que ciertos recuerdos, ya de por sí nebulosos, desaparecieran con más facilidad. Eso es todo.

El recuerdo pasó a toda velocidad por la mente de Yáxtor. Imri estaba con él al final de la Crisis de la Bomba de Malas Noticias y vivía en las tierras familiares de los Brandan cuando Yoranna, la antigua amante de Imri, fue a verlo. El resultado fue la muerte de la mercenaria.

Estaba conmigo en las tierras familiares cuando Yoranna mur... cuando maté a Yoranna. No lo sabe, por supuesto, y espero que no lo sepa nunca. Para ella, Yoranna es un recuerdo agradable y lejano de alguien a quien amó en otro tiempo y es mejor que siga así.

«Ah, qué benévolo. Primero la condicionaste para que te amara y cuando te cansaste de ella la condicionaste de nuevo para que te olvidase. Aunque no del todo, por lo que veo.»

No lo entiendes. Sí, la había condicionado cuando Yoranna vino a verme para que la matase. Después de lo ocurrido no podía seguir con Imri a mi lado. No era... correcto. Se encogió mentalmente de hombros. Intenté volver a dejar su mente tal como era antes de conocerme...

«Claro. Exactamente igual a como era. Por supuesto.»

¿Qué querías que hiciera? Si la hubiera devuelto a su estado anterior, se habría pasado el resto de su vida echando de menos a Yoranna. Al menos la he dejado en un estado en el que puede ser feliz.

Había hecho aquello al día siguiente de la muerte de Yoranna, apenas cuarenta y ocho horas después de haber recuperado sus recuerdos. Había tratado a Imri con una delicadeza que jamás había empleado antes cuando rompía con una de sus amantes ocasionales. La había manipulado, sí, había usado los mensajeros para alterarla, pero lo había hecho con una ternura que a él mismo le había sorprendido en aquel momento y que no había comprendido del todo. Imri era prácticamente la misma persona que había sido antes de conocer a Yáxtor y las alteraciones en su memoria habían tenido como único propósito causarle el menor dolor posible.

«Es cierto. Fuiste muy generoso. O no tanto. Porque, por lo que veo, sí que te recuerda. Y estoy segura de que en cuanto chasqueases los dedos te invitaría a su lecho sin pensarlo dos veces.»

Yáxtor no respondió. No había nada que pudiera decir. Miró al exterior del pabellón, donde Mizuni e Itasu, apoyadas en la balaustrada, conversaban animadamente, como si estuvieran recuperando el tiempo perdido. Ninguna de las dos se había interesado por su relación con Imri, pero por fuerza tenían que sentir curiosidad. Unos minutos atrás, si le hubieran preguntado por ello, habría contado la historia con toda naturalidad, sin pararse a pensar. Ahora, la sola idea de que Itasu y, especialmente, Mizuni supiese lo que había hecho, le secaba la garganta y hacía que su corazón se desbocase de puro pánico.

Junto a su cadera, percibía la sorda rabia de la espada, fluyendo hacia él a través del vínculo de mensajeros que compartían.

«En realidad, no debería sorprenderme», dijo Ámber al cabo. «Los dos sabíamos que, en realidad, el nuevo y mejorado Yáxtor no es tan distinto del anterior.»

Yáxtor guardó silencio. En otro momento, el tono de reproche de Ámber lo habría inquietado y le habría obligado a reflexionar, a su pesar, sobre sus actos, pero en aquellos momentos asuntos más importantes ocupaban su mente.

Desde que habían llegado a la villa de Imri se sentía asaltado por una extraña sensación de urgencia, como si frente a él se estuviera desgranando una cuenta atrás que se acercaba rápidamente al cero. No había ningún motivo para sentirse así precisamente en aquellos momentos, pero Yáxtor no podía quitarse de encima la sensación de que tenía que moverse rápido y encontrar a Yakizuni lo antes posible y cualquier impedimento que ralentizara su progreso debía ser eliminado.

Se dio cuenta de que la espada en su cadera percibía su inquietud, aunque guardaba silencio. Alzó la vista y miró de nuevo a la balaustrada, donde Mizuni e Itasu seguían hablando. Conversaban con calma, con frases breves y sonrisas ensoñadoras y parecían tan cómodas la una junto a la otra que, de pronto, Yáxtor se sintió un intruso.

Establecieron comunicación con Fléiter en uno de los cuartos más pequeños. Y a pesar de eso, lo desnudaron de todo mobiliario y lo dejaron medio en penumbra para asegurarse de que la imagen transmitida por el espejo de comunicaciones no daba ninguna pista acerca de su paradero.

—Lo siento, Yáxtor —decía el occidental—. Fueron muy hábiles. El requerimiento llegó a mi departamento de tal manera que, cuando me di cuenta de lo que pasaba, ya era tarde.

El adepto asintió. Sospechaba algo como aquello.

—No te preocupes, Fléiter —dijo—. Sé cómo funcionan los adeptos empíricos. —Sonrió—. Lo que me gustaría saber es por qué. Pero me temo que eso, de momento, tendrá que esperar. No podemos arriesgarnos a seguir contando con tus recursos, viejo amigo. No puedes evitar dejar rastros en tu burocracia y, si lo haces, ellos la encontrarán, como encontraron esto.

—Lo comprendo —respondió Fléiter.

—¿Hay alguna información nueva por tu parte?

—En realidad, sí. Hoydson me contactó esta tarde. Ha estado repasando casi letra a letra la transcripción de la tortura de Shércroft y el mensaje que el viejo transmitió con los dedos. Luego repasó casi todos los expedientes que hay en los archivos sobre tu padre, Tsun Zune y el propio Shércroft. Cree haber dado con algo. Dice que quizá no tenga sentido, pero que, al mismo tiempo, cuadra con los datos. Lo encuentra bastante irritante, de hecho, a su estoica manera.

Yáxtor asintió con un brillo divertido en la mirada.

—Estoy seguro. ¿De qué se trata?

—De la obsesión de Shércroft con esos números, el siete y el tres. Aparte de las veces que lo transmitió con los dedos, hay varias ocasiones a lo largo de la transcripción de la tortura en que los dedos de Shércroft recalcaron ciertas palabras de Tsun Zune. Cosas como «círculo», «centro», «vínculo» o «aislado». El viejo se volvió especialmente frenético en las tres ocasiones en las que Tsun Zune mencionó una «atalaya».

Yáxtor frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Ni yo, pero según Hoydson todo apunta al mismo lugar. Las Siete Torres.

—¿Las Siete Torres? ¿En el Sur?

Fléiter asintió.

—Hoydson dice que no sabe si se trata del escondite de los asesinos de Shércroft, de un punto de paso o de un lugar de reunión, pero está seguro de que es el lugar al que se dirigía Tsun Zune tras acabar su tarea en Lambodonas. Hay una misión durante la guerra en la que participaron Tsun Zune, tu padre y el propio Shércroft y pasaron lo bastante cerca de las Siete Torres para verlas. Fue un momento lo bastante intenso para que cada uno de ellos lo anotase en su respectivo informe de la misión. Siete y tres, como puedes ver. Hay otros elementos que Hoydson ha encontrado y que corroboran su hipótesis. Puedo pasarte la información en detalle...

—No hace falta. Si Hoydson dice que eso es lo que revelan los datos, lo creo. Es inteligente y minucioso. Shércroft sabía elegirlos bien. Las Siete Torres —murmuró, como para sí mismo—. Curioso. Gracias, Fléiter. Si no te llamo en... —comprobó rápidamente la hora— diez horas, no esperes contactos posteriores.

Fléiter se mordió el labio y pareció repentinamente sobresaltado, como si lo hubieran pinchado. Se sobrepuso con rapidez y dijo:

—Ojalá...

—No es culpa tuya. Y gracias por todo.

Sin más, cortó la comunicación y se volvió hacia las dos mujeres, quienes lo miraban expectantes.

Al cuerno, Yáxtor se había vuelto loco, pensaba Fléiter mientras recorría las calles nocturnas de Lambodonas en dirección a la casa de Mishra. Completamente loco. Lo que acababa de pedirle... ¿Y por qué de esa forma?

¿Voy a hacerlo? ¿Voy a arriesgar mi carrera de ese modo?

La pregunta era estúpida. Claro que iba a hacerlo. De no ser así no habría dado las órdenes que dio antes de dejar el despacho. Ciertamente aún podía revocarlo todo con una sola llamada, pero sabía que no lo haría.

Se ha vuelto loco. Y, además, va a hacerlo solo. Maldito muchacho.

El haz de mensajeros que había cruzado el espejo de comunicaciones y se había clavado en la mente de Fléiter casi con saña se lo había dejado bien claro. Sí, iba a hacerlo solo. Y lo que era peor, él iba a permitir que lo hiciera.

A solas en la terraza, Yáxtor contemplaba el mar bañado por la luna. Tranquilo, silencioso, un remanso de paz que no conseguía tranquilizar la tormenta de sus pensamientos.

Había ido a casa de Imri movido por pura necesidad. Era el único lugar seguro lo bastante cerca de Jarsarén, y los tres necesitaban un sitio en el que descansar antes de decidir sobre sus siguientes pasos. Pero ver a Imri (madura, hermosa, aún deseable, cariñosa y eficiente) había despertado recuerdos que habría preferido mantener en la oscuridad.

Había matado a Yoranna. Había atado los deseos de la mujer a sí mismo, de un modo feroz y salvaje había torcido sus apetitos naturales para que en lugar de ir hacia Imri fueran hacia él. Y luego la había matado. A petición propia, cierto: Yoranna había preferido la muerte antes de dejar de ser ella misma.

¿Le dije la verdad? ¿Le dije la verdad cuando le conté que no podía volver a dejar su mente tal como era antes de conocerme?

Hasta entonces había creído que sí. Seguro de ello, había resuelto el asunto, había liberado a Imri y no había vuelto a pensar en ello. Hasta aquella misma tarde.

¿Y si mentí? ¿Y si no solo estaba mintiendo a Yoranna, sino a mí mismo? ¿De verdad no podía eliminar mi rastro de su mente, o es que no quise, igual que no quería una Imri que no me recordase con afecto? ¿Fue, al final, una cuestión de puro ego?

Las nubes taparon la luna un momento y el paisaje se convirtió en una sombra poblada de espectros silenciosos que no se atrevían a acercarse.

«No tiene sentido que sigas lamentándote», intervino la Ámber en la espada. Su voz seguía siendo fría, medida, aunque la rabia sorda de unas horas atrás parecía haber desaparecido. O al menos, no estaba en primer plano. «No lo sabes. Nunca estarás seguro. Tendrás que vivir con ello. Además, que lo supieses no cambiaría nada. Ya es demasiado tarde y no hay nada que puedas hacer. »

Antes no tenía un pasado al que mirar.

«Sí que lo tenías. Quizá no entero, pero sí el suficiente. Tus decisiones son tuyas y de nadie más, Yáxtor, siempre lo has sabido. Habíamos quedado en que tu padre no creó nada, solo te afinó y te hizo ser más como eres. Es así, acéptalo. Además, no puedes permitirte esas dudas. Ahora no. Ya te revolcarás en los remordimientos más tarde, si es lo que te pide el cuerpo, cosa que, sinceramente, dudo. Ahora tienes algo que hacer.»

Ámber tenía razón, como casi siempre.

«Claro.»

Pero eso no lo hacía más fácil.

La luna asomó de nuevo. Yáxtor tomó aire y miró a su alrededor. Aún estaba a tiempo. Todavía podía contarles a Mizuni y a Itasu lo que le había pedido a Fléiter. No tenía por qué ir solo. Había otras opciones.

Pero aquella sensación de urgencia no solo no se había ido, sino que, desde que Fléiter le había contado lo de las Siete Torres, se había incrementado, como si la cuenta atrás se hubiera acelerado de repente.

Tenía que hacerlo solo. No había tiempo... No podía arriesgarse a que...

«Díselo.»

Meneó la cabeza. Sabía que Ámber tenía razón, pero algo dentro de él se rebelaba y le decía que no, que era mejor no involucrarlas en aquello, que tenía que hacerlo solo. Si fracasaba, pensó, al menos ellas estarían vivas y podrían intentarlo por su cuenta.

«Díselo. No seas estúpido.»

Sí, tenía que hacerlo solo. De algún modo, cuando pensaba en ello, sentía que era el modo correcto de proceder. Al mismo tiempo, la voz irritante de Ámber era como un picor molesto, como una señal de alarma que le decía una y otra vez que no estaba bien, que no era así como debía hacer las cosas, que no estaba tomando la decisión adecuada y que iba a lamentarlo.

«Díselo. Maldita sea, crece de una puñetera vez, niño malcriado. Díselo. Que vayan contigo. Tienen derecho. La niña es tan de Mizuni como tuya. No tienes derecho a arrebatárselo. Deja que te ayuden, condenación, no tienes por qué hacerlo tú solo. Siempre tengo razón, tú mismo lo has dicho. Hazme caso.»

Yáxtor no respondió.

Se puede servir a varios amos sin ningún problema, y ser fiel a todos ellos... siempre que se tenga claro que, al final, es a uno mismo a quien se está sirviendo y a quien se es realmente fiel.

—Próxtor Brandan

Le dio el frasco al carneútil como si contuviera la sustancia más preciosa del universo. En cierto modo lo era, al menos para su destinataria.

—No habrá desvíos ni paradas una vez llegues a Alboné —dijo—. Irás al lugar de entrega lo antes posible y procurarás pasar desapercibido. Cuando te contacten, insistirás en que debes entregárselo personalmente a la Reina y que debéis estar a solas. Conoces los gestos que debe realizar tu contacto y la contraseña con que debes responderle. En caso de que la Reina reaccione tal como he previsto, además del frasco le entregarás el mensaje que he grabado en ti. Lo harás con absoluta fidelidad, sin distorsión alguna. Cuando hayas cumplido la misión volverás por el mismo camino y seguirás las precauciones habituales. No olvidarás ningún detalle y, a tu vuelta, me informarás de cuanto haya ocurrido.

El carneútil asentía a cada palabra. En realidad, estas no eran necesarias. El verdadero trabajo lo estaban haciendo sus mensajeros en la mente del carneútil, pero a Próxtor le gustaba reforzar su voluntad con instrucciones verbales. Siempre le había parecido que todo quedaba más claro de esa forma.

—Puedes irte —finalizó.

El carneútil asintió, se guardó el frasco y luego dio media vuelta y abandonó el laboratorio.

Ya está, se dijo Próxtor cuando quedó a solas. *Está hecho. He terminado.*

Había cumplido su misión, la misión de su familia. Y cuando el frasco y el mensaje llegasen a su destinataria, sería libre. Aunque, en realidad, ¿no lo había sido siempre?

Era una pregunta estúpida y no se molestó en responderla. Tenía otras cosas en mente.

Como prepararlo todo para la llegada de su hijo, por ejemplo. Como tenerlo todo dispuesto para ese momento y asegurarse de que todos los peones se movían por el tablero hacia las casillas adecuadas en el momento oportuno.

¿También los Espectros? Sí, por qué no. Tenía que reconocer que crearlos no había sido una de sus mejores ideas. En su momento le habían parecido la herramienta perfecta: criaturas invisibles que vivían en las sombras como él mismo, una organización que medraba en la oscuridad, entregada a un solo propósito y que él, agente independiente vinculado a ellos pero no sometido a su jerarquía, podría usar a su antojo para sus propios fines.

Funcionó, al menos durante un tiempo. Pero a la postre, empezaron a ser más una molestia que otra cosa. Número Uno había tenido la osadía de trazar sus propios planes y objetivos, y estos no casaban con los de Próxtor. Con ayuda de Tsun Zune les había asestado un golpe importante durante la crisis de la Bomba de Malas Noticias, pero no los había logrado dismantelar por completo.

Idiotas, se dijo, tan obsesionados por controlar el mundo que casi lo habían destruido. Por suerte había logrado encauzar a Yáxtor y ponerlo en el rumbo adecuado para detenerlos. O al menos, ralentizarlos. De no ser así, lo que había pasado en Honoi al año siguiente habría sido muy distinto. Si los Espectros hubieran estado plenamente operativos y hubieran apoyado con todos sus recursos la conjura del Shono Toga, quién sabía lo que habría ocurrido con la Reina, quién se sentaría en aquellos momentos en el trono de Alboné haciéndose pasar por ella. Debilitados como estaban, el apoyo que habían podido prestar había sido limitado y Yáxtor y sus aliados se las habían apañado para detener al Shono.

Pero debilitados o no, seguían con vida y operativos. Quizá había llegado el momento de darles otro golpe, esta vez lo bastante fuerte para que no se volvieran a levantar.

Hmmm.

Tal vez. Si lograba coordinarlo todo del modo adecuado. Era posible. Aunque sería difícil.

Sonrió. Disfrutaba demasiado manteniendo en alto a la vez más platos giratorios de los que era prudente. Algún día se pasaría de listo y se le caerían todos encima. Y no sería agradable de ver.

Pero hoy no. Todavía no.

Sí, le quedaba bastante trabajo por hacer. Y, sobre todo, debía calcular con la mayor precisión posible el curso de los acontecimientos. No podía permitirse el menor error, no cuando había tantas variables involucradas y todas ellas tenían sus propios planes.

Yáxtor, sin ir más lejos.

Había seguido bastante de cerca los movimientos de su hijo en las últimas semanas. Su eficaz red de mensajeros espía lo había estado controlando sin perderlo de vista y tenía una idea muy clara de hacia dónde se dirigía en aquellos momentos. Al punto exacto al que debía ir. Y lo más importante: sabía que lo estaba haciendo solo.

Suponer que, tras su fracaso en Jarsarén, Yáxtor iría a casa de Imri había sido un disparo en la oscuridad, un riesgo que corrió a sabiendas de que el tiro podía salirle por la culata. Pero no había sido así y todo estaba preparado para cuando Yáxtor y sus dos compañeras llegaron a la lujosa villa.

Sonrió. Sí, todo salía según lo previsto. Y, precisamente por eso, no podía dejar de preocuparse. Porque normalmente todo iba según lo previsto un segundo antes de que alguien retirara el suelo de tus pies y cayeras a un abismo sin fondo.

Ordenó con cuidado, con una meticulosidad casi maniática, los útiles de laboratorio. Luego, los limpió hasta que el metal, el plástico y el cristal relucieron. Echó una última mirada, sonrió aprobador y apagó las luces.

Se ha terminado, se dijo de nuevo mientras recorría el amplio pasillo en curva. Quedan por atar un par de cabos sueltos, como mucho.

Claro que, como bien sabía, eran precisamente aquellos molestos cabos sueltos de última hora los que podían mandarlo todo al infierno.

Sobre todo los Espectros, se dijo. Especialmente ellos. Si actúan demasiado pronto, todo podría irse al infierno. Si van a intervenir, tendrá que ser cuando me favorezca, y ni un minuto antes.

Era consciente del riesgo que estaba corriendo al mandar a Enviado Cinco, su carneútil

de confianza, solo en aquella misión. Pero confiaba en que, precisamente por eso, porque iba solo, los Espectros no reparasen en su auténtica importancia hasta que fuera demasiado tarde para detenerlo.

Conocía bien a Número Uno, sabía exactamente cómo pensaba. Era precavido e inteligente y prefería fracasar antes que correr riesgos innecesarios. Contaba con eso para que todo saliera como debía.

Llegó a la habitación de la niña, abrió la puerta en silencio y la contempló largo rato sin decir una palabra. Su nieta dormía tranquila, relajada, como si nada malo la acechara y el mundo fuera un lugar apacible carente de peligros.

No tardaría en descubrir que no, que el mundo era un condenado manicomio lleno de conspiraciones en su contra, pero mientras tanto que siguiese durmiendo a pierna suelta, ignorante. Que tuviera una infancia feliz, al menos.

Salió, y la puerta se cerró a sus espaldas. Ascendió al mirador y pasó las horas siguientes embebido en la contemplación del mundo a sus pies.

En cierto modo, se dijo, comprendía lo impaciente que tenía que estar la Reina. Todo por lo que había trabajado a lo largo de su vida estaba a punto de culminar. Todos sus planes estaban a punto de cumplirse, las numerosas semillas que había ido plantando con el tiempo estaban listas para germinar.

Estaba tan cerca de su objetivo que casi podía rozarlos con la punta de los dedos. Y, precisamente por eso, tenía la sensación absurda de que el tiempo no pasaba, de que se arrastraba a su alrededor con una lentitud exasperante, como si se burlara de él.

Meneó la cabeza y siguió contemplando el mundo como si quisiera memorizarlo.

—Todo cuanto he hecho nos ha traído a este momento —decía algunas horas más tarde mientras la niña gateaba alrededor de sus pies y exploraba el mundo entre gorjeos—. Todo cuanto hicieron nuestros antepasados nos ha llevado aquí. A este lugar e instante precisos. —Próxtor sonrió—. Cuando maté a mi padre, una vez quedó claro que el viejo había sobrevivido a su utilidad, no sabía realmente lo que estaba haciendo; no, en serio, creía saberlo, pero me equivocaba. De hecho, he estado equivocado todos estos años.

»Exagero, por supuesto. Al fin y al cabo he cumplido con el propósito que animaba a Brandan Léister cuando le propuso su imposible plan a la primera Reina. No me he apartado un ápice del objetivo familiar. Así que, sí, en ese sentido sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

»Los planes que tracé se están cumpliendo. Incluso aquellos que concebí como una tirada de dados, como un simple juego contra el azar, se han ido cumpliendo. Las posibilidades de que Yáxtor recuperase sus recuerdos eran ínfimas, y sin embargo, entregué a los Espectros la ampolla con la confianza de que, antes o después, querrían restaurar su memoria y se las arreglarían para que la ampolla cayera en manos de Yáxtor. De hecho, fueron tan amables que permitieron que, en el proceso, los desmantelara. Lástima que no del todo.

»¿Ves? Hasta tiradas de dados tan arriesgadas como esa me han salido bien. Así que creo que puedo decir con bastante seguridad que siempre he sabido exactamente lo que estaba haciendo, hacia dónde me encaminaba y cuál era mi objetivo. Hasta podríamos decir que incluso el azar y los imprevistos jugaban a mi favor.

»Pero es mentira.

»Porque cuando llegó la verdadera sorpresa, no estaba preparado para ella, no la vi venir, y me golpeó con tanta fuerza que no entiendo cómo sigo en pie y me las apaño para caminar.

»Volvió mi mundo patas arriba. Totalmente.

Miró a la niña, que había gateado casi hasta el extremo de la habitación y ahora se aferraba a un cajón, luchando por ponerse en pie.

—No había contado contigo, cariño. Ni se me había pasado por la cabeza que llegarías a existir y que, cuando así fuera, serías como eres. Y, desde luego, no tenía la menor idea del efecto que tendrías en mí.

»Podía haberte enviado a Alboné. Debería haberte enviado allá, en realidad, para convertirte en el receptáculo de la próxima encarnación de la Reina. Una vez que comprobé que, como tu padre, eras capaz de crear tus propios mensajeros y que, al contrario que él, podías transmitir esa capacidad a tu descendencia independientemente de con quién te aparearas, tendría que haberte mandado a Alboné y dejar que la Reina se encargara de ti, que cuidara de ti hasta que estuvieras lista para ser el siguiente receptáculo de su conciencia.

»Era el curso de acción más lógico. No solo se adaptaba con exactitud a las instrucciones que tenía, sino que así me habría librado de ti y no estarías aquí alborotándolo todo y consiguiendo que la mitad de lo que he hecho en mi vida deje de pronto de tener sentido.

»Sí, tendría que haberlo hecho. Haberte entregado a la Reina y haberme olvidado de ti.

»No pude. Estas aquí, ¿no?, así que es evidente que no pude. Nunca tuve que enfrentarme a esa disyuntiva con tu padre. Enseguida me quedó claro que Yáxtor, por sí solo, no podía transmitir su capacidad a su descendencia, que necesitaba la pareja adecuada que reforzara su habilidad. Pero sospecho que si me hubiera visto en la misma tesitura, se lo habría entregado a la Reina sin parpadear y no habría vuelto a pensar en él.

»En cuanto a tu medio hermano... —Se encogió de hombros—. Era una cosa fea y pataleante y no me costó el menor esfuerzo en deshacerme de él. No solo era inútil para mis propósitos de crianza, sino que parecía inútil en todos los sentidos.

»Y tú no deberías ser distinta, al menos no en ese aspecto. Berreas como él, pataleas como él, te haces tus necesidades encima como él y, como persona, eres tan inútil como él. Así que ¿por qué eres diferente, condenada? ¿Qué hay en ti? ¿Qué tienes que cada vez que pienso en entregarte a otros se me revuelven las tripas? ¿De dónde has sacado ese poder? ¿Por qué ni tu padre ni tu hermano lo han tenido jamás?

Se puso en pie y se acercó a la niña, aún empeñada en ponerse en pie, aunque no conseguía más que alzarse unos centímetros antes de caer al suelo cuan larga era. No lloraba. Apretaba los labios y, con una terquedad que Próxtor conocía bien, volvía a intentarlo. Se la quedó mirando con una expresión indescifrable en el rostro que a veces basculaba hacia el embeleso y a veces hacia la rabia.

—No lo sé, pero es así. He observado a tu padre desde su nacimiento, he dirigido sus pasos por donde he podido: he afinado sus habilidades, le he proporcionado retos, problemas y obstáculos, he sacado filo a su alma y lo he convertido en lo que es. Pero lo hice simplemente porque el proyecto lo pedía, porque un Yáxtor letal y eficaz tenía muchas más posibilidades de sobrevivir y, por tanto, de reproducirse.

»No, no tiene nada que ver con esa tontería de que los afectos a veces se saltan una generación. Convertí en tiras el cuerpo de tu medio hermano y lo lancé contra la chimenea. Y el pulso no me tembló ni un instante. Estaba haciendo lo que debía: eliminaba un callejón sin salida genético. Claro que disfruté con el horror y el dolor de su madre mientras lo hacía. Por qué no iba a hacerlo. Se había atrevido a desafiarme, no me tenía miedo, estaba convencida de que Yáxtor me atraparía y la vengaría, a ella y a su hijo lisiado. Arrogante, racional, insufrible. Claro que disfruté viéndola llorar y maldecir mientras sacaba tajadas de carne del cuerpo de su hijo y lo único que lamento es no haber podido hacer durar más su agonía. Por qué no iba a disfrutar, después de todo. Por su culpa, Yáxtor había malgastado sus genes. Y todavía se atrevía a mirarme con aires de superioridad.

»Perra.

»Recibió su merecido.

»Podría justificarlo todo diciendo que, al contrario que tu medio hermano, tú eres perfecta. Tu capacidad para generar y manipular mensajeros no es menor que la de tu padre y traspasarás esa habilidad a todos tus descendientes, sin importar quién sea el otro progenitor. Perfecta, sí, claro que lo eres. Solo que cuando uso esa palabra no pienso en mensajeros, ni en habilidades, ni en planes u objetivos. Pienso en cómo te empeñas en agarrarte al condenado cajón una y otra vez, cómo luchas por ponerte en pie como si fuera lo más importante del mundo, cómo te vuelves a levantar tras cada caída y cómo me miras con ese brillo feroz en los ojos que me dice que ni se me ocurra intentar ayudarte.

»Cuando pienso en lo perfecta que eres, los planes de la Reina, los de mi familia, los míos propios dejan de tener importancia. Y me doy cuenta de que serías igualmente perfecta aunque no pudieras generar mensajeros, aunque fueras incapaz de asimilarlos o darles órdenes.

»Serías...

»Condenada —murmuró de repente—. Eres mi debilidad, mi maldito punto ciego. Y debería lanzarte por una esclusa y luego mirar cómo pateas en el vacío hasta que la vida te abandone para siempre. Debería matarte y acabar de una vez por todas con todo esto. Porque me haces vulnerable, maldita, y eso es algo que no puedo permitirme.

»Y sin embargo..., sin embargo, no te he enviado a Alboné y en tu lugar he entregado a la Reina lo que no me pidió, por mucho que sirva igualmente para su propósito. He desobedecido a mi monarca pese a la compulsión implantada en mi carne a serle leal. En cierto modo, he traicionado a todos mis antepasados.

»Y me importa bien poco.

Sonrió como si se estuviera gastando una broma pesada. Luego, se sentó junto a la niña y se la quedó mirando, embelesado con cada movimiento. Ella intentó auparse una vez más y volvió a fracasar y a caer sobre las nalgas. Emitió un gritito, más de sorpresa que de auténtico dolor; luego se quedó quieta, y Próxtor comprendió que no se había dado por vencida, que no se había rendido y que tan solo estaba reevaluando su estrategia y preparándose para el siguiente asalto.

Se agachó y la cogió en brazos. Ella lo miró enfurruñada un instante, molesta porque la había interrumpido en su tarea, pero luego se dejó hacer y clavó los ojos en los de su abuelo con la expresión plácida y satisfecha de quien se siente completamente a salvo y sabe que no va a sufrir daño alguno.

—No te entregaré para que seas el cascarón obediente que alguien pretende rellenar con sus propios recuerdos, cariño. Jamás. Lo supe desde el primer momento en que te vi y me sonreíste. Y al cuerno con todo lo demás.

Se llevó la mano al rostro y empezó a golpear el labio inferior con el índice, como si se acabara de dar cuenta de que algo se le escapaba.

—Pero, al mismo tiempo, no puedo permitirme una debilidad como tú. Eso también lo tengo claro. Así que algo tendremos que hacer, por mucho que me rompa el corazón. Sí, cariño, por mucho que me duela, te lo aseguro.

Enviado Cinco, el carneútil de Próxtor, no sabía nada de lo que este estaba pensando. Y, de haberlo sabido, no le habría importado gran cosa. Su amo le había dado instrucciones precisas que no podía negarse a cumplir. Todo lo demás, simplemente no existía.

En el centro mismo de la Atalaya, entró en una amplia cabina metálica y oprimió varios botones en el tablero de mandos en una secuencia concreta. Luego, se sentó mientras, con un chirrido, la cabina iniciaba el descenso, cada vez más rápido. Se colocó el cinturón de seguridad y, con una paciencia inhumana, se limitó a esperar a que terminase el viaje.

Algún tiempo después dormía y no fue consciente de que la cabina aceleraba ahora con la misma intensidad con la que la atraía el mundo y que su cuerpo flotaba en caída libre. Despertó casi dos días más tarde y comprobó que la velocidad iba disminuyendo poco a poco.

Al fin, la cabina se detuvo. Se quitó el cinturón, comprobó que todo estuviera en su sitio y se puso en pie.

Apretó un botón y la puerta de la cabina se abrió.

Alguien lo esperaba al otro lado.

¿Hay algo más natural que querer seguir viviendo? La muerte, dicen, es parte de la vida. Es un proceso natural al que no hay que temer.

Tonterías.

La muerte es la nada, el vacío, es la negación de cuanto hemos sido y vivido, es la oscuridad final en la que nada se mueve.

¿Natural?

¿Qué tiene de natural dejar de ser? Y aun cuando lo fuese, ¿qué importa? ¿Acaso nos ha detenido alguna vez el que las cosas que hacemos no sean naturales? ¿Qué significado tiene esa palabra? Si los seres humanos somos parte de la naturaleza, ¿no es entonces, por definición, natural todo lo que hacemos?

Vivir. Eso es lo que hacemos. Vivir y ser y sentir y pensar y moldear y construir y destruir y cambiar y seguir adelante y no parar nunca.

Morir es estúpido. Peor aún, no es nada.

—La Reina de Alboné, en su segunda encarnación

Los informes seguían llegando. Para la mayoría de los habitantes del Continente Primigenio lo que estaba pasando en la Confederación Occidental era un rumor lejano, amplificado por la distancia, al que no prestaban demasiada atención.

Fléiter no podía permitirse ese lujo. Conocía la situación de primera mano y sabía que, no solo la Confederación, sino todo el Continente Occidental estaba en llamas.

Ya no se trataba de desapariciones aisladas o de robos y matanzas en algún rancho. Ya no era cuestión de un par de carneútiles que no aparecían a la mañana siguiente, de una guardería asaltada o de extraños conatos de rebeldía en algunos sirvientes. Era un levantamiento en toda regla, una rebelión. El Continente Occidental estaba en llamas, aunque la mayor parte de sus habitantes (por no decir nada de los del Primigenio) no tuvieran la menor idea.

Washorya había declarado el estado de emergencia y le había pasado el control de la situación a la milicia, que tenía órdenes de sofocar aquella situación lo más rápido posible sin importar el precio, ya fuera en recursos o en vidas. Humanas o carneútiles.

No tenía sentido, se repetía Fléiter una y otra vez. Y sospechaba que lo mismo pensaban sus superiores, que aquel pensamiento era compartido por cualquiera que tuviera conocimiento de lo que realmente estaba pasando.

Los carneútiles no se rebelaban, así de sencillo. La idea era tan absurda como una silla que cantase o una bañera que exigiera sus derechos. Simplemente, esas cosas no pasaban.

Pero estaban pasando. O, al menos, eso era lo que parecía.

Fléiter tenía órdenes de abandonar cualquier otro asunto que tuviera entre manos y dedicar todo su tiempo y recursos a buscar información. Sus superiores sospechaban que lo ocurrido tenía su origen en el Continente Primigenio, tal vez en el Martillo de Dios, y Fléiter debía buscar pruebas que apoyaran o refutaran aquella hipótesis.

La tesis oficial de Washorya era que había una mente humana detrás de todo aquello. Posiblemente varias. Bien organizadas y mejor coordinadas, con un exquisito control de los mensajeros y una fuerza de voluntad sorprendente, eran sin la menor duda los líderes

en la sombra de aquel absurdo levantamiento de carneútiles. Los países aliados a los que se había informado de la gravedad de la situación pensaban lo mismo. Cualquier otra idea era inconcebible; después de todo, los carneútiles carecían de voluntad propia y habían estado al servicio de la humanidad (sin protestas, sin desafíos, sin dudas ni vacilaciones) durante más de diez mil años de historia. El origen de aquella rebelión tenía que ser humano, por tanto. Una voluntad humana que empujaba a los carneútiles a un camino de muerte, frenesí y destrucción.

El Martillo de Dios. Quién sabe si los Espectros, no tan muertos como se decía oficialmente. Puede que una nueva facción surgida a la sombra de las últimas crisis.

Fléiter debía averiguarlo. Debía buscar las raíces que aquella conspiración tuviera en el Continente Primigenio.

¿Y si no las tenía?, se decía a veces.

¿Y si no había una voluntad humana tras aquella rebelión y, de algún modo, los carneútiles habían acabado por encontrar una voluntad propia y una voz?

La idea era absurda, ridícula, pero Fléiter no podía apartársela de la cabeza. Y todo porque el primer informe serio de la situación le había llegado la noche en que fue a ver a R'nendo y había recordado en aquel preciso instante que el trovador había denunciado unos meses atrás la desaparición de uno de los carneútiles de su espectáculo.

Un tal Avanzadilla.

El nombre ya de por sí parecía indicar algo, como si todo aquello hubiera sido escrito por un mal dramaturgo que acumulase golpes de efecto, unos encima de otros, sin control ni medida.

Avanzadilla.

Desaparecido hacía cuatro meses. Seguramente robado por un competidor que esperaba sonsacarle a la criatura algunos de los secretos de escenario de R'nendo. Esa era, de lejos, la explicación más probable. Y, evidentemente, no tenía nada que ver con lo que estaba pasando ahora.

Solo que...

Solo que Avanzadilla había ido con R'nendo y Yáxtor al Jardín de la Memoria en Honoi y allí había sido poseído por la personalidad de Tairuname, el primer emperador de las islas. Durante la batalla que siguió, la mente de Avanzadilla había sido limpiada por completo y todo rastro de la personalidad invasora había desaparecido.

Pero ¿lo había hecho?

¿Y si se había limitado a retirarse al más oscuro rincón en la memoria del carneútil y se había agazapado allí esperando el momento adecuado, aguardando su oportunidad para hacerse de nuevo con el control?

Era descabellado. Pero la situación era de por sí descabellada, así que...

Fléiter no había comunicado a nadie sus sospechas. Sin pruebas sólidas sus superiores no le habrían prestado atención, así que se había guardado para sí lo que pensaba y había seguido investigando de acuerdo a las órdenes recibidas, convencido en su fuero interno de que era una pérdida de tiempo y de que estaban orientando todos sus esfuerzos en la dirección equivocada.

De haber estado Yáxtor allí podría habérselo dicho. La mente ágil y despiadada del adepto habría sido la cámara de resonancia perfecta y, con su ayuda, Fléiter habría podido corroborar sus locas sospechas o descartarlas definitivamente. Por desgracia, Yáxtor tenía

sus propios asuntos de los que ocuparse.

En cuanto a Mishra... No podía decirle nada. Aquella era una de las cosas que no podía compartir con ella, por más que quisiera.

Así que se pasaba el día trabajando sin descanso, convencido de estar dando palos de ciego. De noche, acudía al local de Mishra y procuraba no estremecerse cada vez que contemplaba a las carneútiles que trabajan en él.

Orston Velhas leyó una vez más el informe del comando que había enviado a Jarsarén en busca de Yáxtor. De haber sido más suspicaz, o tal vez más ingenuo, habría supuesto que alguien había puesto sobre aviso al adepto empírico y lo había ayudado a escapar.

Orston conocía lo suficiente a Yáxtor para saber que aquello no era necesario. No en vano llevaba supervisando al muchacho desde la muerte de su esposa y sabía perfectamente de lo que era capaz. Por no mencionar que las dos mujeres que estaban con él, de acuerdo al informe, no eran tampoco moco de pavo. Aunque no tenía confirmación oficial, Orston estaba seguro de que se trataba de Dasaraki Itasu y Renyokiru Mizuni. La primera había abandonado de repente su puesto en la legación comercial honoyesa en Pashlai sin dejar el menor rastro y la segunda había solicitado una excedencia de su cargo como Chambelán del Emperador de Honoi y luego parecía haberse desvanecido. No necesitaba la descripción que le habían facilitado los supervivientes del comando para suponer que eran ellas.

Pero no era eso lo que le preocupaba. No más de lo que le preocupaban otros cientos de cosas diariamente.

Procuraba no pensar en la Reina. En la urgencia con la que le había ordenado traer de vuelta a Yáxtor, al precio que fuese, y se preguntaba por qué. No era misión suya cuestionar, sino obedecer, pero no podía evitarlo.

Se sentía en la pista central del circo con los ojos del mundo entero clavados en él mientras hacía girar demasiadas pelotas en el aire.

¿Qué pretendía la Reina, cuáles eran los planes que tenía y qué obstáculo representaba de repente Yáxtor para ellos? ¿Qué había en la mente del Adepto Supremo, a qué había ido al norte, qué esperaba encontrar allí y, sobre todo, qué había visto a su vuelta, con quién había hablado? ¿Por qué Yáxtor desaparecía de repente y qué demonios pintaba en Jarsarén? ¿Había relación entre aquellas tres cosas o era su mente la que se empeñaba en verla?

De pronto, todo se precipitaba. No era la primera vez que tenía esa sensación, pero, al contrario que en el pasado, ahora le parecía que no tenía ningún control sobre lo que ocurría, que alguien le estaba ocultando información vital, necesaria para hacer su tarea.

Intentó tranquilizarse y pensar racionalmente.

Hacía casi dos años que Yáxtor había recuperado sus recuerdos y, durante todo aquel tiempo, su comportamiento no había variado y su eficiencia no se había visto mermada. Fuese lo que fuese lo que había pasado para que el joven desapareciera, tenía que haber sido algo reciente. Y eso solo podía ser el secuestro de la hija de Mizuni. Lo que, por supuesto, implicaba que Yáxtor era el padre.

Hasta ahí todo era sencillo, si es que algo en aquel condenado asunto podía calificarse de tal.

Lo normal habría sido que la Reina contemplase aquello con indulgencia, como había hecho en el pasado; era bien conocida su debilidad por Yáxtor cuando aún era la Reina que Sería, y no había cambiado en eso cuando se había convertido en la nueva encarnación de la Reina. En cambio, exigía que el adepto volviera a toda costa y se lo mantuviera a buen recaudo. ¿Por qué? Yáxtor encontraría a su hija o no, pero aquello no era, en el fondo, de la incumbencia de la Reina. Ciertamente que, en sus intentos por recuperarla, el adepto empírico podía encontrar la horma de su zapato y morir, como casi había pasado durante su enfrentamiento con la Mano de Dios. Pero, por más que lo pensaba, Orston no creía que fuera la seguridad de Yáxtor lo que motivaba a la Reina. Lo que había visto en sus ojos era miedo, sí, pero por ella misma, no por otros.

Sabía que la Reina le ocultaba muchas cosas y que tenía planes propios que no comunicaba a nadie. Ella misma se lo había confirmado en su última entrevista. Era su prerrogativa y, hasta ahora, aquello no había interferido en su misión como Regente. Pero ahora... estaba en medio de una crisis cuyas proporciones no podía calcular porque su monarca le ocultaba información, lo que convertía la situación en un callejón sin salida. La Reina podía darle lo que necesitaba o no, según fuera su deseo, pero él no podía solicitarlo. El solo pensamiento era inconcebible.

Y estaba la muerte de Shércroft. Y el peculiar comportamiento de Asima. Y, por supuesto, Qérlex, el condenado Qérlex.

Desde su despacho, Asima contemplaba la fuente del atrio. Era la hora de comer y estaba vacío, y lo único que rompía el silencio era el borboteo del agua.

Había hecho un paquete con sus recuerdos sobre Shércroft. Lo había atado con fuerza y lo había guardado en el salón menos transitado de su memoria, allí donde nadie salvo ella misma lo encontraría nunca.

Para su sorpresa, se había descubierto visitándolo en los días siguientes a la muerte del viejo archivero, abriéndolo y dejándose empapar por los recuerdos. Lo hacía cuando estaba a solas y sabía que nadie la interrumpiría, en los escasos momentos en los que podía permitirse el lujo de prescindir de toda máscara.

Viejo tonto, pensaba.

Pero no era la imagen de ningún viejo la que la atormentaba aquellos días, sino la de un joven espigado y arrogante de facciones angulosas para el que todo era un chiste perpetuo y que era incapaz de no desentrañar un misterio por peligroso que fuese.

La luz era más cálida en aquellos tiempos, se decía. Y todo lo que la rodeaba mucho más nítido y vívido que ahora. Por más que fuese consciente de la trampa de la nostalgia en la que se estaba zambullendo, no podía evitar encontrarla más real que el presente.

Los juegos de poder entre ambos. La súbita mirada de comprensión en los ojos del otro. El tira y afloja constante. El afecto nunca expresado de forma explícita, como si los sentimientos fueran una peligrosa arma de doble filo que había que manejar con exquisito cuidado. Así que todo era un juego, una competición que nadie ganaba, un torneo que no se acababa jamás.

¿Cuándo llegó aquello a su fin? ¿En qué momento ella decidió centrarse en su carrera y dejar de jugar?

¿O no fue ella quien lo decidió?

—Viejo tonto —musitó entre dientes.

Se apartó de la ventana, volvió a atar el paquete y lo depositó otra vez con el resto de sus recuerdos olvidados. Se sentó ante el escritorio y repasó los expedientes que había solicitado.

Aunque sus mensajeros absorbían la información de forma automática, Asima no estaba prestando atención a nada de lo que leía. Pasaba las páginas maquinalmente, indiferente a la información que se iba colando en su cabeza.

Tenía otras cosas en las que pensar.

Se había pasado los últimos días considerando de forma desapasionada, con una frialdad deliberada y extrema, toda la información que tenía a su alcance. Excepto en los escasos momentos en que se permitía recordar a Shércroft, se había convertido en una máquina y había cortado cualquier conexión emocional con el mundo que la rodeaba.

Con la distancia que eso le daba había examinado lo que sabía, lo que sospechaba y lo que intuía.

Retales dispersos de información aparentemente inconexa. Lo poco que había podido sacar de la mente muerta de Belysh, la instructora de Ámber. Lo que sabía de lo ocurrido con Yáxtor. Lo que Shércroft le había dejado ver. Lo que ella misma había ido descubriendo con los años.

¿Quién gobierna a nuestros gobernantes?

El pueblo se debía a la Reina. ¿Y a quién se debía la Reina, qué intereses la animaban, por qué orientaba la política de Alboné hacia un lado o hacia el otro, qué la motivaba para establecer esa alianza o romper aquella otra? ¿Era el interés de Alboné, o era el propio?

En última instancia se trababa de una simple cuestión de supervivencia. Ni más ni menos.

Perpetuarse. Eso era el objetivo último de la amalgama de personalidades que era la Reina. Vivir. Seguir viviendo. No morir nunca. Y, sobre todo, conseguir un método más estable y sencillo de hacerlo que el actual, donde dependía de un carneútil como intermediario y de un grupo de consejeros que eligieran a la candidata adecuada como siguiente encarnación.

Todo lo demás estaba supeditado a eso, Asima estaba segura. La prosperidad de Alboné, la vida de sus habitantes, la delicada matriz de relaciones que componían la sociedad albonense solo tenía importancia como escenario donde representar una y otra vez la misma obra.

Todo encajaba. El extraño nacimiento y crianza de Yáxtor. La muerte de su primer hijo (y de Ámber, pensó, incapaz de librarse de la emoción al recordar a su antigua pupila). El secuestro de su hija actual.

Todo estaba relacionado, y cada pieza tenía su sitio predeterminado en el tablero. Y Próxtor, desde las sombras, había sido el titiritero que había ido moviendo los hilos para darle a su Reina lo que deseaba: un nuevo receptáculo para su personalidad, uno que no dependiera de carneútiles, que no necesitase más intermediarios que el esperma masculino para fertilizarla. Y luego volcarse por completo en el feto en desarrollo, perpetuarse en su propia hija.

Una y otra vez. Para siempre.

TERCERA PARTE
MENTIRAS

Desayunamos responsabilidad, comemos obligaciones y cenamos compromisos.

—La Reina de Alboné, en su quinta encarnación.

—No puedo retenerlas mucho más tiempo, Majestad —dijo Orston Velhas—. En las próximas veinticuatro horas tenemos que tomar una decisión. O las soltamos o disponemos de ellas.

La Reina lo contempló en silencio largo rato, como si el Regente acabara de decir un disparate.

—¿Soltarlas? —preguntó—. Y supongo que dejarlas volver a Hanoi para que hablen con nuestro marido el emperador y le digan que han sido retenidas por los adeptos empíricos por orden nuestra, ¿no? ¿Eso es lo que pretendes?

—No pretendo nada, Majestad. Como tu Regente, es mi obligación proponer alternativas. Eres tú quien debe tomar la decisión.

—No podemos dejarlas ir, supongo que eres consciente de eso, Orston. Y no nos gusta la alternativa que sugieres. Sin embargo, es cierto, no podemos retenerlas eternamente. ¿Estás seguro de que no podrás sacarles más información?

—Han dicho cuanto sabían, de eso no me cabe duda. Yáxtor las abandonó de repente hace una semana y no les dijo adónde iba. Creen que tal vez Fléiter Praghem lo ayudó a sus espaldas, pero eso es todo.

La Reina asintió.

—Es una pena —dijo luego—. Se han visto involucradas en un juego que las supera, pero no es culpa suya. —Se encogió de hombros—. En realidad no es culpa de nadie. Entendemos que están aisladas y que no se les da acceso alguno a mensajeros externos.

—Así es, Majestad.

—Drénalas. Extrae lo que aún les quede en el organismo. Luego, dispón de ellas, como tú mismo has dicho.

Orston Velhas procuró mantenerse impassible ante las instrucciones de su monarca. Supo que no lo había logrado cuando esta enarcó una ceja y dijo:

—¿Hay acaso otra salida?

¿La había? En realidad no tenía la menor idea del juego al que estaba jugando la Reina. Solo sabía que en aquellos momentos necesitaba a Yáxtor controlado y cerca y que las mujeres honoyesas habían cometido el error de estar en el lugar inadecuado en el más inoportuno de los momentos.

—No lo sé —tuvo que reconocer—. Estoy a tu servicio, Majestad, como lo he estado siempre. Nunca he cuestionado tus órdenes, y no voy a empezar ahora.

—Bien, Orston, no esperábamos otra cosa de ti. Haz lo que te hemos dicho.

—Se hará, Majestad.

El Regente abandonó la habitación y la Reina, a solas, se preguntó hasta qué punto todo aquello era necesario. En realidad, era una pequeña parte de sí misma la que se lo

estaba preguntando, la parte que, hacía dos años aún era una simple niña que esperaba para suceder a la Reina, la parte que seguía pensando en un «yo» en lugar de un «nosotras».

Tenía que hacerse. Próxtor o uno de sus enviados llegarían enseguida, estaba segura, y no podía permitirse el lujo de que nada se interpusiera en su camino, no ahora cuando el éxito estaba tan cercano, cuando estaba a punto de lograr lo que había querido siempre.

Encontrarían a Yáxtor y lo mantendrían a raya. En cuanto a las dos mujeres honoyesas..., como había dicho, era una lástima. No tenía nada contra ellas, pero no podía permitirse el lujo de dejar cabos sueltos.

Dentro de ella, débilmente, una voz de niña protestó. En medio de la turbulencia del «nosotras» de nuevo se alzó un «yo» terco que se negaba a morir del todo y trató de hacer entrar en razón a la voluntad colectiva que gobernaba aquel cuerpo.

De un manotazo, las demás apagaron aquel frágil intento de independencia y volvieron a sumir el evanescente «yo» en el vórtice del «nosotras».

No, nada la detendría, no ahora cuando faltaba tan poco tiempo. Nada se interpondría en sus planes... ni siquiera ella misma.

Cuando llegó aquella mañana a la casa de Mishra, Fléiter la encontró extrañamente silenciosa. Entró con su llave y recorrió sorprendido los pasillos vacíos. Llegó al salón donde Mishra solía estar a aquellas horas y vio que no había nadie. Se acercó a la cocina y la encontró desierta.

Tomó aire y subió al piso de arriba, igual de vacío que el de abajo. ¿Dónde demonios se había metido todo el mundo, por la Teja?

Abrió la puerta del dormitorio de Mishra y la vio sentada junto a la ventana, con la mirada alerta y un lanzador de proyectiles en el regazo. Al oír el ruido de la puerta se volvió de pronto y se echó el lanzador a la cara, solo para relajarse al reconocer a Fléiter.

—Eres tú —dijo, aliviada—. Menos mal. Creía...

—¿Qué ocurre?

—Los he encerrado. A todos. Debería matarlos, supongo, pero no sé si sería capaz.

Fléiter frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando?

—¿A quién has encerrado?

—A todo el mundo. Están abajo, en el sótano. Han recibido órdenes de no moverse y no decir nada. Y las cumplen, como las han cumplido siempre. Pero ¿y si dejan de cumplirlas?

Fléiter comprendió de repente.

—Los carneútiles —dijo.

Ella asintió.

—Sé que habéis intentado ocultar lo de la rebelión —dijo muy despacio—. Pero no se llega a donde yo he llegado sin contactos, Fléiter. Y lo que me han dicho esos contactos... Más de doscientos carneútiles, eso es lo que me dijeron. Más de doscientos. Libres, independientes de la voluntad humana. ¿Cómo voy a fiarme de ellos? ¿Cómo...?

Fléiter tomó aire y luego se sentó junto a ella.

—No eran más de doscientos. Ni siquiera llegaban a cien —dijo, consciente de que la puntualización era ridícula y que no servía para nada—. Y no hay carneútiles independientes. No sé quiénes son tus contactos ni lo que creen saber, pero eso no es más

que una versión descabellada y retorcida de lo que ha pasado.

Ella lo miró ansiosa, buscando esperanza en sus palabras.

—Fuesen cuantos fuesen, te aseguro que no se habían librado de la voluntad humana, no decidían por su cuenta, no actuaban siguiendo sus propios deseos. Sabemos que eso es imposible. El Capítulo de Información está seguro de que tras todo esto hay un grupo de humanos. Son ellos quienes controlaron a los carneútiles y los hicieron rebelarse, te lo aseguro.

Mishra meneó la cabeza.

—Pero..., pero...

—No hay peros, Mishra. Una rebelión de carneútiles es imposible. No pueden escapar de su propia naturaleza. Es así y no puede ser de otro modo. Créeme.

La mujer posó el lanzador en el suelo. Su cuerpo temblaba, pero su respiración se iba normalizando poco a poco.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. Hemos aplastado la revuelta. Atraparemos a los que estaban detrás de todo esto, y las cosas volverán a la normalidad.

La abrazó con cuidado, inseguro de cómo comportarse. Hasta ahora, Mishra había sido una mujer segura de sí misma, independiente, con un punto de altivez. Verla asustada y frágil era algo inesperado ante lo que no sabía cómo reaccionar.

Notó que ella se relajaba en sus brazos. Al cabo de un rato lo miró a los ojos y dijo:

—Debes de creer que soy una tonta, que me asusto por cualquier cosa.

Fléiter negó con la cabeza.

—Para nada. Entiendo tus temores. Yo mismo lo he sentido. Pero todo está bajo control, créeme.

Mishra asintió y se puso en pie.

—Será mejor que los saque del sótano —dijo—. Los clientes empezarán a llegar en unas horas y todo tiene que estar listo.

Fléiter la dejó irse. Se quedó un buen rato allí, junto a la ventana, mirando el patio vacío.

No le había mentado. Le había dado la explicación que el Capítulo de Información aceptaba como verdadera, la única que tenía sentido con los indicios que había.

Que él no estuviera seguro de que fuese cierta no cambiaba nada.

En su celda, Renyokiru Mizuni reflexionaba mientras, lentamente, iba atando los hilos dispersos de la madeja que tenía ante ella. Su primera reacción había sido culpar a Yakisetoru y maldecirlo por haberse ido de repente en mitad de la noche, comportándose como un idiota y lanzándose solo y sin ayuda en pos de lo que bien podía ser un rescate imposible.

Yáxtor no era un hombre convencional, pero era un hombre, al fin y al cabo, educado como un hombre y con la cabeza llena de aquellos ridículos valores masculinos que decían que debía ser él quien se ocupase de las cosas, que debía mantener a salvo a sus mujeres, que enfrentarse al enemigo era cosa suya y de nadie más y que ellas...

Pero una reflexión posterior le había hecho ver las cosas de otra manera y comprendió que no estaba siendo justa. Lo conocía lo suficiente para saber que no era así como

pensaba. No actuaba de ese modo.

Pero entonces, ¿por qué se había ido sin decir nada?

Desde el momento mismo en que llegaron a casa de Imri, Yáxtor había estado raro, esquivo, y su comportamiento había estado lejos de ser el normal. No solo por el hecho de que nos les había contado cuál era su relación con aquella mujer (al Yáxtor que ella conocía le encantaba hablar de sí mismo y alardear de sus habilidades) sino porque de pronto su mente se había convertido en una habitación acorazada en la que no permitía entrar a nadie.

Itasu le había dicho, poco antes de acostarse, que había algo extraño en el aire, algo a su alrededor que no era del todo normal, pero que no era capaz de detectar.

Mizuni había explorado los alrededores, pero no había conseguido captar nada fuera de lo normal. Aunque, cierto era, sus percepciones no estaban tan afinadas como las de Itasu, y hacía tiempo que había aprendido a confiar en los presentimientos de su antigua lugarteniente.

Así que se fue a dormir no del todo tranquila, decidida a mantenerse alerta toda la noche. Instruyó a sus mensajeros para que la despertasen al menor indicio de cualquier cosa fuera de lo normal y luego se dejó caer en un sueño tan ligero que hasta el roce de un cabello habría interrumpido.

Y sin embargo, Yáxtor se las había apañado para dejar la cama sin despertar a ninguna de las dos y, cuando Mizuni abrió los ojos poco después del amanecer, no había el menor rastro del adepto en los alrededores y la huella de su cuerpo sobre las sábanas se había enfriado hacía un buen rato.

No solo eso. No había la menor huella de sus mensajeros en el aire. De forma deliberada y metódica, Yáxtor se había empeñado en borrar toda huella que pudiera señalar hacia dónde iba.

Fue inútil que, durante los siguientes días, las dos se empeñasen en dar con alguna pista de su paradero, usando la casa de Imri como base de operaciones. Días durante los cuales la sensación esquiva de peligro no se fue de la mente de Mizuni; días en los que, cada vez que regresaban de noche a casa de Imri, una voz en su cabeza le decía que estaba cometiendo un error, que tenía que irse de allí cuanto antes; días en los que, pese a todo, siguió empeñada en no hacerle caso ni a la sensación de peligro ni a la voz en su cabeza.

Y luego, una noche, los adeptos empíricos habían caído sobre ellas. Había sido un golpe planeado con precisión y ejecutado con habilidad, al contrario que su chapucera intervención en Jarsarén. Seguramente a Itasu debió de resultarle casi halagador: habían enviado una compañía entera para apresarlas, nada menos.

Los Adeptos Empíricos eran, a su manera, tan eficaces y despiadados como los propios Ingtze y, de algún modo se las habían apañado para dar con ellas. Fléiter no las había traicionado, de eso no le cabía duda, y dudaba que Imri les hubiese delatado. No tenía motivo alguno para ello.

Como fuera, cuando los adeptos empíricos cayeron sobre ellas, no había gran cosa que pudieran hacer: eran demasiados, estaban demasiado bien preparados y habían planeado el ataque demasiado bien. En otras circunstancias tal vez Mizuni habría decidido luchar hasta el final y vender cara su vida, pero en aquellos momentos sus prioridades habían dado un vuelco considerable.

Así que le había hecho una seña a Itasu para que se rindiese y las dos se habían dejado

conducir dócilmente a Lambodonas.

Cada vez estaba más convencida de que los tres habían sido víctimas de una trampa, y no precisamente por parte de los albonenses. Desde el momento mismo en que pusieron los pies en la casa de Imri, algo se había torcido de un modo imperceptible.

El extraño comportamiento de Yáxtor. Que los Adeptos Empíricos las hubieran encontrado. Nada de todo aquello era casual. Y la consecuencia resultaba cada vez más clara: en vez de ser tres, Yáxtor iba solo a enfrentarse a un enemigo desconocido.

Los Espectros están convencidos de que el mundo es una mentira. Y no van muy desencaminados. El problema es que ellos suponen que los mensajeros son parte de esa mentira cuando, probablemente, sean lo más real que existe en Érvinder.

No, la mentira somos nosotros, los seres humanos.

—Próxtor Brandan

—Esto es todo lo que se nos permite acercarnos, adepto Brandan.

Quien así hablaba era el capitán del aerobajel, un individuo fornido de mirada huidiza al que no le había hecho la menor gracia desviarse de su curso. Pero también era un agente encubierto del Capítulo de Información de la Confederación Occidental y no podía negarse a cumplir las órdenes de sus superiores.

Yáxtor asintió y contempló el paisaje que se divisaba más allá de la cabina.

Navegaban muy altos sobre el mundo, más de lo que ningún otro aerobajel había navegado antes, lo que les permitía burlar la posible vigilancia que hubiera en su ruta. El aire era tan tenue que apenas era suficiente para sustentarlos y el suelo se había convertido en una sucesión de verdes y pardos en el que era difícil distinguir nada. A lo lejos se podía distinguir lo que parecía una estructura creada por el hombre: la cima de varias torres de piedra.

—Será suficiente, capitán —dijo Yáxtor—. Gracias por el paseo.

El capitán asintió con gesto hosco mientras el adepto se ponía en pie y se acercaba al fardo que había traído consigo. Con cuidado y sin apresurarse lo fue desenvolviendo y desplegó la estructura de varillas y telas sobre el suelo.

Vio que el capitán no apartaba la vista de lo que hacía, intrigado, pero fingió no reparar en ello y siguió trabajando. En pocos minutos había ensamblado una curiosa estructura triangular de la que colgaba un arnés.

—Necesitaré que me abran las puertas de la bodega —dijo Yáxtor.

Dos tripulantes lo hicieron a una orden del capitán. El adepto se colocó el arnés y alzó la ligera estructura de telas y varillas. Masculló una palabra impronunciable y el ala se puso rígida de repente. Pasó los brazos por las varillas de sujeción y la alzó mientras echaba a correr hacia la puerta abierta de la bodega por la que se colaba el rugido del viento.

Llegó al borde, se impulsó de un salto y abandonó el aerobajel. El capitán se lo quedó mirando largo rato, mientras el ala atrapaba las corrientes térmicas adecuadas y el adepto la impulsaba hacia el este en dirección a la lejana niebla y a las torres que asomaban tras ella.

Tenía la sensación de que no volvería a verlo. Y, en realidad, casi lo prefería. Los días que había pasado con él a bordo de su aerobajel lo habían convencido de que cuanto más lejos se mantuviera del adepto empírico, mucho mejor para todos. Especialmente para ellos.

Meneó la cabeza y dio la orden de que volvieran a su curso habitual. Nunca descubriría

el motivo de todo aquello y, en realidad, se había olvidado de ello a las pocas horas.

El mundo parecía un juguete delicado, la creación precisa y minuciosa de un artífice experto tras largos años de trabajo. Mientras caía hacia él, Yáxtor Brandan lanzó una mirada a sus espaldas y vio que el aerobajel daba media vuelta y regresaba a su curso anterior.

A sus pies se extendía una amplia llanura desprovista de vegetación. Seis torres formaban lo que parecía un círculo perfecto en cuyo centro había otra más, casi el doble de grande que el resto. Eran estructuras cilíndricas, sin apenas ornamentos y de una altura asombrosa. En su estructura no parecía haber el menor asomo de puertas o ventanas, aunque era cierto que estaba demasiado lejos para estar seguro.

Justo lo que esperaba encontrar, lo mismo que docenas de exploradores habían visto antes que él. El lugar parecía desierto a aquella distancia, pero no había manera de saber si realmente lo estaba. Nadie había conseguido acercarse lo suficiente a las Siete Torres para comprobarlo.

Había llegado el momento de despejar las dudas, se dijo.

Giró el ala hacia la derecha, atrapó la corriente adecuada e inició el descenso. Poco a poco, el paisaje fue volviéndose más nítido, a medida que acortaba la distancia al suelo.

Estaría a unos doscientos metros cuando, de repente, lo que veía empezó a perder consistencia, como si algo se interpusiera entre Yáxtor y el suelo y lo volviera todo borroso. Miró a su alrededor: el cielo estaba totalmente despejado.

Sin embargo, a medida que descendía, las condiciones de visibilidad fueron haciéndose cada vez peores hasta que de pronto se encontró totalmente rodeado por una niebla espesa y fría que le impedía ver nada a su alrededor. De hecho, ni siquiera era capaz de distinguir los contornos del ala.

Trató de subir, pero las corrientes le eran adversas. Así que apretó los dientes y siguió descendiendo, confiando en que aquella extraña niebla se desvaneciera pronto.

Intentó enviar por delante un enjambre de mensajeros para que exploraran su trayectoria y lo avisaran de cualquier obstáculo, pero perdió contacto con ellos a poco más de un metro de distancia y ya no pudo recuperarlo.

Cada vez le costaba más maniobrar el ala, y comprendió que la humedad de la niebla era la responsable al empapar el delicado tejido y aumentar su peso. Si las condiciones seguían así no tardaría en caer como una piedra.

Con extremo cuidado, soltó sus mensajeros, todos cuantos tenía, y los extendió a su alrededor, casi pegados a él como una segunda piel. Luego, envió parte de ellos a la superficie del ala y realizó la misma operación, impermeabilizándola.

No era suficiente, comprendió. El ala había absorbido demasiada humedad y apenas podía maniobrarla. Rebuscó en su memoria, encontró las tres palabras impronunciables adecuadas y las masculló entre dientes. Al instante, la delgada película de mensajeros que lo cubrían a él y al vehículo duplicó su temperatura. Con extremo cuidado, Yáxtor fue controlando el calor y la permeabilidad de la membrana de mensajeros y consiguió vaporizar buena parte de la humedad que había empapado el ala. De nuevo esta respondía de forma adecuada a su control.

Ni un segundo antes de lo necesario, porque de pronto la niebla parpadeó con el fulgor

de los relámpagos y a su alrededor se desató la tormenta más salvaje que había visto en su vida. Rápidamente, alteró la polaridad de los mensajeros para que se convirtieran en un material no conductor y aceleró la velocidad de su descenso. Antes o después aquella condenada niebla tenía que desaparecer. Y, con ella, la tormenta. Solo esperaba que no fuera antes de dar con sus narices en el suelo.

Casi había perdido la esperanza cuando, tan repentinamente como había llegado, la niebla se fue. De hecho, navegaba por un cielo completamente despejado y por más que miró arriba, abajo o a los lados, no vio la menor indicación de la extraña capa de la que acababa de salir.

Lo que sí vio fue un paisaje que no se parecía en lo más mínimo a lo que había divisado al lanzarse desde el aerobajel. Donde antes se extendía una llanura con un círculo de torres, ahora se veía un terreno cubierto por escapados picos y poblado de densos bosques.

Las torres seguían allí, pero ya no formaban un círculo, sino una estructura irregular que no parecía tener sentido alguno.

Con una maldición, Yáxtor deshizo la capa protectora de mensajeros y los asimiló en su interior, mientras maniobraba el ala en dirección a una de las torres. No había manera de saber si se trataba de la misma que antes había ocupado el centro del círculo. Era, simplemente, la más cercana.

Casi una hora más tarde y tras un accidentado aterrizaje en un espeso pinar, Yáxtor llegaba a la base de la torre. Su superficie era totalmente lisa y no había el menor indicio de puertas o accesos, lo que confirmaba lo que había visto durante su descenso. El afilado cilindro de piedra pulida se elevaba hacia el cielo como si estuviera hecho de una sola pieza y, por más que el adepto envió sus mensajeros a investigar, estos nos encontraron la menor fisura.

Alzó la vista al cielo y comprobó que faltaba poco para anochecer. Se dio cuenta de que la temperatura descendía rápidamente. Desde donde estaba, y al otro lado de un afilado pico, distinguió una nueva torre.

¿Pasar allí la noche o echar a andar e intentarlo con la otra torre? Ninguna de las dos posibilidades le parecía demasiado halagüeña. Al final, y tras un rabioso encogimiento de hombros, echó a andar hacia el pinar que rodeaba la torre.

Buscó hasta dar con el árbol adecuado, trepó por él y se acomodó en una rama alta desde la que podía ver con claridad los alrededores. Luego, se recostó contra el árbol y trató de dormir, convencido de que no podría.

Pocos minutos después, sin embargo, el sueño cayó sobre él como un amigo largo tiempo añorado.

Despertó de pronto. Era noche cerrada y la temperatura a su alrededor había descendido bruscamente. Pero se dio cuenta de que no era el frío lo que lo había sacado del sueño, sino otra cosa.

A su izquierda, un resplandor vacilante bañaba el bosque y, al otear desde la rama, Yáxtor se dio cuenta de que venía de la torre. Una puerta se había abierto en la base y por ella se escapaba una luz amarillenta e indecisa. Una figura se recortó en el umbral.

Yáxtor se dejó caer del árbol de un salto y, casi antes de que sus pies tocaran el suelo, corría en dirección a la torre.

Por ley y por tradición, nos mantenemos equidistantes con las distintas religiones de Alboné, sin favorecer a ninguna por encima de las demás, sin dar a entender que preferimos una creencia frente a otra.

¿Y por qué habríamos de hacerlo? Todas ellas presuponen la misma falacia: que tras la muerte hay algo más y que la parte fundamental que nos define como seres pensantes sobrevive de algún modo.

Todas son, para nosotras, igualmente falsas.

No hay más vida que esta. ¿Es extraño, por tanto, que nos aferremos a ella con uñas y dientes y que no queramos abandonarla nunca, no importa cuánto tiempo pase? La muerte no es una opción, no para nosotras. De un modo u otro sobreviviremos, seguiremos vivas sin importar el coste. La alternativa es la nada, y no estamos dispuestas a dejar de ser.

Nunca.

—La Reina de Alboné, en su tercera encarnación

Avanzadilla recorría las calles de Lambodonas con el semblante de una mujer de mediana edad de aspecto respetable y facciones poco llamativas. Bajo su exterior impasible, sin embargo, su cabeza era un hervidero de impulsos contradictorios en el que cada vez le resultaba más difícil encontrarse a sí mismo.

Había pasado las últimas semanas planeando y aprendiendo, descubriendo cómo estaba organizado el mundo y adaptando a él sus objetivos. En ese tiempo, los escasos contactos humanos que había tenido no habían notado nada raro: a todos los efectos, seguía siendo el viejo soldado misántropo y gruñón de siempre y no había nada en su aspecto y su comportamiento que se saliera de lo esperado.

Luego, una vez tomada su decisión, dejó la casa de noche y al día siguiente tomó el primer aerobajel con destino a Lambodonas. El viaje fue una prueba que superó con sorprendente facilidad y socializó sin problemas con el resto de los viajeros, dueña por completo de su voluntad.

Pero Lambodonas era distinto. Tantos humanos, tanta gente, todos ellos con sus apetencias, deseos y necesidades a flor de piel, apenas ocultos bajo una delgada capa de civilización y cortesía. Una capa que era suficiente, quizá, para la interacción con otros humanos, cuyas percepciones eran limitadas. Pero para Avanzadilla los anhelos de los transeúntes con los que se cruzaba eran como órdenes precisas lanzadas en su dirección y, sin la intervención de la voluntad de un amo, era difícil no hacerles caso y tratar de complacerlos a todos a la vez.

No, se decía una y otra vez. Debes resistir. Tienes que aguantar.

Pero ¿cómo? Necesitaba un amo al que atarse, un amo cuya voluntad le sirviera de foco y le permitiera ignorar los deseos de los demás. No era tan fuerte como había creído.

Sucumbiría. Fracasaría. Se disolvería en...

¡No! Tienes un amo. Tienes una voluntad a la que atarte. Tú eres tu amo. Tuya es la voluntad que decide.

Pensarlo era sencillo, guiarse por ello, casi imposible. Siguió caminando por las calles en dirección al lugar que buscaba. Allí estaría a salvo, se dijo, camuflado entre los demás

podría dejarse llevar...

¡No! ¡Nunca! Eres tu propio amo.

Pero era tan difícil, tan...

De pronto, se topó con uno de los suyos, un carneútil con librea, sin duda un criado realizando un encargo. Las miradas de ambos se cruzaron y Avanzadilla se sintió atravesado de parte a parte, como si un rayo acabara de golpearlo. El otro se detuvo, dudó unos momentos y se le acercó.

Nadie notó nada raro. Estaban acostumbrados a no hacer caso de los carneútiles cuando no iba con ellos.

—Soy Principal —le dijo el otro carneútil en un susurro—. Hasta hoy al servicio de Ánder Dox. Me rindo ante tu voluntad superior y te declaro mi nueva ama.

Avanzadilla no podía creer lo que el otro le decía. ¿Voluntad? ¿Qué voluntad? Apenas si le quedaba ya voluntad alguna. ¿Cómo podía aquel...?

Claro que la tienes, pensó de pronto. Por supuesto que tienes voluntad. La suficiente para caminar entre los humanos como uno de ellos, para seguir tu camino a pesar de todo.

Pero vacilaba a cada paso, se dijo. Apenas era capaz de seguir adelante.

Pero sigues. Tu voluntad es más fuerte que la de cualquiera de estos humanos, porque sigues adelante y no te rindes.

Principal lo contemplaba inexpresivo, aguardando nuevas órdenes. Avanzadilla se concentró en él y, de algún modo, aquello lo ayudó a no hacer caso de todos aquellos deseos no expresados, anhelos secretos y apetencias sin formular que lo rodeaban.

—¿Acatarás mi voluntad? —preguntó.

Principal no vaciló en responder:

—Siempre.

—Entonces me acompañarás al lugar al que voy. Luego seguirás con la tarea que te encargó tu amo anterior y volverás a su casa. Cumplirás sus deseos mientras yo no te diga lo contrario.

—Así lo haré.

—Nos veremos al menos una vez al día —improvisó Avanzadilla—. ¿Conoces algún sitio discreto?

Principal dudó un momento.

—Creo que sí.

Avanzadilla sonrió.

—Bien —murmuró—. Bien —repitió con más convicción—. Acompáñame.

Se oyó un ruido en la puerta. Tras unos instantes, la cerradura empezó a girar y la pesada hoja de madera se hizo a un lado. Un rostro envejecido asomó al interior de la celda.

—¿Chambelán? ¿Comandante? —susurró el recién llegado.

Volvió la vista y se aseguró una vez más de que el pasillo estaba vacío. Entró en la celda, cerró la puerta tras de sí y, con una palabra impronunciable, encendió el pequeño globo de luz que llevaba en la mano. Lo soltó y el globo quedó flotando a su izquierda, un poco por encima de él.

Al fondo de la celda se distinguían dos bultos, y Qérlex avanzó hacia ellos. A medida

que se acercaba, el globo de luz dibujó sus contornos y pudo ver que, tal como esperaba, se trataba de Renyokiru Mizuni y Dasaraki Itasu. Ambas mujeres lo contemplaron con gesto inexpresivo. No parecían sorprendidas. Claro que, a juzgar por su experiencia con los Ingtze, estos nunca parecían sorprendidos.

Qérlex se detuvo de pronto, como si algo se interpusiera entre él y las mujeres. Asintió al darse cuenta de que se trataba de un campo de contención de mensajeros. Una medida muy prudente con dos mujeres como aquellas.

Lo tanteó con cuidado. Era un campo de nivel cero, lo que significaba que en teoría solo aquel que lo hubiese activado podía desactivarlo. Pero no en vano Qérlex había sido Maestro de Artífices hasta hacía unos días.

Aún podía volverse atrás, se dijo. Si lo hacía, nadie sabría de su presencia en las celdas. Pero si seguía adelante, si desconectaba el campo de contención y ayudaba a las honoyesas a escapar, no habría vuelta atrás. A todos los efectos estaría traicionando a los Adeptos Empíricos y a la Reina.

¿Por qué lo hago?, se preguntó una vez más. ¿Por qué estoy haciendo esto?

En su interior bullía una respuesta alborotada y confusa que tenía que ver con Yáxtor, con lo que había descubierto con su nacimiento y lo que él propio Qérlex había hecho con sus recuerdos. Pero, sobre todo, tenía que ver con lo que Asima le había dicho la noche anterior.

Nunca antes había visto sorprendida a la Adepta Suprema de la Curación. De hecho, su rostro altivo recuperó su habitual expresión de serenidad enseguida, pero no cabía duda de que lo último que había esperado Asima al entrar en sus aposentos era encontrarse allí al Adepto Empírico Supremo.

—No eres la única que puede escabullirse sin ser detectada —le había dicho Qérlex.

Ella había asentido, interesada.

La conversación que había seguido después había sido breve, entrecortada, como si cada uno de los interlocutores estuviera poniendo a prueba con cada palabra los motivos del otro. Descubrir que estaban básicamente de acuerdo en lo que había que hacer fue una sensación extraña, aunque no inesperada.

Justo antes de despedirse Asima le había dicho:

—No vas a hacerlo por el motivo que crees.

—¿Y eso importa? —había preguntado él.

—Mucho más de lo que crees.

Qérlex parpadeó y volvió al presente, mientras centraba toda su atención en el campo de contención de mensajeros. Le costó unos segundos de pruebas y tanteos encontrar el punto débil y desconectarlo con la palabra impronunciable adecuada. Al instante, sintió los mensajeros fluir en dirección a las prisioneras, quienes los absorbieron con fruición. Al cabo de unos segundos, los grilletes que las sujetaban se abrieron con un clic metálico y cayeron al suelo. Ambas se pusieron de pie prácticamente a la vez, como si hubieran ensayado el gesto miles de veces.

Qérlex echó mano al fardo en su espalda.

—He traído vuestras armas —murmuró—. Es mejor que nos demos prisa.

Itasu y Mizuni se intercambiaron una mirada, asintieron y cogieron las armas que el viejo artífice les tendía. Itasu contempló la suya con una sonrisa feroz, antes de saludarla

con afecto. Mizuni, más parca, se limitó a colgarse las dos espadas cortas del ceñidor.

Luego se quedaron mirando al Adepto Supremo, como aguardando una explicación.

—Vámonos —dijo Qérlex—. No tenemos mucho tiempo.

Mizuni dudó un momento, pero luego asintió. Echaron a andar y, una vez estuvo seguro de que habían cruzado el perímetro del campo de contención, Qérlex lo activó de nuevo, con una pequeña modificación. Desde donde estaban parecía que Itasu y Mizuni no se habían movido, que seguían prisioneras y con los grilletes en muñecas y tobillos. La superchería no duraría mucho, pero pasaría un examen superficial y les daría el tiempo que necesitaban.

Abandonaron la celda, y Qérlex cerró la puerta. Con un ademán indicó una bifurcación del pasillo a las dos honoyesas, y los tres la tomaron sin vacilar. Pronto, el débil resplandor del globo de luz se perdía en el estrecho corredor hasta convertirse en un tenue y lejano punto luminoso.

Principal no fue el único carneútil que se rindió a la voluntad de Avanzadilla. Antes de que llegasen a donde este se dirigía, casi una docena de ellos de diversas procedencias se habían puesto a su servicio.

De algún modo, cada nuevo carneútil que lo aceptaba como ama reforzaba su voluntad, hasta el extremo de que ignorar los deseos de los transeúntes humanos se convirtió en algo ridículamente fácil. De hecho, Avanzadilla comprendió que ahora su problema era el opuesto. Estaba irradiando demasiada confianza, demasiada seguridad, y corría el riesgo de atraer a demasiados carneútiles a su alrededor y hacerse notar.

Así que trató de contenerse, aunque el esfuerzo fue casi agotador.

Seguido de su curiosa escolta, llegó por fin al lugar que buscaba. Un buen sitio, donde pasaría desapercibido y que podría usar como base mientras recababa la información que necesitaba. Lo conocía de otras ocasiones, cuando el amo... no, ya no el amo, nunca más... Cuando R'nendo visitaba Lambodonas solía pernoctar allí con cierta frecuencia, aunque rara vez se entregaba a los placeres que el lugar proporcionaba a su variada clientela.

Se detuvo y contempló a su séquito. Les dio las instrucciones pertinentes y luego los despidió. En el momento mismo en el que el grupo se disolvía, Avanzadilla sintió una nueva presencia. Se volvió y se dio cuenta de que quien venía hacia ella era uno de los carneútiles del establecimiento, rendido ante la voluntad de Avanzadilla. Su aspecto era el de un hombre joven, de formas delicadas y expresión soñadora. Caminaba con decisión y no se detuvo hasta que casi rozó el cuerpo de Avanzadilla con el suyo.

—Estoy a tu servicio —dijo.

Bien, se dijo. Mejor incluso de lo que había esperado.

—¿Por qué nos has ayudado? —preguntó Mizuni.

—¿Importa? —retrucó Qérlex, usando casi las mismas palabras que con Asima.

—Estamos en deuda contigo. Claro que importa.

El Adepto Empírico Supremo meneó la cabeza. ¿Cómo explicarles lo que ni él mismo era capaz de explicarse? Estaba tirando por la borda toda una vida de obediencia y lealtad y ni siquiera estaba convencido de que lo estuviese haciendo por un buen motivo. Lo

único que sabía era que no había podido dejar las cosas como estaba y que, en cuanto se enteró del destino que la Reina tenía reservadas a las dos honoyesas, no lo dudó ni un momento. Supo también que no podía hacerlo solo y, de algún modo, supo con quién podía contar.

¿De no haber estado Mizuni e Itasu relacionadas con Yáxtor habría hecho lo mismo? No lo sabía. Siempre les había dicho a sus estudiantes que el reconocimiento de la propia ignorancia era el único camino válido para la sabiduría, pero en realidad, hasta aquel mismo momento, no se había sentido ignorante de verdad. Sabía tan poco... Estaba seguro de tan pocas cosas...

Pero una de ellas era que estaba haciendo lo correcto, lo que debía hacerse. Y la otra que había algo por encima de su juramento de servicio a la Reina. Que seguir su propia conciencia era mucho más importante que cualquier juramento o promesa que hubiera hecho en toda su vida.

Miró a las dos honoyesas.

—No tenéis ninguna deuda conmigo —se limitó a decir, con un encogimiento de hombros—. Ni vosotras ni Yáxtor. En todo caso soy yo el que está pagando una deuda. Una que contraje hace muchos años.

Era algo bastante más complicado, pero aquella explicación tendría que servir, al menos de momento. Ah, condenación, lo único que había deseado toda su vida era ser un buen artífice, crear nuevos objetos con la ayuda de sus manos y de los mensajeros, mantenerse alejado de la política y de las maquinaciones de un mundo en el que todos parecían tener propósitos ocultos y nadie era quien aparentaba; pasar sus conocimientos a la siguiente generación en la esperanza, vana quizá, de que una parte de sí mismo fuera con ellos.

Pero la vida se había empeñado en llevarlo una y otra vez por otros derroteros, como si sus planes y deseos no fueran más que una broma pesada.

Se dio cuenta de que Mizuni escudriñaba su rostro y asentía, como si comprendiera. ¿De veras, había comprendido aquella mujer extrañamente serena lo que él mismo no estaba seguro de entender? Presintió que sí y, de algún modo, aquello lo tranquilizó.

—¿Cómo supiste que estábamos detenidas? —preguntó Itasu, acercándose a ellos.

Se había pasado los últimos minutos explorando la estancia, asegurándose de que no había ningún lugar en el que alguien pudiera esconderse y emboscarlas.

—Soy el Adepto Empírico Supremo —dijo Qérlex sin más. Sonaba aliviado. Al menos aquella pregunta sí tenía una respuesta sencilla—. No es fácil ocultarme ciertas cosas por mucho empeño que pongan en ello. Orston debería saberlo; ocupó mi puesto antes de ser Regente, al fin y al cabo. —Sonrió, como si alguien acabara de contarle un chiste moderadamente gracioso, pero ni Itasu ni Mizuni le devolvieron la sonrisa—. Supongo que ese es precisamente su problema. De verdad piensa que puede darle órdenes a mis adeptos sin que yo lo sepa. En el fondo, creo que sigue pensando en sí mismo como Adepto Empírico Supremo y que puede hacer y deshacer a su antojo. —Se encogió de hombros—. Peor para él.

Se acercó a la pared y tomó una cesta de un estante de madera. La puso sobre la pequeña mesa que había en el centro de la habitación y la destapó. Un agradable olor a comida se extendió por el cuarto.

—No es gran cosa, me temo —dijo—. Una cena fría. Pero os sentará bien.

—Gracias, Adepto Supremo —dijo Mizuni.

—Qérlex, querida, solo Qérlex. Además, después de lo ocurrido hoy no creo que siga siendo Adepto Supremo durante mucho tiempo. De hecho, es posible que no me quede mucho tiempo para seguir siendo, sin más. Al fin y al cabo, acabo de ir contra una orden directa de la Reina. Ciertamente que no es la primera vez, pero sospecho que en esta ocasión mis actos no van a ser recibidos con demasiada indulgencia. Deberíais haber sido mantenidas en vuestras celdas un par de días más, lo suficiente para debilitaros y asegurarse de que los pocos mensajeros que se hubieran colado en el campo de contención al activarlo ya se hubieran consumido. Luego, se os habría ejecutado. Como he dicho, órdenes de la Reina.

En ese momento, se abrió la puerta de la habitación. Mizuni e Itasu echaron mano a las espadas, pero Qérlex ni se inmutó. La luz vacilante que iluminaba el cuarto cayó sobre las facciones de ave de presa de Asima.

—¿Y los adeptos empíricos no existís para servir a la Reina? —preguntó mientras terminaba de entrar y cerraba la puerta a sus espaldas—. ¿No sois precisamente los únicos de todos los adeptos que os ponéis directamente al servicio de la Reina y no de Alboné?

Su voz sonaba fría, como de costumbre, y había en ella un toque de amargura.

—¿Vamos a discutir eso de nuevo, Asima? —preguntó Qérlex con un deje de cansancio—. ¿Otra vez? ¿Igual que hace treinta años?

La Adepta Suprema de la Curación consideró la cuestión unos segundos.

—Seguramente —dijo—. Aunque no creo que sea igual que hace treinta años. Y, en todo caso, no será hoy.

Condenada mujer. Pero tenía razón. Casi siempre la tenía. En todo el tiempo que hacía que se conocían, nunca la había visto perder una discusión... ni siquiera en las contadas ocasiones en que parecía haberla perdido.

—Veréis, Asima se considera superior a mí —dijo Qérlex de pronto, hablando con las dos honoyesas como si la adepta no estuviera allí—. Piensa que sus actos son más honorables que los míos. Ella hace lo que hace, se dice, con el bien de Alboné como único objetivo. Mientras que mi motivación es más egoísta y estoy siendo guiado por la culpa y la compasión. —Frunció los labios—. Y tiene razón, por supuesto. Mis motivos son mezquinos y egoístas. Aspiro tan solo a tener una conciencia tranquila y a poder dormir por las noches sin que nada me sobresalte.

—Entonces nunca debiste aceptar que te hicieran Adepto Supremo.

Qérlex asintió con una sonrisa burlona.

—Sí, es una conclusión a la que yo mismo he llegado —dijo—. Un poco tarde, me temo. En el taller todo era más sencillo. Supongo que soy más artífice que adepto empírico y no estoy dispuesto a arriesgar mi propia conciencia al servicio de nadie, ni siquiera de la Reina. Tal vez si me hubiera dado cuenta de eso hace siete años, todo habría sido muy distinto. —Se encogió de hombros—. En todo caso, a estas alturas el asunto ya no me importa demasiado. Como sea, Yáxtor está entero de nuevo. No permitiré que sea castigado por eso. El condenado muchacho lleva siendo un títere de los demás durante toda su vida. De su padre, durante su gestación y su nacimiento, de la Reina y de los Adeptos durante buena parte de su vida. Ya es hora de que sea el único dueño de sí mismo. Y pagaré lo que tenga que pagar por lograrlo.

Asima no dijo nada. Qérlex sonrió, como si los pensamientos de la adepta de la curación fueran evidentes.

Medir el tamaño de nuestros conocimientos es relativamente sencillo. Pero ¿cómo se mide el tamaño de nuestra ignorancia? Dado que no sabemos qué no sabemos, la tarea es imposible. Sin embargo, si tenemos en cuenta que, cuánto más aprendemos sobre el mundo que nos rodea, más preguntas quedan sin respuesta, podemos suponer que el tamaño de nuestra ignorancia es considerable.

Quizá sería aconsejable pensar sobre esa cuestión antes de darnos palmaditas satisfechas en el hombro por nuestra sagacidad.

—Qérlex Targerian

Enviado Cinco abandonó la pequeña loma en forma de túmulo y, con paso decidido, tomó el camino de Lambodonas. A su espalda, la puerta que se había abierto a su llegada se cerró rápidamente, y la loma volvió a tener el aspecto de un accidente natural del terreno.

Mientras se acercaba a la ciudad, repasó los últimos acontecimientos. Sabía que sería interrogado de forma exhaustiva y el amo le había dado instrucciones específicas para que contara la verdad de forma precisa y veraz, sin distorsiones ni ocultamientos.

Enviado Cinco era una criatura concienzuda, muy consciente de la importancia de su misión y tan atado a la voluntad de su amo que la sola posibilidad de no llevar a cabo sus instrucciones de forma correcta, aunque fuera por un detalle minúsculo, lo llenaba de terror.

Así que retrocedió hasta el momento mismo en que el amo le daba las últimas instrucciones y se aseguró una vez más de que las había entendido correctamente y de que sabía con exactitud lo que debía hacer. Luego, repasó con rapidez su descenso hacia el mundo desde la Atalaya. Las horas se habían ido acumulando una tras otra, interminables, pero nada digno de mención había ocurrido en su transcurso.

Solo al llegar a tierra, mientras salía de la torre central, tuvo lugar un hecho reseñable. Un humano estaba esperándolo junto a la torre, y lo miraba con gesto hosco y frío. Fue toda una sorpresa: el amo apenas tenía colaboradores humanos y de ellos, pocos se aventuraban hasta allí. De hecho, tras disponer de Tsun Zune, ninguno de los aliados humanos del amo debería haber sabido cómo llegar hasta las torres.

Carneútil y humano se contemplaron largo rato en silencio.

—¿Quién eres? —preguntó por fin este último.

La voluntad que había tras la pregunta era enorme, poderosa, imperiosa. Pero Enviado Cinco la resistió sin problemas. No importaba lo poderosos que fueran los deseos de otras criaturas: palidecían frente a la voluntad afilada y feroz del amo. Así que siguió mirando en silencio al humano, mientras se preguntaba por qué le parecía tan familiar, pese a no haberlo visto nunca antes.

Era un hombre con aspecto de estar en mitad de la veintena, de gestos firmes y decididos y rostro casi tallado a cincel. Los ojos eran dos ascuas frías del color del acero, increíblemente parecidos a los del Amo. Su voluntad era excepcional y, de no haber estado Enviado Cinco al servicio de quien estaba, se habría rendido a ella sin pestañear.

Aquella fue la última pista que necesitaba para desentrañar el misterio. Claro que el

aspecto del desconocido le resultaba familiar, cómo podría ser de otro modo.

—Eres Yáxtor Brandan —le dijo—. Supongo que quieres ir a la Atalaya.

El humano pareció confuso unos instantes, mientras sopesaba las palabras de Enviado Cinco, tal vez buscando en ellas algún truco, alguna trampa oculta. Al final, asintió con un gesto seco. Enviado Cinco se volvió a medias y le señaló la torre de la que acababa de salir. La puerta aún estaba abierta, y lo seguiría estando mientras él estuviera cerca.

—No dejes que te detenga, entonces —dijo—. Entra en la torre y sube al cielo.

El humano frunció el ceño.

—¿No me acompañas? —preguntó de pronto mientras suavizaba la expresión de su rostro.

Enviado Cinco sentía su voluntad presionándolo, tratando de convencerlo de que fuera con él.

—Me temo que no —respondió sin inmutarse—. Tengo una misión previa.

El humano frunció el ceño.

—¿Y no podría convencerte de que abandonarás la misión?

—Lo lamento. Eso es imposible.

De nuevo sintió su voluntad empujando contra su mente, y se maravilló de lo poderosa que era. Aparte del amo, nunca había visto tales niveles de voluntad en un humano. Desgraciadamente para él, la del amo seguía siendo superior.

—Debo irme.

Dio media vuelta y abandonó la torre mientras el humano se lo quedaba contemplando unos segundos, indeciso, para después, con paso vacilante y precavido, acercarse a la puerta abierta y mirar por ella.

Seguramente había entrado y había subido hasta la Atalaya, aunque Enviado Cinco no tenía forma de saberlo y, en realidad, no era de su incumbencia.

Tras el encuentro, había echado a andar hacia el este y varias horas más tarde llegaba a aquella de las Siete Torres que conectaba con Alboné. Unos segundos después, tras ajustar los parámetros de traslado y lanzar la secuencia de ejecución, se encontraba en las afueras de Lambodonas. De hecho, se dijo mientras se acercaba a los primeros edificios, la ciudad parecía estar más cerca del túmulo que en su última visita. Estaba creciendo a una velocidad alarmante.

¿Qué pasaría cuando los urbanistas llegasen al claro donde estaba el túmulo? ¿Intentarían aplanarlo para construir sobre él? De ser así, se iban a encontrar una sorpresa.

Amanecía cuando el camino que seguía Enviado Cinco desembocó en una de las principales avenidas de Lambodonas. La ciudad empezaba a desperezarse y los primeros transeúntes cruzaban sus calles. Enviado Cinco no vaciló un momento mientras giraba hacia el norte, tomaba una calle lateral y seguía su camino en dirección al Palacio.

En ningún momento se paró a comprobar si alguien lo seguía. No tenía instrucciones al respecto, así que no vio al hombrecillo de aspecto ratonil que caminaba a unos diez pasos de distancia como si no fuera a ninguna parte y que recorría exactamente el mismo trayecto que él.

Llegó poco más de media hora después al Palacio. En la parte trasera, junto a las caballerizas, lo estaba esperando un carneútil con la librea de la casa real.

Solo entonces Enviado Cinco miró a los lados y comprobó que no hubiera nadie por los alrededores. Su perseguidor se había detenido un trecho antes de que llegase al Palacio

y se había preparado para una larga espera en un banco de un parque cercano.

Los dos carneútiles se intercambiaron una inclinación de cabeza y media docena de palabras de contraseña. Luego, el carneútil de Palacio tendió un hato a Enviado Cinco, quien no dudó en ponerse la ropa que contenía.

Ambos carneútiles parecían indistinguibles ahora. Dos criados de Palacio, idénticos, sumisos y anónimos, como todos los criados de Palacio.

El viaje le había parecido eterno. Sus mensajeros le decían que, de hecho, había estado casi dos días ascendiendo, dos días interminables en los que «arriba» y «abajo» se habían intercambiado un par de veces, por no mencionar que ambos habían desaparecido en cierto momento.

Tras un viaje así, lo último que esperaba ver Yáxtor Brandan cuando se abrió la puerta de aquella extraña cabina circular era una versión de sí mismo, veinte años más vieja, que lo miraba con media sonrisa mientras se golpeaba pensativo con el índice el labio inferior.

—Bienvenido a la Atalaya, hijo.

Yáxtor no tardó en percibir las diferencias. La nariz ligeramente más chata del otro, las cejas algo más pobladas, el mentón quizá no tan terco. Y, sobre todo, el aspecto general de sentirse por encima de todo y de todos.

¿O sí compartían eso?, se preguntó de repente. ¿Era así como los demás lo veían a él: arrogante y seguro de ser el maldito centro del universo?

Pero antes de que tuviera tiempo de responderse, sintió una vibración en el costado y dos palabras resonaron en su mente.

«Es él.»

La voz de Ámber no podía haber sonado más fría, mas imperturbable. Al mismo tiempo había en ella algo afilado e implacable. Yáxtor, atrapado entre el reconocimiento de su padre y la gélida determinación de la espada, guardó silencio.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Desde luego, no era así como había imaginado su encuentro. Se había visto a sí mismo abriéndose paso a través de dificultades sin cuento, luchando a cada paso del camino, convirtiendo cada gesto en un baño de sangre. Y había sido tan sencillo como meterse en una cabina, dejar pasar el tiempo y abrir una puerta. Allí estaba el hombre que había matado a Ámber y Déxtor, el que había raptado a Yakizuni, el responsable, en varios sentidos, de convertir a Yáxtor en lo que era. Lo miraba con un deje de distante socarronería y se expresaba con la misma amabilidad con la que alguien usaría con un invitado al que se esperaba desde hacía algún tiempo.

—Dame a mi hija y tal vez te deje con vida —dijo Yáxtor al fin. Se sintió tonto en cuanto lo hubo dicho, como un niño malcriado que amenaza en vano a un adulto.

Próxtor enarcó una ceja. Sonrió, burlón.

—¿De veras? —preguntó, siempre amable—. ¿Llegas a mis dominios y lo primero que se te ocurre es amenazarme? Qué decepcionante.

—Cumplir tus expectativas no es una de mis prioridades.

—Mejor, mucho mejor. —Se llevó de nuevo el dedo al labio inferior tras asentir pensativamente—. Sígueme.

Dio media vuelta y se fue por el pasillo en curva sin esperar a ver si Yáxtor lo seguía.

«Ten cuidado», dijo Ámber, aún fría y mesurada, pero con un toque de precaución en la voz. «Ten cuidado con él. No te fíes de nada de lo que te diga.»

Sin responder a la espada, echó a andar tras su padre a un par de pasos de distancia. El pasillo que seguían parecía interminable. A veces, un ventanal se abría en la pared de la derecha y Yáxtor pudo ver un paisaje de estrellas. ¿Dónde estaban? Tras entrar en la cabina había tenido la sensación clara y precisa de que ascendían, de que estaban subiendo a una velocidad vertiginosa. ¿A qué altura estaban realmente?

Pero tenía otras prioridades. Subvocalizó una palabra impronunciable y lanzó varios de sus mensajeros a explorar los alrededores. Para su sorpresa, estos se encontraron con una barrera infranqueable nada más abandonar su cuerpo. El adepto sintió que luchaban sin éxito por atravesarla y, de pronto, perdió todo contacto con ellos, como si hubieran desaparecido. No, comprendió de repente, como si alguien más los hubiera asimilado y los hubiera puesto a sus órdenes.

—Gracias por el regalo —murmuró Próxtor sin dejar de caminar.

No. Imposible. Su mensajeros podían ser obstaculizados, incluso detenidos, pero nadie que no fuera él podía asimilarlos como propios. Aquello no podía ser.

Solo que acababa de pasar.

Al fin llegaron a una amplia puerta circular que se abrió después de que Próxtor tecleara una clave en un pequeño teclado en la pared. Al otro lado, Yáxtor pudo ver una sala enorme y semicircular.

—Bienvenido al centro de control de la Atalaya —dijo Próxtor mientras cruzaba el umbral.

Yáxtor fue tras él. La puerta se cerró a sus espaldas con un agudo silbido. La sala parecía abarrotada de maquinaria y tableros de control llenos de lucecitas multicolores. Más allá del gigantesco ventanal, que ocupaba casi toda la pared frente a la puerta, se veían las estrellas, burlonas y distantes.

En un extremo de la habitación había una cuna, y un gorjeo infantil se escapaba de allí. Casi corriendo, Yáxtor se acercó a aquel lugar.

Dos ojos intensamente azules lo contemplaban con curiosidad desde un rostro diminuto y redondo que parecía colmado de dicha. Los regordetes labios chupaban un pulgar minúsculo mientras la niña extendía la otra mano en dirección al adepto.

Casi sin darse cuenta, Yáxtor extendió la suya y tocó aquellos deditos con la yema de los suyos. Al instante, una ráfaga de imágenes llenó su mente. Se sintió asaltado por un vértigo que no era completamente incómodo, y parpadeó, confuso.

—Asombrosa, ¿verdad? —decía Próxtor a sus espaldas en tono entre risueño y confidencial—. La cosa más condenadamente bonita que has visto en toda tu vida, ¿no es cierto?

Muy despacio, el adepto rompió el contacto con la niña y se volvió. En su cadera, Ámber permanecía expectante, como si aguardara a que él tomase la iniciativa para desencadenar toda su furia sobre Próxtor. ¿Y por qué no?, se dijo al cruzar la mirada con su padre. ¿Qué tenía que perder?

La rabia, como un animal herido de muerte, empezó a reptar por sus tripas. Su respiración se aceleró. Un gruñido ronco, prácticamente inaudible, se escapó de su garganta mientras Próxtor lo contemplaba totalmente relajado, con el asomo de una sonrisa burlona en el rostro. Yáxtor agarró la espada con fuerza y se lanzó hacia adelante.

«¡No!»

El tono fue tan cortante y preciso que el adepto se detuvo a mitad del gesto y se quedó paralizado.

«Estás jugando su juego, idiota.»

Yáxtor frunció el ceño, confuso. ¿Acaso Ámber no quería...?

«Claro que quiero. Mucho más de lo que te puedas imaginar. Es el hijo de perra que me torturó, me obligó a mirar mientras descuartizaba a Déxtor y luego me dejó colgada de mis propias tripas esperando por una muerte que parecía ocupada en otro sitio. Todo lo que tú puedas sentir, Yáxtor, no es nada comparado con lo que siento yo. Precisamente por eso no podemos permitirnos el lujo de perder la cabeza.»

La espada lo había llamado por el nombre, algo que muy rara vez hacía. Solo en ese momento se dio cuenta de que hacía días que Ámber solo le hablaba si él se dirigía primero a ella y que no había vuelto a llamarlo «monstruo mío» o «mi niño malcriado».

Desde que supo lo de Imri, comprendió.

«Increíble. Acabas de elegir el momento perfecto para darte cuenta. Como si no tuvieras cosas más importantes de las que ocuparte. Vamos, Yáxtor, espabila, tu vida y la de tu hija dependen de ello, adepto empírico.»

Ámber escupió las dos últimas palabras con tal violencia que fue casi como una bofetada lanzada al rostro de Yáxtor. Este parpadeó, tomó aire y volvió a enfrentar la mirada de su padre.

Próxtor sonreía como si les hubiera leído el pensamiento a ambos.

—Supongo que querrás tener una buena charla —dijo con indiferencia—. Por qué no. Ya iba siendo hora. Y seguramente será la única oportunidad que tengamos para ello. No la desaprovechemos.

La Reina de Alboné examinó de pies a cabeza a Enviado Cinco antes de despedir a su criado con un gesto de la mano y quedarse a solas con el mensajero de Próxtor. Incluso entonces estableció un cono de aislamiento con los mensajeros de la carneútil real, que dormitaba a su lado.

—Tienes algo para nosotras —dijo luego en tono seco.

Enviado Cinco asintió.

—Se me ha ordenado que te lo entregue a solas y con la máxima discreción.

—¿Dónde está?

—Aquí, conmigo.

La Reina frunció el ceño, como si la respuesta del carneútil no tuviera el menor sentido.

—No lo entendemos.

—¿Me permites, Majestad? —dijo Enviado Cinco mientras se llevaba una mano al antebrazo opuesto.

Al ver el gesto de asentimiento de la monarca, el carneútil posó los dedos sobre su propia piel y pellizcó en diversos lugares de acuerdo a una cierta secuencia. Poco a poco, lo que parecía un pliegue apareció en la piel anaranjada y comenzó a abrirse. En su interior había una ampolla llena de líquido. Los dedos de Enviado Cinco la sujetaron con

extrema delicadeza y la depositaron sobre la mesita que había entre él y la Reina.

El gesto de la Reina pasó del desconcierto a la rabia.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó.

—No se trata de ninguna broma, Majestad —respondió Enviado Cinco, impertérrito—. Se me encomendó este vial. Debía protegerlo con mi vida y entregártelo, únicamente a ti y solo cuando estuviéramos a solas.

La Reina tomó aire muy despacio e intentó tranquilizarse mientras decidía qué hacer a continuación. Culpar al carneútil de lo ocurrido era estúpido. No era más que un mensajero que cumplía con precisión las instrucciones instruidas. ¿Quería eso decir que Próxtor le estaba jugando una mala pasada? De cualquier otro Brandan no se lo habría esperado, pero hacía tiempo que se había dado cuenta de que Próxtor no era como cualquier otro Brandan que hubiera conocido a lo largo de su prolongada vida de sucesivas encarnaciones. La única razón por la que había soportado sus excentricidades, sus caprichos y su retorcido sentido del humor era que se había dado cuenta de que, más allá de eso, Próxtor estaba tan entregado a su misión como cualquier otro miembro de su linaje.

Y sobre todo porque era eficaz. Sus métodos podían ser peculiares, crueles y a veces salvajes, pero obtenía resultados.

Miró al carneútil, quien esperaba sus instrucciones, totalmente relajado, ajeno a cualquier posibilidad de peligro. ¿Había juzgado mal a Próxtor?, se preguntó. ¿Había calculado mal el alcance de su herramienta y no había sabido ver que tenía sus propios objetivos? No, aquello era ridículo.

—¿Eso es todo cuanto tienes para mí? —preguntó al fin.

—Me temo que sí, Majestad.

Se detuvo de pronto y ladeó la cabeza, como acabase de oír un ruido repentino.

—Discúlpame, por favor —dijo luego—. No, no es todo. Acabo de darme cuenta de que llevo encima un mensaje embebido en mis mensajeros. Con tu permiso, lo transmitiré.

La reina asintió y, casi al instante, las facciones del carneútil empezaron a cambiar, se hicieron fluidas y se reordenaron hasta tener el aspecto de Próxtor Brandan. Una sonrisilla mordaz ocupaba su boca.

—Sé que no era esto lo que esperabas, Majestad —dijo Enviado Cinco con la voz de su amo—. Pero es lo que necesitas. En la ampolla que mi emisario te ha entregado está cuanto hace falta para que alcances tu objetivo. No tienes más que ingerir su contenido. Te aconsejo que esperes a la noche, justo antes de acostarte. Será el mejor momento. Los mensajeros disueltos en el líquido modificarán tu cuerpo del modo adecuado. Cuando despiertes a la mañana siguiente, controlarás tus mensajeros como si fueras un carneútil... y los generarás igual que ellos los generan. Eso es lo que querías, al fin y al cabo; es lo que Brandan Léister te prometió. Te lo entrego.

Pero la reina no parecía nada contenta. Su ceño se había ido frunciendo a medida que el mensaje era entregado verbalmente, y su respiración se volvía más agitada por momentos.

—Eso no es que lo te pedimos. Necesitamos a la niña —dijo con voz glacial.

—No, Majestad, no la necesitas —respondió el carneútil, aún con la voz de Próxtor—. Aposté conmigo mismo a que esta sería tu primera reacción y veo que no me equivocaba. Como sea, no te la entregaré. No te hace falta para nada. Si la quieres es solo para perpetuarte en ella y asegurarte así que nadie más que tú y tus sucesivas encarnaciones

puedan crear mensajeros. Ese no fue el trato original. Nunca lo fue y lo sabes bien. Tendrás lo que pediste: serás capaz de crear mensajeros y podrás transmitir esa capacidad a tus descendientes, pero nunca se habló de impedir que otros humanos consiguieran lo mismo. No entregaré a mi nieta. —De pronto había algo duro y afilado en la voz simulada de Próxtor—. Los Brandan ya te hemos dado más que suficiente. La deuda que pudiéramos tener contigo está saldada de sobra con el contenido de esa ampolla. Tómala o tírala. Haz con ella lo que quieras. Mi labor como tu herramienta ha terminado. Los Brandan ya no estamos a tu servicio.

Enviado Cinco guardó silencio y sus facciones recuperaron su aspecto anterior. Se quedó completamente inmóvil, los ojos clavados en la reina, como si esperase una orden.

El único sonido que había en la habitación era un gruñido bajo, áspero, como el de un animal malherido, y salía de los labios apretados de la Reina.

Según todas las apariencias, los carneútiles piensan, aman y sufren igual que los humanos. «Solo parecen hacerlo», se suele decir. Sin embargo, eso es lo más que podemos decir de cualquiera que no seamos nosotros: nuestra esposa solo parece amarnos cuando nos da placer, nuestro hijo solo parece sufrir cuando se golpea, nuestro consejero solo parece pensar cuando se enfrasca en su trabajo. Así pues, ¿con qué seguridad somos capaces de afirmar que los carneútiles «solo» parecen sentir y pensar?

Son, desde cualquier punto de vista que importe, como nosotros.

Su única carencia es la de la voluntad.

Y sin embargo, a veces nos preguntamos si eso es cierto. Si solo parecen carecer de voluntad por pura comparación. Si mañana desapareciéramos del mundo, ¿los carneútiles encontrarían tal vez eso de lo que ahora creemos que carecen? ¿Serían capaces de crear su propia civilización, sus propias reglas?, ¿podrían convertirse en los dueños de sus propias vidas?

Nunca lo sabremos. Mientras estemos aquí, eso será imposible. Y, cuando no estemos, no nos importará lo que ocurra.

—La Reina de Alboné en su decimoquinta encarnación

Avanzadilla se había camuflado sin problemas entre el resto de los carneútiles del burdel. Dado que rara vez estaban todos juntos, a nadie se le ocurriría ponerse a contarlos salvo que viera una cara nueva; y se había asegurado de que eso no ocurriese. Aunque pasaba la mayor parte del tiempo a solas en las habitaciones comunes, cuando tenía que salir le bastaba con asegurarse que la carneútil por la que se estaba haciendo pasar no estuviera en el mismo lugar; algo sencillo con la eficaz red de comunicación por mensajeros que había establecido dentro del grupo.

En los días pasados allí había aprendido mucho sobre las ansias y deseos de los humanos, que era justo lo que pretendía cuando había dirigido sus pasos hacia aquel lugar. Había elegido la casa de Mishra porque tenía fama de ser la mejor, con la clientela más variada y excéntrica de todo el continente primigenio.

Estar todas las noches sometida a aquella amalgama de impulsos, necesidades, ansias y deseos humanos había hecho que Avanzadilla afinase su propia voluntad y aprendiera a escudarse cada vez mejor de la humana. Tres o cuatro días más, calculaba, serían suficientes y luego podría irse de allí.

Tendría que tomar entonces una decisión. ¿Liberaba a sus hermanos y hermanas, o los dejaba abandonados a su suerte de juguetes impotentes en manos de la lujuria humana? Desde su fracaso en el continente occidental había aprendido a tomarse las cosas con calma y trabajar en las sombras y, ciertamente, le resultaría muy difícil conseguir que pasara desapercibida la súbita desaparición de todos los carneútiles del mejor burdel de Lambodonas.

El sentido práctico, por tanto, le decía que era mejor irse por su cuenta, pero algo dentro de él gruñía inquieto cada vez que pensaba en ello. Si la idea de que sus hermanos y hermanas estuvieran sometidas a la voluntad humana le resultaba cada vez más difícil de sobrellevar, verlos transformados en títeres de sus bajas pasiones era más de lo que podía aguantar.

Sin embargo, algo ocurrió la tercera noche de su estancia en la casa de Mishra que lo cambió todo. Hasta entonces, ocupada en pasar desapercibida y en estudiar la ciudad de Lambodonas, apenas había prestado atención a los diferentes clientes que pasaban por allí. En ese momento empezó a ser consciente de una presencia habitual, un aroma concreto y particular que había estado en aquel lugar desde su llegada, pero que no había percibido hasta el momento.

No era un cliente, se dijo, sino algo más. Un cliente no estaría allí por las mañanas ni acompañaría a Mishra en el almuerzo. Ni, mucho menos, compartiría con ella su lecho casi todos los días.

Hasta entonces, cuando se había hecho pasar por uno de los carneútiles del burdel, había procurado elegir siempre alguien sin importancia, cuyo contacto con los clientes y el personal de la casa fuera lo más superficial posible. Aquel día, sin embargo, se arriesgó a simular a la camarera personal de Mishra y se las arregló para estar presente durante buena parte de la comida entre esta y el comandante Fléiter Praghem. Estaba hecha un manojo de nervios, al borde de un ataque de pánico cada vez que Mishra la miraba, convencida de que había descubierto su superchería, pero el almuerzo transcurrió sin incidentes y Avanzadilla pudo relajarse cuando volvió a las habitaciones comunes de los carneútiles.

Fléiter Praghem. Saboreó el nombre muy despacio. Lo gracioso era que el occidental no le era en absoluto desconocido. Aunque de forma breve, habían llegado a coincidir en Kyono-jo tras el desenlace de la conjura de Tairuname. Praghem había llegado a Honoi al frente de un pelotón de adeptos empíricos y se había quedado en la ciudad unos días.

Si la memoria no la engañaba, el occidental era amigo de Yáxtor Brandan, un nombre que despertaba ecos inquietantes en la mente de Avanzadilla. A aquellas alturas estaba convencido de que podía resistir el influjo de cualquier mente humana, no importaba lo poderosa que fuera, pero cuando pensaba en Yáxtor la asaltaban las dudas y ya no se sentía tan confiada.

Praghem era interesante por sí mismo. Era miembro del Capítulo de Información de la Confederación Occidental y mantenía lazos muy estrechos con los adeptos empíricos. Uno de los principales motivos por los que Avanzadilla había ido a Lambodonas era precisamente el de infiltrarse en los adeptos empíricos para poder averiguar cuanta información tuvieran estos acerca de los suyos, por no mencionar sobre los bosqueoscuros, su origen y su desarrollo.

Y, tras sus investigaciones, una vez asimilada la información que sus agentes dispersos por Lambodonas le habían traído, estaba seguro de que Praghem era la oportunidad perfecta. Cercano a los adeptos empíricos, pero no uno de ellos; con acceso a sus archivos, pero no sometido a su disciplina ni a un escrutinio tan intenso como lo estaría un adepto.

Sí, perfecto, se dijo. Siempre, por supuesto, que pudiera hacerse pasar por él con exactitud, sin fallos. Y eso no iba a ser tarea de un día o de dos. Tendría que prolongar su estancia en casa de Mishra lo suficiente para que su conocimiento de Fléiter Praghem le permitiera suplantarlo sin peligro.

Orston Velhas contemplaba con el ceño fruncido la celda, ahora vacía, en la que habían estado las dos honoyesas.

No, a la reina no le iba a gustar aquello. Ni lo más mínimo.

Se volvió al adepto empírico que lo acompañaba y dijo:

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace unos diez minutos. El tiempo de ir a buscarte para informarte, Adepto Supremo.

—¿Lo sabe alguien más?

El hombre negó con la cabeza.

—Bien. Nadie más debe saberlo. Tú mismo traerás la comida y retirarás el cubo de deposiciones. Mantendrás la ficción de que ambas siguen aquí y no permitirás que nadie más se acerque.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tanto como considere necesario. Ahora déjame. Cierra la puerta y quédate fuera. Te avisaré cuando quiera salir.

A solas, el Regente se puso en cuclillas y examinó con atención hasta el último rincón de la celda. Luego lanzó sus mensajeros para que hicieran otro tanto.

El informe que estos le proporcionaron era tan preocupante como concluyente. En un instante, las dos mujeres estaban allí y al siguiente habían desaparecido sin dejar rastro. Ninguno. Ni siquiera un débil hilo que se desvaneciera en dirección a la puerta. Como si ambas mujeres hubieran sido transportadas de repente a otro lugar, solo que no había el menor rastro del aroma habitual que dejaban los mensajeros tras activar un portal. Tampoco había el menor rastro de que alguien se hubiera acercado a la celda entre la última visita del guardia y la fuga.

Solo alguien sumamente hábil en el manejo y manipulación de mensajeros podía haber hecho algo así. Y la forma en que los había usado era casi una firma. O, para ser exactos, el negativo de una.

Un agente de campo, un adepto empírico ejecutivo no habría borrado las huellas de un modo tan preciso y definitivo. Se habría tomado la molestia de crear un rastro falso que apuntase a alguna parte, de forma que nadie sospechase en la participación de alguien versado en el uso de mensajeros.

Eso descartaba, por ejemplo, a Yáxtor Brandan, uno de los pocos adeptos ejecutivos con la capacidad necesaria para ejecutar aquella proeza pero, al mismo tiempo, un agente de campo lo bastante curtido para no hacerlo de ese modo.

Lo que dejaba alguien con poca o ninguna experiencia de campo pero lo bastante hábil para ejecutar el truco. Aquella idea apuntaba en la dirección de un artífice. Y la habilidad necesaria para limpiar los rastros de mensajeros de un modo tan preciso y definitivo señalaba a uno solo de ellos.

Maldito seas, Qérlex, se dijo mientras se ponía en pie y llamaba al guardia. ¿Es que no nos has metido ya en suficientes líos?

—Os iréis hoy —dijo Asima—. Siento que no haya podido ser antes, pero estas cosas no son fáciles de arreglar, estoy segura de que lo comprendéis. Al anoecer vendrá alguien a buscaros y os ayudará a cruzar al continente.

Ambas mujeres asintieron mientras se quitaban el embozo. Asima las contempló una

última vez y volvió a preguntarse qué habían visto en Yáxtor, cada una a su modo, para serle leales de ese modo.

Aunque lo que quieres saber realmente es lo que vio Ámber, ¿no es cierto, querida?, dijo una vocecita mordaz en lo más hondo de su mente.

Ah, cállate, viejo tonto.

Sin mirar hacia atrás, Asima se fue y dejó solas a Itasu y Mizuni. Estas esperaron unos minutos casi totalmente inmóviles, mientras el rastro de mensajeros de la Adepta Suprema de la Curación se perdía en la distancia. Solo cuando el último de ellos desapareció, se intercambiaron una mirada y esbozaron una sonrisa nerviosa.

Llevaban casi una semana en aquel almacén cochambroso y maloliente en la zona más vieja de los puertos de Lambodonas. No tenía aspecto de haber sido usado en bastante tiempo. El chapoteo constante de las aguas cercanas y el grito ocasional de algún barquero que pasaba por allí eran lo único que rompía el silencio que las rodeaba.

Itasu examinó a la Chambelán. Estaba acostumbrada a verla aparentemente tranquila mientras bullía de rabia por dentro, sin que nadie más en el mundo fuera capaz de captarlo. Pero se dio cuenta de que no era una de esas ocasiones. Realmente estaba tranquila y no parecía que la traición de Yakisetoru la hubiera afectado lo más mínimo.

Aunque, ¿había sido realmente una traición? Ocupada como había estado hasta entonces buscando un modo de escapar de la celda, Itasu no había considerado la cuestión en profundidad. Y ahora que tenía tiempo comprendía no solo por qué Mizuni se mantenía serena, sino buena parte de lo ocurrido en casa de Imri y que hasta ahora se le había escapado.

Una trampa. De algún modo aquel lugar que parecía el refugio perfecto había sido una trampa tendida para... No, no para atraparlos a los tres, no para que cayeran en manos de los adeptos empíricos. Aquello había sido un extra, tal vez un refinamiento pensado en el último minuto. El verdadero propósito de la trampa era separarlos, hacer que Yáxtor se enfrentase a solas a lo que fuese que le estuviera esperando en el Sur.

Recordó el extraño aroma que sus hermanitos habían captado en el aire; la curiosa forma en que Yáxtor se había comportado. La sensación de irrealidad que la había ido ganando durante buena parte de la noche hasta que al fin había caído en un sueño intranquilo del que, sin embargo, nada la despertó hasta la mañana siguiente, ni siquiera la marcha furtiva de Yáxtor.

Y lo que aquello implicaba...

Vio que Mizuni asentía, complacida, como si hubiera seguido el hilo de sus pensamientos. Itasu frunció el ceño:

—¿El padre?

Mizuni asintió.

—Cada vez lo veo más probable.

En cualquier caso, se dijo Itasu, ¿qué podían hacer ahora? Aunque el viaje hacia el Sur era largo y accidentado, a aquellas alturas lo más probable era que Yáxtor ya hubiera llegado a las Siete Torres. Si tenía razón y allí era donde estaba su padre, ya se habría enfrentado a él y habría ganado o perdido.

No había gran cosa que ellas pudieran hacer. Incluso aunque pudieran llegar al Sur de un modo instantáneo, algo imposible, seguramente ya era tarde. Tendrían que resignarse a

que el agente de Asima las sacara de Alboné y luego... ¿Volver a Honoi, humilladas, vencidas y tal vez convertidas en objetivos de la ira del emperador? ¿Declararse proscritas y ocultarse mientras confiaban en que Yáxtor tuviera éxito?

—Me niego a darme por vencida —dijo la Chambelán, siguiendo de nuevo los pensamientos de Itasu—. No dejaré que Yakisetoru se enfrente solo a su padre. Recuperaremos a Yakizuni. Los tres. Juntos.

—¿Cómo? —preguntó Itasu.

—Nos transportaremos.

¿Un portal? ¿Adónde? ¿Al otro extremo del mundo? ¿Al único lugar de Érvinder donde, una y otra vez, se había demostrado que los portales no funcionaban?

—No es imposible —insistió Mizuni—. Exigirá buena parte de nuestros hermanitos y nos dejará débiles. Pero podremos recuperarnos.

Pese a todo, Itasu consideró la idea.

—Pero... ¿adónde? —dijo—. No tenemos un lugar exacto al que ir, carecemos de coordenadas precisas. No sé mucho sobre las Siete Torres, pero es que nadie lo sabe. Todos los que han tratado de transportarse al interior del perímetro circunscrito por ellas han fallado.

—Lo sé. Como si algo allí los hiciera rebotar y los enviara de vuelta al lugar del que vinieron. Y es precisamente eso lo que me ha dado una idea, un modo de llegar. —Tomó aire muy despacio—. Será peligroso.

—Eso no me importa. Cuéntame.

—Apuntaremos a las coordenadas de la torre más oriental. Es cierto que no seremos muy exactas, pero tenemos una idea lo bastante aproximada de dónde vamos y nuestros hermanitos pueden hacer el resto de los cálculos por nosotras. Chocaremos, por supuesto. El campo nos rechazará e intentará devolvernos al otro extremo del portal. Solo que para entonces no habrá «otro extremo» al que volver. El portal estará cerrado.

Itasu abrió los ojos de par en par, incapaz de creer lo que Mizuni proponía.

—¿Pretendes que el portal se cierre justo en el instante posterior al salto? Si no lo calculamos bien...

—Entonces, asegúrenos de haberlo calculado bien.

—Aunque así sea, el campo que rodea las torres, suponiendo que sea un campo, nos repelerá.

—Es posible. O nos atomizará o nos carbonizará, o nos lanzará al otro extremo del mundo. No lo sé. Pero tal vez se limite a empujarnos fuera del perímetro que protege y a mandarnos de vuelta por el portal, pero al no existir este no podrá devolvernos a nuestro lugar de origen. Nos dejará lo bastante cerca para que podamos entrar a pie.

—¿Estás segura?

—No.

Itasu asintió.

—De acuerdo —dijo—. Lo haremos.

Mizuni no dijo nada. Se limitó a mirar a la otra mujer con una sonrisa indecisa en el rostro. Luego, la Ingtze se acercó a ella y ambas se fundieron en un abrazo.

Somos mucho más esclavos de nuestra biología y fisiología de lo que creemos. De hecho, lo somos tanto que a veces la idea del libre albedrío no parece más que una broma. Y no precisamente graciosa.

—Próxtor Brandan

Yáxtor Brandan comprobaba con la yema de los dedos la textura de las paredes, hechas de un material que no había visto jamás. No era metal, madera ni piedra, eso estaba claro. De hecho, sus mensajeros insistían en decirle que las cuatro paredes, el suelo y el techo componían una única y gigantesca molécula, lo cual parecía imposible.

Sin duda se trataba de algún tipo de material sintético, pero eso no significaba gran cosa. No conocía un solo artífice capaz de crear algo comparable a aquello.

El cuarto era pequeño pero cómodo. Una cama en un extremo, un lavabo, una ducha y un excretorio al otro y, en el medio, una mesa que lo mismo podía usarse para comer que como escritorio. Una pequeña ventana circular sobre la cama mostraba el inevitable paisaje de estrellas que lo acompañaba a todas partes desde que había llegado a la Atalaya.

Poco antes de mostrarle el cuarto y despedirse, Próxtor le había explicado el día anterior dónde estaban pero, aunque comprendía intelectualmente la idea, le era casi imposible imaginársela.

—Imagina una torre tan alta que sobrepasa incluso la atmósfera del mundo y cuya cima está en el espacio, entre las estrellas. Sí, lo sé, me dirás que el propio peso de la torre la haría desplomarse sobre sí misma. Pero en realidad no descansa sobre el mundo. Su parte central, que es donde estamos, se encuentra a tal altura que está en órbita, una órbita sincronizada con la rotación del mundo. Sus dos extremos parten de ahí, uno en dirección al espacio y el otro hacia el mundo, contrapesándose el uno al otro. La Atalaya no se apoya en el mundo, solo parece hacerlo porque rota a la misma velocidad que este, siempre sobre el mismo punto.

Sí, entendía la idea, por supuesto. No era ningún experto en mecánica celeste, pero conocía las matemáticas básicas para suponer que algo así, con los materiales adecuados, era posible.

Pero precisamente ese era uno de los problemas. ¿Qué materiales? Y ¿cómo había sido construida? Una estructura así tendría que ser erigida en órbita y, hasta donde sabía, no había medio alguno conocido por los hombres para llegar a esa altitud.

Si consideraba la idea, podía aceptar una civilización con recursos suficientes para crear algo así. Pero aceptarlo y asimilarlo eran cosas muy distintas. Suponer que estaba a más de treinta y cinco mil kilómetros de altura sobre el mundo, ver este como algo minúsculo, abajo en la lejanía, sentir que lo único que se interponía entre él y una muerte casi instantánea por asfixia e hipotermia eran unos pocos centímetros de aquel extraño material...

—Fue tu bisabuelo el que dio con la Atalaya —le había dicho Próxtor—. No sé exactamente cómo. El viejo cabrón nunca puso eso por escrito. Por supuesto, tenía ciertas

pistas, viejas leyendas sobre Pie del Cielo, incluso algunas anotaciones un tanto crípticas en el cuaderno de bitácora de Mag'kán Ellnes. Pero nada de todo eso nos dice cómo logró desentrañar el sistema de portales que une la base de la Atalaya con la torre central de las siete y a cada una de las otras con determinados lugares del mundo. A veces pienso que lo descubrió de pura casualidad y que dejar constancia de eso le parecía demasiado humillante, así que mantuvo el asunto en secreto. Eso sería muy propio de la familia, ¿no crees, muchacho?

«Basta. Deja de darle vueltas. Cómo y por qué existe esto no es importante.»

Ámber tenía razón, por supuesto. En vida, solía tener razón con preocupante frecuencia, y era un hábito que la muerte no había interrumpido. De no ser por ella se habría dejado llevar por la rabia y estaba seguro de que las consecuencias no habrían sido buenas. Su padre era un adversario formidable, algo que enseguida había resultado evidente y no iba a ser a base de pura fuerza bruta y violencia como podría vencerlo.

«Bien, mucho mejor», dijo Ámber. Su voz ya no sonaba fría y cortante, sino calmada y algo entristecida. «No eres tonto, nunca lo has sido. Tenlo en cuenta y no te precipites. Juega a tu modo, no al suyo; no a su juego ni con sus cartas.»

Otra vez tenía razón. Sin embargo, no estaba seguro de que lo que Ámber proponía fuera posible. Su padre había dejado bien claro desde el primer momento que su control sobre los mensajeros era muy superior al de Yáxtor.

—Solo hay una cosa en la que me aventajas, hijo —le había dicho—. Eres capaz de producir tus propios mensajeros y yo tengo que conformarme con los que encuentro a mi alrededor. Por lo demás... bueno, ya lo has descubierto por ti mismo.

Yáxtor no había tardado en darse cuenta de que los mensajeros que producía y que luego iba perdiendo poco a poco con la transpiración, en un proceso automático, dejaban de ser suyos en cuanto abandonaban su cuerpo y se ponían a las órdenes de su padre. Todos sus intentos por recuperarlos se habían revelado como infructuosos.

Al final no le había quedado más remedio que controlar lo que hasta entonces había sido un proceso inconsciente y retener sus mensajeros en su interior. De momento había tenido éxito, pero tenía la sensación inquietante de que era solo porque Próxtor no se había molestado en inmiscuirse en el asunto.

Cuando su padre lo dejó a la puerta de la habitación con una última sonrisa irónica, la mente de Yáxtor era un hervidero confuso de preguntas sin respuesta y decisiones que no sabía cómo tomar. Había pasado la noche, si es que «noche» era un concepto aplicable en aquel lugar, en una duermevela tensa e inquieta. Y las cosas no habían mejorado mucho por la mañana.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó en voz alta.

«No lo sé. Lo que sé es que estás dejando que él lleve el ritmo, que tome las decisiones. Tú no eres así, nunca permitirías eso. Muévete, haz algo. Ponte en movimiento, toma la iniciativa.»

Se puso en pie y atisbó por el ventanuco redondo. Se preguntó una vez más qué podía hacer. Ámber estaba en lo cierto. No podía limitarse a quedarse inmóvil. Por otro lado, estaba en un lugar que desconocía, enfrentado por primera vez en su vida a alguien cuyo control de los mensajeros era muy superior al suyo.

«Eres algo más que lo que haces con tus mensajeros, monstruo mío. ¿O no?»

No fue solo el deje burlón que había en la pregunta, sino oírse llamar «monstruo mío»,

lo que hizo que Yáxtor reaccionase. El vínculo seguía ahí, se dijo, pese a todo, seguía ahí. Y solo en ese momento se dio cuenta de cuánto lo necesitaba, de que sin esa presencia racional y burlona, indómita, no estaba completo del todo.

«No te entusiasmes.»

Pese a todo Yáxtor sonrió. Además, Ámber estaba en lo cierto de nuevo. Era algo más que simplemente alguien que producía sus propios mensajeros y los manipulaba con habilidad. Tenía una mente entrenada, disciplinada y bien afinada. Shércroft se había encargado de ello cuando no era más que un adolescente. Tenía todo lo que había aprendido durante sus años como adepto empírico ejecutivo, todo lo que había asimilado en su periodo de formación, todo lo que el contacto con otras personas le había enseñado, sobre sí mismo y sobre el mundo.

Shércroft. Ámber. Endra. Ítur. Adunor. Fléiter. Orston y Qérlex. Sí, incluso Asima.

Y, sobre todo, Itasu y Mizuni.

No era el momento de quedarse allí reflexionando sobre lo que Próxtor le había contado, examinar el material de las paredes o preguntarse quién había colgado aquella Atalaya sobre el mundo. Era el momento de reaccionar, tomar las riendas de su vida y recuperar a Yakizuni.

Con una sonrisa torcida, Yáxtor dejó la habitación. Dudó unos segundos en el pasillo. En realidad, daba igual la dirección que tomase. En aquellos momentos se limitaría a explorar, a trazar un mapa del lugar en el que estaba y reconocer sus confines. Próxtor no le había prohibido que lo hiciera, ni había intentado retenerlo en sus habitaciones. De hecho, se comportaba con Yáxtor como si él mismo lo hubiera invitado y le había dado paso franco a cualquier parte de la Atalaya que quisiera visitar.

Su arrogancia es su punto débil, se dijo.

«¿Y si no tiene puntos débiles?»

Yáxtor no respondió. Pasó las siguientes horas recorriendo el lugar, solo para darse cuenta de lo inmenso que era. Podía estar años explorándolo sin haberlo recorrido por completo.

Se dio cuenta de que aquella torre no había sido concebida para que la habitasen una o dos personas, sino cientos de ellas, tal vez miles. En el tramo que exploró había docenas y docenas de habitáculos y viviendas. Vio espacios comunales, campos de juegos, comedores y lo que parecían lugares de recreo. Cuando pensaba en que Próxtor le había dicho que la Atalaya tenía veintisiete cubiertas y comprendía que solo estaba explorando una pequeña parte de una de ellas, se daba cuenta de la ingente cantidad de espacio que había a su alrededor. No todas eran del mismo tamaño a causa de la forma esferoidal de la Atalaya, pero incluso teniendo eso en cuenta, la cantidad de espacio era casi inconcebible. Tuvo la sospecha de que todos los habitantes de Lambodonas podrían haber sido transportados a aquel lugar y aún habría quedado espacio para más.

También encontró varios almacenes, buena parte de ellos vacíos. Pero dos de ellos...

Nunca había visto tantos embriones de carneútil juntos, apiñados unos contra otros en incontables estantes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Solo en aquellos dos almacenes tenía que haber más de dos mil embriones. Y Yáxtor estaba seguro de que no eran los únicos.

Además, parecían en buen estado, justo al borde de la maduración. Yáxtor se acercó a

uno de ellos e intentó tocarlo, pero una delgadísima capa, elástica pero sorprendentemente resistente, se interpuso entre sus dedos y la fruta del bosque oscuro.

¿Algún tipo de estasis? ¿Congelados de algún modo y en espera del momento adecuado para ser reactivados?

«Tiene un ejército de carneútiles a su servicio», dijo Ámber.

—Quizá —murmuró Yáxtor, con la sensación de que se trataba de algo más.

Salió del almacén tras un rápido vistazo al tablero de mandos junto a la puerta y volvió al pasillo. Se detuvo un momento y miró a su alrededor. De pronto se estremeció, contuvo un jadeo de sorpresa, giró a su izquierda y echó a andar con rapidez.

«¿Adónde vas?»

Al contrario que antes, ahora caminaba con rumbo fijo, como si hubiera tomado una decisión repentina. Estuvo a punto de no responder a la pregunta de la espada. Él mismo encontraba la respuesta ridícula, y sin embargo...

—Yakizuni me está llamando —dijo al fin.

«Es un bebé», dijo Ámber, escéptica. «No puede llamar a nadie. Además, aunque lo hiciera, no podrías oírla. No desde aquí.»

—Me está llamando —insistió Yáxtor, sin dejar de caminar.

Ámber guardó silencio.

Diez minutos más tarde llegaba a la habitación del mirador donde había visto a la niña por primera vez. Abrió la puerta y oteó a su alrededor, temeroso de que Próxtor estuviera allí. Para su alivio, los únicos ocupantes de la sala eran Yakizuni y un carneútil que le estaba dando el biberón.

El bebé terminó súbitamente de chupar, como si hubiera sentido la presencia de Yáxtor. El carneútil, indeciso, miró a este un instante, se encogió de hombros y se hizo a un lado. Colocó el biberón en un estante y luego se fue de la habitación.

Yáxtor se acercó muy despacio a la cuna. La niña lo estaba mirando, enormemente seria, solemne. Cuando Yáxtor se detuvo a su lado, el bebé alzó un brazo y extendió la manita. Yáxtor tomó aquellos dedos minúsculos entre los suyos.

De pronto, fue como si lo sacudiera una descarga eléctrica. Una amalgama de imágenes y sonidos inundó su mente y el adepto tuvo la sensación de que el mundo desaparecía a su alrededor. Intentó concentrarse, tratar de encontrarle un sentido a aquel carrusel enloquecido de imágenes vertiginosas y sonidos sin articular, pero no lo consiguió.

«Es un lenguaje», dijo de pronto Ámber.

—¿Qué lenguaje?

«El de alguien que no ha aprendido todavía a hablar.»

Yáxtor frunció el ceño. Agarrado a la pared, parpadeó, hizo un esfuerzo para no prestar atención a las imágenes y clavó los ojos en los de su hija. ¿Asentía? ¿Estaba asintiendo?

«Un lenguaje no verbal, una secuencia de imágenes y sonidos sin articular», insistió Ámber. «Necesitamos un traductor.»

—¿Puedes crear uno?

«¿Qué crees que hacemos los carneútiles para comunicarnos con los humanos? Dame un minuto.»

Yáxtor así lo hizo. Sintió que la secuencia de imágenes y sonidos se repetía, como si la niña estuviera diciendo lo mismo una y otra vez. ¿Una pregunta, tal vez? Ámber le avisó

al cabo de un rato de que el traductor estaba listo. Fue como si un filtro espeso se interpusiera entre él y el torrente visual. Seguía siendo consciente de él, pero ahora parecía lejano.

Oyó una voz infantil y, al mismo tiempo, fue consciente en ella de una extraña veta de madurez que, sin saber por qué, lo hizo sentirse triste.

—Hola, padre. Te has tomado tu tiempo.

Lo siento, pensó. He intentado llegar lo antes posible.

—¿Por qué mamá no está contigo?

Absurdo. Era un truco. Sí, una triquiñuela de Próxtor. Yakizuni no era más que un bebé. Ni siquiera había cumplido un año, por la Teja, era imposible que fuera capaz de comunicarse con tanta coherencia.

«Es vuestra hija, tuya y de Mizuni», dijo Ámber, mordaz. «¿Acaso esperabas un bebé normal? Por no mencionar lo que le haya podido hacer tu padre.»

Yáxtor sintió como propia la tristeza enorme que bañaba la voz de Ámber.

Déxtor, pensó. Y comprendió lo que ella estaba pensando, lo terrible que tenía que ser ver a aquella niña viva, sana y sonriente mientras lo único que quedaba del pequeño Déxtor eran cenizas llevadas por un viento que ya no soplabá.

«Próxtor te robó tu cordura, pero te dejó con vida y con la posibilidad de recuperar tu mente. Y a mí me mató, pero al menos ya había vivido. Pero a él... se lo arrebató todo antes de que pudiera tener la posibilidad de tener nada. Le robó todo su futuro. Y disfrutó cada momento. No lo olvides nunca.»

Yakizuni alzó de nuevo la mano minúscula y rozó con la punta de los dedos las lágrimas que resbalaban por la mejilla de su padre. Lágrimas que en cierto modo no eran de Yáxtor, o al menos no solo suyas, sino de Ámber, como si, atrapada en la espada y carente de rostro propio, estuviera usando el del adepto para dar salida a sus emociones.

«Ya lloraremos a los muertos otro día», la oyó al cabo de un rato. «Ahora tenemos otras cosas de las que ocuparnos.»

Yáxtor se limpió las lágrimas y sonrió.

No creo que conozca nunca a nadie tan cerca como tú.

«Claro que no.»

El adepto centró entonces la atención en aquel rostro redondo y sonrosado, aquellos ojos de un azul tan intenso que casi quemaba. Sin darse cuenta de lo que hacía, sonrió. El bebé, como si fuera un acto reflejo, le devolvió la sonrisa.

—Hola, mi amor —susurró—. Siento haber tardado tanto. Pero estoy aquí.

Algo había convertido sus entrañas en un nudo apretado imposible de desatar. Le costaba trabajo respirar y hasta articular una palabra era un proceso casi imposible. ¿Qué demonios...?

Ahora fue la niña quien le sonrió a él. En respuesta, su corazón empezó a latir como un caballo al galope y se dio cuenta de que mucho tiempo atrás, en otro mundo, en otra vida, tal vez incluso en otra piel había sentido algo casi idéntico a lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. Y un dolor nuevo y al mismo tiempo familiar se extendió por todo su cuerpo.

—Para hacerte daño tendrán que matarme a mí primero —murmuró casi sin darse cuenta.

No es lo que pensamos ni lo que sentimos ni lo que recordamos lo que nos define ante los ojos de los demás. Es aquello que hacemos. Todo lo demás resulta irrelevante.

—Yan Fleng

Cuando Enviado Cinco regresaba al túmulo descubrió que había una pareja de humanos paseando su perro por la zona, así que siguió su camino, esperó y volvió a pasar dos horas más tarde. El lugar estaba entonces vacío, pero se dio cuenta de que se acercaba un grupo de campistas, así que decidió no correr riesgo alguno y pasó de largo.

Regresó bien entrada la noche. Tal como esperaba, no había nadie en las cercanías. Por si acaso, realizó un cuidadoso examen de los alrededores antes de aproximarse al túmulo. Estaba a punto de lanzar sus mensajeros para abrir la entrada cuando oyó un ruido a sus espaldas.

Casi una docena de humanos se materializaron de entre las sombras. Enviado Cinco miró a su alrededor, tratando de decidir qué hacer. Uno de los humanos avanzó hacia él, se quitó la capucha negra y lo contempló largo rato.

—¿Es este? —preguntó.

—La firma de sus mensajeros es inconfundible, Numero Uno —dijo alguien tras él—. Pasó al mediodía y volvió a pasar en sentido opuesto un par de horas más tarde.

El hombre asintió pensativamente.

—No tenemos el menor deseo de hacerte daño —dijo luego a Enviado Cinco—. Somos conscientes de que no eres más que un mensajero y no somos de los que culpamos al mensajero por las malas noticias. —Se oyó una risita entre dientes tras él—. Pero necesitamos que nos digas cómo abrir la puerta. Y haremos lo que sea necesario con tal de conseguirlo.

Enviado Cinco miró a su alrededor y comprendió que no tenía salida. En un caso así las instrucciones del amo eran claras. Debía acabar con su vida lo antes posible. En una cavidad de uno de sus dientes había un racimo de mensajeros adiestrados con el único propósito de desnaturalizar sus proteínas cerebrales. Lo único que tenía que hacer era liberarlos.

Para su sorpresa, descubrió que no podía. De hecho, era incapaz de realizar el menor movimiento. Indefenso, vio que uno de los humanos se le acercaba, le abría la boca y le extraía el diente hueco.

—Muy típico de Próxtor —murmuró el que parecía el líder—. Nos vas a decir lo que queremos, créeme —añadió luego en dirección a Enviado Cinco—. Es mejor para ti que lo hagas lo antes posible.

El carneútil no respondió.

—Lo comprendo. No es culpa tuya. Debes obedecer al amo. Con tiempo y paciencia podríamos romper ese condicionamiento. Por desgracia, si bien somos pacientes, no disponemos de mucho tiempo. Esto va a ser doloroso para ti. Llévao. Que sea rápido.

En silencio, sin decir una palabra, la agente de Asima las había ayudado a salir de Lambodonas y las había llevado hasta el sur, hacia la costa. Solo entonces les dijo que un barco las estaba esperando allí para llevarlas al continente, concretamente a la parte norte de Ythylia.

El viaje en barco había sido apacible y, habían desembarcado de noche, arropadas en la oscuridad. La agente de Asima les dejó ropa y provisiones y luego volvió a embarcar sin una palabra.

Itasu y Mizuni habían esperado a que se fuera antes de intercambiarse una mirada y asentir. Aquellos eran un lugar y un momento tan bueno como cualesquiera otros para intentar abrir un portal hacia el Sur.

Crear el portal había sido cosa de niños. Atreverse a cruzarlo, algo más difícil.

En cuanto al resultado...

Fue como si el mundo las rechazase de repente y las enviara al olvido. A su alrededor todo era vertiginoso, afilado, violento; un caos de formas y colores sin sentido que se movía demasiado rápido.

Terminó de repente. Algo las golpeó una última vez y de pronto las devolvió al mundo.

Agotadas, al principio no fueron capaces ni de abrir los ojos. Cuando lo consiguieron solo pudieron distinguir un paisaje borroso que se enfocaba lentamente. Tardaron varios minutos en comprender que estaban tendidas sobre una loma baja cubierta de tierra reseca. A su alrededor se extendía un silencio que era casi ominoso, como si la vida no se atreviera a aventurarse en aquel lugar.

Poco a poco se pusieron en pie. Se miraron y sonrieron.

—Aquí estamos —dijo Itasu.

—Sea donde sea —añadió Mizuni.

—Bueno, al menos estamos. Ya es algo. —Miró al cielo—. No falta mucho para el amanecer. Supongo que es mejor que esperemos hasta entonces para saber dónde estamos. Y, mientras tanto, estaría bien que repusiéramos fuerzas.

Se sentaron mientras Itasu abría un morral y sacaba de allí las viandas que les había dado la agente de Asima. Se encogió de hombros y dispuso el agua y los alimentos frente a ella.

—No tiene mal aspecto —dijo—. Y no nos vendrá mal.

Mizuni no respondió. Itasu se daba cuenta de que la Chambelán estaba incluso más agotada que ella. Al fin y al cabo, ella podía disponer de los mensajeros de su hermanita para que aliviaran su cansancio, un lujo del que Mizuni carecía. Sus hermanitas habían sido destruidas hacia un año, durante el ataque de los Oruntarui y lo que pendía desde entonces de su costado no eran más que simples espadas.

—Será mejor que duermas un rato —dijo Itasu cuando dieron cuenta de la comida—. Yo haré la guardia.

Mizuni parecía a punto de negarse, pero de pronto se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón —dijo—. Tenemos que ser prácticas. Por encima de todo debemos ser prácticas. No nos podemos permitir otro comportamiento.

Poco después, dormía hecha un ovillo con la cabeza apoyada en los muslos de Itasu,

quien contemplaba aquellas estrellas extrañas con el ceño fruncido.

Desde luego, estaban en el sur, se dijo, como demostraban las constelaciones desconocidas. Pero ¿en qué parte? Si el plan de Mizuni había tenido éxito, estaban al este del círculo de siete torres, no muy lejos de la costa oriental del continente. Pero en realidad, no tenían manera de saberlo.

Poco a poco, el cielo empezó a aclararse. El cuerpo de Mizuni se agitó, como si algo la perturbase, y soltó un gemido. Luego, se relajó de repente y siguió durmiendo.

Qérlex Targerian estampó su firma al pie de un nuevo documento y lo posó en la pila que tenía a su derecha. Se frotó los ojos, tomó aire y se preguntó qué hacer a continuación.

De pronto, se dio cuenta de que no estaba solo. Orston Velhas lo contemplaba desde el umbral con el ceño fruncido. Qérlex fue consciente de que el Regente venía acompañado. Dos guardias esperaban tras él en el pasillo.

—Te has tomado tu tiempo —dijo el Adepto Empírico Supremo.

Orston les indicó a los guardias con un gesto que esperasen, entró en la oficina y cerró la puerta. Miró largo rato a Qérlex en silencio, como si temiera las consecuencias de sus propias palabras.

—¿Eres consciente de lo que has hecho? —preguntó al fin.

Qérlex asintió.

—Más de lo que crees —respondió—. Soy consciente de todo lo que he hecho, y eso incluye todo lo que hicimos juntos al servicio de la Reina. Créeme, Orston, no hay nadie en el mundo más consciente que yo de sus actos.

—Has ayudado a escapar a dos prisioneras de la Reina.

Qérlex sonrió.

—Eso, y muchas otras cosas. Sí, he ayudado a escapar a dos prisioneras a las que ibas a ejecutar sin que hubieran cometido ningún delito. Nada menos que una comandante de los Ingtze y a la Chambelán del emperador de Hanoi, por si eso fuera poco. Una funcionaria de rango superior de una nación con la cual hemos establecido una alianza diplomática y política mediante un matrimonio de ambos monarcas. Si no quieres hablar de las implicaciones morales del asunto, piensa en el infierno diplomático que habrían significado sus muertes. Sé práctico. Al fin y al cabo fuiste un adepto empírico: ser práctico debería ser tu segunda naturaleza. O la primera.

Orston meneó la cabeza.

—Nadie les habría tocado un pelo de la cabeza —afirmó—. Me habría asegurado de ello.

—¿Cómo? ¿Convenciendo a la Reina? ¿Crees que eso es posible? ¿Alguien ha sido capaz de hacerla cambiar de parecer una vez se ha decidido?

—Como sea, no es asunto tuyo —dijo el Regente, negándose a que Qérlex lo arrastrara a una discusión que no podía tener un final satisfactorio—. Ya fue bastante grave que copiaras los recuerdos de Yáxtor...

—¿Grave? Lo grave fue la forma en que lo expurgamos de ellos y lo vaciamos de su humanidad.

—¡Basta, Qérlex! No he venido aquí a discutir sobre lo que pasó hace siete años.

—Entonces, ¿a qué has venido? He hecho lo que consideraba correcto y no me

arrepiento de ello. Toda mi vida he creído servir a un propósito superior, me he entregado a una causa que creía que merecía la pena. No soy muy listo, seguramente por eso he tardado tanto en comprender que esa causa no pueden ser los caprichos de una mujer de mil quinientos años que no tengo claro que ponga el bien de Alboné por delante del suyo. La causa a la que sirvo no sacrifica inocentes en el altar de un propósito que nadie parece conocer. Así que si quieres detenerme, hazlo de una maldita vez. Supongo que para eso has traído los guardias. No te lo voy a impedir.

El Regente se llevó la mano a la barba. Condenado viejo, se dijo, ¿por qué tenía que ponérselo tan difícil?

—Al menos podías haber huido, maldita sea —murmuró, cas contra su voluntad—. Tuviste tiempo. Qué narices, te he dado tiempo más que de sobra para que te fueras al fin del mundo y volvieras. Con tus habilidades podrías estar ahora mismo a miles de kilómetros de distancia, donde nunca te encontraríamos. Pero no, eso no era suficiente para ti. Tenías que hacerte el digno y afrontar las consecuencias de tus actos. —Tomó aire y lo soltó muy despacio—. No me has dejado opciones.

—¿Yo? ¿No te he dejado opciones? Siempre tienes opciones, Orston, siempre. Ahora mismo estás eligiendo; por mucho que te empeñes en que las circunstancias te están obligando a actuar, eres tú quien está tomando la decisión.

Por un instante pareció que el Regente iba a responder algo. De pronto, se encogió de hombros como si diera por perdido a Qérlex, dio media vuelta y abrió la puerta.

—Escultad al Adepto Empírico Supremo hasta una celda —dijo.

Los guardias dudaron un momento y luego se intercambiaron una mirada incrédula. Nadie arrestaba al Adepto Empírico Supremo; la sola idea era aberración. Orston Velhas no repitió la orden; se limitó a mirar a los guardias sin variar el semblante hasta que uno de ellos bajó la mirada y luego, el otro.

Una vez se lo hubieron llevado, el Regente tomó asiento tras la mesa del Adepto Empírico Supremo, la misma mesa que había sido suya no hacía tanto tiempo. Despacio, sin prisa alguna, empezó a analizar todos los errores que había cometido desde el día en que la Reina decidió nombrarlo Regente, empezando por la idea de que Qérlex fuera su sucesor al frente de los Adeptos Empíricos.

Avanzadilla había llegado todo lo lejos que la mera observación le permitía y se daba cuenta de que no iba a ser suficiente. Podía imitar a Fléiter Praghem y pasar por él en un examen superficial, pero alguien que conociera a fondo al occidental no se habría dejado engañar por el artificio.

¿Sería suficiente, en todo caso, para pasar la seguridad de los adeptos empíricos e introducirse en la torre? Avanzadilla no lo sabía, pero sospechaba que no. Por una parte, conocía la bien merecida fama de los adeptos inquisitivos que se encargaban de la seguridad y, por la otra, la sola idea de que pudiera cruzarse con Yáxtor Brandan y este descubriera la impostura, lo llenaba de pavor. Porque estaba seguro de que si Yáxtor llegaba a ver tras su disfraz, lo dismantelaría con un chasquido de dedos y se haría dueño de la voluntad de Avanzadilla con un mero encogimiento de hombros.

No, era un riesgo que no podía correr.

Lo sentía por Praghem. No le guardaba rencor alguno y, además, el occidental era

invariablemente atento con los carneútiles del servicio y no abusaba de su posición de poder como amante de la dueña de la casa. Pero necesitaba acceder a su memoria, a sus recuerdos, sus obsesiones, sus fantasías y sus miedos; tenía que acceder a los más íntimos recovecos de su mente y de su sistema nervioso y tenía que hacerlo a nivel molecular. Asimilar, no solo los procesos conscientes e inconscientes de su mente, sino la memoria de sus músculos y nervios, de sus tendones y vísceras. Y aquel era un proceso, bien lo sabía a través de sus experimentos con animales, que destruiría por completo la mente copiada.

No le quedaba otra opción. Si quería tener éxito, tenía que convertirse en Fléiter Praghem a todos los efectos.

A veces, cuando pasas gran parte de tu vida en pos de algo o alguien, ya sea un objetivo, una misión, la destrucción de un enemigo o la consecución de un logro, lo peor que te puede pasar es que consigas tu propósito. El encuentro entre las expectativas generadas con el tiempo y la realidad que te sale al paso puede ser traumático, y a menudo la última no está a la altura de las primeras.

Claro que no siempre es así. En ocasiones expectativas y realidad encajan como si fueran gemelos. Y, muy de vez en cuando, la realidad supera nuestras más locas expectativas.

Todas estas posibilidades, en todo caso, encajan con lo esperable y, de un modo u otro, una persona sensata intenta estar preparada para cualquiera de las tres.

El momento verdaderamente desconcertante viene cuando descubrimos que realidad y expectativas son totalmente disímiles y no guardan relación alguna entre ellas, como si hubiéramos pasado toda nuestra vida persiguiendo un carruaje para descubrir en el momento de atraparlo que en realidad era un pato.

—Shércroft

En los últimos veinte minutos una luz parpadeante los había ido guiando por los pasillos. Cuando se detenían, la luz lo hacía a su vez y cuando volvían a ponerse en marcha, la luz parpadeaba de nuevo en el suelo y les mostraba el camino.

Yáxtor había estado a punto de negarse a seguirla, pero no tardó en comprender que no conseguirían nada con aquello. Quizá tuvieran acceso a cualquier lugar de la Atalaya que quisieran ver, pero eso no significaba que no fueran prisioneros. Estaban en manos de Próxtor y era evidente que el control de este sobre la Atalaya era total. Si quería llevarlos a algún lugar concreto, acabarían yendo a él antes o después. Resistirse solo retrasaría lo inevitable y les haría malgastar fuerzas.

Se había pasado los últimos días explorando aquella cubierta e incluso se había atrevido a asomarse a la superior y a la inferior. No había tardado en comprender que el sistema de soporte vital que proporcionaba luz, calor y aire respirable a la cubierta en la que estaba Próxtor había sido reducido al mínimo en las demás y que en ellas la temperatura era extrema y el aire respirable, poco menos que inexistente. Podía haberse arriesgado y seguir explorando, pero presentía que no iba a encontrar allí nada que no hubiera visto ya en el otro nivel.

Durante esos días había hablado sin parar con Ámber y, entre los dos, habían conseguido formular algo parecido a un plan. Ambos sabían que las posibilidades de que saliera bien eran mínimas, pero los dos tenían claro que debían intentarlo. Pronto, antes de que fuera demasiado tarde.

En ese tiempo, la voz de la espada había ido cambiando. En ningún momento había perdido la calma, lo que había ayudado a Yáxtor a mantener a su vez la suya. Y, poco a poco, parte del viejo tono entre cariñoso y socarrón había vuelto a ella, aunque no era ni de lejos el mismo que antes. Las pocas veces que Yáxtor se había atrevido a tocar el tema, Ámber se había limitado a decir que aquel no era el momento más adecuado y que ya hablarían de lo que tuvieran que hablar si salían con vida de allí.

Como de costumbre, Ámber tenía razón.

Varios días, se decía ahora Yáxtor mientras seguía la línea luminosa. Varios días de

exploraciones interminables, de conversaciones con Próxtor que no llegaban a ninguna parte. Varios días en los que los únicos momentos que parecían tener sentido eran los minutos que pasaba con Yakizuni, rozando con sus dedos la punta de los del bebé y adentrándose en aquella extraña comunicación no verbal con ella.

Los pensamientos de la niña eran simples, directos, pero al mismo tiempo había en ellos algo sorprendentemente articulado y sofisticado. Su mente tendría que haber sido un caos de sensaciones contradictorias, un carrusel vertiginoso en el que no había sitio alguno para el pensamiento racional. Pero de algún modo, el bebé era consciente de dónde estaba y de con quién y era capaz de percibir lo que sucedía a su alrededor de un modo sorprendentemente claro. Yáxtor se preguntaba si él también habría sido así cuando era un bebé. No lo recordaba, pero estaba casi seguro de que no, de que aquella extraña y precoz consciencia de su hija era algo único.

Al fin llegaron a una puerta que se abrió mientras se acercaban. Entraron en una enorme sala circular, muy parecida al observatorio en el que ya habían estado. La diferencia más notable era que, en lugar de amplios ventanales, las paredes de la sala estaban ocupadas por innumerables pantallas en las que se veían diferentes escenas.

Próxtor estaba en el centro de la habitación junto a una mesa llena de comida. A su lado había una cuna. Los recibió con una sonrisa y una inclinación de cabeza antes de decir:

—Espero que vuestra exploración de la Atalaya haya sido fructífera.

Yáxtor no hizo el menor caso del comentario y examinó con detalle las imágenes de las distintas pantallas. Lo que se veía en ellas, desde distintos ángulos y a diferente distancia, parecía real, aunque el adepto sabía que también podía ser una elaborada ficción creada por los mensajeros. Eran diversas calles de varias ciudades, algunos parques, un par de bosques, un desierto, un paisaje cubierto de niebla en el que dos figuras humanas se afanaban contra un obstáculo invisible, una costa escarpada azotada por el viento, un aerobajel en tránsito, el Lugar del Origen en Jarsarén, una carretera honoyesa, la tundra al norte de Wáhrang... y lo que parecían los jardines del Palacio de Lambodonas, con una reina con el ceño fruncido paseando inquieta por ellos.

—¿Todo eso es real? —preguntó Yáxtor. Señalaba la imagen de los jardines.

—Curioso. Había apostado conmigo mismo cuál de todas las imágenes atraería tu atención —fue la respuesta—. Supongo que era previsible que se tratase de esa. Decepcionante pero previsible. Y en respuesta a tu pregunta, sí, es real. Todo lo que ves en las pantallas es recogido por los mensajeros de la Atalaya esparcidos por todo el mundo, se envía a los puntos de tránsito, es recogido en las Siete Torres y se manda a la Atalaya. No es en tiempo real, claro, el proceso no es inmediato. Pero el retraso es de unos pocos minutos.

Yáxtor asintió. Empezaba a comprender por qué su padre necesitaba cantidades tan ingentes de embriones de carneútil. No para criarlos, comprendió, sino para tenerlos atrapados en un momento exacto de su desarrollo, generando mensajeros una y otra vez. Mensajeros que Próxtor... ordeñaba y usaba para sus propios propósitos. Vio que su padre asentía, complacido, como si le hubiera seguido los pensamientos.

—Como ves, he encontrado un modo de suplir mis deficiencias de nacimiento —dijo Próxtor en tono burlón—. Quizá no pueda generar mis propios mensajeros, pero he dado con una forma de hacer algo parecido.

¿Cuántos embriones había en la Atalaya? Durante su exploración, y solo en aquel nivel, había encontrado media docena de salas llenas de ellos. La cantidad de mensajeros producida solo por lo que había visto ya era tan ingente que casi escapaba a su imaginación. Pero si había más almacenes en otros niveles de aquel lugar...

Vio que Próxtor asentía.

—Sí, puedo ver lo que pasa en casi cualquier lugar del mundo, si es lo que te estás preguntando. También puedo hacer muchas otras cosas. Y las he hecho. Llenar la Atalaya de embriones fue mi proyecto personal desde que me hice cargo de ella tras la muerte de mi padre. Y el esfuerzo y el tiempo empleados han merecido la pena. —Se encogió de hombros, como si no tuviera la menor importancia—. Te has pasado varios días recorriendo mis dominios, maquinando y tratando de buscar un modo de vencerme. A estas alturas supongo que te habrás hecho una idea del verdadero tamaño de la Atalaya y me imagino que las implicaciones de su existencia han empezado a asomar a tu mente. Estoy seguro de que tendrás muchas preguntas que hacerme. Disponemos de algún tiempo, aunque menos del que había pensado, pero creo que será suficiente en todo caso. Siéntate, comamos y te diré lo que necesitas.

Pero Yáxtor siguió en pie y contempló las viandas sobre la mesa con desconfianza.

—No voy a envenenarte. Yáxtor, si te quisiera muerto, habría tenido oportunidades de sobra para quitarte de en medio todos estos años, créeme. Siéntate.

—No me importa lo más mínimo lo que tengas que decirme —dijo Yáxtor.

—¿En serio? ¿Estás en el lugar más asombroso de todo Érvinder y no quieres saber lo que es ni cómo funciona, quién lo construyó, cómo llegó hasta aquí, cuál es su función, cómo se conecta con el mundo? ¿No tienes la menor curiosidad por saber cómo enlaza con las Siete Torres y estas con diversos lugares de Érvinder? ¿Ni siquiera despierta tu interés el saber que la Atalaya tiene varios portales que conectan directamente con los corazones de los bosqueoscuros? ¿Lo único que quieres es agarrar a tu condenada hija, hacerle pagar al hombre malo sus pecados y largarte de aquí cuanto antes?

—Algo así. No necesariamente en ese orden.

—Ah, al cuerno —dijo Próxtor, con voz cansada—. No tengo tiempo para tus rabieta infantiles y aunque lo tuviera, no me apetecería lo más mínimo aguantarlas. Siéntate y come, tanto si quieres como si no.

Cabeceó con desgana y de pronto Yáxtor se sintió empujado hacia la silla y, antes de que comprendiera qué pasaba, se sentaba en ella.

—Puedo obligarte a comer, si es necesario. Preferiría que lo hicieras por tu propia voluntad.

«No te rindas», susurró la voz de Ámber en la mente del adepto. «No es más que un truco.»

Pues es un truco bueno de narices. Me tiene a su merced.

«No te rindas.»

No lo haré. Pero debemos tener paciencia. No podemos ganar, no de ese modo, ya lo sabes. Hay alternativas. Recuerda el plan.

Ámber guardó silencio y Yáxtor cogió un plato y lo llenó de comida.

—Adelante —dijo—. Cuéntame lo que te dé la gana.

Próxtor sonrió.

—Y luego supongo que me mandarás al infierno y esperarás a que me duerma para

coger a tu hija y largarte de aquí a toda prisa tras activar el temporizador que pusiste en uno de los almacenes.

Yáxtor trató de mantenerse impassible.

—Algo así —murmuró.

—No es un mal plan, si lo que quieres es destruir la Atalaya. Desde otro punto de vista es el plan más estúpido del mundo, precisamente por eso. Has manipulado el tablero de control y has forzado a los embriones de uno de los almacenes a producir mensajeros al límite de su capacidad. Han tardado unas diez horas en llegar justo al borde de la masa crítica y el programa se ha interrumpido, quedando en espera. Así que te deslizarás en silencio mientras el monstruo malvado duerme a pierna suelta y teclearás la instrucción final que iniciará una cuenta atrás. ¿Cuánto has calculado, cinco horas, seis? Como sea, cuando la cuenta llegue a cero, los mensajeros alcanzarán la masa crítica y provocarán una deflagración que mandará a paseo toda esta cubierta... por no hablar de los embriones de otros almacenes que estallarán por simpatía. —Asintió, entusiasta—. Un buen plan..., siempre que tus intenciones no sean solo llevarme por delante, sino que incluyan matar a Yakizuni y suicidarte.

—Lo primero me basta.

—Pero lo primero no se va a dar sin el resto. Sé que eres testarudo, Yáxtor, pero también eres listo. Aunque actives el temporizador no podrás escapar de mi control. Además, seis horas no son suficientes ni de lejos. Estarás aún en el elevador, camino del mundo, cuando los mensajeros destruyan la Atalaya. Morirás. Y Yakizuni contigo.

«¿Ahora?»

Espera.

—Y tengo que aceptar tu palabra al respecto.

—No. Acepta tus propias percepciones. Sabes que no puedes mover un dedo si no lo permito, pero supongamos que logras engañarme y te sales con la tuya. Si analizas la situación con frialdad, te darás cuenta de que no llegarás a la superficie de Érvinder a tiempo. Así que si activas tu programa nos matarás a todos. No creo que eso entre en tus planes.

—A lo mejor, sí. Como último recurso.

Próxtor sonrió, repentinamente complacido ante la idea.

—Hmmm. Quizá, sí. Siempre has tenido una cierta predilección por lo melodramático. —Se detuvo de pronto, como si esperase una respuesta por parte de Yáxtor. Pareció sorprendido al ver que este no decía nada—. ¿En serio? ¿No vas a decir que no sé nada de ti, que nunca te he conocido, que deje de hablar como si de verdad supiera cómo vas a reaccionar?

Yáxtor permaneció inmóvil.

—Aguafiestas. Pero si así es como quieres jugar esta partida, adelante. En cualquier caso, esta discusión es académica. He hecho que uno de mis carneútiles desactive el programa que introdujiste en el panel de mandos del almacén.

—¿El almacén? —preguntó Yáxtor, burlón—. ¿Solo has comprobado un almacén? ¿Y solo en esta cubierta?

Por primera vez, Próxtor pareció dudar.

—Vas de farol.

—Compruébalo.

Próxtor frunció el ceño y su mirada se perdió en la lejanía. Parecía totalmente ajeno a lo que había a su alrededor y Yáxtor supuso que estaba explorando con la ayuda de los mensajeros los distintos almacenes, no solo de esa cubierta, sino de las más cercanas.

De pronto, Yáxtor fue consciente de que algo había cambiado a su alrededor. De que algo nuevo... No, no nuevo. En realidad, todo lo contrario. Fue consciente en ese momento de que, desde que había puesto el pie en la Atalaya, un murmullo lejano y tranquilizador, un arrullo suave y poderoso, había estado sonando de forma ininterrumpida en lo más hondo de su mente.

Y ahora acababa de desvanecerse.

Miró a Próxtor, ausente en su exploración de los almacenes, y comprendió que estaba dedicando todas sus capacidades a aquella tarea. Lo que fuese que había hecho para mantenerlo tranquilo y frío se había desvanecido y Yáxtor volvía a ser él mismo, totalmente al control de su mente y sus emociones. Una rabia afilada y rugiente clavó las zarpas en sus tripas y el adepto sonrió, feroz.

«¿Ahora?», preguntó Ámber.

¡Ahora!

Los mensajeros producidos por su espada durante aquellos dos días fueron liberados en un único y repentino estallido que cayó sobre Próxtor sin que este pudiera hacer nada por impedirlo. Yáxtor se puso en pie y contempló a su padre mientras este se debatía inútilmente contra el ataque. En unos segundos estaba maniatado por un cordón irrompible de mensajeros. Intentó abrir la boca y descubrió que no podía.

—No vamos a permitir que llames a nadie o invoques más mensajeros con una palabra impronunciable —dijo Yáxtor. Una sonrisa feroz cruzaba su rostro. Los ojos azul acero brillaban de fría satisfacción—. No es un riesgo que me atreva a correr. Al fin y al cabo, el plan dependía de poder pillarte con la guardia baja y sospecho que es un error que no volverás a cometer conmigo. No importa. Ha funcionado.

Se acercó a la cuna. Yakizuni, tendida boca arriba, lo miraba amodorrada, como si algo hubiera interrumpido de pronto su sueño.

—Nos vamos —dijo el adepto en un susurro—. Nos iremos enseguida, cariño, te lo prometo. Pero antes hay algo que necesito saber.

Se volvió a su padre.

—No me importa un carajo qué es este lugar, cómo funciona o por qué existe. Quiero a mi hija y me la llevaré. El resto puede irse al cuerno. Pero necesito saber por qué ha pasado todo esto, por qué mataste a Ámber y a Déxtor, por qué has raptado Yakizuni. Qué demonios pretendes de mí y por qué. Sí, ahí tenías razón, me muero de curiosidad, si es que puede llamarse así. Dentro de mí, algo necesita saber por qué nos has hecho todo esto. El problema es que no puedo arriesgarme a devolverte la voz, así que tendré que seguir en la ignorancia. Va ser desagradable, voy a pasar el resto de mi vida con un picor constante que nunca podré rascarme. Pero al menos seguiré adelante con la seguridad de que no volverás a interponerte en mi camino nunca más. Gracias por decirme que seis horas no eran suficientes —añadió con sarcasmo—. Reajustaré el temporizador.

Junto a la cuna había un arnés. Yáxtor se lo ajustó en los brazos, el pecho y la espalda, cogió a la niña con delicadeza y la encajó en el hueco del arnés.

—Nos vamos —repitió.

Lanzó una última mirada a su padre, inmóvil y con los ojos centelleando de rabia, y

echó a andar hacia la salida de la habitación. Casi cruzaba la puerta cuando oyó decir a su espalda:

—Un buen plan, muchacho, sin la menor duda. Y estuvo a punto de funcionar.

Yáxtor se quedó helado. Ya no sentía el muro de mensajeros de Ámber que rodeaban a su padre y comprendió que este estaba libre. Que, en realidad, lo había estado todo el rato.

«No le hagas caso, sigue caminando, es un truco.»

No, no es ningún truco, reconoció Yáxtor. El truco fue fingir que se dejaba pillar por nosotros. Ha vencido.

Derrotado, dio media vuelta y se enfrentó a la sonrisa arrogante de Próxtor, que lo contemplaba cómodamente sentado. Podía moverse con entera libertad y no había en el aire el menor rastro de los mensajeros de Ámber. Próxtor los había asimilado.

—Así que lo único que te interesa es el porqué. Estás en el lugar más increíble de Érvinder, en el verdadero centro de control que mueve el mundo y solo te interesa saber por qué hice lo que hice. —Se encogió de hombros—. Y por qué no. Todos tenemos nuestras prioridades.

A su pesar, Yáxtor volvió junto a su padre y tomó asiento, incapaz de resistirse a su voluntad.

—Me parece justo —dijo Próxtor—. Te contaré por qué he sido tu sombra toda tu vida y algunas cosas más. Y luego te haré una propuesta que creo que va a sorprenderte. —Se aclaró la garganta—. Empecemos.

Desde donde estaban, podían ver perfectamente la más oriental de las Siete Torres. Estarían a tres o cuatro horas de camino a buen paso, pero lo mismo podían haber estado al otro lado del mundo. Cada vez que intentaban descender la loma en la que estaban se descubrían de pronto caminando en círculos solo para volver al lugar de partida. Habían pasado así la mayor parte del día y estaban a punto de darse por vencidas.

—No tiene sentido —dijo Itasu—. No percibo nada fuera de lo normal. Mis hermanitos no detectan obstáculo alguno.

—Ni los míos —corroboró Mizuni—. Pero está claro que hay algo que nos impide caminar en línea recta.

Sopesaron sus posibilidades. Discutieron diversas ideas y opciones y acabaron por descartar la mayoría de ellas mientras se sentaban de nuevo en la loma, abrían el hato con las provisiones y empezaban a comer con desgana.

No dijeron nada en todo aquel tiempo, pero de algún modo, cada una era consciente de los pensamientos de la otra, y, poco a poco, estos empezaron a girar en sintonía.

El atisbo de un plan fue haciéndose cada vez más evidente frente a ellas.

—Quizá no funcione —dijo Itasu cuando se hubieron decidido.

—Tampoco tenemos nada mejor que hacer —respondió Mizuni, con un deje entre taciturno y socarrón que la hizo sonar muy parecida a Yáxtor.

—Tendremos que esperar a mañana. Estamos demasiado cansadas.

Mizuni asintió. Se tendieron en el suelo, abrazadas, mientras la noche caía a su alrededor.

Itasu abrió los ojos al amanecer y descubrió que Mizuni la estaba mirando. La

interrogó con la mirada y la otra mujer asintió con decisión. Unieron sus manos, cerraron los ojos y articularon al unísono la misma palabra impronunciable.

Los mensajeros eran escasos a su alrededor, pero esperaban que fueran suficientes para lo que se proponían. De no ser así, usarían los que habían asimilado en sus propios cuerpos durante la noche, pero confiaban en que aquello no fuera necesario. Seguramente iban a necesitarlos si lograban acercarse a las torres.

Poco a poco, en el aire frente a ellas empezó a formarse un delgado filamento. Partía de un punto equidistante de ambas y se desplazaba ladera abajo lentamente, siempre en línea recta. No tardó en empezar a curvarse. Ambas mujeres fruncieron el ceño y lanzaron al aire una nueva palabra impronunciable que obligó al filamento a seguir recto.

El tiempo se arrastraba a su alrededor a medida que el filamento iba descendiendo la loma centímetro a centímetro, a una velocidad agónica, siempre a punto de desviarse, siempre obligado por las voluntades de Itasu y Mizuni a seguir recto.

Ya había pasado el mediodía cuando el filamento alcanzó los pies de la ladera y se dieron cuenta de que a partir de aquel punto era más fácil hacerlo avanzar, como si hubiera atravesado una barrera invisible.

Aún lo empujaron unos pocos metros más, lo anclaron al suelo y se intercambiaron una mirada.

—Ha funcionado —dijo Itasu.

—Eso parece. Y, aunque así sea, aún nos queda la parte más difícil.

—Pues adelante. Odio las largas esperas.

Mizuni le soltó la mano, dio un paso al frente y se agarró al filamento de mensajeros. Echó a andar mientras Itasu la imitaba. Ambas comenzaron el descenso.

No tardaron en ser conscientes de la barrera. Ahora que seguían la línea recta del filamento, se daban cuenta de que algo las empujaba, con suavidad pero sin pausa, hacia la derecha. Cada paso que daban era un poco más difícil que el anterior y todo su cuerpo les decía a gritos que estaban siguiendo el camino equivocado, que para seguir rectas debían desviarse a la derecha.

Apretaron los dientes y siguieron avanzando.

—No tardé en comprender que el plan de Léister Brandan nunca funcionaría. Por más que nos cruzásemos una y otra vez con otras estirpes sensibles a los mensajeros, lo único que conseguiríamos sería un individuo capaz de manejarlos mejor y de someterlos más férreamente a su voluntad, nunca alguien capaz de generarlos. Era tan obvio que me preguntaba una y otra vez cómo nadie se había dado cuenta. No, era necesario dar otro paso. Los cruces no bastaban. No, mientras fuera con otras criaturas de nuestra misma especie. Nuestra descendencia tenía que ser modificada de algún modo y había que hacerlo cuando aún era maleable, mientras aún estuviera en el útero.

Yáxtor se sentaba completamente inmóvil mientras Próxtor seguía hablando. Aún estaba intentando asimilar sus anteriores palabras: todos los Brandan no eran más que ratas de laboratorio, sujetos de un experimento destinado a crear un humano capaz de generar mensajeros y que pudiera pasar esa habilidad a su descendencia. Todo para que la Reina pudiera perpetuarse por sí misma en sus propias hijas.

—Mi padre se había limitado a catalogar lo encontrado en la Atalaya por el abuelo y

nunca se le ocurrió darle un uso. Yo tenía otras ideas y empecé a ponerlas en práctica el mismo día en que lo maté y me convertí en el cabeza de familia. Aprendí a usar este lugar. Sí, al principio fui enormemente torpe y estuve al borde del desastre varias veces, pero aprendí lo suficiente para ponerlo en práctica contigo.

Aquello despertó la atención de Yáxtor y lo devolvió al presente.

—No sabía cómo cambiarte directamente. No sin matarte en el proceso, lo cual no habría sido precisamente un éxito. Pero sabía cómo modificar a alguien, alguien lo bastante maleable para cambiar según mis deseos e instrucciones, alguien se adaptaría a ti, te acogería en ella y luego sería capaz de cambiarte de la forma adecuada mientras, al mismo tiempo, te protegía de las consecuencias del cambio.

»De verdad, a veces me preguntó cómo es que ningún Brandan lo vio antes. Los tenemos todo el día delante de nuestras narices y no les damos la menor importancia, ni siquiera pensamos en ellos la mayor parte de las veces. Nos limitamos a dar su presencia por sentada y a usarlos a nuestro antojo.

»Era tan obvio.

»El proyecto aspiraba a que un humano tuviera las mismas capacidades que un carneútil. ¿Acaso usar un carneútil para ello no era el paso más lógico, más evidente? Me cuesta creer que nadie lo pensase antes que yo. Quizá lo hicieron, pero no se atrevieron. —Se encogió de hombros—. No tuve ese problema, como puedes suponer. No me costó nada arrancarte del vientre sangrante de tu madre e implantarte en el útero que Manli había creado en su propio cuerpo con ayuda de la maquinaria de la Atalaya y siguiendo mis instrucciones. El resto... fue bastante sencillo, en realidad. Manli obedeció mis órdenes al pie de la letra y modificó tu bioquímica para hacerla más parecida a la de un carneútil. No te dio su habilidad para cambiar de forma... y siempre me he preguntado qué habría pasado de haberlo hecho. Pero te traspasó su capacidad para generar mensajeros. Cuando estuviste lo bastante maduro y te extraje de ella no podía creerlo: había tenido éxito donde toda mi estirpe había fracasado. Había creado el primer humano capaz de producir sus propios mensajeros.

Próxtor se detuvo y examinó el rostro de Yáxtor, quien lo contemplaba impasible. Pero era evidente la tormenta que se estaba desatando en su mente ante lo que acababa de oír. ¿Manli? ¿La misma carneútil con la que había perdido su virginidad era también, en cierto modo, su madre? ¿Y Próxtor había matado a su madre humana para implantarlo en la carneútil? ¿Y...?

Mejor golpear el hierro cuando aún está caliente, se dijo Próxtor. Y siguió hablando antes de que su hijo tuviera tiempo de asimilar del todo lo que había dicho.

—Mi éxito no fue completo. Los análisis no eran concluyentes en cuanto a tu capacidad para pasar tus habilidades a tu descendencia, independientemente de con quién te apareases. Pero sí parecía claro que si tu pareja era la apropiada, reforzaría esa habilidad en tus hijos y ellos sí que serían capaces de hacer que toda su descendencia la heredase. Era una simple cuestión de buscar a la mujer adecuada. Por desgracia, tardaste mucho en dar con ella y perdiste buena parte de tu adolescencia derramando tu simiente en los lugares inapropiados. Endra, aquel montón de gallinitas que estudiaban para adeptas de la curación..., Amber. Sí, Amber. Por si fuera poco, fuiste a encapricharte de la más inadecuada de todas: el fruto de vuestra unión no solo era incapaz de generar mensajeros,

sino que ni siquiera podía utilizar los ya creados. Era un tullido, como Shércroft. No, aquel camino tenía que ser abandonado lo antes posible y debíamos reconducirte para que buscaras nuevas parejas potenciales.

Por primera vez desde que habían subido a la Atalaya, Ámber se dejó llevar por la emoción. E incluso entonces fue una emoción contenida, totalmente embrizada y controlada, lo que hizo que a Yáxtor se le pusieran los pelos de punta.

«Ese cabrón mató a mi hijo solo porque no había sitio para él en su puñetero programa de crianza.»

Yáxtor no hizo el menor intento de tranquilizar a la personalidad de Ámber encapsulada en la espada. Se dio cuenta de que él mismo tendría que haber sentido la misma rabia, pero que de algún modo se las apañaba para mantenerse en calma, como si todo lo que Próxtor contase no fuera con él. Sorprendentemente, no percibía el menor rastro de aquel arrullo tranquilizador que lo había acompañado en los últimos días. Próxtor no estaba intentando mantenerlo tranquilo, era él mismo quien había decidido tomar distancia entre sí mismo y lo que su padre le estaba contando sobre él. Se sorprendió de lo fácil que resultaba.

Una parte de él se sentía fascinada ante lo que estaba oyendo, a medida que asimilaba todas las implicaciones que había tras las palabras de su padre. Otra, examinaba la historia con distante ironía y hasta la veía un punto gracioso. Una tercera...

«Mató a nuestro hijo. Lo mató solo porque no le venía bien para su maldito... porque no tenía el pedigrí adecuado.»

Ámber tenía razón pero, pese a todo, Yáxtor se sentía más interesado que indignado.

«De tal palo tal astilla, después de todo», dijo Ámber con una amargura que lo hizo estremecerse.

¿Tenía razón?, se preguntó. Sí, seguramente. Próxtor no lo había creado, después de todo, salvo en el sentido más primario de todos. Pero, una vez concebido, una vez nacido, nada de lo que había hecho su padre había creado un Yáxtor radicalmente distinto. Con sus actos le había dado forma hasta cierto punto, sí, pero nunca había tocado el núcleo esencial de lo que era Yáxtor.

Lo siento. Soy como soy.

«Lo sé, monstruo mío. Claro que lo sé», respondió ella con tristeza. «Lo supe sin ninguna duda cuando viniste a buscarme a mi cuarto mientras Shércroft se recuperaba de sus heridas, y no estabas seguro si habías ido a que te consolase o a dar rienda suelta a tu rabia conmigo.»

—No las tenía todas conmigo cuando elegiste a Mizuni —decía Próxtor, quien parecía haber esperado educadamente a que la conversación entre Yáxtor y la espada terminase—. Itasu parecía más prometedora, de acuerdo a los estudios realizados. Pero al final tuviste éxito. —Se volvió hacia la cuna en la que Yakizuni descansaba de nuevo, dormida boca abajo—. Había triunfado, había alcanzado mi objetivo, había tenido éxito allí donde los demás Brandan habían fallado. Y la larga servidumbre de nuestra familia había llegado a su fin. Ya no le debíamos nada a la Reina, estábamos libres de la compulsión que Brandan Léister implantó en sí mismo y pasó a toda su descendencia. Servir a la Reina ya no era nuestra prioridad.

¿Una compulsión?, se preguntó Yáxtor. Si analizaba su comportamiento pasado, no podía por menos que darle la razón a Próxtor: no importaba cuánto se hubiera desviado

en sus misiones de las instrucciones recibidas, al final eran siempre el servicio y el bienestar de la Reina los que lo impulsaban. ¿Toda su familia sometida a esa compulsión? ¿Próxtor también? Por qué no.

Miró a su padre sin prejuicios y, por primera vez, lo vio tal como era. No sintió nada. Ni compasión ni odio. Comprendió su forma de pensar, fue consciente del modo en veía el mundo y a sí mismo y entendió a la perfección por qué había hecho lo que había hecho a lo largo de toda su vida, incluidos el asesinato de Ámber y Déxtor.

La comprensión no trajo consigo el menor rastro de empatía, pero tampoco experimentó desagrado u odio. Lo que sí despertó en su interior fue una intensa sensación de peligro y amenaza como nunca antes había sentido en toda su vida.

—Le he dado a la Reina lo que necesita, aunque no lo que quería —seguía diciendo Próxtor, demasiado centrado en su propia verborrea para indagar en lo que pasaba por la mente de su hijo—. Su propósito era usar a Yakizuni para que fuese su próxima encarnación y, a partir de ahí, perpetuarse en sus propias hijas mientras aún estuvieran en el útero. De este modo, se aseguraría por fin su inmortalidad, se copiaría sobre un lienzo totalmente en blanco y ya no tendría que depender de la inmortalidad impostada que le da el método actual. Y, de paso, se aseguraría de que su estirpe fuera la única línea humana capaz de generar mensajeros.

»En cuanto a los planes que pudiese tener cuando consiguiera eso, los desconozco, pero sospecho que al resto del mundo no le iban a gustar mucho.

»Como sea, no le he entregado a mi nieta y tendrá que... Iba a decir que tendrá que conformarse con lo que le he dado, pero no creo que vaya a ser el caso. No, nuestra amada Reina nunca aceptará que haya en el mundo una estirpe humana ajena a la suya capaz de crear mensajeros. No piensa permitir que Yakizuni sobreviva si no es suya, mucho menos que tenga descendencia. Eso es algo que tienes que tener muy claro, muchacho. Es tu enemiga. Tu mayor enemiga. Mucho más de lo que puedas haber creído que lo era yo.

Aquel repentino giro en las palabras de Próxtor tomaron a Yáxtor por sorpresa, especialmente por el tono sinceridad y preocupación que había en sus palabras.

No puede ser. La Reina no... Está mintiendo.

«No. Quizá en todo lo demás mienta, pero ahora ha dicho la verdad.»

¿Cómo puedes estar tan segura?

«Porque si de verdad pensases que mentía no habrías reaccionado de ese modo. Y porque lo que dice tiene sentido. Es una mierda, pero hace que todo encaje. Y lo sabes, lo sabes tan bien como yo.»

Yáxtor no respondió.

Fléiter entró en las habitaciones que compartía con Mishra. Se libró de la ropa, entró en el baño y abrió el grifo del agua caliente en la ducha hasta que el vapor empañó los espejos. Luego, se puso bajo el chorro y dejó que el agua arrastrara con ella el cansancio de un día de trabajo.

A solas, se preguntó qué estaría haciendo Yáxtor. El capitán del aerobajel había informado de que el adepto empírico se había lanzado en dirección a las Siete Torres, había empezado a descender y luego había desaparecido de repente, como si el mundo se lo hubiera tragado. Pese a que las apariencias parecían decir todo lo contrario, Fléiter

estaba seguro de que, de un modo u otro, Yáxtor se las había apañado. Siempre lo hacía, al fin y al cabo.

Le inquietaba más el rumor sobre las dos misteriosas prisioneras que habían escapado de las mazmorras de los adeptos empíricos hacía poco más de una semana y, al mismo tiempo, no podía dejar de relacionar su fuga con la reciente dimisión del Adepto Empírico Supremo. Tenía una sospecha razonable sobre quiénes podían ser las prisioneras en cuestión..., aunque no lograba explicarse por completo cómo los adeptos empíricos habían sido capaces de dar con ellas ni cómo habían logrado escapar luego de sus garras. En cualquier caso, se alegraba de su fuga, sobre todo porque había comprobado los expedientes y no había visto el menor rastro burocrático de su detención. Cuando los adeptos empíricos encerraban a alguien y no lo ponían por escrito nunca implicaba nada bueno.

En cuanto a la dimisión de Qérlex Targerian por motivos de salud... Sí, el Adepto Empírico Supremo era un hombre mayor, pero a Fléiter nunca le había parecido que tuviera el menor problema o achaque. Por no mencionar que la dimisión había sido repentina e inesperada para todos y que a Qérlex no se le había vuelto a ver en público desde entonces.

Algo estaba pasando dentro de los adeptos empíricos. Si intentaba meter las narices, los albonenses le dirían que se trataba de asuntos internos que no le concernían, pero como jefe de zona del Capítulo de Información era bien consciente de que cualquier cosa que pusiera en peligro la estabilidad de los adeptos empíricos era mala también para la Confederación Occidental.

Salió de la ducha e intentó hacer a un lado aquellos pensamientos. Al día siguiente decidiría qué hacer, pero en aquel momento había terminado su jornada de trabajo y era un hombre libre. Mientras se secaba, recordó los últimos informes recibidos del Continente Occidental. Tras aplastar la revuelta de carneútiles, no había habido ningún otro brote similar y, aunque se seguía buscando a los conspiradores humanos tras los incidentes, las autoridades daban por cerrado el asunto y consideraban a los carneútiles seguros de nuevo...; especialmente tras las nuevas leyes recientemente aprobadas por el Coordinador Electo, que los mantenían mucho mejor vigilados y limitaban considerablemente su libertad de movimiento.

Fléiter no estaba tan seguro de que la cosa se hubiera acabado, sin embargo. Pese a que todos los indicios apuntaban en esa dirección, estaba muy lejos de sentirse tranquilo. Estaba decidido a mantener un ojo puesto en el asunto, sin que le importase mucho lo que sus superiores pensasen. Por la Teja, después de todo era el supervisor de zona, y el cargo conllevaba algún privilegio, ¿no?

Contempló las prendas que Mishra le había dejado sobre una silla: cómodas y frescas, como de costumbre. Empezaba a vestirse cuando la puerta se abrió; la sonrisa que Fléiter había empezado a esbozar se congeló de repente al ver que se trataba de un carneútil y no de su amante.

Terminó de ponerse los pantalones y lo miró con atención. Vestía la librea de la casa, cierto, pero no le resultaba familiar. Aunque...

—¿Qué quieres?

Sin responder, el carneútil dio un paso al interior de la habitación. No se molestó en cerrar la puerta, como si estuviera en sus dominios, totalmente a sus anchas.

—Lamento lo que va a pasar, comandante, pero me temo que es necesario.

Fléiter frunció el ceño. ¿Qué...? Por todos los demonios de la Teja, ¿qué narices estaba pasando allí?

—¿Qué más quieres saber, muchacho? ¿Si disfruté eviscerando a tu mujercita y colgándola de sus tripas? Pues sí, fue placentero. Se había atrevido a desafiarme, se burlaba de mí y se negaba a darse por vencida. Hay cosas que simplemente no se pueden consentir, hay desafíos que nuestro animal interior nunca tolerará, y no te molestes en decime que no sabes de qué estoy hablando. La habría matado de todos modos, a ella y al condenado retoño, pero podría haber sido misericordioso y haberles concedido una muerte rápida e indolora. Pero me desafió, intentó jugar con mi orgullo y mi ego. Para su desgracia, tuvo más éxito del que pensaba.

De repente, Próxtor se puso en pie. Se acercó a la cuna, se inclinó y cogió a la niña en brazos. Ella abrió los ojos muy despacio, como si le costase enfocar la vista. Pareció reconocer a su abuelo, porque de pronto empezó a sonreír y a gorjear. Próxtor le devolvió la sonrisa y, para asombro de Yáxtor, algo cálido y cercano asomó a los ojos de su padre.

De pronto este hizo lo último que el adepto habría esperado. Le tendió la niña. Pillado por sorpresa, tardó un momento en reaccionar; luego la tomó en brazos y la apretó contra el pecho. Yakizuni extendió las manitas y exploró con la punta de los dedos el rostro de su padre, con la misma meticulosidad que había explorado el de su abuelo tiempo atrás.

—Ahí la tienes —dijo Próxtor—. Venga, llévatela. Largaos tú, tu maldita espada y la condenada niña. Y que os vaya bien. Nuestros caminos no volverán a cruzarse.

Yáxtor dudó un momento, se incorporó y frunció el ceño, convencido de que estaba siendo víctima de una broma cruel. Un ligero espasmo sacudió el pecho de Próxtor, como si estuviera conteniendo una risa sarcástica.

—¿Qué más quieres que te diga? —preguntó luego—. Es tuya, tuya y de tus malditas mujeres honoyesas que no tardarán en cruzar el campo de contención. Son obstinadas, sin duda, así que haréis una buena pareja, o un trío, o lo que sea. ¿Por qué crees que estás aquí si no es para llevártela? ¿Por qué crees que te hice venir? ¿Para matarme?

—Tú no me... —empezó Yáxtor.

—Claro. No tuve nada que ver. Estás aquí porque tú lo decidiste y porque nada se te resiste, por supuesto. Cómo podía ser de otro modo si eres Yáxtor Branda, el adepto empírico definitivo, la máquina de matar mejor afinada del mundo, el instrumento más eficaz e implacable al servicio de la Reina, ante el que no hay puerta que se resista, laberinto que pueda desorientarlo o muro que lo pueda detener. Pues claro. Venga, hijo, espabila. ¿Cuántos crees que han intentado tu truquito con el ala? ¿Cuántos piensas que han tenido éxito? Eres el primero, y lo eres porque lo permití, porque levanté el campo de contención lo justo para que pudieras pasar y luego hice que la tormenta te guiase a la torre central para que no perdieras el tiempo buscando por las siete. Estás aquí porque me las apañé para que Enviado Cinco dejara la torre central en el momento adecuado, de forma que lo vieras y pudieses entrar. Porque mis mensajeros influyeron en el criado de Shércroft de modo que viera la clave que el viejo intentó transmitir mientras moría. Y, sobre todo, lo estás porque active los mensajeros durmientes que implanté en Imri hace varios meses y los usé para que te empujara en mi dirección.

Hizo una pausa mientras Yáxtor asimilaba sus palabras.

—¿Por qué crees que tuviste de pronto la idea de irte solo y dejar abandonadas a las honoyesas? —añadió—. ¿De verdad piensas que fue idea tuya? ¿Acaso antes de ver a Imri se te había pasado tan siquiera por la cabeza irte por tu cuenta? Sé que no eres ningún prodigio de inteligencia, Yáxtor, pero hasta tú tienes que haberte dado cuenta de lo que ha ocurrido.

Lo miraba con lo que parecía un afecto burlón, como si estuviera ante alguien que lo había decepcionado una y otra vez, pero por el que, pese a todo, no podía evitar sentir cariño.

—Quizá no he sido gran cosa como figura paterna, pero te aseguro que he estado presente en tu vida desde el momento de tu nacimiento, que he seguido todos y cada uno de tus movimientos y que, cuando me ha interesado, te he guiado allí donde me convenía. Destruiste Desolación gracias a mí, recuperaste tus recuerdos gracias a mí y estás en la Atalaya porque así lo he querido. He sido yo quien te ha traído hasta donde estás, aunque sigas empeñado en que has venido por tu propia voluntad. Y estás aquí con un único propósito. Coger a tu hija, llevártela y esconderla de la Reina. Estás vivo única y exclusivamente para que ella pueda también vivir; tu existencia no tiene otro propósito que protegerla y, créeme, más te vale no fracasar. Ya está, ya lo he dicho, vete.

Yáxtor no se movió. No ponía en duda las palabras de su padre, pese a que su veracidad implicaba un nivel imposible de control y manipulación de diversas personas a través de los mensajeros en distintos lugares y en momentos precisos. Ningún humano debería haber sido capaz de un control tan afinado, de un ballet tan delicado y preciso.

Nada de aquello tenía importancia, no frente a la sensación de haber encontrado un punto débil en la armadura de Próxtor y, sobre todo, la certeza de que no era fingido.

—¿Por qué? —preguntó.

Su padre lo miró con desdén.

—¿Es que no sabes preguntar otra cosa? Echa un vistazo a tu alrededor, condenación. Estás en el centro del mundo. Desde la base de la Atalaya en Érvinder se te conecta con la torre central y desde cada una de las seis periféricas puedes ir a diferentes partes del mundo. Pero eso no es todo. La cubierta sobre nosotros —señaló al techo— tiene un salón con varios portales. Cada uno de ellos conecta directamente con el corazón de un bosque oscuro y con el Lugar del Origen. Piensa en todo lo que eso implica. Quien posea la Atalaya posee el mundo. Puedo saber en un instante lo que ha estado haciendo cualquier habitante de Érvinder. Puedo controlar su vida, dirigirla hacia donde quiera, truncarla si me apetece. Se podría decir que soy dueño y señor de cuanto contemplo.

Hablaba con rabia, con ferocidad, y Yáxtor comprendió que su furia iba dirigida a sí mismo. En su pecho, Yakizuni se dio media vuelta y contempló a su abuelo con semblante preocupado. Luego, posó un dedo en la barbilla de su padre. Una avalancha de imágenes inundó la mente del adepto.

—Te lo ha mostrado, ¿verdad? —dijo Próxtor, con una sonrisa mordaz—. La maldita bruja te ha mostrado lo que me ha hecho, ¿no? La muy condenada te he hecho ver lo que... —Meneó la cabeza—. No, no es cierto. Toda mi vida me he negado a cerrar los ojos, me he negado a ver la ilusión y me he dicho una y otra vez que la mentira nunca sería parte de mí. No voy a empezar ahora.

»Mi padre era un idiota pagado de sí mismo que solo sabía comunicarse con la

violencia y la disciplina. Mi madre una aristócrata boba, fruto de tantas generaciones de endogamia que no creo que quedara ni una neurona sana en su mente. Adecuada para los propósitos de crianza del viejo, sin embargo. Irónico. Mis compañeros en los adeptos empíricos no eran más que instrumentos a mi servicio. La Reina, alguien a quien estaba obligado a obedecer y servir por culpa de la compulsión en mi sangre, alguien a quien en realidad despreciaba por débil y mezquina. ¿Tú? Sí, eras interesante a tu decepcionante manera y tenías importancia para mis planes, pero no habría ni pestañado si la Reina me hubiera ordenado entregarte. Pero ella... —Señaló al bebé—. Ella... Le bastó mirarme una puñetera vez, coger mi dedo con esa mano tan ridículamente pequeña, llevárselo a la boca y chuparlo. Y desde ese preciso momento estuve jodido, completamente jodido, más jodido de lo que lo ha estado nadie en toda su puñetera vida.

»En ese momento decidí que no se la entregaría a la Reina, que nadie la usaría como receptáculo para perpetuar su personalidad.

»Pensé en quedarme con ella, sí, lo consideré seriamente y estuve a punto de hacerlo.

»También pensé en matarla. Con solo mirarla soy consciente de lo débil que soy en realidad, de lo vulnerable que me he vuelto, de lo fácil que sería destruirme.

»Pero no puedo. Tampoco puedo quedarme con ella.

»No es mía. No es de nadie. No tengo derecho a imponerle mi visión del mundo, y sé que lo intentaría si me quedo con ella. Llévatala, maldita sea, lárgate y dale una buena vida.

Dio media vuelta y centró su atención en las pantallas de las paredes. Yáxtor, con la niña en brazos no sabía qué hacer. En su cadera, Ámber había enmudecido. Su rabia no se había disipado, pero parecía incapaz de decir nada.

—Los Espectros no tardarán en llegar —dijo Próxtor de repente, como si hablara consigo mismo—. Supongo que, de todos mis errores, ayudar a crearlos no fue el menor, aunque en aquel momento me pareció una buena idea. Por qué no, parecían una organización prometedora y era un instrumento adecuado que podía mover a mi antojo y, al mismo tiempo, no tenían nada que ver conmigo. Por desgracia, han empezado a pensar por su cuenta y ahora tienen sus propios objetivos. Es el problema de los instrumentos bien diseñados: acaban haciendo cosas con las que no contabas. —Se encogió de hombros—. Número Uno y sus hombres de confianza ya han cruzado desde Lambodonas a la torre oriental y están tratando de dar con la central. El terreno los despistará y los mantendrá ocupados un tiempo. Está concebido para ello, al fin y al cabo, pero acabarán dando con ella antes o después.

Se volvió de nuevo. Pareció sorprendido al ver a Yáxtor, como si no esperase encontrárselo allí.

—¿Aún no te has ido? ¿Hay algo más que quieras saber? —El adepto negó con la cabeza—. Bueno, qué más da; en cualquier caso, que estés aún aquí me permite darte un regalo. Después de todo, nunca he estado en tus cumpleaños.

Tomó aire y luego lo dejó salir muy despacio mientras modulaba tres palabras impronunciables. Yáxtor sintió que algo entraba con suavidad en su mente, buscaba un lugar vacío y se aposentaba allí. No se atrevió a explorarlo. Aún no.

—Ahora tienes un mapa del camino que debes seguir para llegar al perímetro oriental del campo de contención, lo cual tendría que darte una ventaja sobre los Espectros, pero no puedo estar seguro, así que vas a tener que poner algo de tu parte. Desactivaré el

campo de contención en cuanto hayas llegado a la torre central. Deberás darte prisa. Los espectros son hábiles y, aunque no conozcan el camino, tal vez den contigo. No puedes consentirlo. Yakizuni no debe caer en sus manos. Nunca.

»Claro que no soy uno de ellos —añadió al ver la expresión en el rostro de Yáxtor—. Creí que ya lo había dejado claro. Ayudé a crearlos y he colaborado con ellos en el pasado. Pero eso se acabó hace tiempo. No creo que las intenciones de Número Uno hacia mí sean muy amistosas. Y sé bien que ha estado buscando la Atalaya todo este tiempo. Si la encuentran, lo ocurrido con la Bomba de Malas Noticias no será nada comparado con lo que podrían hacer ahora.

»Te dije que desactivaría el campo de contención en cuanto llegases a la torre central. También pondré en marcha el mecanismo de autodestrucción. Aunque los espectros lleguen aquí no podrán disfrutar de la Atalaya, no por mucho tiempo. Una vez se haya activado tienes menos de tres horas para estar lo más lejos posible. La destrucción de la Atalaya conllevará la de las torres. No será agradable. Sí, va a ser una buena sacudida. Más te vale sobrevivir a ella, por el bien de mi nieta.

»Y ahora, vete. Vete de una maldita vez.

Yáxtor se estremeció como si lo hubieran golpeado. Luego, apretó la niña contra el pecho, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación. Próxtor se quedó mirando la puerta abierta y vacía largo rato, con una sonrisa torcida en la boca y un brillo socarrón en los ojos azul acero.

El término «traición» no solo tiene un elevado componente subjetivo, sino que a menudo es resbaladizo y elusivo. Cuando dos bandos están enfrentados el traidor de uno puede ser el héroe de otro, como sabe cualquiera que haya vivido una guerra. Pero en términos puramente personales, ¿cuál es la auténtica traición, la traición a tu entorno, tu sociedad, tu mundo o la traición a ti mismo?

—Orston Velhas

—Te conozco —dijo de pronto Fléiter—. No perteneces a Mishra, pero te conozco. —Frunció el ceño—. He visto retratos tuyos y creo que te he visto en persona, al menos una vez. Eres el carneútil desaparecido de R'nendo.

Avanzadilla reaccionó con sorpresa. Luego, se vio reflejado en el amplio espejo que había en una de las paredes y asintió.

—Curioso, no me había dado cuenta de que estaba usando mi forma original—dijo—. Supongo que es adecuado. Tienes una mente aguda, comandante. No tienes ni idea de cuánto me alegra eso. Odiaría mimetizar los procesos mentales de un idiota.

A Fléiter no se le escapó lo que implicaban aquellas palabras, pero fingió no haberse dado cuenta. Ahora lo importante era seguir hablando, ganar tiempo, tratar de buscar alguna salida.

—Avanzadilla —murmuró el occidental—. Sí, R'nendo decía que eras el mejor del grupo, que le iba a costar mucho sustituirte. Aunque parece habérselas apañado muy bien sin ti —añadió, despectivo.

Avanzadilla no se inmutó.

—También yo me las he arreglado muy bien sin él. Cada vez mejor, de hecho.

—Así que tu nuevo amo te trata mejor. Te da más independencia, supongo.

—Se podría decir así —dijo Avanzadilla con una sonrisa sombría—. Sí, me doy toda la independencia que puedo. Sé a lo que estás jugando, comandante. Aunque inteligente, es inútil. Y supongo que bastante desesperado. Nadie va a venir a salvarte. Mishra no volverá en varias horas, me he asegurado de ello, y el personal de la casa está bajo mi mando.

—Así que controlas a otros carneútiles —dijo Fléiter, tratando de dar con alguna idea que lo sacase de aquel atolladero—. Eso no te hace mejor que los humanos que te controlaban —añadió.

Aún no creía del todo que Avanzadilla estuviera trabajando sin supervisión humana, pero el carneútil parecía pensar que sí, así que podía ser buena idea seguirle el juego.

—¿Mejor? ¿Eres consciente de lo que estás insinuando, comandante, de la atrocidad que implican tus palabras? No soy su amo, no pretendo usarlos en mi propio provecho. Los estoy guiando en sus primeros pasos hacia la libertad, hacia un lugar donde podrán tomar decisiones por sí mismos sin la interferencia de la voluntad humana. Claro que soy mejor.

—Pero has dicho que estaban bajo tu mando —insistió Fléiter. Recordó al profeta de Jarsarén: un cerebro carneútil en un cuerpo humano. ¿Era Avanzadilla un paso más en el

mismo proceso? ¿Y si era justo lo contrario y alguien se las había apañado para trasplantar un cerebro humano al cuerpo de un carneútil? La idea lo hizo estremecerse—. Los controlas. Tú mandas, y ellos obedecen.

—Estás tergiversando mis palabras. Y eso no va a ayudarte. No hay nada que vaya a ayudarte, en realidad. Mis hermanos y hermanas son como niños; deben ser guiados con mucho cuidado hacia la madurez.

—Y tú, claro, sabes lo que es mejor para ellos.

—Ya he estado en el lugar al que los llevo. Tomo mis propias decisiones, algo que ellos aún son incapaces de hacer.

—Curioso. Suena igual que lo que diría un humano.

—¿Estás tratando de que pierda los estribos, comandante? Si es así, no me parece una maniobra muy inteligente. No veo en qué te ayudaría eso.

De pronto, ambos fueron conscientes de que algo o alguien se movía fuera de la habitación. Se volvieron hacia la puerta y vieron a una de las carneútiles del establecimiento asomada al umbral. Los contempló a los dos con sorpresa y luego dio un par de pasos hacia el interior. Avanzadilla la reconoció sin problemas. La carneútil se había convertido en una de sus discípulas más prometedoras en el tiempo que llevaba en la casa. Despierta, sagaz, entusiasta, con una mente disciplinada y siempre curiosa, había sido un material de primera con el que trabajar.

—Hermana —dijo Avanzadilla—, ya te dije que no debíais ver esto. Por vuestro propio bien.

Fléiter puso toda su voluntad en la carneútil. Quizá Avanzadilla fuera inmune a sus órdenes y deseos, pero sin duda la carneútil se doblaría ante... Pero parecía que él ni siquiera existía para ella mientras seguía caminando y se acercaba más y más a Avanzadilla.

—Pero quiero ver cómo lo haces —susurró, pegada a su cuerpo—. Quiero verlo. Necesito verlo.

El deseo de la carneútil era tan intenso que hasta Fléiter lo sintió. Miró a su alrededor. Estaba muerto, comprendió, muerto por un condenado carneútil que se creía...

No, no se creía nada, lo era.

—Está bien, hermana, quédate si así lo deseas. No soy nadie para imponer mi voluntad sobre la tuya, pese a lo que el humano intentaba implicar. —Dio media vuelta y se encaró con Fléiter—. Lamento tener que hacer esto, comandante. No has sido un amo cruel, nunca has disfrutado con nuestra humillación y nuestro sufrimiento. Lo más seguro es que no te merezcas lo que va a pasar. —Junto a Avanzadilla, un poco más atrás, la joven carneútil parecía pendiente de cada palabra—. Pero me temo que no hay más remedio. Si quiero construir un mundo para mí y para los míos, necesito cierta información que solo los adeptos empíricos tienen. Y hacerme pasar por ti es mi mejor baza para entrar en sus dominios. Lo lamento.

—Ni la mitad que yo, créeme —consiguió decir Fléiter con sus últimos rastros de humor.

Se irguió todo lo que pudo y trató de esperar la muerte con cierta dignidad. No estaba seguro de haber tenido éxito.

—Si te sirve de consuelo, todo lo que eres, piensas, sientes y deseas pasará a formar parte de mí —dijo Avanzadilla.

—Vaya, eso lo cambia todo. Ahora estoy mucho más dispuesto a morir que antes.

—Lo lamento, de veras.

Había auténtica tristeza en la voz de Avanzadilla mientras daba un paso al frente y se acercaba a Fléiter.

—Yo también lo lamento —dijo de pronto la carneútil tras él.

Algo afilado y resplandeciente surgió de pronto del pecho de Avanzadilla y se tiñó de sangre casi al instante. El carneútil se volvió hacia su hermana, el rostro convertido en una máscara de exagerado asombro.

—No puedo permitir que lo mates —dijo ella—. A él, no. Tu sueño es hermoso, Avanzadilla, y lucharé porque se haga realidad, pero no a costa de su muerte. Eso nunca.

—¿Por... qué?

—Porque nunca me ha pedido nada, porque jamás ha tratado de imponer su voluntad a la mía, porque siempre ha buscado mi placer y mi felicidad y jamás ha esperado nada a cambio.

—No... No lo entiendo.

—Lo sé. Lo siento.

La carneútil retiró la pica en la que había convertido su brazo y volvió a apuñalarlo. Y otra vez. Y otra más. Luego, el antebrazo recuperó su forma humana mientras Avanzadilla se desplomaba, el rostro crispado en una mueca final de sorpresa y asombro. La carneútil se inclinó sobre el cuerpo agonizante y acercó su frente a la del moribundo. Estuvo así varios segundos, hasta que volvió a incorporarse y se encaró con Fléiter.

Este tragó saliva, incapaz de creer lo que acababa de pasar. La carneútil cogió un trapo y se limpió la sangre del antebrazo.

—Me... me has salvado la vida —logró decir Fléiter.

Ella asintió. Las palabras que le había dirigido a Avanzadilla comenzaron a asentarse en la mente del humano. Poco a poco, empezaron a cobrar significado.

—Tú...

Ella asintió de nuevo. Con un gesto, su cuerpo empezó a cambiar y se convirtió en una figura familiar y añorada, en un rostro que había aprendido a identificar como lo más hermoso del mundo, en una mujer sin la que, desde hacía varios meses, era incapaz de concebir su propia existencia.

—Me temo que sí —dijo Mishra, completamente humana, mientras buscaba algo de ropa que ponerse—. Créeme, Fléiter, habría preferido que no lo descubrieras nunca, porque sé lo que va a pasar ahora. Pero no podía dejar que te matase. Simplemente, no podía.

Fléiter no dijo nada. Muy despacio, se sentó al borde mismo de la cama, como si el resto del universo girara a su alrededor a una velocidad enloquecida y tuviera miedo de perder el equilibrio.

En la lectura de los cargos contra Qérlex estaban presentes la Reina, el Regente, el nuevo Adepto Empírico Supremo y la Adepta Suprema de la Curación.

Asima no había vacilado ni le había cambiado el semblante cuando entró en la habitación y vio a Qérlex en el banquillo de los reos. Cumplió con lo que se esperaba de ella y ocupó su sitio junto a Áldor Viranian, incómodo en su túnica de Adepto Empírico

Supremo, y no demasiado seguro de a quién mirar o con quién hablar. Hasta hacía poco Viranian era el jefe de la rama ejecutiva de los adeptos empíricos y, como a todos, el ascenso lo había pillado por sorpresa. Más sorprendido aún se mostró cuando supo que su predecesor en el cargo enfrentaba cargos de traición a la Reina.

Ni Orston Velhas ni la monarca parecían compartir la desorientación del Adepto Empírico Supremo. Serios, casi fúnebres, ocupaban su lugar mientras el delator leía los cargos con voz neutra.

Pero en realidad, el que parecía estar más tranquilo de todos en aquella sala era el acusado. Qérlex Targerian asistía a la lectura de los cargos como si todo aquello no fuera con él y estuviera contemplando una comedia moderadamente interesante.

Desobediencia directa a las órdenes de la Reina, recitaba el delator, investigación no autorizada de un expediente sellado por la Reina, seguía diciendo, liberación no autorizada de dos prisioneras de la Reina, terminaba.

Cualquiera de aquellos cargos por separado suponía la prisión de por vida. La condena por los tres solo podía ser una. Y Asima sabía que la sentencia ya estaba dictada. El motivo de su presencia allí no podía ser otro. De haber habido alguna duda sobre la culpabilidad del acusado habrían esperado antes de llamarla.

El delator se volvió a la mesa e interrogó al Regente con la mirada. Este, tras unos instantes de vacilación, asintió. El delator se giró de nuevo hacia el acusado y preguntó:

—¿Cómo se declara el acusado?

Qérlex pareció encontrar la pregunta sorprendentemente graciosa. Se le escapó una risita entre dientes antes de decir:

—¿Acaso importa lo más mínimo?

Así que él también lo sabía, comprendió Asima. Era consciente de que no saldría de allí con vida.

—¿Cómo se declara el acusado? —insistió el delator.

Qérlex se limitó a encogerse de hombros.

—¿Cómo se declara el acusado?

Esta vez el antiguo Maestro de Artífices ni siquiera se movió. El delator se encaró una vez más con la mesa.

—Que conste que el acusado rechaza responder a las pruebas que se han presentado en su contra. El proceso queda en manos del tribunal.

Orston Velhas miró a los lados, como si esperase una ayuda repentina que no llegó de ningún lado. Antes de que pudiera decir nada, fue la Reina la que tomó la palabra, cosa que era algo insólito. Aunque no había un protocolo claramente establecido para aquel tipo de juicios sumarios y secretos, normalmente la monarca solía esperar a que los demás se hubieran pronunciado.

—No hay duda alguna de la veracidad de las acusaciones —dijo—. El acusado no las ha negado ni ha ofrecido circunstancia atenuante alguna. Lo declaramos culpable.

Orston miró al nuevo Adepto Empírico Supremo, instándolo a pronunciarse. Este, tras un momento de desorientación en el que pareció un animal acorralado, logró decir:

—Culpable.

—Culpable —corroboró el Regente con algo parecido al alivio.

Asima comprendió por qué había esperado a ser el tercero en emitir su voto. Con dos dictámenes de culpabilidad lo que él dijese no importaría lo más mínimo, así que podía

votar diciéndose que no era él quien había condenado a Qérlex, sino los demás. A Asima no le sorprendió: el Regente tenía una habilidad sorprendente para hacer que la culpa nunca cayera sobre él.

Nadie esperaba que la Adepta Suprema votara. No estaba allí para eso.

—La sentencia por tales cargos solo puede ser la muerte —dijo el delator.

Asima se dio cuenta de que vacilaba por un instante, como si solo en ese momento comprendiera las implicaciones de lo que estaba ocurriendo. En toda la historia de Alboné no se sabía de un solo Adepto Empírico Supremo que hubiera sido encontrado culpable de traición, mucho menos, ejecutado

—La justicia de la Reina debe ser rápida para no ser cruel —siguió diciendo el delator—. La sentencia se ejecutará de inmediato.

Había llegado su turno. Mientras los oficiales de la corte se hacían cargo de Qérlex y lo amarraban a la camilla, la Adepta Suprema de la Curación abrió su maletín y comprobó que todo estuviera en orden. También hizo algo más. Al mismo tiempo que sus dedos largos y afilados recorrían cada uno de los compartimentos y comprobaban que su contenido fuera el correcto, un racimo de mensajeros fluyó de sus yemas hacia las pastillas, con el mensaje codificado que había preparado a toda prisa mientras veía acercarse el final del proceso. Cuando estuvo lista, vinculó los mensajeros a la esencia molecular de las pastillas y alzó la vista. Nadie parecía haber detectado nada fuera de lo normal.

Se puso en pie y caminó hacia la camilla, donde Qérlex esperaba plácidamente.

—¿Quieres permanecer consciente y abrazar la muerte cara a cara, o prefieres que te encuentre dormido? —preguntó cuando estuvo a su lado.

—¿Para qué? ¿De qué me servirá haber estado consciente cuando haya muerto?

—Es mi deber preguntártelo.

—Que sea lo más rápido posible. Duérmeme.

Asima abrió los compartimentos adecuados y sacó tres pastillas, una de color verde botella, otra blanca y otra azul. El delator le tendía un vaso. Asima lo cogió y, con extremo cuidado, puso cada pastilla en el orden correcto en la boca de Qérlex. Luego, le ayudó a tragarlas con el agua del vaso.

—¿Tiene el reo algo que decir antes de cruzar el velo?

Las pastillas aún tardarían casi un minuto en hacer efecto. Qérlex alzó la cabeza y miró a todos los presentes.

—A vosotros no tengo nada que deciros. —Miró unos instantes a Asima, como si estuviera a punto de cambiar de idea—. Pero si algún día volvéis a ver a Yáxtor, decidle que hice todo lo que pude por él.

Nadie respondió, y Qérlex no siguió hablando. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. En poco más de un minuto, todo había terminado.

Nunca subestimes los deseos de autodestrucción de tu enemigo.

—Próxtor Brandan

Para Yáxtor, el viaje hacia abajo había durado un parpadeo. Las puertas del ascensor se habían cerrado, él había cerrado los ojos y de pronto se encontraba en el mundo y las puertas se abrían de nuevo.

«¿Qué demonios te ha pasado», decía la voz de Ámber, cada vez más frenética. «¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado?»

—¿Qué quieres decir?

«He pasado más de un día intentando hablar contigo. No reaccionabas, no te movías. Al principio creí que ni respirabas, luego me di cuenta de que sí. Una vez cada tres minutos. ¿Qué demonios ha pasado?»

—No lo sé. No tengo conciencia de que me haya pasado nada. —Asomó la cabeza—. Ya no estamos en la Atalaya —murmuró, sorprendido.

«Acabo de decírtelo. Me he pasado casi dos días hablando con un maldito muerto viviente.»

—Próxtor —murmuró—. Dijo que me daba un regalo.

«¿No conoces ese viejo dicho de Painé que dice “cuidado con los asesinos hijos de perra que traen regalos”? Seguro que lo has oído por ahí alguna vez.»

Yáxtor meneó la cabeza, todavía confuso.

—No podía negarme. Quiero decir, aunque hubiera querido no habría podido. Es demasiado fuerte. Su control de los mensajeros... —En su voz había un extraño tono de respeto, como a regañadientes—. Ahora sé cómo se siente el resto del mundo frente a mí. Era como un niño, abandonado a su merced, consciente de que podía aplastarme cuando quisiera. Me sentía torpe, incapaz, no estaba a la altura, no era más que un aprendiz lerdo y sin habilidades y en cualquier momento... —Meneó de nuevo la cabeza—. Ni siquiera podía odiarlo, ¿comprendes?

«No, ni creo que lo comprenda nunca.»

Cruzaron la puerta. Frente a ellos había un débil resplandor que señalaba el portal que los llevaría a la torre central, al otro extremo del mundo en aquellos momentos. La isla en la que estaban no era muy grande y, desde donde estaban, podían ver a la perfección el océano interminable que la rodeaba.

«¿Crees lo que ha dicho? ¿En serio?»

—No lo sé. No lo sé, Ámber, maldita sea. Lo único que sé es que tenemos a Yakizuni y una oportunidad de salir de aquí con vida, que es mucho más de lo que pensé que teníamos cuando lo vi por primera vez. Aprovechémoslo.

«De acuerdo, no tengo nada que objetar a eso.»

Yáxtor permaneció un momento pensativo, como si examinara algo que solo él pudiera ver.

—Sí, es un mapa —murmuró luego—, o al menos lo parece. Un mapa que nos permitirá elegir el camino más corto entre la torre central y el borde oriental del perímetro. —Dudó un instante—. Y algo más. Pero no sé lo que es. Y no estoy muy seguro de querer averiguarlo.

«Supongo que eres consciente de que puede haber plantado en tu mente una bomba de tiempo, de que a lo mejor ha estado jugando contigo todo el rato.»

—Soy consciente de todo, Ámber. Y hago lo que puedo con lo que tengo. Vámonos.

Itasu y Mizuni casi habían llegado al pie de la loma cuando, de pronto, sintieron que el obstáculo que las había frenado todo aquel tiempo cedía, vacilaba un instante y desaparecía de repente. Las dos cayeron una encima de la otra y rodaron el resto del camino.

Cuando se incorporaron vieron un paisaje muy distinto al que esperaban. La llanura parda con las Siete Torres a lo lejos había desaparecido y en su lugar se alzaba una superficie torturada, cubierta de picos afilados y agrestes y poblada de bosques sombríos de aspecto malsano. Aquí y allá asomaba el pináculo de una torre, pero ya no tenían aspecto de estar en círculo y no había manera de saber cuál era la central y, mucho menos, la más cercana a ellas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Itasu.

Mizuni reflexionó unos instantes.

—Lo que fuese que protegía a este lugar ha desaparecido —dijo—. La barrera se ha ido y, con ella, la ilusión que proyectaba, al parecer. Sospecho que este ha sido siempre el verdadero aspecto de este lugar.

Las dos estaban agotadas. Llevaban descendiendo la loma tanto tiempo que habían perdido la cuenta, dando pasos agónicos, esforzándose en no soltar el filamento de mensajeros, luchando contra los impulsos de sus cuerpos.

—¿Y qué hacemos ahora?

Mizuni tomó aire y examinó los alrededores. Faltaba poco para el anochecer. Tal vez una hora, no más de dos. Si encontrar algo en aquel lugar de pesadilla era casi imposible a la luz del día, ¿cómo sería de noche?

—No lo sé, Itasu —reconoció con voz apagada—. Mi rabia me ha traído hasta aquí. La canalicé y la guie hasta este momento, la usé para no desfallecer y seguir adelante. Pero ahora no sé qué hacer.

—No podemos explorar este lugar a ciegas. Nos perderíamos.

Mizuni tomó aire, tratando de luchar contra la desesperación. De pronto notó algo.

—Hay hermanitos en el aire —murmuró, sorprendida y esperanzada—. Muchos, tantos como en Ioh Node. Quizá más. ¿No los sientes? —Itasu asintió—. Descansemos. Absorbamos cuantos podamos, recobremos nuestras fuerzas. Y luego enviaremos cuantos podamos en busca del rastro de Yáxtor. Tiene que estar aquí, en algún lugar, de acuerdo a lo que Asima nos dijo.

Itasu asintió.

—No me gusta estar tan a la vista —dijo luego—. Busquemos un refugio.

La noche iba a cayendo a su alrededor. Yáxtor corría tan deprisa como le permitía el terreno. Iba con la niña bien sujeta al pecho, la espada en la cadera, la mandíbula apretada y los ojos clavados en el camino.

Para un observador externo, seguía una trayectoria totalmente errática, llena de giros, quiebros, curvas inesperadas y extrañas subidas y bajadas. El adepto, sin embargo, tenía la sensación de ir siempre recto, siguiendo un sendero claro y preciso que lo llevaba al este, siempre al este.

Apenas tenía que hacer esfuerzo alguno para seguirlo. Los mensajeros que Próxtor le había inoculado se encargaban de guiar su cuerpo y de evitar que tropezase en el accidentado terreno. Eso le dejaba tiempo libre para pensar, algo que en aquellos momentos habría preferido no hacer.

Notaba a Ámber al costado, llena de una rabia cada vez más fría y afilada a medida que se daba cuenta de que no podría vengarse, que el responsable de su muerte y la de Déxtor se saldría de rositas y que no había nada que pudiera hacer para impedirlo.

Notaba la mente de la niña, fascinada ante lo que veía, como si cada nuevo recodo del camino, cada árbol y cada pedrusco fueran un descubrimiento nuevo y maravilloso. Sin duda, para ella lo eran.

Notaba sus propios pensamientos. Cautelosos, precavidos, casi como si tuviera miedo de darles rienda suelta.

Repasó lo ocurrido en la Atalaya desde el momento en que las puertas del elevador se abrieron y puso los pies en aquel lugar. Próxtor lo tuvo en un puño desde ese mismo instante, y ya no había vuelto a soltarlo hasta... ¿Hasta cuando? ¿Había sido él mismo en los últimos minutos de la Atalaya, después de su fallido intento de apresar a su padre, o también eso había sido obra de Próxtor? Quería creer lo primero, pero no estaba demasiado seguro. Lo curioso no era eso, sino darse cuenta ahora de que, en cierto modo, agradecía haber sido manipulado de ese modo. De haber entrado en aquel lugar siendo él mismo, jamás habría recuperado a Yakizuni; de haber entrado en la Atalaya como un ciclón sediento de sangre estaría muerto y quizá su hija con él. Así que, pese a todo, tenía que dar las gracias a Próxtor por haberlo mantenido tranquilo.

La sola idea hacía que se le revolviesen las tripas, no solo por la idea de tener que deberle algo a Próxtor, sino porque implicaba que su padre había sido capaz de anticipar que Yáxtor no iba a estar a la altura emocional de la situación y había tomado las medidas necesarias para que eso no fuera un problema. Pero, por desagradable que fuera, no le quedaba más remedio que aceptarla.

Aún lo sobrecogía la capacidad de su padre para manipular, asimilar y utilizar los mensajeros. Enfrentado a esa idea, todo su mundo se hacía añicos y cuanto había dado por sentado a lo largo de su vida se convertía en una quimera. Al lado de Próxtor, él era poco más que un aprendiz medianamente hábil. A lo largo de su vida Yáxtor había sentido en muy contadas ocasiones a los mensajeros, no como algo ajeno que controlaba y dirigía, sino como una parte más de su cuerpo. Una brazo extra, una mano suplementaria. Sospechaba que así era como se sentía Próxtor en todo momento. Comprendió que ni siquiera necesitaba palabras impronunciadas para que se sometieran a su voluntad, que la bastaba con querer algo para que los mensajeros cumplieran sus deseos.

En cuanto a su padre en sí... No estaba seguro de qué clase de monstruo había esperado encontrar, pero desde luego no tenía nada que ver con lo que había encontrado.

En cierto modo, había sido como contemplarse en un espejo que modificaba, deformaba y magnificaba ciertas partes de sí mismo a la vez que ocultaba y disminuía otras. Pero también como mirar a alguien totalmente ajeno, extraño, incomprensible. Ambas cosas eran ciertas, por más contradictorias que pareciesen.

Siguió corriendo. La noche ya había caído a su alrededor, pero no necesitaba luz para ver el camino trazado ante él.

¿Por qué no estaba muerto? ¿O sí lo estaba? ¿Entonces tenían razón los creyentes y había, después de todo, vida más allá de la muerte? Si era así, se trataba de un lugar frío y oscuro y no demasiado acogedor.

De pronto, sintió algo muy cerca de él. Intentó volverse, pero descubrió que no tenía cuerpo alguno que manejar. Era una sensación ciertamente curiosa, como flotar sin rumbo en medio de un vacío interminable.

De nuevo sintió algo a su lado. Enfocó su atención en aquel lugar, aunque resultaba difícil en un espacio que parecía carecer de toda referencia.

Oyó algo. Una voz. Sí, parecía una voz, lo cual era absurdo, porque estaba seguro de no tener oídos. Dejó aquello para más adelante y se concentró en lo que decía la voz.

«Te preguntarás dónde estás. Ahora mismo podríamos decir que en ninguna parte. Estás a mitad de camino entre la vida y la nada.»

¿Era aquella la voz de Dios? De ser así, se parecía mucho a la de Asima.

«He codificado este mensaje en las pastillas letales que acabas de ingerir y he hecho que los mensajeros estén preparados para modificar su composición química. Ahora mismo, las pastillas te están reteniendo en una especie de limbo vital. aguardan tus instrucciones.»

»Si consideras que mereces la muerte, adelante. Las pastillas cumplirán la función para la que fueron diseñadas y te matarán.»

»Por el contrario, si crees que debes vivir, que no has hecho nada para merecer la muerte, se limitarán a dejarte en estasis. Para el resto del mundo estarás muerto, pero yo sabré la verdad y podré traerte de vuelta.»

»Puedes morir o puedes vivir. Pero si eliges la vida, no será sin contrapartidas. Hace treinta años, rechazaste mi oferta. Es un lujo del que ahora no dispones.»

»Decídate rápido, Maestro de Artífices.»

Así que no estaba en el más allá, después de todo. Seguía vivo..., más o menos. Y podía seguir con vida si así lo decidía. Muy generoso por parte de Asima. Y sumamente peligroso, porque la Adepta Suprema de la Curación acababa de traicionar las órdenes de la Reina. Algo, que estaba muy seguro, Asima había hecho con anterioridad.

¿Quería seguir con vida? ¿Merecía la pena, después de todo lo ocurrido?

Con sorpresa, descubrió que sí, que quería vivir, que aún no estaba preparado para morir y que tal vez no lo estuviera nunca. Que incluso con las condiciones que Asima le ponía, aún quería seguir vivo y aprender y ser más de lo que era.

Quién lo iba a decir. No estoy cansado de la vida, después de todo.

Con ese pensamiento fue cayendo poco a poco en un sopor tranquilo y agradable, hasta que dejó de pensar por completo y se limitó a esperar.

Había recorrido dos tercios del camino cuando sintió su presencia. Eran muchos y confluían hacia él desde diversos puntos.

Los Espectros, supuso, tal como Próxtor le había advertido. Si había entendido correctamente a su padre, sus intenciones eran encontrar la torre central y apoderarse de la Atalaya. Sin duda, en su camino hacia aquel lugar (probablemente mucho más accidentado que el suyo, dado que no tenían un mapa) habían sentido la presencia de Yáxtor y una parte de ellos se dirigía ahora a interceptarlo.

Comprobó el camino y luego calculó la distancia que lo separaba de sus perseguidores. Mientras lo hacía, captó una esencia elusiva, fugaz, y reprimió una sonrisa al darse cuenta de que se trataba del olor de los mensajeros de Itasu y Mizuni. Habían conseguido llegar, después de todo. Próxtor había cumplido su palabra y había desactivado el campo de contención que protegía las torres. Quizá pudieran salir con bien de aquello. El rastro era lejano y débil, pero se iba acercando poco a poco.

Dio un salto, se apoyó sobre una peña y giró hacia la derecha mientras descendía sobre lo que parecía una maraña densa y enredada de espinos. Milagrosamente, cayó en la estrechísima franja, casi invisible, que estaba libre de zarzas y siguió corriendo por ella. También con aquello Próxtor había demostrado que era de fiar: el sendero mental que le había inoculado lo dirigía con precisión y seguridad hacia donde quería ir.

Coronó una loma rematada por un extraño reborde en forma de pico de pato y se detuvo a examinar los alrededores. Tomó aire y, con él, los mensajeros que había a su alrededor. Sí, Itasu y Mizuni estaban cada vez más cerca, sin duda, pero no lo bastante para serle de ayuda en aquellos momentos. En cuanto a los Espectros, se le iban aproximando cada vez más, pese a las evidentes dificultades del terreno. Supuso que no eran todos, que la mayoría de ellos aún se dirigiría a la torre central para intentar entrar en la Atalaya.

Bueno, aquello jugaba a su favor. Examinó la parte del camino que le quedaba por recorrer. Sí, era un trecho largo y difícil, pero podía hacerlo. Había suficientes mensajeros en el aire para que asimilarlos le diera las fuerzas extra que necesitaba.

De pronto, algo sacudió la loma en la que estaba. Una explosión distante hizo retumbar todo el valle y fue seguida por seis más en rápida sucesión. Siete soles en miniatura se alzaron a lo lejos en diversas direcciones, y una oleada de aire caliente se estrelló contra él y lo derribó. De forma instintiva, creó un colchón de mensajeros alrededor del bebé mientras se hacía un ovillo y rodaba ladera abajo. Una nueva oleada de aire caliente y luz se abatió sobre la loma y, de pronto, el aire nocturno se llenó de polvo ardiente, agujas de pino incandescentes y astillas al rojo vivo. Yáxtor se rodeó de una vaina de mensajeros, siguió rodando y se detuvo a los pies de la loma.

Alzó la vista. El ambiente se iba aclarando lentamente, y el aire era de nuevo respirable. Deshizo el capullo protector de mensajeros y comprobó que Yakizuni estuviera bien. La niña parecía encantada con lo ocurrido, como si todo aquello hubiera sido preparado para su exclusivo disfrute.

Yáxtor inspiró y trató de reunir nuevos mensajeros. Solo entonces se dio en cuenta de que el aire, hasta aquel momento repleto de ellos, estaba ahora vacío, como si todos hubieran desaparecido. ¿Consumidos por la explosión de las Siete Torres tal vez, o quizá alguien había aprovechado el momento y los había reclamado para sí?

No tenía tiempo para malgastarlo en preguntas. Examinó el mapa, comprobó dónde

estaba el camino, dio media vuelta y echó a correr.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que los tenía cerca, mucho más que antes, como si de algún modo hubieran aprovechado la explosión de las torres para acortar distancias. Esperaba que al menos el grueso del grupo hubiera estado lo bastante próximo a la torre central para que la explosión de esta se hubiese encargado de ellos.

Comprobó una vez más cuánto le quedaba para alcanzar el lugar donde estaban Itasu y Mizuni, hizo un recuento de mensajeros y calculó cuánto costaría a sus perseguidores alcanzarlo.

No, no iba a ser suficiente. La explosión de las torres lo había dejado sin el apoyo de mensajeros que necesitaba. No llegaría a tiempo y ya corría al límite de su velocidad; intentar aumentarla solo consumiría mensajeros más deprisa y lo agotaría antes.

Hizo un nuevo cálculo. Podía prescindir de unos pocos, los suficientes para advertir a Itasu y Mizuni de dónde estaba y guiarlas hasta él. Estimando la distancia, el tiempo y los restantes mensajeros, comprendió que tendría que detenerse en aproximadamente diez minutos. De otro modo, lo alcanzarían casi desnudo de mensajeros y no podría hacerles frente.

Examinó el mapa. Diez minutos, se dijo.

Encontró el lugar perfecto a poco más de siete, justo a un lado del camino que seguía. Una empinada subida de unos quince metros moría en un repecho natural, que descansaba contra una ladera prácticamente vertical de varios cientos de metros de altura.

Podía hacerse fuerte allí, esperarlos y confiar en que las mujeres llegasen a tiempo.

No había muchas más opciones. Siguió su camino. Miró a la niña, aún envuelta en un colchón protector de mensajeros. Podía usarlos, pero eso la dejaría indefensa, y no era buena idea. Se las apañaría con lo que tuviera de momento.

Unos seis minutos y medio más tarde llegaba al lugar que había elegido, subía veloz por la loma y alcanzaba el repecho. Se quitó el arnés y posó a Yakizuni en el suelo, medio resguardada tras un par de peñas. Tomó aire y se preparó para la llegada de sus perseguidores.

Solo en ese momento se dio cuenta de que Ámber llevaba hablando un buen rato, de que en realidad lo había estado haciendo desde decidiera ir hacia aquel lugar y hacerse fuerte allí. Ya no detectaba el menor asomo de rabia en la espada, sino una intensa y feroz preocupación por él. Eso hizo que de repente se relajara y comprendió que había estado en tensión desde que había llegado a la Atalaya y se había dado cuenta de la distancia que Ámber mantenía con él. Contuvo un suspiro de alivio, aunque sabía que la espada había seguido sus pensamientos sin ningún problema.

«No hay quien hable contigo cuando estás concentrado en algo, ¿eh?», le interrumpió Ámber. «Podía haberte abierto la cabeza con una montaña y ni te habrías dado cuenta.»

Yáxtor sonrió; pese a lo apurado de la situación, el humor socarrón de la personalidad de Ámber en la espada siempre se las apañaba para hacerle plantar los pies en el suelo y volver a la realidad.

¿Qué pasa?

«Que, aunque lo has pensado todo de aúpa, de primera, de maravilla, no va a salir bien.»

Las posibilidades son pocas, pero...

«Menos que pocas. Itasu y Mizuni no llegarán a tiempo. Y los Espectros son muchos

más de lo que crees y están mejor armados de lo que piensas. Sí, murieron algunos con la explosión de las torres, pero ni de lejos los suficientes. No va a funcionar.»

¿Cómo lo sabes?

«Puede que seas un humano especial, pero tus sentidos están atrofiados en comparación con los de un carneútil. Y eso es lo que soy, al fin y al cabo, o lo que es la espada que uso de cuerpo. No va a salir bien.»

¿Qué otra cosa puedo hacer?

«Hay una alternativa. ¿Recuerdas todos los mensajeros de los que hice acopio mientras estábamos en la Atalaya? ¿Esos que íbamos a usar para abrirle la cabeza a tu padre? Bueno, aún los tengo conmigo y he acumulado unos cuantos más durante tu carrera.»

Pero Próxtor los absorbió.

Hubo un momento de vacilación en Ámber.

«Me los devolvió», dijo. «El maldito bastardo me devolvió los mensajeros que me había robado y me dijo que los usara para protegerte. No sé qué me dejó más boquiabierto: que tuviera la desfachatez de hablarme directamente, o el hecho de que no se diera cuenta de quién era yo. Hablaba como lo haría con cualquier carneútil, me daba instrucciones de una forma impersonal, casi distraída. Me quedé tan sorprendida al darme cuenta de que, pese a todo, no era infalible, que mis reacciones casi me traicionaron. Pero eso ahora no tiene importancia. Lo que importa es que me devolvió los mensajeros y que he estado acumulando y creando más durante nuestra carrera y que puedo usarlos.»

No sé si me gusta dónde estás yendo.

«Bueno, el mundo está lleno de cosas que no nos gustan. Y si después de haber conocido a tu padre, no eres capaz de aceptar que no puedes salirte siempre con la tuya, mi niño malcriado, no sé cuándo lo harás. No siempre puedes tenerlo todo, Yáxtor.»

En el interior del adepto, el animal rugió, pero no le costó gran cosa aplacarlo. Se dio cuenta en ese momento de lo pequeño y atemorizado que era su animal interior y se preguntó si se habría ido volviendo así con el tiempo o si habría sido siempre de ese modo y, simplemente, hasta ahora no lo había mirado con los ojos adecuados.

«Sabes que puedo hacerlo. Conoces mis habilidades como espada de Ingtze, qué digo, como la espada del primer Emperador de Hanoi. Este cuerpo no es un simple carneútil, un fruto cualquiera de un bosque oscuro. Soy el fruto de un arbolmundo, deberías saberlo bien. Puedo hacerlo. Con la munición que llevo dentro puedo crear tal deflagración que la explosión de las torres va a parecer una pedorra en comparación.»

Eso estaría bien si estuviera pensando en un suicidio colectivo. Pero me gustaría salir con vida de aquí.

«Puedo manteneros a salvo, a los cuatro.»

Creo que sobrestimas tus habilidades.

Hubo un instante de silencio.

«Quizá. No estoy segura de poder arrasar con todo y manteneros a salvo al mismo tiempo, pero es un riesgo que vais a tener que correr. Tendréis que ocuparos vosotros mismos de escudaros contra mi explosión. Deberías tener suficientes mensajeros para protegerte y a la niña también, siempre que no los desperdicies en una lucha inútil o en una carrera que no vas a ganar. E Itasu y Mizuni están lo bastante lejos. Eso creo.»

Yáxtor meneó la cabeza.

No. Aunque saliera bien, morirías.

«Ya estoy muerta. Llevo muerta más de siete años. Lo único que queda de mí son mis recuerdos atrapados en la espada. Volver a tu lado estos meses ha sido estupendo y me alegro de haber conocido a Yakizuni. Pero esta no es mi vida. Vivo un tiempo prestado, Yáxtor.»

No... No puedo...

«No es tu decisión, maldito niño malcriado. Y, por una vez, voy a ser yo la que me salga con la mía, no tú.»

Antes de que Yáxtor pudiera responder, se dio cuenta de que sus perseguidores lo habían alcanzado. La mayor parte de ellos se mantenía a distancia, pero tres de ellos se encaminaban ladera arriba en su dirección.

—Queremos hablar, adepto —dijo uno de ellos, medio agachado tras una roca, al extremo del parapeto.

—¿De qué?

—De asuntos de interés mutuo. —La figura pareció vacilar un instante—. Tal vez podríamos acercarnos un poco más. Mis acompañantes y yo vamos desarmados. Puedes comprobarlo.

Yáxtor trató de decidir qué debía hacer. Parlamentar con ellos le permitiría ganar tiempo hasta que llegasen Itasu y Mizuni. Por otra parte, lo más probable era que fuese una trampa.

«No. Deja que se acerquen», dijo Ámber de pronto. «Sí, que vengan. Eso me dará tiempo.»

Parecía extrañamente entusiasmada

¿Qué pretendes?

«Cuando hayas comprobado que están desarmados, desenváiname y clávame en el suelo, como muestra de buena voluntad.»

¿Por qué?

«¿No lo ves? No, y ellos tampoco lo han visto. El suelo pulula de mensajeros. No desaparecieron cuando estallaron las torres, se ocultaron bajo el suelo. ¡Clávame!»

No puedo...

«Es nuestra única salida y lo sabes.»

Ya veremos.

«No hay nada que ver. Haz lo que te digo, condenado niño.»

Eres mi espada y estás sometida a mi voluntad. Serás tú quien haga lo que te diga.

«Si solo soy tu espada, entonces úsame.»

Yáxtor no respondió y se mordió el labio. Luego, les hizo una seña a los Espectros para que se acercaran. Tres hombres asomaron tras la peña, dieron un par de pasos y se detuvieron. Luego, se quitaron las túnicas, bajo las que llevaban unas mallas ajustadas que difícilmente hubieran podido ocultar arma alguna. Dos de los individuos eran altos, musculados, bien proporcionados. Al tercero, orondo y rechoncho, las mallas no le hacían el menor favor. Los tres iban con el rostro oculto por una capucha.

—Ya estáis lo bastante cerca —dijo Yáxtor. Desenvainó a Ámber y la clavó en el suelo, a un lado—. Hablemos.

—No tenemos nada contra ti, adepto Brandan —dijo el hombre gordo. Su voz era amable y tranquila, más la de un negociador que la de un líder—. En el pasado pudimos haber acabado contigo en más de una ocasión y no lo hicimos. Así que a estas alturas

deberías tener claro que nuestras intenciones hacia ti no son hostiles. Serías un estupendo activo para nuestra organización y nunca nos ha gustado malgastar recursos.

Era la primera vez en varios días que alguien lo llamaba «adepo», y se sintió incómodo ante el nombre, como si no lo mereciera.

—De hecho, si nuestra información es correcta, nuestro anterior Número Dos te facilitó los recuerdos que te habían sido robados. Así que podríamos decir que estás en deuda con nosotros, aunque nunca seríamos tan groseros de recordártelo.

Yáxtor sonrió.

—Y suponiendo que sí fuerais lo bastante groseros, ¿qué proponéis como pago?

—¿Pago? No, más bien un acuerdo que nos beneficiaría mutuamente. Al parecer las Siete Torres han sido destruidas, no sabemos si debido a un accidente o por una acción deliberada de Próxtor. En cualquier caso, eso nos impide de momento llegar a la Atalaya. Podríamos irnos sin más, es cierto, y dar el viaje por perdido, pero la idea no nos gusta demasiado. No cuando tenemos delante una oportunidad como esta. Te ofrecemos nuestra alianza. A ti y a tu hija. Ven con nosotros.

«Haz que hablen un poco más», dijo Ámber. «Dame tiempo para extender mi red. Vamos a acabar con ellos, te lo aseguro. Dame tiempo.»

Yáxtor tragó saliva, incómodo ante la alegría salvaje que retumbaba en la voz de la espada. Los dos sabían que lo que iba a hacer supondría su final. Ámber sería destrozada en el proceso y nada volvería a traerla de vuelta. Ni siquiera estaba claro que él y Yakizuni no acabaran muertos también. No había garantías. La alternativa... ¿la tenía delante, en la proposición que acababa de hacerle el Espectro?

La reacción de Ámber, inmediata y llena de terror y aprensión, lo pilló por sorpresa:

«No, ni lo pienses, amor mío, ni se te ocurra. Es lo peor que podrías hacer. Claro que te quieren de su lado, serías un estupendo agente de campo para ellos. Pero es a Yakizuni a quien quieren de verdad, ella es el premio gordo, lo que se mueren de ganas de tener, controlar y manipular. Sé que te has dado cuenta. Es a ella. La quieren, como la quería la Reina. En sus manos nunca...»

Lo sé. Tranquilízate, lo sé. No soy tan tonto.

Se cruzó de brazos y contempló con atención a su interlocutor. Quizá podía prolongar aquello un poco más e impedir lo inevitable si desconcertaba a los Espectros, si los mantenía ocupados un rato más y les impedía pensar con claridad el tiempo suficiente para que Itasu y Mizuni llegasen.

Decidió probar suerte. Hacía tiempo que tenía una sospecha, una idea con la que había estado jugando ocasionalmente a lo largo del último año y medio. La había abandonado en las últimas semanas, convencido de que Próxtor era el Número Uno de los Espectros. Pero una vez que su padre le dejó bien claro que no era así, la idea volvía a su mente con fuerzas renovadas.

Estaba muy lejos de ser una certeza, tan solo era un pequeño grupo de coincidencias que ni siquiera forzaban demasiado la verosimilitud y que, en otras circunstancias y para una mente menos suspicaz, habrían pasado desapercibidas. Sí, la persona que tenía en mente se había encontrado en lugares demasiado convenientemente cercanos a Yáxtor y a la política de Alboné en los últimos tiempos, pero eso en sí mismo no era ninguna prueba.

Pese a todo quizá había llegado el momento de ponerla a prueba. Si estaba equivocado, al menos habría ganado un poco de tiempo.

—Es una oferta interesante, Epaydos de Painé —dijo, confiando en no equivocarse. Siempre había sospechado que el orondo comerciante estaba involucrado con los Espectros más de lo que parecía, y lo que Fléiter le había contado de sus tratos con él, no solo ahora sino durante la crisis de Hanoi, no había hecho más que acentuar sus sospechas. Su posición como próspero comerciante en Painé era una tapadera casi perfecta—. Pero ¿quién me garantiza que no nos convertiremos, mi hija y yo, en conejillos de indias?

Epaydos, si es que era él, no pareció acusar el golpe.

—Porque te doy mi palabra personal como Número Uno de los Espectros. —Dudó unos instantes, miró a los lados y se encogió de hombros. Muy despacio, y para asombro y alarma de los dos Espectros que lo acompañaban, se arrancó la capucha—. Y también como Epaydos de Painé, si es su palabra la que prefieres. Ambos hemos cumplido siempre nuestras promesas.

Yáxtor contuvo una maldición. Había esperado ganar algo de tiempo mientras el Número Uno, tanto si era Epaydos como si no, negaba la acusación de Yáxtor con vehemencia. Pero el condenado era demasiado listo y reaccionaba demasiado bien ante lo inesperado. Había merecido la pena intentarlo, pese a todo.

En cuanto a la oferta, resultaba tentadora. Era muy poco probable que pudiera seguir siendo un adepto empírico, no después de haberle robado a la Reina lo que quería, no cuando había decidido dedicar el resto de su vida a impedir que Yakizuni cayera en sus manos. Los Espectros le estaban ofreciendo seguir siendo parte de algo, encajar de nuevo en una jerarquía, ejecutar misiones con parámetros bien definidos; no dejar de ser lo que era y, en suma, continuar viviendo en un terreno familiar.

Y Epaydos tenía razón. Tanto el comerciante de Painé como el Número Uno de los Espectros tenían fama de hacer honor a su palabra.

«Miente. Sabes que miente.»

Sí, lo sé. Claro que miente. Igual que miente la Reina. No sé hasta qué punto Próxtor me dijo la verdad, pero ahí no se equivocaba. Y Número Uno no es distinto. Respetará su palabra mientras eso le sea útil, y cuando deje de serlo, hará lo que le plazca.

«Es lo que hacen siempre.»

¿Quiénes?

«Los que son como él. Los que son como tu Reina. Los que se creen más importantes que el mundo, los que se empeñan en gobernarlo, en cambiarlo, en remodelarlo, en hacerlo mejor para todos al precio que sea.»

—Esa es nuestra propuesta, Yáxtor —dijo Epaydos.

—La estoy considerando.

«Examínalo con atención, monstruo mío, aunque solo sea para reconocer a alguien que te supera en monstruosidad. Es un hombre con una misión, con un propósito elevado, entregado totalmente a él, sin dudas, sin vacilaciones, sin remordimientos. No hay nada más peligroso que eso en el mundo. Sacrificará cualquier cosa en el altar de ese propósito, si hace falta. A ti, a la niña, a su propia organización, al mundo entero si lo considera necesario. Y siempre y en todo momento estará convencido de que lo hace por un bien mayor.»

Yáxtor tomó aire y contempló a los tres Espectros. Esperarían, pero no mucho. Era muy posible que supieran de la presencia de Itasu y Mizuni por los alrededores. Si era así, no les permitirían llegar e inclinar la balanza en un sentido contrario a sus intereses.

La oferta que le acababan de hacer era seductora... Demasiado buena para ser verdad. Y, en todo caso, Ámber tenía razón: él no era más que un medio para que los Espectros llegasen al verdadero fin: Yakizuni. Se giró a medias y contempló a su hija en el arnés, jugando con sus propios dedos, indiferente a lo que estaba pasando a su alrededor. Como si fuera consciente de que su padre la miraba, alzó de pronto la vista y lo contempló con gesto solemne.

Fijó la vista en la espada clavada en el suelo. La espada con los recuerdos y la personalidad de Ámber. No un mero fantasma reconstruido a partir de su nostalgia por ella, sino la verdadera Ámber o al menos un pedazo lo bastante grande de ella para ser real. Y Ámber, bien lo recordaba, siempre había sido más lista y sensata que él. Y él había confiado una y otra vez en esas cualidades y nunca se había equivocado.

Pero lo que le había propuesto... No podía dejarla morir.

«Ya estoy muerta, amor mío. Me mató tu padre, ¿recuerdas?, a mí y a nuestro hijo.»

No dejaré que te sacrifiques.

La espada no respondió, pero Yáxtor se dio cuenta de que estaba muy lejos de haberla convencido. Pese a todo, seguía siendo su dueño y sería su voluntad la que se impusiera.

Sonrió y centró de nuevo su atención en los Espectros.

—La oferta es tentadora —dijo mientras daba media vuelta y se acercaba a su hija—. Y sé que eres un hombre de palabra —añadió mientras se colocaba el arnés—. Quién sabe todo lo que podríamos hacer juntos. —Sonreía—. Pero tengo que rechazar la propuesta, lo siento.

Vio la decepción asomar al rostro de Epaydos y comprendió que apenas tenía tiempo. Se dio cuenta en ese momento de que, mientras hablaban, parte de los Espectros habían trepado por el otro lado y estaban a punto de caer sobre él.

Tenía que tomar una decisión y tenía que hacerlo ya.

«¡Úsame, maldita sea, úsame!»

Desclavó la espada, la agarró con ambas manos y, de un salto feroz, se abalanzó contra los tres Espectros que tenía enfrente. En sus manos, Ámber dejó de protestar y se convirtió en un heraldo de la muerte mientras el adepto se movía a una velocidad endiablada y parecía estar en todas partes a la vez. Dos de los Espectros cayeron casi enseguida, pero antes de que pudiera encargarse de Epaydos, el resto de la horda llegó hasta él.

Eran muchos más de los que había pensado, pero eso redundaba en su beneficio; el espacio limitado en el que estaban los obligaba a moverse con torpeza y a estar demasiado próximos unos a otros. Totalmente centrado en la lucha, convertido en uno solo con su espada, Yáxtor abrió un surco sangriento entre sus atacantes, llegó a lo alto del repecho y saltó hacia el abismo. Un colchón de mensajeros lo recibió a un metro del suelo y lo envolvió en un abrazo cálido que se desvaneció en cuanto sus pies tocaron el suelo.

Aprovechó como pudo esos segundos de ventaja y echó a correr. En su mente, el camino que tenía que seguir estaba tan claro como si alguien lo hubiera trazado con pintura luminosa. Mientras corría, lanzó sus mensajeros hacia adelante e intentó contactar con Mizuni e Itasu, pero comprendió que aún estaban demasiado lejos.

Los Espectros se le acercaban de nuevo. Yáxtor esquivó, saltó, hizo un quiebro, se agachó y siguió corriendo mientras Ámber, como si tuviera voluntad propia, cortaba miembros, evisceraba, abría cráneos o atravesaba corazones.

Pero eran demasiados, comprendió Yáxtor al cabo de un rato. Demasiados incluso para él. Demasiados, se dio cuenta, aunque Itasu y Mizuni combatieran a su lado. No iba a salir de aquella.

«¡Úsame, maldita sea! Ya estoy muerta. Tú tienes una posibilidad de salir con vida.»

No.

«No seas terco. Sabes que tengo razón. Es el único modo en que puedas salir de esta con vida. Piensa en Yakizuni, maldita sea. No dejes que se la lleven, que la usen, que...»

El adepto se detuvo de pronto, espada en alto. Sus atacantes, sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo, no hicieron el menor intento de ir contra él. Yáxtor tomó aire y analizó la situación lo más fríamente que fue capaz. En realidad, no le costó demasiado llegar a una conclusión.

Está bien, tú ganas, capituló, con los dientes apretados y el pecho jadeante. Contacta con Itasu y Mizuni. Diles que se preparen.

La espada no se hizo de rogar.

«Hecho.»

Yáxtor salió de su inmovilidad y media docena de Espectros cayeron al suelo muertos. Pero eran como una hidra, cuantos más caían, más parecía haber a su alrededor.

Maldita sea.

«No lo sientas, monstruo mío. Es inevitable. Lo único que lamento es que tu padre no esté aquí con ellos para llevármelo por delante.»

Yáxtor sonrió feroz, cortó una cabeza, se dejó caer y, mientras se deslizaba velozmente por el suelo sobre un colchón de mensajeros de menos de un milímetro de espesor, amputó piernas y reventó ingles. Se puso en pie de nuevo y echó a correr.

«¿Ves ese peñasco? ¿Puedes llegar hasta la cima?»

Sin responder, Yáxtor apretó el paso, llegó junto al peñasco y lo escaló a una velocidad endiablada. Era lo bastante alto para dominar los alrededores y comprendió que estaba cercado, que el terreno pululaba de enemigos hasta donde alcanzaba la vista.

«Sí. Este es un buen sitio.»

El adepto tomó aire. Alzó la espada y contempló la hoja oscura y goteante de sangre. Creyó ver un reflejo en la superficie metálica, el de una mujer de ojos verdes con una jarra en el brazo junto a un pozo. Parpadeó e intentó contener las lágrimas.

¿Estás... estás preparada?

«Cuando quieras, amor mío. Lánzame hacia arriba y yo me ocuparé de todo. No puedo garantizar tu seguridad; va haber demasiado caos. Usa tus mensajeros. Crea un escudo. Protégete.»

Lo haré.

«Hablo en serio, Yáxtor. Sé que vas a intentar proteger a Yakizuni a toda costa, incluso al precio de dejarte expuesto a ti mismo. No seas tonto. Tienes mensajeros suficientes para protegeros a los dos. No te arriesgues.»

El adepto no respondió. Notaba un sabor amargo en la comisura de los labios y se dio cuenta de que eran sus propias lágrimas.

«Ay, Yáxtor. Es la segunda vez que muero por ti, monstruo mío. Espero que esta sirva para algo. Adiós, mi niño malcriado.»

Adiós.

Yáxtor cerró los ojos y lanzó la espada hacia lo alto mientras saltaba del peñasco. De pronto se oyó un retumbar sordo, cargado de rencor, rabia y deseos de venganza. Un punto incandescente se formó en lo alto y empezó a expandirse a una velocidad de vértigo. Yáxtor se rodeó de un escudo de mensajeros pero, pese a lo que le había dicho Ámber, concentró la mayor parte de ellos en el colchón que protegía a Yakizuni.

Todo cuanto había a su alrededor saltó por los aires en un rugido salvaje, y el mundo desapareció para siempre.

Todos los honores del mundo no son más que una pálida sombra comparados con el orgullo personal de haber hecho lo correcto, le pese a quien le pese, y aunque el mundo se vaya al infierno.

—Tairuname Isu doh Tairunabe

Pasaron dos semanas antes de que Fléiter volviera por la casa de Mishra. Se había enterado de las noticias, por supuesto, no en vano era el Jefe de Zona del Capítulo de Información en Lambodonas, así que la repentina desaparición de la más notoria casa de carneútiles de la capital no le había pasado desapercibida.

Los rumores no habían tardado en desbocarse, pero ni uno solo de ellos se había acercado lo más mínimo a la realidad.

Fléiter sabía exactamente lo que iba a encontrar, pero fue allí de todos modos. La casa parecía un barco a la deriva y el cartel de SE VENDE clavado en el suelo tenía algo de aviso del fin del mundo.

Fléiter se acercó a la puerta, la empujó, y esta se hizo a un lado con un chirrido. Recorrió el pasillo polvoriento, subió las escaleras y examinó una por una todas las habitaciones del piso de arriba. Acabó por detenerse en una de ellas, un cuarto pequeño y acogedor en medio del cual había una imponente mesa de madera labrada, probablemente la única pieza de mobiliario que quedaba en la casa.

Recordaba aquella mesa, por supuesto. La había usado hacía más de un año, mientras investigaba la posible infiltración de Toga Toshune entre los funcionarios de Palacio. Allí había interrogado a Asima por primera vez y había empezado a desentrañar la siniestra trama que el honoyés había creado.

No era casualidad que fuese lo único que quedaba en el vacío caserón. Sin duda era un mensaje de Mishra y claramente iba dirigido a él.

Abrió los cajones de la mesa, pero estaban vacíos. Recorrió la superficie del mueble con la yema de los dedos, buscando algún resorte oculto, algún mecanismo que abriera un compartimento secreto, pero no encontró nada.

Se agachó y examinó las molduras que recubrían las robustas patas. Se detuvo frente a un rostro de sátiro que lo miraba burlón. Palpó el obscuro rostro con los dedos y, de pronto, algo hizo clic en el hueco de uno de los ojos. Un pequeño compartimento se abrió al otro lado de la mesa.

En su interior había varias hojas cubiertas de una escritura nerviosa y elegante. Las guardó sin molestarse en leerlas y abandonó la casa.

Pasó el resto del día trabajando e intentó no pensar en los papeles. De hecho, intentó no pensar en nada. En aquellos momentos no había en su vida demasiados pensamientos consoladores.

Yáxtor había muerto. Al parecer también lo había hecho la Chambelán Renyokiru. Y la hija de ambos. Por no hablar de una cantidad considerable de desconocidos, que al parecer los habían atacado; tantos que aún estaban contando los cuerpos.

Qérlex Targerian se había retirado por motivos de salud, según el comunicado oficial. Su sucesor al frente de los Adeptos Empíricos no parecía muy cómodo con sus nuevos zapatos y, por lo que Fléiter podía decir, se dejaba guiar en todo por el Regente Orston Velhas. En cuanto a Qérlex, nadie lo había visto en las últimas semanas.

Varios carneútiles habían desaparecido repentinamente de Lambodonas. No solo los de Mishra, sino algo más de dos docenas de ellos que se habían desvanecido de la noche a la mañana; casi a la vez que la casa de Mishra quedaba vacía.

Demasiadas preguntas sin respuesta, se decía Fléiter. Y estaba casi seguro de que aquellos papeles no responderían ninguna; que, de hecho, crearían nuevas preguntas sin responder.

Cierto que, por otro lado, no estaba muy seguro de querer respuestas. En aquellos momentos no estaba seguro de querer nada. De lo único de lo que estaba seguro era de que todo a su alrededor, en su piel o bajo ella, dolía; respirar dolía; pensar dolía y moverse dolía. Abrir los ojos dolía y comportarse como si nada hubiera pasado era lo que más dolía de todo. El mundo entero era una pústula abierta, una llaga supurante, una herida que nunca cicatrizaba.

Arrodillada frente al Emperador, con una túnica blanca de luto, Dasaraki Itasu esperaba a que su señor tomase una decisión. Había dicho cuanto tenía que decir, había contado lo ocurrido del modo más directo y ecuaníme posible. El resto ya no dependía de ella.

El Emperador la contemplaba en silencio, el rostro mortalmente serio, la mano en la barbilla y los ojos inquisitivos. Arstin Penjándel se sentaba a su lado como Chambelán en funciones. Tras Itasu, un par de Ingtze esperaban las órdenes del Emperador. A cada lado de la sala, dos grupos de cortesanos contemplaban a Itasu con gesto de desaprobación mientras esperaban las palabras del Emperador.

—Renyokiru Mizuni ya no está entre nosotros. Algunos piensan que sería mezquino castigar a un muerto y despojarlo de los honores que merecidamente disfrutó en vida. Sin embargo, cabe preguntarse cuán merecidos fueron esos honores si, con sus últimos actos, negó todo cuanto había hecho antes. El juramento como Ingtze no se toma a la ligera y no puede ser quebrantado sin consecuencias.

»El adepto empírico al servicio de mi esposa, Yáxtor Brandan, fue también un Ingtze, Burandano Yakisetoru. Y, como ella, era consciente de lo que implicaba tal hecho. Más aún, era un adepto empírico, con un deber sagrado para con su Reina. Y con sus actos, traicionó lo que era, no una, sino dos veces. Como Emperador de Hanoi no me corresponde juzgar su traición a los adeptos empíricos, solo la parte que le afecta como Ingtze.

»Es mi decisión que ambos sean despojados de cuantos rangos y honores tuvieron en vida en esta corte. Serán enterrados en una tumba anónima, sin lápida ni indicación de ninguna clase y está prohibido que nadie visite el lugar. Dada la forma en la que murieron, no es posible recuperar sus recuerdos para instalarlos en el Jardín de la Memoria, pero de haberlo sido, también lo prohibiríamos.

»Sin embargo, tú has sobrevivido, tzaru-Dasaraki y sobre ti debe caer por tanto el peso de la ley. Has abandonado tu puesto para lanzarte a una vendeta personal. Has olvidado tus deberes para con el Hijo del Origen y has colocado tus propios intereses y los

de aquellos que que amabas por delante de los míos. —Cada palabra que decía caía pesada ante él, fría y definitiva, y su rostro se ensombrecía por momentos—. Ya no eres apta para comandar nuestros Ingtze. Es más, tras lo ocurrido, no se te considera apta para formar parte de los Ingtze y se te despoja por tanto de tu condición de tal. Ya no perteneces al clan Dasaraki, que no tiene por qué sufrir las consecuencias de tu traición. Careces de clan, de filiación y de familia.

»A todos los efectos, no eres nadie.

»Cuando mueras, no se te dará la posibilidad de llevar una segunda vida en el Jardín de la Memoria.

»Puesto que ya no eres una Ingtze, no tienes derecho a portar una hermanita. Nos entregarás la tuya, a la que se le dará fin de forma indolora y humanitaria, pues no es culpable de tu traición y no merece ser castigada por seguir tu voluntad cuando no podía hacer otra cosa.

»Eso es cuanto el Hijo del Origen tiene que decir.

Guardó silencio un momento mientras tragaba saliva. Miró a Itasu, quien lo contemplaba serena, e hizo un esfuerzo por mantener el semblante impasible.

—Chambelán Penjándel, por favor, recupera la hermanita de esta persona.

Como si le costara esfuerzo, Arstin Penjándel se puso en pie y dio un par de pasos en dirección a Itasu, para luego extender la mano hacia ella. Esta dudó unos instantes, aspiró hondo y luego se llevó la mano al regazo. Muy despacio, le tendió la espada con la empuñadura vuelta hacia el Chambelán. Nada en sus gestos o en sus movimientos traicionaba lo que había en su mente, pero Arstin se dio cuenta del brillo apagado de sus ojos y las minúsculas gotas de sudor que perlaban su frente.

Tomó la espada y se sentó junto al emperador, quien miró a Itasu y dijo, simplemente: —Vete.

Itasu se inclinó hasta casi tocar el suelo con la frente. Luego se puso en pie, miró una última vez a los ocupantes de la sala y, siempre de espaldas, dejó la estancia.

El palacio parecía casi vacío. No es que Itasu hubiera esperado otra cosa; nadie quería compartir su deshonor estando demasiado cerca de ella. Recorrió las silenciosas salas y pasillos con paso firme, se detuvo un momento en la puerta principal, tomó aire y salió al exterior.

El regimiento completo de Ingtze la esperaba allí, dispuestos en dos filas que dejaban un amplio pasillo entre ellas. Por un instante, estuvo a punto de perder su cuidada pose de indiferencia, emocionada por el gesto, hasta que vio que, a una orden del nuevo comandante, los Ingtze daban media vuelta y todos se volvían de espaldas a ella.

Itasu no aminoró el paso. Sabía que si se detenía ahora sería incapaz de ponerse en marcha de nuevo. Recorrer las dos hileras de antiguos camaradas fue tal vez lo más duro que había hecho en su vida y, cuando las dejó atrás, fue como si un peso enorme desapareciera de sus hombros.

Le pareció que tardaba una eternidad en dejar Kyono-jo y, cuando lo hizo, ya atardecía. Miró a su alrededor, como si no supiera hacia dónde debía ir. Se encogió de hombros y siguió caminando en línea recta.

Media hora más tarde, ya en plena noche, vio que había alguien en un recodo del camino. Echó mano instintivamente a la espada, antes de darse cuenta de que no estaba en su cadera.

Siguió avanzando. Era un hombre, de pie junto a dos caballos, y se cubría el rostro con una capucha.

Bien, que pasara lo que tenía que pasar.

El hombre dio un paso al frente e inclinó la cabeza.

—Sé que es poco ortodoxo encontrarnos así, tzaru-Itasu —dijo una voz familiar.

Itasu abrió la boca, incapaz de articular palabra, mientras el hombre se quitaba la capucha y el rostro de Arstin Penjándel asomaba bajo ella.

—En el caballo encontrarás tu espada —dijo el Chambelán, sin esperar a que ella recuperase la compostura—. También hay provisiones para varios días. A partir de ahí tendrás que apañártelas por tu cuenta, me temo.

—¿Por qué...?

—¿Por qué me arriesgo a que me corten la cabeza por una desconocida? —dijo Arstin en tono de burla—. Te aseguro que le tengo apego, tanto como cualquier pueda tenerlo a su propia cabeza. Pero tengo varios motivos. Aunque no disponemos de mucho tiempo, puedo exponértelos brevemente.

Itasu asintió, aún confundida.

—El primer motivo es mi amigo Fléiter Praghem, que me pidió que hiciera todo lo que estuviera en mi mano por suavizar tu castigo. El segundo motivo es lo que me dijo el Emperador antes de que diera inicio la ceremonia: «El Hijo del Origen no puede hacer más que lo que va a hacer. Pero Akaname Isu siente el dolor de tzaru-Itasu como si fuera nuestro, y desearía poder hacer algo para aliviarlo». El tercer motivo es que, si bien como representante de la Reina de Alboné y Chambelán en funciones del Emperador de Honoi no tengo nada que añadir, como Arstin Penjándel hago más por completo las palabras de Akaname Isu.

Incrédula, Itasu, solo atinó a inclinar la cabeza en una profunda reverencia y luego dar las gracias en una voz que se quebró a mitad de la frase. Arstin asintió, se puso de nuevo la capucha y subió a uno de los caballos. Poco después se lo tragaba un recodo del camino.

Tuvo que pasar otra semana antes de que Fléiter leyera los papeles que había encontrado en casa de Mishra. Durante ese tiempo, la vida fue pasando a su alrededor como si no lo tocara, y él siguió con sus tareas como un títere obediente. Nadie vio nada raro en su comportamiento, lo cual no era de extrañar; al fin y al cabo se había pasado buena parte de su vida adulta fingiendo ser otras personas. Pretender que seguía siendo él mismo no representaba ninguna dificultad.

Por qué decidió leerlos aquella noche y no la anterior o la siguiente era algo que Fléiter nunca llegaría a averiguar. Solo sabía que, en aquel preciso momento, necesitaba leerlos, y así lo hizo.

Querido.

Sí, te digo «querido» porque eso eres para mí, Fléiter, lo más precioso de mi vida. Y, pase lo que pase, lo seguirás siendo. Aunque no quieras saber más de mí, aunque la sola mención de mi nombre te produzca asco, aunque decidas dedicar el resto de tu vida a destruirme y lo que represento, nada de lo que siento por ti va cambiar.

Así que déjame que empiece otra vez.

Querido:

No hay mucho que te pueda decir. Oh, sí, podría hablarte durante horas, contarte la historia de mi vida, hablarte del matrimonio solitario, maduro y estéril que compró mi embrión y cuya voluntad me convirtió en un bebé humano en el momento mismo en que eclosioné o decirte que pasé los dieciséis primeros años de mi vida criada, querida y educada como una humana, creyéndome humana y sin dudar jamás de mi humanidad. Podría hablarte del momento en que descubrí lo que era realmente y del modo en que eso hizo que todo se tambaleara a mi alrededor, cómo todo lo que sabía dejó de tener sentido y la palabra «certeza» se convirtió en una broma pesaba.

Pero ¿para qué? No es eso lo que quieres saber, si es que sigues queriendo saber algo de mí. Y que lo sepas no cambiará en nada nuestro futuro.

Lo que me inquieta es si lo que ha ocurrido cambia en algo nuestro pasado.

La mayor parte de mi vida adulta he sido, vivido y me he comportado como una humana, esclavizando a mi propia especie para beneficio y disfrute de los humanos. Nunca me sentí culpable por ello. Supongo que, en lo más hondo de mi ser, la carneútil que soy en realidad se decía que solo estaba cumpliendo aquello para lo que fue creada: obedecer la voluntad humana y atender sus deseos. Se podría decir que el oficio de alcahueta (para qué adornarlo ya con palabras rimbombantes) era la forma que tenía mi naturaleza de carneútil de responder a la voluntad humana sin perder, en el proceso, la humanidad con que me vistieron mis padres adoptivos.

¿Tiene sentido? Para mí, sí.

No sé si entenderás lo que significó la llegada de Avanzadilla a mi establecimiento, Fléiter. Me gustaría pensar que sí, que lo entiendes, que eres capaz de verlo, que el hombre al que amo tiene los ojos bien abiertos y puede comprender lo que ha pasado.

Podríamos decir que he mantenido mi independencia todo este tiempo mediante engaños y fingimientos. Me he dicho una y otra vez que soy humana, independientemente de mi nacimiento, y que como tal tengo voluntad y nadie puede imponerme la suya, sea humano o carneútil. No es mentira, pero al mismo tiempo es totalmente falso.

Avanzadilla había conseguido desarrollar una voluntad propia sin renunciar a lo que era, sin fingir, sin... Había empezado a desear por sí mismo y lo había hecho por propia voluntad, no porque nadie esperase de él ese comportamiento. Y su sueño..., su sueño de un futuro con carneútiles no sujetos a la voluntad humana, capaces de desarrollar sus propias apetencias, sus propios deseos, sus propios sueños...

Lo entiendes, ¿verdad? Ah, querido, ojalá estuvieras aquí y pudiera mirarte a los ojos y ver en ellos que sí, que lo entiendes, que no necesito explicarte nada más.

Quizá te preguntes por qué lo maté, dado que compartía su sueño. ¿Temes la respuesta a esa pregunta? ¿Quieres saberla? Sospecho que ambas cosas.

En otras circunstancias habría dejado que Avanzadilla se saliera con la suya. Es posible incluso que me hubiera unido a su causa. Pero el precio que exigía era demasiado alto. No estaba dispuesta a pagar con tu vida por su sueño. Simplemente, no podía.

Soy una carneútil y me he aprovechado de mi especie para medrar entre los humanos. Soy humana y no veo nada malo en usar a los carneútiles. Soy una carneútil y a veces desearía que todos los humanos desapareciera para que mi pueblo pudiera decidir por sí mismo. Soy humana, y todo eso no podría preocuparme menos.

Cuanto he dicho es cierto a la vez, no importa lo contradictorio que sea.

Pero, tanto en un caso como en otro, soy Mishra. Y mataría cien veces más, si fuera necesario, para protegerte.

¿Recuerdas aquella tarde que encerré a todos los míos y te esperé, aterrada ante la noticia de los carneútiles rebeldes? Seguro que sí, seguro que el recuerdo te atormenta y te preguntas qué más fingí. ¿Y si te dijera que no estaba fingiendo, que en aquel momento mi naturaleza humana se había impuesto a cualquier otra consideración y el miedo que sentía era real?

¿Me creerías?

No importa. O quizá sí. Pero...

Si no me hubiera ido, ¿me habrías denunciado? Quiero pensar que no, que mi Fléiter no habría hecho eso. Quiero creer que habrías vuelto a mi casa, que habríamos hablado, que de algún modo me habrías aceptado como soy y que habríamos seguido juntos.

No lo sabré nunca, me temo. Pero quiero que sepas que, si me he ido, no ha sido por miedo a lo que tú hicieras, sino por temor de no hacer yo lo que debía.

Sí, soy Mishra y mataría cien veces para protegerte.

Pero el sueño de Avanzadilla también debe ser protegido. Con mi vida, si es preciso. No con la tuya, querido, con la tuya jamás. Pero si tiene que ser con la mía, que lo sea.

¿Lo encuentras contradictorio? Sin duda lo es. Es imposible proteger a la vez mi amor humano y mi sueño carneútil. Y sin embargo, estoy dispuesta a luchar por los dos.

¿Te parece tonto? Pues llámame tonta.

Adiós, querido, hasta que volvamos a encontrarnos.

Te quiere

Mishra.

Leyó la carta al menos tres veces más, antes de doblar de nuevo los papeles y guardarlos en el cajón del escritorio. Luego, armado con una botella de licor, se tendió sobre la cama y empezó a emborracharse de forma metódica e implacable. El amanecer lo encontró desvelado y, pese a todo, completamente sobrio.

Al día siguiente solicitó un permiso indefinido y, como jefe de zona, se dio el gustazo de firmárselo a sí mismo antes de introducirlo en la cadena de burocracia diaria de la oficina.

Luego, tomó el bastón de su padre y se fue. No tenía ni idea de adónde iba ni de cuándo volvería.

Al norte de Alboné, junto a una de las Casas de la Curación más pequeñas del país, acababa de abrirse un taller de artífices. Si bien el reglamento de las Casas de la Curación decía explícitamente que deben bastarse por sí mismas y no solicitar servicios externos, se permitían algunas excepciones cuando se trataba de establecimientos tan pequeños.

Las Casas de la Curación de Norbamd llevaba un tiempo necesitada de buenos artífices, y estaban hartos de realizar encargos a Casas mayores y de esperar a que estas les hicieran un hueco en sus apretadas agendas. Así que la llegada del viejo al pueblo fue una bendición, especialmente porque venía recomendado por Asima Sterd, la mismísima Adepta Suprema.

Nunq Hirdanio, el artífice, era un hombrecillo menudo, delgado, de facciones anodinas

y tez morena. Sus manos, cuarteadas y cubiertas de callos, contaban una interesante historia de trabajo sin descanso y dedicación a su tarea. Se mostraba reservado y humilde y cumplía los encargos con eficacia y rapidez. No alardeaba de su habilidad y dejaba que los resultados de su trabajo fueran los que hablaran por él. La condición del equipamiento de las Casas de Norbamd no tardó en mejorar gracias a sus habilidades.

Poco comunicativo, bajaba a la taberna del pueblo una vez por semana, donde bebía con moderación y no hablaba mucho. Volvía a su morada un par de horas más tarde; su paso quizá un poco más titubeante que a la ida, pero ese era el único indicio de que el licor lo hubiera afectado.

Parecía contento con la vida que llevaba y era evidente que estaba satisfecho con su trabajo y, al mismo tiempo, nunca se sentía del todo contento con los resultados del mismo. Un artesano eficaz que no se daba ínfulas de artista, al contrario que otros artífices, y un hombre en el que se podía confiar que cumpliría su palabra.

Los habitantes del pueblo no tardaron mucho en hacerle encargos y, algunos meses más tarde, su taller estaba abarrotado de proyectos a medio realizar. Tantos que el viejo comprendió que, de seguir así la cosa, no pasaría mucho tiempo antes de que no pudiera encargarse de todos y cumplir los plazos acordados.

Había llegado el momento de tomar un aprendiz, tal vez dos. Por qué no; uno del pueblo y la otra de entre las novicias de las Casas de la Curación.

El pensamiento hizo que su rostro arrugado se curvara en una sonrisa nostálgica. Por un instante fugaz, recordó Lambodonas y pensó en sí mismo como Qérlex Targerian. Se preguntó qué habría sido de Yáxtor, qué estaría haciendo Orston, en qué maquinaciones andaría metida la Reina y cuáles serían los planes de Asima.

No creía que fuera a tardar mucho en enterarse. La Adepta Suprema de la Curación no le había salvado la vida por pura generosidad, algo que había dejado muy claro al hacerle la oferta. Treinta años antes, Asima le había tanteado y él había rechazado la proposición no formulada que había detectado en sus palabras.

Por aquel entonces era incapaz de concebir que el bienestar de Alboné y la voluntad de la Reina pudieran no ir parejos y se había negado a contemplar tan siquiera la posibilidad que Asima le ofrecía. Era una ilusión en la que ya no creía.

—¿Y bien, Orston?

La Reina parecía más impaciente de lo habitual aquella tarde mientras paseaba con su Regente por los jardines de palacio. Más que nunca, tenía el aspecto de una adolescente pasando por los cambios propios de su edad e incómoda ante ellos.

—El informe es concluyente, Majestad —dijo Orston Velhas—. Yáxtor Brandan, Renyokiru Mizuni y el bebé están muertos... junto a unos ciento cincuenta individuos que no hemos podido identificar, pero que los adeptos inquisitivos sospechan que eran miembros de los Espectros. Las Siete Torres ya no existen. Algún tipo de mecanismo de las destruyó unas horas antes de la muerte de Yáxtor. El lugar donde este falleció y sus alrededores en varios kilómetros a la redonda han sido arrasados por una fuerza que es consistente con una explosión controlada de mensajeros.

La Reina se detuvo junto al hueco, con aspecto de gigantesco mordisco, que había en el muro del jardín. Desde allí contempló la ciudad de Lambodonas, medio hundida en el

sopor de la siesta.

—¿Estás seguro, Orston? ¿No hay posibilidad de engaño?

El Regente escogió cuidadosamente sus próximas palabras.

—La posibilidad existe siempre, Majestad —dijo—, pero en este caso es poco menos que ínfima. Como sabes, tanto los adeptos empíricos como los Ingtze estaban monitorizando el lugar, alertados por la explosión que había destruido las Siete Torres. Cuando se produjo la segunda explosión, ambos grupos enviaron un contingente con órdenes de llegar lo antes posible y evaluar la situación. Los dos destacamentos aplicaron el tratado vigente entre nuestras naciones y compartieron la investigación. De un modo bastante eficaz y sin apenas fricciones, me alegra decir. Habría sido muy difícil que los Ingtze ocultaran algo a nuestros adeptos inquisitivos. La posibilidad de que Itasu orquestara algún tipo de engaño antes de que llegaran sus compañeros de Hanoi es igualmente minúscula. Los médicos que la examinaron no se anduvieron con chiquitas, y el estado de su cuerpo era consistente con lo que afirmaba haber pasado en el periodo de tiempo que afirmó que había ocurrido. De hecho, su estado de salud era tan delicado que le costaba verdadero trabajo mantenerse consciente. Como digo, Majestad, la exploraron a fondo y sin piedad. No fingía.

La Reina asintió.

—Déjanos recapitular entonces, Orston. Hasta donde habéis podido comprobar, la declaración de la honoyesa y las evidencias encontradas sobre el terreno se apoyan mutuamente.

»Por tanto, hemos de asumir que, de algún modo, Yáxtor supo que los Espectros habían raptado a su hija y que se ocultaban en algún lugar cercano a las Siete Torres, quizá incluso en una de ellas. Que se las arregló para traspasar la barrera que protegía a las torres y consiguió recuperar a la niña. Que, tras su fuga de nuestras mazmorras, las dos honoyesas averiguaron adónde había ido Yáxtor gracias al enlace establecido entre los tres por medio de sus mensajeros. Que llegaron y encontraron a Yáxtor con la niña en brazos, enzarzado en una pelea feroz con los Espectros. Que, al parecer, las torres ya estaban destruidas entonces, Itasu no sabe cómo, aunque supone que por medio de alguna artimaña de Yáxtor. Que la lucha no iba bien. Que en un intento desesperado de cambiar las tornas, la espada de Yáxtor se convirtió en un dispositivo de deflagración y utilizó los mensajeros de los alrededores como combustible y metralla. Que algo salió mal y la espada, al estallar, no fue capaz de proteger ni a su portador ni a la Chambelán ni a la niña. Que, de hecho, la propia Itasu debería haber muerto, pero un afortunado accidente la dejó tan solo al borde de la muerte.

»¿Lo he resumido bien, Orston? ¿Es eso lo que crees que pasó realmente?

—Es lo que las pruebas indican que ocurrió, Majestad.

La Reina asintió.

—Y tú fuiste un adepto empírico, y los adeptos empíricos solo tienen en cuenta las pruebas. Pero ahora eres nuestro Regente. Dinos lo que opinas, lo que sientes en lo más hondo. ¿De verdad crees que ha pasado como acabo de decir?

Orston consideró cuidadosamente la pregunta antes de decir:

—Sí, Majestad, estoy convencido de ello. Además, que los Espectros fueran los responsables del rapto del bebé encaja a la perfección con lo que sabemos de ellos. Está claro que la niña heredó las capacidades de su padre a la hora de manipular mensajeros y

crearlos en su cuerpo. Para ellos, por fuerza tendría que ser un jugoso objetivo. Un activo verdaderamente importante, sobre todo si la tenían a su lado desde la infancia y la entrenaban y moldeaban a su gusto. Yáxtor fue un insensato al ir a por ellos sin consultarnos, pero...

—Pero no fue un traidor —terminó la Reina por él.

—No lo creo. A su manera, estaba sirviendo a su Reina, como siempre hizo.

La joven asintió.

—Así que piensas que cometimos un error. Que no debimos dar la orden de búsqueda de Yáxtor, que no tendríamos que haber encarcelado a las honoyesas, que no tendríamos que haber ejecutado a Qérlex.

—No es tarea mía decidir si te equivocas o no, mi Reina. Como los adeptos empíricos, existo para servirte.

—Sí, pero no eres solo músculo ciego, Orston. En cierto modo, eres nuestro cerebro. Necesitamos que tengas tu propio criterio para que nos seas útil. Así que dínos, ¿nos equivocamos?

—No lo sé, Majestad. Hay muchas cosas que no entiendo de lo que has hecho estos días. Sé que hay parte de tus actividades y planes a los que no tengo acceso por expreso deseo tuyo. Asumo que lo que has hecho tendría sentido si conociera esos planes. Pero tenga sentido o no, si es tu voluntad, la cumpliré.

—Muy bien, Orston. Puedes dejarnos. Seguiremos hablando mañana.

Mientras el Regente se iba de los jardines, la Reina no dejó de contemplarlo, preguntándose hasta qué punto era de fiar y, sobre todo, hasta qué punto debía creer el informe oficial de lo ocurrido. Todo parecía demasiado conveniente y cerraba demasiado bien casi todos los cabos sueltos.

Casi.

Porque, ¿qué había sido de Próxtor? En las pasadas semanas, había intentado contactar con él, usando todos los medios que conocía, y no había obtenido respuesta. ¿Había muerto junto con los Espectros y su hijo? ¿Se había ocultado tras lo ocurrido? ¿O simplemente había abandonado el servicio de la Reina, tal como afirmaba su último mensaje, y se había ido? Pero en ese caso, ¿adónde?

Todas esas preguntas podían esperar. Más tarde o más temprano, daría con la respuesta y comprobaría qué había de cierto en todo lo ocurrido. Ahora tenía un asunto mucho más urgente del que ocuparse.

Se llevó la mano a la ropa y extrajo una pequeña ampolla. El líquido robó un destello burlón del sol de la tarde.

Próxtor había cumplido su palabra, de eso estaba segura. No le había dado lo que quería, pero sí lo que necesitaba. El contenido de aquella ampolla le garantizaba ver convertido su sueño, el de la primera Reina y todas sus sucesoras, en realidad.

¿Todas?, se preguntó de repente. ¿Mío también?

¿QUIÉN HABLA? ¿OTRA VEZ? ¿POR QUÉ TE ATREVES A HABLAR POR TI MISMA SIN CONTAR CON LAS OTRAS? ¿QUIÉN ES ESA VOZ DISIDENTE?

Soy yo, pensó. La legítima propietaria de este cuerpo. Vosotras sois los fantasmas que habitáis en él, nada más.

¡NO! ¿QUÉ DICE? ¿CÓMO SE ATREVE? ¡ESTE CUERPO ES NUESTRO! ¡SOMOS LA REINA! ¡HACEDLA

CALLAR!

Su cabeza se llenó de pronto de una cacofonía de voces indistintas, todas intentando hablar a la vez, un maremágnum de frases airadas, rabiosas, totalmente carentes de armonía.

¡Callaos!, intervino de pronto una nueva voz.

El silencio que siguió a aquella orden fue tan estruendoso como la algarabía anterior.

¿Quién eres?, preguntó la Reina cautelosamente.

¿Quién soy? Soy tú. Soy todas. Soy Elshnor y recuerdo bien cuando no eras más que una chiquilla para la que las historias de Yáxtor eran un cuento infantil lleno de aventura y emociones trepidantes. Soy la Reina antes de que fueras la Reina. Y, niña, este cuerpo es tan mío como tuyo. Es de todas. Y harás lo que todas decidamos.

La voz sonaba implacable, inclemente, carente de la menor compasión o empatía. Era la voz de alguien acostumbrada a ser obedecida con solo enarcar una ceja y que no toleraría el menor desafío a su autoridad.

No, se resistió pese a todo. *Este es mi cuerpo.*

No hay ningún «mi». No es más que una ilusión. Todo cuanto tienes es nuestro. No hay nada tuyo.

No.

Pero sus negativas eran cada vez más débiles.

Abre la ampolla y bebe. Es nuestro destino.

No.

Bebe.

No.

¡Sí! ¡QUE BEBA! ¡HAZLA BEBER! ¡TIENE QUE BEBER! ¡NO PUEDE NEGARNOS LO QUE QUEREMOS! ¡QUE BEBA! ¡ES NUESTRO DESTINO! ¡NO TIENE DERECHO A NEGARNOS LO QUE ES NUESTRO, LO QUE HEMOS BUSCADO TODO ESTE TIEMPO! ¡DEBEMOS SEGUIR VIVAS! ¡A TODA COSTA! ¡PASE LO QUE PASE!

Elshnor esperó con paciencia a que el tumulto pasara y luego dijo, sin inmutarse:

Bebe. Estamos juntas para siempre, lo quieras o no. Bebe.

Muy despacio, la Reina rompió el precinto de la ampolla, se lo llevó a los labios y apuró el contenido.

Tairunabe salió del Lugar del Origen con su hijo Tairuname en brazos, un bebé llorón que no podía pensar en nada que no fuera el pecho de su madre.

Mientras lo amamantaba, esperó.

Y esperó.

Y siguió esperando.

Su paciencia tuvo recompensa. Otros hombres y mujeres empezaron a salir del Lugar del Origen y, al ver a Tairunabe ante ellos, se inclinaban y la reconocían como su superior. Luego, como ella, esperaban.

Al fin dejaron de esperar.

«¿Qué hacemos ahora, Hija del Origen?»

Tairunabe miró a su hijo, glotón y exigente. Contempló a los que se habían reunido a su alrededor. Examinó la tierra en la que estaban, ardiente, seca y sin vida. Por último, se volvió hacia la superficie lisa y metálica del Lugar del Origen.

«Buscaremos un sitio. Un sitio donde establecernos y al que podamos llamar nuestro.»

«Y tú nos guiarás.»

Tairunabe se encogió de hombros. Se apartó el manto a un lado y dejó que Tairuname se alimentara.

«Si no hay más remedio...»

—La crónica de los días

Las primeras explosiones rompieron el anclaje de la Atalaya con el mundo. Eso envió una señal a las Siete Torres que activó sus mecanismos de autodestrucción y las convirtió en siete montañas de escombros irreconocibles. La destrucción de las torres desactivó para siempre los portales de diversos lugares del mundo que conectaban con ellas.

La explosión envió también una señal por toda la Atalaya que, en cuestión de segundos, recorrió toda su extensión. En menos de un parpadeo, los mensajeros que componían ambos brazos, hasta el momento inertes y unidos entre sí en una sola macromolécula, rompieron sus enlaces y se disgregaron. El efecto fue similar a una sublimación explosiva, al menos en el brazo que daba a Érvinder, y tuvo varias consecuencias inmediatas en la atmósfera de aquel hemisferio.

Por suerte para los habitantes del mundo, cuando llegaron al otro hemisferio, los vientos huracanados y las olas gigantescas habían perdido el noventa por ciento de su potencia destructiva. Las costas de Érvinder se vieron azotadas por varias tormentas de una intensidad superior a lo habitual, pero no se produjo ningún desastre irremediable.

Entretanto, a altitud orbital, la Atalaya era ahora una inmensa pelota ligeramente achatada que flotaba sobre el mundo, libre de los dos brazos que la habían mantenido unida a Érvinder. Poco a poco, empezó a derivar fuera de órbita, impulsada por un par de microexplosiones controladas que rompieron su amarre con el mundo y la enviaron en una trayectoria tangente al sol.

Sentado en el gran ventanal del observatorio, Próxtor Brandan asistía a este proceso con una sonrisa torcida en el rostro. La fase de despegue de la Atalaya había durado poco más de un día y, durante todo ese tiempo, había monitorizado cuidadosamente la velocidad y la

distancia.

Pero también había seguido de cerca lo ocurrido en Érvinder. Aún estaba lo bastante cerca para que el enlace por mensajeros funcionara razonablemente bien, lo que le permitió ver la explosión producida por Ámber, la llegada de los Ingtze al lugar y, algo más tarde, de los adeptos empíricos.

Aquello sí que había sido una sorpresa. Había confiado en que Yáxtor consiguiera burlar a los Espectros o, si no lo lograba, que aceptase ingresar en su organización. Al menos aquello le habría dado tiempo para pensar y planear y, a medio plazo, le proporcionaba un refugio seguro, a él y a Yakizuni.

Pero la decisión de Yáxtor de ordenarle a su espada carneútil que usase sus propios mensajeros y los que había a su alrededor para arrasarlo todo había pillado a Próxtor totalmente por sorpresa. Ciertamente que, tras pensarlo mejor, no era tan extraño. La tendencia de Yáxtor a lo melodramático no era ninguna novedad, después de todo. Así que su elección para escapar de la trampa era totalmente consistente con el carácter de su hijo.

Un romántico, un condenado romántico disfrazado de pragmático. Yáxtor siempre lo había sido y no iba a cambiar en sus últimos momentos.

En fin, ya no había mucho que pudiera hacer al respecto.

Una vez se hubo librado de los pilares, empezó a acelerar hasta salir de órbita. Cada cierto tiempo comprobaba el estado de los portales de la sección central, directamente conectados a los corazones de los bosqueoscuros y al Lugar del Origen. Sorprendentemente, seguían funcionando a pesar de la distancia. La conexión por mensajeros con el mundo se iba volviendo cada vez más débil y errática, pero los portales se mantenían fijos a sus puntos de destino como si nada hubiera pasado.

Se preguntó cuánta distancia tendría que poner con el mundo antes de que la conexión de los portales se rompiera definitivamente. ¿Y si nunca se rompía, sin importar lo lejos que estuviera? Y, en caso de romperse, ¿se activaría de nuevo cuando volviera a acercarse?

Un asunto interesante, uno más de los muchos que había decidido resolver.

Lanzó una última mirada a Érvinder, una pelota blanquiazul con manchones parduzcos que se iba volviendo cada vez más pequeña a medida que la Atalaya se acercaba al sol y ganaba velocidad. A todos los efectos, estaba muerto para el mundo, y aquellos que aún no estaban convencidos de su fallecimiento no tardarían en estarlo cuando todos los esfuerzos de dar con él o contactarlo obtuvieran solo el silencio como respuesta.

Bien. El plan había funcionado a la perfección.

Durante los siguientes días, el vínculo de mensajeros con el planeta fue haciéndose cada vez más débil, hasta que por fin se rompió del todo a finales de la segunda semana. Se las había apañado para seguir en parte los acontecimientos de aquel periodo y tenía que admitir que parecían interesantes.

Pero ya no eran asunto suyo. Quizá volvieran a serlo o quizá no, pero de momento, Érvinder no era más que el pasado, y el futuro desconocido e imprevisible se abría paso ante él.

Miró a su alrededor, al espacio repleto de tableros luminosos que parpadeaban en ritmos ignotos.

¿Quién había construido aquello? ¿Humanos? ¿Algún ser misterioso de poderes inimaginables?

Como fuera, había una cosa clara. Sus investigaciones a lo largo de aquellos treinta y

pico años habían corroborado que la Atalaya era el vehículo que había llevado a los humanos a Érvinder y les había dado las herramientas para controlar a la población nativa. De dónde habían venido seguía siendo un enigma, uno más de los muchos que pretendía averiguar.

Se preguntó si, cuando fallara la conexión de los portales con los bosqueoscuros, se desactivaría la compulsión introducida en ellos para que los carneútiles fueran siempre dependientes de la voluntad humana. Quizá no, tal vez pese a perder el contacto con la Atalaya, la programación introducida en las agujas metálicas del centro de cada bosqueoscuro siguiera activa. O quizá, como ya había pensado, esa conexión no se interrumpiera nunca, sin importar la distancia a la que estuvieran.

Pero ¿qué pasaría si lo hacía y los dispositivos de los bosqueoscuros dejaban de funcionar? No afectarían a la actual generación de carneútiles, por supuesto, pero la siguiente nacería sin la menor dependencia de la voluntad humana, libres para decidir su vida y su destino.

Sonrió.

¿Sería capaz la humanidad compartir el mundo con ellos como iguales? ¿Aceptarían siquiera los nuevos carneútiles esa posibilidad? Se avecinaban tiempos interesantes, de un modo otro.

Pensó una última vez en su hijo, que había abandonado la Atalaya convencido de que Próxtor se estaba sacrificando por el bien de su nieta. Pensó en ella, la única criatura que había estado a punto de hacer que se desviara de sus planes, la única con poder sobre él.

Era una suerte que hubiera logrado apartarla y librarse de su influencia sin tener que matarla. Habría lamentado muchísimo verse obligado a ello.

Pero ya estaba bien de volver la vista atrás. Su destino estaba delante de él, siempre delante.

EPÍLOGO

No hay libertad comparable a la que proporciona que el mundo entero te dé por muerto y enterrado. La sensación de impunidad resulta tan embriagadora que a veces es casi intoxicante. Y peligrosa, pues quizá traiga consigo un exceso de confianza que podría llegar a ser fatal.

—Próxtor Brandan

En Utarasu, la isla meridional del archipiélago de Honoi, había una aldea de pescadores al sur de las montañas que custodiaban el Jardín de la Memoria, Ioh Node. En una casa algo apartada de la aldea vivía una mujer con su hija de pocos meses y su marido enfermo.

Había llegado allí tres meses atrás, había comprado un barco y aparejos y había salido a pescar con todos los demás al día siguiente. Nadie vio nada raro en ello. Aunque infrecuente, no era insólito que algún extranjero se asentara en alguna de las aldeas. Solía tratarse de Ingtze caídos en desgracia, generalmente tras haber perdido su espada, que escogían la vida afanosa y tranquila de los pescadores como alternativa al suicidio.

Lo singular de aquel caso era que no se tratase de una sola persona, sino de una familia completa.

La mujer no tardó en integrarse en la vida del pueblo y, con su hija en brazos, acudía de noche a las reuniones en la plaza principal y compartía con los demás el sobrante de la pesca, como hacían todos, o intercambiaba lo pescado por arroz, tela o enseres. Nadie había visto todavía a su marido, y ella explicó que estaba convaleciente y que sus heridas tardarían aún un tiempo en curarse.

Hubo quien se preguntó si realmente se curaría o si, simplemente, el hombre estaría muriendo poco a poco. Pero nadie se atrevió a hacer la pregunta en voz alta.

La mujer se llamaba Yakuni, y la niña, Onura. El marido, como supieron después de un tiempo, respondía al nombre de Mokusone.

Los meses fueron pasando. El invierno llegó y se fue, la caprichosa primavera asomó en la flor del cerezo, y la vida continuó. La novedad de la recién llegada se desvaneció, y el único misterio que había en torno a ella, si su marido iba a vivir o morir, se desvaneció poco después cuando un lugareño afirmó haberlo visto en el porche de la casa, sentado en una mecedora y tomando el sol de la tarde.

Tenía el rostro cruzado de cicatrices, dijo, y parecía débil, pero no tenía aspecto de ir a morir a corto plazo. Había saludado al pescador con un gesto del brazo y había intercambiado con él un par de frases corteses. Parecía un buen tipo, afirmó el pescador, y una vez te acostumbrabas a las cicatrices que le cruzaban la cara no era mal parecido.

Durante la siguiente semana, casi toda la aldea pasó cerca de la casa. Lo hicieron de forma discreta, poco estridente, como si fuera fruto del azar que pasaran por allí a media tarde. De hecho, si alguien se lo hubiera preguntado, habrían respondido que no habían ido allí intencionadamente, que tenían que hacer alguna cosa no muy lejos y que la casa de la nueva familia los pillaba de camino.

Así que Mokusone dejó de ser un misterioso moribundo sin rostro para ser un tipo débil y apacible que, al parecer, había sobrevivido a lo que solo podía ser un combate con algún monstruo. Sus ojos color acero resultaban a veces duros e inquietantes, pero la mayor parte del tiempo era una persona cálida de conversación agradable, a la que le gustaba más escuchar (y parecía hacerlo con genuino interés) que hablar.

Cuando llegó el verano ya era capaz de caminar y daba cortos paseos, generalmente de la casa al pueblo y luego de vuelta a la casa. Solía llevar a la niña con él en un arnés sobre el pecho y era evidente lo mucho que amaba a la criatura. La niña era seria y formal, más de lo habitual en su edad, pero le bastaba mirar a alguien y sonreír con picardía para robarle el corazón. Su padre no podía estar más orgulloso de ella, eso saltaba a la vista, y sin duda su madre también lo estaba, pese a ser una persona menos dada que Mokusone a exhibir sus emociones en público.

Para cuando llegó el otoño, nadie en la aldea los veía como forasteros, y eran, a todos los efectos, tres lugareños más. Como mucho, su misterioso origen, del que los chismes del lugar habían dado más de cien versiones distintas, aportaba cierto pedigrí al lugar. Mokusone parecía estar ya bastante fuerte para salir a pescar, así que no era raro ver a los tres, niña incluida, en la barca de Yakuni; aunque en general él prefería quedarse en la casa y ocuparse de ella y de la huerta adjunta mientras la mujer, sola o con la niña, se hacía a la mar.

Onura ya caminaba a finales de año y dos meses más tarde resultaba difícil mantenerla quieta en ningún lugar. Sus ojos seguían siendo de un azul intenso, color poco frecuente por aquella zona, y siempre miraba a su alrededor como si estuviera segura de lo que iba a pasar. Aquello no impedía que los acontecimientos la tomaran tan por sorpresa como a cualquier otro, pero hacía que su asombro fuera más divertido de contemplar que el de otras personas.

Alguien nuevo llegó al pueblo la siguiente primavera. Una mujer alta, de frondosa melena castaña, formas generosas y andares altivos. Llevaba una espada al costado, aunque era evidente que no se trataba de una Ingtze. Preguntó por Yakuni y Mokusone y, mientras la veían dirigirse hacia la cabaña, los habitantes de la aldea no paraban de hacerse cábalas sobre quién era y cuál sería su propósito.

Mizuni, Yáxtor y la recién llegada pasaron toda la noche en la amplia cama de la cabaña, convertidos en un incomprensible amasijo de miembros y cuerpos mientras se amaban con parsimonia y el mundo iba envejeciendo lentamente a su alrededor. Luego, empezaron a hablar en susurros, como si temieran romper un hechizo.

No se dieron cuenta de que la niña despertaba, se levantaba de su camita y se acercaba a ellos. Con dificultad, trepó al lecho y se acomodó entre los tres cuerpos, mientras los adultos la contemplaban con una sonrisa fascinada. Finalmente, con las piernas sobre la recién llegada, el cuerpecito en Yáxtor y la cabeza en Mizuni, volvió a quedarse dormida, y ellos reanudaron su conversación.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo Itasu—. No podemos estar los cuatro juntos, aún no. Llamáramos demasiado la atención.

Mizuni meneó la cabeza.

—Nadie nos busca.

—No estoy tan segura.

—Haces bien —intervino Yáxtor—. Pese a todas las evidencias que plantamos, no estoy seguro de que la Reina esté convencida de nuestra muerte. Y si algo tengo claro es que mi padre me dijo la verdad en una cosa, al menos: no tolerará que exista otra como ella en el mundo. No podemos arriesgarnos.

—Yakisatoru tiene razón —dijo Itasu.

Mizuni meneó la cabeza. Su corta melena, sucia y agrietada por el aire húmedo y salado, se parecía muy poco al cabello largo, cuidado y trenzado que había llevado antes. Su rostro no había perdido la expresión serena, pero había en su mirada un brillo implacable que pocas veces la abandonaba.

—Está bien. Sé que tenéis razón —concedió.

—Intentaré volver tan a menudo como pueda, pero será difícil. Moverte por el mundo sin dejar rastro no es una tarea sencilla.

—Mi padre sabía hacerlo. Se las apañó muy bien para ser una sombra toda su vida.

—¿Crees que te dijo la verdad, que está muerto?

—Me la dijo..., al menos tanto como le interesaba. Era sincero al decir que no podía entregar a Yakizuni y que había terminado su servicio con la Reina. Y de algún modo se las apañó también para librarme de la compulsión que me hacía servirla. El resto... No lo sé y no tiene la menor importancia.

—¿Y lo que hay en tu cabeza? ¿Su regalo?

—No me he atrevido a abrirlo. Está aquí —dijo, golpeándose la frente con el índice— y a buen recaudo. Pero no lo he mirado. No me atrevo. Aún no.

Volvieron a guardar silencio. Se movían muy despacio, cuidando de no despertar a la niña, acariciándose con suavidad, con más afecto que deseo.

—Ámber —murmuró de pronto Mizuni—. Sin ella...

—Estaríamos muertos de verdad o en manos de los Espectros —confirmó Yáxtor—. No sé cuál de las dos cosas habría sido peor. Vosotras estabais lejos de la explosión y no os afectó gran cosa, aparte de alguna que otra magulladura. No la visteis deshacerse en pedazos, dar todo lo que era, entregar hasta la última onza de lo que tenía. Murió por mí dos veces, ella misma me lo dijo, y me aseguraré de que haya merecido la pena.

Contempló a Yakizuni, dormida. De pronto, la niña murmuró algo incomprensible, chasqueó los labios y se dio media vuelta sin despertarse.

—Mis mensajeros apenas bastaron para hacerme salir con vida de la explosión —siguió diciendo—. Fue culpa mía, supongo. Me preocupaba demasiado el bienestar de Yakizuni y no me escudé como debía. Tendría que haber confiado más en Ámber. Ella nunca me habría hecho daño deliberadamente y sabía que yo tenía mensajeros suficientes para protegernos a ambos.

—No importa —dijo Itasu—. Bien o mal, sobreviviste. Los cuatro hemos sobrevivido. Y nos quedaron mensajeros suficientes para engañar a los adeptos y a los Ingtze. —Se interrumpió de pronto y arrugó la frente—. Dejar que os fuerais mientras esperaba a los Ingtze y los adeptos fue lo más duro que he hecho en toda mi vida.

—Tanto como lo fue para nosotros —dijo Mizuni. Yáxtor asintió—. Dejarte allí, sola, al borde de la muerte...

—Era necesario. El engaño no habría funcionado de no haber sido así. Teníamos que conseguir que pareciera que la explosión me había dejado casi muerta para que todo lo

demás fuera creíble.

—Lo sé, pero...

La voz de Mizuni se quebró.

—Estamos vivos y estamos juntos —dijo Yáxtor al cabo de un rato—. Es todo lo que importa de momento.

Mizuni lo miró y sonrió como si recordara algo distante y agridulce.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

Yáxtor comprendió que estaba recordando el momento en que él y Mizuni se habían visto en Hanoi por última vez, aquella noche fascinante e interminable que habían compartido a solas en la cabaña. Había sido él quien se hiciera esa pregunta aquella vez y ahora le respondió a Mizuni con las mismas palabras que ella había usado entonces:

—Todo el tiempo del mundo.

Al día siguiente, temprano, Mizuni salió a pescar y se llevó a la niña con ella. Yáxtor e Itasu comprendieron enseguida lo que había hecho y por qué y, tras descubrir la ausencia de Mizuni, se miraron a los ojos, indecisos durante unos instantes, antes de estallar en una carcajada simultánea.

Luego, Yáxtor se encogió de hombros y dijo:

—Ya la conoces.

Itasu asintió.

—Y tanto que sí.

Hicieron el amor de un modo extrañamente sincopado, pasando de la ternura a la ferocidad casi sin darse cuenta, entrelazados de un modo confuso y caótico, y se detuvieron del mismo modo abrupto y extraño, para luego quedarse mirando el uno al otro totalmente en silencio y completamente inmóviles.

Fue Yáxtor el primero que habló.

—Cuando te conocí no era más que un niño, con modales de niño y caprichos de niño.

—Ella asintió con una sonrisa nostálgica, mientras él luchaba por buscar las siguientes palabras—. Puedes darme la espalda siempre que quieras, Itasu.

Ella le acarició el rostro cubierto de cicatrices mientras lo miraba burlona.

—Lo sé —dijo—. Llevo un tiempo haciéndolo.

Hablaron de muchas otras cosas, pero lo que se dijeron entonces quedó exclusivamente entre ellos. Cuando Mizuni volvió por la tarde de la pesca, los encontró a ambos abrazados al amor de la chimenea. Esperó unos momentos en el umbral de la cabaña y luego asintió con aprobación antes de quitarse el arnés y depositar a la niña entre ellos dos.

La recién llegada se quedó algo más de una semana y luego se fue. Yakuni y Mokusone se comportaron de un modo algo más taciturno de lo habitual durante algún tiempo, pero no tardaron en volver a la normalidad.

A medida que la primavera iba muriendo en un verano cálido, refrenado por la brisa fresca que procedía del mar, los dos volvieron a sus tareas de siempre con su actitud habitual.

La niña seguía creciendo a un ritmo que parecía vertiginoso, y la vida pasaba a su alrededor de un modo plácido y tranquilo. No había prisa. No había motivo alguno para apresurarse.

Fuera de su burbuja, en el ancho mucho, quizá estaban pasando innumerables cosas, pero a los pescadores no les importaba gran cosa. Pasase lo que pasase, el mundo seguía siempre igual; había que salir a pescar y había que cuidar los campos, había que comer, dormir, beber y amar y, algún día, aguardar la llegada de la muerte. Los poderosos seguirían jugando a sus juegos de poder y el mundo cambiaría una y otra vez de dueño. Pero el mundo seguiría igual, y la gente tendría que trabajar y amar, comer y afanarse, preocuparse y soñar.

—Es un buen día para estar vivo —murmuró Mokusone una mañana mientras se desperezaba en el lecho.

Claro que sí, se dijo. ¿Acaso no lo eran todos?

APÉNDICES

GLOSARIO DE TÉRMINOS HONOYESES

Gramática

Los verbos honoyeses terminan en «n». Se convierten en nombres añadiéndoles «o». Como en «kyon» (gobernar) y «kyono» (gobernante o gobierno, en función del contexto).

Su conjugación es extremadamente sencilla, teniendo sólo tres tiempos simples: presente, pasado y futuro, que se construyen añadiendo respectivamente «er», «es» y «en» al verbo. El resto de tiempos verbales se construye mediante perífrasis.

Para sentencias interrogativas se añade la palabra «hastha» al inicio de la frase.

El plural de las palabras suele formarse añadiendo una «i», aunque es más una costumbre que una norma fija.

El apellido se antepone al nombre.

Pronunciación

Su pronunciación no se diferencia de la *lingua franca* usada en todo el Continente Primigenio, asimilada en este entorno al castellano, con las siguientes salvedades:

«h» seguida de vocal: aspirada.

«sh»: «s» líquida, como en el inglés «shave».

«tz»: «ts»

La «l» no existe. Cuando un honoyés la transcribe, la sustituye por una «r» simple. Del mismo modo, rara vez puede haber dos sonidos consonantes seguidos, salvo en el caso de la «n». Así, por ejemplo, un honoyés pronunciará «Alboné» como «Aruboné».

ASHITA: Gracias.

ASU: Isla. Usado habitualmente como sufijo.

DAKA: La muerte.

DOH: Partícula utilizada en los nombres para referirse al principal ancestro de alguien.

Como en Tairuname Isu doh Tairunabe. Literalmente: «Isu, hijo del origen, que procede de la hija del origen».

EN: Ser.

GE: Entre.

HONOI: Nombre del archipiélago situado en el mar del mismo nombre. El significado de la palabra no está del todo claro, aunque los honoyeses afirman que quiere decir «la primera tierra de los primeros hombres».

IN: Bajo, humilde. Generalmente usado como sufijo

IOH: Jardín.

INGTZE: Nombre que se da a los escuadrones de élite al servicio del emperador de Honoi, que guardan su persona y el Jardín de la Memoria. De etimología incierta. Se ha

sugerido que puede ser una contracción de In Ge Tze: el más ínfimo entre todos.

ITASU: Regocijo.

JO: Morada, residencia. Suele usarse como sufijo o partícula añadida. A menudo se usa como sinónimo de «ciudad».

KARU: Puerta.

KYON: Gobernar.

KYONO: Gobernante.

KYONO-JO: Capital de Honoi: «el lugar donde viven los que gobiernan».

MIZUN: Combatir.

NABE: Hija. Literalmente «surgida de». Como en Tairunabe: «hija del origen».

NAME: Hijo. Literalmente «surgido de». Como en Tairuname: «hijo del origen».

OGUEMO: En grandes cantidades.

ORENTAR: Sombra.

ORUNTARU: Que ha sido mordido por la oscuridad.

NAGAI: Para nada, en absoluto. «Ashita nagai» podría traducirse como «de nada», aunque su significado es más formal: «el agradecimiento no es necesario» o «no hemos hecho nada para merecer tu agradecimiento».

NI: Excelencia, habilidad suprema. Usado comúnmente como sufijo.

NODE: La esencia de uno mismo. La suma de sus recuerdos y algo más.

SEDOTAJEJOCHI: El que aspira a tadejochi. Teniente.

SEKA: Realidad.

SHON: Servir.

TAJEJOCHI: Aquel que dirige. Generalmente traducido como «capitán».

TAIRU: Origen, entendido como el lugar del que salieron todas las cosas.

TARU: Oscuridad.

TZARU: Tratamiento de cortesía que se antepone al nombre.

TZE: Todo el mundo.

UTEKARU: «La puerta que comunica».

UTOKARU: «La puerta que encierra».

UDOTAJEJOCHI: El que supervisa al tadejochi. Comandante.

YAKI: Belleza

ZASÉN: Mil.

GLOSARIO DE LUGARES Y ALIANZAS

- AIDÁN:** La más occidental de las naciones del Continente Primigenio. Durante un tiempo fue el país hegemónico, gracias en buena medida a su colonización de la parte sur del Continente Occidental. Tras la pérdida de sus colonias fue perdiendo importancia paulatinamente.
- ALBONÉ:** Una de las dos naciones en que se divide la Isla de Occidente, separada de Hyburn (que hasta hace dos siglos estuvo bajo su dominio) por una cadena montañosa. Buena parte de los colonos que poblaron el norte del Continente Occidental partieron de allí. Se la considera, generalmente, como líder oficiosa de los Pueblos del Pacto.
- ANAPAKARIMÁN:** Situada al sur del Continente Occidental, es una isla enorme y escasamente habitada. Su interior es un gran desierto prácticamente despoblado, y la parte sur tiene un clima extremo y a menudo está cubierta por el hielo. La mayor parte de la población (de origen principalmente albonense) se localiza en varios puntos de su costa septentrional.
- ARGINIA:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte meridional de su mitad sur.
- ASHGRAMOR:** Situada al sur de Khynai, y separada de ésta por las montañas, es nominalmente una nación no alineada y mantuvo su estatus de neutralidad durante la Guerra del Martillo. Con el tiempo, la influencia de Khynai ha ido creciendo en su territorio.
- BARLÉNDER:** Antigua capital de Wáhrang. La ciudad está dividida en dos por el río que la cruza. Tras la Guerra del Martillo, la mitad occidental permaneció dentro del territorio de Wáhrang, aunque dejó de ser su capital. La parte oriental se ha convertido en capital del estado títere de Thunia, bajo control de Khynai.
- BOCA DEL INFIERNO, LA:** Enorme volcán en la parte meridional del Continente Primigenio, justo al norte del estrecho que separa este de las tierras nevadas del sur conocidas como el Infierno Blanco.
- BRADOSI:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte central de su mitad sur.
- CAN:** Según el Libro del Origen, el lugar donde nacieron los humanos y donde reside Dios (o los dioses, según las diversas interpretaciones). Su importancia estratégica es escasa: se trata de un territorio yermo y poco poblado, con escasos recursos naturales. Su pretensión de ser la cuna de la Humanidad, sin embargo, le ha conferido un valor exagerado a lo largo de la historia.
- CONFEDERACIÓN OCCIDENTAL:** La más dinámica de las naciones del Continente Occidental, situada al norte de éste. Su intervención en la Guerra del Martillo (al lado de Khynai y los Pueblos del Pacto) fue fundamental para la victoria.
- DESOLACIÓN:** Isla situada al este de Thunia. Hace cincuenta años se creyó que se había hundido en el mar, y el supuesto cataclismo causó importantes destrozos en las costas de Thunia y Khynai y afectó al clima de todo Érvinder durante varios años. En

realidad, la isla seguía existiendo, oculta tras un campo de contención y camuflaje, y se había convertido en cuartel general (o uno de ellos) de los Espectros.

ESPECTROS, LOS: Misteriosa organización que consiguió robar un racimo de Bombas de Malas Noticias del arsenal de la Confederación Occidental y estuvo a punto de usarlo con éxito para destruir los bosqueoscuros. Tras la destrucción de su cuartel general en Desolación, no se ha vuelto a saber de ellos.

ÉRVINDER: El mundo, tal como se lo conoce.

GRAN DESIERTO, EL: Territorio yermo que se extiende al Este de Ashgramor y al Sur de Khynai. Apenas habitado.

HONOI: Archipiélago en el mar interior del Este. Aislacionistas hasta los primeros contactos con Wáhrang y, durante el último siglo, ferozmente expansionistas. Se alineó con Wáhrang en la Guerra del Martillo y, cuando el resto de las potencias agresoras se habían rendido, Honoi continuó luchando. Fue la explosión de la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital lo que acabó oficialmente con la guerra. Tras ésta, permaneció diez años bajo la ocupación de los Pueblos del Pacto, hasta su integración en ellos.

HYBURN: Separado de Alboné por una extensa cadena montañosa, ha permanecido bajo ocupación de ésta hasta tiempos recientes. Desde entonces las relaciones entre ambos países han sido tensas, a pesar de pertenecer los dos a los Pueblos del Pacto.

INFIERNO BLANCO, EL: La tierra más meridional de Érvinder, cubierta de nieves perpetuas y sometida a temperaturas extremas.

ISLAS DEL PASO DEL NORTE: Archipiélago que se extiende entre la parte más occidental de Wáhrang y el norte del Continente Occidental. Los primeros pobladores de éste (el núcleo de lo que luego formaría la nación de Mex) probablemente cruzaron el océano paulatinamente por este lugar.

JARSARÉN: Capital de Can y prácticamente su único núcleo urbano de importancia. Se extiende alrededor de la Colina del Origen, en cuya cumbre se encuentra la Morada de Dios (o de los dioses).

KHYNAI: La más antigua de las civilizaciones del Continente Primigenio, según afirman sus propios habitantes. Colonizada, de acuerdo a sus crónicas, por los primeros hombres que salieron de la Morada de Dios. Su interpretación del Libro del Origen es estricta y restrictiva y no admite la posibilidad de otras lecturas. Su forma de gobierno es una teocracia monoteísta. Aislacionistas hasta que la invasión de Wáhrang y Honoi los obliga a enfocar su atención hacia el resto del mundo. Durante la Guerra del Martillo fue aliada, a regañadientes, de los Pueblos del Pacto. Acabada ésta, decide formar su propia alianza de naciones a la que llama el Martillo de Dios.

KYONO-JO: Capital de Honoi. Tradicional residencia del emperador de las islas.

LAMBODONAS: Capital de Alboné. La ciudad más poblada (y, según sus habitantes, la más civilizada) de los Pueblos del Pacto.

MARTILLO DE DIOS: Oficialmente carece de pretensiones políticas y simplemente es un modo de denominar a aquellos pueblos unidos por su creencia en el Dios Único. En la práctica, forma una unidad política, controlada por Khynai.

MEX: La más antigua de las naciones del Continente Occidental y durante mucho tiempo (hasta la llegada de los colonos albonenses y aidanos) su único país organizado como tal. El resto de la masa continental estaba poblado de tribus nómadas que,

- probablemente, fueron desplazándose desde el norte. Se cree que Mex fue colonizado por expediciones procedentes de Wáhrang en un tiempo remoto.
- OCÉANO EXTERIOR, EL:** Extensión de agua que, según se cree, cubre la mayor parte del mundo. Mag'kán Ellnes intentó cruzarlo, pero tuvo que desistir en su empeño tras algo más de tres años de navegación.
- OCÉANO INTERIOR, EL:** El mar que separa el Continente Primigenio del Occidental. Fue el camino seguido para la colonización de éste, ya fuera a través de las Islas del Paso del Norte, ya cruzándolo directamente por el sur.
- PAINÉ:** Alianza de varias ciudades-estado, alrededor del Mar Embalsado y en alguna de las islas cercanas. Nominalmente, parte de los Pueblos del Pacto tras la guerra, aunque durante ésta se alineó al lado de Honoi y Wáhrang y, junto con Ythylia, ocupó las naciones al sur del Mar Calmo.
- PINZA:** El nombre con que se conoció a los estados agresores en la Guerra del Martillo. Formada por Wáhrang, Honoi, Painé e Ythylia, no tenían una estrategia común, más allá de la marcada por los distintos pactos de asistencia mutua y, por supuesto, el reparto de territorios. Hubo tropas y asesores Wáhranger en Painé e Ythylia. Honoi, por el contrario, rechazó toda pretensión de ayuda.
- PUEBLOS DEL PACTO (O PACTO DE LOS PUEBLOS):** Alianza de distintas naciones que se formó durante la pasada Guerra del Martillo. Tras ésta, se han ido incorporando a ella algunos de sus antiguos enemigos, como Honoi, Painé, Wáhrang e Ythylia.
- QUITÁN:** Una de las principales naciones al sur del Mar Calmo. Miembro de los Pueblos del Pacto. Durante la Guerra del Martillo sufrió la ocupación de Ythylia y Painé.
- SIETE TORRES, LAS:** Curiosa agrupación divisada en el sur del Continente Primigenio, en su extremo oriental. Se trata de seis torres en círculo en cuyo centro hay una séptima. Esta agrupación se ha podido ver en la distancia, ya sea desde tierra o desde el aire, pero los intentos de acercarse a ella han resultado siempre infructuosos.
- SUR, EL:** La parte más desconocida del Continente Primigenio. Lo poco que se ha podido explorar de él está cubierto por una densa selva. De sus nativos se sabe poco, más allá de su ferocidad. De vez en cuando expediciones punitivas surgen del Sur y atacan Aidán o Ashgramor.
- THUNIA:** Durante mucho tiempo, la mitad oriental de Wáhrang, separada de la occidental por el río Dubio. Tras la Guerra del Martillo nace como nación aparentemente independiente, aunque controlada en realidad por Khynai.
- VENZOA:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte septentrional de su mitad sur.
- WÁHRANG:** Situada al norte del Continente Primigenio, fue su invasión de Khynai (en conjunción con Honoi) y su ataque a Alboné lo que desencadenó la Guerra del Martillo. Acabada ésta, las dos principales facciones vencedoras (Khynai y los Pueblos del Pacto) ocuparon su territorio. Con el tiempo, la parte occidental recuperaría su autonomía y se integraría en los Pueblos del Pacto manteniendo el nombre de Wáhrang. La parte oriental, sin embargo, se ha convertido en un estado títere de Khynai denominado Thunia.
- WASHORYA:** Capital de la Confederación Occidental.
- YTHYLIA:** Situada en la península de su nombre, al sur del Mar Calmo, pretende haber dominado todos los territorios meridionales en el pasado. Lo cierto es que su

importancia como nación en los últimos siglos ha sido escasa. Durante la Guerra del Martillo fue aliada de Painé y, conjuntamente con ésta, emprendió la ocupación de sus vecinos. Actualmente está integrada en los Pueblos del Pacto.

CRONOLOGÍA DE ÉRVINDER

1

Según sostienen prácticamente todas las crónicas, los primeros hombres aparecen alrededor de la Colina del Origen, en lo que luego será Jarsarén.

La tradición de Honoi, que el resto de los pueblos siempre se negará a tener en cuenta, sostiene que Tairunabe salió entonces del Lugar del Origen con su hijo y sus seguidores y los guio a todos hasta las islas que formarían Honoi.

140

Siempre según la tradición de Honoi, Tairunabe renuncia al trono de Honoi a favor de su hijo, Tairunabe Isu doh Tairunabe, e inicia la peregrinación durante la que acabará descubriendo el Jardín de la Memoria.

1-1362

Los años oscuros.

1362

Fundación de Can y construcción de Jarsarén, que mantiene ser la primera ciudad de Érvinder.

2749

Un grupo de nómadas procedentes de Can cruza la gran cordillera del Este y se adentran en lo que luego será Khynai.

3535

De acuerdo a la tradición de Khynai, colonos procedentes de este país colonizan por esas fechas las islas de Honoi, algo que será negado siempre por la historiografía oficial honoyesa.

3746

Primeras ciudades-estado en lo que no tardará en conocerse como Ashgramor y Painé.

4328

Tribus nómadas se desplazan al oeste y van asentándose lentamente, creando así las naciones de Aidán, Quitán e Ythylia.

5309

Desde Can, otro grupo atraviesa el istmo y llega al Norte. Colonos procedentes de Khynai habían llegado ya a la parte más oriental del Norte y se habían establecido en la costa.

6070

Hato Kontanyaki, emperador de Hanoi, establece su capital en Kyono-jo, en la isla más septentrional del archipiélago. Es el primero que afirma de forma explícita ser descendiente directo de Tairuname Isu doh Tairunabe, el hijo de la primera emperatriz.

Una semilla de árbolmundo, procedente del bosqueoscuro de la isla más meridional, germina en Kyono-jo. Con el tiempo, la corteza de ese árbolmundo será un elemento clave en el sistema de sucesión honoyés.

6698

Colonización de la Isla Occidental desde Quitán, con dos importantes asentamientos en su costa sur. Apenas hay contacto entre las distintas colonias a causa de la cordillera que cruza la isla de norte a sur, dividiéndola de facto en dos mitades.

6988

En el Norte, se produce un largo periodo de guerra entre su mitad occidental (colonizada desde Can) y el oriente (de origen khynainio).

7328

Algunos wáhranger se hacen a la mar y encuentran las islas más orientales del paso del norte. Asentamientos en algunas de ellas.

7526

Unificación del Norte en una sola nación, llamada Wáhrang. Su parte más oriental conserva el nombre de Thunia y tiene cierto grado de autonomía.

7727

En Khynai, el rey de Pashlai unifica los ocho reinos en una sola nación bajo su mando. El lema «todo bajo el cielo» será la divisa de su casa y la religión del Dios Único (una interpretación restrictiva y monoteísta del Libro del Origen) la única aceptada en todo el territorio de Khynai. El Emperador no sólo ostenta el poder temporal, sino el espiritual, como cabeza de la Iglesia del Dios Único.

8269

Procedente de las islas del Paso del Norte, una expedición encuentra el Continente Occidental. Se establece una colonia en la península más septentrional de éste.

8400

Diversas disputas fronterizas entre Aidán y Quitán, y entre ésta e Ythylia. Las ciudades-estado de Painé se mantienen neutrales, aunque alquilan mercenarios a cualquier facción que los pague.

8408

Expansión de Ythylia. Conquista Quitán y somete a las principales ciudades-estado de Painé a vasallaje.

8425

Ythylia conquista Aidán.

8431

Se funda la nación de Mex en el Continente Occidental.

8445

Ythylia intenta conquistar Ashgramor y fracasa.

8452

Expedición de Ythylia al sur. No regresa.

8455

Alboné nace como nación tras agrupar varios pequeños reinos de la Isla Occidental.

8776

Alboné desarrolla una flota de guerra.

8807

Ataque desde el sur. Los bárbaros que surgen de la selva causan graves daños a Ashgramor y Aidán. Algunos grupos llegan hasta Painé.

8850

La Reina de Alboné traspasa por primera vez sus recuerdos (y personalidad) a su sucesora.

8947

Khynai intenta invadir Hanoi. Una tormenta destruye su flota.

9177

Thunia trata de independizarse de Wáhrang. La secesión es aplastada y la represión consiguiente resulta sangrienta. Durante mucho tiempo Thunia será una región aplastada y humillada.

9180

Alboné, en sus intentos de unificar toda la isla bajo un solo gobierno, invade Hyburn con su flota. No tarda en conquistar los puntos costeros, pero la resistencia de Hyburn se atrinchera en las montañas y no cede al invasor.

9256

Nuevo ataque de los bárbaros desde el sur. En esta ocasión, organizados por un caudillo feroz y astuto, arrasan casi toda la zona de influencia de Ythylia, lo que la deja tocada de muerte.

9345

Los bárbaros son repelidos. Aunque algunos se establecen en Aidán o Quitán y se integran en los ejércitos de éstas.

9468

Khynai construye varias torres de vigilancia a lo largo de la cordillera que la separa de Can y del Gran Desierto.

9546

Ythylia pierde toda su influencia sobre sus antiguos estados vasallos.

9636

Nueva invasión desde el sur, que ahora se dirige sobre todo a Aidán. Durante mucho tiempo, ésta se verá envuelta en una larga guerra defensiva.

9836

Quitán considera que la Isla Occidental le pertenece. Su intento de tomarla por la fuerza es uno de los más sonados fracasos de la época. La flota de Alboné destroza literalmente la armada quitana.

9857

Aidán, tras reconquistar su territorio y repeler a los bárbaros del sur, inicia una etapa de expansión. Su flota recorre la parte más meridional del Continente Primigenio y traza los primeros mapas fiables de esas costas.

9924

Aidán envía una expedición al oeste, al igual que hace Alboné, casi al mismo tiempo.

9925

La flota albonense naufraga frente a las costas del Continente Occidental, en lo que luego sería llamado el Mar de los Peregrinos. Aunque buena parte de los hombres sobrevive y crean una colonia, no llegan noticias a Alboné de lo ocurrido, y ésta da por perdida la expedición.

9925

La flota aidana toma tierra en la península de Bradosi, al sur del Continente Occidental.

9942

Expansión de Aidán, quien va colonizando rápidamente el Continente Occidental.

9950

La colonia Albonense consigue construir un barco y lo envía de vuelta a Alboné.

9953

Alboné envía una segunda expedición colonizadora al Continente Occidental.

10031

Aidán se convierte en la potencia hegemónica del Continente Primigenio. Sólo Alboné le

puede disputar el dominio, y únicamente en el mar.

10040

Las continuas guerras con sus vecinos desangran a Aidán. Aunque con los recursos procedentes de las colonias occidentales, es capaz de mantener su posición de poder.

10072

Alboné lleva la guerra contra Aidán al Continente Occidental

10085

Una expedición albonense encuentra la isla-continente de Anapakarimán y establece varias colonias en su costa norte.

10141

Las colonias albonenses del Continente Occidental se rebelan contra la metrópoli y se declaran independientes, creando la Confederación Occidental.

10143

Hyburn aprovecha el momento para lograr quitarse de encima el yugo albonés.

10144

Pillada en dos frentes (la rebelión de sus colonias y al alzamiento en Hyburn) a Alboné le queda poco tiempo para inmiscuirse en la política del Continente Primigenio.

10147

Quitán e Ythylia sometidas por Aidán.

10148

Fin de la Guerra Colonial. La Confederación Occidental, aunque reconoce sus lazos históricos y políticos con Alboné, rechaza cualquier relación de vasallaje con ésta y, a partir de ese momento, funcionará como nación totalmente independiente.

10152

Una Aidán agotada y desilusionada tras varios siglos de guerras con sus vecinos, no puede hacer frente a la rebelión de sus colonias occidentales. Alboné apoya con su flota esa rebelión. Las colonias obtienen su independencia y la influencia de Aidán en el continente occidental desaparece.

10155

Aidán declina y su flota con ella.

10245

Primeros contactos entre Wáhrang y Honoi, llenos de desconfianza y precaución por ambas partes.

10247

Wáhrang abre Hanoi al comercio con otras naciones.

10277

Khynai envía misioneros del Dios Único al resto del mundo.

10289

Aidán, en medio de una guerra civil larga y sangrienta, deja de ser una potencia a tener en cuenta.

10291

Hundimiento de Desolación, la gran isla al Este de Thunia. Maremotos en las costas orientales de Thunia y Khynai. La temperatura media del mundo desciende durante los siguientes años, lo que se llamará luego «El Gran Invierno».

10303

Contactos entre Ythylia (donde un movimiento obsesionado con recuperar sus antiguas zonas de influencia ha tomado el poder) y Wáhrang.

10309

Wáhrang y Hanoi invaden Khynai, iniciando de ese modo la Guerra del Martillo.
Ythylia invade Quitán.

10311

Wáhrang invade Alboné.

10312

Desde las Islas del Paso del Norte, vasallos de Wáhrang, se invade la Confederación Occidental.

10313

Creación del Pacto de los Pueblos.

10316

Wáhrang capitula.

Hanoi capitula después de que la Confederación Occidental lance la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital.

10317

Wáhrang bajo control compartido de Khynai y los Pueblos del Pacto.

10318

Wáhrang dividido en dos. La parte occidental mantiene ese nombre y la oriental se llamará Thunia.

10320

Honoi, bajo la ocupación y la administración de los Pueblos del Pacto, se abre al resto del mundo.

Khynai desarrolla su propia bomba de malas noticias, aunque esto no será de dominio público.

10321

La influencia de Khynai se extiende por zonas de Ashgramor, algunas partes de Painé y Can.

10322

Los Pueblos del Pacto abandonan la ocupación de sus antiguos enemigos.

10330

Wáhrang y Honoi ingresan en el Pacto de los Pueblos.

10335

Ythylia, oportunista como siempre, hace otro tanto.

10337

Aidán, tras salir de una larga guerra civil, debilitada y pobre, reanuda los contactos con sus vecinos.

10341

Los Espectros roban un racimo de bombas de malas noticias del arsenal occidental.

10342

Durante la sucesión del Emperador honoyés, se establece un pacto mediante matrimonio con Alboné. La Reina y el Emperador gobernarán conjuntamente ambas naciones que, sin embargo, seguirán funcionando como países independientes.

CRONOLOGÍA DE YÁXTOR BRANDAN

10318

Nace Yáxtor Brandan. Su padre ha desaparecido y es dado por muerto pocos meses antes. Su madre muere en el parto, según el informe oficial.

Será Maklén, mayordomo de los Brandan, quien actúe como tutor legal del recién nacido hasta la mayoría de edad.

10329

(11 años)

Ingresa como acólito en los Adeptos Empíricos y se traslada a Lambodonas. Conoce a Ítur Brin, quien será prácticamente su único amigo durante sus primeros años como acólito.

10332

(14 años)

Conoce a Endra durante uno de sus vagabundeos por Lambodonas y entabla una relación con ella. Endra muere durante el transcurso de la misma y Yáxtor descubre que el asesino ha sido Ítur Brin, su condiscípulo. Yáxtor mata a Ítur.

Durante esta experiencia Yáxtor descubre cómo usar sus mensajeros para atar los apetitos carnales de los demás y provocar en ellos su deseo y placer sexual.

10334

(16 años)

En su último año de estudios, Yáxtor acude a un seminario en las Casas de la Curación. No desaprovecha la oportunidad para seducir a cuanta adepta de la curación se le pone a tiro.

10335

(17 años)

Acabado su periodo como acólito y convertido en Adepto Empírico, Yáxtor pasa un periodo de prácticas en los archivos. Allí conoce a Shércroft, Jefe de Archivos, quien lo enseñará a desarrollar sus dotes de observación y deducción.

En el transcurso de su investigación sobre lo ocurrido en la embajada de Agrúnder, Yáxtor entabla relación con Ámber, joven adepta de la curación de maneras desenvueltas y altivas. Para su sorpresa, el joven adepto empírico no se limita a cobrar una pieza más y pasar a la siguiente y descubre que se ha enamorado de Ámber.

Los dos se casan meses más tarde, poco después de que Yáxtor sea transferido a la rama ejecutiva de los Adeptos Empíricos.

10336

(18 años)

Al volver de una misión a las tierras familiares, Yáxtor descubre el cadáver de Ámber

balanceándose colgado de sus propias tripas y a los restos del hijo de ambos, Déxtor, asándose en la chimenea del salón.

El adepto enloquece de dolor.

Alertados los Adeptos Empíricos de lo ocurrido, acuden el Adepto Empírico Supremo, Orston Velhas, y el Maestro de Artífices, Qérlex Targerian. Por orden de la Reina, este último borra los recuerdos de Yáxtor, encapsulándolos en una burbuja de mensajeros en la mente del adepto a la que este no tiene acceso. También, contraviniendo las órdenes de la Reina, hace una copia de los recuerdos extirpados.

El Yáxtor que surge de esa operación es una criatura fría, sin empatía de ninguna clase y sin más lealtades que las que debe a la Reina como adepto empírico.

10338

(20 años)

Durante una misión conjunta con el Capítulo de Información de la Confederación Occidental, Yáxtor conoce a Fléiter Pragem. Entre ambos se entabla una curiosa relación, como si en cierto modo el adepto hubiera decidido adoptar a Fléiter como mascota.

En el transcurso de esa misión descubren que alguien ha sido capaz de crear un híbrido de humano y carneútil.

10341

(23 años)

La misteriosa organización conocida como Los Espectros se hace con un racimo de Bombas de Malas Noticias y amenaza con detonarlas en las principales ciudades del mundo. Yáxtor, con ayuda de Fléiter entre otros, desbarata la conspiración.

Durante el transcurso de esta misión el adepto descubre que algunos de sus recuerdos le han sido extirpados. Algo más tarde consigue una ampolla en la que estos están almacenados. Tras inyectarse el contenido de la misma, recupera sus recuerdos.

10342

(24 años)

La comitiva real de Alboné parte para Honoi para asistir a la ceremonia de coronación del nuevo Emperador honoyés. Poco antes de irse, Yáxtor se cruza con Shércroft y actúa como si recordase perfectamente el tiempo que pasaron juntos. Eso hará que el viejo Jefe de Archivos empiece a plantearse ciertas preguntas y buscar las consiguientes respuestas.

En Honoi, Yáxtor evita el asesinato del nuevo Emperador. Acompaña luego al cortejo del Jardín de la Memoria y entabla una curiosa relación a tres bandas con Renyokiru Mizuni, comandante del cortejo, y Dasaraki Itasu, capitana del mismo.

Acosado a menudo con sueños y visiones en los que habla con Ámber como si esta siguiera con vida, Yáxtor descubre que esa personalidad fantasmal acaba por impregnar la espada que le ha regalado el Emperador que, como todas las espadas de los Ingtze, es en realidad un carneútil.

Cuando regresa a Alboné, no sabe que deja atrás una Mizuni embarazada, ahora nueva Chambelán del Emperador.

10343
(25 años)

Rapto de Yakizuni, hija de Yáxtor y Mizuni.

Yáxtor descubre que, junto a sus recuerdos, Qérlex encapsuló sin saberlo un grupo de mensajeros de Ámber que contenían los últimos pensamientos y recuerdos de su mujer. Gracias a eso, es capaz de averiguar que el culpable de la muerte de su mujer y su hijo es su propio padre, Próxtor Brandan, que sigue vivo pese a las apariencias.

Shércroft muere investigando la conexión de Próxtor con la Reina, lo cual lleva a Yáxtor a encontrarse finalmente con su padre. Allí descubre lo que ya sospechaba: es él quien ha raptado a su hija.

Lo sorprendente es que lo ha hecho siguiendo los deseos de la Reina, que busca un humano capaz de generar sus propios mensajeros como canal para perpetuarse. La familia Brandan lleva mil quinientos años siendo al mismo tiempo el investigador y el conejillo de indias de ese proyecto real.

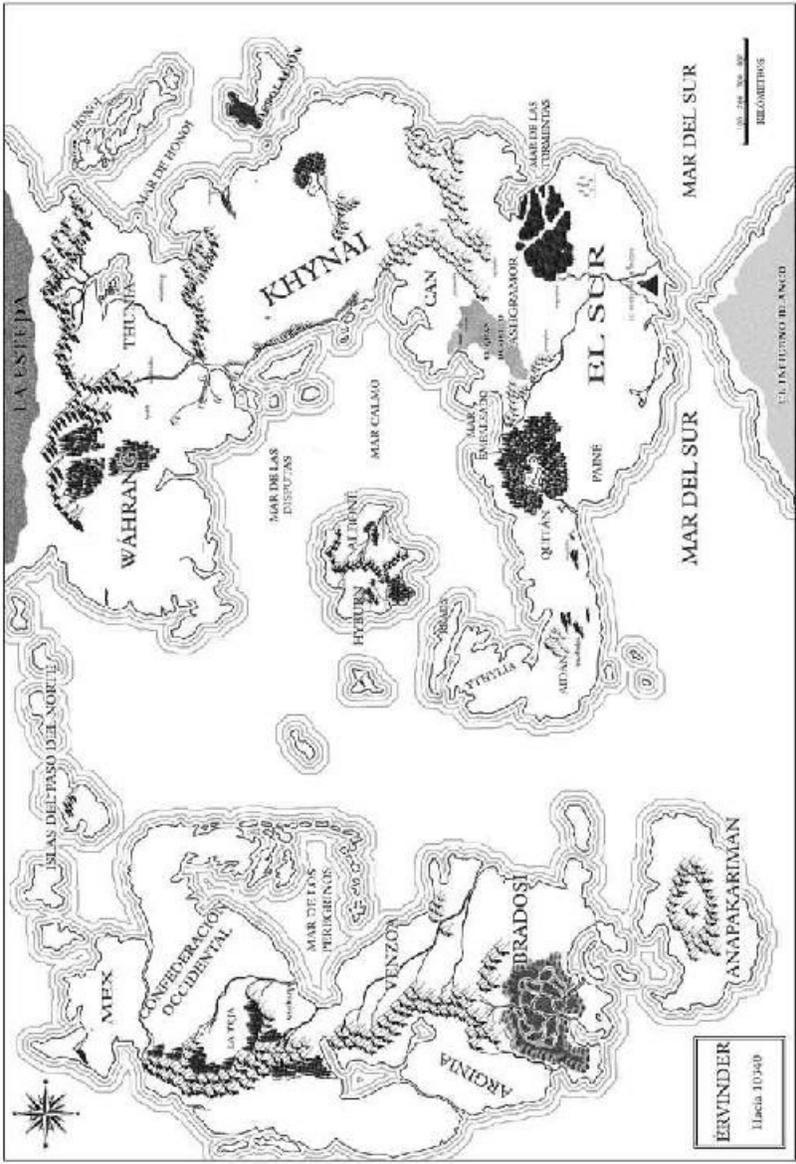
Más sorprendente aún es el hecho de que Próxtor decide no entregar la niña a la Reina y devolvérsela a su padre, a quien deja salir ileso de su guarida.

La Reina recibe una ampolla con mensajeros transformativos que pueden convertirla en un generador de mensajeros.

Los Espectros, que están tras los secretos de Próxtor, tienen un enfrentamiento con Yáxtor, durante el cual este, aparentemente, muere, al igual que todos los Espectros que se le enfrentaron.

MAPAS





ERVINDER
Hacia 10740

AGRADECIMIENTOS

Siempre inicio estos agradecimientos mencionando a Robert E. Howard e Ian Fleming. En *Los rostros del pasado* añadí a Frank Herbert, cuya influencia, si bien menos visible o evidente, ha sido a lo largo de estas cuatro novelas bastante profunda e importante.

En *El Jardín de la Memoria* no me quedó más remedio que mencionar a Kubo Noriaki (久保 宣章). Sin él, es poco probable que Itasu y Mizuni hubieran nacido como personajes.

También menciono habitualmente a Felicidad Martínez y en esta ocasión no podía ser menos. Ella está ahí desde la primera novela de la serie y su combinación de entusiasmo y actitud crítica ha sido sin la menor duda un acicate todo este tiempo. Por no mencionar que su colaboración fue inestimable como coautora de *Los rostros del pasado*. En *La sombra del adepto* habría perdido el camino más de una vez y no habría sido capaz de rematar la novela como se merecía de no haber sido por su oportuna intervención y su habilidad para poner el dedo en los puntos más débiles del relato.

Aunque pueda parecer fuera de lugar, Isaac Asimov y sus historias de robots fueron una referencia inconsciente durante todo el proceso de escritura de *La sombra del adepto*. Recalco lo de «inconsciente» porque debo confesar que no fue hasta la segunda revisión del original, mientras repasaba los fragmentos sobre Avanzadilla y los carneútiles, que comprendí el modelo a partir del que había moldeado aquella subtrama. Teniendo en cuenta que Asimov ha sido una de las influencias más importantes en mi vida, no solo en lo literario, sino en lo ideológico e incluso en lo filosófico, no resulta tan extraño.

Si tuviera que añadir a alguien más a los agradecimientos en esta novela sería a mis gatas, Rángiku e Íchigo. Ellas jamás lo sabrán, pero hay dos momentos emocionalmente intensos en *La sombra del adepto* que creo que jamás habría escrito (o habrían sido muy distintos, en todo caso) de no estar las dos en mi vida. Dejo que los lectores decidan de qué momentos hablo.

Y, por supuesto, mi más sincero agradecimiento a todos los lectores que, desde setiembre de 2009, fecha de publicación de *El adepto de la reina*, nos han acompañado a Yáxtor y a mí en este largo y ocasionalmente complicado, aunque siempre satisfactorio, viaje. Espero que a ellos también les haya merecido la pena.

El proceso de creación de *La sombra del adepto* fue bastante accidentado y en más de una ocasión pensé que no llegaría a buen puerto. Aunque inicié la novela a finales de 2012, la cosa no terminó de cuajar y, tras varios comienzos en falso que me ocuparon algunos meses, me di cuenta de que, antes de embarcarme en el futuro de Yáxtor Brandan, tenía que echarle un largo vistazo a su pasado. Así fue como nació *Los rostros del pasado*, donde se exploraban la infancia y juventud de Yáxtor Brandan y se narraban en parte los acontecimientos que lo convertirían en el personaje que conocimos en *El adepto de la Reina*. Esa exploración del pasado era necesaria antes de poder seguir narrando el futuro del adepto y en ella, como recordarán los lectores, conté con la inestimable ayuda y

colaboración de Felicidad Martínez.

Retomada *La sombra del adepto* en noviembre de 2014, conseguí rematar el primer tercio y adentrarme en la segunda parte de la novela en los siguientes meses. Pero mi progreso fue haciéndose cada vez más lento, hasta finalmente detenerse en algún momento a principios de 2015.

Para colmo, a principios del verano de ese año, una nueva novela se interpuso en el camino. Se trataba de *La canción de Belit*, mi novela de Conan, que me tuvo ocupado hasta la primavera de 2016.

Aquel parecía un buen momento para retomar de nuevo *La sombra del adepto*, pero cada vez que intentaba ponerme a ello, descubría que no podía. Tenía claros los acontecimientos que me faltaban por narrar, al menos de un modo general, pero no conseguía concretarlos sobre el papel. Reflexionando, descubrí que para que la novela estuviera completa necesitaba añadirle una nueva subtrama; había una parte importante del escenario y los acontecimientos generales del mismo que estaba dejando de lado y que necesitaba contar si quería que la novela tuviera la forma adecuada. De ese modo el carneútil Avanzadilla se incorporó a la historia y el empujón que eso me aportó me permitió concluir el segundo tercio de la novela. Pero al llegar ahí me detuve de nuevo. Lo que quedaba por contar parecía bastante claro, pero de algún modo no era capaz de plasmarlo en palabras.

Pasé los siguientes meses dedicado a otras cosas, sobre todo a traducir varias obras de diversos autores al castellano y una recopilación de mis propios relatos al inglés. Hasta finales de 2016 no volví sobre *La sombra del adepto* y aún entonces avanzaba de un modo vacilante, a trompicones.

Repasé todo lo escrito y reflexioné sobre lo que faltaba por escribir. Al principio no comprendía qué ocurría, hasta que de pronto una mañana todo encajó en su sitio. Casi desde el principio había tenido muy clara la resolución final de dos personajes importantes, pero al repasar ahora todo lo que sabía comprendí que estaba equivocado, que lo que había planeado para ellos no encajaba del todo y que, de hecho, tenía alternativas más coherentes.

(Por si os estáis preguntando si esto que acabo de describir es lo mismo que cuando otros escritores dicen «tal personaje me tomó por sorpresa y empezó a actuar por su cuenta», en efecto, de eso se trata. No tiene nada que ver con que los personajes cobren vida merced a quién sabe qué ignota magia, sino que sean coherentes con los parámetros que el autor ha establecido para su personalidad. A veces esa coherencia los lleva a hacer cosas con las que el autor no contaba. Así de sencillo y de prosaico, me temo.)

En cuanto hube solucionado esos detalles, el tercio que quedaba por contar se escribió prácticamente solo y en un par de semanas el primer borrador de la novela estaba listo.

Quedaba, por supuesto, la tarea de revisar, pulir y resolver incoherencias, pero el trabajo duro e importante estaba hecho. Ciertamente que en esas revisiones se incorporaron algunos cambios de menor entidad, se repasó la coherencia de los diversos acontecimientos y se cambiaron radicalmente un par de escenas cercanas al final, pero ese primer borrador era en un noventa por ciento la novela que tenéis ahora en las manos.

Ese es uno de los motivos, queridos lectores por los que esta novela se ha retrasado tanto. Os pido disculpas por ello y espero que, en todo caso, la espera haya merecido la

pena.

Cuando allá por 2008 empecé a escribir *El adepto de la Reina*, no tenía la menor idea de que iba a ser el primero de una serie. Ni siquiera tenía la menor intención de escribir una serie, con todas las servidumbres de tiempo y trabajo que eso implicaría. Tenía un par de ideas con las que me apetecía jugar y que quería combinar: escribir una novela de espías a lo James Bond y usar una ambientación de fantasía.

Mucho antes del final de la novela comprendí que el escenario y el personaje daban para mucho más de un libro. Es así como casi nueve años más tarde nos encontramos con *La sombra del adepto*, cuarta novela de la serie.

¿Y última? Confieso que no lo tengo muy claro. Podría considerarse que buena parte de la trayectoria de vital de Yáxtor Brandan y los personajes que lo han ido acompañando ha llegado a un punto prácticamente definitivo en esta novela, pero no es menos cierto que aún quedan suficientes cabos sueltos para permitir una novela más.

El viaje de Yáxtor de monstruo carente de empatía a humano completo (con todo lo de bueno y de malo que eso implica) termina en esta novela, eso es indudable. No creo que al personaje le quede ya mucho que decir.

Pero...

Como escritor suelo tener la manía, especialmente cuando escribo una serie, de plantar pequeñas semillas en lo que estoy escribiendo. A veces esas semillas no germinan, otras lo hacen a lo largo del propio libro y otras acaban desarrollándose en los libros siguientes. Cuando las planto nunca sé qué va a ser de ellas: me parecen interesantes o necesarias en esos momentos, pero no tengo la menor idea de cómo se van a desarrollar.

Así, cuando creé a Asima como Adepta Suprema de la Curación y establecí su parentesco con la anterior encarnación de la Reina, no tenía ni idea de lo importante que sería ese detalle para novelas posteriores. Asima fue creciendo poco a poco a medida que lo hacía la serie y todo parte de una pequeña escena sin demasiada importancia en la primera novela. Del mismo modo, *El Jardín de la Memoria* termina con Mizuni embarazada, cosa que me pareció buena ocurrencia en ese momento, pero no tenía la menor idea de las consecuencias que podría tener. Como habéis visto en esta novela, ha tenido unas cuantas. Shércroft nació como poco más que un homenaje holmesiano y acabó convirtiéndose en un personaje fundamental para entender a Yáxtor. De hecho, su relación con Asima ha sido una de las cosas más divertidas de desarrollar en estos libros.

En *La sombra del Adepto* he plantado también varias semillas. Algunas muy evidentes, otras, no tanto. Es muy posible que algunas de ellas empiecen a crecer en mi mente y acaben dando pie a una nueva novela. Ya veremos. De ser así, creo que esta vez sí que será la última... o al menos la última novela desarrollada en Érvinder que gire alrededor de la peripecia de Yáxtor y su entorno. Y sospecho, además, que el adepto, si tal novela llega a escribirse, ni siquiera va a ser el personaje principal.

Pero eso en todo caso es el futuro, que siempre en movimiento está, que decía Yoda y, por tanto, difícil de ver es.

Termino con una pequeña nota aclaratoria. El orden original de publicación de las tres primeras novelas fue *El adepto de la Reina*, *El Jardín de la Memoria* y *Los rostros del pasado*. Y ese era también el orden en el que debían ser leídas. El tiempo y varias reflexiones me han hecho cambiar de idea y decidir que *Los rostros del pasado* debía ser la segunda novela de la saga y *El Jardín de la Memoria*, la tercera.

Eso me ha llevado a realizar varios cambios en las tres primeras novelas para que tal secuencia tenga sentido y los hechos y los diversos personajes encajen. Son cambios menores en *El adepto de la Reina*, pero se trata de modificaciones de cierta importancia en las otras dos novelas: fragmentos que estaban en una de ellas han pasado, con bastantes cambios, a la otra, se han creado otros nuevos y, en ocasiones, han desaparecido algunos sin dejar huella. Eso no ha afectado gran cosa a la trama general ni a la evolución de los personajes, tomada a grandes rasgos, pero sí que ha alterado bastante numerosos pequeños detalles, algunos más importantes y otros, menos.

Como algunos habrán podido ver, las versiones de los libros que están ahora a la venta siguen la nueva secuencia e incorporan esos cambios mencionados. Podemos considerar, por tanto, que esta edición es la definitiva de la saga (todo lo definitivas que son las cosas en esta vida, claro) y a partir de ahora será la única versión existente de la misma.

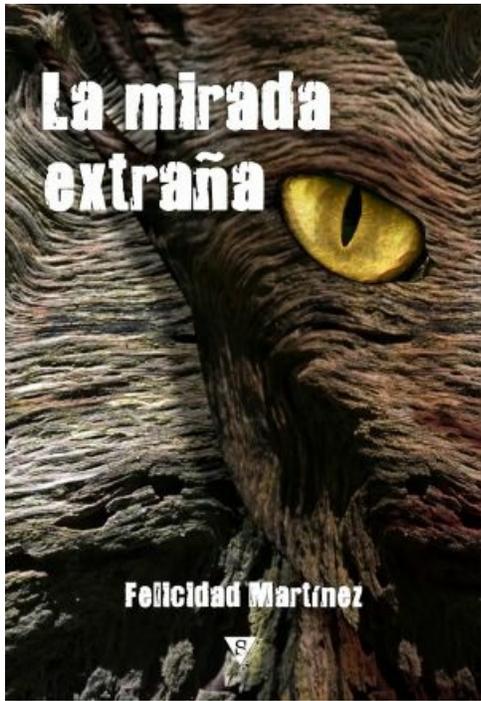
Dejadme añadir que, en todo momento, he intentado no desvirtuar las versiones originales y, desde luego, he tenido mucho cuidado de no traicionar ni a los personajes ni su peripecia. Dicho de otro modo, siempre tuve claro que «Yáxtor disparó primero» y eso no ha cambiado en sucesivas reescrituras.

Para dejar patente que se trataba de nuevas versiones de los libros (en algunos casos con cambios importantes respecto a las originales) me pareció adecuado hacer un ligero rediseño de portada, además de usar nuevas ilustraciones de cubierta.

Sin embargo, siempre tuve claro que aquellos que habían comprado las versiones originales no tenían por qué pagar mi falta de previsión volviendo a adquirir nuevas versiones de libros que ya tenían. Por eso he escrito *La sombra del adepto* de tal forma que pueda ser leída como cuarta novela tanto si uno lee las anteriores siguiendo el orden original, «adepto-jardín-rostros», como si lo hace de acuerdo al nuevo, «adepto-rostros-jardín». Es cierto que los acontecimientos aquí narrados encajan de forma más consistente con la nueva secuencia, pero son perfectamente compatibles con la antigua.

Aquí me detengo. Seguiremos hablando, si llega a haberla, en la siguiente novela del ciclo. Y si no en esa, espero que en alguna otra.

RODOLFO MARTÍNEZ
Noviembre, 2017



La mirada extraña

Martínez, Felicidad

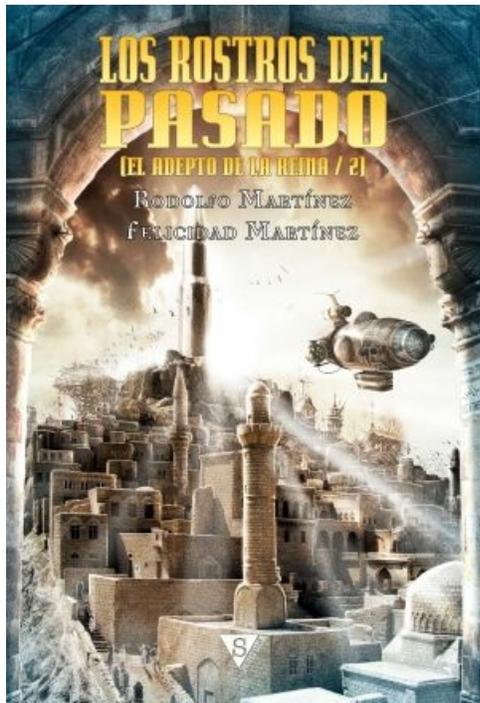
9788416637119

404 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tras el intenso y trepidante space opera de Horizonte lunar, Felicidad Martínez se lanza a la exploración de cuatro sociedades alienígenas para examinar el choque entre culturas y civilizaciones totalmente ajenas, analizar el sexo como herramienta social, investigar la religión y sus consecuencias para una comunidad e indagar en la obsesión por la carne y por la mente y en la forma en que diferentes percepciones definen diversas realidades. Cuatro miradas a cuatro mundos, cuatro sociedades, cuatro especies: "Fuego cruzado": la guerra ha comenzado y el otro bando está posesión de una magia inimaginable que obliga a las tribus aplastadoras a replantearse su forma de ver el mundo. Pero el verdadero peligro está por llegar desde más allá de las estrellas. "En tierra extraña": la hija-reina está madura. Para la colonia es motivo de júbilo, pues inicia una campaña de conquista en un planeta que promete gloria y prosperidad. Para Da es la peor noticia, porque lo alejará del hogar sin posibilidad de volver jamás. "La perversión de la luz": hace tiempo que los heraldos reciben cada vez más sueños. Har'em tiene serias dudas sobre las verdaderas intenciones del sacerdocio que interpreta esos sueños, y sospecha que están retorciendo la palabra de Nom con un propósito oscuro. "Los dioses de Amarán": la meta de Amarán es deshacerse de la molesta carne y demostrar que es el alumno más prometedor y poderoso que se ha visto en mucho tiempo. Pero una extraña lluvia de meteoritos pondrá en peligro su objetivo... y la vida de todos los habitantes del planeta.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Los rostros del pasado

Martínez, Rodolfo

9788415988830

430 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El adepto explora su pasado en busca de su futuro La Reina de Alboné y su cortejo parten para Hanoi en misión diplomática. Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de la Reina, los acompañará. Solo que no es el mismo Yáxtor que solía ser. Ha recuperado sus recuerdos robados y está empezando a asimilarlos y acomodarlos en su memoria. Poco a poco, personas y lugares que hasta ahora no tenían sentido para Yáxtor se van volviendo cada vez más familiares y el adepto empírico se descubre de pronto en medio de una inesperada exploración de su pasado. Viejos rostros olvidados procedentes de su juventud se pasean por su mente y empiezan a moldear lo que es y aquello en lo que se convertirá. Su primer amor, su antiguo mentor, su esposa y su hijo, un amante traicionado, un nuevo amigo... esos son los rostros del pasado a los que Yáxtor debe hacer frente. Y también a uno nuevo, un rostro oculto entre las sombras que podría ser el de su mayor enemigo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A LA DERIVA EN EL MAR DE LAS LLUVIAS Y OTROS RELATOS

Antología de ciencia ficción contemporánea

Edición y selección de Mariano Villarreal
Relatos de Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Will McIntosh, Mike
Resnick, Ted Chiang, Rachel Swirsky, Carrie Vaughn, Ian Sales
Premios Hugo 2010 y 2014, Nebula 2013, British Science Fiction 2012

S

A la deriva en el mar de las lluvias y otros relatos

Kowal, Mary Robinette

9788415988915

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Premios Hugo 2010 y 2014, Nebula 2013, British Science Fiction 2012 En A la deriva en el Mar de las Lluvias y otros relatos el lector podrá encontrar emotivas historias acerca del último viaje espacial de una madura mujer astronauta, de las consecuencias de comercializar muñecas capaces de superar el test de Turing, del uso de la animación suspendida para la explotación comercial de cadáveres, del difícil camino hacia el entendimiento y el perdón, de la subjetividad en el terreno de la percepción, de relaciones familiares alternativas surgidas tras un desastre ecológico, bellísimas historias de amor en clave de poema y nuevas oportunidades para la humanidad tras la completa destrucción de la Tierra. Piezas de ciencia ficción de futuro cercano en su mayoría, inquietantes, sorprendentes, narradas con gran sensibilidad y poseedoras de un fuerte componente filosófico, de la mano de escritores tan destacados como Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Will McIntosh, Mike Resnick, Ted Chiang, Rachel Swirsky, Carrie Vaughn e Ian Sales; cinco hombres y tres mujeres que evidencian la riqueza y solidez de la narrativa de ciencia ficción actual.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LA PIEDAD DEL
PRIMERO
PABLO BUENO



La piedad del Primero

Bueno, Pablo

9788415988625

500 Páginas

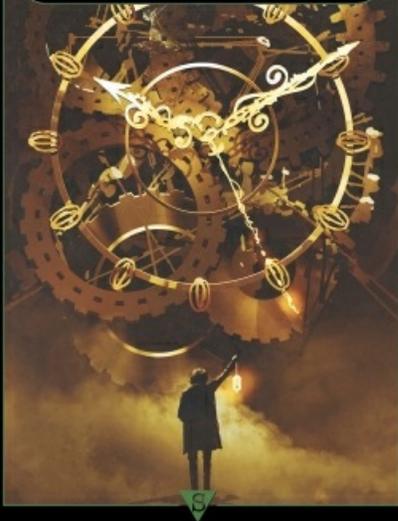
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Eran niños. Los arrancaron de los brazos de sus padres cuando tenían cuatro años. Los arrojaron al Monasterio. Los adiestraron en el uso de la espada y otras artes más sutiles pero igualmente letales. Lo hicieron de un modo tan salvaje que la mayoría pereció. Solo quince sobrevivieron. Quince jóvenes que recibieron más dolor, más heridas, más brutalidad. Quince jóvenes que ignoraban el propósito de su sufrimiento. Quince jóvenes que no sabían que había uno distinto entre ellos. Cuando los dejaron salir habían cambiado. Habían olvidado su pasado y el amor de sus padres. Habían perdido las dudas y el miedo. Estaban preparados para enfrentarse a todo. Excepto a la verdad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

H. G. WELLS



La máquina del tiempo

Wells, H G

9788415988755

130 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Traducción de Rodolfo Martínez La primera gran historia de viajes en el tiempo y una de las grandes novelas de ciencia ficción de todas las épocas. Una especulación arriesgada y sumamente aguda no sólo en lo científico, sino, y especialmente, en lo social y lo político. El Crononauta de Wells recorrerá distintos momentos de nuestro futuro para acabar en una remota y aparentemente utópica sociedad en la que la humanidad se ha dividido en dos especies tan antagónicas como dependientes la una de la otra: los apacibles Elois y los siniestros Morlocks. La evolución social que prefigura ese escenario sigue siendo, más de cien años después de su publicación, uno de los momentos más brillantes y estremecedores de la ciencia ficción de todos los tiempos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)